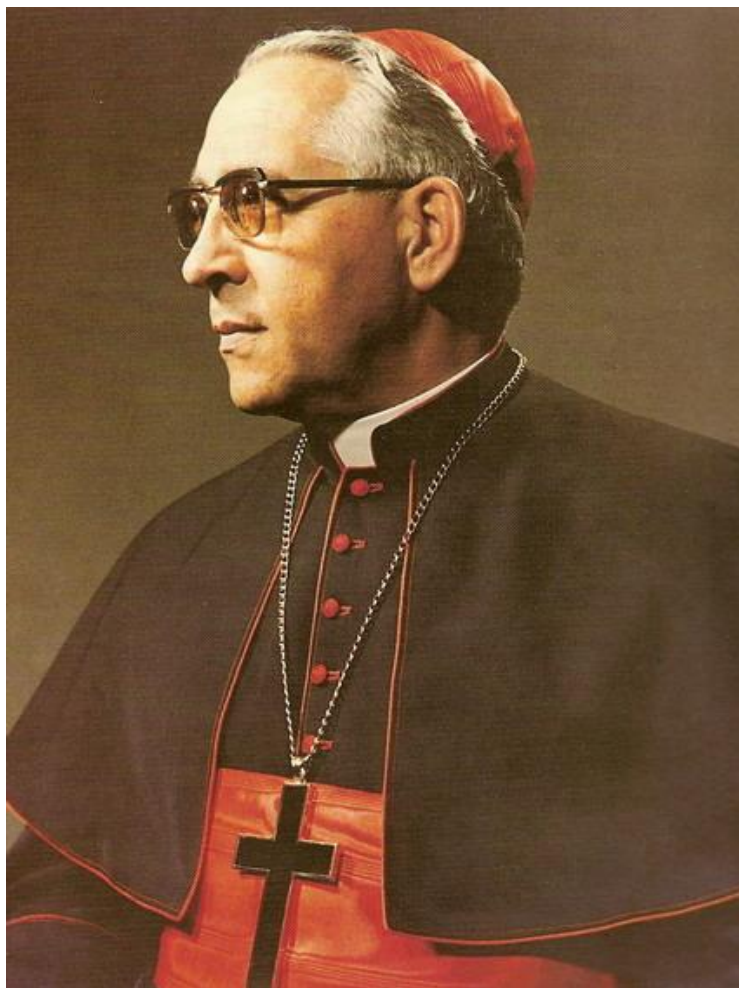


OBRAS DEL CARDENAL MARCELO GONZÁLEZ MARTÍN



VI

Testigos de la FE

PRÓLOGO

DEL CARDENAL P. AGUSTÍN MAYER, O.S.B.

PRESIDENTE DE LA PONTIFICIA COMISIÓN «ECCLESIA DEI»

La piedad del pueblo cristiano posee, en virtud de la fe recibida y cultivada dentro de la Iglesia, un certero instinto de las realidades que los dogmas expresan. Por eso, cuando en nuestros templos resuena la profesión, individual y colectiva a la vez, de la fe católica y se afirma en ella la comunión de los santos, los fieles reiteran su firme creencia en la comunicación, siempre abierta, entre cuantos aquí peregrinamos como *viatores* en el tiempo, y los bienaventurados, ya *possidentes* de la gloria perdurable, o quienes aguardan todavía, en espera asegurada, el paso definitivo a la gloria, tras la última purificación en el más allá.

En esa convicción firme de la mutua comunicación con los santos del cielo el pueblo cristiano sabe que tal vinculación no se limita a un mero recuerdo histórico, sino que consiste sobre todo en un trato y diálogo fraternos con quienes viven en la gloria de la presencia directa, sin velos ya, del Señor. La comunión con los santos se abre también del lado de acá como relación personal, íntima, con quienes, amigos, hermanos, intercesores, son portadores de la suprema vida.

Es esta realidad, cuyo sentido espiritual y teológico alienta siempre en el ciclo santoral del año litúrgico, la que he recordado con gozo al leer el espléndido e incluso monumental conjunto de intervenciones pastorales contenidas en el presente volumen, con cuya introducción me honro.

Consuela ver la atención constante, sostenida, que el Señor Cardenal Arzobispo de Toledo y Primado de España, don Marcelo González Martín, ha prestado a lo largo de su fecundo episcopado a este importante sector de la sagrada liturgia, y consiguientemente a la vida espiritual sólida y fecunda del pueblo cristiano a él encomendado. Todos los géneros literarios propios del magisterio episcopal han sido utilizados para canalizar esta preocupación: homilías, charlas, cartas pastorales, conferencias, discursos y estudios. El conjunto resulta impresionante. Y aleccionador.

Me parece ver, en efecto, en los documentos reunidos en este volumen una ejemplar aplicación de cuanto el Concilio Vaticano II recordó sobre el culto y la devoción a los santos. En la Constitución sobre la liturgia y en la Constitución sobre la Iglesia. La primera abordó el tema de forma sintética. La segunda lo expuso con mayor desarrollo. «Las fiestas de los santos proclaman las maravillas de Cristo en sus servidores y proponen ejemplos oportunos a la imitación de los fieles» (*Sacrosanctum Concilium*, 111).

Este conciso apunte adquiere amplitudes de desarrollo explicativo en la magna Constitución conciliar *Lumen gentium*. Los santos –los canonizados y también los que no lo han sido y quedan albergados en la consoladora festividad de Todos los Santos como inmensa nube de testigos que amorosamente nos envuelve (cf. Hb 12, 1)– tienen, cerca de los fieles, una función providencial de

impulso hacia lo eterno, de fraterno magisterio en la ciencia suprema de los fines últimos. Y el secreto de tal función reside en su capacidad personal, variadísima y única a la vez, para iluminar con el ejemplo de su vida los caminos de Dios. Es la que podríamos denominar su función iluminadora. Desde el cielo los santos actúan como exponentes humanos vivos de la sal y de la luz que el mundo necesita. Por eso, poseen una tercera función, la de manifestar al vivo ante los hombres la presencia y el rostro de Dios. Son argumento vivo de lo divino. Muertos a la vida propia del tiempo, los santos siguen hablando a la humanidad y sobre todo a la santa Iglesia como palabras vivas de Dios, como prolongación perpetua del eco que en ellos tuvo la enseñanza de Jesús. Rectamente conocidos y venerados, los santos no esconden a Dios, como en ocasiones se ha querido afirmar. Al contrario, nos revelan, de forma luminosa, los atributos de Dios y las inescrutables riquezas de Cristo.

Dice San Juan de la Cruz, con la audacia expresiva y la hondura de experiencia que le caracterizan, que cuando el Padre envió al Hijo para que se encarnase como Hombre en la historia, pronunció en el tiempo su única y consustancial Palabra eterna y quedó mudo. No tenía más que hablar (cf. *Subida del Monte Carmelo*, libro II, capítulo 22, núm. 3). Pero puede añadirse que a ese elocuente e inigualable silencio divino se ha añadido una inmensa sinfonía permanente orquestada por la conjunción armoniosa de las vidas de los santos, que con su imitación de Cristo han creado, a lo largo de la historia cristiana, un poema que atraviesa todos los siglos y que emitido desde las alturas de la nueva Jerusalén es percibido por los fieles sensibles a esa maravillosa emisora.

Lógica resulta la conclusión a que llegaron los Padres de Vaticano II. «Es sobremanera conveniente que amemos a estos amigos y coherederos de Cristo, hermanos también y eximios bienhechores nuestros; que rindamos a Dios las gracias que le debemos por ellos; que los invoquemos humildemente y que, para impetrar de Dios los beneficios por medio de su Hijo Jesucristo, nuestro Señor, que es el único Redentor y Salvador nuestro, acudamos a sus oraciones, protección y socorro» (*Lumen gentium*, 50).

A estas pautas conciliares, que reiteran la gran Tradición de la Iglesia, se ha ajustado la predicación sobre los santos del Señor Cardenal Arzobispo de Toledo, con una constancia y un celo que muestran la actualidad de su magisterio como obispo de la santa Iglesia.

Me han rogado los preparadores del volumen estas líneas de presentación. He accedido de buen grado. Conozco al Cardenal González Martín desde hace ya varios lustros. Hemos tenido ocasión de trabajar juntos en temas y en tareas importantes para el gobierno universal de la Iglesia, singularmente en el campo de la sagrada liturgia. Y he admirado siempre su hondo sentido eclesial, su fidelidad a la Sede de Pedro, su solicitud por todas las Iglesias, su alertada sensibilidad ante los retos que el mundo plantea hoy a cuantos creemos en el Señor.

Deseo que la lectura meditada de este libro contribuya a que la Iglesia en España, tierra fecunda en santos, como recordó Su Santidad Juan Pablo II en su visita a España en 1982, continúe e intensifique, para bien de la Iglesia universal y particularmente de la Iglesia que reza, canta y habla en español, la

inmensa labor de santificación de la que ha dado muestras bien significativas en el territorio patrio, en Europa, en América y también en el Extremo Oriente.

Agustino Card. Mayer O.S.B.

Paul Agustín Cardenal Mayer, O.S.B.
Presidente de la Pontificia Comisión «Ecclesia Dei»

Los materiales que, según los primeros cálculos del Comité preparatorio de esta edición, habrían de constituir una mera sección, se han convertido en contenido total del presente volumen sexto de las obras del Cardenal don Marcelo González Martín. La importancia, significado y calidad de los veintidós documentos elegidos han aconsejado mantener este cambio, con lo que queda pendiente todavía de publicación un último volumen, el séptimo, que dedicado a los seminarios y la formación sacerdotal, y acompañado de un índice exhaustivo de materias, cerrará la edición, iniciada hace ahora cuatro años, de las obras del actual Arzobispo de Toledo y Primado de España.

El tema, común y único, de todos los documentos incluidos en este volumen sexto viene dado por la atención que el autor ha prestado en su magisterio al ciclo santoral del año litúrgico. Dos líneas fundamentales se observan: la de los grandes fundadores y la de los santos y beatos de la España contemporánea. Los textos se han ordenado por series, de acuerdo con los distintos géneros literarios del magisterio episcopal: homilías, cartas pastorales, conferencias y estudios. Dentro de cada serie se sigue un orden estrictamente cronológico, según las fechas de publicación de los documentos.

Merece subrayarse como dato significativo la insistencia constante con que el autor, al abordar el estudio de un santo, junto al análisis de época y de personalidad, acentúa y explana la lección perenne de vida que para el hombre de hoy posee la biografía de cada santo. Los santos de ayer siguen siendo santos con voz válida para nuestro tiempo. Se advierte esta constancia en el propio enunciado de no pocos de los documentos reproducidos.

En cuanto a las normas de método en la preparación de materiales, el Comité preparatorio ha mantenido las observadas en los volúmenes anteriores de esta serie.

El Estudio Teológico de San Ildefonso de Toledo agradece una vez más a cuantos están colaborando a que el empeño se haga realidad, el aliento y la ayuda económica prestados para publicar este sexto volumen de las obras del cardenal don Marcelo González Martín, Arzobispo de Toledo y Primado de España.

Al ofrecerles este sexto volumen, les adelanta el propósito de concluir en fecha próxima, con el séptimo y último volumen, la amplia selección iniciada, hace ahora, cuatro años.

Parte primera:

Homilías

EN LA CANONIZACIÓN DE SANTA TERESA JORNET E IBARS

Homilía pronunciada el 17 de febrero de 1974, en la clausura del triduo celebrado en la santa Iglesia Catedral de Valencia, con motivo de la canonización de Santa Teresa de Jesús Jornet e Ibars, Fundadora de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados. Texto tomado del folleto publicado en Valencia, en 1974, con el título *Homilías pronunciadas con motivo de la Canonización de Santa Teresa Jornet*, 51-63.

Excelentísimos y queridos señores Obispos, sacerdotes concelebrantes, excelentísimo Cabildo de la Catedral:

Hermanos, os ofrezco a todos mi saludo cordial y respetuoso. La hermandad que nos congrega hoy en torno al altar nos hace sentirnos particularmente gozosos por el acontecimiento que nos trae aquí, y dentro de este gozo y alegría, quiero significar en estas mis primeras palabras de saludo la satisfacción que como hermanos sentimos al recibir aquí con nosotros a nuestro hermano en el episcopado de Colombia, que en Roma y ahora en Valencia, se ha unido con cuantos festejamos este acontecimiento jubiloso, como si quisiera ser una espléndida representación de la América hermana. Mi saludo también a vosotros, excelentísimas autoridades y a todos cuantos estáis aquí, hijos de Valencia.

Termina ya este triduo solemne con que habéis querido honrar la memoria de la nueva Santa, a la que un día la ciudad de Valencia acudió para pedirle el ejercicio de la caridad que llenaba su alma y a la que ofreció también, como Valencia sabe hacerlo, la generosidad de sus dádivas para auxilio y protección de los ancianos que se acogerían a su amparo.

DOS MILAGROS

Por estas calles se movió solícita y abnegada Santa Teresa de Jesús Jornet, y aquí reposan los restos de aquel cuerpo enfermo que tantas energías desplegó impulsado por el dinamismo generoso de su alma. Muchos de los que estamos aquí, también hemos podido estar en Roma días atrás, cuando sin proponérselo nadie nos rendíamos con gozosa docilidad a una actitud unánime: el reconocimiento de la santidad proclamada por la Iglesia y el espíritu de piedad con que nos uníamos todos, humildes y contentos, ante quien con tanta humildad supo servir a la Iglesia y al mundo de los pobres.

He aquí un caso en que nadie ha puesto en duda nada. Se necesitaban algunos milagros, cuya índole sobrenatural pudiera ser comprobada fácilmente mediante el testimonio de médicos y demás personas competentes capaces de emitir un juicio autorizado. Y los milagros se produjeron y fueron reconocidos así en nombre de la religión y de la ciencia. Pero antes se había producido otro milagro: el de la vida normal y continua de esta mujer santa. Esos veinticinco años de abnegación sin límites, que arranca desde cero, arrojan el asombroso balance de 103 asilos abiertos cuando le llegó la hora de morir, son el milagro espléndido que el pueblo reconoce sin esfuerzo y le hace llamarla santa. Sin medios económicos, con la salud quebrantada, viajando sin cesar, aumentando continuamente la riqueza de su vida interior lejos de atenuarla, entregada tanto a la tarea de formar a sus hijas como al vencimiento de dificultades externas innumerables, y manteniendo en todo momento una paz inalterable, he aquí las credenciales más espléndidas que puede presentar un alma santa. Yo apelo a ese ejemplo constante y fervoroso de amor a Dios y amor a los ancianos pobres y desamparados, mantenidos ambos en medio del ejercicio de las más heroicas virtudes, como el más alto prodigio revelador de la grandeza espiritual de un ser humano.

Santa Teresa de Jesús Jornet nos invita, en esta hora grande de su glorificación que ella nunca buscó, a hacer determinadas reflexiones que brotan casi espontáneamente al hilo del gran acontecimiento que hemos vivido con motivo de su canonización. He aquí algunas.

FECUNDIDAD DE LA CONSAGRACIÓN A DIOS

Cuando un ser humano se entrega a Dios por medio de los votos, siguiendo la dulce y fuerte llamada de Jesucristo, su personalidad no se anula ni disminuye, sino que se sitúa en otra dirección más alta, la de trabajar por el Reino de los cielos ya en este mundo. Y es a este trabajo por el Reino de los cielos al que Dios ha prometido su bendición, que llega generalmente por caminos insospechados.

Existe otro trabajo que Dios también bendice, el del hombre como colaborador de la creación en el desarrollo de las virtualidades naturales de las cosas creadas. Pero yo hablo expresamente de la estructura religiosa de la consagración que pertenece, de manera substantiva y única, a los postulados del Evangelio. En este campo concreto se da una bendición de Dios particular y original, que tiene como condición la **fidelidad**; como cauce de manifestación, la **desproporción** entre los medios humanos empleados y los resultados conseguidos; y, como demostración definitiva, una **fecundidad**, a corto o largo plazo, que viene a significar siempre glorificación de Dios y servicio al hombre, aunque esa vida consagrada se consuma en el silencio de la contemplación. Es, en una palabra, el cumplimiento de la promesa del Señor: *Cualquiera que dejare casa, o hermanos o hermanas, o padre o madre, o esposa e hijos, o heredades por causa de mi nombre, recibirá después cien veces más, y poseerá después la vida eterna. Y muchos que eran los primeros en este mundo, serán los últimos, y muchos que eran los últimos serán los primeros* (Mt 19, 29-30).

Es esto lo que llamo trabajar por el Reino de los cielos, que no es evasión ni desentendimiento de los problemas de los hombres, sino fidelidad evangélica y rectitud de intención que pone a Dios en el centro del corazón y del pensamiento. Cuando no se obra así, podrá haber esfuerzos generosos, inquietudes sanas, afanes de renovación, planificaciones inteligentes, pero al no estar Dios mismo en el centro de las aspiraciones del alma, la ley del trabajo por el Reino de los cielos no se observa en su integridad y tampoco se produce la bendición divina, característica y única, prometida en el Evangelio a sus seguidores.

Podrá darse otra bendición, la de la normal asistencia de Dios creador a las causas segundas que cooperan al bien general de la creación. Acaso esté aquí el secreto de por qué no tienen éxito evangélico ciertas renovaciones y esfuerzos que se hacen hoy en nuestras congregaciones religiosas. Bien planeadas en un orden puramente humano, si falta después en las personas consagradas la orientación hacia el Reino de los cielos, la bendición divina no se logra, y ni hay paz en el corazón, ni alegría en el sufrimiento, ni serenidad en el trabajo, ni esperanza en la continuidad, condiciones necesarias todas ellas para la fecundidad misteriosa prometida por Cristo, y que brilla con tan claros fulgores en el caso de Santa Teresa de Jesús Jornet.

El mundo hubiera seguido igual su camino sin la presencia de la Santa de Aytona. Más aún, en un momento o en otro, la seguridad social hubiera llegado a preocuparse de la atención a los ancianos. Pero la cuestión no es ésta. De lo que se trata es de saber si una mujer con tan escasos medios hubiera sido capaz de realizar lo que ella hizo, en veinticinco años de su vida, con tanto amor y caridad, de no haber sido porque el trabajo por el Reino de los cielos, ya en este mundo, llenó su corazón y su voluntad. «El valor de la consagración –decía el Papa recientemente a las religiosas en Roma– radica en que es para el bien de toda la Iglesia»¹. Es decir, el trabajo por el Reino de los cielos tiene una fecundidad de signo superior y distinto a cualquier otro. Se dirige al bien de toda la Iglesia, sea de la índole que sea, y al hundir así sus raíces en el misterio de la Iglesia, sirve siempre al mundo, porque la Iglesia es la primera servidora de los hombres según el plan de Dios

EFICACIA SILENCIOSA DE SU EJEMPLO

Nosotros festejamos gozosos la memoria de Santa Teresa de Jesús Jornet, porque a ello nos invita la Santa Iglesia que ha querido glorificarla. Pero en un día como éste, también la gloria de los hijos es el honor de los padres, y yo cumplo un deber de justicia al referirme, con la mirada puesta en la Congregación, a las innumerables hijas de Santa Teresa Jornet, esas Hermanitas de los Ancianos Desamparados, distribuidas por tantos y tantos lugares del mundo que son fieles día tras día al valiente compromiso de su oblación.

Maestras de humanismo, confidentes de todas las miserias, vencedoras de las obscuras soledades de tantos corazones muertos ya antes de que muera el cuerpo a que pertenecen, sublimes dialogantes en conversaciones que el mundo

¹ PABLO VI, *Homilía en la festividad de la Purificación de la Virgen*, 2 de febrero de 1974: IP XII, 1974, 150-151.

considera totalmente inútiles, sembradoras de limpieza física y moral entre los turbios despojos de vidas humanas, ellas cantan y ríen, ejercitando una pedagogía que brota directamente del corazón, y se asombran de que nos sintamos asombrados –¡hasta ahí llega su elegancia!–, cuando las vemos tan admirablemente entregadas al heroísmo de su diaria tarea de amor. Son hijas de la Madre, y el ejemplo que ella dio, en ellas vive y se actualiza. En una congregación religiosa como ésta, nunca deja de haber auténticos santos, aunque la historia desconozca sus nombres, pero ¡estad seguros! En estas Residencias de Ancianos, Santa Teresa de Jesús Jornet es algo más que un recuerdo y ahora una imagen venerada. Es una influencia real, un ejemplo vivo, una fuerza que se reproduce y se multiplica, una pregunta estimulante y una respuesta clarificadora. Las Hermanitas no nacen por generación espontánea, se hacen y se forman en el claustro materno de su Fundadora y unas a otras se transmiten el testamento de la fidelidad, que las ayuda a permanecer constantes en su abnegación.

«Si pudiéramos penetrar –decía el Santo Padre en su homilía el día de la canonización– en vuestras comunidades y residencias, allí sorprenderíamos a tantas hijas de la nueva Santa que, como ella, están difundiendo caridad: Caridad encerrada en un gesto de bondad, en una palabra de consuelo, en la compañía comprensiva, en el servicio incondicional, en la solidaridad que solicita de otros una ayuda para el más necesitado. Bien sabemos que vuestra entrega a los ancianos, cuyos achaques requieren de vosotras atenciones delicadas y humanamente no gratas, tiene un ideal, una pauta, un sostén: el amor a Cristo que todo lo soporta, todo lo supera, todo lo vence, hasta lo que para tantas mentalidades de hoy, empapadas de egoísmo o prisioneras del placer, es considerado como una locura. Ese amor que se alimenta en la oración y que adquiere un ulterior dinamismo en la Eucaristía llevó a Santa Teresa y os impulsa a vosotras a ver en los ancianos una mística prolongación de Cristo, a atenuar en ellos sus fatigas, sus enfermedades, sus sufrimientos, cuyo alivio repercute con cadencias de Evangelio en el mismo Cristo: *A Mí me lo hicisteis*»².

Cristo, sí, es vuestro ideal. Y el ejemplo inmediato, de probada y continua eficacia, lo halláis en vuestra Fundadora, que de nuevo demuestra así la fecundidad de la consagración religiosa.

Ya veis por dónde sois capaces de conseguir algo totalmente inesperado, porque merced a esa dedicación constante y generosa que nace de vuestro amor, lográis dar al mundo una lección que no podíamos esperar que pudiera venir de aquellos a quienes parece que lo único que podemos ofrecer es el consuelo de que seamos capaces. Vosotras convertís a los ancianos, no sólo en objeto de vuestra atención y de la solicitud generosa que en el ejercicio de la caridad podamos ofrecer nosotros. Los convertís a ellos, también, en agentes vivos, capaces de darnos a todos una lección desde el silencio de su ancianidad. Gracias a vosotras y a vuestro amor, esos ancianos no son solamente personas que están allí en vuestros hogares esperando las visitas que les podamos hacer. Nos ofrecen un magisterio: el de la esperanza en la ancianidad, el de la limpieza en sus propósitos buenos, el de la humilde seguridad con que se disponen a unir los dos polos del arco de la vida: la existencia terrestre que se les va acabando,

² PABLO VI, *Homilía en la canonización de Santa Teresa de Jesús Jornet e Ibars*, 27 de enero de 1974: IP XII, 1974, 67-72.

y la vida eterna que empiezan a gozar ya desde ahora, merced a vuestros desvelos.

Los ancianos de vuestras casas son, para los que vivimos en el mundo, maestros no solamente de silencio y abnegación tolerada, sino un poco más, son testigos humildes del Evangelio, de la humildad de ese Evangelio que Cristo proclamó como supremo valor de las almas creyentes. Ya nada es inútil. Todo cuanto se realiza en vuestras casas y lo que se ve a través de aquellos a quienes vosotras llamáis hijos, se convierte en una lección de eficacia paternal para todos cuantos vivimos en el mundo entregados a nuestros afanes. Ese es otro milagro que vosotras sois capaces de hacer también sin proponérsolo, porque nunca queréis dar lecciones. Sencillamente, es Dios que bendice vuestra labor, y a toda persona capaz de dedicar un poco de reflexión a ese hecho misterioso de la ancianidad, le invita a concentrar el pensamiento en este maravilloso misterio de la vida que se acaba en la alegría de la fe, ofreciendo al mundo una lección tan soberana desde el punto de vista religioso, moral y social.

AFORTUNADA LECCIÓN PARA NUESTROS DÍAS

Por último, séame permitido referirme a otro aspecto de singular importancia en el momento en que vivimos. Está por escribir la historia de la Iglesia de España en siglo XIX. Una historia que se levante por encima del horizonte de nuestras guerras civiles, de las polémicas parlamentarias, de las apologéticas combativas y apasionadas. Sería la historia de la serenidad humilde y callada de tantas familias buenas, de tantos sacerdotes fieles, de tantos fundadores y fundadoras de congregaciones religiosas que supieron unir el respeto a la tradición con los avances que el nuevo tiempo requería. Esos fueron los profetas silenciosos que hablaron, también con la pluma y la palabra, pero sobre todo con las obras, algunas de ellas como en nuestro caso, certeramente orientadas a buscar remedio eficaz a una necesidad social para la que no existía más que el lamento de la impotencia o la crueldad del abandono.

Esa Iglesia merece también nuestra veneración y nuestro amor, y está bien que nos lo recuerde, con la capacidad de estimación que despiertan los hechos de su vida, una mujer que está por encima de toda polémica. Santa Teresa de Jesús Jornet abrió un camino nuevo, y lo abrió con el ejercicio de las virtudes activas y pasivas de siempre. Estas no pierden actualidad hoy, y en muchos casos están esperando los espíritus generosos que sepan incorporarlas a las nobles y arriesgadas renovaciones que son hoy necesarias.

«La Iglesia en España –nos decía el Papa a los obispos españoles–, que cuenta con la reserva incalculable de sus fieles nobles, sinceros, sacrificados, devotos, no puede limitarse a vivir de su pasado, entretendido de iniciativas, virtudes y méritos. Tiene hoy una apremiante misión y no puede desmentirla. Esa misión, eterna, hay que rejuvenecerla y actuarla cada día para que la vitalidad y el mensaje de la Iglesia, incorporados consciente y valientemente al estilo de vida

de cada uno de sus hijos y pastores, contribuyan a que el hombre y la sociedad sean cada vez más dignos, más justos, más elevados moral y espiritualmente»³.

Estas palabras se unen con las que había pronunciado la víspera:

«Nos no queremos silenciar el augurio –¿un vaticinio?– de que España pueda encontrar siempre en la fidelidad a sus tradiciones religiosas e históricas la fuente de su plena, original y magnífica expresión, por su libre, orgánica y compacta unidad interior y por su renovado impulso en el cumplimiento de los graves y grandes deberes que hoy propone la historia a toda sociedad civil en progreso.»

«Que la humilde y gran hija de España, que Nos elevamos hoy al honor de los altares, pueda ser inspiradora de paz y prosperidad interior y exterior para su noble y piadosísimo pueblo, y lo anime a obtener de sus extraordinarias energías étnicas y morales aquella renovación general y espiritual, individual y social que el anuncio del Año Santo propone a toda nación, y a nuestra Santa Iglesia católica principalmente»⁴..

No hay otro camino. El pasado y el presente de cara al futuro; la esperanza y la mortificación; la religiosa santa y la madre de familia buena; el trabajo transformador de la energía creada y la penitencia por nuestros olvidos de Dios; las vocaciones religiosas y sacerdotales y el ímpetu de la juventud que construye el mundo; la atención a los ancianos desamparados y la previsión para impedir el desamparo; el honor de ser «tierra de santos... que ofrece siempre la reserva de lo esencial y definitivo, su fe cristiana arraigada y vital»⁵, y el coraje para lograr hoy los frutos que la nueva época histórica nos pide permaneciendo fieles a las exigencias de la santidad que Dios nos señala, para serlo igualmente a las que el amor a los hombres nos reclama. Santa Teresa de Jesús Jornet, de haber vivido hoy, hubiera emprendido una obra como la que realizó, u otra de otro estilo. Pero en su interior hubiera sido la misma: un alma enamorada de Dios, que por vivir en unión con Él y sus misterios divinos se habría entregado al servicio de los hombres. Y de ese modo, hoy como ayer, queda unido el respeto a la tradición, la fidelidad al pasado con el afán venturoso de ofrecer al porvenir nuevos caminos de realización humana y cristiana.

Que ese ejemplo siga siendo fecundo para todos cuantos hemos festejado su memoria y meditamos las lecciones que nos da.

³ PABLO VI, *Alocución a los obispos españoles* presentes en la canonización de Santa Teresa de Jesús Jornet e Ibars, 28 de enero de 1974: IP XII, 1974, 75.

⁴ PABLO VI, homilía citada en la nota 2: IP XII, 1974, 72.

⁵ *Ibíd.*, 68-69

EL MAGISTERIO ESPIRITUAL DE UNA SANTA FUNDADORA: RAFAELA M^a DEL SAGRADO CORAZÓN

Homilía pronunciada el 30 de enero de 1977, en Madrid, en la Parroquia de Santa Isabel y Santa Teresa, en la clausura del triduo organizado con motivo de la canonización de Santa Rafaela M^a del Sagrado Corazón. Texto tomado de la edición hecha en dicho año para uso interno por la referida Congregación.

Queridos sacerdotes concelebrantes, Religiosas Esclavas del Sagrado Corazón, Asociación de Adoradoras del Santísimo Sacramento, que seguramente estáis también aquí, antiguas y actuales alumnas, familias amigas:

Os saludo a todos y os ofrezco mi bendición muy cordial. Comparto vuestra alegría legítima por un motivo tan noble como es la glorificación de vuestra Santa Fundadora.

Aún tenemos muy presente el recuerdo de la jomada que vivíamos hace una semana en Roma: la Basílica de San Pedro todavía más bella que de costumbre; aquella peregrinación española, tan numerosa, con su piedad y con el clamor propio de su fe; vosotras, las Religiosas Esclavas, llegadas allí de tan distintas partes del mundo; las alumnas de vuestras casas, de diversos continentes y razas; sacerdotes, religiosos, obispos y cardenales de la Curia Romana o de otros sitios; luego, el cortejo pontificio, y el Santo Padre celebrando la misa, leyendo aquel decreto que, en el uso de sus facultades magisteriales, proclamaba Santa a vuestra Madre Fundadora, Santa Rafaela María del Sagrado Corazón.

LA IGLESIA DE LA SANTIDAD

La alegría de este hecho religioso se renueva con frecuencia ahora en el Vaticano; pero no porque se repita con frecuencia la canonización o beatificación de siervos de Dios, deja de ser siempre algo nuevo para quien lo contempla con los ojos de la fe. Y en vuestro caso, doblemente nuevo, porque lo contemplabais con los ojos de la fe y del amor.

Se ha dicho repetidamente que Pablo VI, el Papa actual, habla con signos, ¡y cuidado, que habla también con palabras! Pero es cierto. Habla también con signos, con señales. Las busca deliberadamente. Y en el caso al que me estoy refiriendo, el de las renovadas canonizaciones que vienen produciéndose en la Iglesia en estos años, me parece que busca con toda deliberación una señal: lo dice o lo insinúa más o menos implícita o explícitamente para ver si lo entendemos. La señal que Pablo VI está dando al mundo y a la Iglesia de hoy con estas repetidas glorificaciones de los siervos y siervas de Dios, es como una invitación a toda la Iglesia, que no sólo es interioridad mística, sino también sociabilidad común, para que mutuamente unos a otros, los hijos de esta grande y santa Madre, nos demos ánimos en el camino de la salvación.

Y con estas canonizaciones, el Papa Pablo VI viene queriendo señalar como un doble hecho:

- 1º. La santidad de los propios testigos de Dios, para ejemplo nuestro: los santos.
- 2º. La santidad de la Iglesia misma, de la que estos santos se nutren.

Esta santa Iglesia de Dios, limpia y pura, eternamente joven, que con su palabra, con sus sacramentos, con la fuerza divina que corre por la sangre de sus venas, está alimentando a los hombres con el mismo frescor y la misma lozanía con que podía hacerlo el Señor mientras vivía en este mundo.

¡Amemos a esta Iglesia de la santidad!, nos está diciendo Pablo VI. Y para hacerlo mejor, nos propone cada cierto tiempo estas excelsas figuras que han sido testigos heroicos de su fidelidad al Evangelio y van diciendo, sin vacilaciones, todo lo que la Santa Iglesia les ha propuesto para seguir el camino de Jesucristo.

Y en el caso vuestro, queridas Religiosas Esclavas del Sagrado Corazón, me parece que tenemos que dar gracias también por la oportunidad de esta canonización de vuestra Fundadora. No solamente oportunidad (que nace de la coincidencia de fechas), lo cual no deja de ser interesante para quien considera con familiaridad vuestro Instituto, pero al fin y al cabo es algo muy localizado y circunstancial: año centenario del Instituto y año en que también se renueva el Consejo General que ha de regir vuestra Congregación; quizá también, se reformen o se renueven en la medida que convenga, vuestras Reglas y Constituciones. Todo esto hace oportuna la glorificación de Santa Rafaela María del Sagrado Corazón.

LA SANTIDAD NO SE IMPROVISA

Pero yo no hablo de esta oportunidad. Estoy fijándome en otra. Y es la que nos es sugerida por los hechos de la misma vida de esta Santa. Voy a fijarme en algunos. Y en primer lugar en éste: lo que más se ha comentado ahora, con motivo de la canonización, es ese ejemplo maravilloso, extraordinario, del sacrificio y abnegación en grado supremo de los últimos treinta y dos años de su vida. Pero yo no me fijo ahora en este aspecto. Quiero contemplar otro. Porque el heroísmo de la santidad, manifestado en esa etapa de su vida, no se improvisa; las raíces vienen de atrás y están ocultas, y hay que descubrirlas.

Contemplo la figura de la Santa en su juventud: pura, noble, obediente, fiel a la Iglesia. Una joven que vive y se beneficia de la educación que recibe en una familia cristiana, en donde se vive el amor y el santo temor de Dios. Una joven bien dirigida en su conciencia por los que ilustran su espíritu y la encaminan hacia mayores manifestaciones de su entrega a Dios. Ahí es donde empieza a labrarse el secreto de sus futuras determinaciones. Santa Rafaela María fue una joven de carácter, de decisiones generosas, de entrega limpia en sus propósitos con fe y con amor a aquella Iglesia dentro de la cual crece en su niñez y en su juventud. Gracias quizá a esa atmósfera propicia y a la fidelidad con que ella respondió a las llamadas de Dios, dentro de ese género común de vida en que se desarrolló su juventud, pudo después responder a las llamadas del sacrificio

heroico, cuando le fue pedido en un grado tan intenso que nos resulta casi incomprensible.

La lección es importante para vosotras. Religiosas Esclavas; para vosotras, mujeres, madres de familia y esposas; para todos cuantos estáis aquí. Porque a través de estos hechos vemos cómo el ideal cristiano puede encarnarse en un alma joven, en cualquier época y en cualquier circunstancia. Y hoy –he aquí la oportunidad a que me refería antes– hoy estamos encontrándonos con un panorama desolador para nuestra juventud. Estos muchachos y muchachas jóvenes, llenos de idealismos, a los cuales, sin embargo, se les está inoculando incesantemente por todos los medios por los que se puede llegar hasta sus conciencias generosas, se les está inoculando el veneno del olvido de Dios, del subjetivismo, de la anarquía religiosa, del desorden moral, con el pretexto de un desarrollo de la personalidad humana. Es un camino por donde se termina facilísimamente con la personalidad humana destrozada, mientras que el otro fácilmente lleva a esa manifestación gigantesca de personalidad en su doble condición humana y religiosa, como el que Santa Rafaela María nos ofrece.

A vosotras os hablaba el Santo Padre, Religiosas Esclavas, sobre vuestro Instituto y ponderaba con razón –puesto que todos los que tienen algo de conocimiento del mismo podemos certificar la afirmación que hacía–, ponderaba todo lo que habéis prestado como servicio excelso a la Iglesia en el campo de la educación de la mujer; no sólo en vuestros colegios, sino con otras obras a las que habéis dado impulso, de uno u otro carácter, pero siempre movidas por ese nobilísimo afán de formar a Cristo en el alma de las jóvenes a las que podíais llegar. Vivimos tiempos en los cuales todo esto está siendo sometido a la crítica implacable, que nace incluso de nosotros mismos y ha arruinado muchas vocaciones religiosas, y ha hecho preguntarse con desorientación a muchos religiosos y religiosas si estaba justificada su vida de entrega a la formación de las jóvenes. ¡No lo dudéis jamás! Dudarlo hasta aquí era una temeridad de juicio y una manifestación de desconocimiento de lo que es el ser humano y la sociedad en que se desarrolla. Dudarlo a partir de ahora, después de la canonización de vuestra Fundadora, de las palabras que os ha dicho el Papa, sería casi una ofensa a esta Iglesia Madre, a la que debéis todo.

LA FUENTE SECRETA DEL SACRIFICIO DIARIO

En segundo lugar, quiero referirme a otro aspecto de la vida de esta religiosa, Santa Rafaela María, y es el que llega más adelante en esa segunda etapa que ahora contemplamos: la del desasimiento absoluto, la del abandono por parte de todos, la de su sacrificio silencioso día tras día durante treinta y dos años. Es lo que más llama la atención. Y otra vez volvemos a preguntarnos cuál era el secreto de esa conducta, de dónde sacaba fuerzas para poder actuar así.

Hecha la referencia que considero obligada a esas raíces primeras, el hecho es que la personalidad de Santa Rafaela María fue enriqueciéndose sin cesar, gracias a un carisma especial que el Señor supo infundirle en sus propósitos: el amor a la Eucaristía. Esa adoración eucarística de la que el Santo Padre hablaba también diciendo: *Adoración renovada, pero no desvirtuada*. Esa adoración a la

Eucaristía, esa unión con Cristo en el Sagrario y esa asimilación progresiva de lo que es el sacrificio del Señor, de ahí sacó ella fuerzas para realizar el suyo.

No es extraño, pero es también oportuno recordarlo, porque es otra de las manifestaciones de desorientación que se han producido en nuestro tiempo. Ya es hora de que avancemos hacia adelante con más alegría que hasta aquí, sin necesidad de este revisionismo insensato, del cual lo único que se saca es la obligación tardía de volver a restablecer lo que habíamos perdido; pero, como se hace tan tarde, ya no se puede remediar después lo que en el camino ha ido quedando deshecho y destrozado. Valió para la Madre Rafaela María, pero es que hace pocos días la Madre Teresa de Calcuta, la que ahora acaba de fundar en Roma un Centro para recoger esos desechos humanos a los que nadie presta atención, ha dicho unas palabras ahora, en nuestros días, que nos recuerdan lo mismo que podía decir con las suyas Santa Rafaela María. Le hablaban del Centro que se le ofrecía en los suburbios de Roma para poder dedicarse a esa labor de apostolado impresionante, que le ha hecho testigo de Dios ante un mundo agnóstico, puesto que es la única religiosa que ha acumulado premios civiles de gobiernos y de instituciones incluso ateas, pero que se rinden conmovidos ante la magnitud del testimonio de caridad y sacrificio que viene dando. ¿Sabéis lo que ha dicho? «La casa que yo necesito para mis pobres ha de ser pobre». Pero ante las dificultades que surgían por la falta de local, cuando alguien propuso que se podría prescindir de la capilla, ella contestó: «¡Ah! ¡Eso no! Porque yo no soy capaz de ver a Jesucristo en los pobres si no lo contemplo en la Eucaristía». Necesita la hora o las dos horas de adoración para poder tener después la fuerza necesaria para contemplar a Cristo en el rostro llagado de esos miserables a los que su caridad ha recogido.

Esa fuerza de la Eucaristía es Cristo vivo. Se nos da Él, se nos quiere dar, quiere que recibamos esa fuerza, ¿por qué prescindir de ella?

El Papa decía: *Adoración a la Eucaristía, renovada, nunca desvirtuada*. Para la renovación tenéis instrucciones suficientes, nacidas de los documentos de la Santa Sede, y completadas con prudencia por las reflexiones propias que podéis hacer, pero que no prevalezca nunca jamás en la Congregación de Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús el ansia de renovación de que ahora se habla sin cesar, con menosprecio de esta fuerza maravillosa que tiene la Iglesia Santa para fortalecer diariamente a los que se acercan a Ella. Ahí es donde yo encuentro la otra raíz que hizo a vuestra Fundadora capaz del sacrificio tan ejemplar de la segunda etapa de su vida.

BÚSQUEDA Y ENCUENTRO DE «LO SANTO DE DIOS»

Por último, el tercer dato: ella buscó, podíamos decir, «lo santo de Dios». Repito la expresión: «lo santo, lo santo de Dios, lo santo de Dios». Un alma que tiene fe, a medida que va progresando en la fe, va buscando más lo santo de Dios y se sumerge en la contemplación de la Trinidad y goza en la contemplación del misterio de la vida divina creadora, redentora, santificadora, fecundadora para todo, para la condición humana, para el progreso social, para el desarrollo del mundo en la fase actual y, en definitiva, para el sacerdocio, para la vida religiosa, para la verdad filosófica, para la belleza del arte, para todo cuanto es expresión

de esa fuerza misteriosa de Dios creador que late en el mundo. Y cuanto más se entrega uno a la contemplación de lo santo de Dios, más fuerte se hace para poder dar ejemplo de santidad que luego tiene consecuencias fecundas, cuando nadie puede saberlo. Porque hoy, Religiosas, lo que sois vosotras hoy, las más jóvenes incluidas, lo debéis a las religiosas anteriores, a las generaciones que os han precedido, y ellas a las primeras que empezaron, a pesar de todo lo que sucedió. Pero particularmente a la oración y al sacrificio de vuestra Madre Fundadora. Todo es así en la Iglesia; todo lo debemos unos a otros. Y todo es así en las familias de la Iglesia.

Debéis pensar en las exigencias propias de vuestro apostolado, del mundo en que vivimos, pero tenéis que evitar los equívocos y las ambigüedades. Se habla continuamente de que es necesario renovarse para evangelizar mejor, pero yo pregunto, ¿qué es la evangelización?, ¿qué es?, ¿en qué consiste? Concretémoslo bien. Tenemos la palabra del Papa en un documento de una altura soberana, la *Evangelii nuntiandi*, en la cual se nos dan normas clarísimas para todos los apostolados que podamos emprender en la Iglesia, en orden a la evangelización del mundo contemporáneo. Se nos dice que, por parte de todos, debemos acentuar nuestra presencia en el mundo, porque es desde el mundo de aquí de donde tenemos que arrancar para salvarnos en el mundo de allá. Es cierto. Pero cada presencia tiene una identidad, un estilo, unas normas. No es lo mismo la presencia en el mundo del soldado, del artista, del profesor, de la novia, de la esposa, del sacerdote, de la religiosa. Todos tenemos que estar presentes en el mundo, pero con una presencia tal como la reclama nuestra condición de testigos de la trascendencia de Dios, desde la cual tenemos que partir para poder ser apóstoles de la promoción social, si es que ésta es la palabra que quiere utilizarse en lugar de usar la palabra permanente de la caridad cristiana, la cual lleva a todas las conclusiones.

Se nos habla continuamente de que no hay que llegar tarde, de que debemos estar muy despiertos los cristianos para poder estar atentos a las necesidades del mundo, no nos vaya a suceder lo que en tal o en cual época, y se aducen testimonios históricos que aparentemente prueban que hubo torpeza, inercia, pereza evangélica, al menos conforme a nuestros criterios revisionistas. Pero a los que hablan así tendríamos que decirles que, si esa manera de pensar no se matiza debidamente, el primero que llegó tarde fue Jesucristo, que dejó pasar siglos hasta el momento de su Encarnación. Y después dejó pasar la mayor parte de su vida en el silencio de un trabajo oculto. Más tarde dejó en simple semilla el Evangelio cuando podía transformar las culturas de aquel tiempo. Pero no lo hizo, porque no es ése el estilo de evangelizar.

Por consiguiente, que tampoco predomine en nosotros esa idea frecuentemente fascinante, porque suscita las energías de la generosidad por parte de aquellos a quienes les es propuesta: «no llegar tarde». Y para eso avanzar, romper muros, superar distancias, hacernos presentes en todo. Y en efecto, tan rápidamente se quiere avanzar, que muchas veces, cuando se llega, llegamos vacíos. No se puede dejar de llegar por infidelidad o por pereza, pero no se puede tampoco ir más allá de lo que la Santa Iglesia, con su Magisterio, con sus normas prudentes, con el ejemplo de sus santos, nos está diciendo constantemente. He aquí por qué pienso que el ejemplo de Santa Rafaela María es particularmente oportuno en la época que vivimos.

Lo es para vosotras, Religiosas Esclavas, para las cuales deseo todo el entusiasmo apostólico que nace de una vocación generosa. Yo os contemplaba también hace una semana en la Basílica de San Pedro, y pensaba cómo detrás de cada una de vosotras había una vida, una juventud, una edad madura, una ancianidad venerable, lo que sea, según los años de cada una; hay un compromiso con Dios. Ha habido un esfuerzo serio que os ha obligado a luchar para manteneros fieles. Y también pensaba en vuestras familias que os han cedido a Dios, renunciando a cualquier visible compensación humana, como la que puede tener o nacer del trato tan directo con sus hijos en el mundo.

Vosotras estáis hoy aquí y podéis estar mañana en cualquier lugar remoto para poder repetir la frase de San Francisco Javier, cuando navegaba por los mares de China: «desprovisto de todo auxilio humano». Contemplo esas vidas vuestras y os animo a que mantengáis el entusiasmo apostólico, pero manteneos fieles. ¡Cuidado con la palabra tan repetida de las renovaciones, tantas veces sin sentido! La tradición de la Iglesia no es inmovilismo pétreo, es fuerza renovadora; no es costumbrismo que pasa, sino fidelidad que se transmite de unos a otros. Es sangre que corre y sigue dando vida, y puede hacer hoy santas de nuestro tiempo, pero que no lo serán sin vivir en coherencia profunda, aunque los estilos sean distintos, con las santas de ayer.

EL MANDATO DE LA FIDELIDAD

No soy indiferente a vuestra Congregación. Llevo sobre mí recuerdos muy gratos. Tengo hoy la cruz pectoral de la Asociación de Adoradoras del Santísimo Sacramento que las Esclavas de Valladolid me ofrecieron el día de mi consagración episcopal. Fui infinidad de veces por vuestra casa de allí. Mi apostolado era con la Asociación de Adoradoras, pero algunas veces también hablé con las religiosas. Había entonces un juniorado extraordinario, llamaba la atención. La formación religiosa que adquirían, su vida litúrgica, el canto gregoriano, otros cantos populares. La capilla de las Esclavas de Valladolid tenía siempre adoradores del Santísimo Sacramento, muchos de ellos desconocidos. Yo trataba mucho con los hombres de Valladolid, en talleres de obreros, en barriadas, en la Universidad, en las calles céntricas. Pude conocer muchos aspectos desconocidos de la vida de muchas familias. Allí, en aquella capillita humilde, en aquélla, adorando al Santísimo Sacramento, muchas tardes de invierno o de verano, aparecían a las horas menos pensadas hombres que yo conocía y que allí, junto al Señor, decidían sus destinos o cambiaban de vida, ¡y hasta el canto de las religiosas les ayudaba! No hago apología de este rito o de aquel canto; quiero decir que cuando hay entusiasmo, convergencia de propósitos, se logran, aun sin pretenderlo, manifestaciones de fe y piedad que atraen a los demás y llegan a ejercer influencias invisibles.

Además de estos recuerdos, tengo que invocar que fue un Arzobispo de Toledo, predecesor mío, el Cardenal Moreno, el que aprobó vuestra Congregación en el siglo pasado. Por todo lo cual, como sacerdote de Valladolid que recuerda los tiempos de su apostolado, y como Cardenal de Toledo hoy, me encuentro aquí con satisfacción espiritual y religiosa. Pero no hubiese cumplido con mi deber si no os hubiera dicho, al amparo y ante la exigencia del recuerdo de vuestra Fundadora, lo que a mi juicio y apoyándome en las palabras venerables del Papa

son mandatos suyos para la fidelidad. Por este camino, vuestra Congregación seguirá dando gloria a Dios y realizando un beneficio inmenso, aun cuando os parezca que no es así. Pero si prevalecen los criterios subjetivistas y personales, las renovaciones incesantes por afán de renovar, sin meditarlas en la oración y sacrificio, sin verlas de acuerdo con la doctrina de la Iglesia, si prevalecieran esos criterios, no podréis tener la gozosa fecundidad que vuestro Instituto ha tenido hasta aquí.

Dios quiera bendeciros, y por mediación de vuestra Santa Madre Fundadora, en todas vuestras casas, en donde quiera que haya un grupo de religiosas y una obra promovida por las Esclavas, vuelva a existir el gozo del apostolado, la conciencia de lo que es la fe y el deseo de ser testigos de Cristo en el mundo actual.

MEDITACIÓN SOBRE LA VIDA DEL BEATO ENRIQUE DE OSSÓ

Homilía pronunciada en Roma, en la Basílica de San Pablo Extramuros, el 15 de octubre de 1979, en la Misa solemne celebrada con motivo de la beatificación de Enrique de Ossó, sacerdote, fundador de la Compañía de Santa Teresa de Jesús.

Hermanos, os ofrezco a todos mi saludo cordial y respetuoso; hermanos Obispos y sacerdotes concelebrantes, Rvda. Madre Superiora General y su Consejo y religiosas todas de la Compañía de Santa Teresa de Jesús, familias, antiguas alumnas, alumnas actuales, niños, amigos de Jesús, todos cuantos habéis venido de tan diversos lugares para percibir directamente el gozo y la alegría que sentimos todos con motivo de la Beatificación del Venerable Enrique de Ossó; para todos mi saludo lleno de esa satisfacción que siento también igual que vosotros.

Estamos aquí hoy bajo la doble presencia, por su espíritu y por la fecha litúrgica, de Santa Teresa de Jesús. En sus monasterios de Ávila entraba yo este verano, como acostumbro a hacerlo todos los años, y el objeto principal de la conversación con las religiosas carmelitas, las de la Encarnación y las de San José, era, precisamente, la próxima beatificación de aquel que tanto la amó, y ellas, generosas siempre, con la generosidad que nace de la propia Madre a quien veneran, se unían ya entonces a la alegría presentida de estos actos que estamos celebrando.

GRATITUD, RECUERDO Y ALEGRÍA

El de hoy, y los próximos, son para dar gracias a Dios; esto es lo que hacemos en esta Sagrada Eucaristía: dar gracias a Dios por la nueva gloria que Él quiere dar a su Iglesia, al introducir en el catálogo de aquéllos a quienes llamamos beatos y santos, a quien familiarmente hemos conocido hasta aquí con ese nombre más próximo de don Enrique de Ossó. Y damos las gracias fervorosamente, con toda la humildad de nuestro corazón, perfectamente compatible, por supuesto, con toda la solemnidad externa y con todas estas manifestaciones amplias, multitudinarias casi, con las que vosotros –miembros de la Compañía, familiares, amigos, antiguas y actuales alumnas–, os habéis unido a estas fiestas.

No os extrañe el que yo quiera tener aquí también otro recuerdo y es el que ofrezco a aquellas Hermanas de la Compañía que ya no están con nosotros. No sólo a las primeras, las que tan intrépida y generosamente colaboraron con el Beato Enrique de Ossó –sus nombres son bien conocidos–, sino a otras más próximas que han vivido en los últimos decenios; ya no están tampoco aquí con su existencia terrestre, pero ¡cuánto hicieron ellas por la beatificación de su Padre Fundador! Yo recuerdo a algunas desde el día, ya lejano, en que entré en un Colegio de la Compañía para empezar mi ministerio de capellán y de profesor de las alumnas; y, a través de ellas, de esas religiosas cuyos rostros y nombres tengo muy presentes, tuve las primeras noticias de ese sacerdote catalán, don

Enrique de Ossó, cuya figura habría de estudiar más tarde con detenimiento¹. Para ellas mi recuerdo lleno de emoción religiosa en la seguridad de que lo compartís todas vosotras.

Precisamente hace unos días he recibido yo carta de una teresiana de México, ya muy anciana (tanto que se le ha olvidado firmar, pero los datos permiten identificarla muy bien) y habla de sus años primeros en España, donde hizo la profesión, donde recibió la formación y ahora, ya en las postrimerías de su vida, perteneciente a la Provincia Teresiana que lleva el nombre de Enrique de Ossó, lanza desde allí como un grito de júbilo que yo recojo para presentarlo y unirlo al vuestro, grito que pudiera ser también prolongación del de tantas otras que no han podido venir, pero que han contribuido tanto como nadie al bien de la Iglesia desde la misión que la Compañía de Santa Teresa les señaló.

Alegrémonos, pues, todos, y con estos sentimientos de gratitud y de alegría avancemos un poco en la reflexión, sin abusar de vuestro tiempo y paciencia, sobre la vida del Beato Enrique de Ossó

LAS FUENTES PERENNES DE LA ESPIRITUALIDAD

Estamos en la Basílica de San Pablo Extramuros, esta Basílica que él nunca dejó de visitar en sus viajes a Roma. Aquí oró. Por esa campiña romana, menos poblada que hoy, se paseó contemplando motivos que tenía para no dejarse abatir por la desesperanza en medio de grandes dificultades; los contemplaba a la luz de la oración y todavía, bajo tantas pesadumbres, por aquí o sentado en las piedras de las ruinas del Coliseo o junto a San Pedro, os escribía cartas y libros ascéticos y apuntes de pedagogía que redactó aquí en 1894, dos años antes de su muerte.

Ahora, Roma le ha abierto las puertas de la glorificación suprema. Entonces no tuvo llaves suficientes para abrir otros archivos, donde se guardaban documentos jurídicos que tan eficazmente hubieran devuelto el honor y la paz a su alma, enamorada de Dios y de la justicia, y tan crueles fueron, sin embargo, para dejar sin respuesta las preguntas que aquel «Solitario», como a sí mismo se llamaba, se hacía desde el interior de su alma, demandando un poco de luz en medio de la oscuridad que se cernía sobre él. Ahora, Roma le ha abierto las puertas de la gloria, y nosotros, llenos de gratitud y de esa alegría, encontramos un motivo más para venerarle profundamente al conocer lo que aquí tuvo tanto que sufrir.

He pronunciado ya el nombre de San Pablo por la Basílica en que nos encontramos, pero es obligado hacer una referencia mucho más detenida si queremos meditar sobre la figura del Beato Enrique de Ossó. El hunde las raíces de su espiritualidad en la teología de San Pablo; el mismo fuego paulino: el amor a Jesús; la misma universalidad de intención: querer abarcar toda la tierra; el mismo deseo de poner todas las cosas al servicio de su Señor; el mismo anhelo de glorificar siempre a Cristo Jesús. En las Constituciones primeras que escribe, que se dan a conocer en 1888, señala esta frase que es como clave de vuestra

¹ Véase la biografía *Enrique de Ossó. La fuerza del sacerdocio*, BAC 440, Madrid, 1983, XLII, 488 páginas.

Compañía y de lo que él pensaba: restaurar todas las cosas en Cristo Jesús, educar a la mujer según el espíritu y la celestial doctrina de Santa Teresa de Jesús. Restaurar todas las cosas en Cristo Jesús. Y en una de aquellas cartas que firmaba con pseudónimo y que vosotras habéis recogido más tarde como artículos sobre la educación de la mujer, dice el Beato Enrique de Ossó: «San Pablo, modelo perfecto de todos los pedagogos, escribe: *Hijitos míos, a quienes trato de dar de nuevo a luz hasta que Cristo Jesús se forme en vosotros* (Gal 4, 19). He aquí, el ideal de la educación cristiana». Frases de San Pablo que vuelve a repetir, y de manera precisa, en ese librito al que me he referido: «Apuntes de Pedagogía», escrito aquí, en Roma, cuando dice: «Formar a Cristo Jesús en la mente y en el corazón». Este ideal es lo que mueve al Beato Enrique de Ossó en toda su espléndida labor sacerdotal.

Al insistir sobre este aspecto de su espiritualidad y su formación, no estoy negando el magisterio que sobre él ejercieron maestros más cercanos en el tiempo; busco raíces más hondas. Maestros más próximos fueron, por supuesto, Santa Teresa de Jesús y San Francisco de Sales, cuyos libros no se le caían de las manos, pero igualmente estuvieron éstas sosteniendo siempre el Nuevo Testamento para meditar sobre las enseñanzas de Cristo y de San Pablo. Y ahí es donde se encuentra un poco la explicación de por qué es insuficiente llamar al Beato Ossó el Maestro de la Escuela Católica, el Apóstol de la Enseñanza, títulos nobilísimos, pero que no le pertenecen en exclusiva. Ha habido otros también que han trabajado arduamente por ese mismo ideal. En don Enrique hay un horizonte mucho más amplio –digo don Enrique porque estoy refiriéndome a aquella vida tal como humana y sacerdotalmente se desarrolló, ahora ya hablamos del Beato Ossó–, hubo un horizonte más amplio: es el misionero de la fe, es el gran catequista, es el apóstol predicador de Cristo; abarca todos los campos y todas las edades; es periodista y trabaja con niños; es pedagogo y escribe periódicos; compone obras ascéticas y hace un libro de historia; se reúne con los jóvenes labriegos y campesinos y busca mujeres que puedan estudiar; mira a la Universidad y del mismo modo, con la misma atención, se fija en los templos de Tortosa a los que quiere ver llenos de niños que canten la alegría pura de la fe en que están bautizados.

El Beato Ossó fue un gigante en el apostolado que ambicionaba abarcar el mundo entero. En aquellos artículos que escribía bajo pseudónimo dice: «Mi Compañía quiere regenerar el mundo entero, mi Compañía no quiere tener más motivo de conducta y de honor que velar por los intereses de Jesús: las almas, la Iglesia, la gloria de Dios».

Por eso insisto en que su espiritualidad hunde sus raíces en la teología de San Pablo. Y ahí es como yo me explico el que un día al meditar lentamente sobre él y querer resumir en una frase lo que significaba aquel despliegue extraordinario de energías apostólicas, de virtudes pasivas y activas, lo señalé con estas palabras: *la fuerza del sacerdocio*.

El Beato Ossó se dejó entusiasmar y arrastrar por los amplios horizontes apostólicos que San Pablo abre a todo el que quiera ser discípulo de Cristo; otra cosa es que, dentro del contexto histórico en que le tocó vivir y pensando, él, que era tan buen pedagogo, en lo que más fácilmente podría convertir en realidad sus ilusiones apostólicas, intuyera la eficacia extraordinaria de la figura de Santa Teresa de Jesús para proponerla al pueblo español y de manera particular a la

juventud femenina. Esto era perfectamente lógico, como lo era el que tanto hablara y escribiera sobre ella, pero siempre como reproduciendo en torno a ella todo el ideal interior que sentía y que había nacido de su amor a Jesucristo, tal como San Pablo se lo dio a entender.

LAS GRANDES LEYES DEL APOSTOLADO

Hay unas leyes que tienen que ser respetadas en el desarrollo de esta actividad apostólica, y es la atención a las raíces de esa fuerza espiritual de que dio tan evidentes ejemplos el Beato Ossó, lo que quiero ahora subrayar. Hay unas leyes, hermanos y hermanas, que tienen que ser respetadas; cuando no se respetan todo se deshace, y el Beato Ossó las proclamó constantemente. A todo cristiano le pide que obre en consecuencia con las exigencias de su bautismo; esto es algo normal en la reflexión y en el lenguaje que utilizamos hoy para hablar del apostolado de los seglares, pero el Beato Ossó ya al dirigirse a ellos pedía que fueran «cristianos de veras» y en esa simple frase quería él encerrar pensamientos que desarrollaba más tarde en centenares y miles de artículos para pedir la incorporación de todos los bautizados a una Iglesia activa, en el apostolado que cada uno podía desarrollar según las circunstancias en que viviera.

Esa es una ley; luego hay otra, y es la que han de observar aquellas personas que tienen un llamamiento específico y a las cuales Dios puede confiar especiales tareas dentro de ese campo inmenso de la Iglesia. Entonces el Beato Ossó se encontró con aquellos grupos de jóvenes que respondieron a su llamada y con las cuales fue, poco a poco, madurando la inspiración que una noche tuvo, cuando pensó en la fundación de la Compañía, y con aquéllas y las que vinieron después, puso los cimientos de la nueva Institución.

Y aquí vendría otra ley dentro del desarrollo de su actividad. Es aquella que él señala cuando pide a este cuerpo, especialmente nutrido, la donación total de sí mismas. Él os habla también en las Constituciones primeras desarrollando un pensamiento que en los primeros años apenas formuló o, si lo hizo, fue con excesiva concisión. Lo desarrolla después y dice: «Vuestras virtudes naturales y sobrenaturales, talento, hermosura, prestigio, bienes, todo, tenéis que ponerlo al servicio de los intereses de Jesús». Otra vez el fuego paulino: Cristo Jesús. ¿Es un eco de Santa Teresa? ¿Es un eco de San Pablo? Lo es de los dos: el lenguaje teresiano es como la traducción a nuestra lengua de lo que San Pablo había escrito en la suya. Y así os formó. Y así os envió por el mundo. Y así os pidió que en todo momento dierais pruebas de que sabíais cumplir esa ley de formar a Cristo Jesús en la mente y en el corazón, atendiendo a las tres facultades del hombre de las cuales él habla con primorosa elegancia: la razón que juzga, la voluntad que elige y manda, el sentimiento que ayuda.

Y os quería mujeres animosas, fuertes, resueltas e intrépidas, sin temor ninguno, capaces de acudir a los diversos campos que se abrían al apostolado entonces, en España, Portugal en seguida, en África, en América. Y allá acudieron vuestras Madres y Hermanas llenas de pobreza –ésa era precisamente la única abundancia que tenían, dispuestas a soportar todos los sacrificios, pero nunca, nunca temerosas, siempre capaces, por el espíritu que les había infundido el

Beato Enrique Ossó—, capaces, digo de dar las respuestas que se necesitaban. Es asombrosa la fecundidad de la Compañía de Santa Teresa de Jesús ya en aquellos tiempos en que, sin medios de ningún género, solamente poniendo la voluntad y el deseo de capacitación, tal como la Iglesia y la sociedad entonces lo iban pidiendo, se aprestaron a luchar espléndidas batallas que todavía siguen y seguirán dando copiosos frutos.

EL VALOR DE LO RELIGIOSO EN LA VIDA

Y luego hay otra ley que es preciso recordar, tratándose de una Institución que se dedica de manera particular a la enseñanza y la educación. Ley que tuvo también presente el Beato Ossó. ¿Cómo presente? Yo creo que es lo que más se distingue en él.

Esta ley es la de la persuasión gozosa, fuertemente defendida, del valor de lo religioso en la vida. Tiene sobre esto páginas excelsas, cuando habla de que la moral sin el fundamento de la religión es inútil; de que la moral que el mundo predica, expone a los hombres a dar pasos en falso. Comentando la frase de San Agustín en que dice el santo doctor: «Los filósofos gentiles, aun siendo muy sabios, precisamente porque lo eran, como carecían de la luz, cuantos más pasos daban más se desviaban»², el Beato Ossó valora, con precisión intelectual y cordial muy profunda, el sentido de lo religioso, sin el cual la moral se degrada o se convierte en un moralismo asfixiante y negativo que no conduce a nada.

La religión es la que nos abre al infinito de Dios. La religión nos ofrece el misterio de la trascendencia. La religión permite que el hombre alcance su plenitud en este mundo. Lo religioso es lo que hace que el hombre se una con Dios, pero tratándose de lo religioso cristiano resulta que es Cristo, una Persona Divina, la que se ha acercado a nosotros y con Él tenemos que unirnos y comer el Pan de vida y alimentar nuestra esperanza de vida eterna, y entonces sí, cuando se logre esto, de lo religioso cristiano surge la moral, porque surge el hombre nuevo, la moral perfecta, la moral de la plenitud, la de las Bienaventuranzas, la de la vida divina insertada en el hombre, la de la unión de éste como el sarmiento con la vid; ésta es la auténtica moral.

Desde que Cristo ha venido al mundo, el hombre no puede ya detenerse, como en una posible meta, en una moral natural; ha de tener aspiraciones más altas, y si no las logra, es del todo incompleto, porque Cristo ha venido a ofrecerlas. Y ahí nos encontramos la explicación de por qué el Beato Ossó en vuestros colegios cuidó mucho de lo religioso, precisamente en sus formas más vivas: la oración, la adoración, la expiación del pecado, la purificación del alma, la práctica religiosa llena de amor al estilo de Santa Teresa, las lecturas espirituales que encendían los espíritus para lanzarse al apostolado siempre generoso, de entrega total. El Beato Ossó cuidó esto de una manera especial; lo muestran sus libros de ascética, las páginas innumerables que escribió comentando hechos que por entonces se dieron, su amor a la Iglesia, plasmado en Roma y en el Papa; su idea de cómo los católicos tenían todos que aspirar a vivir libres por *entonces*, refiriéndose especialmente a nosotros, sacerdotes y religiosos, libres

² Cf. *De Trinitate* XIII, 19, 24: ML 42, 1033; BAC 39, Madrid⁴ 1985, 636-637.

entonces –y subrayo el *entonces* porque la época fue particularmente difícil– de todo protagonismo y afán político, simplemente atentos a la fuerza de lo religioso. El atender todo esto significa un avance, una pedagogía católica de primer orden. No redujo la tarea que vosotras tenéis de educadoras simplemente a eso, a predicar grandes o pequeños deberes y a señalar prohibiciones; buscó ese horizonte religioso amplísimo en que el hombre pueda navegar a velas desplegadas y entonces sí surge la santidad, la moral completa, el hombre nuevo.

¡Ah, hermanas! Sobre todo vosotras, queridas religiosas de la Compañía: habéis de seguir con el mismo entusiasmo en el trabajo que hoy os pide la Iglesia, en tantos campos que requieren el concurso de vuestras manos y de todas vuestras energías personales.

TENÉIS UNA INMENSA TAREA POR HACER

La mujer. Él supo valorarla en todo lo que merece ser estimada, como fuerza impresionante de la vida social. Vivimos una época en que casi hay que pedir a Dios todos los días que disponga lo necesario para que la mujer siga siendo lo que ella es: fuerza, fidelidad, acogida, ternura, sacrificio. Es decir, todo ese conjunto de grandes valores que encierra en su condición, tal como Dios la ha hecho. Y pedir, además, que la sociedad le permita serlo, porque éste es el daño que está haciendo la sociedad hoy, está impidiendo a la mujer ser mujer. ¿Qué sociedad va a surgir de aquí, cuando se están extendiendo por todas partes esas leyes que rompen la indisolubilidad del matrimonio o interrumpen la vida en gestación? ¿Qué sociedad es ésta? Vosotras, hijas de la Compañía de Santa Teresa, si atendéis a los escritos de vuestro Padre Fundador, tendréis criterios precisos para no sucumbir en esa trampa de los progresismos y los conservadurismos. Hay que ser tan progresista como lo fue San Pedro, lanzándose a navegar o andar sobre las olas del mar, pero de la mano de Jesús, porque si no, se hundía; y hay que conservar todo lo que la tradición católica, actualizada perennemente por la Iglesia, nos señala, sin avergonzarse jamás de defender valores tradicionales, como los está defendiendo el Papa Juan Pablo II a cada paso en sus diversas actuaciones.

Religiosas, no dudéis de la oportunidad de vuestra labor hoy. Es inmensa, es actualísima; es de gran valor todo lo que en vuestros colegios, en vuestras catequesis, hagáis por esas niñas y por esas jóvenes que Dios pone en vuestras manos. ¡Ojalá dierais mayores pasos si fuera posible! ¡Ojalá fuerais capaces de dos cosas que yo voy a presentar hoy aquí como intención en la Misa, ya que, aparte de dar gracias a Dios, he de pedir por vosotras!

Dos cosas. Una: fomentar, en cuanto sea posible, esta Hermandad Teresiana Universal, Niños, «Amigos de Jesús», el MTA, como ahora lo llamáis, grupo de muchachas, otras Asociaciones, familias de una y otra nación; reunirlo todo, aglutinándolo todo bajo la acción de ese espíritu teresiano que vosotras tenéis que mantener despierto.

La otra es: la de que organicéis y fundéis Escuelas de Catequistas, no sólo en tierras de misión. Aquí, aquí. Digo aquí como si estuviera hablando en España; en España, en nuestra diócesis, y en otras naciones. Capacitaros, religiosas,

para formar estas Escuelas y para ir cada año logrando grupos de catequistas que, en la familia, en la parroquia y donde quiera que estén, contribuyan a que la fe sea cada vez mejor amada, defendida y propagada.

Vayamos, pues, contentos. Retornemos a nuestros hogares, dando gracias a Dios de haber visto una vez más el rostro santo de la Iglesia, y digamos que entre luces y sombras la vemos caminar hacia el encuentro del Señor; esta Iglesia santa que nos regala con tan espléndidos ejemplos que animan y confortan. Y todavía –si me permitís descender a un nivel más familiar, al fin y al cabo no sería más que dar expresión pública aquí a algo que muchas veces hemos comentado en un ámbito más familiar e íntimo–, todavía tengo que decir una cosa: ¡ojalá pronto veamos la exaltación hecha por la Iglesia santa de un gran amigo del Beato Enrique de Ossó! Me refiero a don Manuel Domingo y Sol, el apóstol de las vocaciones sacerdotales; aunque temo que, si se produjera, acaso el señor Obispo de Tortosa y su clero diocesano pecarían gravemente contra la humildad. Sin embargo, tengo plena confianza de que superarían la tentación. Me refiero a él, porque es otra gloria del sacerdocio español, de la Iglesia santa; los dos fueron amigos aquí en la tierra y los dos podían volver a saludarse en días semejantes en que la Compañía de Santa Teresa siga dando los frutos que de ella podemos esperar, ayudada, eso sí, por estas antiguas y actuales alumnas. La familia, la familia cristiana hay que defenderla como el arca donde se guardan los mejores valores. Si no, la sociedad se hace añicos.

Contribuid a ello con toda la alegría de que seáis capaces, y seguid meditando las enseñanzas de vuestro Fundador, que no pasarán nunca de moda. Así sea.

SAN IGNACIO DE LOYOLA, CONTEMPLATIVO EMINENTE EN LA ACCIÓN

Homilía pronunciada en la Misa que se celebró en la Iglesia de la Casa de Probación de la Compañía de Jesús, en Villagarcía de Campos (Valladolid), el 31 de julio de 1980.

La Iglesia nos invita hoy a celebrar la festividad litúrgica de San Ignacio de Loyola, hijo suyo, hijo preclaro, que ha merecido de ella reconocimiento perenne. En la ininterrumpida galería de los Santos Fundadores que han ido jalonando y sosteniendo la marcha de la Iglesia, ocupa puesto relevante el Santo Fundador de la Compañía de Jesús. Yo me alegro sobremanera de tener la oportunidad de sumarme con vosotros a esta consoladora celebración.

Y ello por tres razones. La primera, porque amo mucho, muchísimo, a esa Iglesia santa a la que he tratado y trato de servir del mejor modo que puedo, y en San Ignacio y en la Compañía he encontrado siempre luces decisivas y estímulos muy poderosos para tal servicio. En segundo lugar, porque encuentro que el ejemplo de San Ignacio y su obra siguen siendo actualísimos para los tiempos de crisis que corremos y que todos deseamos que se conviertan pronto en tiempos de esperanza. Y finalmente, porque me es dado celebrar la fiesta del Santo en esta Casa de Villagarcía, una de las más ilustres, o quizá la más ilustre de cuantas ha tenido la Compañía en las tierras de Castilla.

En San Ignacio se dio en plena juventud, a sus veintiséis años, una conversión del corazón que orientó definitivamente su vida. Se advierte desde ese momento en toda la vida del Santo una tremenda seriedad de propósitos, una coherencia granítica entre lo que la gracia de Dios le pedía y la respuesta generosa que él con su comportamiento daba a las exigencias de la gracia. Y como clave secreta de esa conversión y de esa tenacidad, un amor progresivo, absorbente, totalizador a Jesucristo y al misterio en Él y por Él revelado, amor que le hizo subir, sin retrocesos ni claudicaciones, a las más altas cimas de la santidad y de la unión con Dios.

La conversión de San Ignacio tuvo lugar en Loyola, con ocasión de una providencial herida de guerra. Todos conocemos las circunstancias del proceso interior, por virtud del cual el hasta entonces gentilhomme Iñigo López de Loyola se puso por entero a la búsqueda sincera de cuál era la voluntad de Dios sobre su persona. Desde el primer momento, Cristo se le presentó como punto central de referencia en esta búsqueda. Desde Loyola a Tierra Santa primero, en peregrinación devota y sacrificada. Luego, a su regreso, la ruta de los estudios: Barcelona, Alcalá, Salamanca y París. Y en la ciudad del Sena, la formación de sus primeros compañeros y los gérmenes de la que en pocos años había de ser la Compañía de Jesús. En este último segmento de la geografía de los lugares ignacianos se alinean nombres evocadores que, a todos nosotros, y singularmente a vosotros, suscitan recuerdos imperecederos: Colegio Universitario de Santa Bárbara, Montmartre, paso de los Alpes en pleno invierno, ciudades de Italia, peregrinación intentada y no posible a Tierra Santa, la Capilla

de La Storta, y al fin Roma y la presentación al Papa, Sucesor de Pedro y Vicario de Cristo, y el cuarto voto de la Compañía.

LAS RAÍCES DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

Todo ese recorrido, que forzosamente he tenido que concentrar en pocas palabras, es hermoso, impresionante, ejemplar. Pero es consecuencia, efecto, resultado de una densísima vida interior previa. Las claves de esa geografía ignaciana están muy adentro. En su hondísima vida contemplativa, mística, San Ignacio practicó, no sé si lo habría leído, el sapientísimo consejo de San Bernardo. Hay que ser conchas, no meros canales. Retener y rebosar. Sólo así se es fecundo en la vida de la Iglesia. Asombra, repito el verbo, asombra ver la capacidad de discernimiento espiritual, el movimiento de las mociones de espíritu más alto que es dable encontrar en los grandes místicos, la atención diaria constante, sostenida, a las más delicadas indicaciones del Espíritu. Y todo ello en medio de una actividad inmensa de servicio a la Iglesia. San Ignacio fue lo que él quiso que fueran todos sus hijos. Un contemplativo eminente en la acción.

La fundación de la Compañía no fue, por ello, obra de la improvisación, ni fruto de entusiasmos pasajeros, ni producto de la mera sabiduría humana de un genio, aunque genio fue, como enseguida diré, San Ignacio. La obra de San Ignacio nació arraigada en un subsuelo espiritual riquísimo. Brotó de raíces recias y savia divinamente inexhausta. Pobreza absoluta, mortificación incesante, vencimiento heroico de sí mismo, renuncia a todo poder humano, firmeza en la defensa de las convicciones recibidas, tenacidad de carácter sometido al querer divino sabiamente auscultado, entrega total a Cristo, servicio de las almas, fidelidad al Vicario de Cristo, interpretación genuinamente evangélica de los signos de la época, sentido militante al servicio de la santa Iglesia. Esta era la cantera de la que arrancó Ignacio las piedras fundamentales de su obra, la Compañía, y de la espiritualidad que dejó plasmada en el libro inmortal de sus Ejercicios Espirituales.

¡La obra de San Ignacio! ¡La espiritualidad de los Ejercicios ignacianos! Ni ésta ni aquélla han muerto. Millares y millares, podríamos precisar sin temor a exagerar que millones de hombres y mujeres, de toda edad y condición, han vivido espiritualmente, a lo largo de más de cuatro siglos, de ese pequeño y maravilloso libro, alabado de múltiples maneras por los Papas contemporáneos y del que llegó a decir Harnack, desde su perspectiva de campeón del racionalismo bíblico alemán, que no sólo había salvado para siempre el espíritu del catolicismo romano, sino que además había abierto en el seno de éste una escuela de formación de caracteres, cual no se había registrado otra en la historia. Sea lo que sea de este juicio, tan singular como elocuente, y en el que Harnack califica a San Ignacio de genio de la organización, lo cierto es que la Compañía de Jesús y el libro de los Ejercicios han rendido servicios extraordinarios, inestimables a la santa Iglesia y a la misma humanidad. Podríamos decir que desde mediados del siglo XVI donde hay Iglesia hay jesuitas que la han implantado o que trabajan por fortalecerla o dilatarla. La historia, por ejemplo, de las misiones modernas no cabe entenderla sin la presencia activa y estimulante de la Compañía.

Pero hoy día, hay que reconocerlo con dolor, la defección y el desaliento se han adentrado en el interior de la Compañía de Jesús y de la Iglesia. Y las consecuencias están a la vista de todos. Sufre los embates de la crisis y cuantos amamos a la Compañía y nos sentimos deudores de su espiritualidad, deseamos ardientemente que esta hora de desconcierto pase, se supere y sobrevenga un período de bonanza abierto a nuevos horizontes de evangelización fecunda.

Ha resonado, a estos efectos, la voz potente del Papa Juan Pablo II, quien viene diciendo, desde el primer día de su pontificado, que no temamos, que confiemos, que abramos de par en par las puertas a Cristo. Las de las almas y las de las instituciones. A estas palabras del Papa debe responder como eco unánime la voz decidida de todos cuantos somos Iglesia: obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas y seglares. Abrirnos a Cristo. Él es el centro de la espiritualidad propia de los Ejercicios. Él es el Rey al que los jesuitas y toda la Compañía sirven. Hemos de abrirnos confiadamente, enteramente a ese Cristo, Hijo de Dios hecho hombre. Al Jesús que nos revelan los Evangelios y que la Iglesia nos enseña. Al Jesús que han amado y aman con locura santa todos los santos. Al Jesús, que es el único redentor y liberador del pecado y de la muerte. Hemos de acudir a Él como los Apóstoles, cuando se veían zarandeados por la tormenta en el lago, en noche cerrada y sin valimiento humano. Y como el paralítico que sufría su enfermedad y no tenía quien le asistiese para introducirle en la piscina de la salud. Dios no sufre mermas de época. Su omnipotencia se cierne sobre todos los tiempos. También sobre el nuestro. No lo olvidemos.

DOS OBSERVACIONES

Dos observaciones quiero hacer a propósito de la crisis que estamos padeciendo.

No desconcertemos el vocabulario católico. Importa mucho el conservar el sentido exacto de las grandes palabras de nuestro diccionario del espíritu. Considero equivocado que se califique de mera retórica todo lo que es entusiasmo interior y manifestación exterior de la causa santa a la que vivimos consagrados por nuestro bautismo y nuestra vocación personal dentro de la Iglesia. Sentir el impulso de lo sagrado, la atracción de lo divino, la palabra interior de Dios en el recinto recóndito de la conciencia, no es juego de palabras. Es realidad única y suprema. No hay por qué calificar de estrechez de espíritu el amor y la observancia de la disciplina, de la grande y de la pequeña disciplina. Alabar y vivir cuanto constituye el entramado diario de nuestras costumbres y de nuestro estilo de vida sobrenatural no es miopía, sino visión clara y certera de la esencia de la vida cristiana. Juzgar y calificar la fidelidad dogmática como mezquindad de espíritu es amén de injurioso para la totalidad del Pueblo fiel de Dios, que vive con sencillez bienaventurada su Credo, sumamente peligroso para el deber que tenemos de custodiar fielmente el depósito recibido de la fe. Con las realidades que los dogmas expresan no valen juegos de palabras, ni condescendencias con el espíritu mundano perturbado y perturbador de la época.

Y segunda observación. No pensemos, ni de lejos, que nuestro mensaje, el mensaje evangélico no vale por el puro y simple hecho de que se ve rechazado.

El rechazo del mundo es consustancial con el mensaje cristiano. Hoy dos fuerzas se oponen a la Iglesia: una, hostilmente manifiesta, el marxismo. Otra, con apariencias de libertad y tolerancia, la pasión de poseer y gozar, de tener y dominar, el capitalismo inmanentista. Siempre habrá en cada época histórica zonas misteriosamente impenetrables a la Palabra de Dios. Pertenece este fenómeno al misterio de la libertad humana y de la condescendencia divina. Por eso el hecho de que se rechace el mensaje del Evangelio no significa, ni puede significar, que éste no vale, o que ha quedado superado. Las épocas pasan. La verdad del Evangelio permanece. Y es necesario tener conciencia de este permanecer en horas de crisis como la que estamos viviendo.

Hace años estuve yo predicando en la iglesia parroquial de Villagarcía. Era invierno. Había nevado fuertemente. Todo eran ruinas y desolación en este lugar, entonces abandonado desde hacía casi dos siglos. No pude dejar de evocar, en aquellos días, las grandezas pasadas, grandezas de espíritu y de servicio a la Iglesia. En la cripta de esta casa yacen los restos de don Luis Quijada y de doña Magdalena de Ulloa, fundadores del Noviciado en 1572. Doña Magdalena de Ulloa, amiga y protectora insigne de Santa Teresa de Jesús y dirigida espiritual del P. Baltasar Álvarez, confesor de la Santa y más tarde Instructor de Tercera Probación aquí en Villagarcía. En este Noviciado se formaron sólidamente, en espíritu y en ciencia, generaciones enteras de jóvenes jesuitas que cubrieron con su predicación y sus ministerios las tierras de España y de la América hispana. Aquí vivió el P. Francisco J. Idiáquez, escritor ascético insigne y Rector de la Casa. Aquí escribió su famoso Fray Gerundio el P. Isla. De aquí partieron en 1762 todos los moradores del Noviciado para el destierro, a consecuencia de la disolución de la Compañía, página oscura de la inevitable vertiente humana de la Iglesia. Desde entonces reinaron en estos lugares la soledad, el abandono y el olvido.

Hasta que a mediados de los años cincuenta, vino la restauración de Villagarcía, con edificio de nueva planta, adosado a esta antigua y maravillosa iglesia, que conserva como tesoro preciadísimo el rico y venerable relicario. De nuevo se convirtió este Noviciado en casa de formación de nuevas generaciones de jóvenes jesuitas. Hasta que sobrevino inesperadamente la nueva crisis, ahora, promovida no desde fuera, sino desde dentro.

Sé que se reúnen aquí frecuentemente grupos de seglares. Sé que se imparten de continuo tandas de Ejercicios a estudiantes, a matrimonios y a sacerdotes y con gran fruto siempre. Sé que incluso se acogen a la bienhechora soledad de este atrayente rincón de la vieja Castilla los señores obispos de la región del Duero para deliberar, sobre todo en cuestiones pastorales de interés común. Todo ello es consolador y acredita el acierto que presidió las obras de restauración de este genuino santuario castellano de la Compañía. Pero pienso, y creo que recojo en mis palabras el sentir común de todos, que deben volver los novicios a estos lares, que deben poblar ellos con su ardor juvenil y su capacidad de entrega estos tránsitos, que deben pasear de nuevo por sus amenos jardines y sus espesas arboledas, que deben orar de nuevo en su capilla y llenar sus aulas. Dios quiera que pronto puedan verse colmados estos justificados deseos. Así se lo pido en nombre de todos a San Ignacio, cuya fiesta estamos celebrando y en la que he querido poner, como ofrenda agradecida y humilde, los pensamientos y los deseos de esta homilía.

SANTO DOMINGO DE GUZMÁN, LUZ DE CRISTO PARA NUESTRO TIEMPO

Homilía pronunciada el 8 de agosto de 1981, festividad litúrgica de Santo Domingo de Guzmán, en la misa concelebrada en el Santuario de Nuestra Señora de Las Caldas de Besaya (Cantabria). Se reproduce el texto íntegro publicado en 1981 por Ediciones «Cruzada de la Verdad», Caldas, Palencia, Madrid, Salamanca, con prólogo de Fr. Felipe M. Castro, O.P.

Queridos religiosos, sacerdotes concelebrantes, y hermanos todos en Jesucristo:

Hoy saludo a todos con cordialidad, con respeto, y os manifiesto, desde el primer instante, que me considero dichoso de poder celebrar con vosotros esta fiesta de *Nuestro Padre Santo Domingo*. Y digo esto, porque no hay ninguno de cuantos estamos aquí, que no haya recibido de alguna manera la influencia beneficiosa de su paternidad espiritual. Es lo que sucede con estos hombres, tan insignes hijos de la Iglesia, santos de Dios, llamados y elegidos por Él, para empresas que saltan sobre los siglos, que están destinadas a llegar a la mente y al corazón de los que creen en Cristo.

Creo yo que no habrá ningún lugar de la tierra en el que se haya predicado el Evangelio en donde no hayan ido, desde el principio, a predicarlo, o a colaborar con los que fueron, los hijos de Santo Domingo. Y hoy la Familia Dominicana se reúne por todos esos lugares dispersos de la tierra y ofrece a Santo Domingo el homenaje de su devoción y de su amor.

Bien; son los padres dominicos, y las religiosas de vida activa y contemplativa de la Orden, la Orden Tercera, los Institutos Seculares y tantos fieles e instituciones y personas a las cuales, por medio de estos Instrumentos de acción apostólica, ha ido llegando ese influjo y esa luz celestial que empezó a difundir con fuerza singular el Maestro General de la Orden de Predicadores, Santo Domingo de Guzmán. Pienso en todos ellos, tantos y tantos, a lo largo de los siglos, con tantos servicios prestados a la Iglesia, tan eminentes.

Las fiestas de los santos deben ser celebradas así, con gratitud, con alegría espiritual, con un propósito de adquirir dentro de nosotros, y aprovechar, las lecciones que ellos nos dieron. Así las de Santo Domingo de Guzmán.

UN SANTO ESPAÑOL UNIVERSAL

Creo que Santo Domingo de Guzmán fue el primer santo español que hizo de Europa su patria y no conoció frontera alguna para sus empresas apostólicas; él, que había sido educado en tierras fecundas del orden espiritual, de la Vieja Castilla (Caleruega, Palencia, Osma), cuando la providencia de Dios le sitúa en caminos de encuentro con los hombres, caminos, también entonces ya turbados por el asalto de ideologías más diversas, él hace que desde el primer momento

su espíritu se abra con una generosidad inextinguible, y empieza a brillar en su vida una característica, que acompañará siempre a los hijos de Santo Domingo: *la universalidad*. Tenía su alma ya dispuesta.

Había nacido y crecido en un país en el que los esfuerzos hechos para la Reconquista, y los que seguían haciéndose, hacían vibrar fuertemente su alma vigorosa. Pero habían precedido años de silencio fecundo, y de estudio: los de Palencia en su Universidad, y los de Osma en su Catedral. Con esta preparación espiritual, se abre paso por tierras muy lejanas, en las que en el primer momento se encuentra como en su casa, porque su espíritu no le permitía detenerse en su casa propia. El hubiera sido un místico, y habría vivido feliz en la contemplación de Dios y sus misterios, pero el amor a Jesucristo y a los hombres le empujó con fuerza irresistible y le hizo entregarse a empresas apostólicas, que son, todavía hoy, un ejemplo envidiable para todos nosotros, los que amamos a la Iglesia.

Ese ejemplo, repito, es válido también hoy, y sigue mereciendo la atención de todos los que estudian con seriedad cuál debe ser la conducta de la Iglesia en las diversas épocas del mundo y en las situaciones tan distintas en que tiene que situarse para evangelizar a los hombres.

Santo Domingo de Guzmán no se entretuvo en disquisiciones inútiles, ni consumió el tiempo en la contemplación de sí mismo, o en los problemas propios o de las instituciones. Él tuvo desde el primer momento una convicción arraigada, la de que personas como él, consagradas a Dios en el sacerdocio, y la Iglesia como tal, tienen ya un lugar propio donde encontrar el alimento, que es la vida de Cristo; eso averiguado y vivido, lo que importa es lanzarse al mundo para predicar el Evangelio; y no consumir el tiempo ni las energías en nada que pueda significar contemplación egoísta de sí mismo, sino el aprovecharlo para entregarse con más eficiencia al servicio de los hombres.

La Iglesia hoy tampoco tiene que inventar nada. Lo que tiene que hacer es permanecer fiel, segura de que cuando se vive esa vida espiritual bien centrada en Cristo, surgen, acomodadas a los tiempos, las iniciativas apostólicas que sean oportunas y necesarias; surgen con naturalidad, como brota el agua de un manantial inextinguible. La Iglesia ha de mantener su identidad en todo instante. Este es el gran problema. Los sacerdotes como sacerdotes, los religiosos como tales, los seglares conforme a su condición, y unos y otros, alimentados y viviendo de esa fe de Cristo, que se nos ha dado para vivirla y para comunicarla. Entonces es cuando el dinamismo del Evangelio se convierte en vida alentadora, y el alma del que cree, identificada con ese afán evangelizador que brota tantas veces de las almas generosas, siente un deseo de imitar al Señor y de seguir por el camino que ve recorrer a esos que le preceden. Entonces se multiplican las energías sin saber cómo y van apareciendo, por un lado y por otro, los apóstoles de cada momento.

Esta es la historia, y el que la conoce sabe muy bien que desde el momento que en el alma de estos hombres entregados a Dios, conforme a su condición, seglar, sacerdotal o religiosa, se vive así, se multiplican también las iniciativas y surgen los movimientos pastorales capaces de transformar las épocas y las personas. Hombre culto y sobre todo hombre de oración, Santo Domingo vio venir el fenómeno de una Edad Media viva y creadora, y lanzó a sus hijos, apenas les

pudo agrupar en comunidades vibrantes de amor a la Iglesia, hacia los centros del saber lo mismo que a las pequeñas o frágiles comunidades rurales o artesanales. Bolonia, París, Milán, Toulouse, Roma fueron los centros escogidos, donde aparecen los hijos de Santo Domingo brillando con luz propia; luz propia en el sentido de que hacen brillar la de Cristo que ellos han asimilado. Y ese hombre, hijo de Castilla, que vive cincuenta años apenas, al terminar su villa, puede contemplar la Europa culta de entonces, igual la del campo que la de la ciudad, evangelizada por grupos numerosos de hijos suyos; y, a su vez, por grupos de monjas que van también reuniéndose al conjuro de su palabra santa, para encender otras luces que también los hombres necesitan: las de las mujeres consagradas a Dios, de donde brota una fecundidad espiritual irresistible.

RESPUESTA VIGOROSA A UN CONFUSIONISMO PARECIDO AL DE HOY

Hoy vivimos una época en la cual nos sentimos como asfixiados bajo el peso de tanta ambigüedad y tanto confusionismo. Se habla sin cesar del humanismo cristiano y se le quiere hacer compatible con las mayores aberraciones; de derechos de los hombres, y cada grupo político los interpreta como le viene en gana; de hermandad internacional y, sin embargo, la ley es que siga el predominio de los más fuertes. Los hijos de Santo Domingo de Guzmán no consumieron el tiempo en estos juegos estériles. Ellos se dedicaron también a la Europa que habría de aportar aquella fuerza esplendorosa de la fe en el siglo XIII; pero se entregaron a una tarea de contemplación de Dios, para, después, predicar la verdad contemplada con rigor, con fuego de amor y caridad, con un anhelo incontenible de que esa verdad se convirtiera en realidad.

He hablado de ciudades cultas, pero lo más particular de Santo Domingo es que, advirtiendo la importancia que tenía ese mundo de la cultura, no dejó de atender jamás al pueblo sencillo, al que no sabía leer, y aquí viene su carisma especialísimo, algo que la Iglesia estaba echando de menos entonces. No creáis que se vivía en aquel tiempo una paz idílica; también existían turbaciones, aparecían sectas, grupos innumerables de perfeccionistas, de hombres y mujeres anhelosos de un Evangelio más puro, pero conforme a su criterio personal. Hablaban de las Escrituras, interpretándolas como querían. Flagelaban a los demás con sus invectivas, con sus desobediencias, con sus discusiones. En todo momento, faltos de respeto para la Iglesia como institución, para los misterios que ella predicaba. Víctimas de esta situación ambiental, producida por los grupos heréticos en el mediodía de Francia y en la Lombardía italiana (lugares a los que habían acudido también muchos hombres de Castilla víctimas de esta situación), aparecían hombres y mujeres del pueblo sencillo, a los cuales, si no se les hubiera atendido, pronto les hubiéramos visto sucumbir víctimas de unas predicaciones y afanes de reforma totalmente ilegítimos dentro de lo que era la Iglesia. Los Papas llamaban a un ordenamiento mejor de las energías de la Iglesia. Querían ellos que se reformaran las costumbres; que el clero, más abundante, sobre todo en Francia y en Italia, obedeciera y se ordenase eficazmente para cumplir con su cometido. Lo decían, exhortaban, rogaban de manera apremiante, pero no podían conseguirlo.

PIONERO DE LA CIVILIZACIÓN CRISTIANA

Y es entonces cuando surge este hombre singular, *que hace de su vida una predicación continua*; predicación, con el ejemplo y con la palabra; vida santa, pobreza, desprendimiento de todo. Marcha por los caminos a los que me refiero de esos lugares de Europa, en los que prácticamente ha nacido o se fundamentó la civilización cristiana que dio después frutos tan espléndidos, predicando sin cesar. Llama a sus hijos, busca sacerdotes jóvenes y seglares que podían entregarse a Dios y que manifestaban condiciones santas para dejarlo todo, y va formando con ellos los Frailes Predicadores. Esto era una novedad originalísima en aquel tiempo. La Iglesia vivía fuera de esas inquietudes del Pontificado, que ni siquiera tuvieron siempre manifestación adecuada por parte de todos los Pontífices. Pero fuera de esto actuaban obispos, que no faltaron tampoco, con luz suficiente para iluminar a sus diócesis. Los demás estaban entregados a un quietismo inoperante o al usufructo de unas situaciones tranquilas que les permitían vivir cómodamente; con lo cual, los herejes que empezaban a surgir, encontraban argumentos, sin duda exagerados por ellos en su mala intención, pero reales, por supuesto; en los cuales se amparaban para decir que la Iglesia de Cristo había perdido su identidad. Y Santo Domingo acudió a tapar esa brecha que amenazaba con arruinar el edificio entero de la Iglesia. Buscó a esos hombres, a los que formó adecuadamente. Los más sabios, los más santos, los más abnegados, los más dispuestos, los más obedientes y, a la vez, otra originalidad: sigue al Papa a conciencia. Como condición particular de la Orden que quiere fundar, la norma de la dispensa, es decir: en esta Orden de Frailes Predicadores al servicio de los hombres, todo ha de estar dispuesto de tal manera que sirva al hombre sirviendo a Dios. Para eso, el Superior ha de gozar de amplias facultades que no existían entonces en la vida monástica, para dispensar de cuanto sea necesario, dentro de la vida regular que han abrazado, con el fin de que estén más vivos y dispuestos para el apostolado según las circunstancias lo pidan.

Esto era adelantarse siglos a lo que la Iglesia irá señalando después, cuando ha marcado caminos de evangelización nuevos. Esto era poder consagrar la iniciativa apostólica y facilitar el trabajo grande y necesario para atender las necesidades de las almas sin ser esclavos de reglamentos entorpecedores. Las reglas se vivían, las constituciones se amaban, la vida de comunidad era buscada; pero, por encima de todo, estaba el bien de las almas. Los Frailes Predicadores iban de lugar en lugar, por el mundo del campo y la ciudad, en los ambientes culturales y científicos de entonces, creando, exponiendo, reformando, dando cuenta después para recibir las correcciones necesarias y así, acumuladas las experiencias provechosas, formar núcleos invencibles de hombres que estudiaban la Sagrada Escritura, la meditaban en su oración contemplativa y aplicaban la palabra de Cristo, en la cual creían, en aquellos ambientes que les había tocado evangelizar.

La Europa que conocemos debe no solamente sus monumentos de piedra, ni sólo sus libros y bibliotecas, debe su alma entera a aquellas legiones de hombres a las que vinieron otros después a acompañarlas, según la Iglesia fue solicitando nuevas energías para que el nombre de Cristo y su vida consagrasen por entero un sistema de vida, que es lo que ha hecho el orgullo de la civilización cristiana.

Vuelvo a repetir: *lo que importa es vivir la fe con gozo y entusiasmo*. Somos discípulos de un Dios que no puede morir. Cristo ha dicho *su palabra* y ésta es la que tenemos que asimilar y contemplar: *Id al mundo y predicad el Evangelio*. De Santo Domingo de Guzmán es esta frase y podría situarse junto a las sentencias de Jesús, nuestro Maestro amado: «Los granos de trigo amontonados se corrompen; dispersos, fructifican. Id por el mundo». Así les decía a sus hijos.

Dispersos por el mundo, a «pescar», a trabajar, a dar ejemplo de santidad. A discutir con el adversario, no para malgastar el tiempo en polémicas enconadas, sino para que brille la luz de la verdad; prestos, nunca cobardes; abiertos a todas las corrientes de la época, seguros de que por donde venga un viento que lleve consigo algo de luz y de fecundidad humana puede encontrarse con otro que lleve consigo la fecundidad cristiana. Vosotros tenéis que abrir las puertas a uno y a otro para que se encuentren y fecunden esos campos donde está siempre dispuesta la semilla.

GARANTÍA DEL MAGISTERIO ECLESIASTICO

Hermanos, no debo entreteneros demasiado, pero me parece que es necesario recordar estos aspectos fundamentales de la obra de Santo Domingo en un momento como el que vivimos en la Iglesia. Yo no lo califico de mejor ni de peor que otros. El que conoce la historia de la Iglesia sabe que no ha habido ninguna época histórica en la que halla brillado la paz absoluta. Esta no ha sido prometida por Cristo. En cada momento aparecen las actuaciones del Maligno. Siempre ha habido algo del *humo de Satanás*. En nuestra época también. Lo que hace falta es no asustarse de eso, no perder tiempo en algo que pueda desviarnos de ese núcleo de la verdad tal como nos ha sido revelada por Jesucristo. Es la Iglesia la que conserva ese depósito. Es la Iglesia la que lo mantiene vivo. Con ello no excluyo a nadie; pero la Iglesia es práctica. Constitutivamente, por voluntad del que la instituyó, hay en ella un Magisterio para hacer que la luz brille; esa Escritura Santa, esos dogmas de la fe, ese *Credo* católico no varían, están ahí. Para que nadie pueda convertirlos en doctrina personal, destrozando por completo el depósito de la Revelación, Cristo ha confiado al Magisterio la misión de ser garantía cierta de lo que hay que enseñar. Cuando así lo hacemos no hay esterilidad, salen adelante las obras. Dios bendice siempre esos esfuerzos.

Hace poco más de un año me encontraba en Fátima para predicar allí en la fiesta del 13 de mayo, pude visitar en Coímbra a Sor Lucía, la vidente que queda en la tierra, de aquellas apariciones de la Virgen Santísima. No les doy ni más ni menos valor que el que les da la Iglesia. No son la revelación pública que terminó con los Apóstoles; pero las respeto como hechas por el bien de las almas, desde el momento en que la Iglesia también las ha admitido; y estuvo en Fátima Pablo VI. Hablé con ella largamente y le pregunté: «¿Cómo ve Vd., Sor Lucía, la situación?». Contestó: «Sufre mucho la Iglesia, pero yo veo con mucha esperanza la situación. Dios triunfa siempre de sus enemigos». Así lo dijo, con esta enorme sencillez: «Dios triunfa siempre de sus enemigos».

Está empezando la resurrección del cuerpo de la Iglesia en muchos lugares ya, con la oración, con la meditación, con el rezo del Rosario –no olvidemos que es

la vidente de Fátima—, con la fidelidad, porque es lo que ha faltado estos años; y he aquí una frase que me llamó la atención: «Es la fidelidad más que la fe». ¡Qué razón tenía! La *fe* es un clon de Dios; la *fidelidad* es una respuesta del hombre.

FE Y FIDELIDAD

Puede haber fe y puede haberla en situación rara. Y puede haber fe y afán de que la fe se viva, pero una fe olvidada de las verdades dogmáticas. Puede haber fe parcial limitada a aquellos aspectos del Evangelio, que nos resultan gratos, pero olvidada de otros que nos son menos agradables.

Puede haber fe en un sacerdote que no tiene fidelidad para cumplir con delicadeza su misión. Puede haber fe en una religiosa o en una congregación o en una familia en la cual se reza, se habla de Cristo, pero conforme a una ideología o según las amistades que se tengan. Puede haber fe, pero olvido del Magisterio pontificio.

En cambio, cuando hay fidelidad, hay observancia, examen de sí mismo, huida de los peligros de esa fe, lucha generosa para llevar la Verdad de Cristo a los demás. Cuando hay fidelidad, hay acción apostólica, no consumimos el tiempo en coloquios y asambleas vacíos, sino que buscamos más y mejores oportunidades para predicar más exactamente el mensaje del Señor. Esto es lo que decía la vidente que había fallado estos años: *la fidelidad*. Y cuando falla esta fidelidad, poco a poco vamos justificándolo todo. De ahí viene el humanismo cristiano que termina reducido a humanismo puramente terrestre; de ahí viene el derecho del hombre, pero ninguna alusión a los deberes. Y de ahí viene la hermandad internacional que se reduce a meras palabras. De ahí viene el que, en una época en que tanto estamos hablando del sacerdocio de los seglares, se pisotee el sacerdocio específico ministerial del que ha sido consagrado a Dios con el sacramento del Orden. Poco a poco irá derrumbándose todo. Esto pasa, pasa ya, va pasando; pero tenemos que luchar mucho todavía.

Nosotros, con vosotros, hijos de Santo Domingo, tenemos las luces que el Señor ha dispuesto que brillen en cada momento de la historia. Vuestra misión no ha pasado. La Orden de Santo Domingo puede seguir corriendo por los caminos de la historia actual con la antorcha en la mano, derramando la luz con la vida santa y con la doctrina sabia, tal como Santo Domingo lo quiso, aquel místico, aquel hombre lleno de ternura, el hijo amantísimo de la Virgen María, el de las Santas Marías continuadas, inicio fundamental de lo que después fue el Rosario, el de la oración postrado en tierra, el del abrazo al Crucifijo. Muere a los cincuenta años, cuando casi a esa edad otros empiezan a hacer algo, después de haber abarcado la tierra conocida entonces. La Iglesia se sintió huérfana, pero siguió mirando a sus hijos, y siguió y sigue encontrando la luz que Santo Domingo había encendido.

¡Que nunca se apague esa luz y seamos todos capaces de aportar la nuestra, humilde y pobre, para que el mundo siga viendo los caminos de su vida iluminados por ese resplandor!

SAN FRANCISCO DE ASÍS, PATRIMONIO DE LA HUMANIDAD

Homilía pronunciada el 4 de octubre de 1981, en la iglesia de San Juan de los Reyes, Toledo, con motivo de la inauguración del año centenario del nacimiento de San Francisco de Asís.

Queridos Padres Franciscanos y sacerdotes concelebrantes. Hermanos todos en Jesucristo:

Me alegro mucho, muchísimo, de poder estar aquí con vosotros en esta Iglesia de San Juan de los Reyes, para inaugurar, con esta Santa Misa, las conmemoraciones que hemos de hacer a lo largo del año centenario del nacimiento de San Francisco de Asís.

Cuando llegan fechas como éstas, aunque lo que se conmemora queda a tanta distancia temporal de nosotros, sin embargo, no se advierte la lejanía. Todo está cerca, y es la misma Iglesia la que, con ocasión de estos centenarios del nacimiento y de la muerte de personas santas, como San Benito, Santa Teresa de Jesús, San Vicente de Paúl, San Francisco de Asís, es la misma Iglesia la que vuelve la mirada hacia ellos y les pregunta: ¿qué hicisteis vosotros, testigos de la fidelidad y del amor? Y ellos no responden, siguen en el mismo silencio que los acompañó en vida, a pesar de que predicaran o escribieran mucho. Porque el silencio estaba en su corazón, no responden. Es la misma Iglesia la que da la respuesta por medio del Papa, los obispos, las órdenes religiosas que fundaron algunos de ellos, o las obras que hicieron.

Es curioso este diálogo. La Iglesia pregunta y la Iglesia responde y presenta la respuesta; y es que sólo la Iglesia puede hacerlo. De ella recibieron lo que han podido dar estos hombres y mujeres, y ella es la que lo reconoce así, para añadir motivos de gratitud a Dios, para fortalecer las actitudes espirituales que a toda la Iglesia deben acompañar en orden a permanecer fiel a Dios y a gozarse profundamente de lo que han hecho sus hijos por haber querido seguir los consejos y mandatos de Cristo, de que ella es depositaria.

La Iglesia nos irá dando respuesta también, a lo largo de este año, sobre San Francisco de Asís. Ya ha empezado a darla, ya ha hablado la Orden franciscana en documentos que se han hecho públicos, ya se han reunido en la Basílica de San Pedro miles de frailes franciscanos, de hombres y mujeres, muchos de ellos jóvenes que viven su espiritualidad. Hoy mismo la prensa nos trae el eco de esa reunión, a la que el Papa ha enviado su primer mensaje.

En Toledo, por lo que acaba de decir el P. Guardián de esta casa –al enunciar los datos históricos que hacen referencia al franciscanismo de nuestra diócesis– no podemos permanecer indiferentes ante esta fecha, y también, puesto que somos Iglesia, damos respuesta a la pregunta y trataremos de seguir dándola a lo largo del año, aun cuando lo mejor sería callar y meditar la vida de San Francisco de Asís. Esa sería la mejor respuesta, porque yo os digo, queridos hermanos, que me siento abrumado por la magnitud de su figura, la grandeza de su obra. Para hablar de San Francisco de Asís con exactitud son torpes todas las palabras y apenas podemos hacer otra cosa que emitir algunas frases

balbucientes, perdidos en la abundancia oceánica de su sabiduría, de su santidad. Meditar, meditar mucho y orar como él lo hacía. Espero que tendremos ocasiones de recordar esto a lo largo de año.

Me gustaría, queridos Padres Franciscanos, que buscarais alguna fecha –no sé en qué momento del año próximo– en que toda la familia franciscana de Toledo: los frailes, las monjas, los seculares, todos los que sienten esa afinidad espiritual con vosotros, lo que representa San Francisco de Asís, me gustaría digo, que os reunierais en algún lugar muy espacioso, muy amplio, muy lleno de luz, aunque fuera en campo abierto o en una plaza pública, en medio de las criaturas animadas e inanimadas, y que allí, junto con todo el pueblo de Dios que quisiera reunirse, cantásemos con Francisco de Asís los cantos de alabanza a Dios y de pureza de costumbres, tal como él los enseñó ayer. Por mi parte sabed que estoy dispuesto a lo que digáis y que mi oración y mi palabra y mi actitud interna, mi compañía exterior se unirá con la vuestra de todo corazón, para poder ofrecer un homenaje siempre pobre para lo que él merece.

Dos o tres afirmaciones nada más, que son más fáciles de exponer y de probar, que si quisiera hoy hablar de la persona o de la mística de San Francisco de Asís como tal. Repito que apenas puede uno hacer nada más que pequeños balbuceos.

HOMBRE DE TODOS LOS TIEMPOS

San Francisco de Asís no es un hombre de nuestro tiempo, como enseguida nos sentimos inclinados a decir, y lo decimos precisamente como un elogio. Pues no, no, San Francisco de Asís es un hombre de todos los tiempos.

Cuando se presentó al Papa Inocencio III, en el año 1210, apenas cumplidos los 28 años, y le expuso lo que sentía y lo que él quería hacer por la Iglesia, el Papa se dio cuenta enseguida de que allí había una fuerza que no es de este mundo. Y cuanto le preguntó él y algún cardenal de la Curia Romana por qué principios se guiaba para sentir y querer realizar aquello, los redujo todos a tres que estaban en el Evangelio: citó a San Mateo en el capítulo 19, cuando Jesús dijo a un joven rico: *Si quieres seguirme, ve, vende cuanto tienes, dalo a los pobres y sígueme*; y otro de San Lucas en el capítulo 9, cuando Jesús manda a predicar a sus discípulos, a predicar la fe, a predicar la palabra y la vida, a predicar la persona de Cristo que ya está ahí y les dice: *id y predicad*; pero añade, *id sin báculo, sin bastón, sin dinero, sin repuestos*, pobres; y citó otro principio del Evangelio de San Mateo, en el capítulo 16: *si alguien quiere venir en pos de mi, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame*.

Estos eran los tres principios que invocó aquel joven de 28 años. Y el gran Pontífice tuvo humildad para sentirse impresionado por aquella fuerza que brotaba de un alma tan pura. Empezó enseguida a darle autorización no definitiva, pero sí esperanzadora. Precisamente en un momento, como confirmaría después el Concilio de Letrán, en que existía ya muy arraigada en la Iglesia jerárquica la convicción de que no había que autorizar nuevas órdenes, ni grupos religiosos. El Papa en este momento se detuvo lleno de admiración ante aquella figura casi celestial y le dijo: «empezad vuestra labor, Francisco; cuando tengáis algunos que os acompañen, volved a mí». Esta actitud del Papa

equivalía a un gesto de descubrimiento de que Dios estaba allí, y esos principios que evocaba San Francisco y que puso en práctica no son para nuestro tiempo. Son válidos para todos los tiempos, para todos los siglos, también para el nuestro.

PATRIMONIO UNIVERSAL DE LA HUMANIDAD

Tampoco es vuestro, queridos Padres franciscanos, no es vuestro en exclusiva. San Francisco de Asís es patrimonio universal de la humanidad. El mundo entero lo considera suyo, y no renunciará a él jamás.

Podrán desaparecer en la relación de la Iglesia con la sociedad muchas cosas, muchas instituciones, muchas figuras, o eliminadas violentamente, o sepultadas en la corriente del olvido; pero San Francisco de Asís, jamás. Le necesita el mundo y ha dado pruebas de ello en la admiración creciente que le ofrece: la Iglesia por supuesto, el arte, la cultura en sus diversas manifestaciones, los humanismos sanos, todas las corrientes de donde brota un poco de esperanza y amor.

Pasados cinco años de su primera visita al Papa, Francisco de Asís volvió a presentarse ante él, en 1215. Ya le acompañaban otros, eran doce como los Apóstoles del Señor. Todos pobres. Parecían ignorantes, pero tenían la profunda sabiduría del Evangelio, sabiduría que es distinta de la ciencia. ¡Ay! Cuánto tiempo nos perdemos entre libros y libros, siendo por otra parte tan necesarios. Pero qué poco hacen y sirven los libros tratándose del reino de Dios, cuando nos olvidamos de la sabiduría interior y ésta se alcanza por la oración, por el trato directo con Dios, por la unión cada vez más íntima y generosa con Él.

Se presentó ante el Papa y nuevamente recibió de él palabras consoladoras, que le abrían camino ya en medio de lo que la Iglesia estaba viviendo, e inmediatamente podemos decir que, en todos los países de la Europa cristiana, los franciscanos, las clarisas, y los seculares de las familias franciscanas –que también surgieron desde el primer momento– se extendieron por toda la cristiandad.

CANTOR DE LA PUREZA DEL EVANGELIO

No solamente es patrimonio de la humanidad en el sentido que he dicho y pertenece a todos. No solamente es para todos los tiempos, sino que, además, hay en él algo singular. Advirtámoslo, hermanos, advirtámoslo, religiosos, seculares, religiosas sobre todo, familias cristianas, matrimonios católicos, los que quieran serlo de verdad. San Francisco de Asís no había pensado en una Orden religiosa, sencillamente él lo que quería era una inmersión en el Evangelio. Él se oponía a lo organizativo; no es que despreciase lo jurídico, pero, se daba cuenta de que podría perderse el espíritu en el ámbito de las legislaciones, tan sometidas a los condicionamientos humanos. Él quería algo más libre. Le han llamado también, con toda razón, el primer cantor de la libertad. No lo es, porque podríamos decir que, puestos a buscar orígenes a ese canto inspirador de la libertad cristiana, teníamos que remontarnos a San Pablo, pero, también el título

lo merece San Francisco de Asís. Él quería simplemente vivir en el Evangelio. Tenía miedo a que le estrechasen aquella concepción que brotaba de su espíritu tan generoso y tan duro.

Los dos últimos años de su vida sufrió indeciblemente. Se retiró a la soledad. Vivía casi al aire libre en verano y en invierno. Sufría de padecimientos físicos y espirituales sin límite. Casi ciego, le aplicaban como medicina, o cauterio, hierros candentes en las sienes. Era para volverse loco, y todavía cantaba. Él se retiraba, sentía una angustia grande al ver que el movimiento evangélico que él había querido hacer, pudiera frustrarse. Él, ni una palabra de rebeldía; todo lo sometió al Dios de la paz. Buscó una más estrecha unión de su corazón con ese Dios a quien amaba. Se confió a la Iglesia y puso en manos de ella, del Papa, las decisiones últimas. El había querido un movimiento que no se parase en ningún límite estrecho, pero, lo que Dios quisiera.

Un día, en el monte del Alverna, tuvo la visión de aquel serafín que se le presentó con las llagas de Cristo en su figura. A volver del éxtasis, las llevaba Francisco sobre sí mismo. Los estigmas de la pasión ya no dejaron de acompañarle, eran la señal del sufrimiento: *si el grano de trigo no cae en tierra y muere no da fruto*. Los dio, renunciando incluso a aquel amor que siempre había sido bendecido por todos: el amor al puro Evangelio, tal como él lo entendía. Aceptó lo que quisieran hacer de lo que él había puesto en marcha, simplemente por el fuego de su espíritu. ¡Oh, qué grandeza la de esta figura incomparable! Patrimonio universal de la humanidad, reformador y obediente, cantor de todas las alegrías, depósito de todas las tristezas y soledades. Fuerte como los montes entre los cuales se movió, manso y humilde como la hermana agua de aquellos arroyos purísimos a los que él cantaba.

Hermanos, hermanos, ¡qué necesitados estamos de estas lecciones!

SANTO REFORMADOR

San Francisco de Asís creó una espiritualidad nueva: la de la relación del hombre con Dios y con las criaturas. Supo valorar todo, todo lo creado. Todo cuanto el Concilio Vaticano II pueda decir hoy en la Constitución *Gaudium et Spes*, recogiendo doctrinas anteriores, fue ya cantado de manera sublime, en la mejor poesía que puede darse, por Francisco de Asís.

La relación del hombre con Dios y con todo lo creado, el amor humano limpio, la amistad, la sencillez, el trabajo agrícola, lo que pueda contribuir al progreso y bienestar de los hombres, todo fue ensalzado por él, y todo se convirtió en sus labios y en su corazón, en un canto al Creador.

Orientó la reforma verdadera. Vivía en una época en que los valdenses, por ejemplo, los cátaros, los albigenses, —es la misma época de Santo Domingo de Guzmán, el gran santo español que tanto luchó de otra manera, en defensa de la fe— habían querido una reforma en la Iglesia, pero la orientaron mal y provocaron la herejía. Incluso otros grupos, llamados los pobres católicos, que querían permanecer fieles, pero no acertaban, también habían contribuido a que el rostro de la Iglesia pareciera entristecido.

San Francisco de Asís logró la reforma, pero sin protestar contra nada, poniendo amor, paciencia y obediencia. Lección soberana para estos tiempos en que los nuevos cátaros y los nuevos grupos de toda índole dentro de la Iglesia, han querido reformarlo todo sin amor y por eso han fallado. Dios no podía bendecir su obra, y terminan entregándose a sus pasiones, que son de muy diversa índole. Al fin y al cabo, reducibles todas ellas a una: la ambición humana.

San Francisco de Asís con su pobreza, con su sencillez, con su expoliación de todo lo suyo, con su abandono en Dios, pero lleno de amor a Dios creador y a Cristo redentor, marcó el camino y la Edad Media se salvó en gran parte con el esfuerzo suyo, del mismo modo que con el de otros santos en otras actividades también necesarias para la vida de la Iglesia. Sintió el ansia misionera, fue a Tierra Santa, se detuvo en Egipto, habló con el Sultán, le exponía el Evangelio con toda sencillez.

Hubiera sido un hombre capaz de abarcar y apretar contra su corazón al mundo entero si le hubieran dado años de vida.

Hermano Francisco de Asís, danos, en este Año Centenario, fuerza para imitar tus ejemplos y para ahondar un poco más en lo que significó y significa tu vida. No has pasado de moda, ni pasarás nunca. Por donde quiera que tu nombre se pronuncie habrá también miles y millones de criaturas humanas que elevarán su Cántico al Sol, como una imitación del tuyo. Y se rendirán ante Cristo como maestro amado, como guía único, como único camino seguro. Infunde en nosotros el sentido exacto, la orientación evangélica pura sobre la vida, sobre el uso de los bienes de este mundo, sobre los dogmas del Credo. Fidelidad a la Iglesia y obediencia, que se puede ser muy santo y hacer revoluciones muy profundas, permaneciendo fiel en todo, con tal de vivir el estrecho amor con cuanto Cristo nos dijo y la Iglesia sigue enseñándonos. Así sea.

«SOLO DIOS» EN LA VIDA DEL HERMANO RAFAEL

Homilía pronunciada, el 29 de abril de 1984, en la solemne concelebración presidida por el Sr. Cardenal Arzobispo de Toledo, como clausura a la Semana de Espiritualidad, que tuvo lugar en la Abadía Cisterciense de San Isidro de Dueñas, del 22 al 29 de dicho mes. Texto tomado del libro *Espiritualidad del H. Rafael*, Venta de Baños (Palencia), 1984, 524533.

Os ofrezco a todos mi saludo afectuoso y cordial, Rvdmo. y querido P. Abad, queridos monjes de este monasterio, religiosos concelebrantes, familiares del Hermano Rafael y hermanos todos en Nuestro Señor Jesucristo.

En los años 1929 al 1934, los que yo estuve en el seminario de Valladolid, veníamos por esta Abadía alguna vez los seminaristas. Y precisamente en estos días de la octava de Pascua nos acercábamos aquí en aquel día de excursión que nos era concedido, siempre tan vivamente apetecido.

Fue por entonces –y como consecuencia de estas visitas– cuando en algunos condiscípulos surgió la vocación de monje trapense. Y séame permitido recordar a un amigo muy querido, el P. Fr. M^a Bernardo Michelena, que entró en esta Trapa y aquí vivió muchos años, y sigue ahora dando testimonio de su vocación cisterciense en el Japón.

Precisamente en la primavera de 1934, cuando vinimos por aquí, podríamos haber visto, con toda probabilidad, a un joven novicio que vestía ya su hábito propio; el hábito que tuvo que dejar y volver a tomar varias veces, obligado por la cruel enfermedad que terminó por llevarle al sepulcro: era el Hermano Rafael.

Han pasado cincuenta años de aquello; y ahora nos encontramos aquí, celebrando la clausura de esta *Semana de Espiritualidad* que habéis dedicado a estudiar el mensaje que nos dejó, nacido más de su alma que brotado de su pluma de antiguo estudiante de arquitectura.

Yo felicito a los organizadores de estos actos y a cuantos han presentado sus ponencias y ofrecido sus disertaciones. Bien seguro estoy de que cuando se recojan en algún volumen, que sin duda pensáis editar, resultará sumamente provechoso para todos meditar en ese legado espiritual que nos dejó aquella alma privilegiada.

Muy pronto empezó a conocerse su mensaje: primero fueron unas estampas que se imprimieron con frases sacadas de los escritos del Hermano Rafael; artículos de revistas especializadas, algún folleto, etc. Y más tarde, libros perfectamente concebidos y escritos que han ido difundiéndose por todo el mundo.

Los que vivíamos en ciudades cercanas a esta Abadía tuvimos desde el primer momento la dicha y la felicidad de encontrarnos con ese mensaje; y yo tengo mucho gusto en recordarlo así desde mi experiencia personal, porque aquí vine muchas veces, solo o acompañado; y particularmente el último día del año, que aquí lo pasaba en retiro espiritual.

Y muchas veces me acerqué a la tumba del Hermano Rafael y recé y medité en sus escritos.

Con todo lo cual, al evocar estas fechas y estos recuerdos que no se han borrado de mi vida, estoy demostrándoos, queridos P. Abad, monjes, organizadores de la *Semana*, que me siento dichoso de poder participar en ella, aunque sólo sea ofreciendo el modesto obsequio de esta palabra que ahora predico y celebrando el misterio eucarístico en unión con vosotros. Se unen recuerdos, se unen las oraciones, y se unen los propósitos: los de poner de manifiesto la estimación profunda que nos merece la vida de alguien a quien Dios marcó con el sello de sus elegidos.

NACIDOS A UNA ESPERANZA VIVA

Me limito a escoger, de las lecturas de este domingo (2º domingo de Pascua, ciclo A) sólo una: la que nos ha ofrecido la primera carta del Apóstol San Pedro (1P 1, 3-9), En ella aparecen:

- 1º.- Una alabanza a Dios, bien rebotante de fe y amor.
- 2º.- Un programa de vida espiritual propio del cristiano
- 3º.- La referencia última insoslayable a Jesucristo nuestro Señor.

Dice el Apóstol San Pedro en esta carta de la que se toma el fragmento que acaban de leernos: ¡alabanza, alabanza a Dios!: *Bendito sea Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que por medio de la resurrección de Jesucristo nos ha hecho nacer a una esperanza viva; la de una herencia incorruptible, pura, imperecedera, que se manifestará el día final de nuestra salvación.*

¡Atención a esta palabra! Dice el Apóstol Pedro que «Dios nos ha hecho nacer a una esperanza viva».

De manera que no se trata aquí de una actitud psicológica, propia del que lucha y combate, aunque sea por la fe, con cierta confianza en que esa lucha está justificada y merece la pena. ¡Es algo muy distinto!

Es más; ni siquiera se trata en estas palabras de la virtud de la esperanza cristiana, tal como solemos estudiarla en nuestros libros de teología. Hay algo más.

El Apóstol Pedro dice que *Dios, por medio de Cristo resucitado, nos ha hecho nacer de nuevo a una esperanza viva.*

De modo que se trata de un don gratuito; don del Espíritu Santo. Se nos hace nacer de nuevo; aquí no inventa nada el hombre; todo ha sido un don de Dios por medio del que ha abierto las puertas de la esperanza; Jesucristo Resucitado.

¡Es una frase fulgurante; rebosa de profundidad misteriosa! Con cuatro palabras resume la historia de la salvación.

Pero San Pedro avanza en su reflexión, y después de hacer esa alabanza a Dios Padre, se dirige a aquéllos a quienes escribe la carta: Los cristianos, los discípulos de Cristo, y dice: «La fuerza de Dios custodia nuestra fe» –¡la fuerza de Dios, custodia nuestra fe!– «para llevarla a un gozo inefable». Y esa fe ha de

sufrir pruebas, pero alegraos con ello. «Habéis de tener alegría en soportar esa prueba porque, así como el oro es probado para comprobar sus quilates en el fuego, así también en el sufrimiento, la comprobación que se hace de nuestra fe, se convertirá en alegría, en alabanza, honor y gloria a Cristo».

Es otra vez la ascética de la vida. La primera frase nos ha presentado el horizonte que brota de la fe. La segunda nos presenta el programa práctico de la vida de un cristiano:

- Custodiados por la fuerza de Dios.
- Fe mantenida, aun en medio de la prueba.
- Vida que es prueba y sufrimiento.
- Comprobación de la fe en medio de ese sufrimiento.
- ¡Esperanza mantenida!, camino que sigue recorriéndose hasta que se transforma en alabanza y honor para ese Cristo a quien servimos.

Y viene la tercera frase; después de esa alabanza y de esta proclamación valiente, gozosa, de lo que hace la fe en el alma de un cristiano, se dirige el Apóstol Pedro a aquéllos a quienes va destinada su carta, y les dice estas palabras tan hermosas y amables: *Vosotros no habéis visto a Jesucristo, pero le amáis; vosotros no le veis, pero creéis en Él*; vosotros le ofrecéis el homenaje – viene a decir– de una transformación continua, para su gloria y su honor, que se manifestará del todo en el día de vuestra salvación.

Es ya el rayo de luz que acompaña siempre a esa lucha ascética y dolorosa, propia del discípulo de Cristo.

¡Cuántas veces se ha comprobado esto en la vida de los que han amado al Señor! ¡Cuántas veces, en medio de las mayores pruebas, ha seguido apareciendo la sonrisa iluminada de los que, sin verle, le han amado; de los que, no habiéndole visto nunca, han creído en Él; de los que se han sostenido con la fuerza de la fe!

LA VIDA DEL HERMANO RAFAEL

¡Hermanos!, ¿no se resume en estas palabras, espléndidamente, lo que fue la vida del Hermano Rafael?

Porque leyendo lo que pasó en su existencia da la impresión de que él fue elegido por Dios, en su providencia santa, para que se cumpliera en él más o menos este mismo programa: nació de nuevo para una esperanza viva. Es esto lo que aparece en todos sus escritos: como un nuevo nacimiento; y fue sostenido y custodiado por la fuerza de la fe. Dejó todo lo que el mundo podía ofrecerle, y se vio también despojado de lo que en el orden de los valores humanos más puede estimar un hombre joven: la salud.

Mientras tenemos salud es relativamente fácil ser generosos, aun en los combates de la fe.

- Con salud los misioneros aceptan sus trabajos tan duros.
- Los párrocos, la servidumbre de sus parroquias.

- Los monjes y religiosos, las penitencias y la austeridad de su Regla monacal.

Todos hemos conocido hombres y mujeres que, gozando de una salud vigorosa, se han entregado intrépidamente a los trabajos apostólicos, propios de su condición y de su estado. Y hasta parece que han tenido el afán –¡nobilísimo afán!– de consumir rápidamente esa salud, sin que nada les arredrase.

Este trabajo heroico, digo que es relativamente fácil cuando se disfruta de una salud suficiente. Lo difícil es cuando el alma arde y la armadura del cuerpo se resquebraja, porque entonces hay peligro de sucumbir a la tentación de la inutilidad. Y ya que la vida humana es tan pobre por sí misma, si además aparece reducida a los escombros de una ruina física del organismo en que se sostiene, resulta enormemente trabajoso persuadirse de que ese estado y esa condición, son una oblación grata y provechosa a Dios y que sirva de beneficio a la Iglesia.

Entonces –digo– la noche se hace más oscura por lo general; y aunque repitamos muchas veces: *¡Sólo Dios, sólo Dios, sólo Dios!...* como lo hacía el Hermano Rafael, la frase puede ser como el refugio de una impotencia, que trata de buscar asidero; o puede ser –y éste es el caso– la cumbre a que se asciende en la oblación total y definitiva de uno mismo.

Esto es, precisamente, lo que sucedió en la vida del Hermano Rafael:

- Resquebrajada la armadura de su cuerpo,
- sediento de Dios,
- buscándole en esta Trapa,
- entrando por esas puertas varias veces; puertas que tenía que volver a atravesar, fracasado su intento;

este hombre singular, nunca dejó de mantener «la esperanza viva» a la que había nacido, y «era custodiado por la fuerza de la fe».

Y un día, cuando trate de descubrir lo que pasa en su alma, con aquellos repetidos intentos de ir, de venir, etc., alguien que inquiera le dé una explicación o le pregunta por qué insiste tanto, le responderá con aquella parábola bellísima: «¿Qué harías tú si estando en tu habitación, desde tu ventana de enfermo y de inválido, vieras pasar a Jesucristo seguido de pecadores, de hombres anhelosos de Dios, de hambrientos, de buscadores cultos del evangelio; si te fuera Él, Cristo, diciendo: «Venid en pos de mí, toma mi cruz»? ¿Qué harías tú? ¿Seguirías sentado ahí en tu sillón, en la habitación en que te retiene tu enfermedad, o irías detrás de Él, te costase lo que te costase?»¹.

Esta ciencia que él sintió tan fuertemente y que la expresa de esa manera bellísima lo explica todo.

No era el refugio buscado para la impotencia en que se debatía, era la cumbre a la que iba ascendiendo poco a poco; y esto lo podemos comprobar una vez más, en sus escritos, a poco que nos fijemos en ellos.

¹ Cf. *Texto original del H. Rafael*: carta (187) 966-67, del 1 de noviembre de 1937.

He leído algunos de sus pensamientos sobre la soledad y sobre la entrega total a Dios y sobre el «SÓLO DIOS, SÓLO DIOS», que era como la clave de su vida.

He vuelto a leerlos, los he meditado y me doy cuenta de que hay en él como una especie de captación gradual y progresiva de lo que significa:

- primero, el abandono en Dios,
- segundo, la soledad con Cristo,
- tercero, la total desaparición de sí mismo, hundiéndose en el abismo de la infinita belleza y misericordia de Dios. Hay como un progreso continuo en él.

Me fijo en un pensamiento, en el del abandono en Dios, y dice así casi literalmente: «Pertenezco a Dios, mi fin es Dios; sólo en ÉL encuentro mi plenitud, no me busco a mí, ni a las criaturas, no puedo hacer nada: ni pensar ni discurrir»².

Simplemente esto es como un acto de contemplación, pero es a la vez como una decisión intelectual nacida de la fe. Y de tal manera se abandona en Dios, que dice: «No puedo hacer nada, ni pensar, ni discurrir. Sólo en Dios encuentro mi plenitud, pertenezco a ÉL, ÉL es mi fin»³.

Es la reflexión que nace de la fe, a la luz de un pensamiento coherente con esa fe.

Estamos contemplando todavía un alma que en la reflexión honda de su fe empieza a prescindir de sí mismo: yo no puedo hacer nada, no pienso, no discurro, mi fin es Dios.

Un paso más: Llega este otro pensamiento, que escribe otro día: ahora ya se fija en la soledad, y dice: «Qué paz tan grande se siente cuando el alma y Dios están a solas; sólo Dios y el alma. ¡Bendita soledad con Jesucristo! Qué enorme el consuelo que se experimenta al estar con ÉL»⁴.

Hay un avance ya en este pensamiento. Ya no es solamente el obsequio rendido del entendimiento de un hombre que cree, como sucede en la fase anterior. Aquí ya toca la experiencia vital de la soledad.

Soledad ya sabéis lo que significa en un corazón humano: desprendimiento de todo aquello que puede ser amado, de manera que aquí está ya hablando el corazón. Y viene la frase hermosa: *¡Bendita soledad con Jesucristo!*

Antes ha pensado en el abandono en Dios. Ahora ama. Ahora está ya amando la soledad.

Pero todavía nos encontramos aquí que, aun en medio de la hermosura de este pensamiento, él se encuentra a sí mismo; con Jesucristo por supuesto. Pero su persona está también presente. Tiene que avanzar más... ¡Tiene que avanzar más en el amor a ese Cristo a quien no ve! En la fe en ese Cristo del que no ha visto nada, pero que se va a transformar en gozo inefable, tal como nos dice el Apóstol Pedro. Llega un día –quizás en sus diarios se podría encontrar la fecha

² Cf. *ibíd.*: carta 99-389, del 22 de noviembre de 1935.

³ *Ibíd.*

⁴ *Ibíd.*: MC (160)-764, del 11 de diciembre de 1936.

en que lo escribió— en que aparece brotada de su pluma esta frase, que a mí me recuerda otra parecida de Pascal. Cuando murió Pascal, encontraron en el bolsillo de su chaqueta un papel arrugado, casi a punto de romperse, lo que indicaba que llevaba mucho tiempo allí con él. Y aparecía escrito con letra nerviosa esto: «Jesús, Jesús, santo a los ojos de Dios, terrible para los demonios. Jesús, santo, santo, santo, eres la vida»

Me ha hecho recordar esta frase de Pascal esta otra del Hermano Rafael, a que ahora me refiero; porque llega un día que escribe: «Dios, Dios...; ni cruz, ni goce, ni criaturas: sólo Dios, sólo Dios...» La desaparición total de sí mismo.

Primero ha sido el abandono en la fuerza infinita de Dios. Después el gozo de la soledad con Cristo. Ahora la nada... de San Juan de la Cruz. Ni goce, ni cruz, ni criaturas: «¡Sólo Dios, sólo Dios...!», ésta es la cumbre. ¡Esta es la cumbre, hermanos!

EL MUNDO Y LA IGLESIA NECESITAN EL MENSAJE DE LOS CONTEMPLATIVOS

El mundo necesita el mensaje de estos contemplativos. Este mundo de hoy, que cuando se pone a ser moderno, olvidándose de los valores eternos que dan consistencia a la vida humana, cae en una modernidad tan vieja como el pecado.

El mundo que siente el vacío de Dios y que nos ofrece como consecuencia de ese vacío lo que el Papa Juan Pablo II ha llamado hace pocos días la «cultura de la muerte». ¿Qué nos ofrece el mundo, fuera del progreso material evidente, pero que está utilizándose casi siempre como último destino de todas las conquistas técnicas para destruir mejor los valores del hombre y de la vida?

¡El mensaje de los contemplativos! De los hombres que sin hablar tienen la mano levantada diciéndoles: hay que detenerse, hay que preguntarse por el destino de la vida. ¿Cuál es el rumbo que llevas?

Dicen que ahora empieza a haber, en la civilización moderna, sobre todo en Norteamérica, como una reacción y una vuelta a los valores tradicionales del espíritu. Parece que es así. Que vuelve a hablarse y a reconocerse lo que significan:

- la oración,
- la familia,
- el sentido de Dios,
- el cumplimiento de una ley...

Es que, por muchas vueltas que dé un progreso, cada vez más tecnificado, pero olvidándose de Dios, no sale del círculo de sus propias limitaciones que le aplastan. Y da lo mismo un siglo o diez siglos de progresos materiales. Por mucho que avance, el hombre no es más feliz cuando se olvida de Dios.

Pero hay más todavía, porque más que el mundo es la Iglesia misma la que necesita el mensaje de estos contemplativos: los hombres fieles al eterno mensaje de Dios; los que no han sentido ningún complejo de frustración en

permanecer así, con su exquisita fidelidad a algo que no era suyo, sino que les ha ido transmitiendo la Iglesia de la santidad a través de los siglos.

Y por eso digo que este mensaje lo necesita aún más la Iglesia, esta Iglesia nuestra que no tiene derecho, en ninguno de sus hijos, a recortar las presencias de Dios en la vida. Digo a «recortar las presencias de Dios en la vida» como si fuera nuestro capricho el que puede poner límites a la manifestación de esa presencia. Se nos dice que hemos de buscar la presencia de Dios, como consecuencia de nuestra fe cristiana, ¿en qué?:

- en el compromiso temporal,
- en el servicio a los pobres,
- en la defensa de los derechos humanos,
- en el buen uso de la libertad,
- en el respeto de unos para con otros...

Todo esto es verdad. Ahí hay como reflejos de la grandeza de Dios en sus criaturas. Y tenemos que ser sagazmente cristianos para poder descubrir lo que hay en esos valores y en esa lucha por la justicia de reclamación de la santidad de Dios.

Pero, hermanos: no tenemos derecho, ningún hijo de la Iglesia tiene derecho a limitar las presencias de Dios a esto. Hay que buscar también la presencia de Dios en Cristo su enviado:

- en el Cristo de la oración y de la contemplación,
- en el Cristo de la adoración al Padre,
- en el Cristo de la vida oculta,
- en el Cristo del Huerto de los Olivos,
- en el Cristo que desciende de la Cruz; en manos, Él, convertido en un cadáver, en manos de los que quieran manipularle entonces, aunque sea una manipulación hecha con amor.

Y todo esto pertenece igualmente o más aún, al mensaje cristiano. Y son como la hondura de un manantial, son las raíces de donde puede brotar todo lo demás. Porque si hablamos de derechos humanos es porque la persona tiene su dignidad para que estos derechos sean reconocidos. Pero no hay dignidad de la persona, si no terminamos por reconocer que es hijo de Dios. Por eso digo que la Iglesia, todavía más que el mundo, necesita del mensaje de estos contemplativos, como el Hermano Rafael.

MONJES, MANTENED ESTE IDEAL

Queridos monjes de esta Trapa de Venta de Baños: Mantened firmemente este ideal que ha servido para producir frutos tan abundantes.

Los escritos del Hermano Rafael no son muchos. Si me apuráis, diré que aparecen repeticiones de conceptos frecuentes. ¡Pues claro que tiene que ser así! Cuando un alma respira, respira y vuelve a repetir la respiración ¡y basta! Va dejando brotar lo que sale espontáneamente de sí mismo.

A veces se ha dicho que no fue la espiritualidad de un monje trapense, porque no llegó a serlo. ¡Bien! Pero ¿es que acaso hay una santidad cisterciense, jesuítica o franciscana? No hay más que una santidad, que es la de Dios y de Cristo, enviado del Padre. Lo demás son instrumentos, son estilos, son medios, son tradiciones, son comprobaciones nacidas de la experiencia de la Iglesia-Madre, que educa a sus hijos.

Aquí el Hermano Rafael encontró un estilo y lo buscaba. Se sintió atraído desde el primer momento que vino aquí, y aún antes, cuando todavía no había pensado en llamar al P. Abad para pedirle la admisión.

Estaba ya como sintiendo dentro de sí el murmullo de un eco interior. Vino por fin aquí, y aquí entró. Y aquí unió su pobre voz a la de vuestro concierto sinfónico, la sinfonía de la tradición de vuestros Santos, de vuestro amor a María Santísima, de la liturgia de las horas, de la Eucaristía, del silencio, de la plegaria continuada, del trabajo fecundo en la madre tierra.

Todo esto lo percibió él, fueron aguas que regaron su alma. Decir que no es representativo, porque no llegó a la profesión en la vida de monje a la que tuvo que renunciar, es supeditar la fragancia del espíritu a la sequedad de la estructura canónica.

No; aquí había un florecimiento de vida y, junto a ese jardín, él se acercó e hizo que brotase su propia flor.

Dejadle que siga cantando y que se escuche su voz en muchos sitios por muy lejanos que estén. La Iglesia y el mundo lo necesitamos imperiosamente. Y él, consumido en tan breve tiempo, sigue con su sonrisa, ofreciendo todo cuanto quiso ofrecer, ahora por medio de nosotros.

¡Es siempre la comunión de los santos que se da ya en esta vida!

Enhorabuena a todos, Abadía de San Isidro de Dueñas (Venta de Baños), en la que he rezado tantas veces; monjes, novicios, otra vez en número floreciente aquí; hermanos, familiares de aquel de quien hablamos con tan merecidos elogios. Dispongámonos ahora a unir nuestra oración en el altar de la misa, pidiendo al Señor que por medio del Hermano Rafael sigan descendiendo sobre el mundo, sobre nuestra Patria España, sobre todos estos lugares, las gracias que él, con su intercesión, puede merecernos. Así sea.

SAN JUAN DE ÁVILA, PATRONO DEL CLERO ESPAÑOL SECULAR DE ESPAÑA

Homilía pronunciada el 10 de mayo de 1986, en la Misa celebrada en la Capilla del Seminario de Toledo, en la festividad de San Juan de Ávila. Texto en BOAT junio 1986, 309-315.

Queridos hermanos: Os ofrezco a todos mi saludo cordialísimo y respetuoso. Sacerdotes concelebrantes; P. Abad del Monasterio de San Isidro de Dueñas; querido Sr. Obispo D. Ireneo; sacerdotes, religiosos, seglares, alumnos de nuestros Seminarios.

Empecemos por ofrecer el homenaje de nuestra piedad sacerdotal al santo patrono del clero secular de España, el venerable y querido *Maestro Juan de Ávila*. Nunca quedó su figura olvidada del todo en la brumosa lejanía del tiempo, pero sí que ha habido que rescatarla de ciertos olvidos que padecía en el ámbito de la Iglesia española; y ha sido precisamente en nuestro siglo cuando se ha hecho este rescate. En los tiempos anteriores la figura del Maestro Ávila era bien conocida por los estudiosos de la historia de la Iglesia en España, particularmente de los que investigaban en este acervo ingente y maravilloso de la teología ascética y mística; pero faltaba acercarle, en una intimidad próxima, al corazón y al pensamiento de los sacerdotes españoles. Esto se ha hecho en este siglo; y hemos de reconocer que en haberlo logrado ha tenido un mérito singularísimo la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos que, en los Seminarios de España donde estaban, nos hicieron sentir la grandeza de esa figura excepcional.

I. RASGOS DE LA PERSONALIDAD DE NUESTRO PATRONO

Los rasgos principales de la personalidad de nuestro Patrono son bien conocidos: Sacerdote de cuerpo entero, de solidísima doctrina; apóstol incansable, anheloso de cruzar el Atlántico para ir a predicar el Evangelio en las tierras de América recién descubierta; predicador infatigable, consultor de hombres y mujeres santos de aquella gloriosa época de la Iglesia española: San Ignacio de Loyola, San Francisco de Borja, Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz, Fray Luis de Granada; reformador de esa iglesia de España con los Colegios que instituyó, más de quince, en tierras de Andalucía, y con el alma que supo imprimir a la poco antes fundada Universidad de Baeza, y con los grupos de sacerdotes de vida en común, que reunió para enseñar, para predicar y para vivir el misterio de Cristo Crucificado; reformador de la Iglesia universal con sus Memoriales al Concilio de Trento; santo en toda la línea, ardientemente enamorado de la Eucaristía.

El venerable Maestro Juan de Ávila ha ejercido y seguirá ejerciendo su magisterio sobre todos los que quieran encontrar maestros verdaderos. Y nosotros le veneramos hoy, como en tantas diócesis de España, y nos sentimos dichosos de poder renovar, una vez más, los ofrecimientos que en otras

ocasiones le hemos hecho, para robustecer nuestra espiritualidad de sacerdotes diocesanos y para seguir adelante en nuestro empeño apostólico. Pedimos, en la oración litúrgica de hoy, que Dios nos ayude a seguir viviendo en la santidad y celo apostólico de que él fuera tan insigne maestro y ejemplo.

No le fue ajeno ningún problema de los de su tiempo en la vida de la Iglesia. Pero con ninguno de ellos se desvió. Aportó todo lo que podía y lo ofreció humildemente a esa Iglesia a la que amaba con todo su corazón. Siempre estuvo en la primera línea de las reflexiones hondas y profundas, para atender lo que pedían los tiempos y lo que el Evangelio tenía que ofrecer a esos tiempos en que él vivió. El venerable Maestro Juan de Ávila, aunque muy atendido por hombres ricos, murió pobre, extenuado, venerado, querido.

Cuando fue canonizado en Roma, hace pocos años, el Papa Pablo VI, al día siguiente de la canonización, nos recibió a los obispos y sacerdotes españoles que habíamos acudido allí. Es cuando habló del catolicismo de España, *catolicismo ardiente, catolicismo de pasión y de inteligencia*. Habló de ese catolicismo español del que tantos ejemplares han ido apareciendo a lo largo de la historia, hombres eminentes en el saber y en el amar, que han vivido –dijo– *la radicalidad del Evangelio*; es una de nuestras características. Y siguiendo una corriente literaria que tiene sus fundamentos, y que aparece con expresiones vigorosas siempre que se alude a este misterio de España, llegó a hablar Pablo VI del sentido casi trágico que a veces tiene, por la valentía y la decisión en el compromiso, esa postura católica de los hombres de España para servir a su Iglesia. Ese sentido de radicalidad quizá explica tantos misterios y tantos martirios de la vida de la Iglesia española.

No se trata de hacer comparaciones, pero aparecen en seguida al hilo del discurso, cuando uno va meditando y contemplando figuras como ésta. Y se piensa, inevitablemente, en la época que vivimos.

Hoy somos menos sacerdotes; en su tiempo eran muchos los sacerdotes y religiosos que llenaban las ciudades y los pueblos y los caminos de España. Hoy vivimos en una sociedad paganizada, en gran parte; antaño, hasta «los pícaros» de Cervantes y de Quevedo respiraban religiosidad en medio de sus diabluras. Hoy no aparecen herejías definidas que rasguen el corazón de la Iglesia; pero se vive en una época todavía de gran confusión, de la que cuesta mucho trabajo salir, aunque hay signos esperanzadores de que se va saliendo, decía el Papa, en su Carta a los sacerdotes, el último Jueves Santo, en que conmemoraba el centenario del Santo Cura de Ars. Hay signos esperanzadores de que se va saliendo, pero la confusión pesa todavía como una losa que aplasta muchas semillas que pugnan por brotar en este campo de la Iglesia.

II. MERECE LA PENA CONSAGRAR LA VIDA A LA IGLESIA SANTA Y MISIONERA

Nosotros tenemos que mirar adelante siempre así: ni todo en los tiempos pasados fue mejor que en los nuestros, ni lo que tenemos hoy es tan bueno, que pueda resultar legítimo olvidarnos de las lecciones que nos dieron los hombres de ayer. Nuestra Iglesia sigue siendo, y es, una Iglesia cada vez más hermosa,

queridos sacerdotes, y merece la pena que nosotros le consagremos a ella nuestras vidas, para vivir el misterio de Cristo tal como la Iglesia nos lo transmite. Su imagen, la de la Iglesia, en nuestro tiempo, en nuestros años, en nuestros días ha sido más enriquecida, y nos sentimos a gusto de encontrarnos cobijados en ella, como en el seno de una Madre. Esa Iglesia de la Palabra, del Espíritu del Señor, de los sacramentos, de la familia del Pueblo de Dios unida, del pueblo sacerdotal jerarquizado. Nos sentimos a gusto alimentándonos del pecho nutricio de esa Iglesia santa que se nos revela hoy mucho más bella que cuando sólo contemplábamos, y no hay que olvidarlos, los perfiles arquitectónicos y jurídicos de su estructura exterior. Este es un avance de nuestro tiempo y tenemos que reconocerlo así, para sentirnos dichosos de haber descubierto, sin ruptura ninguna con las enseñanzas antiguas, una nueva faceta que pone de relieve la hermosura inmaculada de esa Iglesia Santa.

Hoy nuestra Iglesia sigue siendo misionera. Es más, ya no sólo hay un flujo, hacia lejanos países, de sacerdotes de España o de otros lugares de Europa, que iban a predicar el Evangelio en la soledad desértica del paganismo. La Iglesia de hoy sigue siendo misionera; y aquí hay un sacerdote concelebrando que esta misma noche toma el avión para ir a la Argentina, a unirse con otros dos sacerdotes de Toledo, para dirigir un Seminario que ha empezado de la nada y ya tiene hoy treinta alumnos. Pero a la vez concelebra un sacerdote mejicano, Director general de la Confraternidad de Operarios del Reino de Cristo, que viene de Méjico, y que aunque sigue queriendo recibir lo que nosotros le demos, nos da él también el impulso de su generosidad apostólica y de la obra allí iniciada y aquí desarrollada, que está ya prestando servicios apostólicos a varias diócesis mejicanas.

La Iglesia hoy es misionera como en los mejores tiempos. África ya envía sacerdotes a algún otro sitio más necesitado; y hay regiones en Asia, algunas de la India, Corea del Sur, Filipinas, en las que el catolicismo hierve como algo que está en ebullición y que ha de dar frutos para aquellos países tan remotos y lejanos, a los cuales en la época del Maestro Juan de Ávila, sólo de cuando en cuando podía llegar la voz de un misionero, siquiera fuese tan potente y rica como la de un hijo de Ignacio de Loyola: Francisco Javier.

Hoy vivimos una época en que se habla de los derechos del hombre, que son el fundamento del progreso social de la edad contemporánea; no se pueden desconocer esos derechos; pero cuando se examina atentamente lo que significan, nos encontramos con que no son más que una versión cultural y social profana del postulado radical del Evangelio sobre la dignidad de la criatura humana. ¿Por qué los derechos, si el hombre no fuese digno de tenerlos? ¿Y por qué es digno de tenerlos, si no fuera hijo de Dios? Una sociedad pagana está predicando una versión laica del Evangelio. Dejadla. Algún día se encontrarán la fuerza del Evangelio de donde todo dimana, y de la que procede la versión meramente cultural, política, social, que quieren ofrecer los hombres. Algún día se producirá el encuentro, y otra vez, por caminos que nadie presiente hoy, aparecerá al fondo una cruz, la cruz de Jesucristo, y Él volviendo a decir: *Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida.*

A esta Iglesia servimos nosotros, queridos sacerdotes, ésta es nuestra gloria. Yo he oído con emoción las palabras que pronunciaba, hace un momento, D. Emilio Reol, que celebra hoy sus Bodas de Oro, y hablaba de cómo se dispusieron para

el sacerdocio y de cómo ahora, tras los cincuenta años de ministerio, ha querido –yo lo he entendido así– dirigirse a su Obispo manifestando el deseo de continuar en la brecha hasta el final. ¡Ese es el estilo! Sacerdotes siempre, sacerdotes de cuerpo entero, vibrando con el celo apostólico de un San Juan de Ávila, y alimentando nuestra vida interior con las riquezas que la Iglesia nos ofrece continuamente.

III. EL HOMENAJE A LOS QUE CELEBRAMOS NUESTRAS BODAS SACERDOTALES O EPISCOPALES

En el ámbito de estos pensamientos, reflexiones y afectos, queridos hermanos, los que estamos aquí hoy celebrando nuestras Bodas Sacerdotales o Episcopales, de plata unos, de oro los otros, aceptamos con gusto el homenaje que nos hacéis, porque sabemos muy bien que no es a nuestras personas, *sino a nuestro ministerio*, y éste sí, merece ser honrado, en la seguridad de que no aparecerá ningún signo de arrogancia, ni de envanecimiento, porque al pensar en nuestro ministerio, pensamos en el vuestro.

Queridos sacerdotes de Toledo: Os agradezco mucho todo cuanto hacéis. Los modos de expresar esa gratitud son diversos, según la índole de las personas, pero yo llevo muy dentro del corazón ese ejemplo que me dais continuamente con el testimonio de vuestro trabajo y de vuestro interés por la Iglesia. Lo compruebo a diario, en mis visitas a las parroquias, en las reuniones sacerdotales, en los retiros espirituales. Manteneos así. Es con la interioridad con la que lograremos superar esa crisis de la que todavía no hemos salido. Hará falta clarificación doctrinal, por supuesto, pero aunque se logre, eso solo no puede, por la índole del problema, resolver la cuestión a que nos referimos. El problema aquí es fidelidad a un Cristo que vive y tiene que vivir dentro de nosotros, y eso no se arregla con cuatro cuestiones, mejor o peor tratadas en un libro o en una corriente intelectual teológica. Se necesita algo más, *la interioridad* a que apelaba este Maestro Ávila, del que se dice que algún día no se atrevió a celebrar Misa, porque se había dejado absorber demasiado tiempo por el estudio de algunas cuestiones eclesiológicas, que le habían distraído de la intensidad de oración que habitualmente mantenía. Esta interioridad será la base de todo nuestro éxito apostólico al servicio del Señor.

Aceptamos este homenaje a los sacerdotes de las Bodas de Plata: D. Santiago Calvo, mi secretario particular; D. Carlos Bravo, tan benemérito por su trabajo en las Parroquias de Herrerueta de Oropesa y Calerueta. Y los de las Bodas de Oro: D. Antonio Vargas, ya de pasos vacilantes, a quien encontramos con frecuencia en nuestra Casa Sacerdotal, y al que quisiéramos insuflar vida y energía; a D. Emilio Reol, en Puebla de Alcocer, trabajando allí en las alturas de ese hermoso pueblo pacense desde el que se descubren los grandiosos horizontes extremeños; sí, D. Emilio, seguirás adelante en tu Parroquia, y te mantendrás mientras tengas fuerzas; que yo nunca he entendido eso de las jubilaciones sistemáticas en el ministerio parroquial; hay que saber esperar y confiar en las fuerzas del Espíritu, que tantas veces son superiores en irradiación y en influencia a las que pueden brotar de las potencias normales de un ser humano; a D. Nicolás Sánchez Lucendo que con tanta solicitud atiende a las RR. Clarisas

y Trinitarias de El Toboso; al P. Isidoro García Herrera, que tanto nos ayuda en San Pablo de los Montes. ¡Enhorabuena cordialísima a todos!

IV. OTRAS BODAS DE ORO: ÉSAS, MARTIRIALES

Y estoy seguro que interpreto vuestros sentimientos, si ahora traslado esta enhorabuena que los demás nos ofrecen, a otros que, este año, en el cielo, celebrarán las Bodas de Oro de su martirio. ¡Más de trescientos sacerdotes de Toledo asesinados en aquella gran tragedia! ¡Cómo no recordarles, cómo no pensar en esa sangre tan generosamente derramada sin una protesta, sin una queja airada, sin un gesto de desesperanza frente a lo que Dios permitía que apareciese en su camino hasta entonces victorioso, de paz y amor! Les tenemos presentes en nuestro recuerdo, y nos fijaremos en sus ejemplos para seguir adelante en el trabajo que nos queda por hacer.

CONCLUSIÓN:

GRACIAS A TODOS. INVOCACIÓN A NUESTRA SEÑORA

Gracias a los sacerdotes, que habéis venido de Madrid, de Ávila, de algún otro lugar. Gracias a vosotros, los de Valladolid, sacerdotes templados en la austeridad y el rigor de Castilla, ejemplares en vuestro comportamiento y en vuestros trabajos. Era una diócesis en la cual vivíamos a gusto y hermanados, y percibíamos, acaso por la poca extensión de su territorio, el sentido de la fraternidad de una manera suave y tranquila. No se me ha olvidado nunca, y muchas veces vuelvo hacia los recuerdos que brotan de mi juventud, y me encuentro con aquellas calles por donde andáis vosotros hoy, y me gustaría volver a recorrerlas, desconocido de unos y otros, solamente para saborear lo que ellas pueden ofrecerme en el recuerdo y el amor.

Gracias, sacerdotes de Astorga, que habéis venido en un viaje nocturno, y tenéis que caminar deprisa para atender vuestras obligaciones parroquiales. La diócesis de Astorga, que en los años en que yo estuve en ella, y antes, podía ufanarse, siempre con la dignidad que da la sabiduría, de tener sacerdotes astorganos en todas las diócesis de España; y tener hijos e hijas de aquel territorio en casi todas las órdenes y congregaciones religiosas. El frescor del Teleno ha hecho que por muchos lugares hayan ido sacerdotes de Astorga enjugando el sudor de las almas fatigadas a las que podíais acercaros con vuestro magisterio.

Gracias, sacerdotes de Barcelona, la perla del Mediterráneo, la ciudad hermosa y querida, a cuyo clero mirábamos los restantes sacerdotes de España siempre con admiración, por las muchas empresas apostólicas y culturales que fuisteis capaces de hacer. Todavía yo pude verlas de cerca, aunque ya los tiempos que corríamos eran distintos, y no favorecían el aliento necesario para haber continuado con esa levantada bandera de un clero que sabía siempre conjugar el progreso con el equilibrio. Barcelona y Cataluña dieron ejemplo de esto muchas veces. Ojalá podáis seguir dándolo en el futuro y, para eso, que seáis

en número suficiente para atender esa cristiandad de Cataluña, tan necesitada del esfuerzo apostólico de unos y de otros.

Gracias a todos, hermanos: seguiremos nuestros encuentros, y llegará un día en que el Señor nos diga: «Ya es bastante.» Él será el que nos dé el cese; mientras tanto, con gozo y confianza, le pedimos también, salud para seguir trabajando, alegría para hacerlo con el entusiasmo que brota de esta fe y de este amor a la Iglesia, y nos mantendremos unidos en la oración, querido P. Abad de Venta de Baños, como si hasta aquí llegara la fragancia de vuestra vida contemplativa y de consagración a Dios. Hoy me ofrecéis un cáliz, en el que voy a celebrar la Eucaristía, como las Carmelitas de la Encarnación, de Ávila, han ofrecido esos velones. Son dos símbolos preciosos: el cáliz para la Sangre del Señor, esos velones para la luz del Evangelio; y ambas cosas vienen de dos monasterios de clausura. Vida contemplativa y vida activa, contemplación en la acción; eso tiene que ser la vida nuestra, sacerdotes del clero secular, para poder ser, al mismo tiempo, fieles hijos de la Iglesia en esta hora espléndida que vivimos, llena de esperanzas, a pesar de todas las dificultades con que tengamos que tropezar.

Y por fin, gracias a nuestro Maestro de música, que ha preparado con esmero esta acción litúrgica, los Laudes que hemos recitado, la Misa que estamos cantando; a esos pequeños niños de la Escolanía de Nuestra Señora del Sagrario. Seminaristas, salud a vuestros compañeros de los demás seminarios, que no pueden estar presentes hoy aquí; yo sí que les tengo presentes a todos ellos, y me siento dichoso de poder saludarlos igual que lo hago a los que viven ya su ministerio sacerdotal y esperan la ayuda que vosotros habéis de prestarles.

Nos pondremos todos bajo el amparo y la protección de Nuestra Señora la Virgen María, la Virgen del Sagrario, la Virgen de Guadalupe, querido P. Guardián de aquel Monasterio, la Virgen Inmaculada del Seminario. Ella nos ayudará a seguir siendo fieles y a vivir con gozo nuestra identidad sacerdotal. Así sea.

EN LA BEATIFICACIÓN DE DON MANUEL DOMINGO Y SOL

Homilía pronunciada el 30 de marzo de 1987, en la Misa celebrada en la Basílica de San Pedro, en Roma, como acción de gracias por la beatificación del Venerable don Manuel Domingo y Sol. Publicada en *Hermandad*, nº 361, diciembre 1987, 111-114.

Queridos hermanos:

Ayer hemos vivido una jornada inolvidable: esos cinco Bienaventurados, hijos de la Iglesia de España, que fueron beatificados, nos hablan con el lenguaje propio de los seguidores de Jesús hasta las últimas consecuencias e influirán en nuestro espíritu. Esta tarde nos encontramos aquí para dar gracias a Dios, más en concreto por la beatificación de don Manuel Domingo y Sol, pero desde aquí enviamos el obsequio de nuestra piedad a esas otras iglesias de Roma en donde están reunidos, o se van a reunir, los fieles, los obispos y sacerdotes de España para celebrar también la beatificación de las tres Carmelitas mártires de Guadalajara y la del Cardenal Spínola, imagen del Buen Pastor. Todos unidos, todos servidores de Cristo y todos marcándonos, cada uno con su estilo de vida, una ruta por donde debemos caminar.

Me fijo especialmente en el Beato Manuel Domingo y Sol.

Le conocimos hace mucho tiempo, pero este conocimiento se hace más profundo y a la vez más minucioso precisamente ahora con la meditación reposada y con la experiencia que nos dan los ministerios apostólicos a que vivimos entregados, queridos sacerdotes, y a los que os entregaréis también, queridos seminaristas.

Nunca la más mínima sombra de la vulgaridad apareció en la vida de don Manuel Domingo y Sol, esa mancha frecuente en nuestras vidas sacerdotales, que afea la belleza irresistible de la caridad pastoral cuando se vive íntegra y plenamente. Ya fuese como Regente de las parroquias a que le enviaron o como Consiliario de asociaciones de jóvenes, en la cátedra, en la dirección espiritual de las almas que a él se confiaban, en los trabajos catequéticos y periodísticos, los que realizó, por ejemplo, en compañía de su gran amigo y santo también el Beato Enrique de Ossó, dondequiera que Don Manuel Domingo y Sol estuvo, siempre tuvo una consigna: exigirse a sí mismo más y más.

Y en todo iba a las raíces de los problemas espirituales. Se trataba de combatir la miseria del pecado, y él, obrando por elevación, buscaba que las almas se enamorasen de la virtud. Cuando arreciaba el clamoreo agresivo del anticlericalismo del siglo XIX, él combatía a los que tanto ignoraban, ofreciéndoles la figura y la doctrina y haciéndoles entender la misión del Papa. Pensaba en la juventud desorientada y sin rumbo y tuvo aquel pensamiento que plasmó en una frase feliz, que después, sin conocerlo, repetirá, por ejemplo, el Canónigo Cardin refiriéndose a los obreros y luego, más ampliamente, dirigiéndose a los seglares Pío XI. Don Manuel Domingo y Sol dijo: «Los mejores apóstoles de los jóvenes han de ser los jóvenes, y bien formados.»

No es extraño que en una lógica normal viniera a desembocar donde desembocó.

Hacía falta intensificar la vida cristiana, y sin sacerdotes no es posible. Luego habría que despertar vocaciones sacerdotales. Y formarlas bien. Y unir a los sacerdotes que pudieran trabajar en ello.

Hasta 1873 habían pasado trece años de su vida sacerdotal. Desde 1873 hasta 1909, en que murió, treinta y seis años de trabajos tenacísimos en este campo del sacerdocio y de las vocaciones sacerdotales.

¡Es admirable lo que hizo!

Estamos en presencia de un sacerdote bueno y audaz, sí, como le ha llamado el último de sus biógrafos. Pero hay que dar a la palabra bueno toda la dimensión que encierra, porque lo encierra todo.

Estamos en presencia, sencillamente, de una cumbre de la espiritualidad sacerdotal, un hombre que dignifica a una época y hará que los historiadores de la Iglesia de este momento se fijen inevitablemente en él cada día con mayor atención. Levantó una bandera que ya nunca sería arriada: la del amor al sacerdocio y a las vocaciones sacerdotales. Si España no fuera un país reticente y tan parco para elogiar y ponderar las merecidas glorias de sus hijos, don Manuel Domingo y Sol hace tiempo que habría tenido un reconocimiento universal muy grande, porque lo que hizo fue sencillamente extraordinario, y por cómo lo hizo. Por su clarividencia y su generosidad, por su humildad y su audacia, por su piedad y su genio apostólico, por su claridad y su firmeza, por su creatividad y su perseverancia.

Queridos Operarios Diocesanos, queridos sacerdotes. Nos han sido ofrecidas esas lecturas sagradas en que se nos habla de la llamada de Dios al profeta Jeremías, de la que él quiere evadirse porque se siente incapaz: «Yo no sé ni hablar, ¿quién soy yo? Soy un pobre ser, un muchacho.» Pero Dios le hace oír su voz: «Tú serás mi voz entre los gentiles. Yo pondré mis palabras en tu boca. No les tengas miedo.»

Algo así pienso yo que podría haber sentido el alma de don Manuel Domingo y Sol cuando meditaba en la tarea a la que Dios le llamaba. Porque, ¿quién era él para lanzarse a una tarea tan difícil?

Pero creyó en Dios y en que pondría sus palabras en su boca.

Como los Apóstoles, cuando la pesca milagrosa, tiró las redes en su nombre y escuchó la frase que ha trastornado el corazón y el pensamiento de tantos seguidores de Jesús: «En adelante, tú serás pescador de hombres».

¡Ah, hermanos, si todos tuviéramos esta generosidad, este desprendimiento para seguir esta llamada de Dios, tal como lo hizo el Beato Manuel Domingo y Sol!

Hay que pasar de la fase de las discusiones y las críticas, siempre necesarias cuando son serenas, sobre cómo hay que entender el ministerio sacerdotal, etc., a otra mucho más operativa de la entrega a nuestro trabajo en diálogo con el mundo y en total donación a Dios.

Hay que pasar de las lamentaciones y el miedo a la confianza y la decisión. Se nos dice que ya no tenemos qué hacer en nuestro tiempo. Pero, ¿quién puede pensar eso cuando lo que llevamos en la mano es la cruz y en la cruz está nuestra victoria?

Hemos hecho bien en librarnos de los poderes de la política y del tiempo, pero haremos muy mal si sucumbimos a otros poderes mundanos: los de la ambigüedad y complacencia con tantas desviaciones morales como se dan hoy. La vida cristiana no pide solamente que estemos vigilantes para rechazar el aborto, la eutanasia, el divorcio, reclama también otras actitudes mucho más finas y delicadas que son las únicas capaces de darnos fuerza para ir creando la sociedad nueva. Cristianos llenos de amor de Dios y que entienden la moral como una exigencia de la fe.

Estamos necesitando otra vez el apostolado de las vocaciones sacerdotales. Llamar, llamar, llamar a cada joven, uno por uno, a cada corazón. Hablarle con esas palabras de Cristo y decirle, como no hace muchos días nos recordaba el Presidente de la Comisión de Seminarios: «No basta hablar de vocaciones, sino que cada uno tiene que plantearse en concreto: ¿por qué no soy yo el que tiene que responder?»

Pongamos aquí nuestro interés. Hay muchos jóvenes que sólo están esperando esta llamada para dar una respuesta. No vaciléis. No tengáis miedo. Inventad fórmulas nuevas. Los métodos que sean, que son muchos los que pueden ser aptos para la finalidad que se busca. No perdernos en las nuevas antropologías, necesarias como un dato a tener en cuenta en el conocimiento y el respeto necesario que ha de tener el hombre, pero nada más. La respuesta a una posible llamada de Dios se ventila en otros terrenos. Es la gracia de Dios, es la voz del que colabora con Él, es el Espíritu que guía a la Iglesia. Tenemos tanta doctrina, tanta doctrina del Papa, de los Sínodos explicitando los contenidos del Concilio, tantos ejemplos de sacerdotes santos, que incurriríamos en ridículo si seguimos dudando. Es necesario que, llenos de humildad y ricos en nuestra pobreza, nos sintamos ante el mundo poderosos con la gracia de Dios.

Sigamos estos ejemplos de hombres tan santos como el Beato Manuel Domingo y Sol, tan santos, hermanos sacerdotes, seminaristas, vosotros, queridos Operarios. Ya anciano, hizo todo lo posible para no ser reelegido Superior de la Hermandad nuevamente, y al serlo, escribe en su diario: «Yo que quería poder ejercitarme en la obediencia...» Quería practicar la obediencia y dejar de regir para convertirse en uno más. Acudía al Templo de Reparación, en Tortosa, ya con pasos vacilantes que anunciaban el final. Iba siempre que podía para pasarse horas allí ante Cristo Sacramentado y platicar con Él, a veces en voz alta. Hasta tal punto, que un día, al advertir que uno de los Operarios le había podido oír, le recrimina cariñosamente diciéndole: «Ya podías haber tosido».

Era el final de un hombre que ya sentía frío en su cuerpo, pero que seguía con el rostro iluminado por un fervor cada vez más creciente; contemplaba, desde los últimos paisajes que veían sus ojos, aquel inmenso panorama de los seminarios de España y América, adonde se habían extendido los Operarios Diocesanos que él fundó.

Hermanos, sigamos caminos como éste, cada uno según nuestra misión.

Que don Manuel Domingo y Sol, el nuevo Bienaventurado, nos alcance muchas bendiciones del cielo para todos nosotros, obispos de España y de América, sacerdotes, seminaristas y fieles. Así sea.

SAN BERNARDO, MODELO DE AMOR A LA IGLESIA, DE CONVERSIÓN INCESANTE Y DE ESPERANZA EVANGÉLICA

Homilía en la festividad litúrgica de San Bernardo, pronunciada el 20 de agosto de 1987, en la Abadía trapense de San Isidro de Dueñas (Palencia). Texto en el BOAT, septiembre 1987, 541-548.

Querido Padre Prior, querida Comunidad, hermanos todos en el Señor:

Soy muy sincero al decir que celebro hoy aquí la Santa Misa con profunda y singular satisfacción de mi espíritu, en la fiesta de San Bernardo, a quien desde niño ofrecí el obsequio de mi veneración, siempre creciente después, año tras año, en esta Abadía, donde vine tantas veces a rezar y a recoger mi espíritu para meditar en lo que Dios me pedía en mi vida sacerdotal.

De San Bernardo se ha dicho ya todo lo que se puede decir y aún es muy poco lo que se ha dicho. Sucede con él algo así como con esas altas cumbres del pensamiento y del corazón humano, que aparecen de cuando en cuando en la historia, que despiertan tanto la atención, atraen la mirada y promueven en el interior de quienes los contemplan una capacidad de percepción nueva; no porque el sujeto que mira la tenga en un modo especial, sino porque esas cumbres la producen. Entonces sucede que el que llega hasta ellas, siente conmovido su espíritu tan fuertemente que experimenta la necesidad de comunicarlo, como si nada se hubiera dicho antes. Es el privilegio excepcional de esas almas grandes, como la de San Bernardo, que hablan y hacen hablar, luchan y nos convierten en luchadores, aman y nos mueven a amar. Son inagotables, no solo en sí mismas, sino en esa capacidad de inducción sobre los demás. Ningún espíritu humano puede quedar indiferente, por poca nobleza que tenga, ante una figura tan grandiosa como la de San Bernardo.

Pero vosotros sabéis de él más que yo, y por eso me voy a limitar simplemente a exponeros, como en *una brevísima meditación*, lo que a mí me sugiere su figura en este día de hoy, en que por la mañana he estado meditando sobre él, después de leer los textos de su Misa. Claro, que amó la sabiduría y la sabiduría le amó a él; que esperó en Jesucristo y en los dones celestiales que Él nos trajo como Salvador; y en su vida que fue sal de la tierra y luz del mundo. Todo es cierto.

Pero ahondemos un poco más en la meditación: ¿A través de qué actitudes se manifestó esto en San Bernardo? Puestos ya nuestros ojos en él, hombre de su tiempo, ¿cómo logró hacer todo esto en aquel siglo XII que le tocó vivir? Y en seguida se advierten, queridos Padres y Hermanos de esta Abadía de San Isidro de Dueñas, queridos sacerdotes y queridos grupos seculares que estáis aquí presentes, en seguida se advierten en San Bernardo estas cualidades o actitudes que brillan en él con intensa luminosidad.

SU AMOR A LA IGLESIA MADRE

Primero: su amor a la Iglesia. Es un hijo de la Iglesia; la sentía hasta dentro de su corazón con el amor más fuerte que se puede sentir. Porque a Cristo no le vemos; Cristo está sacramentalmente presente con nosotros, de manera especial en la Eucaristía, y con su Palabra, y en la unión de la caridad con los hermanos, y cuando oramos juntos; está presente, es verdad; pero no le vemos. A la Iglesia sí; y es en la Iglesia, en la que Cristo se ha quedado; en todo el conjunto de la vida de la Iglesia que se nos entra por los ojos y que pide ser amada. Un espíritu selecto, cuando entiende bien lo que es la Iglesia, ya no vacila, y ve muy claro el objeto de su amor a través del cual llega a Cristo de la manera más directa y más segura que se puede llegar.

No se trata, pues, de que miremos a la Iglesia simplemente como a la institución establecida por Cristo, con sus leyes, con sus normas, que nos guía, que nos santifica, nos gobierna, nos instruye, nos alimenta. Todo esto es verdad. Pero hay algo más en una Iglesia Madre: es la Iglesia familia, es la Iglesia en donde está la savia de Cristo, es la Iglesia en donde están su Palabra, sus Sacramentos, su Sangre viva. Es una Iglesia Madre, siempre abierta, siempre perdonando, siempre elevando, siempre instruyendo, siempre apoyando al hombre en su marcha por el mundo. Esta Iglesia lleva sobre sí los pecados de los hombres que formamos parte de ella, pero no son suyos; ella es inmaculada, es purísima, siempre, en el siglo XII, en el XX como en el I, siempre.

Y un San Bernardo, en el momento decisivo de su vida, entrega su juventud, renunciando a todo, y arrastra a sus hermanos y a otros amigos y compañeros suyos, y produce aquel terremoto en los corazones de tantos. Es que la amaba. Nos dicen que estaba leyendo siempre las Sagradas Escrituras, particularmente el Evangelio, y meditando en Jesucristo, y gozando en los textos de San Pablo; oraba, buscaba el silencio, pero veía a esa Iglesia Madre, madre de aquella sociedad medieval llena de conflictos como hoy, igual que siempre, los conflictos de los hombres libres. Y viene su intervención con todos: con reyes y con Papas; su arbitraje en asuntos políticos, sus preocupaciones culturales, sus discusiones doctrinales, frente a un Abelardo, o con quien sea, pero siempre buscando el rostro hermoso de la Iglesia, el que no se debe olvidar nunca, aunque le manchen los pecados de los hombres, porque ella es así de pura y de bella.

Amaba a la Iglesia, y este amor tan necesario en un hijo de la Iglesia, es el que le hace superar todas las dificultades que encontró en su camino. Y cree en ella, está poseído de que ahí está Cristo, ahí está el Espíritu Santo, ahí está la fuerza que el Señor nos ha prometido; y lo que él desea es que todos la sirvan con la fidelidad que merece una esposa tan bella.

Esto nos falta hoy en gran parte. Criticamos mucho a la Iglesia, creyéndonos autorizados a todo, por aquello de *Ecclesia semper reformanda*. No hacemos más que pensar en cambios, y pensamos muy poco en conversión del corazón. Muchos cambios, y con tanto afán de ir acelerando nuestros pasos para cambiar más y más, pasamos junto a ella y junto a su rostro bellísimo, y se nos escapa la vida sin llegar a comprender del todo su hermosura, que si la captásemos no nos impediría, como no le impidió a él, hacer todo cuanto tuvo que hacer para reformarla también. No nos impediría el esfuerzo por mejorar, pero sí que pediría

de nosotros una actitud humilde, obediente, amorosa, sacrificada. Con lo cual estaríamos asemejándonos a Cristo. Y entonces sí, entonces se puede hablar de reforma de la Iglesia.

Es lo que ocurrió en su vida. Es pasmoso ver a aquel hombre atravesando Europa varias veces de un lado para otro, a lomos de caballo, a veces a pie, extenuado, con fiebre, mal alimentado, muchas veces sin poder tomar nada sólido; para entrevistarse con Papas, con gobernantes, con cardenales, escribiendo cartas incesantemente, y anhelando y suspirando por su celda. Era un místico, pero, precisamente por ese amor a la Iglesia, se sintió movido a la acción. Y llevó al campo de su acción todo el ardor quemante del fuego de su alma, sin que se le enfriara el hielo de las torpezas del mundo. ¡*Ecclesia Mater!* Así la sintió San Bernardo, y por eso se entregó a ella con aquel exquisito amor con que lo hizo; y habló de ella con piedad y con respeto; y recriminó a quienes no lo hacían así, sus faltas, echándoles en cara el daño que estaban haciendo a esa esposa virginal, que merece tanto nuestros amores y nuestros continuos obsequios.

SU CONVERSIÓN PERMANENTE

Segundo: Veo en San Bernardo otra actitud fundamental que le hace actualísimo: la de una *conversión permanente*. ¿Es que no empezó Cristo el Evangelio diciendo *Convertíos y creed en el Evangelio*? ¿No es la predicación del Evangelio una invitación a esa conversión continua? Hablo de la conversión cristiana, no meramente psicológica, ni siquiera de la del estado de pecado al estado de gracia, que no excluyo por supuesto; ahí también se da ya el primer golpe al corazón de parte de lo que es la gracia de Dios que Cristo Redentor nos ofrece. Me refiero a la conversión a la santidad, a la conversión seria, continua, viva a un amor a Cristo creciente, a una auténtica imitación de Cristo, a un afán de reproducir en nosotros la vida y las enseñanzas de Cristo.

Pero a una conversión *en la Iglesia y para la Iglesia*; no olvidemos el primer punto. Conversión en la Iglesia y para la Iglesia, porque cuando es *en y para* la Iglesia, luego repercute sobre el mundo. De lo contrario las conversiones pueden convertirse, también ellas, en el logro de la satisfacción que uno experimenta atendiendo a su propio subjetivismo personal, a los románticos anhelos de realización completa de la propia personalidad, sin darse cuenta de que, al cabo de no mucho tiempo, tales anhelos están fuera del camino. No, a Cristo se convierte uno en la Iglesia y para la Iglesia, con la seguridad de que ella nos custodia fielmente su Palabra y nos da los Sacramentos y nos guía en la caridad, y nos propone los ejemplos de los santos de todos los tiempos. De manera que la Iglesia está como arrojando hacia el mundo todas esas fuerzas inmensas que le da el caudal de santidad que ella tiene, para animarnos a todos a una conversión sincera, que es donde encuentra uno el gozo y la felicidad plena de su alma.

Es la conversión a una santidad cada vez mayor, en virtud de la cual un San Bernardo joven, o adulto –tenía 63 años cuando murió–, pudo ser reverenciado por sus monjes, amado por sus hermanos, aclamado por las muchedumbres en Milán o en Génova, o por los estudiantes del barrio latino de París. ¿Qué tenía

aquel hombre dentro de sí para despertar estos fervores? ¿Qué le movía? ¿De dónde le nacía ese fuego? ¡Oh, qué pies tan realmente afirmados sobre la tierra, qué pasos tan firmemente asentados sobre los problemas de los hombres, cómo hablaba de ellos, y cómo llegaba con sus palabras, como un dardo, al corazón del Papa, o de cardenales, o de príncipes y reyes, o de señores feudales, que necesitaban sentir dentro el impulso a una conversión sincera, porque la de ellos era una vida desordenada!

Y San Bernardo les hablaba así con fuerza, pero ponía por delante su ejemplo; había vuelto a Claraval para descansar ya un poco pensando en que no tendría que abandonar nunca más su Abadía; y otra vez la llamada del Papa para que vuelva a Roma, y se enfrente con los conflictos que entonces le asediaban, como si no hubiera sido suficiente lo que había hecho antes. Y de nuevo en camino. Y siempre con el ejemplo colosal de un amor a Dios inmenso, y de una interioridad tan rica que se derramaba por su dulce rostro, a la vez dulce y enérgico. De manera que los hombres se sentían conmovidos cuando podían hablar unas palabras con él.

Conversión permanente. La Iglesia con sus santos. Él la conocía, él conocía la historia de esta Iglesia. No solamente leía como un místico, para explicarlo después, el Cantar de los Cantares u otros libros de la Escritura. Él sabía quiénes habían sido sus predecesores, él conocía esa Iglesia en que habían brillado ya las luces de muchos santos anteriores a él, por medio de los cuales él podía ascender a la contemplación de la Virgen María, a quien él, el primero, llamó *Nuestra Señora*.

Y con aquella fuerza intelectual suya, con aquel corazón tan puro, aquella energía de carácter, aquella visión de las realidades temporales ordenadas hacia Dios, y aquel afán de que los clérigos se atuvieran a lo que tenían que hacer, y no invadieran terrenos ajenos, era ya un adelantado de todo lo que la Iglesia ha ido después proclamando, a medida que los tiempos han ido exigiendo nuevas aclaraciones y precisiones.

Porque no vamos a ser tan necios que juzguemos los acontecimientos de antaño con criterios de hoy; a poco que nos descuidemos, nos expondríamos así a prohibir a Cristo que haga milagros, porque no había contado con la base para hacerlos, ¡o no era muy democrático! Los acontecimientos de cada época deben ser juzgados con arreglo a los criterios que en esa época existían. Pero dentro del conjunto de los mismos, en hombres como éste, tan señeros, aparece una luz cuyas ráfagas traspasan los siglos y llegan hasta nosotros con una validez permanente, porque era un hombre que no cesó de convertirse a Dios. Y eso es encontrar lo Absoluto.

SU ESPERANZA EVANGÉLICA

Y por último, otra actitud que brilla de manera singular en la vida y en la acción de San Bernardo: *la esperanza evangélica*, la esperanza en el Evangelio.

Queridos Padres y Hermanos, queridos sacerdotes y fieles: ¿Os habéis dado cuenta alguna vez de un hecho fundamental, de que la verdadera esperanza en el Evangelio es el fundamento de la verdadera esperanza en la evangelización?

Es cierto que hoy se está hablando sin cesar de evangelización, porque es una palabra que no se nos cae de los labios: tenemos que evangelizar; hay que ser evangelizadores, las comunidades, las órdenes religiosas; en las diócesis se trazan programas de evangelización; tenemos que esforzarnos por evangelizar a este hombre de hoy, por dar un testimonio eficaz para que la sociedad tan secularizada vuelva sus ojos a Dios, sin que pierda su legítima autonomía en el orden temporal, etc., etc. Siempre estamos diciendo esto. Pero yo pregunto: para que existan esa fe y esa esperanza en una evangelización auténtica, ¿tenemos fe y esperanza en el Evangelio, o la ponemos en nuestros propios criterios, en nuestros métodos, en nuestras ideologías, en nuestros reduccionismos, en nuestra altanería para juzgar a los demás? No hay evangelización sin Evangelio. Hay que empezar por vivirlo.

Y entonces vienen estos hombres intrépidos, que causan admiración en todas las generaciones. ¿Por qué no vimos nunca dudar ni temblar a un San Bernardo? ¿No se encontró con la hostilidad de muchos, con incesantes contradicciones, con dificultades de toda índole, con impugnaciones y acusaciones durísimas respecto a lo que él quería hacer? Se le acusó de que no sabía valorar la cultura de su tiempo al construir los templos de sus monasterios; de los zarpazos que él daba impugnando aquella superfluidad de su tiempo en la vida de los eclesiásticos, en la vida de las monjas, de los monjes, de los Papas, de la curia cardenalicia. Luchó contra todo eso, y lo hizo con una valentía admirable. Respetaba a todos, pero a la hora de hablar, hablaba, porque estimaba que era su deber; y un militante de Dios como él era, en aquella comunidad que estaba haciéndose, en aquella civilización medieval, tenía que salir a la defensa de los derechos de Dios en cualquier situación en que éstos pudieran ser quebrantados. Y así se explica ese milagro de su vida: un hombre de sesenta y tres años que escribió lo que escribió, que oró tan intensamente, que habló con tantos, que viajó, que alentó nuevas comunidades, que formó generaciones renovadas que continuaron después transmitiendo la fuerza de su vida a siglos posteriores y hasta nosotros.

Por eso digo que necesariamente tiene que suceder esto: que, aunque esté dicho todo de él, nunca se dirá bastante: porque el que se pone en contacto con él, tiene ansia de decir algo; no quizás de San Bernardo mismo, pero sí de lo que el alma de quien le conoce siente al conocerle un poco más.

CONCLUSIÓN

Queridos Padres y Hermanos. ¡Dichosos vosotros que tenéis por regla de vida, esta norma que os facilita tanto el conocimiento de una personalidad tan gigantesca como la de quien podéis llamar *padre vuestro* en la tierra, el que os introdujo en la vida espiritual y religiosa para vivir más en unión con el Padre que está en los cielos! ¡Dichosos los hijos de San Bernardo! Cuando uno, por ejemplo, llega aquí como yo he llegado hoy, y os ve reunidos en comunidad, celebrando la Misa de este modo tan solemne y con tanta devoción, con esta pausa, con esta actitud orante tan recogida y tan noble de espíritu, no puede uno menos de pensar: aquí está la verdad. ¿Cómo se va a cambiar esto por algo del mundo? ¿Qué hay fuera de aquí que pueda superar lo que aquí hay, incluso como expresión cultural y como sentido de la vida, no ya como manifestación de

fe que, entonces, no hay discusión posible; simplemente como expresión del concepto de hombre? ¿Por qué otra cosa del mundo se puede cambiar vuestro trabajo diario, vuestra oración a diversas horas del día, vuestra contemplación de Dios, vuestro abismaros en las riquezas divinas, superando con el fatigoso esfuerzo de cada día, las miserias humanas que siempre pugnan por salir? Este género de vida cuando se vive sinceramente; cuando un monje lo medita y obra en coherencia con su pensamiento y su inicial oblación, y lo renueva cada día, tiene que sentir forzosamente cómo Dios llega hasta él para impulsarle a mover las mismas estructuras del mundo, sencillamente.

Evangelizar, evangelizar. Si no hacemos esto, los hombres no se convertirán, y dejarán de creer en el Evangelio y en la Iglesia. Si no adoptamos estas actitudes, y por el contrario todo lo ponemos en nosotros mismos, todo lo hacemos depender de nosotros, todo lo movemos para convertirnos en los protagonistas de la acción evangélica, no evangelizaremos. Y es que no hay más que un protagonista de la evangelización, Jesucristo: no hay otro. Y nuestra Iglesia de hoy se ve en gran parte entorpecida y trabada por eso, porque no brilla Él en nuestra palabra, ni en nuestra oración, ni en nuestro sacrificio, ni en nuestra actitud obediente, ni en nuestra alegría; la alegría de quien lleva consigo la fe y la esperanza.

¿Qué es eso de que los cristianos no tenemos nada que hacer en un mundo como hoy? Porque los Estados hoy no sean confesionales, ¿ya la Iglesia está empobrecida y acobardada? ¿Qué tiene que ver eso? ¿No llevamos con nosotros la Cruz de Cristo? ¿Y ha sido derrotada esa Cruz? ¿No es la fe nuestra victoria? Un San Bernardo, que luchó como él lo hizo hasta la hora de su muerte, sembró infatigablemente; no se turbó pensando en si se conseguiría más o menos; él lanzaba la semilla de su vida, porque tenía confianza en el Evangelio y sabía que Dios haría lo demás. Esto es lo que tenemos que hacer todos hoy. Pero se empieza por criticarlo todo: viajes del Papa, Magisterio del Papa, documentos conciliares; afán de nuevos Concilios, sin haber asimilado casi nada del anterior; revisarlo todo; y que surjan, porque tiene que haber pluralismo, nuevas tendencias, contrapuestas a las de hoy, para que mañana las de hoy sean sustituidas por las que vengan al día siguiente. Y así, ¿qué hacemos? Nada. Se necesita otro camino. Y éste es el que nos señalan hombres de la talla de un San Bernardo.

Seguid vosotros encendiendo la luz en estas abadías, para que vuestras propias vidas sean antorchas que iluminan a los que se acercan a vosotros. Hay muchos jóvenes en el mundo de hoy que están deseando encontrar en vosotros, monjes, y en nosotros, obispos y sacerdotes, hombres que crean en Dios de verdad y que prediquen su palabra, y que defiendan a Jesucristo Redentor y a su Iglesia, en el sentido en que deben ser defendidos, como Salvador del hombre, que es lo que es Jesús.

He repetido muchas veces este año, en pláticas y homilias, algo que leí del Cardenal Höffner, ahora ya casi en la agonía. El reunió un día, en Colonia, a un conjunto de periodistas de la prensa, de la radio y televisión alemanas y les preguntó: «Ustedes, que están metidos en el mundo de hoy hasta las entrañas, ¿qué creen que tiene que hacer la Iglesia para que sea más creíble? ¿Qué tenemos que predicar al hombre de hoy?» No eran todos católicos, ni siquiera luteranos; era un grupo numeroso de periodistas, simplemente, responsables y

hombres de pensamiento. Deliberaron y hablaron entre sí; al final, el resumen de su respuesta fue éste: «Señor Cardenal, prediquen ustedes que el hombre ha sido creado por Dios y que por su propia culpa se ve frecuentemente en aprietos, pero que Dios le salva. Prediquen esto incesantemente, es lo que más necesita el mundo de hoy, a Dios, Dios Salvador.» Eso es lo que hizo San Bernardo con su palabra, con su acción y con su vida.

Que el Señor Jesús y su Bendita Madre, «Nuestra Señora», a todos nos ayuden a ser siempre heraldos incansables y fidelísimos de su mensaje de salvación.

LA VIDA DE SAN AGUSTÍN, LLAMAMIENTO A LA SANTIDAD

Homilía pronunciada el 28 de agosto de 1989, en la Parroquia de San Pedro, de Fuentes de Nava (Palencia), en la festividad litúrgica de San Agustín, Patrono de dicha villa. Texto inédito.

Queridos hermanos:

Daba gusto, hace un momento, asomarse a la puerta, o a la ventana de la casa, o situarse en cualquier esquina de las calles del pueblo, y ver cómo acudíais de los diversos lugares donde están situadas vuestras viviendas, cómo acudíais unos y otros aquí, al templo, a la parroquia de San Pedro. Es la fiesta, la fiesta de San Agustín, y vestís vuestras mejores galas, y mayores y jóvenes, y niños también, acuden para formar, dentro de las naves del templo, la gran familia cristiana. Esta familia que es la que verdaderamente fortalece los lazos de hermandad y de unión entre los habitantes de un pueblo.

¿Qué sería, digo yo, de las fiestas populares en Fuentes de Nava, si desapareciera, por una hipótesis absurda, la conmemoración religiosa? Faltaría algo tan especial, que los espíritus de los hombres y de las mujeres, que han captado a lo largo de su vida la verdad y la belleza de estas conmemoraciones, se sentirían profundamente agraviados y entristecidos. Porque todo lo demás, los aspectos profanos de la fiesta, incluso cuando se hacen bien, no pueden llenar el espíritu; esto sí, la fiesta religiosa nos hace pensar en Dios, nos recuerda nuestro destino, nos invita también, mañana, a rezar por los difuntos, levanta nuestras esperanzas; y la belleza del templo, sobre todo de un templo como éste, y todo el conjunto de detalles que acompañan la conmemoración religiosa, produce en el interior del espíritu una alegría inefable, que solamente puede dar Dios, a través de las actuaciones litúrgicas y religiosas, en general, con las que celebramos una fiesta en su honor.

EL ORIGEN Y SENTIDO RELIGIOSO DE LAS FIESTAS POPULARES

Estas fiestas al principio no existían. En los primeros siglos los cristianos, que no estaban reconocidos, y eran más bien considerados como enemigos, vivían nada más que el domingo, la fiesta del Señor Resucitado. Y tenían que hacerlo clandestinamente, en lugares ocultos. Es más tarde, en el siglo IV, cuando ya, con la paz de Constantino, va recobrándose un sentido lógico de la expresión religiosa de la sociedad, y aparecen los primeros templos, pequeñas basílicas, ermitas y, poco más tarde, templos grandiosos. Y entonces no se celebra sólo el domingo, viene también el recuerdo de María Santísima y de los mártires y de los santos. Y es, sobre todo en la Edad Media, cuando al difundirse el cristianismo por todos los países de la Europa que hoy conocemos, las ciudades y los pueblos pequeños asumieron el honor de confiarse a la intercesión de santos patronos a los que invocaban. Santos insignes: un San Antolín en Palencia, un San Pedro Regalado en Valladolid, un San Isidro Labrador en

Madrid, o bien buscando la intercesión de la Virgen María, con los títulos distintos, pero todos coincidentes en la misma expresión mejor: Virgen del Pilar, en Zaragoza; Virgen del Sagrario, en Toledo; Virgen de la Paloma, en Madrid; o bien, sencillamente, en fiestas patronales también, dedicadas a Cristo Redentor: Cristo del Consuelo, de la Misericordia, de los Arrepentidos, etc.

Y en torno a la fiesta religiosa, desde tiempos tan antiguos, iban apareciendo también manifestaciones festivas de lo que es la agradable convivencia humana. La fomentaba la misma Iglesia, educadora y maestra de los pueblos: danzas y bailes dignísimos en su manifestación externa, y cantos, y música compuesta por diversos autores, concursos de poesía y de canciones, todo ello era como detalles hermosos que servían para aglutinar más la conciencia del pueblo cristiano y compartir unos con otros la alegría de la fraternidad, que tenía su origen en un concepto cristiano de la vida. La Iglesia, la gran educadora, se complacía también en los detalles externos y profanos de una fiesta dignísima en el aspecto humano, que tenía su punto de arranque en la propia festividad religiosa, puesto que todo venía a ser como un homenaje de la naturaleza individual y social del hombre a Dios Nuestro Señor.

He ahí por qué yo, al estar este año aquí en estos días, coincidencia para mí muy grata y casi no esperada, he recordado también detalles de tiempos antiguos, porque hace cuarenta y seis años yo prediqué aquí, en el pulpito que ahora no existe, en la fiesta de San Agustín. Muchos de vosotros no habíais nacido entonces; fui invitado a venir y vine con el gusto lógico que podía experimentar quien sentía aquí sus propias raíces, pues me acompañaban mi madre y mi hermana. Después, tanto tiempo trabajando en un sitio y en otro, y siempre me ha llegado el eco de las fiestas de San Agustín, a través de mis parientes o amigos de Fuentes de Nava. He ahí por qué hoy me siento dichoso de poder celebrar la Misa aquí y predicaros esta homilía, con la cual quiero como expresar el sentimiento de mi corazón lleno de satisfacción y de gratitud; y de saludo, respetuoso y cordial, al Ilmo. Sr. Presidente de la Excma. Diputación de Palencia y al Sr. Alcalde y Concejales del Ayuntamiento de Fuentes de Nava y también al Sr. Alcalde de Frechilla, a quien acabo de saludar. Y, ¿cómo no?, con mi respetuoso saludo, lleno de cariño, a la Reina y las Damas, a las cuales deseo para el resto de su vida tanta suerte y tanto éxito como la belleza que reflejan en su rostro y la elegancia de sus vestidos regios.

SAN AGUSTÍN, CIMA ALTÍSIMA DE SANTIDAD

Hablemos un poco de San Agustín, hermanos, con vosotros los que estáis aquí, y sobre todo y aún más, con vosotros, querido Sr. Cura Párroco y sacerdotes concelebrantes. Somos rectores del Pueblo de Dios y con él nos unimos en un acto como éste, pero para él tenemos una responsabilidad especial, nacida de la obligación que tenemos de explicar estos misterios de la santidad, que se dan en la Iglesia. Hoy nos los presenta y ofrece San Agustín.

Quizá no haya habido una cumbre tan alta en la historia de la Iglesia, como la que aparece en este gigante de la inteligencia y de la entrega religiosa a Dios Nuestro Señor. Entre los seis o siete astros de primera magnitud, que podrían ser señalados en la historia de la teología y de la mística, incluso de la poesía

religiosa, sería muy difícil quitar el primer puesto a San Agustín, el gran obispo de Hipona.

No podemos recorrer con detalle su vida. Nace en Tagaste, un pueblo de África de lo que hoy es Túnez, de un padre que era propietario agrícola rural, bastante zafio en sus comportamientos, pagano, no tenía religión ninguna. Ni siquiera practicaba el paganismo en que se habían educado aquellos hombres y mujeres, con anterioridad al cristianismo. En cambio su madre, Mónica, era cristiana fervorosa. Una y otro se dieron cuenta en seguida de lo que valía aquel muchacho inquieto, Agustín. Y aquel agricultor, que no tenía más preocupación que la de llevar los productos de su tierra al mercado, no puso obstáculos al joven Agustín, cuando éste manifestó su deseo de trasladarse a Milán, en el norte de Italia, en esa hermosa ciudad, donde era obispo San Ambrosio. Allí llega Agustín, y está durante los años espléndidos de su juventud acudiendo a unas y otras escuelas, y formándose en filosofía y retórica, con arreglo a los conocimientos que entonces podían serle suministrados.

Se entrega a las más ardorosas pasiones: la del saber, la del éxito, la del anhelo de triunfar, la de ser un profesor que sea admirado, la del amor humano, también con sus extravíos y sus desórdenes. A todo ello se entregó, porque en todo quería encontrar Agustín algo así como la llama de los saberes y de los sentimientos nobles de la naturaleza, que se tornaban definitivamente, después de sus experiencias, en amargos fracasos. Le vino la inquietud religiosa cristiana, y llegó el momento de su conversión. En gran parte la debe al obispo Ambrosio.

Vivía Agustín atormentado dentro de su espíritu por lo que sentía y lo que no tenía. Se explica. Lee y entiende la Sagrada Escritura a su manera, y un día, cuando está en el jardín de la casa de unos amigos, llorando de pena, porque no encuentra la verdad de Dios que busca tan ansiosamente, oye la voz de un niño que, desde un lugar no lejano, pero invisible, canturrea estas palabras: «Toma y lee, toma y lee». Esta era la voz del niño: «Toma y lee». Y Agustín, que tenía la Biblia allí, la abre casi enfurecido y lee unas palabras de San Pablo que le dicen: *No en comilonas, ni en borracheras, ni en los placeres de la carne encontrarás tu felicidad, sino únicamente en la Verdad de Dios.* Cerró el libro y siguió llorando, pero sus lágrimas ya no eran de desesperación, sino que habían sido como el fruto del toque del Espíritu de Dios sobre aquella alma generosa, y desde entonces, fue dando pasos, conforme a lo que le pedían su gran talento y la serenidad de su juicio, hasta que un día pidió el Bautismo y lo recibió del propio San Ambrosio. Después volvió a su tierra africana, sacerdote y obispo. Y vino ya aquella actividad suya pastoral e intelectual asombrosa, que, aun hoy, nos produce como un sentimiento de anonadamiento a nosotros.

¿Sabéis, queridos hermanos y sacerdotes, que las obras de San Agustín abarcan dieciséis volúmenes del Migne, la gran colección de Santos Padres y teólogos, dieciséis volúmenes? Él mismo, en su ancianidad, un día hizo recuento de los que había escrito y le salieron doscientos treinta libros, agrupados en noventa y dos obras voluminosas. Eso, aparte de los cuatrocientos cincuenta sermones que se conservan y de muchas cartas, alguna de las cuales es un verdadero tratado teológico.

¿Cómo se puede explicar esto con el simple recurso humano? Era la gracia de Dios que inspiraba y ayudaba al doctor de la Gracia. San Agustín es un prodigio de la inteligencia y de la fe. Leyéndole, muchos han encontrado la luz que definitivamente buscaban y ahora podían tener ya a su alcance. Es el hombre de la interioridad. Es el hombre del amor a Dios: «Ama y haz lo que quieras» dijo. O bien esta otra frase: «Yo en aquel tiempo –el que precede a su conversión– lo que buscaba y amaba era amar (*amabam amare*), yo amaba amar, no quería más que amar», es decir, quería abarcar el mundo entero y encontrar en él lo que hubiera de bello y de bueno, para amarlo y gozarlo y difundirlo. Es un genio, es un héroe de la grandeza humana que se manifiesta, de cuando en cuando, en ciertos personajes escogidos por Dios.

TRES CONSEJOS

Y si yo tuviera que aconsejaros algo a vosotros, hoy, apoyándome en estas reflexiones que hago en torno a lo que nos evoca la figura de San Agustín, ¿qué os podría decir? Por lo menos esto, y voy a ser muy breve para no cansaros: **interioridad**, o sea, sed religiosos internamente, no bastan las prácticas externas, ni las meras costumbres transmitidas a través de los siglos. Un hombre religioso tiene que ser un hombre que se detiene y se concentra en sí mismo y medita y se pregunta sobre el destino de su vida: ¿para qué estoy yo en el mundo? ¿Para qué hemos nacido? ¿Qué es la muerte? ¿Qué me espera en el mas allá? Esta es la interioridad. ¿Qué me pide mi conciencia recta, respecto a Dios y respecto a mis hermanos? Sed religiosos así todos, vosotros los que tenéis tradiciones tan bellas como las que se manifiestan en una ocasión como ésta, pero de manera particular, y es mi segunda reflexión, vosotros los jóvenes.

Una **juventud** nueva se necesita y está surgiendo ya. Me lo repetía no hace mucho, y ahora he podido comprobarlo directamente por el Cardenal de París, un obispo español que había estado allí en otra ocasión reciente: «en Francia están surgiendo, en muchas parroquias, grupos firmes y decididos de chicos y chicas que confiesan públicamente su fe en Jesucristo y quieren contribuir a re-cristianizar la sociedad francesa». Igual en España. Esperamos que broten muchos frutos de esta concentración que se ha producido con motivo de la Jornada Mundial de la Juventud. Pero para ser así, jóvenes, buscad en el interior de vuestras almas, leed el libro de *Las Confesiones*, de San Agustín. Ese libro es un tesoro incluso literario, no se han cansado de él los hombres más geniales, aunque no hayan sido cristianos. Jóvenes, practicad ejercicios espirituales, buscad a Dios que está a vuestras puertas, no le dejéis al margen. Podéis ser jóvenes llenos de alegría y al mismo tiempo, con vuestra religiosidad responsable y consciente, podéis ser colaboradores efectivos para que surja una sociedad nueva, como la que estamos buscando. ¡Jóvenes de Fuentes de Nava! Tenéis que ser conscientemente religiosos. Ser religioso hoy es lo más moderno que cabe.

Y por último, también como consejo que brota de la reflexión sobre San Agustín, mujeres, **madres de familia**, ahí tenéis a Santa Mónica, la madre de Agustín, la que tanto lloró por su hijo. ¿Lloráis vosotras alguna vez, cuando veis que un hijo o una hija andan por mal camino? ¿U os es como ya indiferente? ¿Creéis que vais a dar a vuestros hijos un porvenir digno, si lo toleráis todo, lo consentís todo

y decís que son cosas de la juventud y del tiempo que vivimos? No, el desorden no es propio, no es exclusivo de ningún tiempo; precisamente San Agustín, cuando vivía los últimos años de su episcopado y vio, habiendo escrito ya *La Ciudad de Dios*, que los bárbaros, invasores de Europa, que habían asolado ya Roma, llegaban a África para derruir también lo que el cristianismo había levantado, escribió una página inmortal diciendo: «Lloráis y os lamentáis vosotros –los cristianos de África– de que están ya en Roma y lo han deshecho todo, de que van a venir y lo destruirán aquí todo también, lloráis por los tiempos que corren, mas no son los tiempos los que son malos, los tiempos se hacen por nosotros, y somos nosotros los que podemos hacer tiempos buenos, o tiempos malos. Trabajemos todos buscando la Ciudad de Dios en este mundo»¹. Esto es lo que os pido, madres de familia, no os dejéis arrastrar, tontamente, por una falsa modernidad y de esa manera no atender a las exigencias profundas del espíritu de vuestros hijos.

Nada más, queridos hermanos, queridos sacerdotes. Que la fiesta de San Agustín traiga para todos nosotros el gozo de esta celebración festiva, a la que estamos asistiendo. Que nos despierte el deseo de ser cada vez mejores y que, cuando descubramos en nosotros la sombra del pecado, nos acordemos, también, de que el camino del cristiano es el arrepentimiento. Él, Agustín, se arrepintió de sus desviaciones y fue lo que fue después, ese astro esplendoroso, que, después de dieciséis siglos, sigue iluminando la Iglesia de hoy, y resulta que es de los más citados por todos los autores modernos, religiosos y profanos. Que terminéis bien vuestras fiestas y que los jóvenes y los adultos perciban la alegría de la familiaridad asentada sobre estas costumbres cristianas y buenas, y tengáis valor y energía para enfrentaros contra ese materialismo repugnante de gran parte de la sociedad moderna, que vive creyendo que encuentra motivos para el gozo y la alegría, y vive entregado a algo tan viejo como es el pecado. Por ahí no se puede avanzar nada. Se producirá siempre un desasosiego interior, porque les falta Dios. Que no nos falte a nosotros, que esté siempre en nuestra compañía. Así sea.

¹ Cf. SAN AGUSTÍN, *Sermón 80*, 8: en *Obras completas*, X, Madrid 1983, BAC 441-451.

Parte segunda: Cartas Pastorales

SANTA TERESA DE JESÚS, MADRE Y MAESTRA EN LA IGLESIA DE HOY

«Y a mi parecer, jamás nos acabamos de conocer, si no procuramos conocer a Dios»
(*Moradas Primeras*, Cap. 1, 9)

Carta pastoral, del 8 de septiembre de 1970, publicada en Barcelona con motivo de la proclamación de Santa Teresa de Jesús como Doctora de la Iglesia. Texto tomado de la obra *Teresa de Jesús vive en la Iglesia*, Toledo, 1983, 19-51, y publicado en el *Boletín Oficial del Arzobispado de Barcelona*, 15 septiembre 1970, 497-536.

A los Sacerdotes, Religiosos y Religiosas,
y fieles de la Archidiócesis.

Queridos diocesanos:

En este mes de septiembre será proclamada Doctora de la Iglesia Santa Teresa de Jesús. Ello me mueve a escribir esta Carta Pastoral, con el deseo de explicar los motivos de esta solemne determinación pontificia en favor de la gran Santa de Ávila y de reflexionar sobre la actualidad de su vida y su doctrina. Estimo que el acontecimiento es demasiado importante y significativo para que lo dejemos pasar en silencio.

CAPÍTULO I EL TÍTULO DE DOCTOR DE LA IGLESIA

Ignoramos los términos exactos en que el Papa hará la declaración de Doctoras tanto de Santa Teresa de Ávila como de Santa Catalina de Siena. Ateniéndonos al concepto general a que responde este título, Doctores de la Iglesia son aquellos teólogos o escritores eclesiásticos que dan testimonio de la Tradición, y en ellos concurren estas cuatro notas: ortodoxia de doctrina, santidad de vida, sabiduría extraordinaria y eminente, explícito reconocimiento por parte de la Iglesia. Se diferencian de los llamados Padres de la Iglesia en que:

- 1º. no es necesario que hayan vivido en la antigüedad;
- 2º. su doctrina ha de ser realmente extraordinaria para que puedan merecer el elogio litúrgico de la Iglesia; y
- 3º. el título de tales ha de serles conferido expresamente (en la actualidad lo hace el Papa en un acto especialmente solemne)

(El catálogo de los Doctores de la Iglesia es el siguiente: S. Atanasio, S. Basilio, S. Gregorio Nacianceno, S. Juan Crisóstomo (los cuatro grandes Doctores de Oriente), San Ambrosio, S. Jerónimo, S. Agustín, S. Gregorio Magno (los cuatro grandes Doctores de Occidente), S. Efrén, S. Hilario de Poitiers, S. Gregorio de Nisa, S. Cirilo de Jerusalén, S. Cirilo de Alejandría, S. Pedro Crisólogo, S. León Magno, S. Juan Damasceno, S. Isidoro de Sevilla, S. Beda el Venerable, S. Pedro Damiano, S. Anselmo de Aosta, S. Bernardo, S. Antonio de Padua, S. Buenaventura, Sto. Tomás de Aquino, S. Alberto Magno, S. Juan de la Cruz, S. Pedro Canisio, S. Roberto Belarmino, S. Francisco de Sales, S. Alfonso M^a. de Ligorio y S. Lorenzo de Brindisi).

Ninguna mujer había sido favorecida hasta hoy con este título. Ahora se incorporan los nombres gloriosos de estas dos, cuya justa celebridad, particularmente en Santa Teresa, ha sido siempre superada por algo más cálido y más vivo que la fama: el amor que las diversas generaciones de la Iglesia les han profesado. El tardío reconocimiento de sus méritos, tardío en cuanto a la solemnidad de su proclamación únicamente, se ha visto compensado siempre por una admiración sin límites a sus escritos y una fervorosa devoción del pueblo cristiano.

Por lo que se refiere a Santa Teresa, la espontaneidad de los fieles y la ciencia religiosa de los hombres cultos (muchos teólogos de diversos países) han venido llamándola Doctora, y Doctora Mística, aunque el título no estuviese sancionado por la suprema autoridad de la Iglesia. Su servicio, no sólo a la piedad, sino a la auténtica cultura religiosa católica, en su más alta expresión, ha sido extraordinario. Ávila, la silenciosa ciudad castellana, es conocida en el mundo entero por el nombre de la Santa que allí nació.

CAPÍTULO II

SANTA TERESA Y SU OBRA

La vida de Santa Teresa es una suma de contemplación y acción difícilmente superable. Mucho más, si se tiene en cuenta el ambiente de la época en que vivió y su condición de mujer, circunstancias que en nada favorecían el logro de su empeño. Ella es la que realiza la Reforma carmelitana, empresa sumamente difícil, ya que siempre es más costoso reformar que crear.

Dios la eligió, sin duda, pero ella ofreció siempre el riquísimo caudal de sus condiciones excepcionales humanas y religiosas. No es posible hacer una síntesis abreviada de las dotes de que estuvo adornada. Para conocerlas, hay que estudiar con detalle su vida entera. El hecho es que cuando murió en octubre de 1582, a los 67 años de su vida (había nacido en 1515), dejó fundados diecisiete conventos reformados de mujeres y catorce de hombres, siendo así que comenzó su trabajo cuando ya tenía 52 años. En sólo 15 realizó aquella portentosa obra, en medio de enfermedades y achaques continuos, y teniendo que vencer a cada paso dificultades y contradicciones de toda índole que hubieran asustado al más animoso carácter.

Lo hizo llevada de una determinación y un deseo ardiente de perfección evangélica, de hondo amor a Dios, de servicio a la Iglesia. El drama de la Europa desgarrada por el protestantismo, y las noticias que hasta ella llegaron de los sufrimientos del Cuerpo Místico de Cristo, escarnecido y lacerado, así como la necesidad de predicadores de la fe en la América recién descubierta, provocaron

en su alma una reacción muy viva. En el convento de la Encarnación, donde había entrado como religiosa carmelita en 1535, su vida de oración extraordinaria y las luces que recibió de los que sabia y prudentemente la dirigieron, fueron disponiéndola a tomar una determinación: la de trabajar por una reforma de la Orden tendente a restaurar el fervor primitivo del Carmelo, fundando conventos pobrísimos, con pocas monjas, clausura rigurosa, y observancia estricta de todas las virtudes propias de las almas consagradas a Dios, sin otro norte y guía que la gloria de su Divina Majestad y la salvación de las almas.

«Venida a saber los daños de Francia de estos luteranos y cuánto iba en crecimiento esta desventurada secta, me fatigué mucho, y como si yo pudiera algo o fuera algo, lloraba con el Señor y le suplicaba remediase tanto mal. Paréceme que mil vidas pusiera yo para remedio de un alma de las muchas que vía perder; y como me vi mujer y ruin, y imposibilitada de aprovechar en nada en el servicio del Señor, que toda mi ansia era, y aun es que, pues tiene tantos enemigos y tan pocos amigos, que éstos fuesen buenos; y así determiné a hacer eso poquito que yo puedo y es en mí, que es seguir los consejos evangélicos con toda la perfección que yo pudiese, y procurar estas poquitas que están aquí hiciesen lo mismo, confiada yo en la gran bondad de Dios que nunca falta de ayudar a quien por Él se determina a dejarlo todo, y que siendo tales cuales yo las pintaba en mis deseos, entre sus virtudes no temían fuerza mis faltas y podría yo contentar al Señor en algo para que todas ocupadas en oración por los que son defensores de la Iglesia y predicadores y letrados que la defienden, ayudásemos en lo que pudiésemos a este Señor mío, que tan apretado le traen a los que ha hecho tanto bien, que parece le querrían tornar ahora a la cruz estos traidores y que no hubiese adonde reclinar la cabeza.

¡Oh Redentor mío, que no puede mi corazón llegar aquí sin fatigarse mucho! ¿Qué es esto ahora de los cristianos?: ¡siempre ha de ser de ellos los que más os fatiguen! A los que mejores obras hacéis, los que más os deben, a los que escogéis para vuestros amigos, entre los que andáis y os comunicáis por los sacramentos, no están hartos, Señor de mi alma, de los tormentos que os dieron los judíos.

Por cierto, Señor, no hace nada quien se aparta del mundo ahora: pues a Vos os tienen tan poca ley, ¿qué esperamos nosotros?, ¿por ventura merecemos mejor nos tengan ley?, ¿por ventura les hemos hecho mejores obras para que nos guarden amistad los cristianos?, ¿qué es esto?, ¿qué esperamos ya los que por la bondad del Señor estamos sin aquella roña pestilencial?; que ya aquéllos son del demonio. ¡Buen castigo han ganado por sus manos y bien han granjeado con sus deleites fuego eterno! ¡Allá se lo hayan!, aunque no se me deja de quebrar el corazón ver tantas almas como se pierden; mas, del mal no tanto, querría no ver perder más cada día.

¡Oh hermanas mías en Cristo!, ayudádmele a suplicar esto; para esto os juntó aquí el Señor; éste es vuestro llamamiento; éstos han de ser vuestros negocios; éstos han de ser vuestros deseos; aquí vuestras lágrimas; éstas vuestras peticiones; no, hermanas mías, por negocios acá del mundo, que yo me río y aun me congojo de las cosas que aquí nos vienen a encargar, hasta que roguemos a Dios por negocios

y pleitos por dineros, a los que querría yo suplicasen a Dios los repisasen todos. Ellos buena intención tienen, y allá lo encomiendo a Dios por decir verdad, mas tengo yo para mí que nunca me oye. Estáse ardiendo el mundo, quieren tornar a sentenciar a Cristo, como dicen, pues le levantan mil testimonios y quieren poner su Iglesia por el suelo, ¿y hemos de gastar el tiempo en cosas que, por ventura, si Dios se las diese, temíamos un alma menos en el cielo? No, hermanas mías; no es tiempo de tratar con Dios negocios de poca importancia. Por cierto que, si no es por corresponder a la flaqueza humana que se consuelan en que las ayuden en todo, que holgaría se entendiese que no son éstas las cosas que han de suplicar a Dios en San Josef»¹.

Esta página conmovedora, tantas veces citada y meditada, revela por sí misma las motivaciones internas de su decisión. Está escrita hacia 1565 o 1566, cuando se ha clausurado ya definitivamente el Concilio de Trento y ha empezado la Reforma de la Iglesia. El único sonido que arrancan al limpio metal de su alma los acontecimientos de la época, tan densa y dramática, es ése: reforma interior, fidelidad al Evangelio, perfección monástica, servicio a la Iglesia, salvación de las almas.

Es de suma importancia comprender esta dimensión de la vida y la obra de Santa Teresa de Jesús. Con ser tan excelsa, contemplada en sí misma, en cuanto tiene de fe y de amor, es decir, de respuesta a una llamada del Espíritu, aún lo es más cuando se percibe esa existencia en conexión consciente y querida por ella con todo el misterio de la Iglesia Madre tal como ésta aparecía en aquel momento histórico. Nos gusta saber que la oración y la mortificación son siempre fecundas dentro del Cuerpo Místico, aunque el que ora así, apenas lo perciba. Pero es más fuerte la atracción que ejerce un alma contemplativa cuando se la ve humildemente entregada a su tarea silenciosa, y vibrando además con todos los anhelos que brotan de las entrañas de la Iglesia. Nunca fue Santa Teresa ajena a las preocupaciones de su tiempo. Nunca fue una evadida, sino comprometida con el más fecundo y difícil de los compromisos.

«La misión providencial de Teresa parece haber sido la de reaccionar contra el pseudo-misticismo de los “Alumbrados” españoles, y contra aquel otro de los protestantes que, en su tiempo, se extendía por toda Europa.

Teresa la llevó a cabo (aquella misión), en primer lugar, sirviéndose de una *doctrina* que, aunque se encuadraba en las líneas de la tradición, sumó a esta tradición algunas *luces* de extraordinario esplendor, en tal manera que por ello pudo llamarse a Teresa la “Doctora de la oración”.

La enseñanza de Teresa es verdaderamente, según expresión de la Iglesia, una “doctrina celeste”. Y así se explica la influencia que la Monja de Ávila ejerció en el campo *místico*, *ascético* y también *pastoral*, más que en el campo apologético. Teresa enseña, mejor que nadie, al sacerdote el arte de dirigir las almas por las vías más luminosas y más difíciles de la vida interior»².

¹ *Camino de perfección*, 1, 2-5, en *Obras de Santa Teresa de Jesús*, edición en tres volúmenes, BAC 120, 52ss. Todas las citas de escritos de la Santa se refieren a esta edición de la BAC.

² F. CAYRE, *Patrologie*, libro IV, cap. VIII: Santa Teresa de Jesús.

CAPÍTULO III

SU OBRA ESCRITA

Hago ahora una referencia a sus principales obras. Santa Teresa tenía una prodigiosa facilidad para escribir. La vivacidad es una nota tanto de su carácter como de su pluma. Pero quizá no hubiese escrito más que cartas, a no ser por la necesidad que sintió de dar a conocer su conciencia, para mejor ser guiada, y porque sus mismos confesores le ordenaron que escribiese. Su preparación espiritual y literaria, en lo que cabe, venía de atrás. Fueron veintiséis años los que pasó en el Convento de la Encarnación antes de que apareciese su primer libro. Allí sufrió, oró, meditó, y amó mucho. Los dominicos P. Pedro Ibáñez y el célebre teólogo P. Báñez orientaron su conciencia. Y ocasionalmente, hombres tan eminentes como San Francisco de Borja, San Pedro de Alcántara, San Juan de Ávila, y más tarde San Juan de la Cruz, le ayudaron eficazmente con sus consejos y con sus luces.

El libro de su vida

Lo empezó en el año 1562, en Toledo, y posteriormente fue añadiendo nuevos capítulos. Ella designó este libro con diversos nombres: «El libro grande», «Mi alma», «De las misericordias de Dios». Las copias corrieron de mano en mano, muy en contra de su deseo, y el libro fue sometido a la rigurosa censura de la Inquisición, que terminó dando fallo favorable.

El Camino de Perfección

Lo inicia a finales de este mismo año de 1562, cuando ya estaba en el Convento de San José, el primero de la Reforma, y lo hizo a ruegos de sus confesores y de sus propias monjas, para dirigir a éstas por los caminos de la vida interior. No lo terminó hasta 1564, pues sus quehaceres múltiples no le permitían escribir más que en momentos sueltos y aislados. El título es de la propia Santa, aunque a veces ella lo llama el «Librillo» o el «Paternóster».

Meditaciones sobre los Cantares

Escrito por primera vez en San José de Ávila entre 1566 y 1567, lo rehízo también en San José hacia 1574, según afirma el P. Efrén. Seguramente se habría perdido, de no ser por la censura favorable que dio el P. Báñez, frente al dictamen más exigente de algún otro. También es conocido con el nombre de «Conceptos del Amor de Dios».

Moradas del Castillo interior

Comenzó a escribirlo en Toledo y lo terminó también en su convento de San José. Era el año 1577, cinco antes de su muerte. Se había desencadenado muy dura tempestad contra ella y su obra. Es en esta época cuando San Juan de la Cruz, confesor de la Encarnación, fue encarcelado en Toledo. Enferma y

combatida en todos los frentes, la Santa compuso este libro, su obra maestra, en medio de una maravillosa serenidad de espíritu, sólo comprensible desde las alturas a que su alma había llegado.

Fundaciones

Calmada la tempestad, en 1579 pudo nuevamente visitar sus monasterios, y aún logra las fundaciones de Villanueva de la Jara, Palencia, Soria y Burgos en las postrimerías de su vida. Cada vez con más achaques y cansancios, pero siempre obedeciendo a quienes se lo mandaban, pudo en estos años añadir el relato de las últimas fundaciones logradas a lo que había ido escribiendo tiempo atrás sobre las anteriores en aquellos cuadernos que le había preparado la H. Isabel de Jesús, narraciones que dieron origen a otro libro célebre en la literatura teresiana, el de las Fundaciones, igualmente admirable por su riqueza espiritual y psicológica.

Otros escritos

No se agota la producción literaria de la Santa con estos grandes títulos. Sus poesías, sus cuentas de conciencia, sus reglas, máximas, avisos, exclamaciones, y sobre todo su maravilloso epistolario ofrecen también un caudal inagotable de pensamientos y observaciones que dejan admirado a todo lector que se acerca a ellos con reverencia o con simple curiosidad. El P. Efrén calcula que escribiría unas 15.000 cartas.

Su vida se apagó en Alba de Tormes un día 4 de octubre de 1582. Entre las últimas palabras que brotaron de sus labios, fueron éstas las más repetidas: «En fin, Señor, soy hija de la Iglesia» «Gracias te hago, Dios mío, Esposo de mi alma, porque me hiciste hija de tu Santa Iglesia católica». Decía también «que por la sangre de Jesucristo había de ser salva», y pedía a las monjas le ayudasen a salir del purgatorio. Fue beatificada en 1614, y canonizada por el Papa Gregorio XV en 1622, a los cuarenta de su muerte. En la Bula de la canonización se decía con hipérbole explicable que no falleció por la fuerza de la enfermedad, sino por el incendio irresistible del amor divino.

CAPÍTULO IV

EL VALOR DE SU DOCTRINA

Podríamos hacer la siguiente afirmación: los escritos de Santa Teresa, y con ellos su propia vida, ofrecen a los hombres una enseñanza tan ajustada a la revelación cristiana, y tan expresiva de las riquezas del orden sobrenatural, que sólo por este título merecería un puesto insigne en la Iglesia. Digo sus escritos y su propia vida a la vez, porque lo que hay de particular en la Santa es precisamente esto, que sus escritos son un puro reflejo de su vida. No es la suya una doctrina teológica elaborada en la soledad de sus meditaciones, que se coloca aparte como un fruto del trabajo personal.

Es toda su vida la que late allí, su pensamiento, su amor, su esperanza, su celo por la gloria de Dios. En otros Santos Doctores de la Iglesia hay más separación

entre las dos zonas, la del pensar y el vivir. En Santa Teresa, no, no puede haberla. Es toda ella la que se entrega en cada página que brota de su pluma. Lo que escribe es experiencia vital, decantación de su propio espíritu. Indudablemente estamos en presencia de uno de los casos más claros en toda la historia del cristianismo, de lo que la luz del Espíritu Santo hace sobre un alma fiel cuando vuelca sobre ella sus dones. La doctrina de Santa Teresa no puede explicarse sin una celestial y casi continua luz divina que busca a través de ella difundirse sobre la Iglesia en un momento en que ésta lo necesitaba. Este es su carisma.

A esta acción iluminadora de Dios ha precedido o acompañado por parte de ella un conjunto de actitudes y disposiciones, las cuales eliminan todo peligro de superficialidad, subjetivismo, o sentimentalismo religioso vacío. Me atrevería a enumerar las siguientes:

- 1º. Un talento natural grande, dotado de capacidad de discernimiento y fino análisis.
- 2º. Instrucción religiosa seria y esmerada. Leyó y meditó siempre libros de teología, de ascética, y moral, muy provechosos, a pesar de las continuas alusiones que hace a su carencia de letras.
- 3º. Una búsqueda sincera de la verdad, mediante la consulta repetida y humilde a hombres eminentes en ciencia teológica, sin contentarse nunca con los juicios apresurados o parciales de otros.
- 4º. Una fidelidad purísima a la Iglesia, a lo que hoy llamamos Magisterio jerárquico.

Sobre estas bases, como apoyo y sustento de su personalidad, viene después, desde el día en que decide entregarse totalmente a su Señor, a la vista de aquel «Cristo muy llagado» –sucedió esto en 1553–, el trabajo de perfeccionamiento interior, en que, además de una asistencia particular de Dios (favores místicos especialísimos), ella puso de su parte la lucha tenaz de cada día para ser mejor, llegando incluso al voto de hacer siempre lo más perfecto.

Este afán de crecimiento y de progreso, consubstancial a un verdadero cristiano, según vemos tan repetido en la teología de San Pablo, se centra en Santa Teresa sobre cuatro grandes ejes de su vida espiritual: la fe, el amor, la oración, y el deseo de cooperar al bien sobrenatural de las almas en la Iglesia de Cristo. Estas son, a mi juicio, las cuatro grandes fuerzas de su vida en cuya génesis y desarrollo hay que contar con esa secreta, pero insoslayable, acción del Espíritu Santo.

Lo demás que hay en ella, con ser tan rico y maravilloso, es paisaje interior o externo, ambientación o consecuencia, cualidades naturales o gracias actuales, síntesis concentrada o despliegue armonioso de su actuosidad y dinamismo al servicio del gran ideal. Incluyo en ese *lo demás*, su donaire y su espontaneidad, su gracia literaria inimitable, su entendimiento de los hombres, su fortaleza de carácter, su recato y su expansiva naturalidad, sus viajes y salidas, su trato con toda clase de personas, su comprensión y sus exigencias, su firmeza frente a los obstáculos terribles que hubo de superar o la dulce debilidad que manifiesta en otras ocasiones solicitando los apoyos que necesitaba. Hubiera sido lo mismo si en lugar de diecisiete conventos fuesen diez o cinco los que hubiera fundado;

lo mismo, si los favores místicos hubiesen sido abundantes o escasos; lo mismo, si su sagacidad natural hubiera sido mayor o menor.

En la Santa de Ávila, la fuerza interior, el secreto, la luz, el alma en una palabra, están en esa corriente de fe y de amor a Dios, de oración y de deseo del bien, que marcaron para siempre su vida y se aprecian tan singularmente en sus escritos.

A) La fe

Es la suya una fe limpia y robusta, hecha no de conceptos abstractos y referencias a unos principios aceptados y decorosamente mantenidos, como sucede en la inmensa mayoría de los cristianos, sino concreta, viva y operante. Los dogmas que la Iglesia profesa los acepta y los hace personalmente suyos; se fía de Dios sin titubeos ni vacilaciones; hace de Él el objeto único de su amistad, ella que tuvo siempre tantos amigos; encuentra en la vida de Cristo su camino verdadero; reza y se mortifica porque cree; traslada al terreno de su existencia diaria, hora tras hora, los estímulos y el contenido de su fe, y deja en el asombrado lector de sus escritos o analista de su vida una impresión de pasmo al contemplar cómo aquella mujer maneja ideas teológicas sobre la vida trinitaria de Dios, o incorpora a sí misma el contenido de la oración del «Paternóster», o traduce en la práctica las invitaciones de Cristo en el Evangelio a los que quieren ser sus discípulos.

La fe de, Santa Teresa es a la vez ortodoxia pura en la afirmación, adhesión firmísima de sus potencias, ternura y devoción en su piedad, asimilación en sus reflexiones silenciosas, exposición clara hasta lo inverosímil de lo que sucede en las cumbres más altas de esa fe, las de la unión mística. El teólogo estudia y explica el contenido de la fe; el misionero la predica y la propaga; el místico la vive en su más radical exigencia. Santa Teresa lo hace todo a la vez.

«Latina y castellana hasta lo íntimo de su ser, tenía una sensibilidad totalmente católica. Todo le agrada en la Iglesia. Ella, que goza casi a la continua de la visión intelectual de la Trinidad beatísima, tiene verdadera veneración por el agua bendita. Su incomparable libertad de espíritu no se encoge con la vida austerísima que en el Carmelo reformado se lleva. La más insignificante de las verdades católicas vale para ella más que la propia vida y renunciaría a todas las gracias tan sorprendentes que recibe si contradijeran a la más mínima letra de la Escritura Sagrada. *“Las herejías –decía– me apenan con frecuencia y cuando en ellas pienso, me parece que son la única desgracia digna de llorarse,” “¡En fin, Señor –decía contenta en su lecho de muerte– muero hija de la Iglesia!”* Tal vez en toda la historia de la Iglesia no se recuerde, después de San Ireneo, figura de más perfecto catolicismo que la de Teresa de Jesús. Lea sus obras quien quiera conocer el espíritu verdadero del catolicismo, pero aún puede hacer otra cosa mejor, ya que su familia no ha desaparecido, una conversación ante las rejas del Monasterio del Carmelo enseña, mejor que muchos libros alemanes, cuál es la *esencia del cristianismo.*»³

³ J. HUBY, *Christus*, Barcelona, 1929, 1062-1063.

B) Amor a Dios

Ya se comprende que una fe, vivida así, lleva inevitablemente al amor. Lleva a él y por él es alimentada sin cesar. Este es el caso de Santa Teresa. La pluma no encuentra palabras fácilmente para expresar las calidades tan altas que alcanzó en el alma de Santa Teresa el puro amor de Dios. Sentimos el peso de nuestra miseria y pequeñez frente a la grandeza de su espíritu enamorado de Dios, y un hondo respeto religioso se apodera de nosotros, tan débiles entre nuestras propias sombras y claudicaciones, al contemplar la luminosidad radiante del amor divino que en la Santa de Ávila fue vida de su vida.

Y una vez más se impone la observación, absolutamente justificada y tranquilizadora para el que examina este hecho con actitud crítica propicia a la desconfianza: el amor de Dios, en Santa Teresa, parte de bases muy reales, y se desarrolla lentamente, con la calma y la fuerza a la vez de los grandes procesos de la naturaleza. No temáis. Aunque los conceptos que expresa y el lenguaje utilizado adquieran el más subido tono de las elevaciones místicas, generalmente extrañas a nuestra condición torpe, Santa Teresa va labrando su corona de amor con joyas muy sólidas. Ama al Dios de su fe católica, y a Jesucristo su Hijo benditísimo; ama el valor de las almas redimidas al precio de su sangre, la hermosura de la gracia santificante, la inhabitación del Espíritu Santo en el corazón de los que creen; ama los sacramentos y los misterios revelados; ama en una palabra el plan divino de la creación y la redención del hombre por Cristo, que ya en este mundo, merced a la acción del Espíritu Santo, anticipa en el interior de las almas algo de las secretas alegrías del cielo.

Vivió el amor de Dios ya desde niña y en plena juventud y en sus primeros años de vida religiosa. Gradualmente se hizo ese amor cada vez más acendrado y más puro, hasta que, maduras ya su existencia y su personalidad femenina, tan ricamente dotada, fiel siempre a las operaciones de la gracia, orientó todas sus facultades y potencias hacia la verdad de Dios, la hermosura de Dios, la paz y la felicidad de Dios, el secreto de Dios. Pero ni un paso falso, ni una concesión, por leve que fuese, a contentamientos puramente sentimentales y pseudo-místicos. Su amor es operativo y sereno, afanoso y buscador de las más finas fidelidades, siempre guiado por el pensamiento y la meditación, y orientado hacia las zonas tranquilas de la voluntad templada que opera libremente, responsablemente, queriendo dar más a quien tanto ha dado a ella, procurando servir a Su Majestad, a la Iglesia, a los defensores de ella, a sus hijas del Carmen, a la sociedad cristiana española, todo lo cual lo ve en el marco de la grandeza de Dios y de su obra.

Su lenguaje es el de la mística, pero en él no hay melindres ni dulzonas evasiones; hay naturalidad y valentía en las imágenes y metáforas, hay vigor y espontaneidad, colorido y vibración. A medida que asciende, sin perder nunca de vista el punto de origen de su realismo sereno, su alma es como un fuego que ha de atravesar las capas de la atmósfera y va haciéndose cada vez más delgado y sutil. Pero es el mismo fuego que nace y tiene su hoguera en el plano humilde y real de su fe y su fidelidad a la santa voluntad de Dios, que empieza a manifestarse con los mandamientos de su ley, y se abre progresivamente en invitaciones cada vez más apremiantes a conocer y gozar de su intimidad, ya en este mundo.

C) La oración

Y llegamos a lo más característico en la vida de Santa Teresa: su oración. La fe y el amor que nutrieron su vida espiritual no habrían alcanzado en ella un tal grado de expresión sin la oración, que fue como la respiración de su alma. Este es su honor y su grandeza de luchadora de la vida interior, si vale hablar así. Gracias a ella, aunque no a ella sola ciertamente, nos es dado comprobar hasta dónde un discípulo de Cristo puede ser fiel a su Maestro en el ejemplo de oración que Él nos dio y en su apremiante llamada a mantener la comunicación con el Padre. Los capítulos 14 al 17 del Evangelio de San Juan no son inteligibles si no es partiendo de la realidad que allí aparece proclamada, y, mejor aún, supuesta, vivida, señalada para siempre como algo sublime a lo que hay que aspirar, la unión con Jesucristo, con el Padre, con el Espíritu Santo. Unión por la voluntad, por el pensamiento, por el amor, por la cruz, por todo lo que en el cristiano es vida, libertad y posibilidad de destino eterno. Esa unión es la oración en todo su despliegue vital. Y así vivió la oración Santa Teresa.

Siempre me ha parecido mezquino y pobre el intento de presentar a Santa Teresa como maestra de un método de oración determinado, como si se tratara de meter la tela de un cuadro dentro de un marco y dejarla allí bien claveteada y fija. Hay algo más que un método en Santa Teresa. Hay toda una vida que asciende y crece en unión con Dios, en una labor de finísima continuidad y de dulce y terrible esfuerzo. Dulce y terrible a la vez. Cuanto más busca, más halla. ¡Qué gozo en lo que halla! ¡Pero qué sobrecogedor desasimiento cuando busca! Ella ora para conocer mejor a Dios; para amarle más, para darse sin cesar, para obrar y actuar. Ella une la contemplación y la acción. ¡Pero qué acción tan limpia y tan pura, tan desvelada y exigente a la vez, para con su persona y su carácter! ¿Cómo es posible que hiciera lo que hizo, si no hubiera sido por esa oración a la que llegó y en la que se mantuvo siempre, sin querer otra cosa en todo y por todo que cumplir la voluntad de Dios?

Santa Teresa creyó de verdad en la oración. La entendió como necesidad de su alma, como obsequio al Dios a quien amaba, como fuerza para purificar sus intenciones y propósitos, como remedio y consuelo en su soledad y su pobreza, como fuente de alegría en sus sufrimientos. Y mucho más aún, como plenitud de verdad en cuanto se puede alcanzar en este mando. El lenguaje que emplea en las Moradas, en el Libro de los Cantares, en sus cuentas de conciencia, es lo de menos. Lo importante y lo serio es ver con qué extremo de sinceridad y de verdad ha llegado a entender y vivir que sólo hay dos realidades: el Creador y lo creado, y que todo lo creado es pobre y miserable en comparación con el Señor, que todo debe dejarse a un lado para tratar con Él, porque no puede haber duda en la elección. Oración es el camino para llegar, y por eso escribiré aquellas impresionantes palabras a sus hijas exhortándolas a tomar

«una grande y muy determinada determinación de no parar hasta llegar a ella, venga lo que viniere, suceda lo que sucediere, trabaje lo que se trabajare, murmure quien murmurare, siquiera llegue allá, siquiera me muera en el camino o no tenga corazón para los trabajos que hay en él, siquiera se hunda el mundo; como muchas veces acaece con decir: “hay peligros”, “fulana por aquí se perdió”, “el otro se engañó”, “el otro que rezaba cayó”, “dañan la virtud”, “no es para

mujeres, que les vienen ilusiones”, “mejor será que hilen”, “no han menester esas delicadeces”, “basta el Paternóster y Avemaría”.»⁴

Y nada debe Santa Teresa al movimiento llamado «Renacimiento», y nada debe a la llamada «Reforma». Si uno quiere comprenderla, hay que ver en ella un fruto directo de la práctica de la oración, tal como la Edad Media agonizante la había descubierto, analizado, sistematizado, erigido en doctrina y en método de reforma personal y de santificación. Su vida entera no fue más que un desarrollo del espíritu de oración, y un ejemplo de encadenamiento de las gracias que Dios prepara y cuida para las almas de fe y de amor decididas a dejarse conducir por Él según su beneplácito.

Los acontecimientos principales de su vida son los pasos de su alma de un estado de oración a otro estado superior. Su genio literario penetra, comprende, fija, describe psicológicamente por primera vez, los estados místicos extraordinarios engendrados en ella misma por el ejercicio de la oración, bajo el influjo de la gracia divina. Ella fue la exploradora maravillosa de un mundo casi desconocido antes de su tiempo. Ella pudo muy bien decir: «Recibir de Dios es una primera gracia; saber en qué consiste es una segunda; y es una tercera, poder darse cuenta de ella y explicarla». Ahora bien, Teresa tuvo en grado excelente estas tres bendiciones divinas: recibir, comprender y explicar. Su vida y sus obras resumen y coronan admirablemente la historia de la España mística, reformadora y misionera, en tiempos del Concilio de Trento.»⁵

D) Deseo de hacer el bien

Vivísimo, acuciante, generoso deseo de hacer el bien, de servir, de ayudar a las almas, de contribuir a la renovación de la Iglesia, buscando una mayor perfección en la vida religiosa, e indirectamente en la vida católica de la sociedad española.

«Recorrería cuantas veces fuese necesario, en carro, a pie, en jamuga, los polvorientos caminos de Castilla en el verano, enfangados de barro y nieve en el invierno, y se abrasaría en julio bajo los soles andaluces para ganar almas vírgenes y doncellas virtuosas con que llenar sus atalayas.»⁶

Sin duda es este aspecto el que puede presentarse en la vida de Santa Teresa como respuesta que ella da a la llamada del Concilio de Trento. El eco que iba llegando del movimiento protestante; el trato frecuente con obispos, teólogos y superiores religiosos; y la propia palpitación político-religiosa de la España de Felipe II facilitaron lo que por sí misma se sentía inclinada a hacer: ayudar al perfeccionamiento de la vida cristiana en los demás.

La que estaba tan hecha para amar encontró, dichosamente para ella y para los demás, los caminos por donde el amor podía volcarse sin riesgo de verse empañado: los de la defensa, propagación y purificación de la fe y la virtud sacrificándose por todos. Las obras de Santa Teresa están literalmente sembradas de exclamaciones y conceptos, de anhelos y casi gritos, llenos, eso

⁴ *Camino de perfección*, 35, 2: BAC 120, 170.

⁵ L. CRISTIANI, *L'Eglise a l'époque du Concile de Trento*, vol. 17 de FLICHE-MARTIN, *Histoire de l'Eglise*, 453-454.

⁶ Cf. ENRIQUE J. PARDO, *Estudios Teresianos*, 1964.

sí, de serenidad y equilibrio, por los que se escapa su inmenso afán de hacer el bien al prójimo. ¡Con qué claridad se ve en Santa Teresa la unión íntima que existe entre vida interior y apostolado!, y ¡qué fecundidad tan prodigiosa la suya en la vida de la Iglesia de su tiempo y del nuestro! Millones de almas de todos los pueblos y de todas las lenguas se han hecho mejores, y al mejorar ellas han hecho mejor al mundo, influidas por la lectura de las obras y el conocimiento de la vida de Santa Teresa de Ávila. Magnífico premio para aquella «intrépida hija del deseo», como la llamó el poeta protestante inglés Ricardo Crashan, convertido al catolicismo al leer sus libros.

He aquí, entre mil, un párrafo de sus escritos, no de los más conocidos, en que se oye vibrar el puro y ardiente amor a las almas que Santa Teresa sentía:

«¡Oh, amor poderoso de Dios, cuán diferentes son tus efectos del amor del mundo! Este no quiere compañía, por parecerle que le han de quitar de lo que posee; el de mi Dios, mientras más amadores entiende que hay, más crece, y así sus gozos se templan en ver que no gozan todos de aquel bien. ¡Oh, bien mío!, que esto hace, que en los mayores regalos y contentos que se tienen con Vos, lastime la memoria de los muchos que hay que no quieren estos contentos y de los que para siempre los han de perder; y así el alma busca medios para buscar compañía, y de buena gana deja su gozo cuando piensa será alguna parte para que otros le procuren gozar.

Mas, Padre celestial mío, ¿no valdría más dejar estos deseos para cuando esté el alma con menos regalos vuestros y ahora emplearse toda en gozaros? ¡Oh, Jesús mío!, cuán grande es el amor que tenéis a los hijos de los hombres, que el mayor servicio que se os puede hacer es dejaros a Vos por su amor y ganancia, y entonces sois poseído más enteramente; porque, aunque no se satisface tanto en gozar la voluntad, el alma se goza de que os contenta a Vos, y ve que los gozos de la tierra son inciertos, aunque parezcan dados de Vos, mientras vivimos en esta mortalidad, si no van acompañados con el amor del prójimo. Quien no le amare, no os ama. Señor mío; pues con tanta sangre vemos mostrado el amor tan grande que tenéis a los hijos de Adán»⁷.

CAPITULO V

¿POR QUÉ DOCTORA DE LA IGLESIA?

Las reflexiones anteriores me facilitan la respuesta a la pregunta, objeto principal de esta instrucción pastoral. Si una de las condiciones requeridas para que la Iglesia declare a alguien Doctor de la Iglesia es la de que posea y enseñe doctrina eminente, se comprende que lo haga con Santa Teresa de Jesús.

En realidad, siempre ha sido considerada así, y a los especialistas en temas teresianos les resulta fácil ofrecernos abundante documentación que demuestra el consenso unánime con que, a lo largo de los siglos, la Santa de Ávila ha sido estimada como la Doctora Mística de la Iglesia. «Por un privilegio único, –afirmó el Cardenal Billot– aunque San Pablo haya dicho: callen las mujeres en la Iglesia,

⁷ *Exclamaciones*, 2: BAC 120, 640.

la Virgen de Ávila posee la aureola de los doctores»⁸. «Nadie ha hablado nunca, –escribía Mourret– con tanta profundidad y seguridad de doctrina de las maravillas de la vida divina, cuya existencia acababa de negar audazmente el protestantismo»⁹.

«San Pío X, con fecha 7 de marzo de 1914, había escrito: “Fue tan a propósito esta mujer para la formación cristiana, que en poco o en nada cede a los Padres y Doctores de la Iglesia”. A continuación, reconocía “cuán justamente suele conceder la Iglesia a esta virgen los honores que reserva a sus Doctores, impetrando en el oficio litúrgico que Dios la alimente con el celestial manjar de su doctrina”. Y ya en los días conciliares Pablo VI, con fecha 10 de septiembre de 1965, la proclamaba oficialmente “lumen Hispanie et universae Ecclesiae” “porque con el fulgor indefectible de su vida y de sus libros, se yergue como Maestra preclarísima”»¹⁰.

Así pues, dejando para los especialistas el estudio técnico que a ellos corresponde, señalo, más bien desde un punto de vista pastoral, las siguientes razones que justifican su Doctorado hoy, todas ellas de evidente importancia.

1º. Enseña la doctrina de la unión con Dios

¿No es ésta la más excelsa y elevada teología? Entre el teólogo que discurre, apoyado en los datos de la Revelación y con la ayuda del Magisterio de la Iglesia, sobre la vida, el ser y las perfecciones de Dios, y el místico que habla, porque lo vive, de la unión efectiva del alma con su Creador y Padre, hay la misma diferencia que entre el que escribe un tratado de alpinismo sin haber escalado una montaña, y el que habiendo llegado a la cumbre después de haber abierto el sendero, se sitúa en cada uno de los puntos del camino dando su mano para ayudar en la ascensión y diciendo a todos: ¡Venid, estad seguros, ésta es la senda que hay que recorrer! En los escritos de Santa Teresa alienta continuamente la más sólida tradición de lo que Jesucristo y su Iglesia han enseñado sobre el destino del hombre, sobre la perfección cristiana de los discípulos del Evangelio, sobre la grandeza y el amor de Dios, sobre la vida de las almas consagradas, sobre la oración como medio para el conocimiento y el amor, sobre la docilidad a las inspiraciones incesantes del Espíritu Santo.

Más en concreto: la doctrina de Santa Teresa no sólo acerca al hombre a Dios, sino aproxima a Dios al hombre mediante los conceptos, vivencias experimentadas por ella, relaciones espontáneas de lo que Dios obró en su alma, con tal sencillez e intensidad, que nos hace entender, mejor que nadie, la realidad de un Dios que es nuestro Padre y Hermano, compendio de todas las enseñanzas del Evangelio.

Más aún: la doctrina de Santa Teresa alecciona y enseña, de modo eminente y singularísimo, sobre lo que es la vida sobrenatural en este mundo, el Reino de Dios, la perla escondida, el íntimo secreto que sólo Jesucristo desveló y que está

⁸ CARD. BILLOT, *Nel terzo centenario de la Beatificazione di Santa Teresa di Gesù*, 20.

⁹ MOURRET, *Historia de la Iglesia*, vol. II, 694.

¹⁰ Cf. *Ecclesia*, n. 1501, artículo del P. Efrén de la Madre de Dios, 26.

ahí, siempre esperando los ojos iluminados de los que sepan descubrirle para que nos hablen de Él a los demás y nos lo hagan amar.

Todavía más: la doctrina de Santa Teresa es tan limpia, tan profunda, tan celestial, tan justa y exacta, que ayuda como pocas a creer en el cielo, en la vida eterna, en la armonía del plan creador de Dios, y mueve a amar la virtud y a aborrecer el pecado, engendra deseos vivos y eficaces de santidad, alimenta la llama de la esperanza y la paz, difunde la alegría de vivir y aun de morir, da seguridad y sentido a ese enorme y desconcertante misterio que es la persona humana realizándose en la tierra.

Y algo más todavía: la doctrina de Santa Teresa (sus libros, sus cartas, sus otros escritos), con ser tan celestial y elevada, enseña a hacer la gran síntesis, la del amor a Dios y el amor a los hombres, y el mundo en que a cada uno le toca vivir; el amor a la soledad y el silencio, y el amor a la Iglesia militante y comprometida; el amor a la más alta perfección y la atención a las pequeñas realidades de la vida.

2°. Influencia universal

Esta doctrina de la Santa de Ávila, como si estuviese destinada por Dios a tal fin, no quedó encerrada en sí misma, ni sólo para examen de los estudiosos, ni siquiera recluida en los ambientes de las familias religiosas carmelitanas. Ha sido en todo momento popular, abierta a todos, meditada y saboreada por el gran pueblo de Dios compuesto por sacerdotes y religiosos y seglares. Si observamos el catálogo de los Doctores de la Iglesia, creo poder afirmar que San Agustín, San Francisco de Sales y Santa Teresa han sido los más leídos y que, si de los tres alguien lleva ventaja, es precisamente ella.

Las obras de Santa Teresa han sido y son lectura preferida de papas, obispos, intelectuales creyentes y aun incrédulos, sacerdotes, estudiantes, hombres y mujeres de su casa, madres de familia, muchachos y muchachas jóvenes, gentes en fin de toda condición, lo mismo católicos que protestantes y aun de otros credos y religiones no cristianas. Curioso éxito el suyo, éste de hallar tan magnífica audiencia en quienes nada tienen en común con el catolicismo, ¡ella que tan genuinamente católica se profesó siempre! El secreto del mismo está no sólo en su genio literario inimitable, sino en la fresca y caudalosa vitalidad de su fe y su amor que se comunican y contagian. Leyéndola, apenas hay quien no advierta dentro de sí mismo la nostalgia del paraíso perdido, el anhelo de ese mundo, real aunque lejano para tantos de nosotros, tan bello sin embargo que se desea irresistiblemente poseer, el mundo de la verdad de Dios hacia la cual caminamos.

Y hay en ella algo muy particular, que yo me atrevería a llamar *la seriedad de las madres*. Porque ni en su estilo ni en el contenido de sus escritos permite el entretenimiento evasivo y vano. Con Santa Teresa no se puede jugar. ¡Qué exigente es en medio de su indefinible, humana y maternal aproximación! Nadie crea que puede contentarse con poco en su purificación personal, si verdaderamente quiere seguir los caminos que señala Santa Teresa. Sus escritos son como un incendio cuyas llamas se propagan cada vez más. Según narra o describe, aparecen exclamaciones, advertencias, avisos, precisiones

minuciosas, soliloquios impetuosos, todo lo cual mueve y arrastra, abrasa, impide el descanso, inquieta la conciencia y hace querer más. Como el ángel al profeta Elías, la voz de Santa Teresa dice siempre: todavía te queda un largo camino que recorrer. Y ella aparece yendo delante siempre, siempre, y ayudando, invitando dulcemente. La dulzura es para invitar y ayudar, pero el tirón de su mano es fuerte y sin contemplaciones. Ella sabe que para escalar alturas no hay que andar con melindres. Es una madre dulce y fuerte.

Es imposible calcular la influencia que Santa Teresa ha ejercido. Mas si pensamos en los millones de ejemplares que se han editado de sus libros¹¹, en los ejemplos de vida y santidad que han ofrecido al mundo los frailes y monjas carmelitas que la veneran como Madre, y no sólo los del Carmelo, sino todas las demás familias religiosas teresianas, y en el respeto y devoción con que teólogos insignes, desde los que ella trató en vida hasta nuestros mismos días, y prelados y superiores de órdenes religiosas, y apóstoles seculares, han leído y siguen leyendo sus escritos, nos quedaremos asombrados. Santa Teresa ha sido y es maestra de incontables discípulos en la Iglesia de Dios.

3°. Actualidad

He aquí otro aspecto insoslayable al tratar de examinar las razones de la oportunidad de la proclamación de su Doctorado en la Iglesia: la actualidad de su magisterio y de su temple de vida. ¡Está la Iglesia tan necesitada de silencio y de paz para el trato de sus hijos con Dios nuestro Señor! ¡Tan necesitada de fe y de amor, de oración y de deseo de hacer el bien sobrenatural a las almas! ¡Incluso en los conventos y monasterios, cuánto ruido y cuánta vana agitación! La época del Concilio de Trento quedó atrás, con sus luchas y sus glorias, con sus dramas religiosos también; pero surgieron almas como la de Santa Teresa que inyectaron en la sangre de la sociedad de entonces la alegría de la interioridad y de la fe, mil veces superior a todas las conquistas. Hoy tenemos delante de nosotros la época del Concilio Vaticano II.

¿Se encontrarán ya en algún lugar de la geografía del Cuerpo Místico los que estén llamados a la misma grandiosa tarea, tal como la Iglesia de hoy lo necesita? Y si existen, ¿será posible que cumplan su misión sin enlazar sus manos y juntar sus deseos con las manos y el deseo de la Santa de Ávila, y otros como ella, que tan eficazmente sirvieron al Señor?

Porque no habrá reforma que valga un ochavo en la Iglesia ni se alcanzará esa tan necesaria presencia del sentido cristiano de la vida en el mundo de las realidades temporales, si nos olvidamos de la oración, de las hondas intimidades de la fe, del destino eterno del hombre, de la cruz de Jesús, de su muerte y resurrección, de su ascensión al cielo en donde Él nos espera.

Suele decirse que Santa Teresa fue también inconformista con su época y que su grandeza consiste precisamente en haberse entregado con valentía y sinceridad a una dura tarea de reforma. Desde luego que sí. Pero lo hizo con caridad y sin faltar a la obediencia; exigiéndose a sí misma la primera un nivel

¹¹ Hasta nuestros días han sido 21 las traducciones a diferentes lenguas y en total gozan de unas mil doscientas ediciones, ya de obras completas, ya de obras parciales y florilegios. Cfr. el artículo citado en la nota anterior.

extraordinario en todas las virtudes; amando hasta lo indecible a la Iglesia de Cristo; soportando con humildad y alegría interior todas las contradicciones; viviendo en suma pobreza sin alardear de ella; mortificándose en su cuerpo y en su alma con toda clase de penitencias aceptadas y buscadas. Todo lo cual no fue obstáculo para su comprensión y trato de los hombres, para su valoración de las diversas misiones que cada uno ha de cumplir, para su simpatía y atención a las distintas realidades humanas de la vida.

Inconformistas y reformadores de este tipo los necesita la Iglesia siempre, también hoy. Por eso puede ser actualísimo el Doctorado de la Santa. El hecho de la proclamación solemne por el Vicario de Cristo en la tierra, y la posterior aparición de reflexiones, comentarios y estudios que esperamos surjan en todas partes, si es que no se ha perdido en la Iglesia la capacidad de meditar, puede contribuir, en primer lugar en las órdenes y congregaciones religiosas, a que se orienten bien los esfuerzos para fomentar la vida interior de sus miembros, libres de toda alucinadora y alienante deformación de las enseñanzas del Vaticano II, que podría pulverizar lo que en su vida hay de consagración a Dios con el pretexto de vivir la consagración al hombre.

Séame permitido recomendar aquí la lectura de un libro escrito por una religiosa francesa, recientemente traducido al castellano, titulado *En espíritu y verdad con Teresa de Ávila*. Es un buen «test» para quienes hablan del Concilio y las reformas en la vida religiosa, y vale no solamente para las de vida contemplativa.

Particularmente las Ordenes religiosas del Carmelo –de hombres y mujeres– tienen ahora una oportunidad, la de convertirse en instrumento eficaz para la reforma de la vida de la Iglesia, difundiendo y haciendo vivir, con todas sus fuerzas, las enseñanzas de Santa Teresa. Piensen sobre todo los religiosos carmelitas jóvenes que pueden rendir un servicio incalculable a la Iglesia de hoy si, dejando a un lado tanta literatura religiosa averiada y facilona, se unen serie y eficazmente, con el ejemplo de su oración y con el esfuerzo de su magisterio y enseñanza, para recordarnos a todos los que vivimos en la Iglesia de nuestros días lo que Santa Teresa les dejó como herencia preciosa. Si alguien creyere que Santa Teresa ha dejado de ser actual, cometería una trágica equivocación para sí mismo y para su propia orden religiosa. También para la Iglesia. Cuando se habla tanto, y a veces tan abusivamente de los signos de los tiempos, vale la pena pensar que un signo refulgente y vivo es el hecho de que el Papa proclame a Santa Teresa Doctora de la Iglesia para nuestro tiempo y para nuestra Iglesia.

Leo en la Carta Pastoral que el Preósito General de los Carmelitas Descalzos dirigió a sus religiosos en 1968, con motivo del cuarto centenario de la Reforma las siguientes palabras:

«*Ser testigos*: ¿Qué significa esta expresión? En nuestro caso, se trata de la transmisión del mensaje cristiano y carmelitano; transmisión que debe llevarse a cabo con el ejemplo, la predicación, las palabras, con nuestro modo de vivir; con todo aquello que constituye nuestro ser carmelitano-teresiano en la Iglesia. Sin embargo, para dar testimonio de nuestro auténtico ser carmelitano-teresiano, no basta la observancia externa de una cierta forma definida de vida, como no es suficiente seguir nuestro estilo de vida simplemente, cual si de un arte u oficio se tratara. Es del todo imprescindible penetrar lo más íntimamente posible en el secreto del

carisma comunicado a Santa Teresa por el Espíritu Santo; convencernos de la perenne validez del mensaje eclesial y convertir nuestra vida en una nueva encarnación de aquella vida que Santa Teresa misma quiso que se instaurase entre sus hijos, adaptándola a las actuales circunstancias del mundo y de la Iglesia»¹².

También los obispos y sacerdotes diocesanos podemos encontrar en Santa Teresa y en sus escritos un auxilio sumamente oportuno en esta hora: el amor a la Iglesia sin desfallecimiento, a pesar de tan amargas pruebas; el discernimiento entre lo que viene de Dios como regalo del Espíritu Santo, y lo que es veleidad de las almas frívolas fascinadas por falsas teologías; la decisión firme de proclamar los verdaderos caminos del Evangelio, inexistentes sin la oración ni el sacrificio, y defender a nuestra grey de los peligros que la amenazan.

Y unos y otros, religiosos, sacerdotes y seglares podemos encontrar en las obras escritas de Santa Teresa, si las leemos y meditamos con amor y con fe, algo que se ha perdido en la época posconciliar: la alegría de sabernos hijos de Dios, el encanto de lo sencillo y profundo a la vez en la vida religiosa cristiana, el gozo de la afirmación frente a tanta crítica demoledora y destructiva. Santa Teresa, sin pretender hacer apologética, disipa dudas y oscuridades, y va dejando en el alma la suave convicción de que merece la pena esforzarse por avanzar en la vida del espíritu, en medio de este tosco y bárbaro materialismo que nos inunda, tan viejo y decadente a pesar de sus modernidades de expresión. Como quien descubre otra vez los manantiales puros y las fuentes cristalinas entre los riscos montañosos, podremos ver y aprender en los libros de Santa Teresa, incluso con la sorpresa feliz de quien había olvidado que tenía en casa tan ricos tesoros, lo que vale la experiencia vital del trato con Dios, la religión personalizada pero no personalista, y todo eso que hoy tanto se invoca por unos y por otros: sinceridad, autenticidad, espontaneidad serena y –¡oh palabras mágicas pero tan maltratadas!– la verdadera libertad de los hijos de Dios.

¿Será acaso ésta la razón de que cada día aumente más entre los protestantes de las grandes confesiones históricas la devoción a Santa Teresa y la estima y el estudio de sus obras? A los monasterios de la Encarnación y de San José de Ávila y al de Alba de Tormes donde se guarda su sepulcro, llegan con frecuencia cartas y visitas, no sólo de hijos de la Iglesia Católica, sino de personas y aun grupos de cristianos no católicos, literalmente ansiosos de conocer aspectos reales y concretos de la vida de Santa Teresa y de sus hijas las Carmelitas. Es decir, que hasta por razones de ecumenismo tiene actualidad el doctorado de la Santa de Ávila. De un ecumenismo silencioso y humilde, hecho de oración y anhelo común de encontrarnos juntos en el abrazo de un Dios cuyo amor supera las diferencias. Sólo avanzando por aquí, llegará un día en que desaparezcan también las otras barreras: las del pensamiento dogmático y las que ha creado la historia.

¹² P. MIGUEL ÁNGEL DE SAN JOSÉ, Roma, 1967.

4°. Valoración de sus escritos dentro de la teología espiritual y característica de su espiritualidad

Por último, a modo de resumen, si es posible hacerlo, del contenido de sus enseñanzas más singulares, ofrezco el juicio que hace, sintetizándolo, un teresianista insigne:

«Sin haberse dedicado propiamente a los estudios, Teresa gozaba dedicándose a la lectura; por ello se adentró en muchísimos libros de carácter espiritual que agudizaron su gran inteligencia y enriquecieron su concepto de la vida interior, expuesta después por ella en sus obras místicas.

Sus dotes de escritora no se limitan a este campo; en su extensísimo epistolario toca los temas más variados con narraciones briosas y sugestivas descripciones de sus fundaciones. Sus escritos místicos requieren una atención muy singular, porque brindan una contribución notabilísima y de primerísima importancia para el progreso de la ciencia espiritual.

Más que propiamente doctrinal y teológica, la mística de Teresa es descriptiva; se refiere a la experiencia de las almas contemplativas y, especialmente, a la sombra del anonimato, a la suya personal, sobre la cual se apoya efectivamente toda su exposición.

Mas Teresa supo encuadrar tan perfectamente las gracias contemplativas y místicas en el conjunto de la vida espiritual e indicar tan claramente su relación con los otros elementos de la vida interior, que el conjunto de su enseñanza constituye un verdadero cuerpo de doctrina de la vida contemplativa y sirve de óptima guía para todas las almas de vida espiritual.

Sus puntos más sobresalientes pueden resumirse en cinco:

1. Concepto de perfección. - Teresa no confunde la perfección cristiana con las gracias contemplativas: la idea que tiene de esto es clara y constante: “Está claro que la suma perfección no consiste en dulzuras espirituales, ni en grandes raptos ni visiones, ni en el espíritu de profecía, sino en el tener nuestra voluntad tan conforme con la de Dios, que no haya cosa que entendamos que Él desea, que no la queramos con toda nuestra voluntad, y no aceptemos con la misma alegría lo dulce y lo amargo, una vez sabido que lo quiere Su Majestad.” (*Fundaciones*, 5, 10).
2. Gracias contemplativas. - Sin embargo, Teresa estima grandemente las gracias contemplativas y cree que a esta “fuente de agua viva” Dios, en cierto modo, invita a todos, aunque no todos debamos beber de la fuente con la misma abundancia. Cree que Dios concede voluntariamente esas gracias a las almas que se preparan para ellas con una vida de continua oración y generosa donación y que éstas son un verdadero atajo para llegar más rápidamente a la santidad. Por esto son verdaderamente deseables; pero siendo dones divinos que Dios concede “a quien quiere y cuando quiere”, no podemos fomentar ningún pretexto para alcanzarlos por nosotros mismos. Además, conviene distinguir de la contemplación las gracias extraordinarias: visiones y locuciones sobrenaturales, que

muchas veces son engaños, y que no se pueden desear porque sería como abrir la puerta a ilusiones extravagantes.

3. Ascesis contemplativa. - Existe, por consiguiente, una forma de ascesis que prepara al alma a recibir de Dios las gracias contemplativas, una ascesis que se practica en los monasterios carmelitanos descalzos fundados por Teresa. Y la Santa afirma que, de ordinario, la mayor parte de sus hijas conseguían efectivamente tales gracias contemplativas. Esta ascesis, descrita en el Camino de Perfección, consiste fundamentalmente en la práctica heroica de varias virtudes que operan en el alma en desasimiento completo de las creaturas, y en el ejercicio activo de una intensa oración mental, cuya evolución progresiva Teresa expone magistralmente.
4. Contemplación infusa. - En su “Castillo interior”, desde la “cuarta morada” en adelante, Teresa describe las varias formas de contemplación infusa caracterizadas según el grado de pasividad del alma que recibe el don de Dios: unas veces de manera que no suprime toda la cooperación personal (oración semi-pasiva, tipo oración de quietud); otras, de manera que absorbe totalmente el alma de modo que no queda lugar alguno para su actividad personal: el alma, empero, opera porque conoce y ama (oración de unión, totalmente pasiva).
Cada uno de estos tipos de oración tiene muchas variantes. Las más importantes son la de la oración unitiva, que puede ser simple unión (quinta morada) o convertirse en éxtasis por la fuerza de la acción de Dios, la profunda manifestación del objeto divino (sexta morada), o bien toma una forma en cierto modo permanente, aunque la unión experimental con Dios no presente siempre la misma intensidad (séptima morada).
En el esquema teresiano de las gracias místicas, las “verdaderas” visiones aparecen sólo en la sexta morada (éxtasis) y las “imaginativas” tienden a desaparecer en la séptima morada.
5. Mística cristológica. - Teresa tuvo un sentido profundo de la función mediadora de Cristo aun en toda la vida mística. No sólo no quiso admitir jamás que fuera oportuno alejar el recuerdo de la Humanidad de Cristo en el desarrollo de la contemplación, sino que recomendó positivamente al alma dedicada a la oración el cultivo del contacto con Aquél que en el mundo de las gracias místicas es el camino que conduce al Padre. Ella fue siempre Teresa “de Jesús”¹³.

CAPITULO VI

SANTA TERESA Y LA MUJER DE HOY

La proclamación del Doctorado de Santa Teresa se presenta además llena de actualidad por otro motivo: el de que sea una mujer la que recibe este título glorioso. Es ésta la primera vez que sucede algo semejante en la Iglesia, donde las mujeres, por razones históricas comprensibles, han tenido escasa audiencia a pesar de que precisamente a ellas les deba tanto en el ejercicio de su ministerio

¹³ Extraído del artículo *Teresi di Gesù*, publicado por el P. GABRIELE DI S. MARIA MADDALENA, en la «Enciclopedia Cattolica», XI (1953) 1992-1996.

de amor y salvación. El otro campo, el del magisterio, parecía reservado exclusivamente a los hombres.

Pablo VI, el gran Papa del Concilio Vaticano II, se sentirá dichoso de poder reconocer méritos objetivos en una mujer santa, más que para reparar injusticias, como algunos se atreverán a decir con ligereza, para ofrecer, siguiendo el ritmo y la evolución de los tiempos, una imagen cada vez más completa de lo que es la Iglesia en la plenitud de su expresión. Él ha sido quien hizo posible una significativa presencia de la mujer en el Concilio Vaticano II. Y a él corresponde la gloria de uno de los mejores discursos que se han pronunciado en la historia de la Religión cristiana sobre María, Madre de la Iglesia. Ahora él es también quien ha tenido esta feliz iniciativa, que sólo en el transcurso del tiempo podrá ser suficientemente valorada.

Santa Teresa, Doctora de la Iglesia, significa que, en este mundo de hoy en que la mujer ejerce tan poderosa influencia, faltaba una presencia femenina de más alto rango: la que brota de las enseñanzas que una mujer puede brindar en nuestros días sobre lo que vale el conocimiento y trato de Dios, no sólo como motivo de supremo amor, sino como raíz de humanidad y de serena grandeza en las dimensiones de la existencia terrestre. Porque resulta que Santa Teresa, con sus escritos y con su vida, es también un tipo de mujer incomparable. Y aquí sí que hemos de reconocer que la peculiaridad de su magisterio se debe en gran parte a su condición femenina. Por lo que sería un grave error si, para exaltar su enseñanza y la justeza y profundidad de sus conceptos, se dijese que parece tener la ciencia de un hombre. Es precisamente por ser mujer por lo que Santa Teresa es como es, y por lo que sus escritos tienen un sello propio.

«Mujer, Teresa lo es en primer lugar en la forma, en esa frase algo precipitada que quiere decirlo todo, donde la idea principal va acompañada por tantos incidentes que tiene que permanecer en suspenso. Lo es también en el tono conciso, cortante y voluntarioso que adopta, a veces, cuando se siente contradicha en discusiones de ideas. Nerviosa, de una imaginación extremadamente móvil y muy despierta, antes de haber llegado al pleno dominio de sí misma, Teresa debió hablar con desparpajo. Sus pobres palabras sucumben bajo el peso que ella quiere hacerles llevar. Pero, como bien decía, su manera de hablar era agradable. Lo sigue siendo a pesar de que los labios de esta mujer cautivadora estén cerrados para siempre.

Mujer aún, Teresa lo es en la misma estructura de sus ideas. Toma menos el objeto de su pensamiento en la esencia abstracta y sintética que bajo la yuxtaposición de los detalles concretos. Pues no tiene ninguna cultura filosófica. Es, bien considerado todo, una mujer ignorante que ningún sistema solicita en un sentido determinado. Dice lo que sabe, muy simplemente. Siente una gran preocupación por la exactitud, pues su inteligencia es positiva. Busca la precisión y algunas veces se muestra en ello escrupulosa. Salvo en materia de fechas. Armándose un lío con ellas, desvía a sus biógrafos por sus cronologías erróneas. En efecto, para ella sólo importa el hecho.

A medida que su inteligencia se desprende de la vida puramente emotiva, su extremada sensibilidad sensorial se ve reemplazada por un don

extraordinario de lucidez psíquica. Esta inteligencia de mujer es de una asombrosa finura de penetración. Instintivamente penetra el menor gesto del alma humana. Unida a su preocupación por la exactitud, esta penetración le dará un pensamiento tan límpido que ni la emoción ni el entusiasmo, siquiera en sus mayores vuelos líricos, conseguirán nunca velarla con un halo sentimental. Su inteligencia, como su imaginación, tiende a la objetivación práctica, al empleo útil.

Pues el análisis minucioso que hace primero de sí misma, seguidamente lo proyecta hacia afuera. Lo que le da un maravilloso conocimiento de los hombres y ese tacto tan sutil que hicieron de la fundadora una gran diplomática»¹⁴.

Reconozcamos, pues, a la mujer cristiana sus legítimos merecimientos, mas piensen también ellas que no basta sentirse orgullosa de que alguien de su sexo alcance en la Iglesia tan alta categoría. Es necesario esforzarse por imitar de cerca el ejemplo que Santa Teresa ofrece. Pienso, sobre todo, en las jóvenes, en las mujeres llenas de juventud y de promesas, amenazadas más que nunca de los riesgos de una libertad nociva para ellas y para el mundo. En esta libertad, tantas veces sin freno, cada día podremos hacer menos los sacerdotes para indicarles un camino de liberación plena, el del sentido cristiano de la vida hondo y sincero, porque cada día estimarán menos nuestra capacidad de dirección, si además se desdibuja ante ellas nuestra dimensión sacerdotal, en obsequio a un comportamiento más «de hombres» en una sociedad secularizada. Pero el camino está ahí, y existe. Pues que sean ellas al menos las que lo descubran, y las que lo sigan o lo hagan seguir a sus hermanas de sexo. Y que no llegue su reivindicación a rechazar el intento de quienes queramos simplemente ayudarlas.

A) Santa Teresa y el alma de la mujer

Nadie duda que Santa Teresa de Jesús es una «figura femenina» de primer orden, con todo el rigor y precisión que encierran esas dos palabras. Su riqueza no se agota nunca porque en ella estalla la vida. A pesar de su «clasicismo», o quizá por eso, y no obstante la tendencia inconsciente a hacer de su carácter y su santidad un cliché fijo, es tanta la vitalidad que bulle en ella y se desborda, que con su figura y su tipo psicológico y espiritual sintonizan las mujeres de todos los tiempos, también las de hoy, si se les sabe presentar bien. Hay una forma de «ser», cuyo ideal es Teresa de Ávila. Hay unas cualidades que son teresianas: simpatía, amor a la verdad, generosidad, alegría, riqueza interior, decisión, lealtad, claridad, intuición, conocimiento del mundo y de los hombres, capacidad de entrega.

Ella sabía de su fuerza, de su fuerza concreta de mujer. Es significativo el capítulo V de su Vida en que pone de manifiesto la influencia de la mujer sobre el hombre y escribe aquella frase: «creo que todos los hombres deben ser más amigos de mujeres que ven inclinadas a virtud»¹⁵. Y al P. Gracián le dice con su

¹⁴ R. HOORNAERT, *Sainte Thérèse écrivain*, Desclée de Brouwer, 1925, 152 y 153; citado por DOMINIQUE DENEUVILLE, *Santa Teresa de Jesús y la mujer*, Barcelona, 1966, 153ss.

¹⁵ *Libro de la vida*, 5, 5: BAC 74, 616.

desenvoltura y gracia natural: «creo que entiendo mejor los reverses de las mujeres que vuestra Paternidad»¹⁶.

Valoraba grandemente las posibilidades de la mujer en la vida del espíritu, a pesar de la frecuencia con que se refiere a su pobre condición femenina con una graciosa mezcla de realismo y de ironía. «Y hay muchas más mujeres que hombres a quien el Señor hace estas mercedes, y esto oí al santo Fr. Pedro de Alcántara –y también lo he visto yo– que decía aprovechaban mucho más en este camino que hombres y daba de ello excelentes razones que no hay para qué las decir aquí, todas en favor de las mujeres»¹⁷. Véase todo el cap. XXXIX del libro de su Vida, en que habla del progreso espiritual de muchas que vuelan como águilas, y pide que no las hagan andar como pollo trabado; o las Cuentas de Conciencia, Relación III, en que refiriéndose a los hombres les llama palillos de romero seco (y habla de sus debilidades), que en habiendo algún peso de contradicciones o murmuraciones se quiebran.

Santa Teresa tuvo alma de esposa y madre, que eso es una mujer cuando vive la riqueza de su ser, aun cuando haya consagrado su virginidad a Dios. La mujer cabal sabe pasar todas las cosas por su corazón, porque ama; y también por su cabeza, porque intuye y previene. Todo lo pasa por sí misma y lo convierte en dato personal, para abrirse mejor al otro y responder a su llamada. Se compenetra con todo. Está próxima a la naturaleza; es naturaleza, porque lleva la vida. No teoriza, vive preocupada y encarnada en lo que hace. Penetra el mundo, los acontecimientos y las personas con su intuición. Vive con energía, con solicitud, con delicada ternura. En lo que la rodea, no ve objetos de estudio abstracto, sino «seres vivos» con los que hay que establecer contacto, a los que hay que acoger, escuchar, dar respuesta. La mujer posee la dinámica maravillosa de la adaptación. Cuando ama, no sabe contar ni medir. Es firme y fuerte sin gritos ni exhibiciones. Tiene fe y es piadosa. Las palabras privación y sacrificio tienen para ella un sentido: disponibilidad para la entrega de sí misma. Y orgullosa por su capacidad de darse, conoce, no obstante, sus limitaciones y se hace humilde.

¿No es todo esto lo que brilla en el carácter y la vida de Santa Teresa? Basta un ligero contacto con su obra –en el doble aspecto de la reforma del Carmelo y en sus escritos– para ver con toda claridad cómo se sentía ella esposa y madre.

Esposa de Cristo. Su manera de ser, pensar, sentir, actuar, hablar, vivir, lo refleja constantemente. «No hay quien nos quite decir esta palabra a nuestro Esposo, pues le tomamos como tal cuando hicimos la profesión»¹⁸. Es cierto que todas las mujeres consagradas a Dios se llaman esposas del Señor, pero lo importante es vivirlo con intensidad y hacer que ello trascienda palpable y vitalmente a la monotonía y la rutina de cada día y a los momentos decisivos. «O somos esposas de tan gran Rey, o no. Si somos, ¿qué mujer honrada hay que no participe de las deshonras que a su

¹⁶ *Cartas*, 88, 4: BAC 189, 144.

¹⁷ *Libro de la vida*, 40: BAC 74, 871.

¹⁸ *Conceptos del amor de Dios*, 2, 5: BAC 120, 593.

Esposo se hacen?»¹⁹. «Razón será, hijas, que entendamos con quién estamos casadas»²⁰.

De esta actitud profunda viene, sin duda, el gran equilibrio de Teresa de Jesús, y el atractivo de su espíritu y su persona. Su fuerza de mujer, su delicadeza y ternura tuvieron un cauce infinito. Había sitio para todo lo que echaran en él. «La tenía tan rendida, que no sabía, ni quería más de lo que hiciera y quisiera hacer con ella», nos dice textualmente en el capítulo de las Moradas. «El amor hace tener por descanso el trabajo... Sólo amor es el que da valor a todas las cosas»²¹. Las citas se harían innumerables.

De este amor suyo a Jesucristo brotó su otro amor de madre –*Mater spiritualium*– como en ley natural brota el amor al hijo del amor al esposo. «De esto sirve este matrimonio espiritual, de que nazcan siempre obras, obras»²². El amor verdadero va más allá del propio esposo y se encama en el hijo, en el cual se perfecciona. La verdadera esposa y madre no trata de «aprisionar» con su amor, sino que aceptadas las renunciaciones que la vida impone, vive cumpliendo su grandiosa misión, que es colaborar en el destino propio, personal e individual de los seres a quienes ama más que a su propia vida. De esto nace la espléndida exclamación de Teresa: «Mil vidas daría yo por salvar una sola alma de las muchas que se pierden»²³. «El amor jamás está ocioso»²⁴. «Esta fuerza tiene el amor cuando es perfecto, que olvidamos nuestro contento por contentar a quien amamos»²⁵. «Si pudiera ser parte, que siquiera un alma le amase más y alabase por mí, me parece importa más que estar en la gloria»²⁶. «Los que verdaderamente aman este Señor, qué poco descanso podrán tener si ven que son un poquito de parte pura que un alma le ame más»²⁷.

B) Santa Teresa y la consagración de la mujer a Dios en la vida religiosa

Esta capacidad de amar, de que Santa Teresa estuvo tan ricamente dotada, se desplegó en una única dirección: la de la verdad y la vida de Dios, a la cual se consagró. Durante los años que pasó en el Monasterio de la Encarnación forjando su personalidad religiosa, se percibe una lucha constante, no entre dos amores, el del mundo y el de Dios, sino mucho más singular y profunda. Diría que fue la lucha entre dos concepciones de la consagración: la que podríamos llamar de renuncia, meritoria siempre pero psicológicamente incompleta, y la de entrega ardiente con todo lo que una persona es y tiene. Este es el secreto de aquella gran mujer.

¹⁹ *Camino de perfección*, 13, 2: BAC 120, 120.

²⁰ *Ibíd.*, 22,7: 182.

²¹ *Exclamaciones*, 2: BAC 120, 640.

²² *Séptimas moradas*, 4, 6: BAC 120, 490.

²³ *Camino de perfección*, 1, 2: BAC 120, 53.

²⁴ *Séptimas moradas*, 4, 9: 491.

²⁵ *Fundaciones*, 5, 10: BAC 120, 702.

²⁶ *Relaciones*, 6, 5: BAC 120, 532.

²⁷ *Fundaciones*, 5, 5: BAC 120, 700.

Se percibe en ella, mejor que en muchas otras, la transformación, sin quebranto y merma de su encantadora condición humana. Todo queda sublimado y enaltecido. Y es que, para ser religiosa, lo primero que se necesita es ser mujer, o como escribió León Bloy: «Cuanto más santa es una mujer, más mujer es», citado por Dominique Deneuve, en su libro *Santa Teresa de Jesús y la mujer*, p. 164. Entendámoslo. No pretendo hacer apologías necias. La mujer, como el hombre, tiene sus propios y graves fallos. Y cuando se trata de consagrarse a Dios, es evidente que el alma –de una mujer o de un hombre– no puede detenerse en una contemplación narcisista y roussoniana de su propia índole, tan necesitada de corrección continua, y tan expuesta a todas las miserias. Ello no obstante, la mujer que se consagra a Dios, consagra la integridad de su condición femenina, de todo su ser, de su particularidad propia. No es lo mismo reprimir o ahogar que canalizar, aunque esta canalización discorra por cauces sobrenaturales.

La verdadera consagración a Dios no puede estar ajena a nada de lo que es vida, porque entonces no se consagrarían personas ni vidas humanas, sino seres devaluados y deformes. Se trata de una consagración a la Vida, al Amor, a la Plenitud, a la Verdad, a la Belleza sumas, y ello exige una purificación constante y una radical elevación de la mirada y del afán interior, pero no excluye nada de aquello que en el orden de las vivencias internas engrandece a una mujer cuando se entrega a una criatura. Dios no es un vago Absoluto. Es el Ser Personal. Nuestra riqueza individual y nuestra personalidad son creación suya, hecha a su imagen y semejanza. La relación con Dios no es caer en un abismo inseguro y diluidamente misterioso. Tampoco puede ser menor, ni igual por supuesto, a la relación con otra persona humana. Semejante, sí, pero infinitamente más honda, más plena, más eficiente, solamente marcada por nuestra condición de criatura y por consiguiente sometida a la fe y a la esperanza.

Creo que el gran equilibrio de Santa Teresa de Jesús vino de que supo vivir intensamente su vida de mujer y canalizar al servicio de Dios todas las fuerzas que latían dentro de su rica personalidad sin destruir ninguna, más que lo que pudiera haber de inclinación al pecado. Siendo un ejemplo espléndido de humanidad, llega a ser ejemplo no menos alto de elevación sobre todo lo humano y de entrega total a su Señor. Ella consagró a Dios su ser de mujer concreto y real, con su nombre y apellidos, con sus cualidades y limitaciones. Fue natural hasta para vivir la sobrenaturalidad de la ascensión a que Dios la fue llevando. «Sírvate yo siempre, y haz de mí lo que quisieres»²⁸ «Quien de verdad comienza a servir al Señor, lo menos que le puede ofrecer es la vida»²⁹. Así, con éstas o con otras palabras, constantemente. ¡Cuánta sinceridad en el amor!

Otro aspecto. Al observar en Santa Teresa la armonía que se dio entre vida activa y contemplativa, se comprende también otro dato importante de lo que es la consagración a Dios. No puede entenderse ni juzgarse ésta con las categorías de lo que corrientemente entendemos por útil y práctico o beneficioso. En Santa Teresa todo es igualmente grande, y todo se influye mutuamente, sus horas de

²⁸ *Exclamaciones*, 17, 6: BAC 120, 657.

²⁹ *Camino de perfección*, 12, 2: BAC 120,114.

oración y sus trabajos de fundadora, porque todo va dirigido y regulado por la misma fuerza interior: su amor a Dios.

No es más útil para la Iglesia y para el mundo una religiosa que cuida enfermos que la que pasa su vida en el silencio de una Cartuja. Desde el punto de vista cristiano de la vida tan útil es a la humanidad un hombre enfermo que en su sufrimiento ama, sabe sonreír sin amargura, suaviza a los demás incluso el dolor de su propio dolor, se siente querido por Dios y ofrece el testimonio de su fe y su esperanza, como el líder cristiano más fuerte, activo y luchador. Líder que evidentemente habría de tener la misma actitud de espíritu, ya que en caso contrario la comparación sería imposible porque faltaba lo esencial: el amor a Dios. En la consagración es el amor a Jesucristo lo que impulsa y marca, y lleva a vivir y morir por todos, si es preciso, en la cruz de cada día. «Un precioso amor —exclama la Santa— que va imitando al Capitán del amor, Jesús nuestro bien»³⁰. «Por este camino de Cristo han de ir los que le siguen»³¹. «Cúmplase, Señor, en mí vuestra voluntad de todos los modos y maneras»³².

Finalmente, la consagración a Dios es una manifestación en esta vida de cómo hemos de amar en el cielo, «adonde ni los hombres tomarán mujeres ni las mujeres maridos». Va consustancialmente unida al misterio mismo de la vida cristiana de la que es su manifestación más perfecta. Como ella, tiene dos dimensiones fundamentales: desprendimiento y entrega, conforme a las palabras del Señor: «el que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame». Como un eco dulce de esta sentencia evangélica, Santa Teresa nos dirá: «Vengamos al desasimiento que hemos de tener, porque en esto está el todo, si va con perfección»³³. «Hacer su voluntad conforme con la de Dios, en esto consiste la mayor perfección»³⁴. Desprenderse para estar disponible a la acción del Espíritu Santo en servicio de la Iglesia, a través de la cual Cristo quiere darnos la redención y salvación que nos mereció, porque «se comienza a tener vida cuando comienza a aprovecharse de los remedios que dejó en su Iglesia»³⁵.

CAPÍTULO VII

SANTA TERESA Y SU OBRA EN CATALUÑA

Paso ahora a referirme, y lo hago con particular satisfacción, a la influencia de Santa Teresa y su obra en Cataluña. Influencia que fue posible gracias particularmente a un catalán insigne, el cual ayudó muy eficazmente a la Santa. En el capítulo XXIII del libro de las Fundaciones, dice ella:

«En este tiempo entróse un gran amigo suyo —del P. Gracián— por fraile de nuestra Orden en el Monasterio de Pastrana, llamado Fr. Juan de Jesús, también Maestro.»

³⁰ *Ibid.*, 6, 9: 90.

³¹ *Libro de la vida*, 11,5: BAC 74, 653.

³² *Camino de perfección*, 32,10: BAC 120, 243.

³³ *Ibid.*, 8, 1: 98.

³⁴ *Segundas Moradas*, 1, 8: 359.

³⁵ *Ibid.*, 3: 356.

Era el después célebre P. Roca, natural de Sanahuja (Lérida), nacido en 1540. Graduado de doctor en la Universidad de Barcelona y ordenado sacerdote, llegó a explicar un curso de filosofía «con aplauso de grande ingenio». Pasó más tarde a la Universidad de Alcalá de Henares para completar su formación, en donde hizo amistad con el futuro P. Gracián, tan vinculado a Santa Teresa. Y deseoso de mayor perfección y atraído por la fama de virtud extraordinaria que gozaba el convento de Carmelitas Descalzos de Pastrana, fundado por Santa Teresa y San Juan de la Cruz, tomó allí el hábito en enero de 1572. La naciente rama de los Descalzos recibió aquel día una ayuda providencial.

«Hombre tan completo, de tanta virtud y letras, cuando aún había tan pocos en la Descalcez, que entonces comenzaba, necesariamente tenía que atraerse la estima de la Santa, que ya había puesto los ojos en él para importantes cargos de la naciente Reforma. Es fama que cuando la Santa supo su entrada en Pastrana y las buenas partes que le adornaban, exclamó: ¡Ya tengo hombre en mi Religión!»³⁶.

Tuvo mucha relación con la Santa, de palabra y por escrito, y en una ocasión se le queja ésta graciosamente: «Yo pensé Vuestra Reverencia tornara por aquí; poco rodeo se le quitó. No debe ser mucho el deseo de hacerme merced, que cuando aquí estuvo Vuestra Reverencia le pude hablar muy poco»³⁷.

Dos grandes servicios, uno de ellos de carácter definitivo, prestó el P. Roca a la Reforma: el de ser celador de los Conventos que se iban fundando para asegurar la observancia, y, sobre todo, su gestión con el Nuncio Mons. Felipe Sega, defendiendo la obra de la Reforma, y las que hizo en Roma hasta conseguir en 1580 el Breve de separación de Carmelitas Calzados y Descalzos. Mucho le quiso y le agradeció Santa Teresa todos sus trabajos.

«La última vez que se vieron los dos, presintiendo la Santa su muerte próxima, dio al P. Roca una prueba de cariño que no hemos visto referida en ninguna parte. Queriéndole dejar un recuerdo, como testimonio perenne del amor que le tenía y del agradecimiento a sus servicios por la Reforma, le dio “el báculo que llevaba en la mano” y que, como es sabido, necesitó en los últimos años de su vida»³⁸.

Muerta la Santa, fue el P. Roca quien introdujo la Descalcez en Cataluña. La primera fundación fue el convento de Carmelitas en 1586, en la Rambla de Barcelona, donde está hoy el mercado de San José. Siguió la de Mataró, de frailes también, en 1588. Y en este mismo año la de las monjas carmelitas de Barcelona, a la que vino como fundadora y superiora la H. Catalina de Cristo, antigua Priora de Soria, cuyo elogio hizo la Santa tratando de disipar los temores del P. Gracián.

³⁶ P. SILVERIO DE SANTA TERESA, *Influencia del espíritu de Santa Teresa en Cataluña*, Burgos, 1931, 16.

³⁷ *Cartas*, 122, 3: BAC 189, 217.

³⁸ P. SILVERIO DE SANTA TERESA, *o.c.*, 33.

«Calle, mi Padre, que Catalina de Cristo sabe amar mucho a Dios y es muy gran santa y tiene un espíritu muy alto y no ha menester saber más para gobierno. Ella será tan buena Priora como cuantas hay.» Y así salió, añade el P. Gracián³⁹.

La influencia religiosa y pastoral de los Carmelitas en Cataluña fue siempre muy notable. Los diversos conventos de frailes y monjas contribuyeron hondamente al florecimiento de la piedad y a la defensa de las costumbres cristianas. En particular, la devoción a San José, tan arraigada en la tierra catalana, es fruto directo de su labor, y Provincia de San José se llamó la de Cataluña, una vez erigida, y a San José fue dedicado el templo de ese primer convento a que nos hemos referido, construido con piedra de sillería procedente del palacio de los antiguos Condes de Barcelona. Llegó a ser un auténtico foco de cultura religiosa y morada de hombres de ciencia teológica.

«Todavía se recuerda con admiración por los amantes de las glorias barcelonesas la magnífica Biblioteca de Descalzos, rica en volúmenes y admirable en organización, que ponían al servicio del público en tiempos en que apenas estaba en uso esta práctica tan útil a la cultura»⁴⁰.

Se distinguieron los Carmelitas por su heroica caridad cuando la peste asoló la población de Barcelona en 1589 y diez años más tarde en la villa de Bellpuig (Lérida), cabeza de la Baronía del Duque de Sessa. Varios de ellos murieron víctimas del contagio, y en el pueblo sencillito quedó grabado para siempre el ejemplo de abnegación y amor que los religiosos supieron dar.

Las fundaciones se sucedieron con el tiempo y llegó a haber en Cataluña 13 conventos de frailes y seis de monjas, siempre con abundantes vocaciones. Hoy son 16 monasterios de monjas Carmelitas, cuatro de ellos en la Diócesis de Barcelona, y seis conventos de frailes.

Otras instituciones

Prueba admirable de la fecundidad del árbol teresiano en Cataluña son las instituciones que surgieron más tarde, nacidas de su raíz y alimentadas con su savia. Entre ellas, hemos de citar a las Carmelitas Misioneras Descalzas, las Carmelitas Descalzas Misioneras y los Hermanos Terciarios Carmelitas (hoy extinguidos). Las tres Congregaciones han tenido como fundador al célebre P. Palau, Carmelita Descalzo, natural de Aitona (Lérida).

También las Carmelitas Teresas de San José, fundadas por Teresa Guasch y Toda, y las Carmelitas de San José. De todas estas Congregaciones y de sus obras de apostolado han brotado innumerables frutos de vida espiritual y religiosa que son gozo legítimo de la Iglesia en Cataluña y tributo de reconocimiento al espíritu de Santa Teresa.

³⁹ *Ibid.*, 53.

⁴⁰ *Ibid.*, 41.

Don Enrique de Ossó y la Compañía de Santa Teresa de Jesús

He aquí otra espléndida manifestación de la influencia de Santa Teresa de Jesús en Cataluña. El venerable sacerdote de Tortosa, don Enrique de Ossó es una figura de primera magnitud en el clero secular español del siglo XIX. Su celo sacerdotal y sus actividades apostólicas fueron extraordinarios. Pero todo en él quedó envuelto y como penetrado por la devoción y el amor a Santa Teresa de Jesús, cuyas obras empezó a conocer y meditar, puede decirse que desde niño.

Fundó la «Revista Teresiana», que dirigió y escribió en su mayor parte durante 24 años seguidos, mes tras mes, y logró que alcanzase más de 2.000 suscriptores, cifra notabilísima entonces. Creó la Asociación de jóvenes católicas de María Inmaculada y Santa Teresa de Jesús, elevada más tarde al rango de Archicofradía Teresiana, y de tal modo la propagó por Cataluña y por toda España que llegó a tener 130.000 asociadas, muchas de las cuales recibieron una formación excelente.

Pero su obra cumbre, a la que dedicó desde que la fundara en 1876 todas las restantes energías de su vida, fue la Compañía de Santa Teresa de Jesús, Congregación Religiosa de mujeres dedicada al apostolado de la oración, la enseñanza y el sacrificio. Nacida en Tortosa, se consolidó en Barcelona, donde pronto se estableció la Casa Madre, y se extendió rápidamente por toda España y diversos países de América. El teresianismo ardiente de don Enrique tuvo a partir de entonces un cauce tranquilo y sereno, que auguraba su continuidad y permanencia, el de las Religiosas Teresianas, que, formadas ellas en la doctrina y en el espíritu de Santa Teresa, formarían igualmente a las miles y miles de alumnas que de ellas han recibido y siguen recibiendo educación humana y cristiana.

Nunca se agradecerá bastante a este sacerdote catalán su colaboración insuperable al arraigo popular de la devoción a Santa Teresa en toda España. Las peregrinaciones que organizó a Ávila, a Alba de Tormes, los libros, folletos y artículos que escribió sobre doctrina y enseñanzas teresianas, particularmente el famoso «Cuarto de hora de oración», en el que lautas personas han aprendido a orar y meditar; sus predicaciones incesantes y, sobre todo, el estilo teresiano que logró comunicar a sus hijas las Religiosas de la Compañía, hacen que pueda ser llamado con toda justicia el paladín de Santa Teresa en el siglo XIX.

Escritores catalanes y Santa Teresa de Jesús.

Palabras del Dr. Torras y Bages

No es ni puede ser mi propósito en esta Carta Pastoral hacer una síntesis histórica del teresianismo en Cataluña a través de los escritos múltiples de diversos autores. Sólo he querido apuntar esos hechos más relevantes a que me he referido anteriormente, y que demuestran, según se complace en reconocer el P. Silverio de Santa Teresa, que ni en Castilla, ni en ninguna otra región de España, si se exceptúa la Institución Teresiana del P. Poveda, han surgido obras semejantes. Muy de atrás venía la estimación que en tierras catalanas se tenía del espíritu y la obra de Santa Teresa. En Barcelona se editaron los libros de la Santa en 1589, muy pocos meses después de la primera edición hecha por Fr. Luis de León en Salamanca. Aún se conserva algún ejemplar. Extraordinarias

fueron también las fiestas religiosas y literarias que se celebraron en Barcelona en 1614, con motivo de la Beatificación de la Santa.

En los tiempos modernos, Balmes escribió sobre ella páginas luminosas. Verdaguer, capellán algún tiempo de las Carmelitas Descalzas de Barcelona, se inspiraba en Santa Teresa y San Juan de la Cruz, para sus *Idilis* y *Cants Mistichs*, como afirma Milá y Fontanals. Pero es sobre todo el gran Obispo de Vich, Torras y Bages, el que más certeramente trató el tema de la doctrina y el espíritu de Santa Teresa.

En 1914 escribió una Carta Pastoral titulada «Les Verges Contemplatives», con motivo del tercer centenario de la beatificación de la Santa. En ella habla del Magisterio de Santa Teresa, de su obra de fundadora, de la vida de contemplación, y de agradecimiento por la vocación a la misma. Va dirigida a la Priora y Religiosas del Convento de Carmelitas de Vich. No me resisto a transcribir algunos de sus preciosos conceptos:

«...la Providència del Senyor, que disposa sàviament i paternalment totes les coses, disposà que la meva entrada a la ciutat de Vic per a regir espiritualment aquesta estimada Diòcesi s'efectués en el dia de la festa de la Santa. Per això em considero posat baix la protecció de la meravellosa Dona que Déu Senyor nostre envià al món per a ensenyar els camins de la perfecció i de la santedat de la vida...

...I és tanta l'excel·lència de la doctrina de Santa Teresa, que el seu nom és famós no sols entre la gent espiritual, que s'ha donat a viure segons les màximes de l'Evangeli en les ordres religioses, sinó que fins també entre els mundans qui no estan ensopits en les sensualitats terrenals i conserven un esperit capa? d'interessar-se en la perfecció de l'ànima humana. Perquè ella era amant sobretot de la perfecció, s'enamorà de Deu, i en l'amor i en la contemplació d'Ell, veié obrir-se-li el cel i pogué contemplar les sublimitats de què és capa? la nostra ànima, posada en comunicació amb el Ser perfectíssim qui ens ha creat per a fer-nos semblants a Ell.

La perfecció espiritual és com la medul·la de la Iglesia: la Iglesia, com ensenya Sant Pau, és un cos organitzat, amb diferents membres, lligats pels corresponents tendrums, amb nervis que uneixen les parts del cos que té unitat de vida; però el centre vital, que distribueix la calor pels membres, és la perfecció evangèlica, que mai morirà en la Iglesia de Déu...

...Dins de la Iglesia de Déu, els mals, els vicis y el pecat serveixen per a promoure el bé, la virtut i la santedat, i aquesta llei de la Saviduria eterna la veiem resplendir en Santa Teresa. Visqué en un temps de grans escàndols públics, de pertorbacions, heretgies, cismes, de persecucions i sacrilegis, d'alçament de potestats mundanes contra l'autoritat divina de la Iglesia; però aquesta inundació de mals que negà tantes ànimes en les impures aigües de l'heretgia i del pecat, excità el noble esperit d'alguns filis de la Iglesia a seguir heroicament les petjades de Jesús i a prendre la seva creu per bandera en els combats de la vida...

...L'odi desperta l'amor en les ànimes nobles que no poden sofrir les injurietes contra Aquell a qui estimen, i aleshores es complauen en augmentar-li els obsequis. Luter i els altres heresiarques d'aquell temps, qui volien destruir

la Iglesia de Jesucrist i de fet li robaren moltes ànimes, ocasionaren un incendi d'amor en Santa Teresa, i trobant ella que sola no basta va per a satisfer el deute d'amorós culte a Jesús que els homes li negaven abolint el sant sacrifici de la Missa, mofant-se deis sacraments, perseguint la virginitat i declarant-la cosa dolenta, desitjà que s'augmentés el nombre de les ànimes amants de Jesús, consagrades al seu culte, dedicades a la seva contemplació; volgué portar-li multitud d'espirituals i santes esposes, qui s'identifiquessin amb Ell, i fecundat el gran cor de la Santa per aquests forts i amorosos sentiments, senti el desig d'ésser mare espiritual per a portar a l'amor de Jesús multitud d'ànimes qui es consagressin a la seva perpètua alabança i al seu servei...

...La vostra gloriosa Mare, amb la simplicitat i saviduria que ella acostuma, dóna la raó de la necessitat que hi ha en la Iglesia de la contemplació divina, per a la perfecció espiritual deis cristians. Dos coneixements són necessaris, segons Sant Agustí, per a assolir la perfecció de la vida: el coneixement de Déu i el coneixement de si mateix. Santa Teresa explica com no s'arriba al verdader coneixement de si mateix si no es té coneixement de Déu. "Mai, diu, ens acaben de conèixer si no procurem conèixer a Déu: guaitant la seva grandesa veurem la nostra baixesa, i mirant la seva netedat veurem la nostra brutícia; considerant la seva humilitat veurem que ens falta molt per a ésser humils." En efecte, caríssimes filies, per a viure segons la regla de la santedat i de la perfecció, necessitem veure-la vivent, hem de tenir com un exemplar davant del nostres ulls per a imitar-lo, com un pintor per a fer una figura ha d'anar mirant una imatge viva que li serveixi com de guia. Contemplant la perfecció veiem la nostra imperfecció, viem lo que ens falta per a ésser perfets i considerem lo que hem de fer per a arribar a ésser-ho. I Déu, Senyor nostre, el Ser perfectíssim, per a posar-se més a mida de la nostra insuficiència, envia al món a son Fill Unigènit a fer-se home, a fi que veient-lo, fins amb els ulls de la carn, tinguéssim més facilitat d'imitar la perfecció divina...

...La vanitat moderna, caríssimes filies, parla de la solidaritat humana, és a dir, d'aquell llaç de la naturalesa i de la gràcia que lliga ais homes entre si, i parlen pom àticament d'això com si fos un descobriment d'ara: la santa Mare Iglesia, seguint les ensenyances divines, sempre ha tingut com un dogma de fe aquesta comunicació espiritual entre els filis de Déu; i podem dir que tota la nostra religió es funda en aquest principi. Per això és que el vostre ministeri de contemplació divina i de perfecció evangèlica, no és en profit de vosaltres soles, sinó que també de tot el poble. I a l'escriure-us aquesta Carta, i a l'exhortar-vos a seguir les doctrines i els exemples de la Santa Mare ho faig no sols pel vostre progrés en la virtut per a sostenir en la convenient elevació la vostra vocació contemplativa, sinó que també pensant que així vosaltres excitareu amb major fervor el generós Cor de Jesús, el vostre celestial Espòs, en favor dels nostres diocesans les ànimes deis quals el Senyor em té encomanades... »⁴¹.

⁴¹ J. TORRAS I BAGES, *Les verges contemplatives*, carta pastoral, Vich, 20 de octubre de 1914.

Y antes de ser obispo, en el discurso que pronunció en Barcelona en 1882, con motivo del centenario de la muerte de Santa Teresa, su amor a la Santa alcanzó niveles de expresión como éstos:

«...Su vida es una epopeya en que resplandece de una manera maravillosa el trino carácter de la divina semejanza, propio de todos aquellos que reproducen con expresión verdadera la imagen del Criador soberano, es decir, de los santos; pero esta epopeya de la vida de Teresa viene pintada, excepción tal vez única en la historia humana, con los vivos, pero suavísimos colores del idilio. En nadie la gracia divina es más graciosa ni parece tan natural, la grandeza tan tratable, la sabiduría tan comprensible y la bondad tan comunicativa; por lo cual en ella la gracia helénica debe ceder a la gracia castellana, como la gracia humana debe ceder a la divina. La grandeza o el poder de los políticos y de los guerreros es nada en comparación del de esta virgen inerme, que vence todos los obstáculos, allana todas las resistencias y se hace señora de numerosísimos enemigos, y las santidades más sublimes palidecen al lado de la Santa Madre, cuyo corazón era volcán de amor divino, que con poderosas llamas (y ya sabéis, señores, que no es metáfora, sino verdad muy demostrada) llegó a abrir brecha por donde rebosar afuera...»⁴².

CAPITULO VIII

REFLEXIÓN FINAL. SANTA TERESA Y EL HOMBRE MODERNO. SU «FILOSOFÍA» DE LA VIDA

Para terminar, sugiero unos puntos de meditación que me brotan de la pluma merced a una más intensa lectura, la que he hecho estos días de las obras de Santa Teresa. Valen, seguramente, para muchos espíritus fatigados –¡tantos como hoy existen!– y, sin embargo, afanosos de encontrar la verdad.

Sólo nosotros, los hombres, tenemos a nuestra disposición armas poderosas. Nuestro entendimiento no vive prisionero de lo concreto y lo inmediato. Somos de algún modo independientes de las leyes biológicas. Tenemos conciencia de que somos seres libres. Nos creamos nuevas necesidades y jamás estamos satisfechos. El mundo de la religión y de la ciencia ponen claramente de manifiesto nuestra limitación y a la vez nuestra carencia de límites. Podemos reflexionar sobre nuestro destino y somos los únicos seres vivos que tenemos clara conciencia de nuestra muerte. Vivimos en un mundo de valores. Por nuestra capacidad de pensar tenemos una tradición que nos permite aprender más, una técnica, una posibilidad de progreso. Poseemos la riqueza inmensa de poder reflexionar, auto-conocernos, entrar dentro de nosotros mismos. Vivimos la tremenda realidad de nuestra limitación y finitud, y de nuestros anhelos de absoluto, de progreso infinito, de plenitud total.

Para toda esta dura y exigente problemática, los cristianos tenemos respuesta, y no por tenerla es menos fuerte y dramática la vida. Todo lo contrario: la libertad, la responsabilidad, la lucha humana se agrandan en proporciones maravillosas,

⁴² J. TORRAS I BAGES, *Misión de Santa Teresa de Jesús como fundadora de la Orden de Carmelitas Descalzos*, Barcelona, 1882.

más dignas todavía que las preguntas que nos inquietan, porque nos abren a «lo que ni ojo vio, ni oído oyó». Es decir, Dios, Dios siempre, el Dios inevitable en nuestro camino. Las «grandes experiencias» cristianas nos señalan la perspectiva real: Dios es Amor, Dios es Vida Trinitaria, Dios es palabra, Dios nos salva, Dios se ha hecho hombre y ha muerto por nosotros en la cruz⁴³.

Santa Teresa de Jesús no supo nada de filosofía, pero supo no ya de verdades, sino de LA VERDAD. «En esta majestad se me dio a entender una verdad, que es cumplimiento de todas las verdades». «Esta verdad que digo se me dio a entender, es en sí misma verdad, y es sin principio ni fin, y todas las demás verdades dependen de esta verdad»⁴⁴. Poseía un lenguaje infinitamente superior y en cambio le faltaba «nuestra moneda», la moneda de nuestro razonamiento filosófico que investiga la verdad. «¡Oh, váleme Dios, qué maravillas hay en este encenderse más el fuego con el agua, cuando es fuego fuerte, poderoso, no sujeto a los elementos, pues éste, con ser su contrario no le empece, antes le hace crecer! Mucho valiera aquí poder hablar con quien supiera filosofía, porque sabiendo las propiedades de las cosas, supiérame declarar, que me voy regalando en ello y no lo sé decir, y aun por ventura no lo sé entender»⁴⁵. Nuestro mundo es un mundo lleno de sentido, en el que «todo depende del amor con que se hace, si va por amor de Dios»⁴⁶, porque «el Señor no mira tanto la grandeza de las obras, como el amor con que se hacen»⁴⁷.

¿Qué es el hombre? ¿Qué somos realmente nosotros mismos? «Nuestra alma es como un castillo, todo de un diamante o muy claro cristal, adonde hay muchos aposentos... no es otra cosa el alma del justo, sino un paraíso adonde Él tiene sus deleites. Pues, ¿qué tal os parece que será el aposento adonde un Rey tan poderoso, tan sabio, tan limpio, tan lleno de todos los bienes se deleite? No hallo yo cosa con qué comparar la gran hermosura de un alma y la gran capacidad. Y verdaderamente apenas deben llegar nuestros entendimientos, por agudos que fuesen, a comprenderla, así como no pueden llegar a considerar a Dios; pues Él mismo dice que nos creó a su imagen para que apenas podamos entender la gran dignidad y hermosura del ánima. ¿No es pequeña lástima y confusión que, por nuestra culpa, no entendamos a nosotros mismos, ni sepamos quiénes somos? ¿No sería gran ignorancia, hijas mías, que preguntasen a uno quién es, y no se conociese, ni supiese quién fue su padre, ni su madre, ni de qué tierra? Pues si esto sería gran bestialidad, sin comparación es mayor la que hay en nosotros cuando no procuramos saber qué cosa somos... qué bienes puede haber en esta alma, o quién está dentro de esta alma, o el gran valor de ella pocas veces lo consideramos»⁴⁸. Un castillo con el que quiere expresamos todo el sentido de nuestra vida, nuestra relación con Dios, el Absoluto, el Misterio.

No tiene ninguna vinculación, pero me viene al pensamiento la obra de Kafka: «El Castillo». También él quiere expresarnos nuestra relación con el Absoluto. ¡Qué contraste! La obra pone de manifiesto el drama del «hombre» –todos los hombres– que busca siempre «vivir», «habitar» en los pueblos y ciudades en las que está de más y no se cuenta con él. Terrible y sombría imagen,

⁴³ URS VON BALTHASAR, *El problema de Dios en el hombre actual*, 233.

⁴⁴ *Libro de la vida*, 40, 1 y 4: BAC 74, 868-869.

⁴⁵ *Camino de perfección*, 19, 3: BAC 120, 154-155.

⁴⁶ *Fundaciones*, 12, 7: BAC 120, 737.

⁴⁷ *Séptimas moradas*, 4, 15: BAC 120, 493-494.

⁴⁸ *Moradas primeras*, 1 y 2: 341-342.

verdaderamente angustiada por la pérdida total de la esperanza del hombre que no encuentra acceso al Castillo. No hay posibilidad de comunicación. Todas las comunicaciones están rotas y desconectadas. Nunca llega la salvación, siempre es tarde.

Castillo, maneras de regar un huerto, matrimonio espiritual, el gusano de seda... metáforas y comparaciones –que como dice ella no puede excusar por ser mujer– en las que encuentran sentido la acción más pequeña, las exigencias del amor más fuerte, los impulsos y realizaciones más grandes y heroicas. Geniales intuiciones las de Teresa de Jesús, maravillosas explicaciones entre la cercanía y lejanía de Dios. ¡Qué sencilla y hondamente expresa esta gran mujer nuestro peregrinaje a la búsqueda de Dios!, porque somos eso, eternos peregrinos que vamos en Su busca. Podemos ver el Camino, conocer la Verdad y tener la Vida. Hay que vencer las etapas para llegar al término de nuestro viaje y «cuántos quedan al pie que pudieran llegar a la cumbre», y dan «mucha lástima porque parecen como unas personas que tienen mucha sed y ven el agua de lejos, y cuando quieren ir allí hallan quien los defiende el paso al principio y medio y fin. Acaece que, cuando ya con su trabajo, y con hartito trabajo han vencido los primeros enemigos, a los segundos se dejan vencer y quieren más morir de sed que beber agua que tanto ha de costar... y por ventura estaba a dos pasos de la fuente de agua viva que dijo el Señor a la Samaritana que quien la bebiere no tendrá sed»⁴⁹.

Vida para Santa Teresa es este viaje de ascensión hacia la Verdad y el Amor donde todo tiene sentido y explicación. La incógnita, lo incierto, lo inseguro está en la actitud personal de cada uno, en la respuesta a la Palabra que nos ha sido dada. «Vida es vivir de tal manera que no se tema la muerte ni todos los sucesos de la vida»⁵⁰. Ella habla constantemente de ese tremendo contraste y hasta misterio que es la vida humana: grandeza-debilidad. «Las cosas del alma siempre se han de considerar con amplitud, anchura, grandeza»⁵¹. Nos repite constantemente que nuestro entendimiento no puede llegar a comprenderla. Pero también sabe perfectamente de nuestra miseria y bajeza, y no en plural, sino en la suya propia. «Somos tan miserables y tan inclinados a cosas de tierra»⁵². «Vamos muy cargados de esta tierra de nuestra miseria»⁵³. «Muchas veces me veo, Dios mío, tan miserable que ando a buscar qué se hizo de vuestra sierva»⁵⁴. La misericordia de Dios templó nuestro sentimiento: «¿En quién, Señor, pueden así resplandecer vuestras misericordias como en mí?»⁵⁵. «Nunca se cansa de dar ni se pueden agotar sus misericordias»⁵⁶. «La misericordia de Dios me pone seguridad»⁵⁷. «Muchas veces quiere Dios que sus escogidos sientan su miseria, y esto téngolo por gran misericordia de Dios»⁵⁸.

⁴⁹ *Camino de perfección*, 19, 2: BAC 120-153.

⁵⁰ *Fundaciones*, 27, 12: BAC 120, 812-813.

⁵¹ *Moradas primeras*, 1, 3: BAC 120, 341-342.

⁵² *Libro de la vida*, 10, 6: BAC 74, 648-649.

⁵³ *Terceras moradas*, 1, 9: BAC 120, 366-367.

⁵⁴ *Exclamaciones*, 17, 2: 656.

⁵⁵ *Libro de la vida*, 4, 4: BAC 74, 610.

⁵⁶ *Ibid.*, 19, 15: 705.

⁵⁷ *Ibid.*, 38, 7: 847-848.

⁵⁸ *Moradas segundas*, 2: BAC 120, 355.

El humanismo de Santa Teresa está hecho de espíritu y realidad. Es preciso un ambiente de vida interior, de oración, de trato lleno de amor, amistad y confianza en el Señor, en el que podamos realizar nuestros actos, desarrollar nuestra vida, tan naturalmente como en la tierra se cargan sus frutos de sustancia. El problema fundamental es el conocimiento de Cristo y de nosotros mismos a la luz de Cristo y de su amor redentor y salvador. Todos buscamos la seguridad, la valoración comprensiva, la relación vital con todo. Estamos solos muchas veces y esto ha de ser fuente de riqueza, porque esta soledad nos pone de manifiesto nuestra apertura a Dios. En ella descubrimos nuestra religación a Dios. No estamos «arrojados» en este mundo, aunque muchas veces no entendemos el sentido de nuestro dolor, de nuestra amargura, de nuestro sufrimiento.

Teresa de Jesús vivió en un mundo en el que todos los pasos tenían un sentido: el vivir en Cristo de San Pablo. En él se mueve amando y entregando su vida por todos. Supo perfectamente que crecemos cuando vivimos en el amor y en la fidelidad al Señor, no en la voluntad de poder. La autenticidad de la vida tiene para ella unas bases muy claras y al alcance de todos: verdad, lealtad, honradez, amor verdadero. El trabajo, nuestro oficio y profesión propia nos unen a los demás, tienen el poder de reflejar la cualidad humana. «No hayáis miedo se pierda vuestro trabajo»⁵⁹, y «Procurad tomar trabajo por quitarle al prójimo»⁶⁰. Es la mujer de acción, de acción puesta al servicio de su oración y de su seguimiento de Cristo. El mensaje de Teresa es un camino a Dios a través de todo lo humano que no separa la vida del espíritu de la vida real. Ella sabe del peligro de vivir sin estar presente verdaderamente en la vida. «Enseña con obras lo que por palabra por ventura no lo entenderá»⁶¹. «Si estáis aprovechadas, se entienda en las obras»⁶². «Vosotras diciendo y haciendo, palabras y obras»⁶³. «Este amor que tenemos ha de ser probado con obras»⁶⁴. Ella asumió su propia vida con toda la responsabilidad sin descargarla en nadie, siendo realmente humana para servirse de todos los medios que tenemos a nuestro alcance: consejo, orientaciones, relaciones humanas, pero cuidado «mirad que no son tiempos de creer a todos, sino a los que viereis van conforme a la vida de Cristo. Procurad tener limpia conciencia y humildad... y creer firmemente lo que tiene la Madre Santa Iglesia»⁶⁵.

La obra de Teresa de Jesús tiene todas las condiciones de un mensaje deliciosamente humano y divino. Es una fuerte llamada al descubrimiento de nuestra intimidad, de nuestra riqueza. Esta actitud, por esencia, por naturaleza, exige la *comunicación*, la entrega de todos los bienes a los hermanos: «pide hacer grandes obras en servicio de Nuestro Señor y del prójimo y por esto huelga de perder aquel deleite y contento, que aunque es vida más activa que contemplativa cuando el alma está en este estado, siempre están casi juntas Marta y María, porque en lo activo y superior obra lo interior y cuando las obras activas salen de esta raíz salen admirables y olorosas flores, porque proceden de este árbol de amor de Dios y por solo Él sin

⁵⁹ *Camino de perfección*, 18, 3: BAC 120, 147.

⁶⁰ *Moradas quintas*, 3, 12: BAC 120, 408.

⁶¹ *Camino de perfección*, 7,7: BAC 120, 95.

⁶² *Ibid.*, 17, 5: 131.

⁶³ *Ibid.*, 32, 8: 241.

⁶⁴ *Terceras moradas*, 1, 7: BAC 120, 365.

⁶⁵ *Camino de perfección*, 21, 10: BAC 120, 175.

ningún interés propio»⁶⁶. «Páreceme que debe ser uno de los grandísimos consuelos que hay en la tierra, ver uno almas aprovechadas por medio suyo»⁶⁷.

El hombre actual, tan torturado y empequeñecido, a pesar de su grandeza, necesita más que nunca de una mano que le ayude a trabajar en esa búsqueda y a gozar del encuentro. Dios otra vez y siempre.

Barcelona, 8 de septiembre de 1970.

APÉNDICE

Con ánimo de invitar a la reflexión, sobre todo a los sacerdotes y personas de formación teológica, he creído conveniente transcribir a continuación unas páginas del libro (trabajo de Tesis Doctoral) «La Persona Divina en la Espiritualidad de Santa Teresa», del P. Ángel M. García Ordás, O.C.D. Constituyen un punto de vista profundo y serio que puede servir para comprender mejor los fundamentos teológicos de la vida sobrenatural en las almas y, desde luego, para saber apreciar y respetar al menos los fenómenos de la vida mística, tan tristemente desestimada en el ambiente religioso de hoy.

Las nuevas orientaciones de la gracia

Un signo de los tiempos modernos es la preocupación por lo vital y concreto. En teología se ha centrado esta preocupación en los temas más vivos y existenciales.

Aquí nos interesamos solamente de las preocupaciones actuales sobre la gracia divina. El tema de la gracia ha sido uno de los preferidos en los últimos años. Entre los diversos aspectos estudiados y clarificados, merece especial atención *el aspecto personal de la gracia divina*. Se trata, en definitiva, de una orientación nueva de toda la gracia, ya que el aspecto personal toca directamente su esencia íntima.

El aspecto personal de la gracia divina no se limita a una nueva orientación del tratado de *Gratia*; es una realidad que tiene repercusión en la teología, en la espiritualidad y en toda la concepción de la divina revelación.

En la Sagrada Escritura aparece este aspecto personal como una revelación progresiva de la Presencia divina de Dios a su pueblo. Dios elige a su pueblo y se manifiesta personalmente culminando con la venida de Cristo y la manifestación trinitaria.

El aspecto personal de la Revelación y de la fe es una de las líneas maestras de la teología. La Revelación es una actitud personal de Dios, es una Persona que habla y se presenta saliendo al encuentro del hombre. Si reducimos la Revelación a la manifestación de proposiciones doctrinales, olvidamos el núcleo

⁶⁶ *Conceptos del amor de Dios*, 1, 3: BAC 120, 629-630.

⁶⁷ *Ibid.*

íntimo y central que la anima y vivifica. La Revelación divina es una *autorrevelación y una autodonación personal*.

Si la Revelación es una actitud personal de Dios, la fe es una inclinación interior y personal del hombre, que responde a la llamada divina. La fe del cristiano se centra principalmente en la Persona divina: *Credere Deo*; el asentimiento a las verdades y proposiciones doctrinales está ligado a esta realidad primaria. La fe es un encuentro personal con el Dios personal que se ha revelado. Es una relación interpersonal.

Es inútil insistir aquí en el influjo mutuo entre la teología y la espiritualidad en esta vertiente del aspecto personal. Este es precisamente el fin de este artículo, y de esto mismo tratamos en la primera parte.

Señalado el influjo de esta orientación personalista en el campo de la teología y materias afines, tratamos ahora de presentar los aspectos fundamentales de la tendencia personalista de la gracia.

Desde el siglo XVI, el tratado de *Gratia* se centraba principalmente en los problemas de la gracia actual y en la renovación ontológica del hombre originada por la gracia santificante. Durante cuatro siglos casi no se dio interés al aspecto personal e increado de la gracia.

Un artículo del P. De la Taille, publicado el año 1928, proponía una nueva concepción de la gracia. En lugar de considerarla como accidente y como cosa, De la Taille la reduce a una *comunicación del Acto Increado* a la criatura. Es una actuación creada por el Acto Increado.

Las objeciones presentadas a la nueva teoría referentes a la confusión entre lo natural y lo sobrenatural, la causa eficiente y formal, y sobre todo por su concepción de una actuación no informativa, no han oscurecido la intuición central del P. De la Taille.

El año 1953, G. Philips hacía una revisión del tratado *De Gratia* anotando deficiencias y señalando vías nuevas. Elegimos dos ideas centrales apuntadas por el autor:

La gracia es una *comunicación personal de Dios*, así aparece en la Revelación divina y en la tradición griega. La gracia es inseparable de las Personas divinas; no es una cosa que posee el hombre como un tesoro, sino una comunicación personal.

Esta comunicación personal transforma al hombre y produce en él una tendencia total hacia las Personas divinas que inhabitan en el alma.

Podemos sintetizar estos dos puntos del modo siguiente: *La gracia es la comunicación personal de Dios –no una cosa– que imprime en el hombre un dinamismo nuevo y una capacidad de poseer progresivamente las Personas divinas.*

Estas dos ideas centrales de la gracia divina han sido desarrolladas posteriormente por varios autores. Hoy se tiende a considerar la gracia no como una perfección ontológica del hombre, sino como *un encuentro o presencia personal de Dios*.

En los escritos de K. Rahner encontramos este nuevo enfoque y orientación de la gracia estudiados con rigor y con abundante documentación.

Rahner, criticando el *extrinsecismo* que se ha asignado a la gracia en sus relaciones con la naturaleza, al considerar a ésta en el hombre como una realidad óptica, física y acabada en sí con la sola posibilidad de un revestimiento de la gracia, expone su pensamiento del modo siguiente:

El hombre no es una realidad óptica cerrada, sino una realidad ontológico-personal, abierta a la acción de Dios en él. Esta apertura del hombre a la acción sobrenatural de Dios, llamada por Rahner «existencial-sobrenatural», es el fundamento de la gracia. Es más acertado expresar esta realidad en categorías personales (amor, intimidad, comunicación personal) que en categorías filosóficas de ontología puramente formal (cualidad, accidente).

Asentadas estas ideas fundamentales, pasa Rahner a exponer su pensamiento sobre la gracia:

En la Revelación y en la tradición griega la gracia aparece como *una comunicación personal de Dios al hombre*. Los dones creados son una *consecuencia* de esta comunicación de Dios. En la «especulación escolástica», por el contrario, la inhabitación divina aparece como una *consecuencia* de la gracia creada.

Para Rahner, estas dos diversas concepciones de la gracia provienen de la separación de la gracia creada de la increada. Su solución consiste en la unión y jerarquía de estas dos realidades.

La naturaleza de la gracia se clarifica comparándola con la gloria, que es su complemento. Como en la gloria la comunicación total de Dios será la realidad primaria y determinante, del mismo modo la gracia radica primariamente en la comunicación de Dios. La gracia creada: transformación, filiación..., son consecuencias de la gracia increada.

La gracia increada y la creada están unidas de tal modo que constituyen *dos aspectos diversos de una misma realidad*. La causa eficiente deja el efecto fuera de la causa, independiente de ella; por esta vía se ha llegado a la separación de la gracia creada de la increada. Para unir las, Rahner aplica a la gracia la causa formal.

Las dos ideas centrales de la gracia: *comunicación personal de Dios y transformación progresiva del hombre* son una realidad que tiene dos aspectos diversos. Dios comunicándose transforma al hombre. No puede haber comunicación personal de Dios sin la consiguiente transformación del hombre; a mayor comunicación personal corresponde una mayor transformación.

Rahner ha clarificado la unión de la gracia increada = comunicación personal de Dios, con la gracia creada = transformación del hombre y la principalidad de la primera.

J. Alfaro, desarrollando de un modo propio las reflexiones de Rahner, insiste en un punto concreto: la evolución de la transformación del hombre causada por la comunicación personal de Dios. Se trata de examinar la capacidad receptiva de la persona creada.

El hombre en cuanto persona tiene una capacidad ilimitada de apertura y comunión con la Persona divina. El ser persona creada limita esa capacidad y sólo podrá romper esos límites recibiendo en sí a la Persona divina.

En la Visión quedará totalmente superada la tensión de la *persona creada*, la dualidad sujeto-objeto... Entonces la autoconciencia “es en lo más íntimo de sí misma una participación del Espíritu Subsistente Infinito y una aspiración a conocerlo en sí mismo; por eso, cuando el espíritu finito llega a la unión inmediata con Dios, se hace auto-transparente en su más íntima profundidad...».

«La gracia increada y la gracia creada se relacionan entre sí como la donación personal del mismo Dios y su efectiva recepción en el hombre, que determina en él una *capacidad interna de autodonación a Dios...*».

La comunicación personal de Dios y la capacidad de comunicación personal que se sigue en el hombre son las dos realidades centrales de la gracia.

Las nuevas orientaciones de la gracia y la experiencia teresiana

La comunicación personal de Dios, que transforma al hombre, creando en él una tendencia o capacidad progresiva de respuesta a la donación personal de Dios, era la idea base de las nuevas orientaciones de la gracia. De la simple confrontación de esta idea con la experiencia teresiana podemos deducir un acuerdo perfecto en sus líneas generales.

Santa Teresa, sin tener ideas claras sobre la gracia, nos presenta una vida espiritual cimentada y caracterizada por contactos y encuentros personales con las Personas divinas. Este encuentro y donación de Dios ha ensanchado su capacidad de respuesta haciendo posible una comunicación personal permanente y definitiva. Pensamos que la tendencia personalista de la gracia puede ser respaldada y enriquecida con la experiencia mística.

Presentamos una simple línea de la evolución personalista de la experiencia teresiana. Después veremos la progresiva capacidad que produce la donación personal de Dios y examinaremos la fase final del progreso místico. No nos detenemos en particularidades, ya que hemos dado una línea de la evolución espiritual teresiana en la segunda parte.

La oración inicial de Teresa está centrada en la *Persona de Cristo*. El Señor, *término* de sus relaciones personales, es un amigo, un hermano, un padre. Cristo lo llena todo en estos momentos. Podemos destacar dos notas típicas de estas relaciones interpersonales: a Teresa le agrada *acompañar* a Cristo en los lugares donde está más solo y afligido: Huerto, Columna..., y se esfuerza por representar y *renovar* en su interior sus estados íntimos.

Un hecho capital anima los principios de la vida mística teresiana: *El descubrimiento directo de la presencia personal de Dios en su alma*. Este descubrimiento es decisivo para la orientación de toda su vida espiritual. Si *Dios mismo habita y está* con nosotros, no es necesario representarlo *externamente*, basta centrar la vida espiritual en el *Dios interior* que mora en ella.

Las visiones de Cristo en carne gloriosa encauzan el *dinamismo afectivo* de Teresa hacia la hermosura del Ser Increado y la libran de una de sus mayores

dificultades. Entre la multitud de visiones destacan las que revelan *la Persona de Cristo y de Dios*. Las otras visiones son instrumentales; su razón de ser es procurar una mayor comunicación personal.

El año 1571 descubre Teresa por primera vez, a la Santísima Trinidad en lo interior de su alma. Desde este año las Personas divinas y la Humanidad de Cristo serán su compañía habitual.

Esta comunicación progresiva de las Personas divinas –elemento primario de la gracia divina– han ido creando en Teresa una capacidad siempre mayor de posesión de Dios. De esta segunda nota nos ocuparemos ahora.

En líneas generales podemos notar que la transformación y aumento de la capacidad receptiva en Teresa es proporcional a las comunicaciones personales divinas. La comunicación personal divina va preparando una *nueva re-creación* de la persona humana. Cada comunicación tiene una misión particular:

Cristo la despega de lo terreno y criado; primeramente, con *su compañía* en la oración inicial, y después encauzando el vigor y descontrol de su afectividad *en las visiones*.

La presencia de Dios en lo interior de su alma la introduce en una *zona de interioridad* propia y característica de su espiritualidad.

La presencia de la Trinidad la *asocia a los misterios y vida íntima de Dios*.

Este proceso lineal producido por las Personas divinas no es tanto una conquista de Dios como objeto experimental cuanto una invasión progresiva de Dios en su vida. Esta invasión, lenta al principio, va ganando terreno a medida que transforma lo humano y pone en tensión a toda la persona de Teresa.

En el artículo anterior examinamos la función de las operaciones divinas en la transformación de la persona de Teresa. De las operaciones externas, percibidas desde fuera y destinadas *a concentrar el alma en sí misma*, se pasa a las operaciones interiores producidas por un motor divino: brasero, manantial, etcétera, y destinadas a crear una *tensión progresiva hacia las Personas divinas*, que culmina en una comunión interpersonal.

Ahora veremos brevemente la culminación del proceso transformativo, la paz y serenidad de la persona humana, frutos de la compañía permanente de las Personas divinas.

La superación del obrar humano ha comenzado con la suspensión de las potencias naturales en la primera etapa de la vida mística. Las primeras gracias místicas implican una disminución de la actividad natural.

La operación divina produce dos efectos simultáneos en el alma: uno negativo y previo, suspensión y acomodación progresiva del obrar humano al obrar divino; el otro positivo, comunicación progresiva de las Personas divinas a la persona humana. Estos dos efectos se implican mutuamente.

Las potencias humanas atraviesan un doble proceso: de la actividad natural a la inactividad y de la inactividad a una actividad nueva. La Santa ha ido describiendo minuciosamente este proceso de las potencias: *potencias*

embebidas o absortas cuando no obran, pero tienen conciencia de lo que pasa en el alma; *potencias como muertas* cuando pierden la conciencia de sí mismas; *potencias unidas* cuando pierden toda actividad y conciencia de sí mismas.

En la unión queda superada la conciencia ordinaria, despertándose más tarde un «sentido interior nuevo» apto para experimentar lo divino de *un modo nuevo y superior*.

Después del matrimonio espiritual, sin el impedimento de los sentidos y potencias, quitadas las escamas de los ojos, se descubre una porción interior *llamada espíritu*, que es centro emisor de todas las operaciones del alma y centro receptor y sensible de la compañía permanente de las divinas Personas.

La persona humana está unida de un modo permanente y definitivo con Dios; está unida en espíritu, en la zona más profunda e interior de su ser. Esta zona no es puramente humana; es la *morada de Dios*, el punto de inserción de lo divino y humano que ahora el alma descubre misteriosamente.

Al llegar la persona humana a la raíz íntima de su ser descubre allí la mano y la operación de Dios. Lo más íntimo del ser humano es el aliento de Dios, que está dando vida y fuerza al alma.

Todas las operaciones del alma en este estado tienen un principio divino: «Se entiende claro, por unas secretas aspiraciones, ser Dios el que da vida a nuestra alma...». La experiencia de las Personas divinas es permanente porque la conciencia del alma es en su raíz una participación del Espíritu Subsistente. Una vez que la persona humana ha llegado en su proceso de ascensión hasta la raíz íntima de su ser y descubre allí la operación divina como principio perenne, queda impresa esta realidad en ella de un modo indeleble. Ha tocado las raíces de la existencia propia, que es una existencia en Dios.

La vida espiritual de Santa Teresa, caracterizada por profundas experiencias de las Personas divinas, culmina en una comunión interpersonal. Sus últimas experiencias son comunicaciones extraordinarias de las Personas divinas. La calidad de sus obras, en este estado celestial, con la compañía permanente de la Trinidad, es tan valiosa y meritoria que «le parece importa más que estar en la gloria».

(De *La Persona Divina en la espiritualidad de Santa Teresa*, ÁNGEL MARÍA GARCÍA ORDÁS, O.C.D., Edizioni del Teresianum, Roma, 1967, pp. 126- 135.)

BEATRIZ DE SILVA Y MARÍA DE JESÚS, GLORIA Y HONOR DE TOLEDO Y DE LA IGLESIA ESPAÑOLA

Carta pastoral, de septiembre de 1976, publicada con motivo de la canonización de Santa Beatriz de Silva y de la beatificación de la monja carmelita descalza Venerable María de Jesús. BOAT, septiembre-octubre, 1976, 539-550.

A los sacerdotes, las Comunidades Religiosas, Seminarios Diocesanos y fieles de la Archidiócesis de Toledo.

Venerados hermanos y queridos hijos:

Se acercan para nuestra Archidiócesis Primada dos fechas que habrán de dejar rastro memorable: la del 3 de octubre y la del 14 de noviembre próximos. En la primera será canonizada la Beata Beatriz de Silva. En la segunda será beatificada la Venerable María de Jesús. Es un grato deber para mí dirigiros esta carta pastoral con motivo del doble acontecimiento.

1. LOS SANTOS

Siempre humildes, y a veces ignorados del mundo, ellos son, sin embargo, los testigos de Dios y de Cristo en medio de la humanidad. No obstante la gloria que gozan y que a algunos les es reconocida por la Iglesia, como ahora en este caso, son frecuentemente desconocidos. Ellos, que consumieron su vida no sólo en una perpetua alabanza a Dios, sino también en el servicio heroico a sus hermanos, a todos, a los hombres y mujeres de su época y de todos los tiempos. ¡Qué entrega tan total y qué servicio a la humanidad el del ejemplo constante, aunque sea en la clausura pobre de un convento! ¡Ejemplos de amor, de desprendimiento, de luz y de esperanzas, de oración y sacrificio, de fe en lo eterno por encima de la efímera brillantez de las cosas de la tierra!

Necesitamos de los santos por su ejemplo, por el estímulo que representan para nosotros, por su testimonio de fe y de amor, por su humildad. Y también porque son nuestros intercesores ante Dios y junto a Él nos esperan. La familia de los redimidos por Cristo solamente se completa en el cielo, donde están los que nos han precedido, dando gloria a Dios en la tierra y recibéndola ya de Él para siempre. Honrémosles. Sepamos unir nuestra voz y nuestros afectos al coro de las alabanzas que la Iglesia les tributa.

2. DOS MUJERES INSIGNES

En esta ocasión, el mensaje nos viene a través de dos Religiosas, de extraordinaria personalidad humana y de una riquísima vida sobrenatural, que provoca la más fuerte admiración. Ambas pertenecen a aquella época de la historia de la Iglesia en España, hirviente e inagotable en su fecundidad creadora, para las empresas del espíritu, a pesar de todos sus defectos.

A) Beatriz de Silva

La casa madre de la Orden de la Purísima Concepción se encuentra en Toledo. Y en ella se guardan, como preciadísimas reliquias, los restos de la Fundadora, la Beata Beatriz de Silva, que ahora va a ser canonizada.

Nació en 1424, en Ceuta, de noble familia portuguesa mezclada con sangre castellana, que residía allí, como consecuencia del dominio de Portugal sobre aquellas tierras africanas. A los diez años vino a Portugal con sus padres y hermanos, donde siguió recibiendo esmeradísimas educaciones de clara influencia franciscana en el aspecto religioso. Un hermano suyo perteneció a la Orden, el Beato Amadeo. En plena juventud se trasladó a España a la Corte de Castilla, como dama de la Reina Isabel, esposa de Juan II. Admirada por todos, solicitada en casamiento por muchos, fue un prodigio de serenidad humana y de recato virtuoso en medio de aquella corte alborotada. Vivió en el entonces Palacio Real de Tordesillas. Y fue allí donde tuvo lugar el hecho tan insólito, que parecería una leyenda, si no estuviera históricamente comprobado.

La propia Reina llegó a tener celos injustificados de la extraordinaria hermosura de Beatriz, por todos tan ponderada, y creyó que el Rey vivía también enamorado de la joven doncella. Para librarse de ésta hizo que la encerrasen en un cofre, con la intención de que muriera asfixiada. Abierto el mueble tres días más tarde, apareció la joven incólume en su salud y su belleza.

Algo había cambiado en su interior, y fue la determinación que había tomado durante aquel encierro de apartarse del mundo y consagrarse a Dios, favorecida por una visión de la Santísima Virgen, que la consoló en su prisión y la alentó a fundar una Orden religiosa en honor de su Concepción Inmaculada.

Pocos días después se trasladó a Toledo, para ingresar en el convento de monjas dominicas de Santo Domingo el Real, donde permaneció haciendo vida conventual, aunque sin profesión religiosa, desde los años 1451 a 1484, totalmente entregada a la oración y la práctica de las virtudes, en espera confiada de poder cumplir algún día el propósito de fundar la nueva Orden religiosa.

Para lo cual fue definitiva la ayuda que le fue ofrecida por la Reina Isabel la Católica, que tuvo con ella íntima amistad. En efecto, hacia 1484, Beatriz, junto con doce doncellas de corta edad, en cuya alma alentaba el mismo propósito, salió del monasterio de Santo Domingo el Real y pasó a ocupar los Palacios de Galiana, cedidos por la Reina, junto con la Capilla de Santa Fe, para iniciar en ellos el reducido grupo su vida religiosa, con carácter privado y con la singular significación de dar culto a la Concepción Inmaculada de María.

Beatriz y la misma Reina Isabel solicitaron del Papa la aprobación de la nueva Orden, que fue concedida por Bula de Inocencio VIII en abril de 1489, aunque por el momento con regla cisterciense y sujetas al Arzobispo de Toledo. La Bula, por disposición del Cardenal González de Mendoza, fue ejecutada en febrero de 1491. Así nació la que se ha llamado Orden Inmaculista.

Disponíanse las congregadas a hacer la profesión religiosa, cuando Beatriz cayó repentinamente enferma y murió en agosto de ese año. En su lecho de muerte hizo ella sus votos en manos de religiosos franciscanos y abandonó este mundo

sin poder ver más que este comienzo incierto de la Orden tan amada. Todo discurría por un camino imprevisible a los ojos humanos.

No se dispersaron las que habían comenzado a ser sus hijas. Hicieron su profesión y vistieron el hábito muy pocos días después de haber fallecido la Fundadora, fortalecidas en su tribulación por los franciscanos y particularmente por el P. Juan de Tolosa.

Sucesos de muy diversa índole fueron produciéndose a partir de esta fecha, hasta que, años más tarde, con la intervención del Cardenal Cisneros, la Orden quedó consolidada con una nueva Regla escrita por el propio Cisneros y el P. Quiñones y aprobada por el Papa Julio II. Empezó a extenderse por España, con la primera fundación en Torrijos. Fueron también las Monjas Concepcionistas las que fundaron el primer convento de clausura en la América recién descubierta, concretamente en Méjico.

La fama de santidad que ya había acompañado en vida a la virtuosa Beatriz no hizo sino aumentar con el tiempo. En seguida se le dio culto público y así fue haciéndose hasta los decretos de prohibición del Papa Urbano VIII. En 1636, acomodándose a las nuevas disposiciones pontificias, se comenzó en Toledo el proceso canónico para su beatificación, siguiendo las normas de Roma, proceso que se interrumpió, sin que conozcamos las causas. En 1912, siendo Arzobispo de Toledo el Cardenal Aguirre, franciscano, se reanudó el estudio de la causa y fue beatificada por fin en 1926, en el pontificado de Pío XI.

Toledo no puede permanecer indiferente ante la próxima y completa glorificación que se avecina. A nuestra Ciudad y Archidiócesis Primada va unida indeleblemente el paso por la tierra de Beatriz de Silva y Meneses, descendiente de las más ilustres familias de Portugal y de Castilla, que todo lo pospuso a su anhelo de santidad y a su intención, sin duda inspirada, de honrar el misterio de la Inmaculada Concepción de María. Nombres insignes de aquella época, históricamente tan importantes, de la vida española, como Isabel la Católica, los Cardenales Mendoza y Cisneros, el Obispo García de Quijada, el P. Tolosa, etc., se movieron en Toledo en torno a la Madre Beatriz o para perfeccionar su obra.

Atrás quedaban otros, que por aquí también pasaron y que con ella tuvieron relación. Menos dignos de grata recordación unos, como D. Álvaro de Luna, Señor de la villa de Escalona; o más envueltos en la oscuridad de una existencia en la que no faltaron las intrigas y torpezas de la ambición política y humana, como los que aparecen en la primera etapa de la vida de Beatriz, mientras ésta se desarrolla en Tordesillas. Algunos de ellos, incluida la Reina, que le persiguió, vinieron años más tarde a visitarla en Toledo y a buscar en la belleza de su alma –la de su rostro ya nunca se vio, porque decidió mantenerlo siempre a cubierto– la paz que para sus espíritus brotaba de la palabra y el ejemplo de aquella virgen inmolada.

El descubrimiento de América fue el gran acontecimiento de la época. La gran Reina Isabel comentaría con ella más de una vez lo que significaba aquel hecho excepcional en el orden de la evangelización, sin sospechar ni una ni otra, cuando hablaban, que las monjas concepcionistas serían las primeras en establecer la vida contemplativa, años más tarde, en el continente americano.

Al comenzar el siglo XVI, las monjas pasaron a ocupar el convento de franciscanos, actual Casa Madre de la Orden, al trasladarse los religiosos, por orden de Cisneros, al de San Juan de los Reyes, y tan rápidamente se propagaron que en los treinta primeros años de existencia de la Orden se fundaron más de treinta conventos y sólo en el de Toledo ingresaron ochenta y cinco religiosas. En el año 1926 había ya monasterios de la Orden, dentro de nuestro Arzobispado, en Torrijos, Maqueda, Madrid, Escalona, Talavera, Oropesa, Puebla de Montalbán y Ciudad Real. Más tarde florecieron en Bélgica y Portugal, y en cuanto a América, existen casas de Concepcionistas en Méjico, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia y Brasil.

Pero el dato que para mí tiene más valor, en cuanto a los motivos de gozo espiritual que una diócesis como la nuestra, tan cargada de historia, puede hallar en la canonización de la Beata Beatriz de Silva, es saber que aquí, entre nosotros, a las orillas del Tajo, nace la primera Orden Religiosa que se va a entregar al culto de la Inmaculada Concepción. Esta es una auténtica gloria religiosa. Así, con este fin, fue aprobada por la Iglesia.

No olvidemos que en el siglo XV, en el Concilio de Basilea, existió ya una corriente teológica muy fuerte a favor de la definición dogmática del misterio y que en muchas villas y ciudades, no sólo de España, fueron apareciendo en esa época cofradías y asociaciones de fieles que honraban a María en este singular privilegio, tan arduosamente defendido siempre por la Orden Franciscana, sobre todo gracias a las enseñanzas del Doctor Mariano Juan Duns Escoto en la Universidad de la Sorbona en el siglo anterior.

La parroquia de San Andrés, de Madrid, perteneciente entonces a la Archidiócesis de Toledo, contaba ya con su Cofradía de la Concepción sin mancha en 1438 y es la que hoy radica en San Francisco el Grande.

Educada Beatriz en el ambiente religioso franciscano desde su niñez y enamorada siempre de las virtudes y singulares grandezas de María, la Reina del Cielo, amó el misterio y mereció ser elegida por Dios para honrarle con la Orden que en Toledo nació gracias a su entrega y sacrificio.

B) La venerable M. María de Jesús

No se puede separar esta figura de la de su Santa Madre, Teresa de Jesús. El mismo donaire, la misma resolución, la misma piedad, idéntico carácter en aquella conjunción sorprendente de femenina delicadeza y de capacidad para las más vigorosas determinaciones.

Nació en Tartanedo (Guadalajara) el 18 de agosto de 1560 y profesó en el convento de Carmelitas Descalzas de San José en Toledo el 8 de septiembre de 1578. Ya no volvió a salir de aquel claustro, excepto los cinco meses que en 1585 empleó en la fundación de Cuerva. Cuando murió el 13 de septiembre de 1640 contaba ochenta años de edad. De ellos había consumido sesenta y tres en el convento de Toledo.

¿Qué pudo adivinar Santa Teresa en aquella joven de dieciocho años, de hermoso y limpio rostro, para quererla tanto? Aun sin haberla visto, sólo por la lectura de sus cartas y las referencias que de ella le llegaron, decía a la

comunidad de Toledo: «Que les enviaba una novicia con 50.000 ducados de dote y que ella daría 500.000 por recibirla; que la mirasen no como a las demás, porque había de ser un prodigio.»

Y lo fue. Se daban cita en ella un talento natural extraordinario, una formación literaria no vulgar, según las exigencias de la época para las mujeres de su clase, y una fidelidad exquisita a los propósitos de Santa Teresa en su Reforma. Muy pronto empezó a ejercer cargos de responsabilidad en la comunidad a que pertenecía y siempre, aun en medio de las enfermedades que sufrió y de las humillaciones que hubo de padecer, su espíritu se manifestaba imperturbablemente sereno en la observancia fiel, en la caridad con las demás y en aquella devoción a Jesucristo y a la Iglesia que Santa Teresa supo difundir entre sus hijas, mezcla de adoración y de ternura, centrados sobre la familiaridad y los encantos del amor, vividos sin iluminismos ni desviaciones, pero expansivo y gozoso, como el que corresponde a una esposa enamorada, pero cuyo corazón se ve dulcemente alimentado por los dones del Espíritu Santo.

Fue una carmelita descalza, en el sentido más clásico de la palabra, que entendió muy bien la clave del pensamiento y la espiritualidad teresiana: orar y mortificarse y amar siempre, para honra y gloria de Su Divina Majestad y para cooperar así, dentro de la Iglesia, a la redención de los hombres hecha por Jesucristo, con el testimonio de una vida consagrada, dentro de las exigencias de la Reforma del Carmen, para no quedarse en vanas palabras.

Desde su convento de Toledo, con sus cartas, y en las visitas que recibió, trató con infinidad de personas de toda clase y linaje, ejerciendo así una influencia social muy notable. Quizá tanta como la que sobre ella ejercieron, para bien de su alma, hombres sabios y santos que como directores espirituales orientaron su vida interior, tales como San Juan de la Cruz, San Juan de Ribera, Fr. Luis de León, Fr. Diego de Yepes, el P. Jerónimo Gracián y el también Siervo de Dios Martín Ramírez de Zaya, ilustre sacerdote toledano.

Pero fue Santa Teresa principalmente quien hizo de ella una hija espiritual suya. Prendada de sus excepcionales condiciones, la amó desde el principio y no ocultó la admiración que por ella sentía, prueba elocuente de que estaba muy segura de su virtud. «María de Jesús –dijo en el convento de Alcalá de Henares– no sólo será santa, sino que ya lo es.» Y a Fr. Diego de Yepes, que había sido su confesor, le dijo un día: «Si va por Toledo, no deje de ver a una monja que hay allí, que se dice María de Jesús, porque es santa.»

El detalle más significativo de la estimación en que la tenía, y también el más divulgado, es que la llamaba su «letradillo». Y a su examen y juicio sometió, siendo ya Santa Teresa proveya en edad y no contando María de Jesús más de veinte años, el libro inmortal de las Moradas, parte del cual escribió la Santa en el convento de Toledo. Cuando de aquí salió para no volver más, tomó a su discípula y la llevó delante de un Santo Cristo, ante el cual pronunció estas palabras: «Señor mío, sedme maestro de esta hija, que a vuestros soberanos pies presento.» Sucedió esto en junio de 1580. Ya no volvieron a verse en este mundo. María de Jesús siguió en adelante en su camino de contemplación y amor, totalmente entregada al ideal al que había consagrado su vida. Cuantos la trataron a lo largo de los años y los que después de muerta hubieron de declarar sobre su vida, afirmaban unánimemente que era el espíritu más

parecido a Santa Teresa que habían podido ver. «Es un traslado suyo en todo», afirmaba Beatriz de Jesús, sobrina de la Santa.

Dato de singular relieve que no es posible silenciar es que, con mucha anticipación a Santa Margarita María de Alacoque, profesa particular devoción al Sagrado Corazón de Jesús y a la Preciosísima Sangre de Cristo. Las ideas fundamentales de la consagración y la reparación por los pecados de los hombres, esenciales en el culto al Sagrado Corazón de Jesús, fluyen ya con naturalidad en las cartas y escritos de María de Jesús.

Como también sorprende, por lo que tiene de anticipación, lo que con toda propiedad podríamos llamar su espíritu litúrgico. Su vida de contemplación y de piedad se centró, guiada por Santa Teresa y San Juan de la Cruz, sobre el misterio de Cristo Mediador y causa gozo hoy comprobar cómo vivía el año litúrgico, con qué esmero y asiduidad hasta la muerte celebraba el Oficio Divino y cómo estimaba la participación en la Santa Misa. La Sagrada Eucaristía, en el sacrificio del altar y la posterior presencia en el tabernáculo, eran para ella la fuente del supremo consuelo y el término de sus adoraciones y alabanzas. «Uno no puede menos de sentirse conmovido –escribe el P. Simeón de la Sagrada Familia, Postulador General de la Causa– al leer las siguientes palabras con que la Venerable termina su carta del 16 de marzo de 1628 a D. Luis de Herrera, uno de sus amigos seculares: «me falta la vista de un ojo y el otro hartado acabado lo tengo, mas del izquierdo no veo nada. Pídale vuestra merced a Nuestro Señor que no me quite la vista de este otro, sino que me la deje para ver el Santísimo Sacramento y rezar el Oficio Divino».

En este espíritu litúrgico educó a las novicias de que fue Maestra y a religiosas y religiosos de otras Ordenes y aun seculares, a los que llegó su influencia. Así se hace constar en la Ponencia del Relator general de la sección histórica de la Sagrada Congregación para las Causas de los Santos. Extraordinaria y maravillosa figura la de esta carmelita, hija fiel de la Iglesia, en la que se unen la más alta contemplación mística y la más fina y delicada atención a los misterios de la fe, vividos en la liturgia sagrada.

Murió el 13 de septiembre de 1640. En seguida numerosas personas empezaron a confiarse a su intercesión en el cielo y se extendió la fama de santidad que ya tenía en vida. Se hablaba sin cesar de curaciones y otras gracias obtenidas por los que se encomendaban a su valimiento. Y así ha venido sucediendo hasta nuestros días, no sólo por parte de las personas piadosas de Toledo, sino de otros muchos lugares de España y de los más remotos países, a los que ha ido llegando noticia de su vida, a través de los monasterios de Carmelitas descalzas y de las publicaciones de la Orden.

Aunque a raíz de su muerte los superiores provinciales de Castilla la Nueva ordenaron que se realizaran informaciones oficiales sobre su vida y virtudes, circunstancias diversas hicieron que pasaran siglos sin que se introdujese la causa de su glorificación.

Comenzaron estos trabajos en 1908 y cabe a la Curia Archidiocesana de Toledo el honor de haber ido cubriendo las etapas necesarias de un largo proceso de estudios y declaraciones, en diversas fases, hasta que la Causa pasó definitivamente a Roma en el año 1929.

Al fin, el Papa Pablo VI promulgó el Decreto de virtudes heroicas el 22 de junio de 1972. Y llega ahora el momento de su Beatificación, anunciada ya para el próximo día 14 de noviembre del presente año. La Venerable María de Jesús será exaltada desde el silencio de su amor a Dios y a la Iglesia, tan hondamente vividos, a la gloria que la Iglesia misma tributa a quienes así supieron amar.

3. LA SANTIDAD EN LOS CONVENTOS

La vida de estas dos Religiosas, que ahora alcanzan de parte de la Iglesia el reconocimiento de sus virtudes para edificación nuestra, me hace pensar en vosotras, monjas de clausura, de vida contemplativa en nuestra Archidiócesis de Toledo, y por extensión, en todas las demás consagradas al mismo ideal, donde quiera que estéis.

Tenemos en Toledo 41 conventos de clausura, algunos de ellos en condiciones materiales de vida harto precarias. Pero no quisiera que desaparezca ni uno solo, antes bien, que todos y cada uno, con la ayuda de vuestro trabajo y con las aportaciones que podáis recibir, puedan subsistir digna y decorosamente, aunque en algún caso hubiera que sustituir los grandes e insostenibles edificios que la historia os ha dejado por otros más pequeños y fáciles de mantener.

Mas no es esto lo que quiero deciros. Me refiero principalmente al espíritu de vuestras comunidades, al alma interior de vuestra vida religiosa. Encuadradas en diversas órdenes, con reglas y constituciones distintas, tenéis todas algo en común, la consagración a Dios, que pide oración y sacrificio como testimonio de amor, reparación y de fe, para cooperar así a la redención de los hombres por medio de Jesucristo en unión con toda la Iglesia. Si ocupáis este puesto de honor, sabed estimarlo en todo lo que vale.

Quiera Dios que la glorificación de estas dos Siervas tuyas despierte en las comunidades de vida contemplativa en nuestra diócesis un anhelo vivísimo de santidad, una revisión personal por parte de cada una sobre su propia vida, para eliminar egoísmos, pequeñas torpezas, perezosas condescendencias, posturas acomodaticias y rutinarias.

Necesitamos santas en las comunidades de clausura. Ni más ni menos. Santas que brillen con la luz de Dios, la cual, sea vista o no por los hombres, termina siempre por iluminar.

Todo lo que tiene de respetable y misteriosamente profundo un convento de clausura, cuando en él se vive la oblación y la entrega total por amor a la Iglesia y al Reino de los cielos, lo tiene igualmente de inútil y justificadamente despreciable cuando las comunidades pierden de vista la alegría de su condición de esposas del Señor, fidelísimas, abnegadas, llenas de delicadeza, que se sacrifican unas por otras y rivalizan sin darse cuenta, tanto como les permite su salud y su alma, en lograr una expresión comunitaria y eclesial de lo que es la esperanza en Dios y el servicio a los hombres en la mayor y más radical indigencia que la humanidad padece: la de la presencia de Dios.

En una sola frase resumiría cuanto quiero deciros, y es ésta: *mantened a todo trance vuestra propia identidad*. Las monjas de clausura deben ser precisamente

así, de clausura, sin interpretaciones laxas de lo que la Iglesia os permite en determinadas circunstancias. A vuestra oración y vuestro sacrificio por amor debe acompañar siempre un clima de silencio, de recogimiento, de pobreza austera, de trabajo ordenado.

Los que dicen que la clausura hoy es inactual y que deben prevalecer sistemáticamente otras formas de vida religiosa, porque ésta es inútil, son unos locos. No hagáis caso tampoco a los que llegan hasta vosotras, por uno u otro medio, diciéndoos que hay que servir a los hombres, a las organizaciones de apostolado, al mundo seglar, a la familia, poniéndoos a disposición de todos y dejando lo particular de vuestro estado, para dar mayor testimonio de caridad.

Decid que sí, que hay que hacerlo. Pero añadid que vosotras lo hacéis con vuestro propio género de vida, que nadie debe arrebatáros. Y que si, para ese intervencionismo que os piden, es necesario que se funden congregaciones religiosas o que tengan más vocaciones las que ya se dedican a ello, que las funden ellos o que trabajen por lograr esas vocaciones sin intentar quitaros la vuestra.

Añadid también que deseáis vivir hondamente los problemas de la Iglesia y del mundo, el ecumenismo, el de la fe activa y generosa, el de la renovación litúrgica, el de la formación teológica y bíblica adecuada, el de la justicia social y el trabajo de acuerdo con la dignidad humana, es decir, todo lo que la Iglesia santa os señala, pero que para eso, y conforme a vuestra vocación, pedís silencio, oración y contemplación de Dios y apartamiento de todo lo que pueda turbar vuestra específica y propísima condición.

La nieve de las montañas tiene que seguir siendo nieve. Si se pretende que ya en la cumbre sea agua caudalosa que riega la tierra, nos quedaremos sin caudal que corra después por los cauces lejanos y sin nieve que alimente los manantiales en la cumbre. Cada cual a lo suyo, a su tarea, a su función propia y todos ayudándonos a todos: *éste es el camino*.

Pensad también cada una en vuestras hermanas, las que forman parte de vuestra comunidad. Una excesiva atención a problemas personales o familiares propios puede dañar no sólo a vosotras, a cada una, sino también al conjunto de la comunidad con la que tenéis contraídas particulares obligaciones. No se trata de desconocer los derechos de la persona humana, como ahora tan indiscriminadamente se dice, sino de tener presente que la profesión se ha hecho dentro de una orden religiosa, con respecto a la cual, y sus comunidades en concreto, se han contraído las obligaciones honrosas de velar por el mantenimiento de la unidad y el perfeccionamiento progresivo de todas, exigencia ineludible de la caridad fraterna que quedaría prácticamente anulada si prevalece un inmoderado afán de seguir satisfaciendo anhelos que en otras circunstancias podrían ser legítimos.

Beatriz de Silva y María de Jesús conocieron y vivieron los problemas de su tiempo, y eligieron una determinada forma de ser testigos del amor de Dios y a los hombres sus hermanos. Pudieron haber elegido otra, porque eran libres. Hecha la elección, supieron ser fieles. Este es el secreto de la vida religiosa. Todas las renovaciones serán inútiles si se pierde el afán de una mayor

perfección, en el sentido en que el Magisterio de la Iglesia y los ejemplos de los santos se señalan.

A todas os bendigo y para todas deseo que la celebración del doble acontecimiento represente un aumento en el anhelo de perfección y santidad que debe distinguiros.

Y a vosotros, sacerdotes y fieles de la ciudad y pueblos de la Archidiócesis, os pido que valoréis la importancia espiritual de este doble hecho, que os unáis conmigo y con las Ordenes religiosas de Concepcionistas y Carmelitas descalzas para dar gracias a Dios por el honor que la Iglesia ofrece a dos de sus hijas, y que os esforcéis todos por vivir una vida cristiana de más oración y sacrificio, para mejor cumplir vuestras propias obligaciones para con Dios y para con la sociedad.

A todos los párrocos y rectores de Iglesias *ordenamos* que un día de octubre, para honor de la que va a ser Santa Beatriz de Silva y otro de noviembre para la que será la Beata María de Jesús, celebren una fiesta en sus parroquias y templos, explicando a los fieles el contenido de esta carta pastoral que os he escrito pensando en la Iglesia, en Toledo y en nuestro propio estado de vida, que tanto necesita de la gracia de Dios y del ejemplo de los Santos para perseverar en el camino de la virtud.

Os bendigo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

SAN BENITO, HUELLA DE DIOS EN LOS CAMINOS DE LA IGLESIA Y «VERDADERO GIGANTE DE LA HISTORIA»

Carta Pastoral publicada con motivo del XV Centenario del nacimiento de San Benito. Texto del BOAT, marzo de 1980, 155-185.

A LAS COMUNIDADES RELIGIOSAS, SACERDOTES Y FIELES DE LA DIÓCESIS

Venerables hermanos y amados hijos:

En este año de 1980, la Iglesia y la cultura celebran el XV Centenario del nacimiento de San Benito de Nursia, personaje de talla universal, «verdadero gigante de la historia» –según frase feliz de Juan Pablo II¹– cuya figura bien puede ser colocada al lado de los grandes adalides que más honda huella han dejado en el mundo.

Su vida fue un acto generoso de entrega total a Dios, un holocausto perenne de amor a Cristo. San Benito es un gran maestro cuyas enseñanzas rebosan de contenido evangélico. Porque si fue grande en su vida por la irradiación que ejerció en la Iglesia, esa grandeza se agiganta a medida que los siglos transcurren, por cuanto continúa viviendo su espíritu en las legiones de monjes que se hallan esparcidos por todo el ámbito de la tierra.

Pío XI, hablando a los benedictinos de San Anselmo de Roma, reconoce «la figura sublime de su fundador, que domina, por decirlo así, el horizonte de los siglos y de la historia, por razón de la huella luminosa que este verdadero gigante de la vida religiosa ha dejado a través de los siglos»². Pío XII escribió en su *Fulgens radiatur*: «Benito de Nursia resplandece fulgurante como astro en medio de las tinieblas de la noche y es honra de Italia y de toda la Iglesia»³.

No es la primera vez que nos ocupamos de este glorioso santo. Hace algunos años se celebró en Madrid el V Congreso de la Asociación de San Benito, Patrono de Europa. Con tal motivo me tocó intervenir en el mismo con una conferencia que lleva por título *La contemplación, alma de la civilización del mañana*⁴. En ella pude escribir sobre diversos aspectos de la vida contemplativa que San Benito difundió por Europa.

De nuevo deseo reflexionar sobre él, aprovechando la feliz oportunidad que nos brinda el XV Centenario de su nacimiento. San Benito es inagotable. En su figura excelsa, por más que se la estudie, quedarán siempre nuevas facetas por descubrir, valores insondables que admirar, ejemplos maravillosos dignos de ser propuestos para el bien de las almas.

¹ JUAN PABLO II, *Homilía en Montecasino*, 17 de mayo de 1979: IGP 1979, II, 1, 1157.

² *Discorsi di Pio XI*, vol. II, Torino 1960, 494.

³ Pío XII, Encíclica *Fulgens radiatur*: DER IX, 477.

⁴ Conferencia publicada en 1974 por la editorial Studium, Madrid 124 págs. y reproducida en el volumen II de esta serie, *Santa Madre Iglesia*.

La feliz coincidencia de contar en la diócesis con una comunidad de monjes del Císter en vías de formación, con otra de religiosas benedictinas y otras cuatro de religiosas cistercienses –que tienen a San Benito por principal Padre y Legislador– me ha movido a ofreceros esta Carta Pastoral, que trata de ser canto de alabanza al glorioso Santo; llamada apremiante a sus hijos, para que profundicen en su espíritu y vivan en plenitud sus enseñanzas; exhortación a todos los fieles para que, unidos de corazón a los hijos de San Benito, honremos al Santo, mediante la práctica de los ejemplos admirables que sigue ofreciéndonos este gran bienhechor de la humanidad.

Divido mi trabajo en tres partes principales:

- I. La persona de San Benito.
- II. La obra de San Benito.
- III. Irradiación perenne de su espíritu.

I. LA PERSONA DE SAN BENITO

El inmortal Balmes, después de trazar un cuadro impresionante de la sociedad de la segunda mitad del siglo V, donde, a su modo de ver, «todo se desmorona en ella, todo se cae a pedazos, todo perece: la religión, la moral, el poder público, las leyes, las costumbres, las ciencias, las artes, todo ha sufrido pérdidas enormes, todo está zozobrando», otea en el horizonte la figura de San Benito, y lo presenta como ángel de luz, que libra al mundo, por medio de sus reglas e instituciones, de la disolución de que estaba amenazado, infundiéndole así un principio de vida nueva.

Es más, para él, San Benito es el gran enviado de Dios: «Si no queremos mirarle –dice– como inspirado del cielo, al menos debiéramos considerarle como uno de aquellos hombres que de vez en cuando aparecen sobre la tierra cual ángeles tutelares del humano linaje»⁵. No es extraño que Pío XII le llamara *Padre de Europa*.

Nacimiento

«Nursia puede gloriarse de haber sido la cuna de uno de los hombres más glandes de la historia»⁶. Su aparición en el mundo –concretada hacia el año 480– coincidió con el hundimiento en el abismo del imperio creado por sus antepasados: por doquier reinaba el caos, la anarquía, el desorden.

Descendiente de una familia patricia, San Gregorio dice que fue desde la cuna «verdaderamente bendito por gracia y por nombre», habiéndose hermanado en él de modo admirable la naturaleza y la gracia. Escogido por Dios para ser el padre del monaquismo occidental, le fue dado presenciar, desde los primeros años, ejemplos magníficos de vida consagrada, por cuanto en los alrededores de Nursia existían multitud de ermitas, habitadas por hombres segregados del

⁵ J. BALMES, *El protestantismo comparado con el catolicismo*, cap. 41: BAC 48², Madrid 1967, 413-414.

⁶ Pío XII, *Fulgens radiatur*: DER IX, 478.

mundo y entregados al ascetismo. Se explica así que naciera en él, y se fuera desarrollando en el correr de los años, la estima y aprecio por la vida monástica.

Sus padres, una vez consagrada su hija Escolástica a Dios en un monasterio de vírgenes, deseosos de que el hijo se formara debidamente en las ciencias, le enviaron a Roma, no se sabe si con ánimo de que cursara una carrera civil, o más bien para destinarle al servicio del altar. Le acompañó en esta primera etapa de alejamiento del hogar, su nodriza, una buena mujer de costumbres irreprochables, que desempeñaría para él la misión de ángel tutelar mientras viviera alejado de la casa paterna.

Se ignora el tiempo que el Santo permaneció en Roma. San Gregorio da a entender que no llegó a terminar sus estudios, sino que, cansado del ambiente frívolo y de la corrupción reinante en la ciudad, se decidió a poner en práctica unas inclinaciones íntimas que desde hacía tiempo venían sacudiendo con fuerza su alma. Las continuas lecturas sobre los Padres del desierto, la meditación asidua de la palabra divina y el atractivo de la vida solitaria, le llevaron a renunciar a este mundo para vacar a sólo Dios.

Pío XII, en la citada encíclica *Fulgens radiatur*, sintetiza en breves rasgos la conducta de Benito en este primer contacto con el mundo paganizado: «En su juventud —escribe— fue enviado a Roma, a cursar los estudios de las artes liberales, y allí vio con harto dolor de su alma serpear las herejías y todo género de errores deformando engañosamente muchas inteligencias; vio que las costumbres privadas y públicas estaban muy decaídas y que muchísimos jóvenes se revolcaban miserablemente en el cieno de los vicios..., mas él, prevenido por la gracia de Dios, jamás entregó su espíritu a ningún placer»⁷.

Fue entonces cuando, alejándose de Roma, buscó una región silvestre y solitaria para poner a salvo el tesoro de su inocencia y poder dedicarse sin estorbos a la contemplación de las cosas celestiales. La gruta de Subiaco llenó por completo los anhelos de su corazón sediento de sólo Dios, iniciando allí una vida más angélica que humana.

Admira el que habiendo en Roma varios monasterios poblados de monjes, dedicados a la alabanza divina, Benito prefiriera retirarse al desierto. Sin duda el ambiente mundano que les rodeaba, lo consideró como grave obstáculo que le impediría atender a su vocación de verdadero monje contemplativo, o solitario, equivalente a hombre segregado del mundo. Huyó del torbellino con el propósito decidido de ser todo de Dios, *soli Deo placere cupiens*, y renunció generosamente a los bienes materiales y fugaces de esta vida con la ilusión firme de poseer los eternos. «Se separó de los hombres —a los que continuó amando— para volver a encontrarlos en Dios.»

El ermitaño

Admirable se mostró San Benito desde su misma juventud al darse cuenta tan pronto de los peligros que asedian al hombre en el mundo, y procurar por todos los medios poner a buen recaudo el tesoro de su vida no manchada. La soledad

⁷ *Ibíd.*

le atraía con fuerza insistente, para mejor sumir su alma en la contemplación de Dios, y hacia la soledad encaminó sus pasos.

Acompañado de la buena nodriza, que seguía cuidando de él como verdadera madre, dejó Roma; salió por la vía Tiburtina y encaminó sus pasos hacia la cuenca del Anio. Allí, entre las ásperas montañas Sabinas, iba a encontrar bien pronto el refugio adecuado para dar rienda suelta al conocimiento y a la imitación de Cristo, a vivir alejado de todo ruido mundano, practicando con asiduidad la oración y la mortificación de la carne. Tenía que ahondar los cimientos de una sólida espiritualidad, porque, sin él saberlo, estaba destinado por el cielo para ser padre de una innumerable multitud de almas.

San Gregorio –principal biógrafo del Santo– escribe en sus *Diálogos*: «Puedo decir que este santo varón vivía consigo mismo, porque velaba siempre sobre su alma y se mantenía siempre en la presencia de su Creador, se examinaba continuamente y no permitía que la mirada de su alma se derramara al exterior»⁸. Con razón podrá después proponer a sus hijos el primer grado de humildad, que no tiene otro significado que reflejar las líneas maestras de su propia conducta. «Piense el hombre –escribirá más tarde– que Dios le está mirando a todas horas desde los cielos, y que la mirada de la divinidad ve en todas partes sus acciones, y que los ángeles le dan cuenta de ellas a cada instante»⁹. Tal es el eco de aquellas reflexiones profundas de Subiaco, donde el joven mancebo comenzó a practicar lo que era axioma entre los monjes medievales: vivir constantemente *in coelestibus*, en ese mundo sobrenatural del que San Benito nos descorrió el velo en su santa Regla.

Al lado de la oración continua, practicaba la mortificación característica de los grandes penitentes del desierto. El monje Román se encarga de dirigir sus primeros pasos y de proveer a su frugalísima alimentación. Los progresos del anacoreta de *Sacro Speco* –nombre con el que quedaría inmortalizada la cueva de Subiaco– correspondieron a los de un alma de absoluta entrega a Dios, que vive en una austeridad de vida impresionante y para el que la oración y contemplación de las cosas divinas constituían sus delicias.

Pero fue preciso que la tentación sacudiera con violencia su alma para purificarla más y más. Hasta aquella soledad llegó el tentador con sus sugerencias contrarias al espíritu, de las que el joven asceta se tomó muy pronto justa venganza. Ya sabemos cómo. La gracia desbordante le llevó al acto heroico de arrojarle entre unos matorrales de espinas y ortigas, quedando amortiguada la fogosidad de su carne, hasta tal punto que Dios le libró del agujón de la voluptuosidad, en premio de su heroísmo.

El joven patricio continuaba firme en su resolución de agradar sólo a Dios, elevando hacia Él su continua oración, con la confianza de un hijo, y recibiendo en recompensa las comunicaciones secretas del amor. El mundo se le presentaba cada vez más lejano; a su gruta llegaba únicamente el eco del torrente que más abajo, en el valle, se despeñaba entre la fronda; y sólo de

⁸ Debemos a San Gregorio Magno la mayoría de las noticias conocidas sobre San Benito. Su libro *Los Diálogos* se lee con el encanto de las *Floreillas de San Francisco de Asís*. Cf. G. M. COLOMBAS, L. M. SANSEGUNDO y O. M. CUNILL, *San Benito, su vida y su Regla*, BAC 115², Madrid 1968, 185.

⁹ *Regla de San Benito*, VII, 13: BAC 115²: 401.

cuando en cuando el sonido de la campanilla, agitada por su confidente íntimo, el monje Román, interrumpía su contemplación para indicarle que era la hora de recibir un parco alimento. El Santo recogía la cestilla con las pobres viandas, y se sumergía nuevamente en su habitual ocupación.

Abad exigente

Llevaba varios años disfrutando de los encantos de aquella soledad. Después de profundizar en los caminos del espíritu y de haberse fortalecido su alma contra la tentación, permitió Dios que aquel tesoro escondido se descubriera a la faz del mundo. Unos pastores se acercaron a la gruta, se percataron de la vida que en ella llevaba nuestro anacoreta, y difundieron la fama del joven penitente por toda la comarca. Pronto comenzaron a menudear las visitas. Unos por curiosidad, otros por admirar la obra de la gracia, y algunos con ansias de imitación. El desfile aumentaba cada día.

Desde entonces, la gruta de *Sacro Speco* –que había sido escenario de los más ardientes anhelos y de las más sublimes comunicaciones– dejó de ser un lugar solitario. El anacoreta Benito recibía a todos con entrañas de caridad, les consolaba en sus penas, les fortalecía en la fe, y, más de una vez, con su oración, consiguió de Dios milagrosas curaciones de enfermos.

Vivían no lejos de Subiaco, una especie de ermitaños que se hallaban vinculados por lazos de cierta hermandad piadosa. Vivían de dos en dos o individualmente, y prestaban alguna obediencia a un superior, como a su abad. La tradición ha conservado el nombre de este eremitorio. Se llamaba *Vicovaro*. Habiendo tenido noticias de la existencia de Benito, y llevados de la celebridad de su vida penitente, hicieron la propuesta formal de que aceptase la dirección de sus almas. El Santo rehusó en un principio, pero tanto le importunaron, que al fin accedió a ser el abad de aquel grupo de consagrados, abandonando su amado retiro y yéndose a vivir con ellos.

A pesar de que amaba la soledad completa, sin embargo, reconocía el nuevo abad las ventajas que sobre ella posee la vida cenobítica. Por eso, su primera actuación fue reunir a todos en un monasterio a fin de que se sometieran a una regla, con los mismos rezos, idénticas horas de trabajo, «no permitiendo a nadie desviarse como antes por actos ilícitos a derecha ni a izquierda»¹⁰. Pero aquellos hombres acostumbrados a vivir en la holganza, a satisfacer los caprichos de su propia voluntad, mostraron bien pronto el disgusto de haber puesto los ojos en él para tenerle por superior. Pronto en la comunidad no hubo más que un solo deseo: deshacerse de aquel abad que exigía, juzgaba y corregía.

Un día, al sentarse a la mesa, le mostraron la vasija del vino para que la bendijese, según costumbre. El Santo trazó sobre ella la señal de la cruz e inmediatamente se deshizo la vasija en pedazos. Comprendió que la vasija estaba envenenada. Con toda sencillez, sin inmutarse, se levantó de la mesa diciendo: «Que Dios omnipotente tenga piedad de vosotros, hermanos. ¿Por qué hacéis esto conmigo? Ya os dije a tiempo que mis costumbres eran

¹⁰ Cf. SAN GREGORIO MAGNO, *Los Diálogos*, libro II, cap. 3: BAC 115², 401.

incompatibles con las vuestras. Buscaos otro abad de acuerdo con vuestros caprichos; en lo sucesivo, no contéis conmigo.»

Rápidamente regresó a su soledad para continuar su vida de entrega total a Dios en la pura contemplación. Pero su fama había trascendido a toda la comarca, y las gentes sencillas no le dejaron saborear mucho tiempo las delicias de la vida retirada. Se presentaban sin cesar ante su gruta demandando orientación para sus vidas. El Santo, siempre dispuesto a amar y servir, a todos recibía compasivo remediándoles en sus necesidades.

Muchos de los visitantes quedaron contagiados ante aquel prodigio de virtud y entraron en deseos de imitar su vida. No despreció la oportunidad de hacer el bien, fundando con ellos varios monasterios de doce monjes cada uno, con un abad al frente que les gobernase. El se reservó algunos monjes para instruirlos más a fondo en la espiritualidad monástica. Así nació la nueva aventura de Subiaco que, gracias a la solícita vigilancia del Santo y al esmero que ponía en la elección de los sujetos a quienes confiaba el cuidado de los monasterios, llegó a obtener copioso fruto.

San Gregorio se extiende enumerando los muchos milagros obrados por San Benito, como aquel monje remiso y distraído en la oración a quién corrigió con una vara; o la fuente maravillosa que brotó en la cúspide de la montaña y que serviría para que los monjes no tuvieran que bajar a recoger el agua al fondo del valle; o el caso de aquel leñador a quien, trabajando a la orilla de un lago, se le salió el mango del hacha y fue a parar al fondo del agua, pero por la oración del Santo volvió a aparecer sobre la superficie; o aquel otro en que se cuenta que el niño Plácido, caído al lago por un descuido, se estaba ya hundiendo, pero lo supo a tiempo, por revelación divina, San Benito y advirtió: «Corre, hermano Mauro, que aquel niño que fue por agua ha caído en el lago y le arrastra la corriente». El joven monje corrió presuroso, se arrojó al agua y sacó a Plácido por los cabellos. Luego se admiraba de que hubiera caminado a pie enjuto, como San Pedro, sobre las aguas. San Benito lo atribuyó al mérito de la obediencia puntual del joven religioso, pero allí estaba Plácido para asegurar que, mientras duró el peligro, vio sobre su persona la cogulla o melote del santo abad. San Benito guardó silencio y sólo desplegó sus labios para advertir al muchacho que diera gracias a Dios y anduviera con más cuidado en lo sucesivo, cuando se acercara al agua.

El valle subiacense florecía bajo el régimen de padre tan solícito y bondadoso. La paz, el orden, la concordia absoluta reinaban en él. San Benito era reconocido y amado de aquellos monjes que a su sombra caminaban hacia la cumbre de la santidad.

El Santo se sentía feliz y alababa a Dios en el fondo de su corazón al ver el fruto que había comunicado a su esfuerzo, mas no tardaría en llegar la hora de una nueva prueba muy dura, que marca un nuevo hito en la historia de su vida.

Montecasino

La soledad de Subiaco seguía atrayendo las predilecciones de no pocos aspirantes. Todos, lo mismo monjes que campesinos, bendecían al forjador de

aquella obra, al padre que les había engendrado en Cristo y les conducía por una senda luminosa en el seguimiento de Cristo.

Sólo tenía un enemigo, un nuevo Amán que intentó por todos los medios acabar con la vida de nuestro Mardoqueo. Fue un sacerdote llamado Florencio. La envidia se apoderó de él, y no cesaba de perseguirle. Primero con calumnias, murmurando que Benito era un impostor, un hipócrita, un soberbio. Pero al ver que no conseguía nada, que el Santo permanecía inmutable, que las gentes corrían a su encuentro como a hombre enviado de Dios para remediar todos los males, cambió de sistema para ver si prosperaban sus intentos.

Un día, mandó que le preparasen un pan envenenado y se lo envió como obsequio. El Santo, que leía en lo oculto de los corazones, le agradeció el presente, pero mandó en seguida al cuervo que le visitaba a diario, que lo llevase lejos, a un lugar donde no pudiera hacer daño. El cuervo comenzó a graznar y a dar saltos extendiendo las alas sobre el pan, como dándole a entender el peligro que suponía tomar aquello en el pico. Pero Benito le instó a que lo tomara tranquilo, porque no iba a ocasionarle el menor daño. Obedeció puntualmente y lo llevó a un lugar escondido.

El sacerdote Florencio se desesperaba interiormente al ver su intento fallido y quiso probar por otro camino. Introdujo en los patios del monasterio un grupo de jóvenes descocadas que, con sus danzas procaces, turbaban la paz de la casa y servían de escándalo a los monjes. Esta treta diabólica llegó al corazón de Benito y reconoció que, para bien de sus hijos, debía alejarse de allí, aunque siguiera ayudándoles a distancia. No era una huida cobarde, sino una auténtica exigencia de mejor atención y ayuda.

Una vez asegurado el gobierno de los monasterios, emprendió la marcha en compañía de algunos monjes jóvenes, hacia la soledad de *Montecasino*. Se ignora de quién partió la idea de fijar su residencia en aquel nuevo destino. Se halla la ciudad de Casino, entre Roma y Nápoles, y a su vera se alza una colina llamada Montecasino. Pequeños riachuelos serpentean por las hondonadas de los valles. Desde la cúspide se descubre un amplio panorama que se extiende hasta las montañas del norte y del este, y por el oeste, la vista se pierde en el azul del mar. El lugar era, ya entonces, más pintoresco que Subiaco. Lugar de descanso, se transformó en centro de atracción universal, faro luminoso que irradiaría fulgores de espiritualidad nueva por todos los senderos del mundo. La historia habla por sí sola.

Allí tuvo lugar el bello episodio relacionado con su hermana Escolástica, mil veces narrado y siempre capaz de conmover a los espíritus que anhelan ver a Dios.

Vivía ésta en un monasterio de la llanura, no lejos de Montecasino. Cada año solían visitarse una vez, acudiendo ella al monasterio de los monjes; pero esta vez no pudo escalar la santa montaña, y San Benito descendió al valle, teniendo la entrevista en una granja del monasterio. «Estando aún sentados a la mesa, como se prolongara más y más la hora entre santas conversaciones, su religiosa hermana le rogó diciendo: Te suplico que no me dejes esta noche, para que podamos hablar hasta mañana de los goces de la vida celestial. Mas él le

respondió: ¿Qué estás diciendo, hermana? En modo alguno puedo permanecer fuera del monasterio.»

El cielo se hallaba completamente despejado. Escolástica, al oír la negativa de su hermano, entrelazando los dedos de las manos, apoyó en ellas su cabeza, orando fervorosamente a Dios para que no le privara de la compañía de su hermano. Al punto se desató una tremenda tempestad que impidió a los monjes emprender el camino de regreso, y así pudieron los dos hermanos pasar la noche en santas conversaciones.

San Benito, al ver el milagro patente, no pudo menos de exclamar: «Que Dios omnipotente te perdone, hermana. ¿Qué es lo que has hecho?». Ella, bromeando, le contestó: «Mira, te rogué a ti y no quisiste escucharme, pero mi Señor me ha escuchado: marcha ahora, si puedes, vete a tu monasterio». Imposible dar un paso aquella noche.

Era la última entrevista en la tierra. Tres días más tarde dejaba Escolástica esta vida y la cambiaba por la eterna. Su hermano ordenó recoger sus restos y trasladarlos a la cumbre de Montecasino, enterrándolos en el sepulcro que tenía dispuesto para sí.

Poco tiempo logró sobrevivir el hermano. La edad avanzada, los continuos achaques, unidos a las duras maceraciones de la carne y el dolor que le causó saber por revelación divina que aquel monasterio –objeto de sus predilecciones– había de ser muy pronto arrasado por los longobardos, cortaron el hilo de su vida, yéndose a gozar de la felicidad del cielo por la que siempre había suspirado, y hacia la cual había ordenado todos sus esfuerzos.

San Gregorio escribe con mano maestra todos los detalles que rodearon los últimos momentos de este esclarecido varón que «atestiguó con sus insignes obras y con su santidad la perenne juventud de la Iglesia, renovó con sus enseñanzas y con sus ejemplos las costumbres, y defendió los claustros con leyes más seguras y santas.»¹¹

II. LA OBRA DE SAN BENITO

La montaña casinense estaba dedicada, por entonces, a los dioses del paganismo y sobre su cima se alzaba un templo dedicado a Júpiter, rodeado de un tupido bosque considerado sagrado. Las autoridades de la ciudad pusieron en manos de Benito tanto la cumbre del monte como el templo, que él no destruyó, sino que trocó en iglesia cristiana, dedicándolo a San Martín de Tours, modelo de monjes, santo muy popular en aquellos tiempos. Únicamente derribó el altar de Júpiter, erigiendo sobre él una capilla en honor de San Juan Bautista, otro dechado de contemplativos.

Este proceder acertado de San Benito, al no destruir, sino transformar el templo pagano, sirvió de norma a imitar por sus hijos. Cuando años después, San Gregorio Magno enviara monjes a cristianizar Inglaterra, una de sus principales recomendaciones fue no herir la sensibilidad de los paganos, destruyendo sus

¹¹ Pío XII, *Fulgens radiatur*: DER IX, 479.

templos, sino llevarlos al convencimiento de que servían para dar culto en ellos al verdadero Dios.

San Benito llegó a Montecasino cargado de un bagaje de experiencia envidiable. Primero, la aventura de la soledad de *Sacro Speco*, luego el entrenamiento con los ermitaños disolutos de Vicovaro, y por fin, el gobierno de los monjes de Subiaco le colocaron en situación de privilegio para realizar lo más eficaz y definitivo de su vida.

La Regla

Mientras surgían vigorosos los muros de la nueva abadía –firme como las rocas donde se asentaba–, bullía en la mente de Benito algo muy importante que le traía inquieto. Reconocía que el monacato occidental carecía de normas concretas, precisas, adaptadas a la mentalidad del mundo romano, que sirvieran de guía a las almas consagradas. Entonces pensó en redactar una regla que resumiera la perfección evangélica y recogiera, a su vez, la espiritualidad monástica de Oriente y Occidente, imprimiéndole una impronta peculiar capaz de convertirla en algo sagrado, hasta el punto de merecer el apelativo corriente de Santa Regla por antonomasia. En algunos concilios el honor de ser colocada junto a la Biblia sobre el altar.

No vamos a entrar aquí en disquisiciones si San Benito es el autor de la Regla que lleva su nombre, o bien de la denominada *Regula Magistri*. Dejemos este tema para los investigadores. Preferimos acogernos con entera veneración y respeto a la primera, que le ha atribuido ininterrumpidamente una tradición de siglos, y que ha sido el yunque donde se han forjado tantos santos. Regla sabia, cargada de experiencia, resumen de la esencia más pura del cristianismo.

Esta *Santa Regla*, en la cual aletea el soplo del Espíritu Santo y que está revestida de un humanismo prodigioso, se impuso en los monasterios de Occidente ya desde el siglo VIII, no sólo en los fundados directamente por monjes benedictinos, sino también en los ya existentes. De tal manera obtuvo la preferencia sobre otras Reglas, que desde el siglo X puede decirse que todo el monaquismo occidental se regía por la sabia doctrina emanada del Patriarca de Montecasino.

Si se impuso a las demás reglas existentes, fue porque entraña auténticos valores, que son «el resultado, el fruto, la cima de toda la sabiduría acumulada al precio de múltiples experiencias en el monaquismo de la Iglesia desde sus orígenes»¹².

El autor ha dejado en ella un vivo reflejo de su persona, como diría San Gregorio: «Si alguien quiere conocer más profundamente su vida y sus costumbres, podrá encontrar en la misma enseñanza de la Regla todas las acciones de su magisterio, porque el santo varón, en modo alguno, pudo enseñar otra cosa que lo que él mismo vivió»¹³.

¹² J. LECLERCQ, *Espiritualidad occidental*, Salamanca, 1967, 72.

¹³ SAN GREGORIO MAGNO, *Los Diálogos*, libro II, cap. 36: BAC 115², 255.

Gracias a esta Regla maravillosa, obra de un monje experimentado, zarandeado por la adversidad y amigo de Dios, la vida monástica adquiere en Europa un sentido pleno y el monasterio se convierte en un remanso de paz inalterable en un mundo sacudido por las guerras y ambiciones humanas; en un oasis alegre y refrigerante en medio del desierto de la vida.

En ella el trabajo manual adquiere una nueva dimensión: guardará un puesto equivalente a la oración, al procurar que se hermane la actividad del cuerpo con la ascesis del espíritu. Perfecto conocedor de la literatura y vida de los monjes orientales, San Benito extraería de ella cuanto, a su modo de ver, era más adecuado para el progreso de las almas. Así resultó un todo armonioso; no un código árido e informe, una reglamentación rígida y fría de la vida monástica, sino un manual perfecto de ascesis, una guía incomparable de la vida espiritual –resumen del Evangelio– donde encuentran y alcanzan su cumbre la simplicidad y la prudencia, la severidad y la dulzura, la libertad y la dependencia, la corrección y la paciente espera.

Toda la trama ascética ordenada por el Santo está impregnada, recibe su calor y su fuerza de la palabra eterna contenida en la Sagrada Escritura. Cualquier prescripción que establece, busca su apoyo en la Biblia. Así resultó un prodigio de sabiduría armoniosa entre la tradición monástica y las constantes variaciones de los tiempos. Obra humana en apariencia, lleva el sello inconfundible y preciso de lo sobrenatural. Es la gracia, la inspiración, la que actúa en Benito cuando se sienta a redactar sus páginas; es el espíritu de Dios el que aletea en los puntos de su pluma.

En la Regla se advierte, se palpa el binomio humano-divino. El humano, San Benito, que vive en Dios y se considera instrumento del cielo para guiar almas, vive una espiritualidad trascendente, honda, que accede a trazar un camino destinado a ayudar a sus hermanos; el divino, Dios, que se vuelca en aquella alma con sus carismas y le pone en la pluma preceptos de vida que servirán para conducir a las almas por rutas seguras de salvación.

Pudiéramos extendernos y aducir las muchas alabanzas que se han tributado en todos los siglos a la Regla de San Benito, desde el Papa San Gregorio hasta el Pontífice reinante, Juan Pablo II; pero nos contentaremos con un texto de Pío XII. En la mencionada Encíclica *Fulgens radiatur*, con ocasión del XIV centenario de la muerte del Santo, el Papa Pacelli considera la Regla benedictina como «monumento insigne de sabiduría romana y cristiana, que regula los derechos, obligaciones y ministerios de los monjes con benignidad y caridad evangélicas, y que ha sido y es tan eficaz para estimular a tantos a la virtud y conducirlos a la santidad».

«En esta Regla benedictina se hallan coordinadas la mayor prudencia con la sencillez, la humildad cristiana con la más esforzada virtud, el rigor se temple con la dulzura y la conveniente sumisión se ennoblece con la sana libertad. En ella la represión es firme; la condescendencia y benignidad resultan agradables, por su suavidad; los preceptos conservan su pleno vigor, pero la obediencia da tranquilidad a los corazones y paz a las almas; agrada el silencio por su

gravedad, pero la conversación se adorna de atrayente gracia; y finalmente, la fuerza de la autoridad se ejercita, pero la debilidad tiene también su ayuda.»¹⁴

Resumiendo: La Regla benedictina es el más excelente tratado de vida ascética, que ha perseverado incólume durante siglos; ha sido troquel de millares de santos; y conserva su fragante lozanía aun en el momento actual en que todo se somete a examen y dura crítica. Esa abundante fecundidad, esa seguridad inmovible, estriba, a no dudarlo, en los principios básicos sobre los que está calcada su espiritualidad. Destacamos algunos de estos principios

Cristo

Es innegable que una de las peculiaridades más salientes de la Regla benedictina es ser *crístocéntrica*, es decir, todo en ella gira en torno a la figura radiante de Cristo.

Ya en los mismos umbrales del prólogo, San Benito presenta a sus hijos la idea de Cristo Rey. Les recuerda que la vida del hombre sobre la tierra es una constante milicia, que el monje no debe ser un soldado acuartelado y en reposo, sino un combatiente de vanguardia, que lucha día y noche bajo las banderas de Cristo, verdadero Rey. *Domino Christo vero Regi militaturus*¹⁵. ¡Sublime programa de vida para el monje!: marchar siempre en la vanguardia de la Iglesia de Cristo, luchando por su gloria, por la extensión de su reinado.

A ser apóstol de vanguardia le estimulan, no poco, algunas enseñanzas del sabio maestro, llenas de profundo contenido. Por ejemplo:

a) No anteponer nada al amor de Cristo: *nihil amoris Christi praeponere*¹⁶. Estas palabras condensan el grado de perfección más encumbrada. Es el primero de los mandamientos, tan reiteradamente recomendado por Jesús. Este amor exige la total entrega del corazón, con exclusión de todo otro amor terreno. Sólo Jesucristo es el que ha de llenar ese corazón.

Encaja con este sentir la doctrina luminosa y maciza de la *Imitación de Cristo*: «Tu amado es de tal condición, que no quiere admitir consigo a otro: porque quiere Él solo tener tu corazón y como Rey sentarse en su propio trono. Si acertares a vaciarte por completo de toda criatura, Jesús habitaría, de buena gana, contigo. Cuanto pusieres en los hombres, fuera de Jesús, lo tendrás perdido. No confíes ni te apoyes sobre la caña endeble, porque toda carne es heno y toda su gloria caerá como la flor del heno»¹⁷.

San Bernardo, el gran enamorado de Cristo, cuyo nombre llevaba –según confesión propia– «en la boca y en el corazón», escribiendo al joven Foulques, que seducido por los halagos y promesas de un familiar suyo abandonó la vida religiosa y volvió al siglo para hacerse canónigo regular, le amonesta y exhorta, en aquel su lenguaje encendido, a que primero se debe seguir la voluntad de Dios que dejarse arrastrar por los ruegos interesados de un pariente. Después de echarle dulcemente en cara la fealdad de su acción, le pone delante los

¹⁴ Pío XII, *Fulgens radiatur*: DER IX, 483.

¹⁵ *Regla de San Benito*, prólogo: BAC 115², 315.

¹⁶ *Ibid.*, IV, 21: 371.

¹⁷ *Imitación de Cristo*, libro II, cap. 7.

atractivos inexplicables del amor entrañable de Cristo y le dice: «Ciertamente, aún no has saboreado a Cristo y por eso ignoras a qué sabe, porque es imposible apetecer lo que se desconoce; o bien, si lo probaste y no te supo a mieles, señal es de que no tienes el paladar santo, por cuanto la Sabiduría de Dios dice expresamente: *Los que de mí comen, tienen siempre hambre de mí, y tienen siempre sed los que de mí beben*¹⁸. Cuando Cristo advierte que un alma se ha hartado de beber hasta la embriaguez, no se digna ofrecerle sus vinos, más dulces que la miel y el panal. Cuando uno ha apacentado sus ojos y su vientre con exquisita variedad de manjares, presentados en rica y vistosa vajilla, Cristo deja su corazón vacío de pan celestial.»¹⁹

b) Negarse a sí mismo para seguir a Cristo: *abnegare semetipsum sibi, ut sequatur Christum*²⁰. Son un eco patente de la condición impuesta por Cristo a todos sus seguidores: *Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame*²¹. La ley de la renuncia aflora insistentemente en todo el mensaje evangélico. Las palabras de Jesús son la resonancia de una vida en constante inmolación. Desde Belén al Calvario, toda ella fue una obediencia continua al Padre, un apurar a diario la copa del sufrimiento y la humillación. Por eso tiene derecho a exigir la renuncia de sí mismos a los que de veras quieren ser discípulos suyos.

El amor es tanto como don de sí, sed de renuncia y sacrificio en atención a la persona amada, sed tanto más ardiente, cuanto mayor sea el amor que se le tiene. Tal fue el amor que Cristo nos tuvo, al llevarle a la entrega total por amor nuestro: *Con un bautismo tengo que ser bautizado, y ¡qué angustia la mía hasta que no lo vea cumplido!*²² ¡Ojalá nuestro amor nos llevara a sentir ansia de inmolación como la sintió Cristo por nosotros! Que se cumpliera en nosotros el deseo del Apóstol: *Los que son de Cristo tienen crucificada su propia carne con los vicios y las pasiones*²³.

c) El pensamiento de Cristo debe presidir e informar todos los actos más salientes de la vida del monje. Así, cuando se trata de inspirarle una veneración y obediencia dócil a su abad, le pone delante como estímulo, que representa en el monasterio a la persona de Cristo —*Abbas Christi... agere vices in monasterio creditur*²⁴—; cuando se habla de inculcar atención y respeto en la acogida del huésped, quiere que se vea en él al mismo Cristo: *Omnes supervenientes hospites tamquam Christus suscipiantur*²⁵. Por último, para estimular al monje a permanecer fiel en el servicio divino, ningún incentivo puede presentarle más poderoso que hacerse digno «de participar, por medio de la paciencia, de los padecimientos de Cristo»²⁶.

¹⁸ Eclo. 24, 21.

¹⁹ San Bernardo, *Epistolario*, carta 2ª, 10: BAC 505, 75.

²⁰ *Regla de San Benito*, IV, 10: BAC 115², 371.

²¹ Lc 9, 23.

²² Lc 12, 50.

²³ Gal 5, 24.

²⁴ *Regla de San Benito*, II, 1: BAC 115², 347.

²⁵ *Ibid.*, LIII, 1: 609.

²⁶ *Ibid.*, prólogo, s.f.: 333.

Búsqueda de Dios

Si el fin de todo hombre es la búsqueda de Dios, con mayor razón podemos decir esto del religioso, que todo lo ha dejado por seguir de cerca los pasos de Cristo. San Benito, al organizar la vida monástica, no se propuso ningún fin peculiar para sus monjes, como pudiera ser: cuidar enfermos, dedicarse a la enseñanza, trabajar en las misiones o en el cultivo de las letras. Para llenar estos y otros fines irían surgiendo en la Iglesia otras familias religiosas que habrían de ilustrarla con sus obras de apostolado.

El fin primordial del monje, el norte que debe guiar los pasos de quien se acerca a un monasterio benedictino o cisterciense, es el deseo sincero y exclusivo de buscar a Dios. Las demás actividades que desarrolla en la vida monástica, no son otra cosa sino consecuencias y como manifestaciones de esa búsqueda del Sumo Bien.

Dios no consiente que el hombre halle su felicidad verdadera fuera de Él, ya que es el bien en toda su plenitud, y todas las criaturas juntas son incapaces de llenar el corazón humano: *Yo mismo seré tu recompensa grande y magnífica en extremo*²⁷, dijo Dios en otro tiempo al patriarca Abraham.

Para los cristianos, buscar a Dios no es ir a Él como simples criaturas que tienden a su primer principio y al fin último de su existencia, sino más bien tender a Él sobrenaturalmente, o sea, como hijos que quieren permanecer habitualmente unidos a su Padre por una voluntad llena de amor, por aquella *misteriosa adhesión a la misma naturaleza divina* de que habla el apóstol Pedro²⁸. Es tener y fomentar aquella intimidad real y estrecha con la Santísima Trinidad, llamada por San Juan *sociedad del Padre con su Hijo Jesús y en el Espíritu Santo*²⁹.

A esta intimidad honda se refería el salmista cuando cantaba: *Buscad continuamente su rostro*³⁰, es decir, buscad la amistad de Dios, asegurad su amor al modo como la esposa del Cantar de los Cantares, presa de las dilecciones del Amado, sorprende a través de sus ojos toda la ternura escondida en el fondo de su alma. Realmente, Dios es para nosotros un Padre lleno de bondad que desea hallemos en Él y en sus perfecciones inefables nuestra felicidad aun acá en la tierra³¹.

Para San Bernardo –aquel gran monje que vivió la espiritualidad benedictina en toda su hondura– «es un bien ciertamente inapreciable el buscar a Dios – *magnum quaerere Deum*–: entre los bienes del alma yo no conozco otro que se le pueda comparar, siendo éste el primero de los dones en los comienzos de la conversión y el último en los progresos de la perfección»³². Por eso exhorta a las almas a no buscar «nada como Dios, nada antes que Dios, nada fuera de Dios». Para llegar a esa ansia de Dios, señala el Santo tres etapas o escalones en grado ascendente:

²⁷ Gn 15, 1.

²⁸ 2P 1, 4.

²⁹ 1Jn 1, 3.

³⁰ Sal 104, 4.

³¹ C. MARMION, *Jesucristo, ideal del monje*, Barcelona 1956, 17.

³² SAN BERNARDO, *Sermón 84 sobre el Cantar de los Cantares*, 1: BAC 491, Madrid 1987, 1035.

Quaeramus veraciter, o sea, buscar a Dios sinceramente. Es lo mismo que buscarle con rectitud de corazón y lealtad de espíritu, no sólo con palabras, sino especialmente con obras. Le debemos buscar porque es nuestro Creador y Redentor, el que está derrochando sobre nosotros el tesoro inmenso de sus beneficios.

Quaeramus frequenter, sin cesar, de continuo y en todos los momentos de nuestra vida, empleando en ello todas las energías que están a nuestro alcance, no escatimando sacrificio alguno que nos imponga esta búsqueda.

Quaeramus perseveranter, es decir, durante toda nuestra vida. Que no haya un solo instante en ella que no vaya encaminado a buscar la voluntad de Dios. Es imposible llegar aquí abajo a la plena posesión de Dios; cuanto más avanzamos en la carrera, mayores horizontes iremos descubriendo.

Oficio Divino

Es uno de los elementos principales en que vive sumergido el monje, ya que dedica a él una parte considerable de la jornada y condiciona, por decirlo así, su vida. Porque el monje no tiene otra finalidad que la alabanza divina: es un profesional de la misma.

San Benito se muestra riguroso en sumo grado cuando se trata de estructurar el Oficio Divino. No quiere que se le anteponga ninguna otra ocupación por santa que sea: *nihil operi Dei praeponatur*³³. Quiere que se acuda a él con suma presteza: *Ad horam Divini Officii, mox auditum fuerit signum... summa cum festinatione curratur*³⁴, que los monjes se consideren en presencia de Dios, sobre todo cuando asisten a las horas del Oficio Divino, que se esmeren en cantarlo con máxima reverencia, conscientes de que los ángeles de la guarda dan cuenta a Dios de la manera como se ejecuta. Por último, no se contenta el Santo con una buena ejecución del rezo, recomienda lo principal, prestar una atención interna a la palabra de Dios, saborearla en el fondo del corazón: *Consideremus qualiter oporteat in conspectu Divinitatis et angelorum eius esse, et sic stemus ad psallendum, ut mens nostra concordet voci nostrae*³⁵.

San Benito ha inmortalizado una frase con que ha querido denominar el Oficio Divino, frase peculiar y exacta, al llamarle *Opus Dei*, Obra de Dios por excelencia, voz de la Iglesia suplicante que, como Esposa de Cristo, se dirige al Padre para adorarle; voz de un alma que tiene sed viva, esperanza segura y amor ardiente; fuente perenne de gracias sobre toda la humanidad.

Al estructurar el santo legislador de una manera tan detallada la regulación del Oficio Divino, tuvo presente el proceder de los monjes orientales, los cuales desde sus orígenes se mostraron entusiastas de la alabanza divina, según nos refiere San Juan Crisóstomo: «Estos hombres, lumbreras del mundo, se levantan llenos de fortaleza mucho antes de salir el sol, presurosos, vigilantes, porque no tienen cuidados excesivos ni preocupaciones de negocios, ni nada mundano que les absorba, antes su vida es semejante a la de los ángeles del cielo. Se

³³ *Regla de San Benito*, XLIII, 3: BAC 115², 569.

³⁴ *Ibid.*

³⁵ *Ibid.*, XIX, 67: BAC 115², 471.

levantan, repito, con la mayor presteza y, llenos de gozo, van a cantar en nutrido coro –como a una sola voz– himnos en honor del Dueño del Universo; celebran sus alabanzas y le dan gracias por todos los beneficios, tanto generales como particulares. ¿En qué se diferencian de los ángeles estos mortales que se reúnen para orar y cantar ‘Gloria Dios en el cielo y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad’?»³⁶.

Al hablar del Oficio Divino, no queremos pasar por alto algo que le está muy vinculado: el *canto litúrgico*. Efectivamente, los monjes han sido los conservadores a través de los siglos, mejor dicho, han sido los creadores de una liturgia propia, cuya principal expresión es el *canto gregoriano*, conservado y transmitido por ellos desde la más remota antigüedad. Este canto gregoriano, impregnado de profundo misticismo y fuerte unción religiosa, fue adoptado por la Iglesia como propio y recomendado vivamente en distintas ocasiones, sobre todo, en el presente siglo.

Nos basta recordar las palabras luminosas de Pío XII en su encíclica *Mediator Dei*. Se advertía ya en su tiempo un ansia desmesurada de cambio, un deseo de introducir músicas nuevas, no siempre en consonancia con el lugar sagrado y con la tradición de la Iglesia. El Papa trata de ilustrar debidamente aquellas corrientes, y escribe: «En cuanto a la música, obsérvense escrupulosamente las fijas y claras normas promulgadas ya por esta Sede Apostólica. El canto gregoriano, que por ser herencia recibida de antigua tradición, tan cuidadosamente tutelada durante siglos, la Iglesia Romana considera como cosa suya y cuyo uso está recomendado al pueblo e incluso terminantemente prescrito en algunas partes de la liturgia, no sólo proporciona decoro y solemnidad a la celebración de los sagrados, misterios, sino que contribuye a aumentar la fe y la piedad de los asistentes»³⁷.

Recuerda el Papa, y hace propias, las disposiciones de San Pío X y Pío XI de que se cultive el canto gregoriano no sólo en los seminarios, sino también en los institutos religiosos. Incluso, añade, se debe establecer entre los fieles el uso del canto gregoriano en la parte que les corresponde³⁸.

Este canto, custodiado con singular esmero en el seno de los monasterios, que ha alimentado la piedad de la Iglesia durante siglos, ha sufrido en los últimos años una crisis tan honda como jamás había conocido. Y no se crea que los Pontífices han variado un ápice en esta materia. Lo único que han aceptado ha sido la introducción de la lengua vernácula en el Oficio y tal vez cierta libertad en la introducción de algunas melodías nuevas, pero nunca han permitido se destierre el canto gregoriano. No podemos extendernos en confirmar con testimonios fehacientes estas afirmaciones, pero no es posible omitir unos conceptos llenos de dolor y angustia del Papa Pablo VI, ante el sesgo que iban tomando los coros monacales a poco de finalizar el Vaticano II. Dirigiéndose a los superiores generales de las religiones clericales con obligación coral, les decía: «Nos hemos cerciorado por cartas de algunos de vosotros y por muchas informaciones de distinta procedencia, que algunos cenobios y provincias vuestras –nos referimos sólo a los que pertenecen al rito latino– han adoptado

³⁶ SAN JUAN CRISOSTOMO, *Homilía 58 sobre San Mateo*: BAC 141, 156.

³⁷ Pío XII, *Mediator Dei*: DER IX, 555.

³⁸ *Ibid.*

diferentes costumbres en la celebración de la Sagrada Liturgia: unos conservan fielmente el latín en el oficio coral; otros desean ardientemente la lengua vulgar; otros aquí y allí quieren cambiar el canto gregoriano por cantinelas compuestas en nuestros días, y, lo que es más, han exigido que se suprima la misma lengua latina. Es preciso confesar que nos sentimos profundamente conmovidos y embargados de tristeza por semejantes peticiones».

Insiste luego el Papa Montini en que «se mantengan en vigor estas normas», tanto en lo que se refiere a la lengua a emplear como al canto gregoriano, y aunque luego concedió cierta amplitud en ambas cosas me consta que fue enteramente contra su voluntad. «El coro –llega a decir– de donde quedase suprimida la lengua latina, que traspasa las fronteras de las naciones y goza de maravillosa fuerza espiritual, y el canto nacido del fondo del alma, donde se asienta la fe y arde la caridad, es decir, el canto gregoriano, será semejante a un cirio apagado que ha cesado de iluminar y de atraer hacia sí los ojos y las mentes de los hombres»³⁹.

Oración mental

Al dirigirme principalmente a almas contemplativas, cuya vida está inmersa en Dios, no puedo menos de dedicar una atención especial a esta práctica tan propia del monaquismo, que lo sostiene, vigoriza y hace fecundo plenamente. Me refiero a la oración mental, tan recomendada por los autores ascéticos a toda alma que aspire a vivir vida interior.

San Benito exhorta a sus hijos –no podía ser menos– a ser almas de oración. Ya en los comienzos del prólogo, el primer aviso que da a los monjes es pedir a Dios «con oración muy fervorosa y continuada que perfeccione cualquier buena obra que emprendan»; ocuparse con frecuencia en la oración: *orationi frequenter incumbere*⁴⁰; llorar en la oración los pecados cometidos. Y no pide que se dediquen a ella muchas horas, sino que en comunidad sea breve y pura la oración, *brevis debet esse et pura oratio*⁴¹, a no ser que se prolongue por inspiración e impulso de la divina gracia.

Ello se debe a que en su mente el Santo supone que sus monjes viven sumergidos en la oración continua. De aquí el silencio riguroso que les exige, la *lectio divina* en horas determinadas, la vida litúrgica intensa, todo ello forma un clima apropiado y sirve de incentivo para fomentar en el monje esa vida de oración casi permanente.

Pío XII, al dirigirse al prior de la Cartuja de Vedana, con motivo del V centenario de su fundación, destacó la notable influencia que puede irradiar una vida de oración monástica, cuando dijo: «esforzaos en gran manera por ser del número de aquellos que se proponen hacer lo que Moisés, puesto frente a la faz del Señor, en la cumbre del monte, orando brazos en alto y suplicando al Dios eterno, mientras el pueblo en la llanura luchaba contra el enemigo⁴². Con

³⁹ PABLO VI, Carta *Sacrificium laudis*, a los Superiores Generales de las órdenes monásticas clericales, 15 de agosto de 1966: *Cistercium* 19 (1967) 9-13.

⁴⁰ *Regla de San Benito*, IV, 56: BAC 115², 378.

⁴¹ *Ibid.*, XX, 4: 477.

⁴² Cf. Ex 17, 9-12.

vuestras oraciones y con vuestras virtudes alcanzad de Dios para esta multitud vacilante, trabajosa y rodeada por todas partes de ejércitos enemigos de las almas, la paz, la concordia, y, sobre todo, aquella sabiduría de las cosas celestiales de la que tanta necesidad tienen»⁴³.

Juan Pablo II, hablando en Méjico a las religiosas, les señalaba las luces y sombras en el momento actual de la Iglesia. Refiriéndose a estas últimas, les decía: «Tampoco faltan ejemplos de confusión acerca de la esencia misma de la vida consagrada y del propio carisma. A veces se abandona la oración, sustituyéndola por la acción; se interpretan los votos según la mentalidad secularizante que difumina las motivaciones religiosas del propio estado; se abandona con mucha ligereza la vida en común.»

Seguidamente, saliendo al paso, para evitar tales deslices y queriendo afianzar las almas en la palabra de fidelidad dada a Cristo, prosigue: «No olvidéis nunca que para mantener un concepto claro del valor de vuestra vida consagrada, necesitáis una profunda visión de fe, que se alimenta y mantiene en la oración (PC 6), la misma que os hará superar toda incertidumbre acerca de vuestra identidad propia, que os mantendrá fieles a esa dimensión vertical que os es esencial para identificaros con Cristo desde las bienaventuranzas y ser testigos auténticos del Reino de Dios para los hombres del mundo actual»⁴⁴.

El mismo Pontífice reinante destacaba la eficacia de la oración cuando, dirigiéndose a la Unión de Superiores Generales, les decía: «No debéis temer, queridos hermanos; recordad frecuentemente a vuestros hermanos que un rato de oración y verdadera oración tiene más valor y fruto espiritual que la más intensa actividad, aunque se tratase de la misma actividad apostólica. Esta es la 'contestación' más urgente que los religiosos deben oponer a una sociedad donde la eficacia ha venido a ser un ídolo, sobre cuyo altar no pocas veces se sacrifica hasta la misma dignidad humana»⁴⁵.

Sed, queridos monjes, almas de oración; ahondad cuanto podáis en los caminos de la oración, y enseñad al mundo la manera de aprovechar y llenar una vida, hoy que tantas energías se pierden por causa de la frivolidad que nos rodea. Que vuestros monasterios sean escuelas de oración, oasis refrigerantes en medio del desierto de la vida, centros de irradiación espiritual para un mundo que camina a la deriva, porque se menosprecian los grandes valores del espíritu.

Trabajo

A la oración litúrgica y a la oración mental podemos añadir un tercer elemento característico de la vida monástica, que desde los primeros tiempos ocupó la vida de los monjes. Estos tres elementos quedaron sintetizados en aquella frase, de hondo sabor benedictino, *Ora et labora*, que ha sido, en rigor, la trayectoria seguida por todos los hijos de San Benito, modelos de actividad en todos los campos, porque no hay trabajo alguno al que ellos no se hayan dedicado,

⁴³ Pío XII, Carta al Prior de la Cartuja de Vedana (Italia), P. Gerardo Ramakers, 4 de agosto de 1956: AAS 48 (1956) 615.

⁴⁴ JUAN PABLO II, *Discurso a las religiosas*, 27 de enero de 1978: IGP 1978, II, 1, 178.

⁴⁵ JUAN PABLO II, *Discurso a los Superiores Generales*, 26 de noviembre de 1978: IGP 1978, I, 205.

habiendo salido de los claustros los mejores maestros especializados en todos los ramos del saber humano.

Pero, aunque no es éste el lugar de extendernos en esta materia, no obstante, queremos destacar entre sus mejores logros aquella clase de actividad a que se dedicaron, suficiente ella sola para asegurarles el reconocimiento universal. A ellos se debe la transmisión del inestimable tesoro de la cultura antigua. Los monjes benedictinos de la Edad Media son el anillo de enlace entre la antigüedad y el mundo moderno. Sin el tesoro literario de griegos y romanos –recogido cariñosamente por los monjes– faltaría a la cultura moderna uno de sus principales fundamentos.

El trabajo cae dentro de la órbita del homenaje con que la criatura racional debe honrar a su Creador: es una de las leyes impuestas a la naturaleza humana. Su fundamento estriba en el precepto bíblico. Después de la creación del mundo, añade la Biblia que Dios creó al hombre y le puso en el paraíso para que lo cultivara y lo guardara, *ut operaretur et custodiret illum*⁴⁶. Ya antes del pecado estaba impuesta la ley del trabajo, pero de manera muy distinta a como es ahora: era una labor fácil, sin molestia alguna, una especie de himno de alabanza al Supremo Hacedor. Pero después de la caída cambió por completo el panorama: lo que era recreación fecunda se trocó en doloroso deber ingrato a la naturaleza. Ya se lo dijo Dios al primer hombre: *Comerás el pan con el sudor de tu frente*⁴⁷.

San Benito, que no señala a sus monjes de una manera explícita el uso de cilicios ni disciplinas, introduce, sin embargo, este excelente medio de mortificación, dedicándole un largo capítulo en que reglamenta minuciosamente la actividad del monje⁴⁸. Según él, todo el tiempo disponible, después del Oficio Divino y de la *lectio divina*, se debe dedicar al trabajo manual. Sienta como principio fundamental aquellas palabras *otiositas inimica est animae*, la ociosidad es enemiga del alma; permite que haya en el monasterio artistas que ejerciten su ingenio, pero exigiéndoles que no sean arrastrados de la avaricia cuando se trate de vender el fruto de su arte⁴⁹; sólo en caso de necesidad pueden los monjes recoger las mieses por sí mismos⁵⁰.

«El insigne patriarca –diremos con Juan XXIII– puso por fundamento de su gran familia religiosa la oración. La oración contemplativa, recitada y cantada, y juntamente con ella el trabajo intelectual y material, de manera que en todas partes donde llegaron los benedictinos, surgió una floreciente civilización de trabajo y bienestar, difundida a lo largo de los siglos, de cuyos frutos se goza aún en el mundo»⁵¹.

Digamos, por último, que San Benito prescribe a sus monjes un trabajo no de mero pasatiempo, sino dignamente remunerador: «Entonces serán verdaderos monjes cuando vivan del trabajo de sus manos como nuestros padres y los apóstoles»⁵². No quiere que se entreguen a la mendicidad, ni sean gravosos a

⁴⁶ Gn 2, 15.

⁴⁷ *Ibid.*, 3, 9.

⁴⁸ *Regla de San Benito*, XLVIII, BAC 115² 586-593.

⁴⁹ *Ibid.*, LVII: 630-633.

⁵⁰ *Ibid.*, XLVIII, 7-9: 589.

⁵¹ JUAN XXIII, apud *L'Osservatore Romano*, 23 de marzo de 1962, p. 3.

⁵² *Regla de San Benito*, XLVIII, 8: 589.

nadie, sino que se abastezcan a sí mismos con su propio trabajo, como lo hacía el Apóstol y como lo hizo el mismo Jesucristo.

Hospitalidad

Entre las muchas peculiaridades que presenta la Regla benedictina, existe una que la ha hecho proverbial: la que trata de la acogida de los huéspedes. A ello dedica el Santo un hermoso capítulo lleno de profundas enseñanzas. Tenía bien medida en el alma la doctrina de San Pablo, que recomienda sin cesar la hospitalidad⁵³.

Los fundamentos de esta hospitalidad monástica hay que buscarlos en la fe: *Lo que hicisteis con alguno de estos mis más pequeños hermanos conmigo lo hicisteis*⁵⁴. Principio sobrenatural que es el punto de partida del glorioso legislador, tan penetrado de espíritu evangélico.

Si por una parte exhorta a sus hijos a mantenerse ajenos al espíritu del mundo, *saeculi actibus se facere alienum*⁵⁵, por otra, reconociendo que sus monjes viven en un mundo del que no se puede prescindir, y que son cristianos con todas sus consecuencias, quiere que, lejos de cerrar las puertas a los pobres, peregrinos y cuantos se acerquen al monasterio, se les abra de par en par y se les reciba indistintamente cuando se presenten «como si fueran el mismo Cristo en persona, pues nos dirá un día: Huésped fui y me recibisteis»⁵⁶. Ordena que todos sean tratados con inmensa condescendencia y caridad, llegando al extremo de permitir –por amor al huésped– el quebrantamiento del ayuno, a no ser que sea de precepto eclesiástico.

Admira el espíritu de fe profunda de que está impregnada la recepción del huésped. San Benito, por tres veces consecutivas, descubre en el que llega a las puertas del monasterio, al mismo Cristo: «Recíbanse a cuantos huéspedes llegaren al monasterio como al mismo Cristo en persona.» Quiere que se les tribute reverencia. «Salúdeseles con una humildad profunda, porque en cuantos huéspedes entran o salen del monasterio debe ser adorado Jesucristo, a quien se recibe en sus personas, inclinando la cabeza o postrándose en tierra.»

Para el Santo no existe la acepción de personas, todos son iguales en su concepto. Únicamente en paridad de circunstancias, si se trata de escoger, como buen imitador del divino Maestro, se inclina por los pobres y peregrinos. «Póngase, sobre todo, el mayor cuidado en el recibimiento de pobres y peregrinos, porque en éstos se recibe a Jesucristo más particularmente que en los demás, porque los ricos y poderosos bastante recomendación se atraen con su soberanía para que se les dé el honor que les es debido»⁵⁷.

Minucioso es el ceremonial prescrito para realizar esta acogida del que llega en nombre de Cristo, los prolijos ritos y ceremonias señaladas en la recepción de huéspedes. Ceremonias que –según tengo entendido– están casi abolidas en el

⁵³ Cfr. Rm 12, 13; Tt 1, 8; 1 Tm 5, 10; Hb 13, 1-2.

⁵⁴ Mt 25, 40.

⁵⁵ *Regla de San Benito*, IV, 20: 370.

⁵⁶ *Ibid.*, LIII, 1: 609.

⁵⁷ *Ibid.*, 15, 613.

momento actual en que las visitas a los monasterios han sobrepasado todos los cálculos. Sin embargo, debe perdurar el espíritu y los mismos sentimientos de respeto y profunda veneración hacia la persona del recién llegado, quien espera encontrar en los monasterios hombres llenos de Dios, saturados de afabilidad y caridad evangélicas.

Pío XII, en la tantas veces mencionada encíclica *Fulgens radiatur*, da la pauta a los hijos de San Benito sobre la manera de practicar la acogida en el momento actual de la Iglesia. Después de recordarles el precepto de la Regla –primer mandamiento de la ley–, «nada deben anteponer al amor de Cristo», prosigue de esta manera: «Juntamente con este amor ardentísimo al Redentor Divino ha de darse la caridad con el prójimo. A todos hemos de abrazar como hermanos y ayudarles con todos los medios.» Por eso, mientras los odios y rivalidades excitan y empujan a los hombres unos contra otros, mientras robos, muertes e infinitas desgracias y miserias son consecuencia de aquellas turbias agitaciones de pueblos y sucesos, San Benito da a sus seguidores estos santísimos preceptos: «Póngase el mayor esmero en la recepción de huéspedes y peregrinos, porque en ellos se reciba a Cristo más particularmente»⁵⁸.

Tal vez sea más explícito y orientador el mensaje que Pablo VI dirigió a los Abades cistercienses un año antes de su muerte, cuando les decía: «Sin renunciar en nada al silencio, a la plegaria y al sacrificio en vuestra vida –tratando incluso de evitar que el progreso técnico introduzca una atmósfera demasiado ruidosa en vuestras casas– podéis y debéis entablar contactos con aquellos que buscan un clima de retiro, un alto espiritual en el camino: sacerdotes, religiosos, laicos, adultos o jóvenes. La hospitalidad que les ofrecéis generosamente, es un servicio capital que prestáis a la Iglesia de hoy, es un apostolado particular; y trapenses como Dom Chautard han manifestado hasta qué punto poseían un alma apostólica.»⁵⁹

Ascesis monástica

Basa San Benito –al igual que los demás fundadores– la búsqueda de Dios en la oración y en una ascesis constante traducida en sacrificio, que constituye la finalidad primordial del monaquismo. En torno a ellas giran todas las demás prescripciones. De ahí la reducción al mínimo de las salidas, la exhortación a que se tenga dentro del Monasterio todo lo necesario: «Si es posible se debe edificar el monasterio de modo que tenga dentro todo lo necesario, esto es, agua, molino, huerta, panadería y otras piezas donde se puedan ejercer diversos oficios, para que no tengan necesidad los monjes de salir fuera.»⁶⁰ A continuación explica el por qué no quiere el Santo que sus hijos salgan fuera: *Quia omnino non expedit animabus eorum*, porque es sumamente funesto para la salud de sus almas.

Sin embargo, cuando la necesidad se impone, el Santo condesciende y autoriza las salidas, siempre que sean aprobadas por la obediencia.

⁵⁸ *Ibid.*

⁵⁹ PABLO VI, Alocución al Capítulo General de los Cistercienses de la Estricta Observancia, 4 de mayo de 1977: IP 1977, 444.

⁶⁰ *Regla de San Benito*, XLVI, 6: 689.

Al examinar de pasada la Regla de San Benito, sorprende que no se hallen en ella aquellas grandes penitencias y maceraciones a que eran tan dados los antiguos monjes de los desiertos, antes sin despreciar esos medios –tan recomendados por los maestros de la vida espiritual– cala más hondo en el ser humano y descubre una ascesis mucho más positiva, al hacer resaltar la práctica de las grandes virtudes que forjan los santos: humildad, obediencia, silencio. Pero quizá donde se muestra más peculiar y exigente es en el quebrantamiento de la propia voluntad.

Sobre este punto la ascesis benedictina se muestra, a mi modo de ver, extraordinariamente orientadora, pues no solamente despoja a sus hijos de toda posesión externa: «Arránquese de raíz en el monasterio –dice el Santo– el vicio de la propiedad: ninguno se atreva a dar ni recibir cosa alguna sin licencia del abad, ni tenerla como propia, sea lo que fuere, ni libro, ni pluma, ni papel, ni nada absolutamente: como a quienes no les es permitido tener en su potestad ni aun sus cuerpos»⁶¹, sino que llega a la máxima exigencia que puede pensarse, al despojo total del corazón, a la oblación del propio querer.

Son muchos los pasajes de la Regla donde se habla de este despojo interno. He aquí algunos: *Voluntatem propriam odire*⁶², odiar la propia voluntad. «Ninguno en el monasterio siga su propio criterio»⁶³; «por lo que toca a nuestra propia voluntad, la Escritura nos prohíbe expresamente seguirla diciendo: Renuncia a tu propia voluntad.»⁶⁴

Mediante la profesión monástica, el monje se ha entregado totalmente a Dios, en perpetuo holocausto de su persona, ha renunciado a los bienes de la tierra y concentrado en Dios todos los afectos de su corazón. Bien puede decir con San Pedro: *He aquí que todo lo hemos dejado por seguirte*⁶⁵. Mas para que esta donación sea total y acepta a Dios, tiene que ir acompañada al mismo tiempo de la entrega del corazón y de la voluntad. En el momento que se reservara una sola fibra de su corazón que no estuviera orientada hacia Dios, el sacrificio no sería grato a sus ojos.

«Dejar el mundo –dice San Gregorio– y renunciar a los bienes exteriores es tal vez cosa fácil; pero renunciar a sí mismo, inmolar lo que se tiene en más estima, la libertad, es un sacrificio mucho más arduo. Abandonar lo que uno tiene es poco, pero dejar lo que uno es, constituye la donación suprema.»⁶⁶

Hoy, que tanto se habla de derechos humanos, de libertad, de emancipación, tal vez para algunos suene extraño este lenguaje exigente de San Benito, que quiere a sus monjes despojados de voluntad propia. Con todo, el Patriarca de Nursia no hace otra cosa sino limitarse a recoger y transmitir a sus hijos el mensaje de Cristo, quien vino a este mundo *no a hacer su voluntad, sino la de Aquel que le envió*⁶⁷. *Mi comida es hacer la voluntad del que me ha enviado*⁶⁸.

⁶¹ *Ibid.*, XXXIII, 1-4: 528-529.

⁶² *Ibid.*, IV, 60: 379.

⁶³ *Ibid.*, III, 8: 363.

⁶⁴ *Ibid.*, VII, 19: 403.

⁶⁵ Mt 19, 27.

⁶⁶ SAN GREGORIO MAGNO, *Homilía 32 sobre el Evangelio*: ML 76,1233.

⁶⁷ Jn 6, 38.

⁶⁸ Jn 4, 34.

*Lo que sabemos es que Dios no oye a los pecadores, sino que aquel que honra a Dios y hace su voluntad, éste es a quien Dios oye*⁶⁹.

No sólo San Benito, sino todos los santos llevaron hasta sus últimas consecuencias este mensaje de Cristo y lo pusieron por fundamento de su entrega total a Dios. Veamos por vía de ejemplo, cómo se expresa sobre este punto un santo que vivió en plenitud el ideal benedictino: «Llamo propia voluntad a la que no es conforme con la de Dios, y de los hombres sus representantes, sino solamente nuestra... ¿Qué aborrece Dios, o qué castiga, sino la propia voluntad? Cese la propia voluntad y no habrá infierno. *Cesset voluntas propria, et infernus non erit*. ¿En qué se cebará aquel fuego si no es en la propia voluntad?... La propia voluntad es bestia cruel, pésima fiera, rapacísima loba, ferocísima leona; *haec est crudelis bestia, fera pessima, rapacissima lupa, et hyaena saevissima*. Esta es aquella lepra inmundísima del corazón por la cual es preciso meterse en el Jordán, imitando a aquel Señor que no vino a hacer su voluntad, sino lo que dijo en su Pasión: *No se haga, Padre mío, mi voluntad, sino la tuya.*»⁷⁰

Separación del mundo

San Gregorio, al escribir la vida de San Benito, dice que en sus primeros años abandonó la casa paterna y todos los bienes de este mundo, con el propósito de agradar a Dios solo, *solí Deo desiderans placere*⁷¹. Así fue como pudo saber por experiencia los encantos que Dios tiene reservados para las almas en la vida solitaria, y poder luego recomendar a sus hijos, como algo fundamental, la separación del mundo.

El fin primordial que pretendía con esta separación era favorecer la unión con Dios y crear en sus cenobios una atmósfera adecuada que ayudase a la contemplación. Esto implica dos elementos inseparables, oración y ascesis rigurosa. La primera exige normalmente la soledad; en cambio la segunda requiere la pobreza, el celibato, la obediencia y todas las formas de mortificación. En esa prosecución de la unión con Dios existen diversos grados: cuanto más se progresa en ella, más debe crecer el desprendimiento y más radical debe hacerse la separación del mundo.

Si todos los cristianos están obligados, en cierto modo, a realizar cierta especie de ruptura con un mundo que pasa, que se halla sumergido en el pecado de la triple concupiscencia de que habla San Juan, con mayor motivo los religiosos, por su vocación, deben aislarse de su influencia maligna, si quieren permanecer fieles a Cristo y llegar a la plena posesión de Dios.

Huir del mundo no significa despreciar los valores terrestres por parte de los que quieren entregarse sólo a Dios, sino defender con decisión el ideal que han abrazado. Por eso en la literatura monástica de la Edad Media, cuando se trata de contar o de caracterizar las vocaciones, la idea del *contemptus mundi* –de un desprecio, de un disgusto del mundo– es menos frecuente que la idea del deseo de Dios. No es de los hombres de los que se huye, es del pecado, es de los

⁶⁹ Jn 9, 31.

⁷⁰ SAN BERNARDO, *Sermón 3 en la Resurrección del Señor*, 3: BAC 473, Madrid 1986, 105-107.

⁷¹ SAN GREGORIO, *Los Diálogos*, libro III, prólogo: BAC 115², 173.

peligros que el mundo hace correr al alma; y aquello hacia lo cual se huye, no es la soledad, es Dios. En este sentido y en esta medida, todo el monaquismo occidental prepara e ilustra este consejo radical que dará San Juan de la Cruz: «Conviene que tenga el menos trato que pudiera con gentes, huyendo de ellas, y nunca hablar más de lo necesario en cada cosa: porque de tratar con las gentes más de lo que puramente es necesario y la razón pide, nunca a ninguno, por santo que fuese, le fue bien.»⁷²

Si siempre el mundo fue enemigo declarado de las almas consagradas, tal vez en los tiempos actuales, cuando los medios de comunicación social tienen un poder fabuloso, se aumenta en sumo grado el peligro. De aquí las tristes defecciones que se están dando, el poco espíritu reinante en no pocas comunidades, el vivir en otras arrastrando una existencia rutinaria y bien poco ajustada al espíritu religioso.

Es necesario, queridos hijos, estar en guardia, cercenar todos aquellos incentivos de disipación, como suelen ser radio, prensa, televisión, sobre todo, que llenan el espíritu de bagatelas, secan el corazón y hacen perder lastimosamente un tiempo precioso que Dios nos ha dado para dedicarlo a su servicio.

Se me ocurre haceros esta reflexión: ¿De qué sirve vivir en soledad si se abren de par en par las puertas al ruido ensordecedor del mundo? Tenéis que vivir en el mundo sin ser del mundo –o como os dice vuestro Padre, *aborrecer la conducta y máximas del mundo*–⁷³, ajenos a sus pasatiempos y frivolidades y siempre dispuestos a sacrificaros por ese mundo que os aborrece y no os comprende.

El malogrado Juan Pablo I, cuyo pontificado fugaz apenas dio tiempo para apreciar sus múltiples valores, tenía preparada una preciosa alocución que había de pronunciar ante los Padres de la Compañía de Jesús, el 30 de septiembre de 1978, dos días después de su fallecimiento. Por su indiscutible importancia, Juan Pablo II la hizo suya y mandó transmitir su contenido al Superior General de los Jesuitas a través de la Secretaría de Estado.

En ella –después de ponderar la fecunda labor de la Compañía a través de los tiempos y de cómo siempre he estado al lado de los Pontífices– señala algunas sombras y lunares que la afectan en el momento actual. Seguidamente les traza unas sendas luminosas para poder continuar en esa trayectoria tradicional de ser los abanderados de la fe y doctrina católicas.

Yo solamente quiero fijarme en una idea que bien puede aplicarse a todos los religiosos en esta hora de los grandes cambios. Después de recordarles que el secreto de su fuerza ha estado siempre en la severa disciplina, fruto de la rigurosa ascética ignaciana, alimentada por una intensa vida espiritual, sostenida por el ejercicio de una obediencia madura y viril, les pone en guardia contra el espíritu del mundo secularizante: «No permitáis que tendencias secularizadoras lleguen a entrar y a turbar vuestras comunidades, a disipar ese ambiente de recogimiento y de oración en que se va templando el apóstol, e introduzcan

⁷² Véase sobre esta materia el interesante trabajo de J. LECLERCQ, *Espiritualidad occidental*, Salamanca 1967, 1, 231ss.

⁷³ *Regla de San Benito*, IV, 20: BAC 115², 371.

actividades y conductas seculares que no caen bien a los religiosos. El obligado contacto apostólico con el mundo no significa asimilación con él; al contrario, exige una diferenciación que salvaguarda la identidad del apóstol, de modo que en realidad sea la sal de la tierra y la levadura que hace fermentar la masa». (Cf. *Acta Romana Societatis Iesu*, 17 (1977-1979) 210)

III. IRRADIACIÓN PERENNE DE SAN BENITO

El monaquismo no ha tenido propiamente fundador directo. Es un fenómeno que se inició en los primeros tiempos de la Iglesia, aunque la Biblia nos habla ya de ciertos discípulos de los profetas que vivían en torno a ellos, bien en soledad, bien en compañía de otros, para entregarse a una vida más orientada a la búsqueda de Dios, henchida de esperanza, en una dura ascesis. Los desiertos de Qumrán son un ejemplo patente de la exigencia de estos precursores del monaquismo⁷⁴.

Sin embargo, fueron los discípulos del Señor quienes deseando llevar a la práctica sus enseñanzas, sobre todo aquel *si vis perfectus esse...*, «si quieres ser perfecto», se obligaron a unas normas de vida mucho más estrechas que el común de los cristianos.

Sabido es cómo los desiertos de Oriente comenzaron bien pronto a poblarse de ascetas, en los primeros siglos del cristianismo. Allí donde un grupo de almas se retiraba y comprometía a vivir el Evangelio en toda su plenitud, al punto surgía un centro de vida monástica donde los monjes –entregados a una vida de completa renuncia– escalaron las sendas más encumbradas del espíritu.

Cundió también la misma idea en Occidente, y fue San Benito uno de sus máximos representantes, por haber vivido con tal hondura la vida monástica, por haberla difundido con tal ímpetu, y haber trazado para ella unas directrices tan hábiles y oportunas, que ha sido considerado con justicia *Padre de los monjes de Occidente*. Su sabia Regla imprimió en ella una impronta tan inconfundible, que a pesar de los siglos se ha mantenido y sigue produciendo los frutos más fecundos.

Dimensión actual de monaquismo

Centrada la vida contemplativa en Cristo, podemos decir que sus seguidores constituyen la porción más escogida y selecta de la Iglesia, sin otra aspiración más que la santidad. El Vaticano II así lo reconoció cuando dijo: «Los Institutos puramente contemplativos, cuyos miembros, dados totalmente a Dios en la soledad, en el silencio, en la oración constante y en la austera penitencia, por mucho que urja la necesidad del apostolado activo, ocupan siempre una parte preeminente en el Cuerpo Místico de Cristo, en que todos los miembros no tienen la misma función.»⁷⁵ Por eso, lejos de permitir que se variaran las estructuras, ordenó que se conservasen en todo su vigor, si bien con un espíritu renovado y adaptado a la mentalidad de los primeros fundadores. Imposible que mandara

⁷⁴ Sobre este punto puede verse A. GONZÁLEZ LAMADRID, *Los descubrimientos del Mar Muerto*, BAC 317², Madrid 1985.

⁷⁵ Decreto *Perfectae Caritatis*, 7.

cambiar las estructuras fundamentales de una vida cuya principal finalidad consiste en seguir de cerca los pasos del Divino Modelo.

La historia nos ofrece, desde la edad más remota, el maravilloso testimonio que dieron siempre estos seguidores de Cristo, cuyo afán fue la búsqueda sincera de Dios, el amor entrañable e indiviso a Cristo, la entrega total y absoluta al trabajo en la expansión de su Reino. «Desde los orígenes del cristianismo – escribe el inmortal Pío XII– los monjes esparcieron el esplendor radiante del Evangelio en el jardín de la Iglesia, como flores frescas y recién nacidas. Fieles a las inspiraciones de la gracia, victoriosos sobre la concupiscencia de la carne y de los ojos, así como sobre la soberbia de la vida, desligados por esto mismo de las trabas de aquí abajo, inflamados en el amor de Dios y de los hombres, se entregaban totalmente a la perfección evangélica. Anacoretas, cenobitas, vírgenes consagradas, subían alegremente por el monte de Dios, apoyados en la oración, la contemplación de las cosas celestiales, la mortificación corporal voluntaria y el ejercicio de todas las virtudes.»⁷⁶

A la vista de los maravillosos frutos reportados a la humanidad por los monjes, nos asalta de nuevo la idea de pregonar la labor amplia e incansable de los hijos de San Benito en favor de la fe y la piedad, la cultura y la civilización. Pero no es nuestro intento este, sino sólo responder al tema propuesto, o sea, cómo es de suma actualidad la vida monástica, tal como él la configuró, seguida de cerca – al cabo de casi quince siglos– por millares de hijos e hijas, diseminados por todos los rincones del orbe.

Para ello, nada mejor que recurrir al Magisterio de la Iglesia, faro que debe iluminar siempre la senda del creyente cuando trate de descubrir la autenticidad de algo importante.

Prescindiendo ahora de la doctrina conciliar, tan esclarecedora en este punto, y más conocida, nos fijaremos en el testimonio de los últimos Pontífices.

Hace algunos años, escribiendo Pablo VI al Abad General de los Cistercienses de la Estrecha Observancia, les decía entre otras cosas: «¡Qué excelente es vuestra vida, cómo se gana los espíritus, qué utilidad ofrece a la Iglesia cuando la vivís de tal modo que es perfecta bajo todos los aspectos, cuando cumplís con fiel diligencia los votos a que os obligasteis en la profesión religiosa!... Redunda además la misión contemplativa en provecho de toda la Iglesia. De ella necesita ésta para aumentar la vida interior de sus hijos todos, con el ejemplo de esas almas solícitas sólo de unirse a Dios y atraídas por el amor de las cosas celestiales. Si llegan a faltar esas almas, si su vida languidece y se debilita, se sigue necesariamente una pérdida de fuerzas en todo el Cuerpo Místico de Cristo. Y si esto acontece, el conocimiento de las cosas divinas, la teología, la sagrada predicación, el apostolado y la vida cristiana de los fieles sufrirán por ello graves daños. La llama mística del contemplativo mantiene vivo en la Iglesia el conocimiento de Dios, que se alcanza con la experiencia. Sin éste, faltaría una de las formas como el Pueblo de Dios tiene que conocer al Verbo. Los corazones

⁷⁶ Pío XII, *Motu proprio Postquam apostolicis litteris*, 9 de febrero de 1952: AAS 44 (1952) 65-152.

de los hombres, para no secarse, piden por eso, que el agua viva alumbrada por los contemplativos, les llegue de un hontanar secreto.»⁷⁷

Responsabilidad tremenda la que pesa sobre los contemplativos en esta hora en que la crisis de fe se acentúa en todas las esferas y una ola de materialismo se está enseñoreando de la sociedad. Los Pastores de la Iglesia –hablemos con claridad– comprobamos con dolor una disminución de fuerzas apostólicas en los que formamos el Cuerpo Místico. ¿No será acaso porque todos, y también la porción más escogida de la Iglesia, los dedicados a la contemplación, nos hemos enfriado en el amor, y perdido el contacto con las fuentes de gracia que en otras épocas corría a raudales y se difundía con profusión por todo ese Cuerpo Místico?

Más recientemente, el mismo Pontífice, en un encuentro que tuvo con los Abades Cistercienses, subrayó de nuevo la plena vigencia de la vida consagrada en el retiro del claustro. Se pregunta el Papa si todavía, en la hora actual, tiene razón de ser la vida contemplativa, si le dice algo al hombre de nuestro tiempo. Él mismo se contesta a lo primero con un sí rotundo por doble motivo. «Porque la santidad es el amor de Dios, el único que puede colmar el corazón humano, y porque precisamente los contemplativos persiguen ese amor... Además, vuestra vida constituye también un ejemplo sin par que está necesitando nuestra sociedad, la cual se deja absorber a menudo enteramente por los bienes temporales. Los islotes, o mejor, los collados de silencio y oración que construís, contribuyen a restablecer, visiblemente y más aún en el misterio de la comunión de los santos, el equilibrio espiritual de un mundo que, de otro modo, perdería el sentido de lo esencial en medio de este activismo febril... Si vuestra vida escondida en Dios no siempre es comprendida por nuestros contemporáneos, incluso cristianos, continúa siendo para ellos una interpelación, una llamada, un atractivo tanto más poderoso cuanto que vuestra predicación es vuestro silencio.»⁷⁸

Juan Pablo II, en el poco tiempo que lleva de pontificado, ha manifestado reiteradamente su gran estima por la vida religiosa, concretamente por la contemplativa. En México, al hablar a las religiosas, en la Catedral de Guadalajara, después de recordarles que el Magisterio de la Iglesia ha manifestado siempre su aprecio por la vida dedicada a la oración, al silencio y a un modo singular de entrega a Dios, se hace esta pregunta: «En estos momentos de tantas transformaciones en todo, ¿sigue teniendo significado este tipo de vida o es algo ya superado?» El mismo Papa se contesta: «Sí, vuestra vida tiene más importancia que nunca, vuestra consagración total es de plena actualidad. En un mundo que va perdiendo el sentido de lo divino, ante la supervaloración de lo material, vosotras, queridas religiosas, comprometidas desde vuestros claustros en ser testigos de unos valores por los que vivís, sed testigos del Señor para el mundo de hoy, infundid con vuestra oración un nuevo soplo de vida en la Iglesia y en el hombre actual. Especialmente en la vida contemplativa se trata de realizar una unidad difícil: manifestar el misterio de la Iglesia en el mundo presente y gustar ya aquí, enseñándoselo a los hombres –como dice San Pablo– las cosas

⁷⁷ PABLO VI, Carta a dom Ignacio Gillet, Abad general de los Cistercienses de la Estricta Observancia, 8 de diciembre de 1968: AAS 60 (1968) 737-740.

⁷⁸ PABLO VI, Alocución al Capítulo General de los Cistercienses de la Estricta Observancia, 4 de mayo de 1977: IP 1977, 443.

de allá arriba (Col 1, 3). El ser contemplativo no supone cortar radicalmente con el mundo, con el apostolado. La contemplativa tiene que encontrar su modo específico de extender el Reino de Dios, de colaborar en la edificación de la ciudad terrena, no sólo con sus plegarias y sacrificios, sino con su testimonio silencioso, es verdad, pero que pueda ser entendido por los hombres de buena voluntad con los que esté en contacto.»⁷⁹

Poco antes había dicho a las Superiores Generales unas palabras que constituyen todo un programa de vida que debe sacudir hondamente el corazón de todos los consagrados: «La Iglesia y el mismo mundo tienen más necesidad que nunca de hombres y mujeres que sacrifiquen todo para seguir a Cristo según lo hicieron los apóstoles.»⁸⁰

Este sacrificarlo todo para seguir a Cristo lleva un eco del mensaje paulino *omnia arbitror ut stercora, ut Christum lucrifaciam*, todo lo estimo como basura, con tal de ganar a Cristo; o bien, el tan conocido de los hijos de San Benito: *Christo omnino nihil praeponant*⁸¹, que nada antepongan a Cristo.

La hora de los monjes

Después de la elección de los doce Apóstoles, nos dice San Lucas que descendiendo Jesús de la montaña, se paró en un llano, en compañía de sus discípulos y de una gran muchedumbre de todos los pueblos y ciudades vecinas que habían acudido a escucharle y a que les curase de sus enfermedades. Añade el evangelista que *toda la gente procuraba tocarle, porque salía de Él una fuerza que sanaba a todos: virtus de illo exibat et sanabat omnes*⁸².

Algo así ocurre en vuestras vidas. El monte, por ser lugar adecuado para la oración es sinónimo de desierto, de soledad, donde el alma se sumerge en Dios y se llena de esa fuerza interior que conmueve al mundo. Vuestros monasterios son desiertos en medio del mundo, oasis refrigerantes, lugar de cita del Espíritu Santo, o bien «lecho donde reposa el Esposo divino –en frase de San Bernardo– en los cuales se lleva una vida exenta de los cuidados e inquietudes del siglo.»⁸³ Las almas que habéis sido favorecidas con una vocación tan sublime, de poder disfrutar de la soledad de estos «desiertos», debéis saturaros de Dios y gozar de una experiencia muy íntima suya para poder comunicarlo al mundo.

Creo que ha llegado la hora de los contemplativos. Ellos están llamados a salvar a la humanidad en esta hora en que fallan todos los cálculos y previsiones humanas. El mundo siente ansias de descubrir horizontes de otra vida muy distinta de la que lleva de confort, diversión, pasatiempos, orgía. Se halla desalentado y suspira por algo que llene de veras el corazón humano. Ese algo se lo deben señalar con su conducta los monjes contemplativos. Ellos harán sentir la fuerza que brota del contacto perenne con lo sagrado, capaz de convertir los corazones y atraerlos hacia el bien.

⁷⁹ JUAN PABLO II, Discurso a las monjas de clausura, 30 de enero de 1979: IGP 1979, II, 1, 283.

⁸⁰ JUAN PABLO II, Discurso a la Unión Internacional de Superiores Generales, 16 de noviembre de 1978: IGP 1978, I, 166.

⁸¹ *Regla de San Benito*, LXXII, 11: BAC 115², 711.

⁸² Lc 6, 19.

⁸³ SAN BERNARDO, *Sermón 46 sobre el Cantar de los Cantares*, 2: BAC 491, Madrid 1987, 607.

Tenéis que predicar a los hombres –queridos monjes y monjas– con el silencio de vuestras vidas sumergidas en la oscuridad, las realidades que ellos ignoran; tenéis que contagiarles con vuestra vida llena de Dios. No se concibe un contemplativo que no sea apóstol, pero apóstol de vanguardia que avive el fuego en las almas e influya a gran escala en la conversión del incrédulo, en el triunfo de la verdad, en las victorias del apologista, del predicador, del sacerdote que trabaja con celo incansable en los diversos campos.

«Ninguna de las preocupaciones eclesiales –decía Pablo VI hablando a los Abades del Císter– os debe ser extraña. Sufrís con nosotros el drama espiritual de nuestras generaciones. La Iglesia, por su parte, tiene el sentido de lo que representáis para ella; tiene necesidad más que nunca de la penitencia aceptada alegremente y de la oración asidua que sube desde vuestros claustros para dar testimonio de lo absoluto de Dios.»⁸⁴

Y dirigiéndose a las abadesas benedictinas, les decía: «No sólo tenéis asignado un puesto en la Iglesia católica, sino una función, como dice el Concilio; no estáis separadas de la gran comunión de la familia de Cristo; estáis especializadas, y vuestra especialidad es hoy, no menos que ayer, eficaz y edificante para toda la Iglesia, más aún para toda la sociedad... Sois las delegadas para la conversación con Dios y para la expiación vicaria por parte de la familia cristiana y humana... Vuestra vocación monástica exige la soledad y la clausura; pero no debéis nunca consideraros por ello aisladas y separadas de la solidaridad con toda la Iglesia.»⁸⁵

«No entra en los planes de la Iglesia –escribía el Papa a los cistercienses– mandaros salir del monasterio y ayudar directamente a vuestros contemporáneos, más bien os empuja a que estéis presentes de una manera más profunda, a saber, en las entrañas de Cristo. Pues ahora más que nunca la Iglesia desea ardientemente que participéis del gozo y de la esperanza, de la tristeza y de la angustia de los hombres de nuestro tiempo.»⁸⁶

En esta hora angustiosa en que nos ha tocado vivir, cuando el hombre intenta prescindir de Dios y el mal va cundiendo cada día más, son necesarias almas robustas y esforzadas que, al modo de Santa Catalina de Siena, tomen sobre sí la responsabilidad de cargar, de un modo místico, pero real, con la navecilla de la Iglesia. Estas almas valerosas, ¿dónde podremos encontrarlas? Sin duda en la oscuridad de los claustros monacales, que constituyen la reserva esperanzadora de la Iglesia.

A esta súplica henchida de esperanza, de las almas contemplativas, se acoge sin cesar el actual Pontífice siempre que se le ofrece ocasión. Valga para todas el encuentro tenido el pasado año con las religiosas de clausura, a quienes decía: «He aquí la forma preciosa de colaboración que vosotras, religiosas de clausura, de vida eminentemente contemplativa, ofrecéis a la Iglesia para bien de las almas. No sólo os pido que perseveréis en vuestro propósito, sino que os exhorto a progresar cada vez más en la amistad con Dios, a reavivar

⁸⁴ PABLO VI, Alocución al Capítulo General de los Cistercienses de la Estricta Observancia, 4 de mayo de 1977: IP 1977, 444.

⁸⁵ PABLO VI, Alocución a las abadesas benedictinas, 28 de octubre de 1966: IP IV, 1966, 514-516.

⁸⁶ PABLO VI, Carta a dom Ignacio Gillet, 8 de diciembre de 1968: AAS 60 (1968) 737- 740.

continuamente la llama del amor, como volcanes cubiertos de nieve. En la hora presente, tan difícil por las muchas dificultades que presenta, vuestra oración, alimentada por el sacrificio en la soledad y en el silencio, atraiga sobre la tierra la bondad misericordiosa de Dios.»⁸⁷

Digamos, por último, que el monje en el retiro del claustro, con su vida de silencio y austeridad, sin pronunciar una sola palabra, está proclamando a la faz del mundo que Dios existe, que Dios lo es todo para el hombre, que Dios tiene derecho a ser amado y sólo Él es capaz de saciar el ansia de felicidad que siente el corazón humano.

Puede haber casos en los cuales el monje se vea en la necesidad de dejar su retiro y tener que hablar de Dios a los hombres. Entonces debe seguir la conducta de aquel otro gran monje y maestro de contemplativos, San Bernardo, quien viéndose en la precisión constante de tener que salir de su Monasterio a solucionar los más difíciles problemas de su tiempo, empleaba un lenguaje de fuego que no podía menos de abrasar y transformar los corazones. Él mismo nos explica de dónde sacaba aquella fuerza arrolladora: «Es propio de la verdadera y pura contemplación que el alma abrasada en el fuego divino se inflame en un celo tan ardiente y en un deseo tan vehemente de dar a Dios corazones que le amen, que abandone voluntariamente el reposo de la contemplación por los trabajos de la predicación. Después, ya satisfecho su ardor, torna a la contemplación con tanta mayor presteza, cuanto con mayor fruto recuerda haberla interrumpido. Y de nuevo, después de gustar las dulzuras de la contemplación, vuelve con renovado vigor a la conquista de otras almas para Dios.»⁸⁸

En el corazón de la Iglesia

La frase no es nueva. Poco a poco se va abriendo camino desde que Santa Teresa del Niño Jesús la empleó tan oportuna y sabiamente al tratar de explicar el por qué de su misión en la Iglesia. Cuenta la Santa que un día fue recorriendo en la meditación los diversos oficios que los miembros del Cuerpo Místico de Cristo –según San Pablo– desarrollaban en la Iglesia. A cada uno le fue señalando su función, y al llegar a ella, tuvo una feliz idea cuando «la caridad» le dio «la clave» de su vocación. «Comprendí que, si la Iglesia tenía un cuerpo compuesto de diferentes miembros, no podía faltarle el más necesario, el más noble de todos los órganos, comprendí que tenía un corazón, y que este corazón estaba abrasado de amor; comprendí que el amor únicamente es el que imprime movimiento a todos los miembros; que si el amor llegase a apagarse, ya no anunciarían los apóstoles el Evangelio, y los mártires rehusarían derramar su sangre. Comprendí que el amor encierra todas las vocaciones, que el amor lo es todo, que abarca todos los tiempos y lugares porque es eterno. Y exclamé en un transporte de alegría delirante: ¡Oh Jesús, Amor mío, al fin he hallado mi vocación! ¡Mi vocación es el amor! Sí, hallé el lugar que me corresponde en el seno de la Iglesia, lugar, ¡oh, Dios mío!, que me habéis señalado Vos mismo; en

⁸⁷ JUAN PABLO II, Discurso a las religiosas de clausura, en México, 30 de enero de 1979: IGP 1979,1, 284-285.

⁸⁸ SAN BERNARDO, *Sermón 57 sobre el Cantar de los Cantares*, 4: BAC 491, 727.

el corazón de mi Madre la Iglesia, seré el amor..., así lo seré todo; así se realizarán mis ensueños.»⁸⁹

Gran descubrimiento para la Santa fue el saberse ocupando un puesto clave dentro del organismo eclesial. Ello la obligaría a darse más y más al amor, para que la vida divina corriera a raudales a través de ella y se difundiera por todos los miembros. Entonces fue cuando sintió con una fuerza inquietante la vocación de guerrero, de sacerdote, de apóstol, de doctor, de mártir, cuando hubiera deseado ser madre de las almas, ejercer todas las acciones más heroicas, cuando sintió valor de cruzado, cuando deseaba morir en el campo de batalla en defensa de la fe.

En el corazón de la Iglesia vivía sumergido aquel monje que ha inmortalizado la Trapa de San Isidro, el Hermano Rafael, cuando escribía: «Quisiera ver al mundo postrado ante el Sagrario, ante la Cruz. Qué pena pensar en tantos hermanos míos que, alejados de la verdad, ponen sus ideales en un fin terreno, en un bienestar caduco, en un poder que no ha de durar. Publiquemos las grandezas de Dios, y hagamos llegar al corazón de nuestros hermanos los tesoros de gracias que Dios derrama a manos llenas sobre nosotros; publiquemos a los cuatro vientos nuestra fe; llenemos el mundo de gritos de entusiasmo por tener un Dios tan bueno; no nos cansemos de predicar su Evangelio, y de decir a todo el que nos quiera oír que Cristo murió amando clavado en un madero..., que murió por mí..., por ti..., por aquél..., y si nosotros de veras amamos, no lo ocultemos, no pongamos la luz que puede alumbrar a otros, debajo del celémín».

«El alma quisiera volar por el mundo entero y gritar a los cuatro vientos la grandeza de Dios. Quisiera volar por el mundo gritando a todos sus moradores: ¡Dios..., Dios y sólo Él! ¿Qué buscáis? ¿Qué miráis? ¡Pobre mundo dormido que no conoce las maravillas de Dios! ¡Pobre mundo en silencio que no entona un himno de amor a Dios!»⁹⁰

Pablo VI, con ocasión de ofrecer los cirios por él bendecidos en la Fiesta de la Presentación, a las casas religiosas de vida contemplativa, acotó para sí la frase, al mismo tiempo que tributaba un nuevo elogio a la vida consagrada en el retiro del claustro: «Queremos que estas islas de silencio, de penitencia y de meditación sepan, también mediante este nuestro signo simbólico, que no están olvidadas ni separadas de la comunión de la Iglesia de Dios, sino más bien constituyen su corazón, alimentan su espiritual riqueza, subliman su plegaria, sostienen su caridad, distribuyen los sufrimientos, las fatigas, el apostolado, la esperanza, acrecientan sus méritos.»⁹¹

En esa perspectiva del puesto tan vital que ocupan las comunidades contemplativas en el Cuerpo Místico de Cristo, recomendaba pocos días después –a las religiosas camaldulenses– los hondos problemas que padecía la Iglesia: «Debéis sentir hondamente este espíritu de solidaridad con toda la Iglesia. Y aquí podía deciros muchas cosas. Sabed que la Iglesia sufre, sabed que la Iglesia encuentra obstáculos: en muchos lugares no puede hablar, no puede propagarse; sabed que todavía muchos cristianos y cristianas, incluso

⁸⁹ SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS, *Historia de un alma*, cap. 11.

⁹⁰ HNO. RAFAEL ARNAIZ BARÓN, *Saber esperar*. Pensamientos 377, 386, 395.

⁹¹ PABLO VI, Alocución en la Basílica Vaticana, en la festividad de la Presentación del Señor en el Templo, 2 de febrero de 1966: IP 1966, 55-56.

muchas religiosas no pueden profesar su fe, su vocación, porque las condiciones del mundo no se lo permiten. Debéis llevar en vuestro corazón este sufrimiento de la Iglesia, y estar también vosotras crucificadas como el Señor está crucificado en estas almas que, por su gloria y su nombre, sufren la pasión del mundo.»⁹²

También nuestro Juan Pablo II sintió preferencia por la frase, y la empleó al comienzo de su pontificado, en un encuentro que tuvo con religiosas de clausura, a las que dijo: «Os saludo a todas con particular intensidad de sentimientos... Os encomiendo a la Iglesia y a Roma, os encomiendo a los hombres y al mundo. A vosotras, a vuestras oraciones, a vuestro “holocausto”. Me encomiendo también a mí mismo, Obispo de Roma. Estáis conmigo, junto a mí, ¡vosotras que estáis en el “corazón de la Iglesia”! Que se cumpla, en cada una de vosotras, lo que constituyó el programa de Santa Teresa del Niño Jesús: *“In corde Ecclesiae amor ero”*: En el corazón de la Iglesia seré el amor.»⁹³

Siendo el amor la razón de ser del cristiano y el que da contenido eficiente a su vida, pienso que la eficacia apostólica de una vida consagrada a la contemplación está en proporción directa del grado de unión que tenga con Cristo por el amor. Por eso pueden darse –y de hecho se han dado– grandes apóstoles entre los contemplativos, aun cuando nunca se hayan entregado a los trabajos exteriores. Todo depende del amor que arda en sus corazones. El monje irradiará en la Iglesia, en la medida en que progrese en el amor, dentro de su entrega total a Cristo. De aquí que la Iglesia considere hoy a los contemplativos como una de las más ricas esperanzas. Quiere de ellos que sean almas totalmente entregadas y ancladas en Cristo, siempre «dispuestas a cargar sobre sus hombros la mística Navecilla», centinelas que velan día y noche sobre la humanidad, siempre con los brazos levantados en la cima del monte, para obtener los más señalados triunfos.

CONCLUSIÓN: INVITACIÓN A LA INTERIORIDAD

Esta Carta Pastoral va dirigida particularmente a los monjes y monjas benedictino-cistercienses, aunque espero que su lectura sea de no poco provecho a todos nuestros amados hijos de la Diócesis, a quienes exhorto vivamente a unirse en espíritu a esta celebración histórica, honrando al glorioso Santo y procurando aprovecharse de su doctrina.

Porque San Benito tiene mucho que decir al hombre de hoy. Su mensaje es siempre nuevo y actual. Lo ha puesto bien de relieve recientemente Juan Pablo II en la visita a Montecasino. Después de considerarle como el hombre «más representativo y verdadero gigante de la historia», por ser «grande no sólo por su santidad, sino también por su inteligencia y laboriosidad que supieron imprimir un nuevo curso a los acontecimientos de la historia», nos traza con mano maestra algunas directrices de ese mensaje lleno de contenido, al añadir: «En esta noche oscura de la historia, San Benito fue un astro luminoso. Dotado de una profunda sensibilidad humana, San Benito, en su proyecto de reforma de la sociedad, miró sobre todo al hombre individualmente considerado como

⁹² PABLO VI, Alocución a las religiosas camaldulenses, 23 de marzo de 1966.

⁹³ JUAN PABLO II, Alocución a las religiosas, 10 de noviembre de 1978: IGP 1978,130- 131.

persona. La dignidad del trabajo entendido como servicio de Dios y de los hermanos. La necesidad de la contemplación, es decir, la oración...»

«En síntesis, se puede decir que el mensaje de San Benito es una invitación a la interioridad. El carácter teocéntrico y litúrgico de la reforma social defendida por San Benito, parece repetir la célebre exhortación de San Agustín: *Noli foras ire, in te ipsum redi, in interiori hominis habitat veritas*: no salgas al exterior, entra dentro de ti mismo, la verdad habita en el hombre interior.»⁹⁴

Esta es la gran llamada que nos hace la Iglesia a todos a través de este acontecimiento que conmemoramos. El paso de San Benito por la historia no se puede borrar. Olvidarla supone un retroceso hacia la oscuridad; deformarla, una trágica equivocación; seguirla fielmente, una garantía de fecundidad en el Espíritu.

Os bendigo a todos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

⁹⁴ JUAN Pablo II, Homilía en la Abadía de Montecasino, 17 de mayo de 1979: IGP 1979,1, 1157-1158. Cf. SAN AGUSTÍN, *De vera religione*, 39, 72: BAC 30, 141.

SANTA TERESA DE JESÚS: INTIMIDAD CON CRISTO Y PLENITUD CRISTIANA

Carta Pastoral, publicada en mayo de 1982, con motivo del IV Centenario de la muerte de Santa Teresa de Jesús, Doctora de la Iglesia. Se reproduce el texto del BOAT, junio 1982, 223-259.

A los sacerdotes, comunidades religiosas y fieles de la Diócesis de Toledo.

Queridos diocesanos:

Una devoción hondamente sentida a Santa Teresa de Jesús durante toda mi vida me hace tomar la pluma para escribiros esta Carta Pastoral con motivo del IV Centenario de su muerte, que estamos celebrando. Aunque tal actitud personal no existiera, me sentiría igualmente obligado a ello como Obispo de la Iglesia y como hijo de España.

La Iglesia debe mucho a Santa Teresa. El paso del tiempo no hace más que acrecentar el valor de una vida y unos escritos, contemplados, hoy como ayer, por los que tienen sed de Dios, como ejemplo y guía de las almas, difícilmente superables. Esa deuda fue reconocida por el Papa Pablo VI al declararla Doctora de la Iglesia. Igualmente, el Papa actual rinde homenaje a su memoria al tomar ocasión del Centenario de su muerte para anunciar su propósito de recorrer los caminos de España como ella lo hizo en servicio a un ideal de renovación y perfeccionamiento de la Iglesia.

Como español no puedo tampoco ser indiferente a quien tan eminentes servicios ha prestado a la Religión de Cristo, desde esta patria nuestra, con un estilo y un modo de ser que la hicieron genuinamente española y universal. Así ha sido reconocido por todos sin particularismos estrechos ni orgullos nacionalistas.

Escribo, además, en Toledo, donde había nacido y vivido su padre. En Ávila la llamaban «la hija del toledano». Aquí estuvo ella con frecuencia; aquí escribió páginas de sus libros inmortales; aquí rezó en iglesias y capillas que todavía se conservan; y aquí nos dejó testimonio de su obra de Reformadora del Carmelo que hacen de Toledo la Diócesis que, proporcionalmente hablando, cuenta con mayor número de conventos de carmelitas descalzas en toda España. Centenares de frailes y monjas carmelitas de Toledo han profesado en la Orden del Carmen a lo largo de estos cuatro siglos.

1. EL SENTIDO DE LA EXISTENCIA HUMANA

Cada época histórica se ha preguntado y seguirá preguntándose por el destino de la vida humana. No es fácil renunciar a este empeño, que permanece apremiante e inmovible a la marcha del pensamiento. Los avances de la ciencia van demostrando que la realidad del hombre es más inabarcable de lo que se creía. Gran número de pensadores, en medio de tanto desconcierto y confusión, han sentido la preocupación de mostrar un camino positivo para la

realización de la persona. En medio de tantas incertidumbres y trivializaciones, y a pesar de los maestros de la impugnación de la cultura y moral humanas, son cada día más los que experimentan la necesidad de una ética noble y recta, basada en la dignidad de la naturaleza humana creada a imagen y semejanza de Dios. Los programas y las ideologías se alzan en todos los lugares queriendo encontrar el verdadero sentido de la existencia y el ambiente propicio para el logro de la paz, de la serenidad y la justicia.

El problema central de la vida y de la historia sigue siendo el planteado por la religión y la antropología. ¿Qué es el hombre?, es ciertamente la pregunta fundamental. ¿Cuál es el sentido del dolor, del mal, de la muerte, cuestiones todas que, a pesar de tantos progresos, todavía subsisten? ¿Para qué las victorias conseguidas con tanto sacrificio? ¿Qué puede aportar el hombre a la sociedad, qué puede esperar de ella? ¿Qué habrá después de esta vida temporal? ¿Qué piensa la Iglesia sobre el hombre? ¿Qué debe recomendarse para construir la sociedad actual? ¿Cuál es el sentido último de la acción humana en el universo? Estas preguntas han sido planteadas en el último Concilio por la misma Iglesia que, aunque no ignora la respuesta, ha querido escucharla una vez más, repitiendo la que ella misma ha recibido.¹

El Papa Juan Pablo II, el hombre enviado por Dios para regir la comunidad católica en nuestro momento, nos ofrece, con voz segura, las enseñanzas de la Revelación. Sus catequesis, sus alocuciones son una verdadera antropología que mira al hombre de hoy, a su vida y ambiente, a sus problemas e inquietudes, a su relación con Dios. Sus dos cartas encíclicas: *Redemptor hominis* y *Dives in misericordia* son un manantial de agua transparente al que pueden acercarse los hombres y descubrir el misterio del destino humano y la realidad suprema del Dios de la misericordia.

El Redentor del hombre es Cristo, centro del cosmos y de la historia. Por Él, con Él y en Él «la historia del hombre ha alcanzado su cumbre en el designio de amor de Dios. Dios ha entrado en la historia de la humanidad y en cuanto hombre se ha convertido en sujeto suyo, uno de los millones y millones, y al mismo tiempo Único. A través de la Encarnación, Dios ha dado a la vida humana la dimensión que quería dar al hombre desde sus comienzos, y la ha dado de manera definitiva –de modo peculiar a Él solo, según su eterno amor y misericordia, con toda la libertad divina– y a la vez con una magnificencia que, frente al pecado original y a toda la historia de los pecados de la humanidad, frente a los errores del entendimiento, de la voluntad y del corazón humano, nos permite repetir con estupor las palabras de la Sagrada Liturgia: ¡Feliz la culpa que mereció tal Redentor!».²

Un «redentor» sometido a las normas humanas de lo posible, de lo útil, de lo conveniente, no tiene valor para redimir al hombre. Si Jesús lucra sólo un hombre, más nos valdría abrirnos camino por nosotros mismos. Pero es el Cristo, el Verbo hecho hombre, el Redentor del hombre, y en Él se nos revela la verdad sobre el sentido de nuestra propia vida personal, de la historia y del mundo entero.

¹ Constitución *Gaudium et spes* 10-11.

² JUAN PABLO II, *Redemptor hominis*, 1.

Jesucristo nos ha revelado al Dios rico en amor-misericordia y nos exige como consecuencia que nos dejemos guiar por Él. Redención y amor misericordioso no significan que el mal sea eliminado como por arte de magia, sino que el hombre tiene que renacer a la nueva vida en la que se le da la posibilidad y la fuerza para lograr el bien y su felicidad. Mas por el hecho de renacer no se instala definitivamente en el orden del bien; constantemente se da la posibilidad del mal y puede ser su víctima. «Estando con esta pena, comencé a hablar el Señor, y díjome que no me fatigase, que en verme así entendería la miseria que era, si Él se apartaba de mí, y que no había seguridad mientras vivíamos en esta carne»³, es un texto de Santa Teresa, que, como todos los suyos, rezuma verdad y precisión.

San Pablo, el gran Apóstol de la existencia cristiana, ha vivido y nos ha anunciado con fuerza impresionante esta lucha entre el hombre nuevo y el hombre viejo, en los capítulos séptimo y octavo de la Carta a los Romanos, y en el primero y segundo de la primera a los Corintios. Pero también habla de la felicidad del triunfo y experimenta la esperanza de la victoria, como se ve al final de ese capítulo octavo de la Carta a los Romanos, o en el capítulo primero de la Carta a los Efesios, y, con gran potencia también, en la que escribió a los Colosenses: *Él es el Principio, el Primogénito de entre los muertos, para que sea Él el primero en todo, pues Dios tuvo a bien hacer residir en Él toda la plenitud, y reconciliar por Él y para Él todas las cosas, pacificando, mediante la sangre de su cruz, lo que hay en la tierra y en los cielos. Y a vosotros que, en otro tiempo fuisteis extraños y enemigos por vuestros pensamientos y malas obras, os ha reconciliado ahora, por medio de la muerte en su cuerpo de carne, para presentaros santos, inmaculados e irreprochables delante de Él, con tal que permanezcáis sólidamente cimentados en la fe, firmes e inmovibles en la esperanza del Evangelio... Ahora me alegro por los padecimientos que soporto por vosotros, y completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo, en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia.* (Col 1, 18-24).

Un santo es un «hombre nuevo», un testigo de Cristo en la historia. Su vida es una respuesta existencial a la pregunta sobre el destino de la vida humana. Los santos son hombres y mujeres, hijos de esta tierra, fieles a ella, porque la han querido y han trabajado por ella, guiados por su fe en el Redentor del mundo *con la esperanza de que todo será libertado de la servidumbre de la corrupción para participar en la libertad de la gloria de los hijos de Dios* (Rm 8, 21).

Ellos han creído y amado a pesar de las dificultades y contradicciones; y aunque la dura realidad de cada día parece desmentir continuamente su fe, ellos han superado esa dureza precisamente con su misma fe. Son hombres y mujeres que provienen y pertenecen a todos los estratos de la sociedad, pero que tienen una cosa en común: vivir de Cristo como Redentor del hombre, y haber experimentado su amor misericordioso. Son testigos reales, concretos, de la grandeza humana eternamente nueva que en ellos se ha hecho posible por Cristo.

Vivir de Cristo, como Redentor, y haber experimentado su amor misericordioso, he ahí el resumen de la vida de Teresa de Ahumada que muere siendo Teresa

³ SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la vida*, 39, 20: en *Obras Completas*, BAC 212⁶, Madrid 1986, 220-221. [Todas las citas de la Santa en las notas siguientes hacen referencia a esta edición].

de Jesús: «¡Señor mío y Esposo mío! ¡Ya es llegada hora tan deseada! ¡Tiempo es ya que nos veamos, Amado mío y Señor mío! ¡Cúmplase vuestra voluntad! ¡Ya es llegada la hora en que yo salga de este destierro y mi alma goce en uno de Vos, que tanto ha deseado!»⁴

Exclamación, que en esos momentos cumbres del paso de la vida terrena a la eterna, expresan la confianza, el amor, la alegría, la gratitud y sobre todo la plenitud del sentido de una vida, vivida y colmada.

Va a hacer cuatrocientos años que Teresa de Jesús murió en una pobre celda del convento de carmelitas de Alba de Tormes. Era el 4 de octubre de 1552, al que siguió, por la corrección del calendario, el día 15. Había nacido un miércoles 28 de marzo de 1515 Teresa de Ahumada, y moría sesenta y siete años después con grandísima alegría de haber hallado reposo, porque su vivir era ya Cristo.⁵

2. DE TERESA DE AHUMADA A TERESA DE JESÚS: «MI ALMA QUEDÓ HECHO UNA CON SU CREADOR»

Desde luego es la profundidad del amor-misericordia de Dios lo que transforma a Teresa de Ahumada en Teresa de Jesús. No es el hombre el que salva al hombre, sino Dios en Jesucristo. Nuestro destino es ser «hombres nuevos», y éste es el drama cristiano que todo hombre que quiera su salvación ha de vivir. Tan completa es la mutación, que tras ella surge una obra divina creada en Cristo Jesús, o lo que es lo mismo, una «nueva criatura». Los textos paulinos, a los que antes aludía, los vemos reflejados en el proceso de conversión de todos los hombres y mujeres que han escrito sobre su propia conversión.

Son miles y miles de testimonios y todos coinciden en la misma experiencia: por dentro se han hecho otros y su vida es ya seguir este camino. Y «aunque se sientan en este estado, no se tienen por seguros, sino que andan con mucho más temor que antes en guardarse de cualquier pequeña ofensa de Dios, y con tan grandes deseos de servirle y con ordinaria pena y confusión de ver lo poco que pueden hacer y lo mucho a que están obligados».⁶ «Ser una nueva criatura no significa vivir confortablemente y añadir a esa vida agradable el lujo de las aspiraciones y vivencias místicas, sino levantarse todas las mañanas y volver a tomar la cruz allí donde la hemos dejado la víspera», dice el gran escritor Julien Green.⁷

Los lectores de Teresa de Jesús conocen muy bien su lucha entre el hombre nuevo y el hombre viejo, su proceso de conversión en nueva criatura: «es otro libro nuevo de aquí adelante, digo otra vida nueva; la de hasta aquí era mía; la que he vivido desde que comencé a declarar estas cosas de oración, es que vivía Dios en mí, a lo que me parecía; porque entiendo yo era imposible salir en

⁴ O. STEGGINK Y EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS, *Tiempo y vida de Santa Teresa*, BAO 283², Madrid, 1978, 983.

⁵ Cf. *Terceras Moradas*, 1, 1-2: 478-488.

⁶ *Ibid.*, 2, 12: 491.

⁷ JULIEN GREEN, *Journal IV*, París 1949, 200.

tan poco tiempo de tan malas costumbres y obras. Sea el Señor alabado que me libró de mí».⁸

Tenía treinta y nueve años Teresa de Jesús cuando se da la célebre conversión: «Acaecióme que, entrando un día en el oratorio, vi una imagen que habían traído allí a guardar, que se había buscado para cierta fiesta que se hacía en casa. Era de Cristo muy llagado, y tan devota, que en mirándola, toda me turbó de verle tal, porque representaba bien lo que pasó por nosotros. Fue tanto lo que sentí de lo mal que había agradecido aquellas llagas, que el corazón me parece se me partía, y arrojóme cabe Él con grandísimo derramamiento de lágrimas, suplicándole me fortaleciese ya de una vez para no ofenderle».⁹

Esta vez, dice Santa Teresa, porque desconfió de ella y puso toda su confianza en la misericordia del Señor, se determinó a no levantarse de allí hasta que le concediese la merced de no ofenderle más. Su determinación interior se confirmó con la lectura de las *Confesiones* de San Agustín. Encontraba mucho consuelo en los santos, que después de ser pecadores, el Señor los había tornado a Sí. Sólo le desconsolaba el que ella volvía a caer una y otra vez, pero al considerar el amor redentor de Cristo «tomaba a animarme, que de su misericordia jamás desconfié, de mí muchas veces»¹⁰.

Dos años más tarde vive su segunda conversión, que se conoce como la gran merced del desposorio místico: «Ya no quiero que tengas conversación con hombres, sino con ángeles»¹¹. Teresa de Jesús, como San Pablo cuando exclamaba que ni ojo vio, ni oído oyó lo que Dios tiene preparado para los que le sirven, tiene la experiencia de ese ciento por uno y la vida eterna que Cristo prometió: «¡Oh, Señor de mi alma, y quién tuviera palabras para dar a entender qué dais a los que se fían de Vos, y qué pierden los que llegan a este estado y se quedan consigo mismos! No queréis Vos esto, Señor, pues más que estos hacéis Vos, que os venís a una posada tan ruin como la mía»¹².

Todos los escritos de Teresa de Jesús son autobiográficos, descriptivos de su experiencia de conversión y unión con Dios. El misterio cristiano, *ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí* (Gal 2,20), está expuesto por ella de una manera tan deliciosa, tan grata, y al mismo tiempo tan profunda, que, una vez que se han gustado sus páginas, resulta difícil dejarlas, y lo normal es tomarlas ya como lectura familiar y frecuente. Y cuando se escribe sobre Teresa de Jesús uno siente que lo mejor que podría hacer es trasladar sus propias palabras a las cuartillas.

Las comparaciones que emplea para expresar su proceso de conversión y su unión con Dios entusiasman por la profundidad de su intuición: las cuatro maneras de regar un huerto; el gusano grande y feo que muere después de haber hecho el capullo del que sale la mariposica que no para, porque no halla su verdadero reposo; la persona humana como un castillo hermoso que tiene muchas moradas; el matrimonio espiritual, adonde, como las gotas de agua de la lluvia que caen al mar, todo queda hecho uno y del que nacen esas obras tan

⁸ *Libro de la vida*, 23, l: 126.

⁹ *Ibid.*, 9,1: 63.

¹⁰ *Ibid.*, 9, 7: 65.

¹¹ *Ibid.*, 24,5:133.

¹² *Ibid.*, 22,17:125.

reales y vigorosas. «Habré de aprovecharme de alguna comparación, aunque yo las quisiera excusar por ser mujer, y escribir simplemente lo que me mandan; mas este lenguaje de espíritu es tan malo de declarar a los que no saben letras, como yo, que habré de buscar algún modo, y podrá ser las menos veces acierte a que venga bien la comparación; servirá de dar recreación a vuestra merced de ver tanta torpeza»¹³.

La transformación de Teresa de Ahumada en Teresa de Jesús, su renovación en el Espíritu Santo, que le llevó a la progresiva formación de Cristo en Ella, supuso un dinamismo espiritual ininterrumpido, y para expresarlo se siente obligada a recurrir, como San Pablo, a esas metáforas de las que acabo de hablar.

Es don de Dios este proceso, merced gratuita de su misericordia, pero requiere «determinarse» a procurar con todas las fuerzas del ser humano este bien. La gran pena y la gran confusión están para Teresa de Jesús en que por nuestra culpa no nos entendamos a nosotros mismos, ni sepamos quiénes somos. La eterna pregunta del hombre está contestada magistralmente por ella en el libro llamado: las Moradas del castillo interior. El que empieza a leer vitalmente las «moradas primeras» en las que describe la gran hermosura y dignidad del espíritu humano y su fealdad cuando está en pecado mortal, ya no las deja hasta llegar a las séptimas en las que se da la unión con Dios, «como si dos velas de cera se juntasen tan en extremo, que toda la luz fuese una. Quizás es esto lo que dice San Pablo: El que se arrima y allega a Dios, hácese un espíritu con Él, tocando este soberano matrimonio, que presupone haberse llegado Su Majestad a el alma por unión. Y también dice: “Mihi vivere Christus est, mori lucrum”. Ansí me parece puede decir aquí el alma, porque es adonde la mariposilla que hemos dicho, muere, y con grandísimo gozo, porque su vida es Cristo».¹⁴

Entre los hombres cultos que han leído a Santa Teresa, creyentes y no creyentes, han surgido en todo tiempo admiradores del conocimiento que Teresa de Jesús tiene del ser humano. Pienso particularmente en este último siglo, en que la preocupación por el hombre y el sentido de su existencia se han acentuado, a impulsos de los estudios antropológicos en todos los campos. Es conocidísima la influencia de Teresa de Jesús en Edith Stein, discípula de Husserl y amiga de Max Scheler; y también la admiración de Bergson hacia ella por la fuerza de su personalidad, por su salud intelectual sólidamente asentada y excepcionalmente rica, por su firmeza y flexibilidad, su simplicidad en triunfar de todas las complicaciones, su penetración e intuición de la realidad humana en su circunstancia concreta. En España, un gran científico y humanista de nuestros días, Rof Carballo, escribió en 1963, en la «Revista de Espiritualidad», un gran artículo que merecería ser ampliamente conocido.

«La Santa procede ante el hecho extraordinario como Cajal ante su microscopio: da una descripción fiel, exacta, y analiza las posibles causas de error en la observación. Inmediatamente después va a proceder, como lo haría el mejor de los clínicos, al que podíamos llamar diagnóstico diferencial entre los dos fenómenos: el auténtico, por ella percibido, y el que podía alucinar a un melancólico. Procede sistemáticamente: primero, segundo y tercero. Lo primero,

¹³ *Ibid.*, 11, 6: 71.

¹⁴ *Séptimas Moradas*, 2, 6: 571.

la vivencia de poderío y de señorío en quien habla. Lo segundo, la gran quietud que queda en el alma. Lo tercero, el no pasarse estas palabras de la memoria en mucho tiempo, etc. Desde luego, si algún médico el siglo pasado o de comienzos de éste no pensó que la Santa pudiera tener un lugar en la Salpêtrière, quizá no estaba muy lejos de la verdad. Pero no como él imaginaba, como enferma, sino al revés, al lado de Charcot, como maestro de observación crítica y aguda». ¹⁵ Rof Carballo reproduce un texto de Teresa de Jesús en el que, en unas líneas preciosas, describe trescientos años antes que Charcot y sus discípulos –según juicio suyo– la cataplejía histérica. Este eminente representante de la medicina antropológica y de la neurología afirma que, si se interesa por subrayar la fortaleza y amplitud del yo de Teresa de Ávila, es para destacar la importancia de su testimonio como conocedora de la estructura del alma del hombre.

No conocer el hombre quién fue su padre, ni su madre, ni en qué tierra nació, es gran bestialidad, dice Santa Teresa, pero aún mayor, sin comparación, es no procurar saber «qué cosa somos, sino que nos detenemos en estos cuerpos y ansí a bulto, porque lo hemos oído y porque nos lo dice la fe, sabemos que tenemos alma; mas qué bienes puede haber en esta alma u quién está dentro de esta alma u el gran valor de ella, pocas veces lo consideramos, y ansí se tiene en tan poco procurar con todo cuidado conservar su hermosura; todo se nos va en la grosería del engaste u cerca de ese castillo, que son estos cuerpos». ¹⁶

Siete moradas describe, aunque en cada una de ellas hay muchas, «en lo bajo y alto y a los lados, con lindos jardines y fuentes y laberintos, cosas tan deleitosas, que desearéis deshaceros en alabanzas del gran Dios que lo crio a su imagen y semejanza». ¹⁷ Para deslizarse por estas moradas es esencial la verdad y la humildad: «Dios es suma Verdad y la humildad es andar en verdad». ¹⁸

Aceptar con lucidez y responsabilidad la condición humana es el primer deber que impone el hecho de ser hombre. La «determinada determinación» que diría Santa Teresa, para realizar nuestra vocación personal. «La vocación es el quehacer sin el cual no podríamos seguir siendo nosotros mismos, escribe Laín Entralgo. Quien es traidor a su vocación propia incurre en falsedad, vive “en falso” y deja de ser él mismo.» ¹⁹

Teresa de Ahumada –resumo yo– vivía en verdad y fue radicalmente «ella misma»; por eso, ayudada por el auxilio de Dios, llegó a ser Teresa de Jesús.

Ojalá pensadores y científicos, con su profundo y cristiano sentido de la existencia humana, no sólo historiadores y literatos, escribieran en este año Centenario de la muerte de Santa Teresa sobre su testimonio de vida y las respuestas tan serias que tiene esta mujer del siglo XVI para los hombres del siglo XX.

¹⁵ J. ROF CARBALLO, *La estructura del alma humana según Santa Teresa*, en *Revista de Espiritualidad*, 22 (1963) 418.

¹⁶ *Primeras Moradas*, 1, 2: 472.

¹⁷ *Séptimas Moradas*, Epílogo, 22: 583.

¹⁸ *Sextas Moradas*, 10, 8: 562.

¹⁹ PEDRO LAÍN ENTRALGO, *La espera y la esperanza*, Madrid 1962, 550.

3. LA PUERTA DEL CASTILLO: LA INTIMIDAD CON CRISTO, ORACIÓN

«La puerta para entrar en este castillo es la oración»²⁰; la oración como trato de amistad y de intimidad con Cristo. Evidentemente, esto es netamente evangélico: *velad y orad para no caer en la tentación* (Mt 26, 41). *Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida* (Jn 14, 6); nadie va al Padre, si no es a través de Cristo. Teresa insiste a sus hijas que no se dejen engañar por nadie que trate de mostrarles otro camino distinto del de la oración y el conocimiento de Cristo. Nunca puede darse camino de oración y camino de peligro. El Apóstol dice: *Lejos de mí el que sepa otra cosa entre vosotros, sino a Jesucristo y éste crucificado* (1Cor 2, 3), *porque en Cristo mora toda la plenitud de la divinidad corporalmente* (Col 2, 9).

Esta presencia sabrosa de Cristo para el alma, esta contemplación de la sagrada humanidad de Cristo, era puesta en tela de juicio, es más, se consideraba por algunos autores poco menos que nociva, en tiempos de Santa Teresa. Guiada por el consejo de algunos maestros ignorantes, bajo pretexto de una vida mística más elevada, se apartó por algún tiempo del trato asiduo e íntimo con Cristo hombre, tratando de ir a Dios directamente sin la mediación de Cristo. Todo empeño en esta dirección es vano. Teresa de Jesús sabe la inutilidad de los esfuerzos para alcanzar la perfección, que no sean por Cristo, en Cristo y con Cristo, que es Camino, Verdad y Vida para ir al Padre, la fuente de todo nuestro bien, sin el cual no se puede dar un paso.

Desecha las opiniones de tales maestros y se vuelve con todas sus fuerzas a Cristo en su santa humanidad. Experimentó su ayuda profundísimamente; la comunicación de la vida y la gracia de Cristo aparece en cada uno de los pasos de su existencia. Cristo le muestra su rostro glorioso, las manos y la sagrada Humanidad, como si fuera el signo de su introducción mística en los estadios más encumbrados de la vida sobrenatural.

La doctrina teresiana sobre la presencia e influjo de Cristo en la vida, nace de la experiencia propia del misterio en su interior, y como de la abundancia del corazón habla la boca, rebosa en razones teológicas que desarrolla de una manera elocuente, sencilla y práctica. La misma Teresa de Jesús rebate las enseñanzas que tanto mal le ocasionaron, y traza una doctrina firme y segura, confirmada y bendecida por la Iglesia: Teresa de Jesús, Doctora universal de la Iglesia de Cristo.

Toda la vida de Teresa está empapada en el amor redentor y misericordioso de Cristo, decía al comienzo. Ella vive experimentando que de Cristo nos vienen todos los bienes, y su vida es el mejor dechado. «¿Qué más queremos de un tan buen amigo al lado, que no nos dejará en los trabajos y tribulaciones, como lo hacen los del mundo? Bienaventurado quien de verdad le amare y siempre le trajere cabe sí. Miremos al glorioso San Pablo que no parece se le caía de la boca siempre Jesús, como quien le tenía bien en el corazón.»²¹ Hay que leer, por ejemplo, el capítulo 22 de la Vida, y el 42 del Camino de Perfección, por citar una pequeñísima muestra. Está enamorada de Cristo y ha experimentado en su vida el bien que este amor le reporta, se ha transformado; de ahí su insistencia

²⁰ *Primeras Moradas*, 1, 7: 474.

²¹ *Libro de la vida*, 22, 7: 122.

y, aún más, exigencia sobre los que tiene autoridad, de fomentar un trato de amistad con el Señor: «Mirad que no está aguardando otra cosa –como dice la esposa–, sino que le miréis; como le quisiéades, le hallaréis... Si estáis alegres, miradle resucitado...; como quien tan bien salió de la batalla adonde ha ganado un tan gran reino, que todo le quiere para vos y a Sí con él. Pues, ¿es mucho que a quien tanto os da, volváis una vez los ojos a Él? Si estáis con trabajos o tristes miradle en la columna lleno de dolores, todas sus carnes hechas pedazos por lo mucho que os ama... o miradle en el huerto, o en la cruz, o cargado con ella; miraros ha Él con unos ojos tan hermosos y piadosos, llenos de lágrimas y olvidará sus dolores por consolar los vuestros.»²²

Santa Teresa sienta un principio básico en la espiritualidad: es necesaria, con necesidad vital, la contemplación y examen de los misterios de Cristo hombre, su encarnación, actividad evangélica, pasión y resurrección, y funda toda su vida de oración y ascesis en los ejemplos de Cristo, en el trato íntimo con Él. «Puede representarse delante de Cristo y acostumbrarse a enamorarse mucho de su sagrada Humanidad y traerle siempre consigo y hablar con Él, pedirle para sus necesidades y quejarse de sus trabajos, alegrarse con Él en sus contentos y no olvidarle por ellos, sin procurar oraciones compuestas, sino palabras conforme a sus deseos y necesidad. Es excelente manera de aprovechar y muy en breve, y quien trabajare en traer consigo esta preciosa compañía y se aprovechara mucho de ella y de veras cobrara amor a este Señor a quien tanto debemos, yo le doy por aprovechado.»²³ Esta presencia de Cristo y trato íntimo con el divino Redentor, este esfuerzo constante en profundizar en su inmenso amor hacia nosotros, nos sitúa en la cumbre de la vida cristiana. Cristo es el cristiano y el cristiano es Cristo. Son las fórmulas tan utilizadas por San Pablo.

Teresa de Jesús ha experimentado de una manera privilegiada esta participación en la vida de Cristo: «Teresa de Jesús, Jesús de Teresa»; «mirarás mi honra como verdadera esposa mía»; «mi honra es tu honra y la tuya mía». Este dinamismo espiritual ha supuesto para ella, como tiene que suponer para todo cristiano, la eliminación del hombre viejo. Pero éste no aparece en ella como fruto de preceptos fríos y prohibiciones sofocantes. La muerte del gusano, el dejar la cerca del castillo, los esfuerzos para arrancar las malas hierbas del huerto y regarlo se imponen como una liberación del pecado y de las malas tendencias, para dejar que se expanda en ella la vida de Cristo y por Cristo.

Para Santa Teresa, como para San Pablo –al que se refiere frecuentísimamente– Cristo es el centro de sus enseñanzas, de su oración, de su vida entera. Cristo preexistente, Cristo encarnado y crucificado. Cristo glorificado. De ahí arrancan sus lamentos imponderables, su pena al leer en algunos autores que es nociva la meditación en la sagrada humanidad de Cristo: «¡Oh, Señor de mi alma y Bien mío, Jesucristo crucificado! No me acuerdo vez de esta opinión que tuve que no me dé pena, y me parece que hice una gran traición, aunque con ignorancia.»²⁴ Tal estrechez de espíritu, tal falta de verdad y realismo, tal falta de fe, de esperanza y de caridad, no encajaba con el corazón enamorado de Teresa, que vibraba al solo recuerdo de Cristo Redentor. La lectura de las «Exclamaciones», lo mismo que de las «Cuentas de conciencia»,

²² *Camino de Perfección*, 42, 3-4: 341-342.

²³ *Libro de la vida*, 12, 2: 75-76.

²⁴ *Ibíd.*, 22, 3: 121.

o las «Meditaciones sobre los Cantares», tonifican el espíritu, y cuando un cristiano está gozando en su trato de amistad con Cristo siente dentro lo que le dice ella, y parece que son pronunciadas las palabras por uno mismo, al menos como deseo o como alabanza.

Todo el afán de la santa Reformadora del Carmelo, cuando descubre, por la luz del Espíritu Santo, lo provechosa que es la contemplación del Redentor humanado, era traer siempre delante de los ojos su retrato e imagen, ya que no podía traerla tan esculpida en el alma como ella hubiera querido. Por eso se duele de haber vivido en ceguera. En todas sus obras estalla el reconocimiento por los beneficios recibidos de la «experiencia de Cristo», y se alegra de haber llegado a descubrirlo, no sólo para aprovecharse ella, sino para transmitirlo a los demás, al mayor número posible de almas. Llega a decir, con una convicción plena, que la causa de no aprovechar muchas almas y no llegar a una grande libertad de espíritu, es el no sumergirse en la contemplación gozosa de Cristo niño, Cristo crucificado, Cristo glorioso.

Teresa de Jesús encontró sus mejores contenidos contemplando a Cristo en todos los pasos de su vida. Disculpa a los espíritus «flacos» a quienes no les va considerar a un Señor «fatigado y hecho pedazos», corriendo por los caminos, perseguido de los que hacía tanto bien, no creído por los Apóstoles. Pero no encuentra disculpa para nadie que no le pueda considerar glorioso, lleno de luz y de alegría, esforzando a los unos y animando a los otros antes de subir a los cielos. De manera especial lo ve asequible en la divina Eucaristía, pues ahí es nuestra comida, nuestro alimento, nuestro compañero de camino, que no tuvo otro motivo al quedarse que el poder estar siempre con nosotros.

Con insistencia femenina, de mujer enamorada de su esposo, lamenta una y otra vez el tiempo que pasó alejada del conocimiento de Cristo, y proclama que, a raíz de él, le vinieron todos los bienes: «En veros cabe mí, he visto todos los bienes»²⁵. La consideración de Cristo paciente ante los tribunales le daba fuerzas para soportar todos los trabajos y acometer las mayores empresas: «Con tan buen amigo presente, con tan buen capitán que se puso en lo primero en el padecer, todo se puede sufrir. Es ayuda y da esfuerzo; nunca falta; es amigo verdadero. Y veo yo claro y he visto después que, para contentar a Dios y que nos haga grandes mercedes, quiere sea por manos de esta Humanidad sacratísima, en quien dijo Su Majestad se deleita. Muy, muy muchas veces lo he visto por experiencia; hámelo dicho el Señor; he visto claro que por esta puerta hemos de entrar, si queremos nos muestre la soberana Majestad grandes secretos.»²⁶

Cristo es el mediador entre Dios y los hombres; *por Él recibimos la gracia y la verdad* (Jn 1, 17). Es muy buen amigo, porque le miramos hombre y sabe de nuestra pequeñez y flaquezas. Él es poderoso para que se haga en el cielo lo que Él dice en la tierra. No tenemos otro remedio sino confiar en los méritos de Jesucristo, y con Él podemos tratar como amigo, aunque es Señor. Mientras más adelante va un alma, más acompañada es de este buen Jesús.

²⁵ *Ibid.*, 22, 6: 122.

²⁶ *Ibid.*

Al sentar afirmaciones tan categóricas con relación a Jesucristo, Teresa de Jesús fijaba sus ojos en los santos que más se han distinguido por su amor a Cristo. Ya ha sido citado San Pablo que, como nos ha dicho ella misma, llevaba siempre el nombre de Jesús en sus labios por tenerlo grabado en el corazón. El amor ardiente al Señor en su Humanidad, pasión y cruz, haciéndolo todo por Cristo en su vida diaria, y también el amor sentido en las alturas de la contemplación y de la vida mística, en la que los sentimientos íntimos bullían en el alma del apóstol, se repiten en Santa Teresa. La pertenencia a Cristo es total, *pues si vivimos, para el Señor vivimos, y si morimos, morimos para el Señor* (Rm 14, 18). Otros santos en los que se fijó son San Francisco de Asís, copia viva del divino Modelo, que mereció ser galardonado con los estigmas de la pasión; San Antonio de Padua, cuya imagen es inseparable del Niño Jesús; San Bernardo, el enamorado de todos los misterios del Redentor humanado; «Santa Catalina de Sena y otros muchos que vuestra merced sabrá mejor que yo»²⁷.

La persona enamorada de Cristo ansía comunicarlo a otras, llevar su nombre hasta los extremos del orbe. Ser cristiano es ser apóstol. «Sostenedme con flores; el sostener no me parece que es pedir la muerte, sino con la vida querer servir en algo a quien tanto ve que debe... Sólo miran al servir y contentar al Señor, y porque saben el amor que tiene a sus criados, gustan de dejar su sabor y bien por contentarle en servirles a otras personas y decirles las verdades, para que se aprovechen sus almas por el mejor término que pueden, ni se acuerdan si perderán ellos; la ganancia de sus prójimos tienen presente, no más... Paréceme que debe ser uno de los grandísimos consuelos que hay en la tierra, ver uno almas aprovechar por medio suyo.»²⁸

San Pablo se sentía superior a toda tribulación, cárcel, adversidad, a todo cuanto significase cruz, con tal de permanecer anclado en el amor de Cristo y difundir su nombre por toda la tierra. Santa Teresa sentía ese mismo amor ardiente hasta exclamar: «¡Oh, Señor mío!, ¡cómo sois Vos el amigo verdadero, y cómo poderoso, cuanto queréis podéis, y nunca dejáis de querer, si os quieren! ¡Alaben os todas las cosas, Señor del mundo! ¡Oh, quién diese voces por él para decir cuán fiel sois a vuestros amigos! Todas las cosas faltan; Vos, Señor de todas ellas, nunca faltáis. Poco es lo que dejáis padecer a quien os ama. ¡Oh, Señor mío!, ¡qué delicada y pulida y sabrosamente los sabéis tratar! ¡Oh, quién nunca se hubiera detenido en amar a nadie sino a Vos! Parece, Señor, que probáis con rigor a quien os ama, para que en el extremo del trabajo se entienda el mayor extremo de vuestro amor. ¡Oh, Dios mío!, ¡quién tuviere entendimiento y letras y nuevas palabras para encarecer vuestras obras como lo entiende mi alma! Fáltame todo, Señor mío, mas si Vos no me desamparáis, no os faltará yo a Vos. Levántense contra mí todos los letrados, persíganme todas las cosas criadas, atorméntenme los demonios, no me faltéis Vos, Señor, que ya tengo experiencia de la ganancia con que sacáis a quien sólo en Vos confía.»²⁹

Son los mismos sentimientos de San Pablo en Rm 8, 31-39: *Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros?, ¿quién nos separará del amor de Cristo?*

²⁷ *Ibid.*, 22, 7: 122.

²⁸ *Meditaciones sobre los Cantares*, 7, 1.4.6: 464-466.

²⁹ *Libro de la vida*, 25, 17: 138.

Estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni criatura alguna podrá separarnos del amor a Dios manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro.

4. EXIGENCIAS DE VIVIR EN CRISTO

Una vez «determinada con toda determinación» a ser toda de Dios y habiendo comprendido que la quería para la reforma del Carmelo, comienza con afán incansable a echar los cimientos de la misma, tomando como puntos básicos ciertos principios inmovibles que arrancan de las exigencias que comporta la intimidad con Cristo. Uno de ellos es la austeridad de vida que aflora continuamente en sus escritos. Si las religiosas se mantienen fieles a la observancia, y las que siguen hacen otro tanto, el edificio de la Orden se mantiene firme. Muy práctica y real en la vida ordinaria, llega a la conclusión de que «nada aprovecha que los santos pasados hayan sido tales, si ella es tan ruin después que deja estragado con la mala costumbre el edificio»³⁰. Los que nos siguen no se fijan tanto en los antepasados, cuanto en las personas que tienen delante. Por eso exhorta a sus hijas a que se den cuenta que son cimientos de las que están por venir y «que procuren ser piedras tales con que se torne a levantar el edificio, que el Señor ayudará a ello»³¹.

Las razones poderosas para vivir la fidelidad plena las encuentra en las llagas de Cristo, en el amor inmenso manifestado al hombre al dar la vida por él entre indecibles tormentos. Desde esta perspectiva, pide la observancia fiel a los sagrados compromisos: «¡Oh, Hijo del Padre Eterno, Jesucristo, Señor nuestro, Rey verdadero de todo! ¡Qué dejaste en el mundo, qué pudimos heredar de Vos vuestros descendientes? ¿Qué poseíste, Señor mío, sino trabajos y dolores y deshonras, y aun no tuviste sino un madero en que pasar el trabajoso trago de la muerte? En fin, Dios mío, que los que quisiéramos ser vuestros hijos verdaderos y no renunciar la herencia, no nos conviene huir del padecer. Vuestras armas son cinco llagas. ¡Ea, pues, hijas mías, ésta ha de ser nuestra divisa, si hemos de heredar su reino; no con descansos, no con regalos, no con honras, no con riquezas se ha de ganar lo que Él compró con tanta sangre!»³².

Para reforzar más, si cabe, la necesidad de abrazarse con la vida austera de Cristo, presenta el ejemplo de los «verdaderos caballeros suyos, y príncipes del Colegio Apostólico, San Pedro y San Pablo, que le siguieron fielmente hasta inmolar sus vidas en el martirio»³³.

La Iglesia en el Concilio Vaticano II y en toda la documentación que se ha seguido después, insiste de muy diversas formas en la necesidad de volver a las fuentes, al espíritu del Evangelio y de los fundadores. Teresa de Jesús se adelanta muchos siglos al poner como base de su reforma la espiritualidad, sencillez y sobriedad de los primeros Padres. Al describir la fundación de Duruelo –primera de la rama masculina– nos cuenta que tenía ya dos religiosos preparados para llevarla a cabo, Fr. Antonio de Jesús y Fr. Juan de la Cruz, pero carecía de casa y también de medios para adquirirla. Sólo contaba con una fe

³⁰ *Fundaciones*, 4, 6: 687.

³¹ *Ibid.*, 7: 687.

³² *Ibid.*, 10, 11: 710.

³³ *Ibid.*

muy grande y un espíritu de oración capaz de solucionar con él todos los problemas. Y así sucedió. Dios suscitó la generosidad de un caballero de Ávila, quien ofreció generosamente una casa de su propiedad para comenzar la reforma de los varones.

Teresa de Jesús refiere, con gran nimiedad de detalles y con un gracejo incomparable, las peripecias de los viajes y las fundaciones. En esta fundación se entusiasma con la alegría con que ambos religiosos se comprometieron a vivir en él profesando la primera regla. «Dicho me ha el padre fray Antonio, que, cuando llegó a vista del lugarcillo, le dio un gozo interior muy grande, y le pareció que había ya acabado con el mundo en dejarlo todo y meterse en aquella soledad; adonde al uno y al otro no se les hizo la casa mala, sino que les parecía estaban en grandes deleites. ¡Oh, válame Dios, qué poco hacen estos edificios y regalos exteriores para lo interior! Por su amor os pido, hermanos y padres míos, que nunca dejéis de ir muy moderados en esto de casas grandes y suntuosas. Tengamos delante nuestros fundadores verdaderos, que son aquellos padres de donde descendimos, que sabemos que por aquel camino de pobreza y humildad gozan de Dios»³⁴.

Cuando Teresa de Jesús trata de fundar el convento de San José, su primera idea fue que las religiosas no se sometieran a mucha aspereza en lo exterior, ni que careciesen de renta suficiente para vivir desahogadamente. Pero llega a tener conocimiento de los continuos estragos que en Francia y en otras naciones de Europa estaban haciendo los protestantes, y se aflige mucho, llora sin cesar en la presencia del Señor, y le ruega insistentemente remedie tanto mal. No se contenta con lágrimas, no basta decir: Señor, Señor; hay que hacer su voluntad.

«Como me vi mujer y ruin, y imposibilitada de aprovechar en nada en el servicio del Señor; que toda mi ansia era, y aun es que, pues tiene tantos enemigos y tan pocos amigos, que éstos fuesen buenos; y ansí determiné a hacer eso poquito que yo puedo y es en mí, que es seguir los consejos evangélicos con toda la perfección que yo pudiese, y procurar estas poquitas que están aquí hiciesen lo mismo, confiada yo en la gran bondad de Dios que nunca falta de ayudar a quien por Él se determina a dejarlo todo.»³⁵

Así quiere contribuir a la «defensa» de la Iglesia y a ayudar al Señor que tan herido le traen a los que ha hecho tanto bien y parece le quieren tornar a la Cruz.

Le llegaba al alma que fueran los propios cristianos los que más ofenden a Cristo, los que han recibido de Él mayores gracias. Y por eso ansía una entrega total. «Estáse ardiendo el mundo, y quieren tornar a sentenciar a Cristo, como dicen, pues le levantan mil testimonios y quieren poner su Iglesia por el suelo, ¿y hemos de gastar tiempo en cosas que por ventura, si Dios se las diese, tendríamos un alma menos en el cielo? No, hermanas mías; no es tiempo de tratar con Dios negocios de poca importancia»³⁶.

Su obsesión era servir a la Iglesia, poner un dique a la herejía, ayudar con su oración a predicadores y teólogos. Reconoce que tanto ella como sus hijas no están llamadas a desplegar actividades apostólicas en defensa de la ciudad

³⁴ *Ibid.*, 14, 4: 720.

³⁵ *Camino de Perfección*, 1, 2: 239.

³⁶ *Ibid.*, 1, 5: 240.

fortificada o castillo que es la Iglesia, pero no oculta la gran labor que les está reservada para ayudar a los siervos de Dios que tanto trabajan. Y esto no es simplemente un consejo o un deseo, sino una exigencia de la vida contemplativa. La gracia de haber sido segregadas del mundo impone como exigencia una entrega generosa al apostolado oculto, o sea, el llamamiento a la soledad implica una exigencia de cooperación, de manera generosa y ardiente, a la extensión del Reino de Dios.

Exigencia del vivir en Cristo es decir con «determinación» las palabras que Él nos enseñó: *hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo*. En el *Camino de Perfección*, que es donde hace el deleitoso comentario detallado del Padre nuestro, nos expone «lo mucho que hacemos en decir estas palabras con determinación». Solamente viniendo a nosotros el Reino de Dios podemos hacer su voluntad. «Haciendo vuestro Padre lo que vos le pediste de darnos acá su reino, yo sé que os sacaremos verdadero en dar lo que dais por nosotros; porque, hecha la tierra cielo, será posible hacerse en mí vuestra voluntad»³⁷.

Cristo nos dice repetidamente en el Evangelio que no ha venido al mundo a hacer su propia voluntad, sino la de Aquél que le ha enviado. Con ello nos expresa claramente la ligazón existencial que hay entre la voluntad de Dios y el ser cristiano. Teresa de Jesús lo capta perfectamente y lo aplica a su vida y, cuando tiene que enseñar, lo afirma con vigor. En la doctrina teresiana hay una llamada constante a la fidelidad a la voluntad de Dios, a hacer la voluntad conforme con la de Dios, porque en ello estriba la máxima perfección y tanto más se progresa en la unión con Dios, cuanto mayor es la conformidad con su santísima voluntad³⁸. Dejarse en las manos de Dios es lo más acertado que podemos hacer. Es fundamental «rendir nuestra voluntad a la de Dios en todo y que el concierto de nuestra vida sea lo que Su Majestad ordenare de ella, y no queramos nosotros que se haga nuestra voluntad, sino la suya».³⁹ Teresa de Jesús sabe, porque lo experimentó, que lo más provechoso es vivir colgados de la voluntad de Dios, atenerse a las pruebas y a lo que Él nos envíe.

No pide otra cosa al Señor, sino que su voluntad esté siempre sujeta a no salir de la de Él. Y esto con la radicalidad y veracidad propias del estilo teresiano, «porque un alma dejada en manos de Dios, no se la da más que digan bien que mal, si ella entiende bien entendido –como el Señor quiere hacerle merced que lo entienda– que no tiene nada de sí»⁴⁰. Ella ha aprendido de Cristo que ésta es la cima de la perfección humana y por eso ofrece una experiencia de vida y una doctrina perenne:

«En lo que está la suma perfección claro está que no es en regalos interiores, ni en grandes arrobamientos, ni visiones, ni en espíritu de profecía, sino en estar nuestra voluntad tan conforme con la de Dios, que ninguna cosa entendamos que quiere, que no la queramos con toda nuestra voluntad, y tan alegremente tomemos lo sabroso como lo amargo, entendiendo que lo quiere Su Majestad...

³⁷ *Ibid.*, 54, 2: 370.

³⁸ Cf. *Segundas Moradas*, 8: 484-485.

³⁹ *Terceras Moradas*, 2, 6: 492.

⁴⁰ *Libro de la vida*, 31, 16: 169.

Esta fuerza tiene el amor si es perfecto, que olvidamos nuestro contento por contentar a quien amamos.»⁴¹

Cuando se llega a este estado de unificación total con el querer divino, y ya el propio vivir es Cristo, se disfruta de una paz indecible. Lo que hay de cierto en la unión con Cristo y en los mayores gozos místicos es el «estar resignada nuestra voluntad en la de Dios. ¡Oh, qué unión ésta para desear! Venturosa el alma que la ha alcanzado, que vivirá en esta vida con descanso y en la otra también; porque ninguna otra cosa de los sucesos de la tierra la afligirá, si no fuere si se ve en algún peligro de perder a Dios u ver si es ofendido; ni enfermedad ni pobreza, ni muertes, si no fuere de quien ha de hacer falta en la Iglesia de Dios, que ve bien esta alma que Él sabe mejor lo que hace que ella lo que desea.»⁴²

5. ALEGRÍA CRISTIANA DE LA VIDA

En el espíritu de austeridad, en la carencia voluntaria de cosas, en la libertad interior, en el desasimiento de todo, en hacer una la voluntad con la de Dios cifra Teresa de Jesús la verdadera alegría interior. El cristianismo es la religión de la alegría y es una verdad que incrusta sus raíces en toda la Sagrada Escritura, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. La esperanza del cristiano nunca quedará confundida⁴³. El Espíritu Santo pone en el corazón una esperanza que jamás puede resultar fallida y las tribulaciones sufridas por el Evangelio la robustecen cada vez más en vez de debilitarla⁴⁴. San Pablo dice a los filipenses: *alegraos siempre en el Señor, otra vez os digo, alegraos* (Fil 3, 1); y a los tesalonicenses: *estad siempre alegres* (1Ts 5, 16). Y lo mismo repite en muchos pasajes de sus cartas. Cristo, en el Sermón de la montaña, después de llamar dichosos a todos aquellos que soportan con paciencia las persecuciones y penalidades de la vida, les exhorta a alegrarse y regocijarse, porque su recompensa es grande en el cielo. Él da el ciento por uno en esta vida y luego la vida eterna. Acudiendo a Él en los agobios y trabajos, la carga es ligera y el yugo suave. Y el canto del *Magnificat*, ¿qué otra cosa es, sino el canto más sublime a la alegría en que rebosaba el Corazón de María, Madre de la Iglesia? El que acepta la cruz, completa en él lo que falta a la pasión de Cristo, rescata al mundo y conoce la alegría.

Charles Moeller ha llamado a Bernanos «el profeta de la alegría», porque en sus obras late el misterio de muerte y resurrección, la alegría pascual. El secreto de su alegría es la «gracia». Los sufrimientos del mundo dibujan un icono, el del cuerpo de Jesús, en el que se consuma la pasión redentora. «Bernanos es un escritor profeta. Con su mirada profunda, que se apodera de nosotros fulgurantemente, nos transporta a lo eterno. Nos fuerza a ver el verdadero juego de nuestra vida: “si nuestras dichas son con frecuencia terrestres, nuestras desdichas son siempre sobrenaturales”. En el seno de un mensaje que figura entre los más trágicos de este siglo, estalla una tremenda fuerza de alegría. La clave de la obra de Bernanos es el misterio pascual, muerte, pero también

⁴¹ *Fundaciones*, 5, 10: 691.

⁴² *Quintas Moradas*, 3, 3: 517.

⁴³ Cf. Rm 5, 5.

⁴⁴ Cf. Rm 5, 35.

vida.»⁴⁵. La pregunta que Bernanos hace a todos los cristianos es ésta: ¿Sois capaces de rejuvenecer el mundo, sí o no? El Evangelio es siempre joven, sois vosotros los viejos.

Saberse amado y redimido por Dios es la verdadera fuente de la alegría; el creyente ha de vivir en la paz y en el gozo, aun en las tribulaciones, porque el amor redentor de Jesucristo sobrepuja todo entendimiento. El Reino de Dios es justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo, dice San Pablo en la carta a los Romanos (Rm 14, 17). Por eso los santos tienen que ser necesariamente alegres y es frecuente que lleguen a un grado de jovialidad admirable. A pesar de toda la lucha que supone el despojarse del hombre viejo con todas sus obras, y vestirse del nuevo, a pesar de renunciaciones que no parecen atractivas a la naturaleza, Dios comunica consolaciones que superan con mucho las alegrías terrenas y fortalecen al cristiano que camina, arrastrando a muchos consigo a la salvación. Nunca un hombre se salva solo.

La alegría está ligada a la vocación cristiana. De San Francisco de Asís, escribía el protestante Julio Hart, que fue el hombre más alegre que jamás hubo en la tierra. Y un gran psicólogo de nuestro tiempo, el alemán Philipp Lersch dice de él: «Si entre los sentimientos mundanos buscamos el polo opuesto al nihilismo, habrá que llegar hasta esa impregnación por el mundo de la que estaba lleno San Francisco de Asís. Es una mezcla de devoción por el mundo y de entusiasmo, un temple provocado por el mundo, en el que éste es ya dado de antemano como algo lleno de sentido... En tan limpia y pura forma, este sentimiento mundano se da muy pocas veces... El núcleo esencial más profundo del humor radica en la fuerza de la vivencia religiosa. El humor ve lo terrenal y lo humano en su insuficiencia respecto a Dios. Pero lo ve desde su sentimiento mundano, en el espejo del amor que Dios profesa a su creación, sin que por ello tenga que hablar de Dios ni hacer teología... Se tiene la certeza de que todo lo finito está amparado por la misericordia de Dios. Según esto, el humor es amor y piedad hacia el mundo, precisamente allí donde éste muestra sus defectos, su insensatez e incluso su maldad... Ama al mundo... Amor es siempre “un decir que sí... gratitud hacia Dios”. Desde su consagración a Dios, Francisco de Asís caminaba por bosques y por valles entonando alabanzas al Supremo Hacedor y a sus criaturas, a las que llamaba “hermanas”. Entre cánticos pedía limosna; cantando partió con Fr. Gil para tierras de misión; el canto era su consuelo en sus continuas y prolongadas enfermedades; y cantando recibió la muerte. Su alegría y su gozo han llegado a nuestro siglo y seguirán fluyendo por la historia.»⁴⁶.

También la alegría de Teresa de Ávila ha invadido el mundo y ha llegado a los «palomarcicos teresianos más escondidos», a otros muchos fundadores de congregaciones religiosas, e incluso a tantos intelectuales que no sabían sonreír. Se le ha llamado «la alegría en el sufrimiento», porque toda su vida estuvo marcada con el sello de la cruz: enfermedades, contradicciones de buenos –las más difíciles y duras de sobrellevar–, oposición de los propios religiosos a quienes trataba de reformar, dificultades internas, etc., etc. A pesar de ello su alegría era desbordante y contagiaba a cuantas personas se ponían en contacto con ella. Al tomar sobre sus hombros femeninos –femeninos y en el siglo XVI–

⁴⁵ CH. MOELLER, *Literatura del siglo XX y cristianismo*, vol. I, Madrid 1966⁶, 465.

⁴⁶ PH. LERSCH, *La estructura de la personalidad*, Barcelona, 1971⁸, 306 y 308.

la carga de reformar una Orden religiosa antigua –tarea harto más ardua que fundarla de nuevo–, el panorama que encontró en derredor suyo fue bien poco halagüeño; no obstante, se lanzó con brío a su misión, apoyada en una vida de oración intensa y en una fidelidad a la gracia que se vio coronada por el éxito. Las contrariedades, persecuciones, sinsabores de todo género llovieron sin cesar sobre ella, pero no fueron capaces de ahogar la alegría de su espíritu, alegría que dejó como preciada herencia de su espíritu y estilo teresianos.

Como consecuencia de esa alegría constante que envolvía todo su ser, su presencia y sus cartas sembraban optimismo y animación en todos. Enemiga de actitudes hoscas, no permitía a su lado personas que se dejaran arrastrar por la tristeza, y da como aviso necesario para los que quieren ir por el camino de Cristo, el procurar la «a los principios andar con alegría y libertad»⁴⁷. Ni ella era triste, ni le agradaba que los que estaban a su lado lo fueran. Solía decir: Dios nos libre de santos encapotados, «porque vida es vivir de manera que no se tema la muerte ni todos los sucesos de la vida, y estar con esta ordinaria alegría que ahora todas traéis.»⁴⁸

En sus cartas recomienda a sus hijas la sana alegría: procurad estar alegres; no dejéis de estar alegres. Celebra esta actitud, por citar un ejemplo, cuando escribe al P. Gracián y le da noticias de su hermana Isabel. Siempre se fija en la alegría y contento que traía: «Mi Isabel está cada día mejor. En entrando yo en la recreación, como no es muchas veces, deja la labor y comienza a cantar:

La Madre Fundadora
Viene a la recreación;
Bailemos y cantemos
Y hagamos el son»⁴⁹

En los primeros momentos de la Reforma, cuando lo que más abundaba era el desagrado, la maledicencia, la palabra mordaz contra ella, al enterarse, reaccionaba con una explosión de gozo pensando que en aquellas circunstancias estaba agradando mucho a Dios. El P. Gracián, compañero infatigable de la Madre Teresa y que sentía como propias sus penas, nos atestigua: «Un solo consuelo me quedaba, que era acudir a la misma Madre a consolarme con ella, era para mí mayor tormento; porque cuando le decía los males que de ella se decían, era tan grande su contento, y frotaba una palma con otra en señal de alegría, como a quien le ha acontecido un sabroso suceso; que a mí me era increíble pesar». Semejante contento tenía que provenir necesariamente de una vida sumergida en Dios.

La alegría caracteriza toda su vida ya desde su niñez y juventud: «En esto me ha dado gracia el Señor, en dar contento en dondequiera que estuviese.»⁵⁰

A pesar de sus circunstancias personales, desasosiegos o dolores fortísimos, procuraba dar alegría a los demás. Lo admirable es que, a pesar del estado de postración y abatimiento en que muchas veces se encontraba, jamás desaparecía de sus labios una suave sonrisa. Cuantos se acercaron a ella

⁴⁷ *Libro de la vida*, 13, 1: 77.

⁴⁸ *Fundaciones*, 27, 12: 774.

⁴⁹ *Carta 167*, 1: 1062.

⁵⁰ *Libro de la vida*, 2, 8: 38.

testificaron en el proceso: «todo el tiempo en que se halló tullida mostraba gran alegría que daba contento a todos los que la curaban y rodeaban y gustaban de ello y de su gracia».

Concretamente en el libro de las Fundaciones exhorta constantemente a permanecer fieles a Dios, a llevar una vida de fidelidad exquisita, manantial de donde brota la verdadera alegría. La obra de la Reforma no la considera obra suya, sino de Dios.

«Veréis que estas casas en parte no las han fundado hombres las más de ellas, sino la mano poderosa de Dios, y que es muy amigo Su Majestad de llevar adelante las obras que Él hace, si no queda por nosotras. ¿De dónde pensáis que tuviera poder una mujercilla como yo para tan grandes obras, sujeta, sin un solo maravedí ni quien con nada me favoreciese?»⁵¹

Ciertamente en la fidelidad está el fruto maravilloso de la verdadera alegría: «¿A qué se puede comparar la paz interior y exterior con que siempre andáis? En vuestra mano está vivir y morir con ella, como veis que mueren las que hemos visto morir en estas casas.»⁵²

Teresa de Jesús vio que todas las hijas que la precedieron en la marcha al Padre dejaban este mundo entre transportes de alegría, y no ve otro motivo que la fidelidad a Cristo y a los supremos compromisos contraídos con Él. Y lo mismo narra de los seculares a los que trata y ve morir: fidelidad es lo que supera el tiempo fugitivo; tiene en sí algo de eternidad. Este es uno de los grandes males que nos aquejan: no permanecer firmes en las responsabilidades a pesar de los daños y amenazas. Y la causa profunda es el olvido de que Cristo es el Camino, la Verdad y la Vida, porque de Él viene la fidelidad al mundo; podemos ser fieles porque nos ha hecho a imagen y semejanza suya y nos ha redimido con su propia vida. Pero al buscar otras imágenes y otros proyectos, fuera de la fidelidad al Evangelio de Cristo, para la realización de la condición humana, se corrompe ésta. Sin Él nada podemos hacer, ni ser.

La gran Doctora universal, profunda concedora de la naturaleza humana, inculca a los religiosos y a todos los que trata, espíritu de verdad, de sencillez y pobreza, desprendimiento de todo, regocijo ante la necesidad, y muestra, porque lo ha probado, que en ello está la fuente perenne de alegría. De la alegría interna que embargaba su alma –repito que fruto de la fidelidad exquisita a la gracia y su vivir sumergida en la voluntad de Dios– brotaban rasgos de jovialidad que la han hecho el prototipo de la simpatía arrolladora, de la grandeza de alma, y del gracejo en el hablar y en el tratar con todos, cualquiera que fuera su condición y categoría social.

Es cierto que en los *Avisos* a sus monjas dice que se debe «hablar a todos con alegría moderada» y «de ninguna cosa hacer burla». Sin embargo, como humana que era y de profunda penetración realista, en más de una ocasión miraba las cosas por el lado humorístico, como cuando llamaba al P. Gracián «el profeta Eliseo», por su cabeza un poco grande y su calva venerable; a San Juan de la Cruz, «Séneca» y «mi Senequita»; «gatos» a los carmelitas calzados; «águilas» a los descalzos; «cigarras» a las carmelitas calzadas; «mariposas» a

⁵¹ *Fundaciones*, 27, 11: 773.

⁵² *Ibid.*, 27, 12: 774.

las descalzas; «patillas» al diablo, etc. A veces la ironía chispeante aflora en sus escritos, como cuando escribe al P. Ambrosio Mariano de San Benito y le cuenta la impresión que le produjo la visita de unos carmelitas jóvenes en unas mulas bien enjaezadas: «Cuán mal parecían descalzos y en buenas mulas; que no se había de consentir sino para largo camino u gran necesidad, que no venía bien lo uno con lo otro, que han venido por aquí unos mocitos que parece, andando poco y con algún jumento, pudieran venir a pie. Y así le torno a decir que no parecen bien estos mocitos descalzos y en mulas con sillas.»⁵³

En términos teresianos tengo que decir «que me he divertido» de lo que estaba tratando: el gran gozo y alegría cristiana de Teresa de Jesús. Ella dice que se espanta de la diferencia que hay entre éstos y los disfrutes de esta tierra; y tiene gran esperanza de ir a gozar perpetuamente lo que aquí se le da a sorbos. «Decís Vos: Venid a mí todos los que trabajáis y estáis cargados, que yo os consolaré. ¿Qué más queremos, Señor? ¿Qué pedimos? ¿Qué buscamos? ¿Por qué están los del mundo perdidos sino por buscar descanso? ¡Válame Dios, oh, válame Dios! ¿Qué es esto, Señor? ¡Oh, qué lástima!; ¡oh, qué gran ceguedad, que le busquemos en lo que es imposible hallarle! Habed piedad, Criador de estas vuestras criaturas; mirad que no nos entendemos, ni sabemos lo que deseamos, ni atinamos lo que pedimos. Dadnos, Señor, luz.»⁵⁴.

6. EN EL MISTERIO DE LA IGLESIA. VIDA Y MUERTE DE TERESA DE JESÚS

Todo católico, a menos que sea un hijo ingrato e infiel, da incesantemente gracias a Dios por esta gran Madre, la Iglesia, que nos introduce en el misterio de Cristo y nos lo comunica. Por eso canta un gran poeta de nuestros días, Paul Claudel: «Por siempre sea alabada esta gran Madre llena de majestad, en cuyas rodillas todo lo he aprendido.» Todo lo aprendemos en su regazo maternal y continuamos cada día aprendiendo. Teresa de Jesús muere dando incesantes gracias a Dios porque la ha hecho hija de su Iglesia. «Después de la comunión volvió a dar gracias al Señor porque la había hecho hija de la Iglesia y moría en ella.» Repetía muchas veces: «En fin, Señor, soy hija de la Iglesia.» «Gracias te hago, Dios mío, Esposo de mi alma, porque me hiciste hija de tu santa Iglesia católica.»⁵⁵ En el misterio de la Iglesia de Cristo vive y muere Teresa de Jesús. Enamorada de Cristo, no podía menos que amar la obra del Redentor, procurando por todos los medios serle útil de alguna manera, no sólo con la santidad de su vida, y el afán constante de que sus hijas lo fueran también, sino por un vivir a diario todos los más acuciantes problemas de ella.

La Iglesia es un misterio de fe. No es Dios, es «de Dios», como dice San Ildefonso. Los santos Padres la llaman *Esposa* inseparable que le sirve en la fe y en la justicia; *Casa de Dios* donde Él nos recibe para perdonar nuestros pecados; *Columna de la verdad* donde nosotros creemos rectamente en Él y donde lo glorificamos, *Mansión* anunciada por los profetas, a donde han de

⁵³ Carta 157, 7: 1052.

⁵⁴ *Exclamaciones*, 8, 2: 640.

⁵⁵ O. STEGGINK Y EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS, *Tiempo y vida de Santa Teresa*, BAC 283², Madrid 1978, 983.

confluir todas las naciones; *Cámara del tesoro*, donde los Apóstoles han depositado la Verdad, que es Cristo; *Acceso a la Vida* y a los dones del Espíritu. No podemos profesar nuestra fe cristiana, si no nos asociamos a toda la Iglesia.

Todo el proceso de nuestra salvación, de nuestra salud, se realiza en ella. El misterio de la Iglesia es nuestro propio misterio, «nos abraza por completo. Nos rodea por todas partes, ya que Dios nos ve y nos ama en su Iglesia, ya que en ella es donde Él nos quiere y donde nosotros le encontramos, y en ella es donde también nosotros nos adherimos a Él y donde Él nos hace felices».⁵⁶

Teresa de Jesús dice que por un punto de ella moriría mil muertes; cree firmemente y vive de la Santa Madre Iglesia. Fortalecida con esta fe «y con este amor a la fe que infunde luego Dios, que es una fe viva, fuerte, siempre procura ir conforme a lo que tiene la Iglesia, como quien tiene ya asiento fuerte en estas verdades, que no la moverían cuantas revelaciones pueda imaginar –aunque viese abiertos los cielos– un punto de lo que tiene la Iglesia.»⁵⁷

Los tiempos de Santa Teresa, como casi todas las épocas, estuvieron caracterizados por una serie de acontecimientos que afligían mucho a la Iglesia: guerras, profanaciones de templos; sacerdotes, religiosos y cristianos infieles a sus compromisos; y sobre todo la escisión dentro de la misma Iglesia. Eran los tiempos en que el protestantismo se hallaba en su apogeo, tratando de imponer sus doctrinas en las principales naciones de Europa. Tenía noticias de todos estos sucesos, los lloraba en el retiro de su celda y estimulaba a sus hijas a una oración ardiente y a una entrega cada vez más fiel a esta bendita Madre nuestra, la Iglesia de Cristo.

«¡Oh Redentor mío, que no pueda mi corazón llegar aquí sin fatigarse mucho! ¿Qué es esto ahora de los cristianos? ¡Siempre han de ser ellos los que más os fatiguen! A los que mejores obras hacéis, a los que más os deben, a los que escogéis para vuestros amigos, entre los que andáis y os comunicáis por los sacramentos, no están hartos, Señor de mi alma, de los tormentos que os dieron los judíos.»⁵⁸ Ante las grandes necesidades de la Iglesia le parecía cosa de burla tener pena por otra cosa.

Tan profunda experiencia de las tribulaciones y sufrimientos de la Iglesia militante, no sólo sacudió lo más profundo de su ánimo, sino que la llevó a orar ardientemente por ella y a establecer una familia religiosa que sirviera a la Iglesia con todas sus fuerzas, poniendo un dique a la relajación de costumbres y a las doctrinas disidentes. Su obra *Camino de Perfección* tuvo como meta fomentar la vida espiritual en toda su hondura, la fidelidad a la oración y una entrega generosa a luchar, de la manera que sea, en defensa de la Iglesia. En esto cifraba la razón de existir de sus discípulos y seguidores, en olvidarse de sí y consagrarse de por vida al servicio de la Iglesia, entregándose a ella totalmente en el campo que les hubiera sido confiado. Realmente Teresa de Jesús dejó una nueva espiritualidad en la Iglesia, en la que vivió fielmente, a la que sirvió y a la que amó con todas las fuerzas de su condición humana de mujer.

⁵⁶ H. DE LUBAC, *Meditación sobre la Iglesia*, Bilbao³, 1961, 39.

⁵⁷ *Libro de la vida*, 25, 12: 137.

⁵⁸ *Camino de perfección*, 1, 2-3: 238-239.

Esta espiritualidad hondamente eclesial aflora en toda su vida, obra y escritos. Aparece también, en las llamadas *Cuentas de Conciencia*, su biografía interna, escrita, por esa exigencia de verdad que hay en toda la vida de Teresa de Ávila, para manifestar su conciencia a sus confesores, el P. Pedro Ibáñez y el P. García de Toledo. Rebosan sentimientos de gratitud y fidelidad a la Iglesia.

«Esto le hacía mucha más gana de servirle, que por el temor nunca fue ni le hacía caso; siempre con gran deseo de que fuese alabado y su Iglesia aumentada; por esto era cuanto rezaba sin hacer nada por sí, que le parecía que iba poco en que padeciese en purgatorio a trueque de que ésta se acrecentase, aunque fuese un poquito.»⁵⁹

El cristiano nunca está solo en su fe. Por el bautismo ha entrado en la gran familia católica, está integrado en la gran asamblea universal en la que vive y muere y en la que resucitará. *Después miré y habla una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de toda nación, raza, pueblos y lenguas, de pie delante del trono y del Cordero, vestidos con vestiduras blancas y con palmas en sus manos. Y gritan con fuerte voz: la salvación es de nuestro Dios, que está sentado delante del trono y del Cordero (Ap 7, 9).*

Teresa vivió sintiendo a la Iglesia como Madre y sabiéndose ella misma Iglesia. En las quintas Moradas, mediante el símil del gusano que muere y del que nace la «mariposica blanca que no se conoce a sí», nos describe la transformación del hombre viejo en criatura nueva, y nos dice cómo esta transformación se realiza en la Iglesia por los medios que Cristo puso en ella: «Entonces comienza a tener vida este gusano, cuando con la calor del Espíritu Santo se comienza a aprovechar del auxilio general que a todos nos da Dios, y cuando comienza a aprovecharse de los remedios que dejó en su Iglesia (ansí de acontinuar las confesiones como con buenas lecciones y sermones, que es el remedio que un alma que está muerta en su descuido y pecados y metida en ocasiones pueda tener), entonces comienza a vivir y vase sustentando en esto y en buenas meditaciones hasta que está crecida... Pues, crecido este gusano, comienza a labrar la seda y edificar la casa adonde ha de morir. Esta casa querría dar a entender aquí, que es Cristo.»⁶⁰

Es, como diría San Cipriano, un seno maternal y una maternidad. Jesucristo se ofreció en sacrificio para que todos seamos uno, Él es la vid y nosotros los sarmientos. El misterio de la comunión se obra ofreciéndonos nosotros por Cristo, con Cristo y en Cristo, a todos. Teresa se vio sometida a diversas clases de dolores corporales intolerables y también martirios espirituales, pero en tales circunstancias, no pedía al Señor le privara de esos padecimientos, sino que le diera Su Majestad paciencia y así estuviera ella hasta el fin del mundo.

«Abrazaos con la cruz que vuestro Esposo llevó sobre Sí y entended que ésta ha de ser vuestra empresa; la que más pudiera padecer, que padezca más por Él y será la mejor librada. Lo demás como cosa accesoria, si os lo diera el Señor, dadle muchas gracias –se refiere a los gustos y mercedes en la oración–».⁶¹ Consciente de lo que significa ser Iglesia y ser miembro de este Cuerpo Místico

⁵⁹ *Cuentas de conciencia*, 57: 617.

⁶⁰ *Quintas Moradas*, 2, 3-4: 512.

⁶¹ *Segundas Moradas*, 7: 484.

comprendía el valor del sufrimiento y de la oración de unos por otros. Se regocijaba en su interior sabiendo que, en la providencia de Dios, aquellos sufrimientos suyos, aquellas oraciones y peticiones, unidos a los de Cristo, eran de valor incalculable para hacer bien a otros. «Dadme, Señor, trabajos, dadme persecuciones. Y verdaderamente lo desea, y aun sale bien de ellos, porque como ya no mira su contento, sino el contentar a Dios, su gusto es imitar en algo la vida trabajosísima que Cristo vivió... Mientras más adelante están en esta oración y regalos de nuestro Señor, más acuden a las necesidades de los prójimos, en especial a las de las ánimas, que por sacar una de pecado mortal parece que daría muchas vidas.»⁶²

La Iglesia arrebató su corazón. Nada de cuanto a ella afecta, la deja indiferente o desinteresada. Se duele con su dolor, se alegra con sus gozos, y se siente rica con su riqueza. Sabe que Cristo estará siempre en ella, hoy como ayer, y hasta la consumación de los siglos. Cree firmemente todo lo que tiene la Santa Madre Iglesia y su adhesión es inquebrantable. «Sabía bien de mí que en cosa de la fe, contra la menor ceremonia de la Iglesia que alguien viese yo iba, por ella u por cualquier verdad de la Sagrada Escritura, me pondría yo a morir mil muertes; y dije que de eso no temiesen, que hartó mal sería para mi alma si en ella hubiere cosa que fuese de suerte que yo temiese la Inquisición; que si pensara había para qué, yo me la iría a buscar, y que si era levantado, que el Señor me libraría y quedaría con ganancia.»⁶³

No la juzga, sino que se deja juzgar por ella. Todos sus deseos, lágrimas y peticiones eran por el bien de la Iglesia y lo mismo pide hagan a todos los que trata.

Todo en la Iglesia está ordenado a «la nueva criatura», a la «mariposica» que sólo encuentra en Cristo su reposo. Somos peregrinos hacia la Jerusalén celestial y hay un solo Camino para ir hacia ella, y todos recibimos la misma comida y la misma bebida: el Cuerpo y la Sangre del Señor. Henri de Lubac, en su libro *Meditación sobre la Iglesia*, dice que la Iglesia hace la Eucaristía, que el sacerdocio fue instituido principalmente con este fin: *Haced esto en memoria mía*; y la Eucaristía hace la Iglesia, pues ella remata la obra que el bautismo había iniciado⁶⁴. Cristo viene en medio de los suyos, Él se hace su alimento, y cada uno, uniéndose a Él, se encuentra unido a todos los que como él le reciben. *Un solo Señor, una sola fe y un solo bautismo. En un solo Espíritu hemos sido todos bautizados, para no formar más que un cuerpo, judíos y griegos, esclavos y libres. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu* (1Cor 12, 13). En Cristo Eucaristía está el corazón de la Iglesia y la fuente de vida.

Por eso Santa Teresa buscaba con gran ansiedad el agua viva nacida de la Eucaristía. Ella misma nos lo dice con ese lenguaje suyo directo y ardiente que no deja lugar a duda: «Viéntenme algunas veces unas ansias de comulgar tan grandes que no sé si podría encarecer. Acaecióme una mañana, que llovía tanto que no parece hacía para salir de casa. Estando yo fuera de ella, yo estaba ya

⁶² *Meditaciones sobre los Cantares*, 7, 9: 467-468.

⁶³ *Libro de la vida*, 33, 5: 179-180.

⁶⁴ H. DE LUBAC, *Meditación sobre la Iglesia*, Bilbao³ 1961, 119 y 135.

tan fuera de mí con aquel deseo que aunque me pusieran lanzas a los pechos, me parece entrara por ellas, cuantimás agua.»⁶⁵

Cristo ha dicho que Él es el pan de vida, y el que come de ese pan vivirá para siempre. Teresa tenía fe ciega en las palabras de Cristo y obraba en consecuencia. «Porque –si no nos queremos hacer bobos y cegar el entendimiento– no hay que dudar que esto no es representación de la imaginación, como cuando consideramos a el Señor en la cruz, u en otros pasos de la Pasión, que le representamos en nosotros mismos como pasó. Esto pasa ahora, y es entera verdad, y no hay para qué le ir a buscar en otra parte más lejos... Si cuando andaba en el mundo, de sólo tocar sus ropas sanaban los enfermos, ¿qué hay que dudar que hará milagros estando tan dentro de mí, si tenemos fe, y nos dará lo que le pidiéremos, pues está en nuestra casa? Y no suele Su Majestad pagar mal la posada, si le hacen buen hospedaje.»⁶⁶

Su amor a la Eucaristía queda maravillosamente expresado en los capítulos del *Camino de perfección* en que nos expone «la gran necesidad que tenemos de que el Señor nos dé lo que le pedimos en estas palabras del Paternoster: panem nostrum cotidianum da nobis hodie». En sus días, como en todas las épocas, había personas deseosas de haber vivido en los tiempos de Cristo para conocerle, amarle y servirle. Ella no, pues su fe la hacía vivir en un contacto real con el Huésped Divino del Sagrario. «Habíala el Señor dado tan viva fe –está hablando de ella en tercera persona–, que cuando oía a algunas personas decir que quisieran ser en el tiempo que andaba Cristo nuestro Bien en el mundo, se reía entre sí, pareciéndole que teniéndole tan verdaderamente en el Santísimo Sacramento como entonces, que ¿qué más les daba?»⁶⁷

En el misterio de la Iglesia vivió y murió Teresa de Jesús. Su vivir fue Cristo y lo será para siempre, porque supo apropiarse las riquezas de la Iglesia y a ella entregó su vida. Supo cuál era el sentido de la vida humana y lo que ella podía aportar a la sociedad en la que le tocó vivir. Y como la verdad es siempre joven y nueva, la espiritualidad y el estilo de Teresa de Jesús es ya torrente de luz en la Iglesia de la que fue hija fidelísima: «Bendito sea Dios, hijas mías, que soy hija de la Iglesia» y muere para vivir en la eternidad. «Ya es llegada la hora que salgamos de este destierro y mi alma goce en uno contigo de lo que tanto he deseado.»⁶⁸ El hombre viejo lleno de faltas de tibieza y miseria ha sido consumido por el fuego del amor redentor de Cristo, como hace el ave fénix «que de la misma ceniza después que se quema sale otra, así queda hecha otra el alma»⁶⁹, y ya Teresa de Ahumada es para siempre Teresa de Jesús.

7. FRUTOS DESEADOS DEL IV CENTENARIO

No puedo terminar esta Carta Pastoral, queridos diocesanos, sin señalar algunas aspiraciones que deseo ofrecer a vuestra consideración, para que el Centenario que celebramos, no quede reducido a conmemoraciones externas, por muy

⁶⁵ *Libro de la vida*, 39, 22: 221.

⁶⁶ *Camino de perfección*. Códice de Valladolid, 34, 9: 384.

⁶⁷ *Ibid.*, 34, 7: 383.

⁶⁸ Véase obra citada en la nota 55.

⁶⁹ *Libro de la Vida*, 39, 23: 222.

solemnes que puedan ser. La figura de Santa Teresa es actual, actualísima, y tiene mucho que decirnos a quienes formamos parte de la Iglesia de hoy, particularmente en nuestra patria española. Esta mujer incomparable, con su fidelidad y su entereza, prestó un servicio eminente a la causa de Cristo y sigue prestándolo. Muchas veces tenemos a la mano remedios para nuestros problemas que andamos buscando fuera desatinadamente. El Centenario de la muerte de Teresa de Jesús no debe limitarse a una conmemoración histórica que la piedad o la cultura ofrecen a quien en su vida alcanzó cimas tan señeras. Es algo más lo que buscamos. Estamos muy necesitados de una espiritualidad sólida y alegre, nacida de la fe, que nos acerque a Dios. Nuestra Iglesia sigue siendo como una gran túnica que cubre el cuerpo frío de la sociedad española. Pero está agujereada y rota, y ese cuerpo frío presenta los síntomas precursores de una gangrena espiritual y moral que le consume. La moral pública y la privada se quiebran sin cesar, y, lo que es más grave, la fe, la fe viva en Dios y en Cristo Redentor, va siendo sustituida por mil sucedáneos que dejan la sociedad cada vez más intoxicada y débil. Una poderosa corriente de espiritualidad cristiana, coherente y reflexiva, la necesitamos como el oxígeno para poder respirar. Santa Teresa puede ayudarnos a conseguirlo.

a) La visita pastoral del Papa

Este esperado acontecimiento será el fruto más visible del Centenario. Porque el motivo inmediato de la visita, aunque sin él también se hubiera producido más pronto o más tarde, es la conmemoración teresiana. Hemos de reconocer que es Santa Teresa la que ha movido la voluntad del Papa en términos de decisión apostólica para venir a España. Si alguien le hubiese dicho a ella cuando recorría los caminos de nuestra patria, que sería capaz de lograr esto, habría contestado riéndose de sí misma y de los que lo decían. Pero así son las cosas.

Habrà que prestar mucha atención a lo que diga el Papa en su visita. Puede ser una ocasión magnífica para renovar pensamientos y conciencias. Si nos situamos con petulancia ante la palabra del Papa y preferimos nuestras personales interpretaciones del Evangelio, faltarán la necesaria devoción y humildad para aceptar esta palabra como lo que quiere ser: ayuda, impulso y orientación.

Santa Teresa estuvo dispuesta a amar y obedecer lo que el Vicario de Cristo dijera, por sí mismo o por sus legítimos representantes, en todo lo que hiciera referencia a la doctrina de la fe y al modo de vivirla.

b) Doctrina cristiana y católica

Santa Teresa nos ofrece con su vida y sus escritos un espléndido mensaje que debería ser más aprovechado. Lo que escribió no vale únicamente para las monjas. Lo característico en ella es que toma ocasión de lo inmediato que trae entre manos –una fundación, un conflicto inesperado, una gestión con los supervisores de la Orden, los obispos o los gobernantes de España, una visita que hace o recibe– y enseguida se eleva, con naturalidad y sin violentar nada, a actitudes superiores de fe y confianza en Dios, y de celo por su gloria, y por el mejor servicio a la Iglesia y a los hombres.

Lo mismo en sus libros. Escribe por obediencia, narra lo que ha vivido o siente, desarrolla pensamientos sobre la oración o la unión con Dios, y a través de todas sus páginas desgrana con asombrosa fluidez enseñanzas vivísimas sobre el arrepentimiento, la mortificación, el dominio de las propias pasiones, la pureza en la intención, la rectitud y la veracidad, la asimilación del legado de Cristo, la Eucaristía, el misterio de la Iglesia, la piedad y las devociones, la aceptación de la voluntad divina, la esperanza de la vida eterna, la riqueza de las misericordias de Dios, que son un canto ininterrumpido a lo que la fe católica nos propone y nos infunde como estilo y norma de nuestra existencia desde el bautismo hasta la muerte.

Los escritos de Santa Teresa son una catequesis continua y plena. Ninguna de las verdades del credo católico, ninguna de las claves fundamentales de la fe y la piedad dejan de ser recordadas con amor y con gracia. Como si todas hubieran sido intensamente vividas por aquella alma de grandeza sin igual. Y así sucede que el lector asiduo de sus obras llega a sentirse empapado o inundado, casi sin darse cuenta, de lo que una formación auténticamente católica puede reclamar. Se comprueba que ocupa un lugar principalísimo entre las figuras preclaras de la Contrarreforma en nuestra España del Siglo de Oro. Y se comprende también que, desaparecidas con el paso del tiempo las adjetivaciones polémicas que nacen de las disputas de los hombres, hoy, en la época del ecumenismo, no sea rechazada la que con tanto vigor escribió «en clave católica», sino por el contrario buscada, leída y admirada. A Santa Teresa la aman católicos y protestantes y encuentra discípulos aun entre los maestros de las religiones orientales. ¿Por qué? Por su sinceridad, por su amor a aquello en que creía, por su deseo de que la verdad resplandeciese. Los católicos la aman porque encuentran en ella el prototipo de lo que afirman y gozan con su fe; los protestantes, porque se conmueven al ver con cuanto amor la vivió, y con qué soberana maestría descubrió el secreto de su alma enamorada; los orientales, por su riquísima contemplación del Absoluto.

Santa Teresa es como un lago sereno sobre el que brilla un sol limpio y ardiente: las aguas están en calma, pero se mueven sin cesar y reflejan irisaciones bellísimas. En sus escritos está apareciendo constantemente una suave agitación. Visto el lago –su alma– desde cerca, todo él es un latido. Lo que late es su alma y su fe. ¡Con qué limpieza y qué poderoso encanto!

Sería –debe ser– otro fruto del Centenario procurar que se lean y comenten mucho más los escritos de Santa Teresa de Jesús. A veces necesitan ser explicados. A personas de formación espiritual –eclesiásticos o seglares– les llegan muy hondo. Y exceptuando algunos pasajes más específicos, pueden ser perfectamente asimilados.

Una figura insigne de nuestro tiempo a quien tanto debe la Iglesia española, don Ángel Herrera, leyó a Santa Teresa toda su vida y recomendaba a todos que hiciesen lo mismo. En sus años de seglar culto, de sacerdote después, y más tarde de Obispo y Cardenal de la Iglesia, habló y predicó mil veces comentando textos de Santa Teresa. Aún recuerdo unos Ejercicios Espirituales a universitarios que predicó en Valladolid, en el Santuario Nacional de la Gran Promesa. El auditorio estaba compuesto por los miembros de la Hermandad de Docentes del Cristo de la Luz. Era admirable oírle comentar textos teresianos. Y aún lo era más ver a aquel público selecto rendido ante la magnitud del horizonte

religioso y espiritual que descubrían para sus propias vidas, que, aunque repletas de saberes humanos, se sentían ávidas de la ciencia de Dios. Los sacerdotes españoles deberíamos utilizar mucho más las obras de Santa Teresa de Jesús en nuestras predicaciones y apostolados de formación de conciencias.

c) Vocaciones al estado religioso

Un fruto espléndido de la conmemoración del Centenario sería lograr que aumenten entre la juventud las respuestas a la llamada de Dios al seguimiento de los consejos evangélicos en el estado religioso. Hay demasiadas apelaciones a carismas singulares y propios sin fundamento objetivo; y un evidente abuso, por lo excesivamente confiado y subjetivo, del soplo del Espíritu, al que todos invocan aun para las cosas más contradictorias.

Mientras tanto, arrastran una vida lánguida y apagada infinidad de comunidades pertenecientes a diversos órdenes y congregaciones religiosas, cuya capacidad de testimonio y servicio al Reino de Dios en la tierra no se puede poner honestamente en duda. Se buscan novedades y se pierden fidelidades.

La renovación ha sido entendida muchas veces como abdicación y abandono de valores sustanciales, con el pretexto de una mayor acomodación a las exigencias del mundo contemporáneo. El resultado no ha sido alentador. Las congregaciones que se mantienen florecientes son, en términos generales, las que han seguido proclamando el radicalismo evangélico de su total entrega, tal como la Iglesia lo aprobó en su día, y como hoy se lo pide convenientemente adaptado.

La juventud de hoy, se nos dice, huye de los compromisos a perpetuidad y quiere ser dueña de sí misma y de sus determinaciones en cualquier momento, como un obsequio obligado a la conciencia viva de su libertad. Y con unas cuantas frases así lo resolvemos todo y nos quedamos tan tranquilos diciendo que ya pasará la crisis que ahora vivimos. Pero lo cierto es que una vez más el dato sociológico suplanta la confianza que deberíamos tener en la gracia de Dios y en las palabras de Cristo: *Cualquiera que dejare casa o hermanos o hermanas, o padre o madre, o esposa o hijos, o heredades, por causa de mi nombre, recibirá cien veces más, y después la vida eterna. Y muchos que eran los primeros en este mundo serán los últimos, y muchos que eran los últimos serán los primeros* (Mt 19, 29-30).

Que los jóvenes de hoy sean de este modo o de otro –aparte lo que hay de generalización indebida en estas afirmaciones– no demuestra que no sigan existiendo invitaciones del Señor a cambiar totalmente sus modos de comportamiento y a ofrecerse para siempre en una completa donación de sí mismos. Lo que los jóvenes necesitan es que se haga la llamada y que se les dé ejemplo. Y después, en el discurrir de sus vidas consagradas, lo que han necesitado los jóvenes y los adultos siempre es una vida religiosa de oración, disciplina y obediencia; una alimentación continua de la misma mediante la observancia fiel de lo que la Iglesia ha señalado para lograr la perseverancia de su vocación; una pureza de pensamiento y de corazón lograda día a día mediante la mortificación y el sacrificio y estimulada por la entrega a los demás según lo que les pide su vocación. Cuando todo esto se abandona, vienen las

defecciones, el desánimo espiritual, la sensación de inutilidad, la carencia de todo entusiasmo para mover a otros a dar una respuesta que los que un día la dieron están deseando que deje de obligarles.

Santa Teresa de Jesús, en cambio, se entregó un día a Dios con «muy determinada determinación», ante los males que sufría la Iglesia y la época en que vivió, e hizo voto de cumplir lo más perfecto y para siempre. Estas son las vidas que arrastran y conmueven. Cuando aparecen, surgen las respuestas a las llamadas de Dios, porque los jóvenes de hoy son tan generosos como los de ayer y los de siempre. Si tienen más facilidades hoy que ayer para experimentar el atractivo de una vida anárquica y hedonista, que les aparta con fuerza del camino de la virtud, también las tienen para llegar antes a la conclusión de que una vida así, tan vacía y tan egoísta, no puede llenar los anhelos de su corazón.

Sería muy lamentable que dejáramos pasar este año conmemorativo sin promover campañas de oración y reflexión sobre el gran tema de la vocación religiosa, del seguimiento de Cristo para siempre y dejándolo todo. Que las comunidades se reformen por dentro y cada uno de los miembros, con los ojos abiertos a las necesidades del mundo y el corazón cerrado a la frivolidad y el laxismo de costumbres, den testimonio de fe y de esperanza en Dios. Que los jóvenes encuentren los motivos evangélicos que existen para animarles a decir ellos también: ¿por qué yo no?

d) Confesores y directores de conciencia

En relación con cuanto acabo de decir sobre el necesario fomento de las vocaciones al estado religioso, de tanta importancia para la vida de la Iglesia, considero obligado referirme a un ministerio que hoy, como tantos otros, se encuentra en crisis: el de los confesores, ministros del perdón y directores de conciencia, servidores del Espíritu para el discernimiento de sus luces y sus dones. Santa Teresa no siempre encontró confesores con suficientes letras y experiencia de Dios para guiarla en su vida espiritual, y de ello se lamentó vivamente. Pero no es menos cierto que, en otras ocasiones, porque los buscó con incansable buena voluntad, también fue escuchada y solícitamente atendida por grandes maestros de la vida del espíritu, muchos de ellos verdaderos santos, de lo cual dio gracias a Dios durante toda su vida.

Hoy se da la paradoja de que, por una parte, pedimos a los seglares más conciencia apostólica que nunca, mayor pureza de criterios evangélicos para el cumplimiento de sus deberes en el campo de la familia, de la política, de la relación social, de la observancia de la justicia y la caridad, del desprendimiento y superación de ambiciones y codicias y, por otro, se les niega o se deja de fomentar como es debido la fuerza sobrenatural del sacramento de la Penitencia, y las palabras claves que tanto bien pueden hacer a un alma que, desde el fondo de la humildad y arrepentimiento, busca a Dios y su paz. Abuso de las absoluciones colectivas, actos penitenciales comunitarios mal preparados, menosprecio de la confesión individual, recepción de la Eucaristía sin confesión previa, en una palabra, colaboración de mil maneras a la pérdida creciente del sentido del pecado. Esto viene sucediendo en parroquias, en colegios y centros de educación, en comunidades religiosas ¿Cómo va a ser posible proteger y fomentar la delicadeza de conciencia, única actitud que permite a un joven

plantearse el problema de su posible incorporación a la vida religiosa para los infinitos campos de apostolado que esperan la llegada de nuevos cultivadores que sucedan y suplan con provecho a los que van muriendo?

La espiritualidad que late en las Constituciones, Decretos y Declaraciones del Concilio Vaticano II, y la más explícita, como es obvio, en los documentos posteriores de los Papas y los Sínodos de la Iglesia universal, están pidiendo a gritos una ascética y una mística adecuadas que puedan aplicarse a la vida de la conciencia íntima de los fieles (sacerdotes, religiosos y seglares) de manera que se convierta en materia de examen de conciencia, de acusación y de propósito de enmienda, de interrogante silencioso y exigente. Hacen falta urgentemente confesores y directores de conciencia, también estos últimos, hombres y mujeres que, en conformidad con la misión recibida de la Iglesia, ayuden a tantos jóvenes a comprender y vivir prácticamente que el Espíritu Santo actúa en la Iglesia, no sólo inspirando movimientos comunitarios, sino pidiendo a cada uno, como a María, la Sierva del Señor, una docilidad siempre en aumento para responder por sí mismo a una invitación cada vez más fuerte a mayores entregas y oblaciones.

e) Piedad y devoción

Por último, señalo también como fruto deseado de este Centenario, la vigorización de la piedad, de la sencilla y fervorosa piedad que es fruto de la fe y ayuda a mantenerla. Y no hablo únicamente de la piedad del pueblo, frase que se utiliza con frecuencia para designar actitudes religiosas consideradas como de segunda categoría, solamente apta para cristianos poco ilustrados. Hablo de la piedad de cada uno, sacerdotes, religiosos, seglares, familias, niños, jóvenes, ancianos. Santa Teresa fue una mujer piadosa, una monja piadosa, una Doctora de la Iglesia piadosa y llena de fervor. La piedad es como un clima y un perfume. Un clima creado para la vida de fe; un perfume que esa misma fe difunde y propaga. La piedad es un don del Espíritu Santo que nos hace sentir gusto por las cosas de Dios. No hay vida cristiana sin sacramentos, sin participación en el sacrificio eucarístico de Cristo, o iniciada, o más o menos desarrollada. Pero los sacramentos exigen una preparación para recibirlos, una disposición para asimilar su gracia, un cuidado esmerado para obtener sus frutos. Entonces surgen como acompañamiento natural de los mismos, la oración, la alabanza, el arrepentimiento, el deseo de avanzar en la unión con Dios, la utilización digna y provechosa de todo cuanto en la vida de la Iglesia ha ido brotando como expansión obligada de su realidad de Cuerpo Místico de Cristo. Éste, Cristo, será siempre el centro de nuestra piedad, porque es el Mediador único. Pero lógicamente nos interesará conocer lo que hay en la familia cristiana, a la que pertenecemos; y aparecerá el amor y la devoción a la Virgen María, a los Santos, a la Palabra de Dios contenida en las Escrituras, a la Iglesia Santa; y brotarán mil formas diversas de aprovecharlo y renovarlo, de celebrar su recuerdo y sus fiestas, de meditar sus riquezas, de gozar de su significación y contenido, concediendo a cada uno de estos hechos y motivos lo que a cada cual corresponde. Hoy hablamos mucho de la fe y del compromiso cristiano con la comunidad y con el mundo, y hacemos bien. Pero, frecuentemente, se hace con tanta frialdad, y con exigencias tan puramente racionalistas, que más que familia evangélica congregada en la Iglesia en torno a Jesucristo, alivio de los corazones

cansados, manso y humilde, que nos invita a reposar en Él, parecemos un sindicato de activistas a las órdenes de un líder lejano, que es Jesús de Nazaret, o tan próximo que viene a ser igual a cualquiera de nosotros.

¿Acaso la Iglesia ha nacido hoy? ¿No hay toda una historia, larga y riquísima, de intervenciones de Dios, de vidas prodigiosas de santos y mártires, de explicaciones fundadísimas sobre el modo de conservar y acrecentar la fe y la esperanza sobrenaturales?

Todo esto hay que conmemorarlo y vivirlo aprovechando los ejemplos que nos han sido dados, unido nuestro espíritu al de tantos héroes de la santidad que nos han precedido; llorando con Cristo doloroso, y gozando con Cristo triunfante del pecado y de la muerte; cantando los salmos de la Biblia y rezando las oraciones del cristiano tal como se nos ofrecen en un sencillo devocionario aprobado por la Iglesia. Piedad litúrgica y piedad personal y privada, oraciones de la Iglesia y devociones particulares, participación comunitaria y meditación privada, todo puede ser apto para el progreso de la vida espiritual con tal que las formas de expresión sean adecuadas a un recto espíritu de comunicación con Dios y a un buen deseo de purificación y ennoblecimiento del alma.

Santa Teresa se conmovía profundamente en la adoración de la Sagrada Eucaristía, gozaba lo indecible cuando al abrir una nueva casa podía dejar en ella un Sagrario más, vibraba de emoción ante las llagas de Cristo Crucificado, se conmovía de amor a su Humanidad santísima, profesaba la más tierna devoción a la Virgen María, confiaba y pedía sin cesar la intercesión de San José, leía los libros espirituales más recomendados de su época, sintonizaba con los tiempos litúrgicos y se preparaba con delicadeza a la celebración de las fiestas, componía poesías para que las cantaran sus monjas en forma de villancicos, adquiría cuadros piadosos de Cristo o de la Santísima Virgen, y no toleraba que se despreciase una sola de las ceremonias de la Iglesia.

Os ruego, queridos sacerdotes, pastores de las almas, que cuidéis mucho la piedad de vuestras comunidades parroquiales, eliminando las formas decadentes y los barroquismos inútiles. No todo lo que es popular y tradicional merece ser conservado. Educad a los fieles para que sepan discernir y gustar lo que verdaderamente ayuda a su espíritu, que no puede ser nunca individualista y anárquico. Si ese espíritu es católico, ha de alimentarse y manifestarse en conformidad con lo que la Iglesia pide. Que la piedad se acomode también a lo que la renovación litúrgica, promovida por el Concilio Vaticano II, demanda. Pero no menospreciemos tampoco formas y manifestaciones de piedad, tan válidas hoy como ayer para respirar con gozo y confianza los logros y aspiraciones de una fe con los que se ha ido poblando, a lo largo de los siglos, la casa del Pueblo de Dios. Lo mismo digo a los religiosos y religiosas. En vuestros colegios y centros de educación, los que sois educadores; en vuestras instituciones de asistencia sanitaria, de vuestras obras múltiples de promoción social; y antes, en vuestros noviciados y casas de formación, fomentad, en favor de vuestras almas y de aquellas a quienes llega la beneficiosa influencia de vuestra dedicación, esa humilde y sincera piedad que os llevará suavemente a una mayor unión con el Dios de la alegría y de la paz, y os permitirá alcanzar la fortaleza para perseverar y formar bien a los demás. No tiene por qué haber contraposición entre la piedad litúrgica y la piedad y la devoción privadas. Las dos son compatibles, y ambas ayudan al espíritu. La primera, para insertarse en el corazón mismo de la Iglesia

que ora, alaba y suplica en unión con Cristo; la segunda, para percibir los latidos anhelantes y llenos de amor que esa misma Iglesia, comunidad viva, hace sentir a sus hijos en la fiesta cotidiana del trato familiar con los grandes misterios y con los grandes testigos del amor, todo ello animado por el calor y la luz del Espíritu Santo que alienta en la comunidad eclesial de mil maneras.

Encomiendo al señor estas intenciones y os ruego que vosotros hagáis lo mismo. La conmemoración del IV Centenario de la muerte de Santa Teresa de Jesús, con las reflexiones, escritos y trabajos a que está dando lugar, y con la visita del Papa que hemos de recibir con docilidad y buen espíritu, puede significar un notable fortalecimiento de nuestra vida cristiana y católica. Así lo esperamos y así lo deseamos.

Con mi más cordial bendición.

Toledo, mayo 1982.

EN LA BEATIFICACIÓN DE TRES CARMELITAS DESCALZAS, EL CARDENAL SPÍNOLA Y D. MANUEL DOMINGO Y SOL

Carta Pastoral de marzo de 1987 dirigida a los sacerdotes, comunidades religiosas y fieles de la archidiócesis de Toledo. Texto en el BOAT, marzo 1987, 165-189.

Para la Iglesia Española es un gran acontecimiento, y fecundísimo, la exaltación simultánea de cinco de sus hijos a la Gloria del Bernini

INTRODUCCIÓN

Queridos diocesanos:

La ya próxima beatificación de un obispo, un sacerdote y tres religiosas de nuestra Iglesia de España me mueve a tomar la pluma para escribir esta Carta Pastoral que dirijo a todos los miembros de la gran familia diocesana, consciente de que cumplo un deber de mi ministerio episcopal, al presentaros el ejemplo de amor a Dios y a la Iglesia que dieron estos hijos suyos.

La Iglesia española y universal tiene hoy necesidad de ver de cerca a los testigos del Dios vivo, hombres y mujeres de nuestro tiempo cuyas vidas nos hablan de lealtad cristiana, serio compromiso al servicio del Evangelio, trabajo apostólico lleno de confianza en Dios y coherencia con su fe hasta el grado máximo con que se puede manifestar en la tierra.

Una Iglesia sin santidad no es concebible: «Es indefectiblemente santa, ya que Cristo, el Hijo de Dios, a quien con el Padre y el Espíritu llamamos *el solo Santo*, amó a la Iglesia como a su esposa, entregándose a sí mismo por ella para santificarla, la unió a sí mismo como su propio cuerpo y la enriqueció con el don del Espíritu Santo para gloria de Dios» (LG 39).

Y una Iglesia de la santidad sin santos, sería un escándalo inexplicable, pues sería acusada de hacer ineficaces los méritos de Cristo y la acción del Espíritu Santo sobre los redimidos, que tiende a conseguir ese fin como a su propia meta: «Los seguidores de Cristo, llamados por Dios, no en virtud de sus propios méritos, sino por designio y gracia de Él, y justificados en Cristo Nuestro Señor, en la fe del bautismo han sido hechos hijos de Dios y partícipes de la divina naturaleza, y por lo mismo santos; conviene, por consiguiente, que esa santidad que recibieron, sepan conservarla y perfeccionarla en su vida, con la ayuda de Dios... Fluye de ahí la clara consecuencia de que todos los fieles, de cualquier estado o condición, son llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad, que es una forma de santidad que promueve, aun en la sociedad terrena, un nivel de vida más humano. Para alcanzar esa perfección, los fieles, según la diversa medida de los dones recibidos de Cristo, siguiendo sus huellas y amoldándose a su imagen, obedeciendo en todo a la voluntad del Padre, deberán esforzarse para entregarse totalmente a la gloria de Dios y al

servicio del prójimo. Así la santidad del Pueblo de Dios producirá frutos abundantes, como brillantemente lo demuestra en la historia de la Iglesia la vida de tantos santos» (LG 40).

Recibimos, pues, con justificada alegría la decisión del Sumo Pontífice de reconocer pública y solemnemente la santidad de estos cinco nuevos hijos de la Iglesia española, lo agradecemos, y esperamos que de este hecho se deriven copiosos frutos para los sacerdotes y las comunidades religiosas y aun para los seglares. Durante estos años del posconcilio se nos ha hecho familiar, y lo proclamamos gozosamente, que todos formamos parte de la Iglesia, Pueblo de Dios, ese «pueblo mesiánico que tiene por cabeza a Cristo..., por condición la dignidad y libertad de los hijos de Dios, en cuyos corazones habita el Espíritu Santo como en un templo..., por ley el nuevo mandato del amor..., por meta la dilatación del Reino de Dios... hasta que sea consumado al fin de los tiempos» (LG 9).

Hablar tanto como hablamos de ese Pueblo de Dios, y olvidarnos de que el fin principal para el que ha sido constituido, el de avanzar continuamente en el seguimiento de Cristo, viviendo de su vida y practicando las virtudes que Él nos señaló, es quedarnos en la superficie de un cristianismo sin raíces, sin consistencia y sin frutos.

Por eso os escribo. Un obispo español no puede permanecer indiferente ante el acontecimiento que se avecina, del que pueden derivarse grandes frutos para la vida de la comunidad eclesial en España. Sucede, además, que los cinco nuevos beatificados tuvieron relación, algunos muy estrecha, con nuestra Diócesis de Toledo.

I. LAS PRIMICIAS DEL MARTIROLOGIO ESPAÑOL DEL SIGLO XX

Tres Carmelitas Descalzas

El 22 de marzo de 1986 se dictaba, en la Congregación para la Causa de los Santos, el decreto declaratorio de la constancia del martirio de las

Siervas de Dios, María del Pilar de San Francisco de Borja, María de los Ángeles de San José y Teresa del Niño Jesús, cuyo sacrificio violento tuvo lugar en día 24 de julio de 1936, en las calles de Guadalajara que pertenecía entonces a nuestra Archidiócesis Primada.

Este decreto sobre la constancia del martirio, avalado por S.S. Juan Pablo II, constituye un paso decisivo no sólo para la presente causa de beatificación y ulterior canonización, a tenor de la disciplina canónica vigente, sino también para la posible letanía martirial con que se enriqueció la Iglesia en España en los días de su dura prueba, allá por los años 1931- 1936. Desde los primeros siglos del cristianismo –la época romana de las persecuciones y, más tarde, la del odio religioso de los califas musulmanes– no conocía la Iglesia española la riqueza palpitante del martirio con la profusión, el pluralismo y la diafanidad testifical del «martirologio posible» de nuestro siglo XX. El que ahora inauguran las tres Carmelitas Descalzas del Monasterio de San José, de Guadalajara.

En nuestra Diócesis, por aquellas fechas del martirio, maduraron estas almas escogidas su consagración a Dios en momentos difíciles. A escasos metros de su clausura consumaron su sacrificio integral de amor y fidelidad suprema a Cristo, el 24 de julio de 1936. Y en Toledo se inició, el 4 de mayo de 1955 bajo la presidencia del Emmo. Cardenal Primado Plá y Deniel, el proceso diocesano sobre su posible beatificación, que ahora está a punto de culminar por decisión del Santo Padre Juan Pablo II.

A diferencia de los otros dos nuevos Beatos que van a ser proclamados, el Cardenal hispalense *Don Marcelo Spínola* y el sacerdote catalán *Don Manuel Domingo y Sol*, las tres Carmelitas Descalzas alcanzan el refrendo eclesial de su beatificación casi desde el anonimato silencioso de la clausura. Frente a vidas curtidas en la caridad pastoral heroica y cargadas de años de santidad cotidiana «pública», estas almas llegan a los altares por el atajo de la plenitud testifical de la caridad por el martirio, en plena madurez humana una de ellas, pero apenas estrenando juventud y vida consagrada las dos restantes. A una muerte tranquila y santa, en la serenidad de la entrega definitiva, y arropada por el amor comprendido y secundado de los suyos, y de sus obras entre los hombres, sustituye en el caso de las Mártires del Carmelo la violencia sangrienta de una muerte impuesta en clima de odio irracional y ferozmente inhumano y anticristiano. Tal es la riqueza del Evangelio en la Iglesia, que lo mismo lleva a la santidad mediante la lenta transformación del hombre por la gracia ordinaria coherentemente secundada, que por el don carismático de la inmolación cruenta en testimonio de fe y amor hasta el heroísmo.

Mientras los Siervos de Dios, don Marcelo Spínola y don Manuel Domingo y Sol alcanzan su plena madurez en la santidad en un proceso existencial de abnegación, fidelidad creciente, humildad y candad ministerial en la heroicidad cotidiana, las Carmelitas martirizadas maduran en la entrega plena de una vocación claustral, en la profundidad silenciosa de la oración contemplativa, en el trabajo y en aislamiento casi anónimo de la vida interior y de la paz teresiana, en una entrega incondicional a Dios y a la Iglesia.

Sus vidas

Los respectivos procesos canónicos evocan, como lemas de aquellas vidas, las recias palabras de Santa Teresa, en cuyo espíritu vivieron fielmente su vocación cristiana y martirial: «Quien de veras comienza a servir a Dios, lo menos que puede ofrecer es la vida.»¹

Sor María Pilar (Jacoba Martínez García), a los 58 años de edad, Sor María Ángeles (Marciana Valtierra Tordesillas), a los 31, y Sor Teresa del Niño Jesús (Eusebia García García), a los 27; la primera tras treinta y siete años de vida consagrada, la segunda con apenas cinco de profesión y la tercera que aún no había completado los diez de consagración, todas estaban igualmente maduras y curtidas en disponibilidad heroica para el martirio. Privilegio carismático en el Evangelio y en la Iglesia, que de ordinario no se improvisa, por más que a veces le preceda una vida aparentemente sin relieve o anodina, inútil para el mundo,

¹ *Camino de perfección*, 12, 2: en *Obras completas*, BAC, 212⁸, 283.

aunque inmolada en la entraña misma del misterio del Cuerpo Místico que es la Iglesia de Cristo.

Aun cuando el carisma del martirio venga determinado por coyunturas históricas por las que ha de atravesar la Iglesia en el mundo, y por más que su verificación de ordinario se realice en una fecha determinada y en circunstancias heroicas para la biografía personal de los mártires, es la gracia la que misteriosamente prepara para ello desde mucho antes, y la conciencia decisoria del propio mártir, que se va evidenciando normalmente templada para ello en formas de amor misterioso y profundo, que presiente, desea o anhela, y se curte en inmolación silenciosa e incondicionada, en fidelidad disponible, en ilusión victimal y en amor radical entrenado en la interioridad cotidiana que enriquece y transforma.

Es exactamente lo que de las tres Carmelitas mártires atestiguan los documentos testificales del proceso de beatificación (cf. Sda. Congr. Causa SS., *Decretum* 22 mar. 1986; cf. B.O.A., Toledo, octubre 1986, págs. 679- 684).

La priora del convento, M. Araceli, es clara en su testimonio: «Las tres Siervas estaban dispuestas a perseverar e incluso morir si hiciera falta. Todas estaban dispuestas a lo que viniera, dispuestas a morir antes que ofender a Dios.»² «Las tres Siervas estaban dispuestas a sufrir el martirio y me consta ya de antes que las Hermanas Teresa y Ángeles tenían verdadero anhelo por el martirio», es el testimonio de Sor María del Sagrado Corazón, otra religiosa de la comunidad³.

Más explícita aún fue Sor María del Rosario: «El mismo día 22 de julio de 1936 tuvimos Misa a puerta cerrada... permaneciendo todo el día en la oración y, al caer la tarde, la Hermana Pilar se acercó a la Priora, Sor Araceli, para decirle: “Madre, he dicho al Señor que si quiere alguna víctima de esta Comunidad, que me escoja a mí y se salven las demás”»; «... contesto con un “Viva Cristo Rey”, y ojalá diera mi vida en una guillotina por Él», había escrito en fechas anteriores la Hermana Teresa⁴.

De la Hermana Ángeles testifica otra religiosa en el proceso: «Alma muy humilde y virtuosa tenía grandes deseos del martirio, pero advertía siempre que se consideraba indigna de esta gracia que ella consideraba muy grande.»⁵

A este temple martirial habían llegado desde actitudes y procesos personales muy distintos. En la pequeña «historia de salvación» que la gracia divina y la fidelidad humana responsable van tejiendo a diario, cada una había ido dejando en el ambiente conventual una peculiar semblanza personal de su vida consagrada.

Sor María Pilar, aragonesa de origen (de Tarazona), durante sus treinta y siete años de consagración había dado muestras de finura de amor a la Eucaristía viviendo intensamente la presencia cercana de Cristo «Vivo» en el misterio; en un diálogo entrañable y constante había madurado su amor de experiencia en la

² Cf. *Summar*. p. 8.

³ *Ibíd.*

⁴ *Summar*. p. 203.

⁵ *Ibíd.*

intimidad con Cristo, «el Vivo», según expresión espontánea suya y que atestigua el Decreto «super dubio».⁶

Sor Ángeles de San José, natural de Getafe, en la provincia de Madrid unía a una entrega apostólica parroquial de su primera juventud, una piedad eucarística y mariana, traducida en meticulosa fidelidad al ideal de perfección en la austeridad y en las cosas pequeñas, mediante el constante dominio de sí misma o abnegación evangélica. Sin que faltara en el temple de su alma el ansia misionera desde la inmolación claustral. «A ver si somos fieles, para que Dios nos conceda la gracia de ser mártires», le había oído decir repetidas veces una Hermana de la Comunidad⁷. Fue la primera en consumir su vida con el martirio en la tarde del 24 de julio.

A la Hermana *Teresa del Niño Jesús* le había moldeado el alma el ejercicio cotidiano de la caridad fraterna. Oriunda de la misma provincia de Guadalajara (nacida en Mochales) en el seno de una familia intensamente religiosa, educada por un tío suyo sacerdote con ministerio en Sigüenza, y en el ambiente del colegio de las MM. Ursulinas, además de su anhelo de virginidad prontamente consagrada, entre los 9 y los 11 años⁸, a los 17 años hacía su primera profesión religiosa. De temperamento vivo, impulsivo a la vez que generoso, supo interiorizar su abnegación hasta dejar en la vida de la Comunidad una peculiar semblanza caracterizada por la más delicada, constante y sencilla caridad. «Practicaba la caridad con verdadero vencimiento, habiéndolo manifestado especialmente en su oficio de enfermera, desviviéndose por todas las enfermas con atenciones; tenía como lema “ante todo la caridad”.» Lo que también refrenda la testigo M. Priora, Sor Araceli y la Hermana Sor Teresa del Sagrado Corazón⁹. «Era también un alma eucarística, que se pasaba muchos ratos junto a la reja y decía que estaba tomando baños de sol. Llamaba la atención por el fervor con que rezaba el oficio divino, y manifestó su amor a las misiones con el deseo de ir a fundar al Japón.»¹⁰ Su martirio resultó más lento por haber sobrevivido a las otras dos en su sacrificio y haber tenido que afrontar especiales insinuaciones y asechanzas contra su condición de consagrada¹¹.

Su martirio

A estas tres almas selectas, el Carmelo se les tornó en Calvario entre los días 22 y 24 de julio de 1936. En una España en la que el odio fratricida y la anarquía dominaban la calle e imponían su revancha.

Hoy, a la vuelta de cincuenta años, si no se quiere escribir la historia desde el silencio, el disimulo convencional o la mentira, ya resulta sospechoso el solo cuestionar el hecho palmario de una auténtica persecución religiosa. Existió esta persecución, aunque el conflicto tuvo también otras motivaciones. Constituiría una verdadera aberración anti-histórica, anti-pastoral y anti-teológica, pretender

⁶ 22 marzo 1986, 2.

⁷ Sor María del Sagrado Corazón. También Magdalena de San José y la portuguesa, Sor Teresa del Sagrado Corazón, *Summar.* 14, 35 y 54.

⁸ Cf. *Summar.* 51 y 147.

⁹ *Ibid.*, 14-15, 47, 44.

¹⁰ Sor Teresa del Sagrado Corazón, *Summar.* 44.

¹¹ Cf. Decreto super dubio, p. 5; *Summar.* 130 y 219.

explicar de otra manera una muerte alevosa, ensañada e impune, a plena luz del día, cazadas en las calles céntricas las tres religiosas salidas de su clausura monacal, y por el solo hecho de sospechar que fueran «monjas». Poco importa que la saña anticristiana en aquel momento se encarnara en grupos adueñados de las calles, no por generación espontánea, sino como fruto sociológico de ideologías, consignas y programas largamente incubados en el odio visceral, social y político a Dios y a la Iglesia. Tales hechos, con la profusión, impunidad y uniformidad programada con que se registraron en cuantas regiones españolas quedaron en la contienda a merced de una de las partes beligerantes, no tendrán nunca cabal explicación histórica si se disimula o trata de eliminar, en su génesis ideológica y social, el hecho profundo del odio antirreligioso. Es absolutamente exacto el juicio que el Prelado actual de la Diócesis de las Mártires Carmelitas ha podido formular: «Sin negar que muchas muertes en aquel doloroso período de nuestra historia, se debieron a complejas motivaciones, es indiscutible que un numeroso grupo de hombres y mujeres dio su vida por motivos puramente religiosos; en otros, al menos, prevalentemente religiosos. Los mataron por odio a la religión, a la fe, a la Iglesia, y ellos aceptaron esa muerte perdonando a sus verdugos y ejecutores.»¹².

En nuestro caso, los hechos fueron los siguientes:

El 22 de julio la ciudad de Guadalajara se ve turbada por la presencia incontrolada de milicianos armados. El temor a un posible incendio del Monasterio aconseja a la Comunidad carmelitana buscar refugio en hogares y pensiones conocidas de la ciudad, tomando vestimentas seglares. El 24 de julio las tres mártires, junto con otras religiosas carmelitas y de otras comunidades, se encuentran cobijadas en una pensión de la calle 'Teniente Figueroa', cuya dueña, acobardada por la situación, las impulsa a buscar otros refugios, admitiendo la permanencia de sólo tres de las alojadas. Es entonces cuando Sor Teresa, magnánima y confiada, decide que la acompañen otras dos religiosas confiando en ser acogidas en una casa conocida. Hacia las cuatro de la tarde se le unen las Hermanas Pilar y Ángeles con esta intención. Apenas tienen tiempo para recorrer el tramo que les permita pasar a la antigua calle Mayor Baja. Allí son descubiertas por un pelotón de milicianos que, alentados por el odio satánico de una camarada miliciana, les siguen los pasos, mientras ellas intentan, humilladas y azoradas, encontrar refugio inútilmente en la calle de Francisco Cuesta. Allí mismo son acribilladas Sor Ángeles y Sor Pilar. Aquélla mortalmente, ésta gravemente herida, sobre la que, al intentar cruzar la calle, siguen disparando. Todavía sobrevivió lo suficiente para ser transportada primeramente a una farmacia cercana, donde un médico la examina y pide su urgente traslado a la Cruz Roja. Allí algunos milicianos que aún la acompañan, intentaron rematarla. Traslada finalmente al Hospital Provincial, un médico y una Hija de la Caridad, que sigue trabajando en traje seglar, recogen sus últimas palabras de perdón y fueron testigos de su muerte martirial¹³.

Entre tanto, Sor Teresa, más ágil, había logrado escapar a las primeras descargas intentando refugiarse en las inmediaciones. Junto al Hotel Palace, en la calle Miguel Fluiters, varios milicianos le impiden la entrada. Uno de ellos intentó tomarla por el brazo para llevársela, con promesas de ofrecerle seguridad

¹² Mons. JESÚS PLA, 23 noviembre 1986, en *Boletín del Obispado de Sigüenza-Guadalajara*.

¹³ Cf. *Summar*. 95 v 117.

camino del cementerio, donde al fin fue asesinada. Según testigos del proceso, su último grito fue un «Viva Cristo Rey»¹⁴.

Se apagaron así las vidas de aquellas tres Carmelitas que no hicieron otra cosa más que amar y perdonar. ¡Monjas de clausura! ¡Humildes y silenciosos amores que aportan a la Iglesia de Cristo la fecundidad riquísima de su sacrificio! Lo hacen con fe profunda, con conocimiento suficiente de lo que la Iglesia pide de ellas, con delicadeza insuperable.

Creo yo que no hay ningún Carmelo, y ninguna comunidad religiosa de cualquier otra Orden en que se viven los consejos evangélicos, que no haga sentir a sus miembros el deseo de ofrecer testimonio del martirio, si las circunstancias lo exigiesen. En esa tensión serena de amor viven continuamente. ¡Qué lección para todos nosotros!

Es sabido que Santa Teresa del Niño Jesús, cuando muy joven todavía fue a Roma, en compañía de su padre, un día de su estancia en la Ciudad Eterna se acercó al Coliseo, y, en un movimiento irreprimible, se arrodilló en el centro del anfiteatro y besó el suelo en homenaje a los mártires que habían derramado allí su sangre por amor a Cristo. Ella hubiera querido hacer lo mismo. Y lo hizo, aunque de manera incruenta, cuando años más tarde ofreció su vida en holocausto, en el Carmelo de Lisieux. Esa fuerza es la que sostiene a la Iglesia y la libera de la mediocridad.

En el caso presente, las Carmelitas de Guadalajara ofrecieron su vida también por España, porque amaban a su patria y querían que los españoles viviéramos en paz unos con otros. Ellas no pudieron comprender por qué hubo tanto odio y tanto ensañamiento. Murieron, como otros sacerdotes y miembros de comunidades religiosas, y seglares, por amor a Cristo y por todos nosotros. Ojalá que en el mutuo respeto de unos a otros logremos la paz y la concordia, y nosotros, los sacerdotes, eduquemos mejor a nuestro pueblo en el conocimiento de Cristo y el amor al Evangelio, si es que nos dejan educarle.

Nuestra Diócesis de Toledo, de la que eran hijas cuando derramaron su sangre, no puede olvidarlas ni olvidar su lección en vida y en muerte. Ojalá nunca falten vocaciones para los siete Carmelos con que hoy contamos, y para las demás comunidades religiosas de vida contemplativa o apostólica que dan gloria a Dios y oran o trabajan por los hombres.

II. EL CARDENAL SPÍNOLA, IMAGEN DEL BUEN PASTOR

Unos rasgos de su vida

Nació en 1835 y murió en 1906. Lo que más llama la atención en la vida de este insigne Prelado es el conjunto armonioso de sus virtudes. Caridad sin límites y celo infatigable, oración interior y trabajo pastoral agotador, distinción aristocrática y humildad conmovedora, cultura civil y formación eclesial,

¹⁴ Cf. *Summar*. 130, 208, 219-220.

asceta riguroso y padre comprensivo de sus hijos, señor lleno de dignidad y servicial hasta hacerse mendigo en favor de los pobres.

No puede resumirse en unas breves páginas una vida tan rica por lo cual os recomiendo a todos que procuréis leer la biografía que del él escribió José M^a Javierre con el título de *Don Marcelo de Sevilla*, o la más breve del P. José Antonio de Sobrino, S.J., *El Venerable Spínola. Perfil y espíritu*.

Dejó el ejercicio de la abogacía para emprender el camino del sacerdocio; fue coadjutor, párroco, consiliario de diversas asociaciones, canónigo, obispo auxiliar, obispo propio en Coria-Cáceres y en Málaga, arzobispo de Sevilla, cardenal de la Santa Iglesia Romana. Y en todas partes y en todos los cargos que desempeñó, la misma armonía de virtudes, la misma dedicación y entrega, el olvido de sí mismo y el servicio de la Iglesia y a la sociedad de su tiempo.

Los seminaristas que hoy vienen a nuestros seminarios en edad ya adulta, los párrocos y obispos tenemos mucho que aprender de aquel hombre extraordinario que no tuvo más ambición que la de alcanzar la santidad.

Escribió incesantemente, y se calcula que salieron de su pluma 16.000 folios manuscritos, predicó unos 10.000 sermones y pláticas, confirió el Sacramento de la Confirmación a más de 300.000 niños.

Atento a las necesidades de su tiempo, no se limitó a proclamarlas para que los demás las remediasen, sino que hizo y puso en marcha cuanto estaba en sus manos para que las palabras se vieran acompañadas de las obras. Para la educación de la juventud femenina principalmente la más desvalida, fundó la *Congregación de las Esclavas del Divino Corazón*; para trabajar en el campo de la prensa impulsó la fundación de *El Correo de Andalucía*; para subvenir a las necesidades perentorias de los pobres fomentó asociaciones y obras de caridad, y se convirtió en el «Arzobispo mendigo» que se lanzó a pedir limosna por las calles de Sevilla, bajo el sol abrasador de verano, yendo de puerta en puerta para aliviar las consecuencias de la sequía de 1905.

Habría que preguntar cuál era el secreto íntimo de aquella vida de apóstol que a tantos asombró entonces y después. Y la respuesta es sencilla: vivió totalmente entregado a un ideal de santidad como único afán de su vida hacia el cual tendían todos sus trabajos, sus amores y sus sacrificios. «Si me preguntan qué es lo que más anhelo en este mundo –escribió– sin vacilar responderé: santificarme.» En la Eucaristía y en el Corazón de Jesús encontró el manantial del agua fresca y pura que le permitió saciar su sed.

Su relación con el Cardenal Sancha, de Toledo

Hay un episodio en su vida que tiene particular interés para el clero toledano. Merece ser conocido.

En el Proceso de su Beatificación y tanto en la *Positio super causae introductione* (Roma, 1955) como en la *Positio super virtutibus* (Sac. Congr. pro Causis Sanctorum, Roma, 1978) se cierran significativamente ambos documentos definitivos con este epígrafe: *De quaestione cum Cardin. Sancha* (Asunto con el

Cardenal Sancha). Posiblemente el episodio de su vida más invocado y más perturbador en todo el proceso canónico.

Pero episodio que, a su vez, termina evidenciando el grado de madurez heroica a que, en materia de humillación y humildad, había llegado el Arzobispo hispalense. Explica también, en parte, el que Don Marcelo Spínola desde enero de 1896 hasta diciembre de 1905 rigiera la Archidiócesis de Sevilla sin el tradicional título de Cardenal, y que sólo antes de su muerte, el 19 de enero de 1906, apenas durante cuarenta días, gozara del Cardenalato, sin llegar a recibir el galero de tal dignidad de manos de San Pío X, que se lo había otorgado.

Los hechos comienzan el 25 de febrero de 1889, en que el Eminentísimo Cardenal Sancha, Primado de España, firmó y publicó un documento pastoral con este título: «*Consejos al Clero de su Arzobispado*». En el capítulo XII de este amplio documento afrontaba el problema de las relaciones públicas del clero con los poderes constituidos en España: Monarquía y Gobierno liberal. El capítulo XIII se convirtió en bandera de conflictividad religioso-política en todo el ámbito nacional, al proclamar el Prelado toledano el deber de sumisión y obediencia a las autoridades legítimamente constituidas. Esto, en un entorno de fricción irreconciliable, representado por el carlismo y el integrismo, tanto en el ambiente religioso como político imperante a la sazón en amplios sectores de la vida española. Dicha sección del documento del Primado fue ampliamente manipulada, como piedra de contradicción clericalista o anticlericalista, radicalizada por su fondo, por la significativa dignidad eclesial de su autor, y aun por el fuerte subrayado con que tal posición aparecía como avalada por el magisterio de León XIII, en quien el Cardenal Sancha intentaba respaldar su propia autoridad pastoral.

El Magistral de la Catedral hispalense, don José Roca y Ponsa, hombre de plena confianza del Arzobispo Spínola, polemista tanto como teólogo, y formado ideológicamente en la dialéctica balmesiana por su origen eclesiástico del seminario de Vich, redactó y publicó un folleto con el título de «*Observaciones que el capítulo XIII del opúsculo del señor Cardenal Sancha, Arzobispo de Toledo, ha inspirado a un ciudadano español*». Era una contundente réplica en materia discutible a la posición ideológica que latía en la pastoral del Cardenal Primado.

Sometido previamente este escrito a censura eclesiástica, el Arzobispo de Sevilla advirtió paternalmente a su autor que no sería prudente su publicación. Roca y Ponsa, apelando a su derecho, insistió en ello, «si nada había en su escrito contra la fe y la moral». A dos censores cualificados sometió sucesivamente el examen de aquel folleto, quienes unánimemente y por separado dieron dictamen favorable en materia propia de censura eclesiástica. Por lo que el Arzobispo otorgó, al fin, la solicitada licencia de publicación, el 19 de mayo de aquel año.

La divulgación de esta réplica doctrinalmente comedida y contundente, más el ambiente polémico que contribuyó a alentar, afectó profundamente al Cardenal Primado que, el 12 de julio, publicaba una nueva pastoral «*Sobre la obediencia debida a los Prelados*». Condenaba severamente el opúsculo del Magistral de Sevilla, al que imputaba causar escándalo y daño en el pueblo cristiano, además de provocar menosprecio y desprestigio a la autoridad episcopal, y aun

presentaba aquella polémica suscitada como fruto de una presunta connivencia con el integrismo de Cándido Nocedal, su jefe más significado. En el trasfondo se inculpaba al Arzobispo hispalense por haber otorgado licencia de publicación. Y reverdecía indirectamente la acusación de integrismo que ya venía pesando tan infundadamente contra el Prelado andaluz.

Se agravó aún más el incidente al decidir el Cardenal Sancha informar a la Santa Sede, denunciando el hecho al mismo tiempo que buscaba el respaldo del Sumo Pontífice. Este le llegó en forma de «Carta de Su Santidad al Emmo. Sr. Cardenal Sancha», el 22 de agosto de 1899. A su vez, el Cardenal Rampolla enviaba al Nuncio Apostólico instrucciones precisas nada favorables al autor del escrito polémico. Si bien en cuanto a su ortodoxia «no existían reparos», se impedía su reimpresión, al igual que la publicación de un nuevo escrito del Magistral sevillano, titulado «*En propia defensa*», y que también había sometido previamente a la alta decisión romana.

Actitud del Cardenal Spínola en este asunto

Si ejemplar fue la sumisión del Magistral, heroica fue la conducta y el silencio del Arzobispo de Sevilla durante todo el incidente. La única intervención suya fue la publicación en el Boletín de la Archidiócesis del texto de la Carta de León XIII al Cardenal Primado, junto con una impresionante nota de presentación propia, fechada el 15 de septiembre, en la que, olvidándose absolutamente de su propia situación tan denostada en aquel asunto, formulaba una incondicionada profesión de fe filial en la persona del Pontífice, y añadía: «Gozámonos en declarar que aceptamos, acatamos y recogemos con veneración profunda la palabra apostólica contenida en el documento precedente, pensando en todo como piensa el Papa, sintiendo como él siente, aprobando lo que él aprueba y condenando lo que él condena, porque con el Papa nos hallamos completamente identificados; y queremos y esperamos estarlo perpetuamente con la ayuda de la gracia, cuyo auxilio sin duda no nos faltará... Digamos, pues, unánimes al Pontífice sapientísimo, que nos lleva por las sendas difíciles de la vida: Habéis hablado,... vuestros hijos callan y se inclinan ante vuestra palabra.»¹⁵

Todavía en junio de 1910, uno de los censores del primer opúsculo del Magistral, el Dr. Bartolomé Romero Gago, colaborador íntimo del Arzobispo, en unos apuntes confidenciales remitidos a la Superiora General de las Esclavas del Sagrado Corazón, hermana carnal del propio Spínola, Madre M^a de San Marcelo, consignaba los detalles más íntimos del incidente, destacando «la reconocida virtud, la egregia santidad, el admirable silencio y la serena y tranquila resignación de ánimo con que soportó la dura prueba». Testigo directo de experiencia, resumía así el temple de su Arzobispo: «¿Para qué relatar detalladamente los sinsabores y amarguras que con tal motivo tuvo que devorar el señor Spínola? ¿Para qué mencionar el enojo hacia él por parte de los más altos poderes públicos, el desdén por parte de los gobernantes y la murmuración y hasta la maledicencia por parte de todos los sectarios del liberalismo? ¿Para qué, en fin, traer a colación el triste recuerdo de que, propuesto el señor Spínola para la púrpura cardenalicia en el año 1897, no se le confirió, sin embargo, tan

¹⁵ *Boletín Oficial del Arzobispado de Sevilla*, 1899, 153-154.

alta dignidad hasta diciembre de 1905, o sea, poco antes de su inesperada muerte?»¹⁶

La humildad y el silencio heroico del Arzobispo fueron aún más allá del acatamiento, el respeto y el silencio absoluto. En noviembre de 1903 el Cardenal Sancha visitó la ciudad de Carmona (Sevilla), para inaugurar la apertura de una casa de las Damas Catequistas, fundación suya religiosa. A Don Marcelo Spínola le faltó tiempo para desplazarse hasta allí –unos 30 Km de la Capital–, saludar al señor Cardenal, ponerse a su servicio e invitarle a pasar unos días en Sevilla. Aceptada la invitación, el Cardenal Sancha permaneció del 1 al 4 de diciembre, residiendo en el propio palacio arzobispal. Fue entonces cuando realmente conoció al Arzobispo con el que tan públicamente se había enfrentado. Ante aquel gesto de Spínola, la ciudad se volcó agasajando espontáneamente a la persona del Primado. El Seminario le honró con una solemne velada literaria en su salón noble, que hubo de clausurar el Cardenal Sancha confesando tan sincera como proféticamente: «De lo que me he convencido, sevillanos, es de que la diócesis de Sevilla está gobernada por un santo y lo tendréis un día en los altares.»

Todavía el Arzobispo sevillano llevaría su humildad generosa, al término del Año Mariano de 1904, establecido por León XIII para conmemorar el 50 aniversario de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción, y que en Sevilla culminó con la coronación canónica de la Virgen de los Reyes, su Patrona, hasta el detalle de ofrecer al Cardenal Sancha el honor y privilegio de presidir y de realizar personalmente, aquel día 4 de diciembre, el rito de la coronación. Lo que, a su vez, se tornó en un nuevo y delicado homenaje a un Cardenal, que tan directamente estaba tocando una de las fibras más finas del marianismo hispalense, así como el gesto de la caridad humilde del propio Prelado, que un año después sería también, al fin, creado Cardenal por el nuevo Pontífice San Pío X.

Los Cardenales Sancha de Toledo y Spínola de Sevilla, dos figuras señeras de la Iglesia española, cierran y abren siglos en momentos conflictivos de fuerte anticlericalismo, con la entereza de su autenticidad pastoral y con el aval de su santidad evangélica. Ambos emplazados hacia los altares. Camino en el que la humildad heroica del Prelado sevillano ahora se adelanta, como también se adelantó en su muerte, tras fundirse en caridad y silencio ejemplar con el Cardenal Primado en los últimos años de su vida.

III. DON MANUEL DOMINGO Y SOL, LA CLARIVIDENCIA APOSTÓLICA

La Beatificación de *don Manuel Domingo y Sol*, Fundador de la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos del Sagrado Corazón de Jesús, es también motivo de gozo para nuestra Diócesis de Toledo y para toda la Iglesia Española.

¹⁶ *Historia de un disgusto o reparación de una ofensa*. Véase Archivo del Secretariado de la Causa de Beatificación, carpeta «Asunto con el Cardenal Sancha».

Nació en Tortosa el 1 de abril de 1836. Ordenado sacerdote el 2 de junio de 1860, murió el 25 de enero de 1909. ¡Cuarenta y ocho años y medio de vida sacerdotal, de fecunda vida sacerdotal!

Su espíritu emprendedor, generoso, abierto a todos los horizontes del bien, le impulsó a trabajar en los más variados campos apostólicos. Fue encargado de parroquia rural y urbana, misionero popular, profesor y secretario de Instituto de Enseñanza, confesor y director espiritual, capellán de monjas, fundador de conventos, periodista y propagandista de buenas lecturas, educador de jóvenes mediante la creación de asociaciones piadosas y el establecimiento de círculos de estudio y recreo y de escuelas dominicales, promotor de vocaciones sacerdotales y religiosas. En todas sus actividades se manifestó entusiasta propagador del culto eucarístico y devotísimo del Corazón de Jesús. Profesó especial predilección a la Santísima Virgen con filial y tierno amor, a San José con ilimitada confianza en su valioso patrocinio, a San Luis Gonzaga como ejemplar y dechado de jóvenes, a San Francisco de Asís y a Santa Clara cuyo espíritu asimiló, a Santa Teresa de Jesús con cuyos escritos místicos nutrió su alma, y al Santo Ángel Custodio de España, cuya situación política y social era ya preocupante.

Educador de jóvenes

Comenzó por amarlos intensamente. «Debemos amar a la infancia y a la juventud como Jesús las amó, porque en esto está verdaderamente el secreto de educar bien a los pequeños y volverlos felices y buenos». No escatimó fatigas Don Manuel en favor de los jóvenes. Reduciendo nuestra consideración ahora a la juventud seglar masculina, recordemos esta confesión de Don Manuel, ya mayor: «Mucho ha sido mi amor a la juventud. Desde el día en que, recién ordenado, se me colocó en el Instituto, como Profesor y como Secretario, he tenido interés por la juventud varonil. Aunque no hubiera sido por mi natural afecto, la experiencia de la importancia que tiene este campo, los resultados de gloria de Dios y bien de la sociedad, y por lo tanto de bien de la juventud, serían bastante motivo para mirarla con predilección.» Y pasó a las obras. Fue la primera, en 1869, la creación de la *Juventud Católica* de Tortosa, siguiendo las bases de la de Madrid, fundada en 1869 y con la misma finalidad: salvar a los hombres de los embates furiosos de la Revolución de septiembre del 68, que, bajo la bandera de la enseñanza libre, proscribió la educación religiosa de la juventud. A la formación en la piedad y vida cristiana, se añaden actos culturales; conferencias científicas; celebración de centenarios, como la solemne velada literaria, en 1892, en conmemoración del descubrimiento de América; peregrinación a Roma, en 1878, en que participaron, con otros 2.000 jóvenes del resto de España, los de Tortosa, en el homenaje a León XIII; colaboración en las clases de la *Escuela Dominical* que venía funcionando en Tortosa desde 1865; establecimiento de *Escuelas nocturnas para obreros y artesanos*.

Otra obra en pro de la juventud seglar fue la *Congregación de San Luis Gonzaga*. Los jesuitas, fundadores de la misma en 1866, hubieron de dejarla como consecuencia de la Revolución del 68. Atendida durante dos años por don Juan Corominas, pasa a manos de Don Manuel cuando aquél se traslada a Tarragona acompañando al Obispo Vilamitjana. No se le podía haber hecho a Don Manuel otro encargo más placentero. La primera providencia que toma como Director de

la Congregación Mariana o de San Luis Gonzaga es aunar los reglamentos (los jesuitas habían hecho dos reglamentos, uno para estudiantes y otro para artesanos). Mantiene las actividades formativas, asistenciales, caritativas e intensifica las espirituales y piadosas añadiendo nuevas normas sobre tiempos de oración, visitas semanales a la Santísima Virgen de la Cinta (Patrona de Tortosa) y al Santísimo Sacramento, Mes de María, etc. Son incalculables los frutos de la revista *El Congregante de San Luis*, que Don Manuel comenzó a publicar al año de haber sido nombrado Director Espiritual de la Congregación. Deseoso de atraerse a la juventud, levantó un Gimnasio de recreo, inaugurado el 26 de diciembre de 1883. «Estaba desalentado de poder reunir un número regular de jóvenes que quieran practicar la piedad –escribe–, y no vi otro medio que el de establecer medios de recreación, y en ellos confío, si ha de lograrse algo de los jóvenes.»

Apóstol de las vocaciones sacerdotales

Así le llamó Pabló VI en la declaración de sus virtudes heroicas (4 de mayo de 1975). En efecto, desde 1873 su quehacer prioritario fue el fomento, el cuidado, la formación integral de los sacerdotes. Todo ello enmarcado en una línea profundamente pastoral, y con un alma abierta para escuchar los latidos del Corazón Sacerdotal de Cristo y las permanentes urgencias de la Iglesia. Él vivió convencido, según su propia expresión, de que «todo el bien de la Iglesia, y de las almas, y de la sociedad, y del mundo, depende de la formación del clero». Casi noventa años después, esta visión pastoral de la Iglesia la asumiría el Concilio Vaticano II como introducción y remate de su Decreto sobre la formación sacerdotal: «Conociendo perfectamente el Santo Concilio que la deseada renovación de toda la Iglesia depende en gran parte del ministerio de los sacerdotes (OT 1),... los Padres de este Santo Concilio... mientras confían a los superiores y profesores de los seminarios la misión de formar a los futuros sacerdotes de Cristo en el espíritu de renovación promovido por este Concilio, exhortan ardientemente a quienes se preparan para el ministerio sacerdotal a que se den perfecta cuenta de que la esperanza de la Iglesia y la salvación de las almas están en sus manos» (OT 22).

La fundación de la *Hermanidad de Sacerdotes Operarios Diocesanos*, en 1883, acaba de perfilar la peculiar entrega del sacerdote tortosino al servicio de la Iglesia en su quehacer más íntimo y vital: el fomento de las vocaciones y la preparación y formación integral de los sacerdotes de Cristo y de su Iglesia.

A este entrañable empeño llegó Don Manuel Domingo y Sol desde su propia experiencia de novel sacerdote en medio de ambientes clericales empobrecidos en que no existían ni formadores aptos, ni una atención adecuada a la promoción y selección de las vocaciones. Él tenía este espíritu bien forjado por su fina sensibilidad ante el misterio de la Eucaristía, por su urgencia pastoral de reparación y, sobre todo, por su sintonía vital con los más profundos sentimientos del Corazón Redentor de Cristo.

Con toda esta riqueza y tensión de su ardoroso espíritu, un atardecer de febrero de 1873 se le revela el camino de su plenitud sacerdotal. Le sacude fuertemente el encuentro fortuito con un joven seminarista, Ramón Valero, en un portal de Tortosa. Un seminarista pobre hasta la miseria, acogido compasivamente en una

buhardilla y subalimentado con un plato de sopas que le regalaban. Iba a comprar algo de lumbre para la noche, «un cuarto de cerilla».

El ancho corazón sacerdotal de Mosén Sol, dilatado como las arenas del mar, queda desde entonces abierto al quehacer primordial del mundo vocacional sacerdotal: «la obra del fomento de vocaciones debe absorber mi vida..., es lo que forma y formará mi gozo y mi corona». Desde el primer Colegio de San José, en Tortosa, hasta el más decisivo para la Iglesia española, en el mismo corazón de la Iglesia, en Roma (año 1892), se le abrió un amplio y magnífico campo de acción urgente y especializada que muy pronto despertó la atención y cariño de no pocos obispos españoles e hispanoamericanos, hasta poner en sus manos sus propios seminarios diocesanos. Para todo ello su espíritu se multiplicó inteligentemente, concibiendo primero y configurando desde 1883 la Hermandad de Sacerdotes Operarios, entregada a este servicio tan trascendental en la vida de la Iglesia. Su obra pone de manifiesto la inmensa capacidad de su gran espíritu sacerdotal y el peculiar carisma que, a través de él, el Espíritu suscitaría en la Iglesia de nuestro siglo.

Mosén Sol y Toledo

Una de las primeras diócesis españolas que se benefició de este espíritu y de esta obra de Mosén Sol fue Toledo, de cuyo Seminario se hicieron cargo los Operarios en el año 1898. Al siguiente, el propio Don Manuel puso en marcha, también en Toledo, un nuevo Colegio Vocacional de San José, la obra inicial y previa a la misma Hermandad.

Durante casi un siglo son ya muchos los sacerdotes Operarios que entregaron generosamente sus ilusiones sacerdotales y sus vidas en la formación ininterrumpida de nuestro Clero toledano. Tan rica siembra dio sus frutos, y la Archidiócesis fue aportando a la Hermandad figuras sacerdotales tan señeras como la de *Don Pedro Ruiz de los Paños*, que llegó a regir la propia Hermandad como Director General, fue fundador de una Institución al servicio del Clero y coronó su vida con la inmolación sacerdotal del martirio. Hijos de Toledo han trabajado y trabajan en España y en Hispanoamérica bajo el impulso de aquel espíritu vocacional y sacerdotal que alentaba con fuerza y amor eclesial en el corazón de Don Manuel. Pero es, respecto a nosotros, toda la diócesis la que está siendo durante casi un siglo, la gran beneficiaria de su espíritu y su obra prioritaria en la Iglesia.

El espíritu de Don Manuel Domingo y Sol

Como siempre comprobamos en la vida de los santos, no hay más que una clave para poder explicarnos la grandeza excepcional de aquel sacerdote de Tortosa, que, al igual que su gran amigo y de la misma ciudad, el hoy Beato Enrique de Ossó, desde la humildad de los comienzos y el dolor de las contradicciones sufridas, viene a convertirse en honor de la Diócesis tortosina y de toda la Iglesia española. Esa clave es el desprendimiento total y la entrega a un ideal con inmenso amor a Jesucristo y a la Iglesia. En Don Manuel, el ideal fue, tras tantos y tan variados ministerios, *el sacerdocio y las vocaciones sacerdotales*. Piadoso, tenaz, dulce y enérgico a la vez, orante y activo, no se acobardó ante los

acontecimientos dolorosos de la época que le tocó vivir, el siglo XIX tan atormentado y tan perturbador para la Iglesia española. Con muy buena formación teológica –había hecho el Doctorado en la Universidad Pontificia de Valencia– y una atención vigilante a los problemas culturales y sociales –no simplemente laborales– de aquellos años, buscó anhelosamente la voluntad de Dios en la oración y en el consejo que recibía de quienes podían dárselo. Sacerdote de cuerpo entero, practicó en sí mismo una ascética rigurosa, y fue haciéndose apto para lo que Dios quiso y en el momento en que lo quiso.

Repito lo que escribí en la vida de *Don Enrique de Ossó o la fuerza del sacerdocio*: «A Don Manuel le cabe el honor indiscutible de haber sido el primer eclesiástico español que concibió y realizó un plan a gran escala para reformar el sombrío panorama (de los seminarios españoles).»

Alimentó continuamente su reciedumbre espiritual en el amor a la Eucaristía y al Corazón de Jesús, como el Cardenal Spínola, como tantos hombres y mujeres apostólicos de la Iglesia de aquel tiempo. Hoy sabemos muchas más cosas, pero hacemos mucho menos para llegar hasta las raíces más hondas de la vida espiritual cristiana escondida en el corazón de la Iglesia. No basta hablar de amor a los hermanos. Tenemos que hacerlo, sí, y luchar en muchos campos a la vez, particularmente en dos: el de la relación entre fe y cultura y el de la transformación social más justa. Pero no podemos olvidarnos ni un minuto de Jesucristo.

Decir que queremos impregnar de sentido cristiano el orden temporal sin más, nos hará sucumbir al riesgo, o de invadir el campo que corresponde a los seculares e incurrir así en un nuevo clericalismo, o el de olvidarnos de las fuentes de donde brota el agua pura de la fe intrépida y de la caridad pastoral sin límites.

Don Manuel Domingo y Sol, como tantos otros sacerdotes santos, centró su vida sacerdotal en la Eucaristía, en su Misa diaria, en su oración constante, en su mortificación, en su amor a la Iglesia Santa de Cristo. Así fueron apóstoles. No parece que el Concilio Vaticano II haya desautorizado este modo de entender el sacerdocio para que fructifique entre los hombres. Dichosos los sacerdotes que no lo olvidan en medio de tantos y tan duros trabajos como tienen que realizar, pero no más difíciles, arriesgados e ingratos –estén seguros– que los que llenaron la vida de Don Manuel Domingo y Sol.

Un ruego a la Hermandad de Operarios Diocesanos

Fue esta la obra principal de Don Manuel. Durante casi un siglo, los Operarios han prestado un servicio eminente a la Iglesia en España y en varios países de América, entregados a tareas apostólicas diversas y, más concretamente, a la dirección de Seminarios y formación de futuros sacerdotes. Con gran sencillez y abnegación, esforzándose continuamente para alcanzar una capacitación cada vez mayor, consumieron sus vidas silenciosamente entre los muros de aquellos viejos edificios que acogían a los jóvenes seminaristas, y se entregaron sin descanso a la dura tarea, por otra parte tan hermosa, de ir moldeando el carácter y el espíritu de los que aspiraban al sacerdocio, procedentes la mayor parte del mundo rural, ricos en valores humanos pero profundamente necesitados de una paciente labor educadora que fuera transformando su alma y su estilo.

Los Operarios Diocesanos, ejemplarmente obedientes a los prelados en cuyas diócesis trabajaban, desprendidos de vinculaciones familiares, renunciando a cargos brillantes que hubiesen podido desempeñar, soportando incluso la incomprensión de algunos sectores del clero diocesano, se entregaron día y noche a la responsabilidad de su misión, y contribuyeron eficazmente a la renovación del clero español.

La Hermandad ha sufrido también la crisis derivada de la situación de la Iglesia, a la que se ha referido el Sínodo de 1985 en su Relación final.

Sus miembros, que ojalá fueran más numerosos, son continuamente llamados a trabajar en ministerios muy diversos. Corresponde a la misma Hermandad seleccionarlos de acuerdo con las características y fines para los que nació. Pero hay una *actividad que debería hoy reclamar su atención con más apremio que nunca: la de las vocaciones sacerdotales*. La Beatificación del Fundador podría ser la gran ocasión que la Providencia de Dios señala a la Hermandad para concentrar la mayor parte de sus energías apostólicas en esta tarea. La necesidad es casi angustiada. A pesar del leve aumento de vocaciones producido en los últimos años, muchas diócesis españolas van a sufrir pronto – la están sufriendo ya– una escasez de clero terriblemente dolorosa y agobiante. La solución no está en la ordenación sacerdotal de hombres casados, ni en el diaconado permanente. Esto último puede y debe ayudar a una más completa estructuración jerárquica de la Iglesia. Lo primero, fuera de casos excepcionales que ya la Iglesia tiene previstos, solamente podría ser invocado si se empieza por renunciar a la grandeza del sacerdocio católico que pide a los que a él se consagran *un corazón indiviso y una disponibilidad total*.

Esta es vuestra hora, queridos Operarios. Permitid a quien escribe esta carta que, sin intromisiones indebidas en la planificación de vuestros afanes y esfuerzos, os recuerde y os ruegue que penséis en vuestros orígenes. Empezad de nuevo como empezó vuestro Fundador, con algo así como pequeñas «Casas de San José», como se erigió al principio la de Tortosa. No esperéis a que los obispos os llamen. Discurrid vosotros las iniciativas que hoy deben surgir, presentadlas a los prelados. Pequeñas residencias, grupos de jóvenes en las parroquias, asociaciones de seglares que puedan ayudaros. Hacen falta clarividencia y audacia, o, dicho en lenguaje más pastoral, discernimiento y fe en Dios y en su Providencia. Hacen falta otra vez Operarios muy abnegados, muy sacrificados, muy capaces de renunciar a todo para trabajar en este campo.

Pero eso sí, tendréis que abrasar el corazón y la mente de los jóvenes a quienes llaméis, con el fuego paulino del amor a Cristo y a los hombres, cultivando sin reticencias la vida interior de su espíritu cristiano. Tendréis que proclamar sin miedo las grandes exigencias de una vida sacerdotal, tal como lo hace Juan Pablo II y como lo han hecho los Papas de nuestro siglo.

Los primeros Operarios no tuvieron a mano documentos pontificios tan iluminadores sobre el sacerdocio como los que se promulgaron después. Ni un Código de Derecho Canónico tan claro y bien dispuesto como el de 1917 o el de ahora. Ni, por supuesto, un Concilio Vaticano II y todo cuanto la Iglesia nos va diciendo para su recta asimilación, si queremos aprovecharlo.

Vosotros lo tenéis, y tenéis además una experiencia caudalosa. Cuando Dios da un carisma a una persona o a una institución y éstas lo abandonan, Dios se retira, porque ya no le sirven para el fin que Él buscaba. No es este vuestro caso, porque no lo habéis abandonado. Pero yo os pido –y éste es mi humilde ruego– que intensifiquéis vuestros esfuerzos. La Iglesia española lo está esperando.

REFLEXIÓN FINAL

Queridos diocesanos:

He escrito esta Carta Pastoral como homenaje a quienes ahora van a ser beatificados y con el deseo de ofreceros una meditación provechosa, la que nos brindan ellos con su vida y con su muerte. No nos es lícito olvidar a quienes nos han dado tan ejemplares lecciones, *las Carmelitas* con su martirio, el *Cardenal Spínola* y *Don Manuel Domingo y Sol*, con sus trabajos apostólicos. En ellas y en estos, todo fue acompañado o precedido de un amor silencioso a Jesucristo, cultivado día a día en el silencio del claustro o en medio del ajetreo y las urgencias del trabajo incesante. Obraron el bien, amaron, se sacrificaron por los demás. Sirvieron a Dios, a la Iglesia, y a la sociedad, cada uno a su manera. Todos podemos encontrar en ellos un poco de luz para seguir nuestro camino y ser mejores en nuestra vida cristiana.

Para la Iglesia española este acontecimiento de la beatificación simultánea de cinco de sus hijos es una altísima llamada al compromiso diario de vivir nuestra fe católica con abnegación y confianza en Dios, rectificando cuando haya que rectificar y proclamando con gozo que en el Santo Evangelio está nuestra esperanza.

Os bendigo a todos en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo.

Toledo, marzo de 1987.

SAN JUAN BOSCO, SU INSOBORNABLE CONFIANZA EN LA IGLESIA

Carta Pastoral, fechada el 31 de enero de 1989, festividad de San Juan Bosco, al coronarse el Año Centenario de la muerte del «Padre y Maestro de los jóvenes». Texto en BOAT, marzo de 1989, 128-147.

A nuestros queridos sacerdotes, a nuestros religiosos y fieles de la archidiócesis de Toledo.

Para todos vosotros, queridos diocesanos, mis sinceros deseos de paz y bien. Y a vosotros, padres de familia, educadores cristianos que dedicáis lo mejor de vuestras vidas a las tareas de la educación, mi saludo respetuoso y lleno de agradecimiento.

Al coronar el centenario de la muerte de San Juan Bosco, una joya viviente de la misión educadora de la humanidad y de la Iglesia, en nombre de la propia Iglesia y haciéndome eco del pensamiento del Papa y su opción preferencial por la juventud, permitidme en esta carta pastoral gozarme y reflexionar con vosotros en torno a la figura del santo educador de Turín, y en especial en torno a lo que aún hoy puede significar para todos nosotros una de las mejores lecciones de su vida: su insobornable confianza en la Iglesia.

INTRODUCCIÓN

El humanismo de la santidad

Hay, casi perdidos en el entramado doctrinal de los documentos del Vaticano II, textos inesperados y que resultan sorprendentes. En el corazón mismo de la Constitución dogmática sobre la Iglesia nos encontramos uno de ellos. Exactamente cuando se trata de proclamar y fundamentar el dinamismo de la santidad cristiana como clave de la identidad de la Iglesia, por su vinculación originaria a Cristo y como quehacer vocacional de sus miembros «por cuanto la vocación cristiana es, por su propia naturaleza, vocación a la santidad» (cfr. LG 32 y 40-41).

En tema de tanta enjundia no se pierde el texto conciliar en afirmaciones propias de una eclesiología especulativa o espiritualista. Arranca directamente del Evangelio –la pedagogía del propio Cristo y su mandato de perfección–, hasta aterrizar en el realismo de la sociedad según cada momento y lugar. Porque «es completamente claro que todos los fieles, de cualquier estado o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad, y *esta santidad suscita un nivel de vida más humano incluso en la sociedad terrena*». Y tras una breve descripción del dinamismo vital de la auténtica santidad apela a la evidencia: «Así, la santidad del Pueblo de Dios producirá abundantes frutos, *como brillantemente lo demuestra la historia de la Iglesia con la vida de tantos santos*» (LG 40).

Conmemoramos y coronamos el centenario de la muerte de un recio piamontés que, surgido de la pobreza y de la orfandad humana, salía un día del seminario sin otra cálida compañía que la de una sencilla madre cristiana, «Mamá Margarita», estrenando juventud y sacerdocio con intenso amor a la Iglesia –¡y qué situación la de la Iglesia en su tiempo!– y en tensión de vocación a la santidad. Su vida sacerdotal quedaba inaugurada, a los veintiséis años, aquel 5 de junio de 1841.

Su obra «humana» se inició seis meses después, el 8 de diciembre, en la sacristía del templo de San Francisco de Asís, de Turín, con un encuentro inesperado. Un encuentro humano a tres bandas: un sacristán destemplado, un sacerdote recién estrenado y aún no «establecido» y un rapazuelo curioso que «sólo sabía silbar». Entre el malhumor del asalariado del templo y la inutilidad humana de aquel desheredado de la emigración, de la ignorancia, de la industrialización y hasta del amor humano, ¡sólo un corazón sacerdotal con latidos de la Iglesia! Aquella mañana no hubo más que un diálogo de amor.

Pero desde 1888, tras la muerte de Don Bosco, la Iglesia entera cuenta con un «enclave de santidad» lograda ya para la eternidad –la figura cada día más actual del santo– y con una obra de amplios horizontes cristianos y humanos, hoy abierta a los cuatro vientos en la humanidad. Los salesianos son hoy, desde la Patagonia hasta la India, la China o Tailandia y en el corazón de todos los continentes donde actúa la Iglesia, 17.618 (según recientes estadísticas de familia), incluidos sus cinco cardenales y sus setenta y cuatro obispos. Todos ellos haciendo la Iglesia viva y promoviendo humanidad en 95 naciones. Las salesianas, ocupadas en idénticos quehaceres desde su consagración vocacional, suman las 17.203, diseminadas en 70 naciones. Y junto a ellos se cuentan por millares los cooperadores salesianos, las Asociaciones de Antiguos Alumnos y sus Federaciones, capaces de convocar congresos internacionales – como el celebrado el pasado mes de noviembre, en Roma–, más las «ramas» cualificadas de congregaciones religiosas o institutos seculares brotadas del tronco eclesial del espíritu salesiano de Don Bosco. Las instituciones religiosas fundadas por salesianos superan ya hoy un par de docenas, herederas todas del espíritu eclesial y humano del santo piamontés.

Y lo más importante para una conmemoración centenaria: la mayor vitalidad de esta obra eclesial tiene de común en el corazón de cada salesiano no la justa satisfacción por un pasado tan sorprendente como riquísimo en santidad y humanismo, sino la viva inquietud compartida por el futuro de la Iglesia y de la sociedad a la que aportan su enorme riqueza educadora, eclesial y humana.

En la Iglesia de ayer y de hoy

En fechas todavía recientes tuve la grata satisfacción de dirigirme a vosotros, mis queridos diocesanos, para compartir nuestro gozo en la Iglesia por la entonces inminente beatificación de las tres carmelitas descalzas del monasterio de San José, de Guadalajara –parte importante de nuestra Archidiócesis cuando, en 1936, afrontaron su martirio–, las cuales, juntamente con las figuras de hombres de Iglesia de la talla del cardenal Spínola o del sacerdote don Manuel Domingo y Sol, fueron, en la primavera de 1987, elevadas por Juan Pablo II al honor de los altares.

Lo hacía con la convicción de que «la Iglesia universal y española tiene hoy necesidad de ver de cerca a los testigos del Dios vivo, hombres y mujeres de nuestro tiempo, cuyas vidas nos hablan de lealtad cristiana, serio compromiso al servicio del Evangelio, trabajo apostólico lleno de confianza en Dios y coherencia con su fe hasta el grado máximo con que se puede manifestar en la tierra». Añadía entonces: «Una Iglesia sin santidad no es concebible... Y una Iglesia de la santidad sin santos sería un escándalo inexplicable, pues sería acusada de hacer ineficaces los méritos de Cristo y la acción del Espíritu Santo sobre los redimidos, que tiende a consagrar ese fin como su propia meta»¹.

El hecho de que en nuestra Archidiócesis no se encuentren enclavadas las meritísimas instituciones salesianas en la actualidad no debe privarnos de la legítima satisfacción y gozo de sentirnos también Iglesia, especialmente en este Año de la Juventud y en el Centenario de la muerte de san Juan Bosco, cuya figura sacerdotal y pedagógica es hoy patrimonio de la Iglesia universal y cuya opción preferencial por los jóvenes ha propuesto como actual y modélica el Santo Padre en reciente discurso al Congreso Mundial de Antiguos Alumnos y Alumnas Salesianos². Y con mayor interés aún, como ideal y metodología de «educación preventiva en el amor» a la Iglesia entera en su carta pontificia al Rector Mayor de la Congregación Salesiana, reverendísimo don Egidio Viganó, al iniciarse la celebración del Centenario³.

Con este gozo, deseo ofreceros mis reflexiones sobre las dimensiones de este «Padre y Maestro de los Jóvenes» –así lo ha presentado el Papa– y la permanente fuerza incontenible de su ser y de su obra, que también puede ayudarnos en nuestra tarea evangelizadora y en nuestra misión en el quehacer irrenunciable, eclesial y humano, de la educación de nuestros hijos y jóvenes.

Pienso, en primer lugar, en los creyentes más jóvenes de nuestras comunidades cristianas, entre los que se extiende el desinterés y aun la desafección frente a la Iglesia, hasta el punto de dejarse contagiar cada vez más de las falsas especulaciones de quienes propugnan el lema de «cristianismo, sí; Iglesia, no».

Pienso, asimismo, en el profundo cambio que se está operando en la sociedad española desde el punto de vista cristiano, social y religioso. Es una sociedad rica en valores religiosos y pobre para la defensa de los mismos. Grandes sectores de nuestro pueblo sucumben cada día ante tanta ambigüedad, tantos silencios calculados, tantos ataques insidiosos. Las leyes civiles del divorcio y del aborto, o los audaces experimentos en el campo de la genética –denunciados tantas veces por el Magisterio de la Iglesia– están causando daños muy hondos a la concepción cristiana del amor y la familia, y a la misma Iglesia, a la que se considera envejecida y atrasada frente a los progresos de la ciencia, de la cultura y de la modernidad.

No debemos olvidar tampoco la nueva «conciencia eclesial», que se ha extendido en los años del posconcilio, llena de luces y de sombras. Incapacitados para asimilar bien el contenido del Concilio, por no haber querido escuchar la voz del Magisterio, ha sufrido grandes quiebras la unidad de la

¹ BOAT, marzo 1987, 169.

² Texto castellano en *L'Osservatore Romano* (ed. cast.), 4 diciembre 1988, 20.

³ Carta *Iuvenum patris*, 31 enero 1988: AAS 80 (1988) 969-987.

Iglesia, lo cual ha dado lugar, en unos, a la patología de la desazón y el miedo, y, en otros, a una inaudita y desenfrenada mundanización de objetivos y métodos de acción pastoral, incompatibles con un auténtico servicio a la fe y a la misma educación permanente cristiana, moral y religiosa.

He aquí por qué, con motivo del Centenario de su muerte, he estimado que puede ser muy útil recordar hoy el amor a la Iglesia y el extraordinario servicio a la misma que, desde una insobornable confianza en ella, prestó san Juan Bosco. No podemos olvidar que su *eclesialidad* constituye una de las notas realmente vivenciales y características de todo su patrimonio espiritual. Juan Pablo II lo ha subrayado como una fuerte característica de la semblanza del santo pedagogo y fundador y como fruto de su solidísima vida interior: «el testimonio constante de su sincero y entusiasta sentido de la Iglesia»⁴. Recordando, además, sus propias palabras con que frecuentemente recordaba las «cuatro columnas» de su obra educativa: la Eucaristía, el sacramento de la penitencia, la piedad mariana y el *amor a la Iglesia y a sus pastores*⁵.

I. DE LA IGLESIA QUE HACE SANTOS, A LOS SANTOS QUE HACEN IGLESIA

Curioso resulta, al menos, la sorprendente banalidad del hecho de que, años atrás, en plena revolución cultural china, su mentor, Mao Tse Tung, llegara a escribir en sus «mandamientos»: «Honrarás a Juan Bosco, que cuidó a los humildes y educó a los obreros.»

No es que precise el santo educador de Turín de semejantes panegíricos; hasta es posible que semejante frivolidad ideológica apenas invite a otra cosa que a una simple sonrisa.

Para nosotros es mucho más objetivo y coherente evocar, en la figura de san Juan Bosco, el realismo histórico del misterio eclesial cristiano: el de una Iglesia siempre viva y capacitada para «hacer santos», segura, además, por su propia historia, de que son siempre los santos los que, aun en sus dimensiones humanas, más y mejor «hacen Iglesia».

Y una evidencia que el propio Centenario hoy nos permite constatar: que si para la vida y la conciencia de Don Bosco su insobornable sentido de Iglesia constituyó uno de los tesoros más íntimos de sus vivencias personales, hoy, a la vuelta de cien años, esa propia vida y la obra de Don Bosco es la que constituye un tesoro para toda la Iglesia.

Por lo demás, bien sabido es por la propia historia de la santidad en la Iglesia que normalmente los santos no son más que cristianos auténticos e íntegros con conciencia de Iglesia de Cristo, en tiempos difíciles casi siempre.

Así pues, para medir a Don Bosco y penetrar en su sentido de Iglesia es preciso conocer el entorno eclesial en que se movió su vida.

⁴ *Iuvenum patris*, n. 5: AAS 80 (1988) 973.

⁵ *Ibid.*: n. 11: 978.

Una Iglesia que, especialmente a mediados del siglo XIX y en suelo italiano, se vio obligada a cerrarse sobre sí misma, con un talante explicable de «conservación», frente a las muchas arremetidas que sufrió.

De un lado, por parte de la explosión de las llamadas «modernas libertades», en creciente auge desde la Revolución francesa. De otro, por la agitación agresiva de los movimientos unitarios de los nacionalismos italianos, que originaron la «Cuestión Romana», no solucionada de hecho hasta 1929 con los Pactos Lateranenses. Entre dos Pontífices tan en su puesto para la Iglesia de entonces, como Pío IX y León XIII, hubo de medir san Juan Bosco su conciencia de Iglesia y vivir en plenitud su identidad cristiana y sacerdotal. Y, en plena madurez, toda la problemática y el talante eclesial del Concilio Vaticano I. Bastará también recordar que Pío IX, el Papa Mastai Ferretti, era contemporáneo de hombres que la historia no puede olvidar: Proudhon, Carlos Marx, Engels, Napoleón III, Bismarck. Y que hubo de afrontar su pontificado física y sociológicamente arrinconado. Más allá de las fronteras italianas, el asedio ideológico a toda la Iglesia no era menor.

Don Bosco, testigo sensible de aquella situación, sintió hondamente la fuerza de una doble llamada: la de su fidelidad al Papa, como expresión viva y acuciante de su conciencia y sentido de la Iglesia, y la de las preocupaciones sociales de la época, que impulsaban acuciantemente a tantos espíritus a buscar soluciones realistas a los problemas inaplazables que sufrían los hombres, especialmente los más desvalidos, las primeras víctimas de la revolución industrial.

Religiosa y políticamente se vivía ya el ocaso del constantinismo, con la natural perplejidad ante lo que suponía la separación, y a veces la ruptura, entre la Iglesia y los poderes civiles.

Cultural e ideológicamente, en la reflexión filosófica se imponían las corrientes racionalistas que pretendían hacer del hombre el centro único del universo y ante las cuales la mayor parte de los intelectuales y grupos católicos se sentían desarmados para combatirlas con el necesario discernimiento.

Sociológicamente, la Iglesia no encontraba simpatía a los ojos de los nuevos amos de la vida pública, sino en la medida en que ella constituía un amparo o respaldo moral para la defensa del orden o de la propiedad. «Porque la burguesía, que se había beneficiado de la Revolución, temía por lo demás a los movimientos populares que ponían en peligro las nuevas estructuras sociales de las que ellos estaban beneficiándose.»⁶

Desde una eclesiología que «no le escandaliza...»

Aunque pueda resultar paradójico, al siglo XX llegó la Iglesia sin una eclesiología real e integralmente dogmática, avalada por su propio Magisterio solemne y fruto de una «auto comprensión» o más profunda «conciencia de sí misma», a la luz de su propio origen histórico, con los avales de las fuentes de la Revelación. Era éste un hecho reservado en nuestros días al Concilio Vaticano II.

⁶ AUBERT, R., *Vaticano I*, Vitoria 1970, 11.

Ni siquiera la gran crisis de la cristiandad occidental del siglo XVI parece haber sido suficiente para forzar a ello a la Iglesia. Pese a que, en el trasfondo desintegrador del protestantismo era la esencia misma del misterio de la Iglesia y su profunda dinámica sacramentaria lo que se ponía en tela de juicio, el Concilio de Trento se agotó dogmáticamente en problemas más sectoriales y más directamente amenazados en la misión salvadora de la propia Iglesia: la estructura salvífica de la fe, la realidad del pecado original como presupuesto objetivo de la Redención, el problema integral de la justificación sobrenatural, la vida sacramentaria en general y en particular. Respondía así al reto más inmediato de la Reforma.

Mas, por una necesidad casi ineludible, Trento dio origen en el catolicismo a una eclesiología más apologética que realmente teológica, como emergencia frente al creciente pluralismo antagónico de Iglesias fragmentadas. Esta eclesiología de mentalidad jurídico-societaria y fuertemente polarizada por las garantías de discernimiento externo cifradas en las «cuatro notas» –unidad, santidad, catolicidad y apostolicidad originarias e históricas–, que normalmente quedaban en el dintel de la teología dogmática sin otro rango que el de la apologética entre los clásicos «lugares teológicos», pudo cumplir su misión coyuntural, proporcionando no pocos frutos de afianzamiento, autenticidad y cohesión estructural a la verdadera Iglesia de Cristo. Hasta se puede afirmar que Trento sentó las bases intraeclesiales para una eclesiología genuina, aunque, por razones históricas y ambientales, no pudo realizarla. Pero es innegable que no sólo en el terreno dogmático, sino incluso en el vivencial de la propia Iglesia, la línea tridentina hizo posible la fragmentaria pero decisiva eclesiología del Vaticano I –el carisma eclesial del primado y la infalibilidad, con las secuelas para la unidad y seguridad en la fe–. Y uno y otro trajeron a una Iglesia viva y capacitada hasta la colosal empresa de «auto comprensión» y de «eclesiología de comunión» que la propia Iglesia está llamada a alcanzar con el Vaticano II.

Pero lo que resulta hoy admirable es el profundo sentido eclesial –profundo y auténticamente vivencial– con que Don Bosco inició su ministerio sacerdotal y fue amasando su obra en permanente amor y fidelidad a la Iglesia, cuando ni siquiera se había celebrado aún el Vaticano I y era impensable el Vaticano II, casi sin otra «eclesiología» especulativa que la que todavía conservan los anaqueles polvorientos de nuestras bibliotecas con los títulos *De Ecclesia Christi*, de Tournely, o *De Ecclesia et de Romano Pontífice*, de Perrone, y más concretamente la del barnabita Gerdil (1802), del que posiblemente dependería la formación académico-teológica de Don Bosco⁷.

¡Qué hermosa y auténtica es siempre la «teología» que viven los santos! Cuando en el propio magisterio pontificio ni siquiera era pensable la encíclica *Mystici Corporis*, de Pío XII (29 de junio de 1943) y la *Lumen gentium* habría parecido una utopía teológica, la vida de san Juan Bosco y su obra demuestran, una vez más, que en el misterio de la Iglesia el Espíritu de Dios y la santidad auténtica se adelantan con frecuencia a la «cronología enriquecedora» de la fe y a la doctrina esclarecedora del Magisterio. Hoy resulta evidente que a Don Bosco aquella pobre eclesiología de mediados del siglo pasado no sólo no le

⁷ Cfr. RIPA, *L'argomentazione delle «note» della Chiesa nell'apologética popolare di San Giovanni Bosco*, Asti 1971, 32, 54; THILS, G., *Les notes de l'Eglise dans l'Apologétique catholique depuis la Reforme*, Gembloux, 1937.

«escandalizó» para la santidad y para su fina sensibilidad eclesial, sino que fue un sacerdote que en la más exacta fidelidad a la eclesiología del Vaticano I transparentó por adelantado la eclesiología «vivencial» y «pastoral» del Vaticano II. También en su figura, como en la de tantos santos de entonces o de antes, se verificaba ya lo que analíticamente un teólogo de la talla de Guardini ha descrito como un «enriquecimiento histórico», típico del período 1920-1960 en la teología católica: «el acontecimiento de incalculable alcance de *la Iglesia revelándose en las almas*»⁸.

...a una Iglesia que llegó a confiar en Don Bosco

La compleja e inagotable biografía de san Juan Bosco silencia a veces un aspecto de la dimensión eclesial de su vida: su «ministerio», casi anormal como diplomático, en el más estricto sentido del término. ¡Negociador de confianza de la Santa Sede para graves asuntos eclesiales!

No fue él un diplomático pontificio de carrera. Pero en situaciones político-religiosas tan espinosas y agitadas como las que presentaba la situación italiana de su tiempo, sabía afrontarlas con sinceridad, sencillez e intrepidez admirables. Hasta el punto de encontrarse inesperadamente elegido por Pío IX para una misión político-religiosa sumamente delicada, allá por la primavera de 1865.

La situación de las diócesis italianas se había hecho, por aquellas fechas, insostenible. Hasta doce obispos, por motivos políticos, habían sido condenados a diversas penas. Otra docena había quedado en libertad tras un juicio duro y áspero. Los cardenales de Pisa y Ferino y los obispos de Piacenza y Avelino, conducidos a Turín para justificarse ante las nuevas autoridades, habían quedado atrapados en esta capital y en vía muerta desde hacía varios años. Otros dieciséis obispos electos aún no habían podido formalizar la toma de posesión de sus sedes. Entre ellos, los arzobispos de Bolonia, Rávena y Milán. En el Piamonte permanecían vacantes nueve sedes, en tanto que en Cerdeña el arzobispo de Cagliari, alejado de su diócesis, llevaba ya catorce años de destierro. De las restantes sedes sardas, ocho continuaban vacantes.

Ante semejante situación eclesiástica, Pío IX adoptó la decisión de intervenir personalmente, escribiendo, el 10 de marzo de 1865, al rey Víctor Manuel II. La respuesta llegó el 5 de abril, accediendo a iniciar las previas negociaciones, que el propio rey, por la parte política, confiaba al ex ministro Xavier Vegezzi y, posteriormente, al comendador Miguel Ángel Tonello. Por la parte eclesial, el Papa prefirió extraoficialmente la persona de Don Bosco para unas arduas gestiones que hubieron de prolongarse de 1865 a 1871. En este año, del 23 de febrero al 27 de marzo, se alcanzaron los primeros acuerdos de provisión y normalización de sedes. La sagacidad y el temple conciliador de Don Bosco lo habían hecho posible.

Posteriormente, en cinco consistorios, aquel año de 1871 se llegaría a elegir hasta 87 obispos para las diócesis italianas, en cuyos nombramientos de titulares la propia Santa Sede prefirió confiar más en el limpio criterio y la elemental

⁸ GUARDINI, R., *La réalité de l'Eglise*, Brescia 1973, 160.

sencillez de Don Bosco que en la lenta y complicada «proceduría» de los dicasterios competentes.

Su talante eclesial y «diplomático» en tan delicada coyuntura lo resume uno de sus biógrafos, transcribiendo las propias palabras del santo en una reunión de prelados romanos sobre la que pensaba iniciar la labor de elección y selección de candidatos para las sedes por vía ordinaria: «Si se prefiere esta resolución de querer específicamente los titulares (aptos) para cada una de las diócesis, a mí me parece que las cosas caminarán con excesiva lentitud. ¿No sería mejor elegir sin más a aquéllos que parezcan dignos del cargo y que el Santo Padre los destine después a ésta o aquella diócesis, como mejor crea?»⁹.

Don Bosco retornó a Turín. Verificó consultas en el Piamonte y la Liguria. Pasó a Florencia, llamado por el ministro Lanza a consulta el 21 de septiembre del mismo año, marchando inmediatamente a Roma a entregar las listas al Santo Padre, «el cual leyó atentamente la relación de eclesiásticos propuestos por él para ser promovidos al episcopado, aprobándola tal cual. Tan grande era la confianza que tenía en él. Pidió después su parecer sobre el destino a determinadas sedes; Don Bosco fijó dieciocho... que el mismo Papa aprobó»¹⁰.

Pero la confianza de la Iglesia en Don Bosco ha ido más allá en el tiempo. Antes de los cincuenta años de su muerte, Pío XI no dudó en proclamarlo «Príncipe de educadores» (*educatorum princeps*)¹¹. Era el año de su canonización. En nuestros días, otro Papa, en cuya conciencia hay una verdadera «opción preferencial» por los jóvenes y su educación integral para la sociedad y la Iglesia, no ha dudado en llamarlo «Padre y maestro de jóvenes»¹² en una carta en la que casi, más que la figura de Don Bosco, parece importarle para toda la Iglesia la prioridad, actualidad y hasta permanente necesidad de su «peculiar pedagogía preventiva por el amor» en la misma labor educativa de la Iglesia.

II. EL CONCILIO VATICANO II: EL SANTO QUE SE NOS ADELANTÓ A VIVIRLO

A quienes piensan y actúan, a veces, como si en la Iglesia todo hubiese comenzado con el Concilio, bueno sería recordarles que la Iglesia entera es muy anterior al Vaticano II, y que precisamente por eso, por ser fiel a sí misma y a Cristo su Señor, «el mismo ayer, hoy y siempre» (Hb 13, 8), ha hecho posible el propio Concilio.

A ello se debe también un hecho que hoy, en este Centenario, resultaría paradójico o enigmático de no ser tan evidente.

San Juan Bosco no fue un teólogo de gabinete o un hombre de Iglesia que consumiera toda su vida en quehaceres profundos de creatividad teológica. Su vida, su amor sacerdotal y su actividad pastoral no se lo permitían, pese a que ya en 1844, a sus veintinueve años, iniciara su actividad publicitaria con la

⁹ Cfr. *Memorie biografiche di S. Giovanni Bosco*, vol. X, Augustae Taurinorum, 1937, 454.

¹⁰ *Ibid.*, 441.

¹¹ Pío XI, Lit. Decret. *Geminata laetitia* (1 abril 1939): AAS 27 (1935) 285.

¹² JUAN PABLO II, Carta *Iuvenum patris* (31 enero 1988): AAS 80 (1988) 969.

biografía de su condiscípulo Luis Comollo y que, a lo largo de su intensa vida de educador y fundador, más de centenar y medio de obras o escritos salieron de su pluma. De entre estas obras, hasta 22 se cuentan en que aparece explícito y palpitante su pensamiento y su amor a la Iglesia. Sólo en la década de 1850 a 1860 dejó escritas hasta 14 obras con el sello vivo de su amor al Papa y a la Iglesia¹³.

Su «eclesiología» teológica o catequética en tales escritos, analizada hoy fríamente, no podría ir más allá de la eclesiología fundamental de su época.

Sería utópico encontrar allí terminologías o elucubraciones típicas de nuestro tiempo o de nuestros centros teológicos: sacramentalidad de la Iglesia, misterio del Cuerpo Místico, carismas eclesiales o «Iglesia estructural», realizaciones del Reino, «dimensiones eclesiales» de la existencia o la pastoral cristianas. Pero pocos y con tanta hondura habrán vivido como él el misterio palpitante de la Iglesia, encarnado por igual en la propia vida y en las realidades y estructuras de la Iglesia real a la que amó, en la que ardientemente confiaba y para la que tan agotadoramente vivía y trabajaba. Aquella «Iglesia difícil» del anticlericalismo decimonónico, de los expolios de la Santa Sede, de las angustias de Pío IX y de la preocupación por la supervivencia en la unidad y en sus estructuras externas, del Concilio Vaticano I. Aquella Iglesia en la que, para la mente y la vida de Juan Bosco, la defensa del Papa era la defensa de toda la Iglesia y el amor al Papa era la mayor garantía del amor a la Iglesia¹⁴.

Como en todos los santos, en Don Bosco la eclesiología era «comunión» con Cristo vivo en su Iglesia, en su jerarquía y en sus sacramentos; amor operante, esperanza responsable y confianza segura en torno a la Santa Madre Iglesia, y en ella y desde ella, inquietud y celo infatigable por sus miembros, los hombres, sus hermanos. Y como actitud radical, casi visceral en la autenticidad cristiana, una decisión incommovible de santidad en fidelidad permanente a Cristo y a su Espíritu bajo la garantía y mediación de la propia Iglesia. Que tal es siempre «la eclesiología vivida por los santos».

En este sentido, no puede resultar paradójico el que la figura y la obra de san Juan Bosco pueda resultar hoy el comentario más profundo y el intérprete más auténtico de la riquísima eclesiología del Vaticano II en sus mejores documentos: la constitución dogmática *Lumen gentium*, la constitución pastoral *Gaudium et spes*, el decreto *Perfectae caritatis* o el *Presbyterorum ordinis*, y –como el propio Juan Pablo II lo ha proclamado en su carta del Centenario– venga a ser, con su «pedagogía preventiva e integralmente humana y cristiana en el amor», el más exacto y permanente comentario del decreto conciliar *Gravissimum educationis munus*.

Incluso se adelantó, con su realismo de santidad en la acción pastoral, a explicarnos, con su vida y su obra, problemas del posconcilio hoy tan vivos de actualidad –a veces conflictiva– como los de la «opción preferencial por los pobres», los contornos exactos de la «teología de la liberación», el «diálogo

¹³ Cfr. WIRTH, M., *Don Bosco y los salesianos*, Barcelona, 1971, 86. También *Memorie...*, vol. XIII, 712.

¹⁴ Cfr. SPALLA, G., *D. Bosco e il suo ambiente sociopolítico*. Torino, 1975, 71. Del propio Don Bosco, *Opere edite...*, 37 vols. Roma, 1975-77. *La Chiesa cattolica apostolica romana*, vol. II, p. 124.

evangelizador» con la cultura, la educación, la formación laboral cristiana y humana, la dignificación integral del hombre. Y todo ello fruto vivencial de una «eclesiología de mediación responsable», palpitante en un corazón integralmente sacerdotal, con confianza viva en la Iglesia en todo momento.

A la luz, pues, de su vida, bueno será ahora una breve relectura teológica de la eclesiología del Vaticano II.

La Iglesia, mediación necesaria

La «más profunda conciencia de sí misma»¹⁵ que la Iglesia trató de descubrir y objetivamente logró alcanzar en el Concilio Vaticano II, le permitió autodefinirse como *sacramento*: «La Iglesia es en Cristo como un sacramento o signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano» (LG 1). «Sacramento visible de unidad salvífica» (LG 9). «Sacramento universal de salvación» (LG 48; AG 1 y 5).

Ello significa, ante todo, que la Iglesia es obra y consecuencia permanente del mismo *sacramento-misterio de la Encarnación*: el «protosacramento» viviente e intrahumano del Hijo de Dios encarnado en humanidad real e histórica; «misterio» revelado y operante de salvación (cfr. Ef 5, 32; 1, 18-20. 24-29; 1Tm 3, 16).

Significa también que la Iglesia, por su propia naturaleza, origen y dinamismo, es *signo y realidad eficaz de «mediación»*: mediación histórica y «visible» o estructural de la mediación trascendente del propio Cristo (cfr. 1Tm 2, 5-7; Hb 2, 10-13.9, 11s, etcétera).

Y significa, a su vez, que ella misma es mediación «reveladora» de Cristo: mediadora avalada permanentemente por Cristo Mediador entre Dios y los hombres en sus designios de salvación sobre la humanidad de todos los tiempos. Prolongación y mediación cristocéntrica tan misteriosa como necesaria, tan irrenunciable y tangible como la propia mediación de Cristo Redentor, «el mismo ayer, hoy y siempre» (Hb 13, 8; cfr. Hch 4, 10-12).

De aquí la auténtica *naturaleza sacramental* de la verdadera Iglesia, de la que «es característico ser, a la vez, humana y divina, visible y dotada de elementos invisibles, entregada a la acción y dada a la contemplación, presente en el mundo y, sin embargo, peregrina, y todo esto de suerte que, en ella, lo humano está ordenado y subordinado a lo divino, lo visible a lo invisible, la acción a la contemplación, lo presente a la ciudad futura que buscamos (cfr. Hb 13, 14)» (SC 2).

Como contrapartida, en esta condición eclesial mediadora la Iglesia es también –lo será siempre en el tiempo– *signo de contradicción*, por lo que encarna del propio Cristo que, como Hijo de Dios encarnado en humanidad, ¡también lo es! (Lc 2, 34), y, sobre todo, por lo que la propia Iglesia tiene de «realidades humanas» en su mediación, que siempre habrá de presentar el claroscuro de las

¹⁵ PABLO VI, Enc. *Ecclesiam suam* (6 agosto 1964): prólogo y parte I: AAS 56 (1964) 609ss. También disc. de apert. Sess. II Conc. Vat. II (29 septiembre 1963): *Constitutiones, decreta, declarationes...*, Typ. Vat., 1965, 907-911.

luces y sombras, de la eficacia divina y las limitaciones humanas, de la autenticidad de las iniciativas salvíficas de Dios que se han de realizar con el concurso tan pobre de los hombres.

Finalmente, la Iglesia, por ser «sacramento permanente y universal», es también una realidad *intrínsecamente histórica e históricamente compleja*. «La Iglesia es una institución que subsiste por sí misma, que de sí misma extrae sus razones de vida, sus energías espirituales, sus normas de acción... Pero la Iglesia no es un “gueto” ni es una sociedad hermética, una entidad que se cuide sólo de sí misma, que se aíse absolutamente del ambiente humano en que se halla; una entidad que no posea el sentido histórico del devenir y multiplicarse en las formas culturales; que se contente con contactos ocasionales e inevitables con el mundo... Está inmersa en la sociedad humana, la cual, existencialmente hablando, la precede, la condiciona, la alimenta... Nunca será antisocial, anticultural y –añadamos también– antimoderna. La Iglesia nunca será extraña allí donde eche raíces, porque la Iglesia nace de la humanidad: *es la misma humanidad elevada a un grado superior de vida nueva*. La Iglesia no es, por lo mismo, revolucionaria, pero sí reformadora; renovadora, pero incapaz de odiar o matar... ¡Nadie aborrece jamás su propia carne! (cf. Ef 5, 29): lo mismo la Iglesia respecto al mundo»¹⁶.

La Iglesia, mediación en el misterio

Es, pues, la Iglesia «mediación necesaria» en la realización del misterio de la salvación.

Pero, por ser sacramento, esta mediación comporta una realidad más profunda que la mera visibilidad histórica, institucional o utilitaria de las realidades visibles de la Iglesia.

Flaco servicio han hecho a la Iglesia misma y a la interpretación del Vaticano II aquellos teólogos y comentaristas superficiales que, entusiasmados con las directrices eclesiológicas del Concilio y ofuscados con las urgencias sociológicas e históricas que, en el mundo de nuestro tiempo, constituyen un reto de autenticidad y renovación estructural también para la Iglesia, no parecen haber superado *el riesgo de reducir la sacramentalidad y la mediación de la Iglesia a sus dimensiones históricas y visibles*, a la configuración intrahumana de sus estructuras eventuales o permanentes, a las garantías o avales de sus propios proyectos, programaciones pastorales o «aggiornamentos» testimoniales en su presencia liberadora entre los hombres.

Olvidando así, lamentablemente, lo que constituye la naturaleza irrenunciable e insustituible de la sacramentalidad profunda y de la mediación originaria de la Iglesia-Misterio: su realidad permanente de *instrumento de comunión en Cristo, con Cristo y por Cristo*.

A veinte años de distancia, el Sínodo extraordinario de Obispos de 1985 hubo de redescubrir y recordarnos lo que nunca debió olvidarse.

¹⁶ PABLO VI, alloc. del miércoles 20 de julio de 1967: *Ecclesia* 27 (1967), nº 1.357, 13.

- Que «la eclesiología de comunión es una idea central y fundamental en los documentos del Concilio».
- Que fundamentalmente «se trata de la comunión con Dios por Jesucristo en el Espíritu Santo».
- Que «esta comunión se tiene en la palabra de Dios y en los sacramentos».
- Que «por ello, la eclesiología de comunión no se puede reducir a meras cuestiones organizativas o a cuestiones que se refieren a meras potestades».
- Que «la eclesiología de comunión es el fundamento para el orden en la Iglesia y, en primer lugar, para la recta relación entre unidad y pluriformidad en la Iglesia»¹⁷.

Y por lo que respecta a la presencia y mediación salvífica de la Iglesia ante el mundo –de nuestro tiempo y de todos los tiempos–, «la Iglesia se hace más creíble si, hablando menos de sí misma, predica más y más a Cristo crucificado (cfr. 1Cor 2, 2) y lo testimonia con su vida. De este modo la Iglesia es como un sacramento, es decir, signo e instrumento de comunión con Dios y también de la comunión y reconciliación de los hombres entre sí». Porque «el anuncio –el misterio y la mediación– sobre la Iglesia *como lo describe el Vaticano II*, es trinitario y cristocéntrico»¹⁸.

Estas dimensiones originarias de comunión cristocéntrica y trascendente son las que realmente dan a la Iglesia su capacidad de mediación sacramental y necesaria. Tan necesaria, de hecho, como las iniciativas divinas en la salvación de los hombres, y de las cuales la propia Iglesia recibe su eficacia, configura su identidad comunitaria y asume su autenticidad y misión irrenunciables. Tan necesaria como la misma mediación insustituible de Cristo, del cual es a la vez su Pueblo redimido visible y su Cuerpo Místico invisible, orgánico y vitalizado por su Espíritu (cfr. LG 7-9).

Por ser *misterio-sacramento y mediación de comunión*, la Iglesia –la auténtica Iglesia– no es ni será nunca una institución imaginada o construida por los hombres. Ni el fruto logrado de unas estructuras ideológicas o sociológicas, configuradas al dictado de las necesidades o esperanzas de los hombres. Ni el resultado histórico de unas «tradiciones» o de unos programas redencionistas entre los hombres.

Cuando a eso se reduce, aunque no sea más que especulativa o teológicamente, la sacramentalidad visible o la mediación salvífica de la Iglesia en el mundo, el resultado no puede ser más lamentable. O se ronda la aberración de pretender llegar a Cristo al margen o en contra de las «estructuras» de la Iglesia («¡Cristo sí; Iglesia no!»), o se cae en el relativismo tentador de repudiar a la Iglesia real por la idealización de una Iglesia de «autoselectos», imaginada con retales históricos del pasado o con ilusiones fundamentalistas para el futuro. ¡Casi la osadía utópica o el «carisma presuntuoso» de esperar una autenticidad de la Iglesia tal que sólo actúe en ella el Espíritu!

¹⁷ *Relatio finalis...*, II, C, 1).

¹⁸ *Ibid.* II, A, 2).

La Iglesia, mediación segura pero difícil

«¡Creo en la Santa Madre Iglesia!»

Como han creído los santos de todos los tiempos.

Como creyó serena e intrépidamente san Juan Bosco en la «difícil Iglesia» de su tiempo.

Y ojalá pudiéramos llegar a creer en ella como el propio Cristo Redentor, que nos la hizo y nos la dio como don integrante de su Redención, y Él mismo «la amó y se entregó por ella para santificarla, purificándola mediante el baño del agua, en virtud de la palabra, y presentársela resplandeciente a sí mismo, sin que tenga mancha ni arruga ni cosa parecida, sino que sea santa e inmaculada» (Ef 5, 25-27).

Por ser la Iglesia prolongación sacramental de Cristo Mediador –«el Cuerpo Místico terreno de Cristo», en expresión feliz de Pablo VI¹⁹–, su presencia explícita en los *símbolos* de la fe cristiana junto a la confesión del misterio trinitario y la gozosa proclamación del acontecimiento de Cristo, el sacramento del Dios-hombre amasado en la maternidad santa de María y revelado salvíficamente en la Pascua, no es ni un mero apéndice socio-comunitario de los acontecimientos históricos de la Redención ni un simple adorno discriminatorio para la autocomplacencia de los creyentes en Cristo.

Es la vivencia dinámica de la «totalidad» sacramental de Cristo (cfr. Col 1, 24-27; 2, 9-10; Ef 1, 23; 4, 10-16; 1Cor 10, 17; 12, 12s; Rm 12, 5s).

Lo que la intuición profunda de San Agustín, acorde con San Pablo, proclamó como misterio-sacramento del *Cristo total* («Christus totus») ²⁰.

Es también la vivencia responsable de la totalidad sacramental de Cristo en su Iglesia, que tan altas cotas de claridad y de dinamismo vitalizador logra normalmente en la vida de los santos, hasta constituir en ellos como un primer plano habitual de su conciencia cristiana. Y que, en todo caso, refleja en sus vidas el signo más acuciante de su madurez y santidad progresiva.

Precisamente por ello, los grandes hombres de Iglesia, los santos, nunca la han abandonado. Aunque hayan percibido en ella –y tal vez con más viveza y dolor que nadie– muchas deficiencias. Pero han tenido confianza en la mediación siempre segura, aunque difícil, de la Iglesia visible, que por su misma naturaleza admite también deficiencias, limitaciones, contornos de sombras difuminados y hasta eventualmente contradictorios. Pero siempre, palpitando en ella, Cristo, sus sacramentos, su Evangelio, su Palabra, su capacidad, incluso, para engendrar santos en todos los tiempos. Pese a la inagotable gama de diseños de santidad que la «plenitud» de Cristo y la acción de su Espíritu pueden engendrar en la vida de la Iglesia (cfr. LG 40-41), una cosa han tenido y tendrán siempre en común todos los santos: *el dinamismo unitario de su fe en Cristo y en su Iglesia*.

¹⁹ Enc. *Ecclesiam suam: Ecclesia* 24 (1964), n° 1.205, 21.

²⁰ S. AGUSTÍN, *De bapt. c. Donatum*, 5, 28, 38: PL 43, 196; *Serm.*, 276, 4: PL 38, 1231; *Enar. in ps.* 140, 4-6; *In lo. trac.* 80,1: PL 35, 1839; *et passim*.

Con la misma fe con que creen en Cristo, y que no habrían recibido auténtica sin su Iglesia, creen en la Iglesia, sin la cual jamás sabrían sentirse vitalmente vinculados y seguros en Cristo. Han llegado, así, a una experiencia entrañable, hecha en sus vidas una segunda conciencia: que si fue Cristo y sólo Él quien pudo realizar y regalarnos el misterio permanente de su Iglesia, es y será siempre la Iglesia la única que pueda avalar y verificar en sus vidas la autenticidad y la eficacia permanente del misterio de Cristo.

Por eso, es característica de los santos la simbiosis misteriosa que alcanza en sus vidas el amor a Cristo y a la Iglesia. Un amor humilde, tan sencillo como el que, en sus vidas cotidianas, les hace amar también a Cristo en la sencillez de las especies eucarísticas, viviendo así su comunión profunda con Él. Un amor sereno en el tiempo, con clara conciencia de que el «hoy» de sus vidas en la Iglesia cuenta con las mismas garantías de la Iglesia de ayer y de la Iglesia auténtica del mañana de la historia.

Así, no es su amor a la Iglesia un «angelismo descarnado» o irresponsable, ni un «romanticismo» resentido por el pasado, que les paralice esperando utópicamente una Iglesia idealista para el futuro. Tampoco es su amor un «conformismo» pasivo e inerte ante las realidades humanas, eclesiales o extra eclesiales de su tiempo. Mucho menos un «criticismo» puritano o farisaico, más propio de la presunción inconformista de los «auto selectos» de todos los tiempos o del «visionarismo» anti eclesial de las sectas.

Ante el misterio real –y por lo mismo siempre «deficitario visiblemente» en el tiempo–, los santos, amando la Iglesia, se identifican con Cristo y «hacen» Iglesia, y haciendo Iglesia aman a Cristo y lo transparentan más seguros en sus vidas. Este «amor sacramental» –a Cristo en, con y por su Iglesia– es el que otorga a la vida y a la conciencia de los santos el *temple eclesial* de su autenticidad cristiana.

Les hace, además, conscientes de que la Iglesia es una realidad viviente, desarrollándose en el tiempo, pero siempre la misma en sí: en su origen divino y en sus realidades humanas sustanciales; en su crecimiento interior y en sus responsabilidades externas, cuyo centro profundo y vital es siempre Cristo, «el mismo ayer, hoy y siempre» (Hb 13, 8), aunque en sus estructuras externas y realidades visibles, en sus comunidades, miembros y jerarquías humanas «encierra en su propio seno a pecadores, y siendo al mismo tiempo santa y necesitada de purificación, avanza continuamente por la senda de la penitencia y de la renovación» (LG 8).

Pero ocurre que todo esto son los santos quienes más profundamente lo perciben, más responsablemente lo viven en su ser y en su actuar cristiano y más constantemente lo evidencian en la historia misma de la Iglesia. Por ello, son también, en sus vidas y obras, las más diáfanas evidencias de la permanente capacidad santificadora de la Iglesia.

Cien años atrás, y casi cien años antes del Concilio Vaticano II, que tan fuertemente ha proclamado su «eclesiología de comunión “Cristo/Iglesia”», ya lo había experimentado y vivido en la «Iglesia difícil» de su tiempo la entrañable figura de san Juan Bosco.

CONCLUSIÓN

La rica interioridad de la Iglesia

¡Admirable Don Bosco! ¡Admirable, querido y venerado santo Patrono de la juventud siempre necesitada de luz y de amor! Se hizo todo a todos, trabajó en todos los campos, trató con toda clase de personas, luchó en la avanzadilla de los apostolados más arriesgados y difíciles, esos en que es tan fácil dar el salto hacia otras trincheras porque se piensa que las propias ya no sirven para el combate. Él mantuvo la confianza en la Iglesia, esa vieja Madre de los hombres de todos los tiempos que ofrece tantos recursos –espirituales, sociales, humanos, sobrenaturales– a los que quieren utilizarlos en la lucha por la renovación de la sociedad y dentro del servicio al Evangelio.

Muchas veces se tiene la impresión de que una sacudida violenta lo transforma todo más eficazmente que esas entregas llenas de amor y de paciencia evangélica. Pero es sólo eso, una impresión engañosa y falaz. Porque cuando aparece el odio o la violencia que destruye, so pretexto de conseguir más rápidamente el cambio social anhelado, todo queda manchado y bastardeado para siempre.

En cambio, en hombres como Don Bosco, su heroica lucha, llena de confianza en la Iglesia, la de su época para él como lo hubiera sido la de hoy si hubiera vivido en nuestros días, le permitió alcanzar sin daño para nadie una victoria impresionante cuyos efectos se multiplican cada día; la de su acción educadora sobre innumerables jóvenes, hoy ya de todos los continentes, en favor de los cuales se prodiga sin cesar el espíritu generoso de los hijos e hijas de las congregaciones salesianas. Son ya cien años de una silenciosa revolución que se practica en nombre y a impulsos del amor cristiano.

Don Bosco vivió y supo inculcar la confianza en la Iglesia no ya como quien se acoge a la fuerza de una presencia –la de Cristo a Pedro– que no fallará nunca. También invocó y creyó en esa palabra del Señor. Pero su confianza descansó y se alimentó bebiendo y haciendo beber a los demás el agua y la sangre que brota del corazón mismo de la Iglesia: el amor a la Eucaristía, a la Virgen María Auxiliadora de los cristianos, al Papa como guía y centro de unidad, y a la purificación del alma mediante el sacramento de la penitencia y la oración, fueron para él algo más que devociones. Fueron parte de la Iglesia misma, de la rica interioridad que encierra en su misterio. De ahí sacó fuerza para todo: para sufrir, para aconsejar, para pedir, para lanzarse a las aventuras que su amor a Cristo y a los hombres le hacían soñar –¡sus sueños!– y realizar. Cuando se llega a ver así el sentir y el querer de un alma apostólica en el ardor de la lucha, no se da importancia a los fallos ni a las deficiencias que se advierten en el rostro o en las manos de esa Madre santa que tiene por esposo a Cristo. Se corrigen si se puede, se intenta comprender y ayudar, se pide que cambien los planteamientos cuando es necesario, se ora al Señor y se confía en que la obra de Dios seguirá adelante. Otros completarán lo que ahora falta. Pero no se romperá la comunión ni la disciplina necesaria para seguir combatiendo.

Este fue el espíritu de Don Bosco siempre. Por eso es tan oportuno recordarlo hoy, en que con tanta frecuencia se produce la desconfianza en la Iglesia, porque

el que la padece se aleja, sin darse cuenta, de lo mejor que ella tiene para generarla y mantenerla: la herencia de las riquezas de Cristo, que confortan y ayudan siempre. Al fin y al cabo, es Él quien nos ha dicho: *Confíad, Yo he vencido al mundo* (Jn 16, 33).

Parte tercera:

Conferencias y estudios

SAN FRANCISCO DE BORJA, EJEMPLO DE RENOVACIÓN SIN DESVIACIONES

Conferencia pronunciada en el Casino de Fomento, de Gandía, el 21 de febrero de 1973, en el acto organizado con motivo del quinto centenario de la muerte de San Francisco de Borja. Texto tomado de la edición publicada dicho año, con prólogo del Dr. Benjamín Civera Miralles, canónigo magistral de Valencia.

Renovación sin desviaciones. He aquí una idea que alude, en su simple expresión, a algo profundamente actual. Está toda la Iglesia clamando, como un coro inmenso de voces que brotan desde lo más hondo de su conciencia, por la renovación de su vida en cuanto ésta se proyecta sobre los hombres y sobre el mundo, para ofrecerles el misterio de salvación de que ella es portadora y depositaria.

De que esta renovación se haga sin desviaciones que alteren su doctrina o sus permanentes exigencias de santidad y vida interior en todo apostolado, depende la mayor o menor fecundidad para el porvenir inmediato. ¿Qué ejemplo nos ofrece San Francisco de Borja en este sentido?

Esta es la pregunta que me he hecho a mí mismo con motivo de la invitación que el P. Juan Pastor, Rector de esta Comunidad de PP. Jesuitas, ha tenido la bondad de hacerme para que viniera a hablaros aquí, en estos actos que venís celebrando en el Centenario del Santo Duque de Gandía.

PRESUPUESTOS

- *Os lo he dicho ya, pero no creáis: Las obras que yo hago en nombre de mi Padre, esas son las que atestiguan en mi favor (Jn 10, 25).*
- *Si realizo las obras de mi Padre, aunque no me creáis a mí, dad crédito a esas obras (Jn 10, 38).*

Las «obras», que el Hijo de Dios realizó y realiza, son «signos» de comprobación y de misericordia; milagros de comprobación de la Verdad y de misericordia con los hombres, a los que había venido a redimir.

La Iglesia, Cuerpo Místico de Jesucristo, depositaria de su doctrina, declara y explica por su Magisterio la Revelación. El Concilio de Trento ha sido el de mayor contenido doctrinal en la historia de la Iglesia. El Espíritu Santo ha actuado con

«señales» de comprobación en la abundancia de santos que emergieron, para atestiguar en favor de la presencia de Jesucristo en la Iglesia.

Santos de triple función: fundadores, reformadores y renovadores de la vida cristiana. Santos «trentinos», que acompañaron y desarrollaron ese «acontecimiento». «Los concilios –decía el Papa Paulo IV– han prodigado decretos plausibles y hermosas disposiciones; pero, nadie, eso es lo triste, ha cuidado de cumplirlos. Nosotros comenzaremos por actuar: Ese es el camino».

Así fue, porque en el siglo XVI surgieron Santos Fundadores: San Cayetano de Thiene (con el mismo Paulo IV, Juan Pedro Caraffa, de los Teatinos), San Antonio María Zacarías (barnabitas), San Felipe de Neri (oratorianos), San Carlos Borromeo (oblato), San Vicente de Paúl, San Juan Leonardi, San Jerónimo Emiliano (Somasca), San José de Calasanz (escolapios), San Francisco Caracciolo (clérigos regulares minoristas), Santa Ángela Merici (ursulinas), Santa Francisca Fremiot de Chantal (salesas), María Ward (damas inglesas), San Camilo de Lelis, San Juan de Dios, San Ignacio de Loyola. Y Santos reformadores: Mateo de Bassi (capuchinos); Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz (carmelitas descalzos); Cardenal Hersius, Santo Tomás de Villanueva, Fr. Bartolomé de los Ángeles, San Francisco de Sales. Y renovadores: San Juan de Ávila, San Pedro de Alcántara, San Francisco de Borja.

De éste dijo San Ignacio que «el mundo no tiene orejas para oír el estampido»¹, mas ese estampido propagaba en sus ondulaciones auditivas la tonalidad «renovadora trentina», fiel en su testimonio de Jesucristo, Hijo de Dios, presente y actuando en su Iglesia. Borja fue un santo «renovador»: de sí mismo, de la vida religiosa y de la Iglesia, que ponía en marcha su reforma tridentina.

Intentaremos mostrarlo, aunque no sea más que con ligeras pinceladas.

I. RENOVADOR DE SÍ MISMO

Nos fijamos en el «Diario autógrafo de San Francisco de Borja»², tan en secreto guardado que ni su secretario y primer biógrafo, P. Dionisio Vázquez, conoció, aunque dice: «Una sola llave tenía (siendo General) y ésta era de su escritorio. La cual nunca fió ni dió a secretario ni a otra persona jamás. Debajo de ella (como si fuera un gran tesoro) guardaba dos géneros de cosas: las cartas y billetes de cosas muy secretas que de honras y consciencias ajenas le llegaban de diversas partes... La otra cosa que guardaba en aquel escritorio eran los instrumentos de su penitencia y mortificaciones»³.

Entre las cartas y billetes estaba el Diario espiritual. Está escrito en estilo y forma breve y rápida; en papel no blanco y limpio, sino en las cubiertas y sobres de

¹ *Monumenta Historica S. I., Epistolae Ignatii*, 1,444.

² *MHSI, Sancti Francisci Borgiae*, 5, 728-887. Con la sigla MB se designa a continuación la MHSI dedicada al Santo.

³ DIONISIO VÁZQUEZ, *Vida de San Francisco de Borja*, 1, III, c. III.

cartas recibidas «en que escribía sus apuntamientos por conservar aquel espíritu tan arraigado en su alma de la perfecta pobreza»⁴.

A tres grupos principales pueden reducirse las fechas cruciales de su vida pasada, consignadas en el diario, y son los jalones de su vida interior: La muerte de la emperatriz Isabel de Portugal, el 1 de mayo de 1539. Las fechas de su entrada en la Compañía de Jesús y de sus votos. Y las de su gran tribulación, de los años 1559 y 1560.

Entreverados hay otros acontecimientos que condicionaron su progresiva renovación espiritual y vivencial.

Tras la muerte de la emperatriz Isabel

El 1 de mayo de 1539 es la fecha que aparece repetida en el diario cada aniversario: «Por la emperatriz que murió tal día como hoy» (es el año 1564); «con la E gozando de lo que el Señor obró en ella y en mí por su muerte» (1565); «los 27 años que se cumplen de la conversión. Ítem los veinte de religión, del júbilo» (1566); «28 de la muerte de la emperatriz (1567). Es notable que diga «de lo que obró en mí» y «de mi conversión» y no haga mención del entierro, ni de la escena de Granada, lo que hace sospechar que la impresión de la muerte acaecida ese día, en el palacio del conde de Fuensalida, en Toledo, fuese el principio de todo el lento e íntimo proceso de desengaños de las personas y cosas, cuyo momento crítico fue el espectáculo del rostro de la emperatriz – «teníale todo gastado, excepto un poco de la nariz»– en la Capilla Real de Granada; y el sermón del Maestro Juan de Ávila, que debió predicar el día 19 – primero de los tres que hizo durante los nueve días que duraron los sufragios en la ciudad de los Cármenes–. ¿Habló con el santo apóstol de Andalucía sobre lo que sucedía en su alma? Así lo afirman Sala Balust y los historiadores clásicos de San Francisco de Borja⁵.

La mutación de Borja no fue radical, sino como resultado de un caminar lento que empezó a recorrerse en abril, en la última enfermedad de la emperatriz y su muerte, continuó mientras acompañaba al cadáver, los cuatro días de Granada (16 al 20 de mayo) y concluyó con el regreso a Toledo. Como dice el P. Dionisio Vázquez, poco a poco, reflexivamente, «determinó dos cosas: Primera, apartarse de la Corte para buscar en su estado de casado la mayor perfección. La segunda era si él en algún tiempo se viese libre del vínculo del matrimonio, más escogería aquel estado de vida en que le pareciese que más perfectamente podría seguir los preceptos y los consejos evangélicos y abrazar la desnudez y la pobreza de la santa Cruz; y después de haberlo pensado y sobre ello hecho mucha oración, en aquel camino hizo a la Divina Majestad voto que si la Marquesa (de Lombay), su mujer, saliese de esta vida antes que él, y él se hallase en tal edad que lo pudiese cumplir, dejaría su estado y se entraría en una religión, donde lo que de la vida le quedase, emplease en aparejarse para acabar con buena muerte»⁶.

⁴ *Ibíd.*, 1, IV, c. XI.

⁵ F. J. RODRÍGUEZ MOLERO, *Dos santos, Ávila y Borja, en Granada*, Manresa 42 (1970) 243-278.

⁶ P. DE RIBADENEIRA, *Vida del P. Francisco de Borja*, cap. 7, en *Historias de la Contrarreforma*, BAC 4, Madrid 1945, 648. Véase también DIONISIO VÁZQUEZ, o. c., cap. XIII.

De la primera determinación dio cuenta al Emperador, nada más llegar a Toledo: le suplicó le diese permiso para retirarse de la Corte para irse a Gandía y visitar a su padre. A lo que respondió Carlos I negándole su deseo y, en cambio, le hizo Virrey de Cataluña dándole el hábito de Santiago y una encomienda, para que gozase en esta región de los privilegios que llevaba consigo. En el gobierno de Cataluña estuvo cuatro años, hasta el 18 de abril de 1543, que salió de Barcelona. Interesa más conocer cual fue su progreso interior en este período de su vida que los hechos históricos de su mandato.

La Orden militar de Santiago prescribía a sus caballeros la obligación de rezar cada día las siete horas canónicas, conforme a los estatutos de su regla. Con la oración vocal, se mandaba la meditación de los siete misterios, que son los pasos de la Pasión de Nuestro Señor. Debía rezarse el Rosario de Nuestra Señora considerando los misterios, al tiempo que se hacían diversas peticiones. Este modo de oración es el que usó Francisco de Borja, y es el que se conserva en cada día del Diario. Por este método de meditación y oración vocal ascendió su alma a la contemplación de las perfecciones divinas.

No fueron pocas las penitencias corporales que hacía, quitándose de la comida, para enflaquecer su cuerpo, que era grueso, y ayunando con frecuencia; llegó a flagelarse con dureza hasta sangrar. Cuenta el P. Cienfuegos que durante su virreinato «resolvióse el Marqués, con mutuo consentimiento y gusto de la Marquesa, a vivir en palacio, sin que el amor conyugal tuviese otro comercio que el que tiene un espíritu noble con otro, al modo que se tratan los ángeles en el cielo. Y poco después, por dirección del Venerable fray Juan de Tejada (franciscano), se ligó uno y otro albedrío con la prisión de un voto donde la pureza tuvo hermoso nido y transformó en religión el matrimonio. Con esto dormía el Marqués solo en sitio retirado y madrugaba, etc.»⁷.

Es digno de considerar que Borja durante toda su vida, incluso siendo Padre General de la Compañía, tuvo especial empeño en consultar la marcha de su vida interior con directores de conciencia, e hizo propósito de obedecer a sus confesores; en el Diario no es difícil encontrar, entre peticiones varias, la resolución de «obedecer a los Asistentes y confesores». En Barcelona, fueron sus directores espirituales dos Padres dominicos: el Maestro Fr. Juan Micó, religioso conocido en el reino de Valencia por su sabiduría y santidad, y Fr. Tomás de Guzmán, P. Provincial de la Orden de Predicadores en Cataluña, que vigilaban su oración, penitencias y frecuencia de sacramentos, en especial, la comunión. No había peligro de desviaciones.

Por la cuaresma del año 1542 arribó a Barcelona el P. Antonio Araoz, de la Compañía de Jesús, ya sacerdote y profeso, que traía consigo la Bula de Paulo III confirmatoria del Instituto. Fue a visitar al Virrey y le dio a leer la bula, por la que supo cuál era el fin y los medios que se proponía la nueva Orden. Dice el abad Pedro Doménech que «estando en Barcelona por Virrey de Cataluña (D. Francisco de Borja) pasaron por allí los PP. Fabro y Araoz, los cuales le visitaron, y él, como a mí me lo dijo, desde entonces se aficionó al P. Fabro, y la Marquesa, su mujer, al P. Araoz». ¿Sembraron la semilla de su vocación con su conversación y la lectura de la bula? Dice el P. Juan A. Polanco, autor con San

⁷ P. CIENFUEGOS, *Vida de San Francisco de Borja*, I, cap. 21.

Ignacio de la redacción de la siguiente Bula, conocida por la de Julio III, que éstas deben tener varias propiedades:

- 1ª Que tengan lo substancial del Instituto, del fin y de los medios que no han de mudar,
- 2ª Que sea el modo de decir general.
- 3ª Que haya claridad.
- 4ª Que sean las Bulas edificativas para los que las leyesen, que conviden a los deseosos de mucho servir a Dios, y despidan a los flacos que no son para tal Instituto.

Ingreso en la Compañía de Jesús

Francisco de Borja había determinado entrar en religión, si su esposa muriera antes que él, y estuvo dudando si profesar en la Orden franciscana. ¿Acaso la semilla que «convida a los deseosos de mucho servir a Dios» no fue determinante de que se manifestara la voluntad divina hacia esta nueva Orden? «Yo me inclinaba –explicó al Emperador en su primera visita a Yuste– a entrar en la religión de San Francisco, así por devoción de mis padres como la mía desde mi niñez, y siempre me agradó la pobreza, humildad y menosprecio del mundo que profesaba esa religión...; temía que si entraba en algunas religiones que son respetadas por su antigüedad, sería tenido en algo... Lo cual no podía temer en la Compañía, por ser religión nueva y la postrera confirmada por la Santa Iglesia, no es conocida, antes es aborrecida y perseguida de muchos, como sabe V. M.»⁸.

La muerte del tercer Duque de Gandía, don Juan de Borja (7 de enero de 1543), orientó la vida de Francisco hacia sus posesiones valencianas. Pidió permiso al emperador para hacerse cargo de su casa. Su salida de Barcelona es motivo de gozo y agradecimiento, que también deja escrito en su Diario los dieciocho de abril. Pero esta promesa de tranquilidad y retiro para su espíritu, quedará truncada por un nuevo desengaño y humillación. Cuando el emperador pasó por Barcelona, camino de Italia, y permitió fuese el nuevo Duque de Gandía a su casa, comunicó a su confidente la próxima boda del príncipe Felipe con la infanta de Portugal, María, hija de su hermana Catalina y de Juan III. Le entregó los títulos de mayordomo mayor, presidente del Consejo de la princesa y de superintendente de su erario, con derecho a sentarse en el Consejo de Estado. La duquesa de Gandía sería la camarera mayor, y las dos hijas, Isabel y Juana, formarían parte de la Corte como damas de honor de doña María. Mientras los duques y sus hijas hacían los preparativos para trasladarse a la Corte, los reyes de Portugal se opusieron a tales nombramientos. Las explicaciones entre ambas cortes dilataron el asunto, en tanto los duques quedaban postergados, doloridos y humillados, sobre todo, la duquesa, que por ser portuguesa sentía más la repulsa de los reyes de su país. El desengaño había clavado sus espinas en el corazón de Borja, como cruz a la que no quería olvidar. Aunque en noviembre de 1544 se allanaron las diferencias y los duques eran llamados a ocupar sus cargos junto a los príncipes, la divina Providencia intervino: doña Leonor de Castro quebrantada por una enfermedad no pudo trasladarse; y cuando ya

⁸ P. DE RIBADENEIRA, o. c., cap. 13, 724.

recobraba las fuerzas, el 8 de julio de 1545, fallecía, en Valladolid, la princesa María a consecuencia de su primer parto⁹.

Nueve meses pasó con vida la Duquesa de Gandía; el 27 de marzo de 1546, asistida por el P. Andrés Oviedo y de su esposo, dejaba de existir, repitiendo en sus últimos momentos los nombres de Jesús y María, abrazada al crucifijo del que nunca se separó.

Hizo Borja los Ejercicios Espirituales con el P. Oviedo: «Y venida la vigilia de la Ascensión (2 de junio de 1546), comunicándome querer hacer su santa determinación, se confesó y comulgó; y después de la Misa dixo que le parecía hacer voto dello. Yo dixé cómo me parecía bien, dejándolo a su devoción, y él entendió que delante de mí, de lo cual yo me quisiera escusar; pero vista su instancia, consentí en ello, y así *hizo en mis manos voto de la Compañía, aviendo expedido sus cosas...*»¹⁰.

Este voto era substancialmente el que hacían los estudiantes jesuitas, con una acomodación a las circunstancias en que se encontraba Francisco. Dos años más tarde hizo la profesión solemne, el 1º de febrero de 1548. En la Universidad de Gandía –su fundación– estudió teología con el doctorado. El 30 de agosto de 1550 salía hacia Roma con un séquito muy reducido, en donde se produciría «el estampido» oficial. A consecuencia del ruido producido, que conmovió al mismo Papa, Julio III, hubo de salir en secreto de la Ciudad Eterna, el 4 de febrero del 51, para ir a esconderse en Oñate, de Guipúzcoa. Se ordenó sacerdote, empleándose en la oración, penitencia y apostolado por los alrededores, en la ermita de Santa María Magdalena, donde vivía humilde y pobremente.

El período comprendido entre 1543 y 1551 puede considerarse crítico en la biografía de San Francisco de Borja. La característica fundamental es un avance continuo en la renovación interior y en el perfeccionamiento de su vida espiritual: la acción de Dios es manifiesta, mientras la voluntad del santo colabora dócil y firmemente con la gracia en seguir la trayectoria que nuestro Señor le señala. Son los años de fluctuación, no de mutación o cambio brusco, para su espíritu, que acostumbrado a la modalidad contemplativa y penitente gira hacia una nueva dirección contemplativa en la acción para, el mayor servicio divino, sin dejar el deseo de más humildad, pobreza y seguimiento de Cristo en la cruz. Estos acontecimientos de su vida son motivos de acción de gracias, que quedan inscritos en el Diario espiritual como memorables beneficios de Dios nuestro Señor a su siervo Francisco.

De nuevo la prudencia de Francisco de Borja impide las posibles desviaciones, abre su alma a San Ignacio y éste con impulso sobrenatural dirige a su nuevo hijo y hermano en Cristo Señor nuestro: «Entendiendo el concierto y modo de proceder en las cosas espirituales, y así corporales, ordenadas al propio provecho espiritual, es verdad que a mí me han dado nueva causa de gozarme mucho en el Señor nuestro; y de ello doy gracias a la eterna majestad, no he podido atribuir a otro que a la su divina bondad, de quien todo procede. Y con esto, sintiendo en el mismo Señor, que para un tiempo tenemos necesidad de unos ejercicios, así espirituales como corporales; para otro diverso, de otros

⁹ MB, I, 587-594.

¹⁰ MB, II, 691: carta del P. A. Oviedo a San Ignacio, 22 de noviembre de 1546.

diversos; y porque los que nos han sido buenos para un tiempo, no nos son tales y “continuamente” para otro; diré en la su divina majestad cuanto a mí se representa en esta parte, pues V. Señoría me manda que diga lo que sintiere.»

Primero, cuanto al tiempo empleado en «ejercicios interiores y exteriores», contesta San Ignacio que lo deje en la mitad, ya que depende el empleo de esos ejercicios del estado en que se halle el espíritu: si con tentaciones, naturales o del enemigo, entonces hay que aumentar las ocupaciones interiores y exteriores; pero, con tacto, según sean las constituciones y temperamentos de las personas, y la variedad de pensamientos o tentaciones; por el contrario, si el espíritu está bien dispuesto y tiene buenos pensamientos con santas inspiraciones, se ha de abrir el alma a ellos, no siendo necesarios tantos procedimientos para rechazar al enemigo. Por consiguiente, es mejor que quitase la mitad de tiempo a su oración y diese más de él al estudio (pues os será necesario en adelante, no sólo el infuso sino más el adquirido), al gobierno de su casa y a las conversaciones espirituales; procurando siempre tener «la propia ánima quieta, pacífica y dispuesta» para cuanto quiera el Señor nuestro hacer en ella.

Segundo, acerca de los «ayunos y abstinencias»: Le dice San Ignacio que «por el Señor nuestro» fortifique su salud, porque puede encontrarse su alma en una de las dos formas: o en disposición de perder la vida antes de cometer una ofensa, por mínima que sea, contra la divina majestad; o se halla tentada. «Yo me persuado que V. Señoría está en la primera. Por tanto, deseo mucho que imprima bien en su ánima que, si ésta como el cuerpo son de su Criador y Señor, de ellos ha de dar cuenta; por ello, no deje debilitarse tanto el cuerpo que el alma no pueda hacer sus operaciones». A mí –añade el Santo– me sucedió otro tanto «y dello me gocé por cierto tiempo, para en adelante yo no podría laudar»; así pues, coma de todo y fortifique su cuerpo, porque a éste tanto hemos de querer, cuanto ayuda al alma; y ella se dispone más al servicio y alabanza de Dios nuestro Señor.

Tercero, «de lastimar su cuerpo por el Señor nuestro», quite todas las penitencias en que «aparezca gota alguna de sangre». Para adelante, sin que haya motivo alguno para usarlas, es mucho mejor dejarlas, y en su lugar busque más al Señor de todos los santísimos dones, como son las «lágrimas» ya por los propios pecados o ajenos, ya en la contemplación de los misterios de Cristo nuestro Señor, o en la consideración y amor de las personas divinas. Porque es conveniente a cualquiera seguir la voluntad de Dios, que sabe lo que nos conviene. De nuestra parte, hemos de procurar hallarla, con la divina gracia, probando métodos diversos para utilizar el que es mejor para cada uno que le conduzca «a la más feliz y bienaventurada en esta vida». Busque también, el aumentar la fe, la esperanza y caridad, «gozo y reposo espiritual», consolación interna, elevación de la mente, impresiones e iluminaciones divinas, con todos los otros gustos y sentimientos espirituales, «con humildad y reverencia a la NUESTRA SANTA MADRE IGLESIA, y a los gobernadores y doctores puestos en ella».

«No quiero decir que hayamos de buscar estos dones para nuestra complacencia y deleitación, sino que como conocemos por experiencia que, sin ellos, los pensamientos, palabras y obras están frías, turbadas y confusas; con ellos, estarán claras, sensatas y calientes para *el mayor servicio divino*.

Por consiguiente, cuando el cuerpo está débil, es mejor que hagamos trabajos moderados; ya que, cuando el alma se encuentra en un cuerpo sano están más dispuestos para el servicio divino.

Acerca de las cosas particulares, espero en el Señor que el Espíritu Santo le guiará como hasta ahora y le gobernará en adelante, a mayor gloria de su Divina Majestad.»¹¹

Francisco de Borja hizo renuncia de sus estados ante el notario Pedro López de Lagarraga, el 11 de mayo de 1551. Se vistió una sotana de tela gruesa y empezó su vida religiosa con la pequeña comunidad de la residencia de Oñate. Dijo su primera Misa «en público» el 15 de noviembre, en la parroquia de San Pedro, en Vergara, ante numerosos fieles de los alrededores. Como el «estampido» se había oído ya en España, de todas partes llegaban eclesiásticos y seculares a verle para comprobar la verdad del acontecimiento. Borja, por su parte, inició su apostolado en los pueblos cercanos, cruzó los límites de Navarra y fue llamado por el obispo de Calahorra. Por su ejemplo entraron en la Compañía, llegados de sitios más lejanos, Bartolomé de Bustamante –secretario del Cardenal Tavera y de Martínez Silíceo–, el abad Pedro Doménech, algunos discípulos del Maestro Ávila y el hijo de los condes de Feria, Antonio de Córdoba.

En esto, recibió una carta de San Ignacio que le decía: «En nombre de Dios os exhorto, Hermano carísimo, y le ordeno que salga de esa provincia, paséis a la Corte de Valladolid y vayáis por diversas partes para que, por servicio de Dios y bien de sus almas, deis satisfacción a aquellas personas que os desean y llaman; juntamente, ayudad y dad calor a esos pequeños principios de fundaciones de colegios de la Compañía»¹². En seguida salió de Guipúzcoa hacia Castilla y hasta 1561 su apostolado sería ya continuo: los reyes, la nobleza, el clero y, en particular con mayor dedicación, el pueblo que atraía por todos los sitios que pasaba, pedían que se detuviera para ver y oír a un duque que había escogido la pobreza voluntaria.

«Predica –dice un informe enviado a Roma– con mucha facilidad y sin mucho estudio, y mueve más con un sermón que los famosos predicadores en muchos, porque la gente se admira de ver un duque pobre y predicador; y en él y por él glorifican a Dios»¹³.

Tres veces estuvo en Tordesillas (1552, 1554 y 1555) a fin de consolar y ayudar a la infeliz reina Juana, cuyo juicio desvariaba con alucinaciones y delirios, a la que su familia real consideraba, además, apartada de las cosas de la fe. En 1554, mayo, el P. Francisco escribía a Felipe II que el proceso de la enfermedad progresaba y cómo había tomado remedios para que en sus momentos de lucidez y tranquilidad pudiera confesar, oír Misa y comulgar; como así lo hizo. Había que vigilarla «y no se debe permitir nada en lo que toca a la salud de su alma»¹⁴. Al año (1555), asistida por el Padre, recobraría su juicio poco antes de

¹¹ *MHSJ, Epistolae Ignatii*, 2, 233-237.

¹² *Ibid.*, 3, 49.

¹³ *MHSJ, Epistolae Mixtae*, 3, 238.

¹⁴ *MB*, 3, 161,7.

agonizar y moriría esta pobre reina consumida por los años y sus extravíos mentales¹⁵.

En el mes de mayo de 1554, y en Tordesillas, el P. Jerónimo Nadal le nombraba Comisario General de España. El año 1564 escribiría en su Diario: «El mismo día 10, que se cumplieron los X años de la + (cruz) que me dieron en Tordesillas». Al nombramiento opuso razones el P. Francisco, pero el Visitador las rechazó: «Fue penoso para el P. Francisco aceptar aquella carga, y esto fue principalmente lo que atestiguó; y pretende que no se le dé cura de almas; al cual respondí que no se podía administrar aquella provincia sin cura de almas». (Carta del P. J. Nadal).

No fue esta cruz la que recordará en todos los aniversarios hasta su muerte, sino la que recibió después y tuvo su inicio el año 1558. El día 29 de mayo de 1565 deja escrito en su Diario: «Ítem se cumplen los siete años de la + que comenzó el año 58». Se refiere a la animadversión del P. Araoz, que empezó entonces, pero que continuó, sin solución de continuidad, con la prohibición de los libros «que el Consejo de la General Inquisición ha hecho, y entre ellos prohibieron las obras del Cristiano, que dice ser compuesto por mí; el cual título jamás le puse yo en mis obras, ni me pasó por pensamiento. Antes he sabido que a lo poco que yo tengo escrito me añadió un librero, por vender su hacienda, once autores, callando el nombre de ellos e intitulándolos todos a mí, en los cuales yo confieso que hay cosas dignas de prohibición» (Carta de Borja al P. Laínez).

Esta era la verdad: Un editor y librero de Alcalá, Juan de Brocar, había puesto a la venta unos opúsculos de diferentes autores de calidad dogmática dudosa, con otros del Duque de Gandía, y que tituló «Obras del duque de Gandía, con otras obras muy devotas». Habían aparecido impresas antes en Baza el año 1550, como reedición de la que en Medina del Campo imprimiera en sus talleres Guillermo Millis. El hecho punible y fácilmente comprobable dio ocasión al Inquisidor Fernando Valdés y a sus amigos para satisfacer sus deseos de venganza contra Borja, prohibiendo la venta y lectura del libro espiritual. La indiferencia con la que Valdés y los otros señores del Consejo toman el asunto no tiene más explicación que la mezquina revancha. La antigua amistad del Padre Francisco con el arzobispo Carranza (que había servido para que la Compañía pudiera establecerse en Toledo, en noviembre de 1558), cuyo proceso había empezado, y la envidia y los celos que había provocado en algunos de su misma Orden, y en el mismo Inquisidor General, el nombramiento de Carranza para la Iglesia Primada, fue la causa principal de la tribulación que pasó el P. Francisco.

Hay otra circunstancia que contribuyó a crearle dificultades: Felipe II quiso tener un informe privado del confidente del emperador sobre las personas aptas que, a su consejo, pudieran ocupar altos cargos en el gobierno, como la presidencia del Consejo Real, el de Indias, de la Chancillería de Valladolid, para el Gobierno de Galicia, e incluso para ocupar las diócesis vacantes¹⁶. Este informe lo mostraría el rey a sus consejeros; por ellos sería conocido de otros nobles, quienes se mostrarían heridos y postergados. Ellos serían después los que irían

¹⁵ *Epistolae Mixtae*, 4, 612 ss.

¹⁶ *MB*, 3, 475-483.

minando la influencia del P. Francisco ante Felipe II, que si en el proceso no intervino directamente –como era su criterio–, dejaría hacer a la Inquisición.

La situación de Borja era humillante y aflictiva. Las reclamaciones jurídicas que hacían los Padres eran recibidas con indiferencia por los inquisidores. En este estado moral pasó los años 59 y 60; primero en Castilla, más tarde en Portugal donde fue recibido con exquisita caridad por el P. Miguel de Torres y la reina Catalina, hasta que el Papa Pío IV, por el breve «Pastoralis Officii», le mandó que fuera a Roma. Con gran decisión, a pesar de sus achaques, cruzó España y llegó a Bayona. Es digno de notar un párrafo de la carta del P. Nadal: «Cuando supe que el P. Francisco se encontraba ya en Bayona... el primer movimiento en mí fue de admiración y no sé que cosa de divino, comenzando a mirar de otro modo lo que le sucedía al P. Francisco. Me pareció que desde entonces era el mismo Dios quien guiaba sus pasos, quedándome en suspenso y como en espera de lo que había de resultar de todos estos trastornos».

¿Cómo reaccionó el P. Francisco? Desde su aparición fue constante su silencio respecto de la cruz que padecía –sólo escribió al P. Laínez dándole cuenta de lo sucedido–; evitó toda defensa; ya en Portugal escribió al rey dándole explicaciones, donde se transluce su queja por la conducta del monarca. Sin embargo, el Diario tiene tres fechas dignas de ponderarlas: el 11 de junio de 1565, ora pro Philippo, Gómez (se refiere al príncipe de Éboli), A (por Araoz) y pro aliis. El día 13. ítem, se rogó y ofreció la vida por los de ayer, id est, Phillippo, Gómez, etc. El 30 de diciembre del 65. «Comenzóse la oración por el rey, Ruigómez, Feria (Gumersindo Suárez de Figueroa, quinto conde y primer Duque de Feria), Araoz, Francisco (?), etc., *porque el Señor los haga santos, etc.*». Esta es la revancha de los objetivamente santos, con magnanimidad y eximia caridad oran por los instrumentos de la cruz, que la voluntad de Dios utiliza para la purificación y perfección de sus escogidos. Esa cruz, tan deseada y pedida, en su constante renovación espiritual sin desviaciones, aunque hubiera podido sospecharse de ellas.

Es evidente que la humildad y la obediencia del P. Francisco a sus confesores y superiores, fueron los vigilantes guías de las oscilaciones que hubieran podido dar motivo a sospechas. Mas su espíritu fue, lenta e íntimamente, uniéndose a Dios por los cauces de su vocación: «La razón de nuestra vida pide que seamos hombres crucificados al mundo y para quienes el mismo mundo está crucificado»¹⁷.

II. RENOVADOR DE LA VIDA RELIGIOSA

El término REFORMA comprende varias significaciones:

- corrección o nuevo arreglo de algo;
- innovación, pretendida o autorizada, en una materia;
- cambio, o nuevo método de vida;
- restablecimiento de la primitiva observancia.

¹⁷ *Constitutionum Societatis Iesu textus latinus, praefatio antiqua* (Patri Petro de Rivadeneira attributa): MHSI 65, CXLIX.

La palabra *renovación* significa la transformación del estado o ser que tiene una cosa a otro más perfecto.

San Francisco de Borja fue renovador auténtico de la Compañía de Jesús y, puede decirse sin temor a caer en la hipérbole, que promovió la auténtica renovación de la vida religiosa. Se afirma, con razón, que San Ignacio fundó la Compañía y puso sólidos cimientos a su fisonomía; pero, quien la comunicó firmeza y la extendió fue San Francisco en los siete años de su generalato. Las estadísticas hechas de los colegios que fundó, de las misiones donde trabajaban los jesuitas y el aumento considerable de miembros que había cuando falleció, son pruebas de su fecundidad.

Pero es lamentable que no haya quedado más que una carta dirigida a toda la Compañía sin contar, claro está, sus escritos espirituales, que fomentan la vida interior, y las numerosas cartas a personas particulares, que han sido recogidas en los cinco tomos de Monumenta Histórica S. J. La escrita a la Compañía lleva la fecha de abril de 1569, en el mismo centro de esos siete años de generalato, expone en él los puntos principales del espíritu ignaciano, pero pone el acento en lo que es más característico de su propia espiritualidad. No puede dudarse que en esa carta muestra el Padre General lo que él mismo vivía; en ella quiso proyectar sus vivencias a la Orden religiosa, para «renovarla» según era el intento del Concilio Tridentino.

Es una carta escrita por su propia mano, ayudado por el secretario, de los tres primeros Padres Generales, P. Juan Alfonso Polanco. Como una síntesis de toda la doctrina pone al final esta metáfora bíblica:

«Mas ahora quiero recordar a todos una cosa, que me parece no menos necesaria que provechosa; y es que, así como esta viña, con la gracia del Señor, está plantada y cultivada, y ha producido ya la flor y los pámpanos, y las uvas cuelgan en racimos, sin embargo, falta aún que dé vino, que es el principal intento de la viña. Y para esto es preciso que la uva sea pisada; que sin esto no puede darse el vino. De la misma manera, eso nos falta, carísimos Padres y hermanos, que gustemos de ser pisados, abatidos y menospreciados, para que podamos dar aquel vino de la consolación y gozo deseado, ... porque si esta honrilla vana y propia estimación no se pisa, vendremos a ser pisados por nuestros enemigos, dejando de ser verdaderos discípulos de Cristo nuestro Señor.»

Dos partes tiene el contenido: la primera de matiz negativo, o mejor, preventivo; la segunda, es positiva. Toda ella, es renovadora.

El riesgo de grietas posibles

Primera parte: Desde el principio hace notar cuáles son las grietas de la Compañía, a las que se debe cuidar, «porque si agora no es tan grande la necesidad, *puede venir tiempo en que sea necesario recordar*» («Quod meminisse juvabit», Virgilio, Eneida, I, 203).

- 1ª Es el descuido de no guardar el espíritu de las Constituciones en el recibir los sujetos. Porque si en esto hay poco cuidado, por aquí declinará la Compañía: como si se tiene aprecio de su cultura o de sus cualidades

naturales, sin observar cuál es su vocación y su espíritu, con el tiempo encontrará la Compañía que tiene sujetos de mucha preparación, pero sin espíritu, con lo que vendrá la ambición y la soberbia. De la misma forma, si se admiten sujetos de familia noble y de posición social y económica, luego la Compañía tendrá mucho dinero, pero faltará la virtud. Por tanto, téngase este primer aviso, porque la experiencia nos ha probado esta realidad.

- 2^a Es que hay que ayudar a esas vocaciones «poniendo las plantas debajo la tierra por la humildad y ejercitándolas en los ministerios propios de las casas de probación, porque del buen novicio sale el buen escolar, y del buen escolar el buen profeso». Pues en tiempo de probación, el que empieza ha de proveerse de virtudes de caridad, obediencia, humildad y paciencia, con deseos de menosprecios y de seguir a Jesucristo crucificado hasta la muerte por la gloria de Dios y salvación de las almas. Ya que, de la mucha ciencia, sin sencillez religiosa, nacen la propia estima y juicio propio, la diversidad de opiniones y, lo que es peor, la división entre los miembros de la misma casa.
- 3^a «Ruego muy encarecidamente *in Domino* que todos los que leen las Constituciones, no se contenten sólo con leerlas, ni entenderlas, ni admirarse del espíritu y orden que hay en ellas, sino que se precien, cada uno a su manera, en cumplirlas; porque de esta manera aumentará el fruto espiritual que en la Compañía se desea».

Que la Compañía sea lo que ha sido

Segunda parte: Dice aquello que es más necesario para la «renovación» efectiva; no sólo para cada uno —como miembro de la Orden—, sino para que, por los miembros renovados, la Compañía sea lo que ha sido.

- a) «Es lo que dice la parte décima de las Constituciones: ‘que los medios que juntan el instrumento con Dios, y le disponen para que se rija bien de su divina mano, son más eficaces que los que disponen para con los hombres; como son los medios de bondad, virtud, y especialmente la caridad, pura intención del divino servicio y familiaridad con Dios N.S., en ejercicios espirituales, de devoción y el celo sincero de las almas para la gloria del que las crio y redimió, sin ningún otro interés.»
- b) «Porque de lo contrario, si se observa atentamente pueden nacer y desarrollarse las disensiones, división y relajación de las órdenes religiosas. Cuando el alma está fría en la meditación y ejercicios espirituales, el espíritu se seca; por no ejercitarse en la contemplación e imitación de Cristo crucificado, viene no sólo la tibieza en el padecer, mas aún las impaciencias; y de no tratar más en la oración del propio conocimiento y de su miseria, surge la propia estima y el menosprecio del prójimo. ¡Qué gran remedio es para nuestros trabajos la cruz de Cristo! Porque si vienen consolaciones, por ella nos vienen. Si nuestros apetitos y pasiones viven y laten en nosotros, es porque no tenemos nuestra vida en la Cruz. Si vienen sufrimientos, en ella se vuelven suaves.»
- c) «Me pareció ‘despertar’ a mis carísimos Padres y hermanos en Cristo con el recuerdo: *Habéis muerto y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios* (Col 3, 3). Acordémonos que estamos muertos por los votos que

tenemos hechos y que la vida ya no es nuestra, sino de Aquel que la dio por darnosla, justo es que la tengamos escondida en Él; porque si nosotros la guardamos, a mal recaudo estará. La señal de ser uno muerto, es no ver, no responder, no sentir, no quejarse. De aquí se infiere que, cuando un religioso tiene ojos para juzgar lo que hacen los otros, tiene respuestas u lo que ordena la obediencia, y muestra sentimiento cuando le dicen sus faltas, ese tal no es muerto, antes vive en sus pasiones olvidado que en el Examen y entrada en la Compañía fue avisado y preguntado si tenía por bien ser corregido, y sus defectos conocidos para ser mejor enmendados. He querido advertir esto, porque entiendo que al principio de la fundación de la Compañía se procedía con mayor simplicidad y puridad; no sólo no daba ocasión de amargura la corrección, sino engendraba un amor entrañable con agradecimiento.»

- d) «Está muy encomendada la 'circuncisión del corazón espiritual', so pena de no ser discípulo de Cristo el que dejare de negar su propia voluntad y llevar su cruz en seguimiento del Redentor. El descuido en esto será de tan gran daño en nuestra Compañía, como dejar de podar las viñas a su tiempo. Cuando comienzan algunos a buscar desordenadamente sus comodidades, se puede temer que, olvidándose de la mortificación, en lugar de hacer la viña de la Compañía uvas, haga sarmientos; los cuales después de secos no son buenos sino para echarlos al fuego.»
- e) «De no circuncidar este 'amor propio' viene otro inconveniente... y es que del corazón inmortificado sale una niebla oscura que impide y quita la 'presencia del Señor en nuestra alma'. Y cuánto me acuerdo de los dones que tenía nuestro Padre Ignacio de santa memoria, y otros Padres de la primitiva Compañía, en la presencia del Señor, y en hacer sus operaciones y determinaciones como si estuvieren presentes en el acatamiento divino. Deseo que no se pierda por nuestra culpa ese don y gracia que el Señor nos empezó a comunicar. No se maraville, pues, el que se descuidare de ejercitarse en esta presencia del Señor, si le falta la alegría y reposo de la carne, porque este don no se da a los que le tienen en poco, sino a los que trabajan mucho.»
- f) «En lo que afecta a la 'obediencia', que es el objetivo y distintivo de la Compañía, aunque habría algunas cosas que notar, habiendo escrito nuestro P. Ignacio una carta tan provechosa y admirable, a ella me remito, diciendo: *Haz eso y vivirás* (Lc 10, 28); y espero en el Señor que si hacemos lo que en ella se contiene, seremos verdaderos hijos de obediencia.»
- g) «Tratando de la 'santa pobreza', se debe mucho mirar de no derrumbar este baluarte, que es nuestra defensa, advirtiendo mucho que, so color de buen celo en fundar nuevos colegios o en ayudar a las casas, no entre demasiada solicitud o afecto, y la codicia de bienes temporales que es el veneno de las religiones, que se descuidaron de cerrar la puerta a estos miserables afectos... He querido manifestar esto para enseñar que no se negocia bien con las apetencias desordenadas, porque se pierde más con ellas que se gana. Por el contrario, utilizando los medios con discreción y moderación en 'silencio y esperanza' se gana mucho más y el prójimo se edifica; siendo verdaderos pobres, el Señor nos ayudará y favorecerá, porque *a Tu cuidado está el pobre; Tú ampararás al huérfano* (Sal 10, 14). En conclusión a todo lo dicho, y para resumir en una sola cosa lo que

deseo decir, es que ruego y pido encarecidamente a todos, que nos acordemos de aquel dicho del apóstol: *Videte, fratres, vocationem vestram* (Cor 1, 26)»¹⁸

La letra y la mente del Concilio de Trento

En su mandato se abrieron, en cada provincia jesuítica, las casas-noviciado, los colegios-seminarios ubicados en los llamados Colegios Menores de las Universidades. Estos tenían, como centro principal, un Colegio Mayor y dependiendo de él, incluso con el mismo presupuesto económico, otros Colegios Menores. Pero, otras instituciones, especialmente religiosas, fundaron sus Colegios Menores que funcionaban autónomamente. La Compañía de Jesús tenía en España varios de estos Colegios-seminarios, donde estudiaban los jóvenes jesuitas. En el año 1566 empezaron a funcionar, también en cada provincia, las Casas Profesas. La de Toledo fue inaugurada solemnemente en julio de 1566; al mismo tiempo se abrieron las de Valladolid, Valencia y Sevilla, correspondiendo a las provincias de Castilla, Aragón y Andalucía, respectivamente.

La Congregación General segunda dejó a la determinación del P. General la cuestión de la oración obligatoria: Ordenó que todos los de la Compañía, sin contar los dos cuartos de hora dedicados al examen de conciencia, hicieran una hora entera de oración. Costumbre que confirmó la cuarta Congregación General, en 1581.

El Concilio de Trento había terminado en diciembre de 1563, dejaba sus decretos de teología dogmática, no exhaustiva, pero sí de buenas proporciones, con dos vertientes: negativa, que refutaba errores dogmáticos, morales o espirituales; positiva, que desarrolla la doctrina católica. Además, resalta en las sesiones del Concilio la voluntad de «reformas eclesiásticas». En ellas se patentiza una tendencia a mejorar espiritualmente las clases rectoras –alto y bajo clero– y los institutos religiosos. Los decretos disciplinares, en su aspecto espiritual, proponen brevemente las condiciones morales y virtuosas que deben tener los seminaristas, clérigos, párrocos, canónigos, obispos y cardenales; como las monjas y religiosos. Y con mayor amplitud, propone los requisitos necesarios para defender profesionalmente a esas personas.

En todas sus reglas se advierte la preocupación por la «selección de sujetos aptos» y el esmero en promover su formación en seminarios y noviciados. El párroco y, en especial, el obispo son objeto de una detallada legislación canónica, por estar más en contacto con el pueblo. La reforma tridentina venía de arriba abajo. Los llamados, por estado u oficio, a un mayor ejemplo de perfección deberían comenzar por reformarse a si mismos. Por el mismo motivo de pública edificación se implanta la reforma de monasterios de hombres y mujeres, conforme a los estatutos de cada corporación.

Ahora bien, ¿no es la renovación, propuesta por San Francisco de Borja a los de la Compañía de Jesús, de trayectoria recta y firme conforme en todo a la mente

¹⁸ MB, 5, 71-87.

y letra del Concilio de Trento? El tercer P. General debe incluirse, por su espíritu y su gobierno, entre los santos renovadores de la vida religiosa.

III. RENOVADOR DE LA IGLESIA CON FIDELIDAD A TRENTO

Sería una aseveración arbitraria decir que San Francisco de Borja fue el renovador de la Iglesia, en los años que gobernó su Orden. Pero sí puede afirmarse, sin temor a exagerar, que colaboró en la reforma de la Iglesia, promovida por el Concilio de Trento, y llevada a la práctica por otro santo «trentino», el Papa Pío V, hasta la inmolación de su vida.

El Renacimiento había dejado los sedimentos de muchos males en la Iglesia Católica: desprestigio del Pontificado, decaimiento de la fe; provisión de cargos eclesiásticos en personas ineptas, aunque fuesen reales o pertenecientes a la alta nobleza, carentes de vocación y que prescindían de sus deberes; la falta de cultura en el clero y la relajación de sus costumbres; la vida religiosa de los monasterios en disolución; las teorías acerca de la superioridad del Concilio sobre el Papa; cierto antagonismo nacional hacia Roma y las exacciones de la curia pontificia, que con los derechos de consagración, dispensas, apelaciones, diezmos e indulgencias se habían hecho populares en Centroeuropa.

San Ignacio de Loyola, inspirado por el Espíritu Santo, conoció estos males de la Iglesia, y para remediarlos escribió en sus Ejercicios Espirituales ese documento, que todavía tiene vigencia, titulado «Reglas para el sentido verdadero que en la Iglesia militante debemos tener»; y que empieza diciendo: «Depuesto todo juicio debemos tener ánimo aparejado y pronto para *obedecer en todo* a la vera esposa de Cristo, que es la Santa Madre Iglesia Hierarchica» (regla 1ª). Y en la regla 13ª explica: «Debemos tener siempre, para en todo acertar, que lo blanco que yo veo, creer que es negro si la Iglesia hierarchica así lo determina; creyendo que entre Cristo N. S., su Esposo, y la Iglesia, su Esposa, es el mismo Espíritu que nos gobierna y rige, para la salud de nuestras almas, porque por el mismo Espíritu y Señor nuestro, que dio los diez mandamientos, es regida y gobernada nuestra santa madre Iglesia».

El mismo Espíritu condujo a los primeros Padres de la Compañía a quedarse en Roma y hacer voto especial de obediencia al Papa. El 13 de diciembre de 1545, el Cardenal Juan María del Monte, Obispo de Palestrina, en nombre del Papa Paulo III inauguró el Concilio de Trento con estas palabras, dirigidas a los Padres reunidos: «Tenéis a bien decretar y declarar a honra y gloria de la santa e individua Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, para aumento y exaltación de la fe y religión cristiana, extirpación de las herejías, paz y concordia de la Iglesia, reforma del clero y pueblo cristiano, y humillación y total ruina de los enemigos del nombre de Cristo, que el sagrado y general Concilio de Trento principie y quede principiado». Respondieron todos los reunidos: Así lo queremos. Entre los allí convocados estaban tres de los diez primeros sacerdotes que habían fundado la Compañía de Jesús. El Papa había designado, para que fueran sus teólogos, a los PP. Laínez, Salmerón y Fabro (éste falleció a poco de llegar de España, en 1546). Como procurador del Cardenal Obispo de Augusta estaba el P. Claudio Jayo. Estaba también presente el P. Pedro Canisio, teólogo del obispo

Príncipe de Augusta, aunque no fue de los diez primeros, pero sí abrazó la vocación a la Compañía poco después de su fundación.

Del Concilio de Trento nació la reforma de la Iglesia, con un vigor tal que pasaron tres siglos hasta el Vaticano I, mas la puesta en práctica de sus sabios decretos fue hecha por la galaxia de santos que giraron alrededor del santo Pontífice Pío V. Puede contarse entre ellos, con luz propia de renovador, a san Francisco de Borja que siguió las reglas ignacianas para «sentir con la Iglesia» hasta los mayores sacrificios, que pueden presentarse, para un religioso y un superior mayor de una Orden.

San Pío V puso todo su esfuerzo para que los decretos del Concilio fueran promulgados en los países más cultos e introducidos en las costumbres. En 1566 apareció el «Catecismo Romano» conforme al deseo expresado por los Padres de Trento. El Papa procuró que fuese traducido a todos los idiomas del mundo. Para ello llamó a colaborar en la versión del mismo, y en la corrección del texto bíblico de los Setenta, a los PP. Pedro Parra y Manuel Súa, de la Compañía. En el año 1568 pidió seis jesuitas para que predicasen en San Pedro durante la Cuaresma y ordenó al P. General que le diese un predicador para que en adelante hablase a su persona, familia y a los cardenales y cortesanos que estuviesen en el Sacro Palacio. No pudo eludir la responsabilidad. Por más que insistió ante el Sumo Pontífice, tuvo que nombrar al P. Benito Palmio, italiano, para el primer año; al siguiente, predicó el P. Alfonso Salmerón, sucediéndole el P. Dr. Francisco de Toledo, quien continuó el tiempo que vivió San Pío V y los otros Papas que le siguieron hasta 1591.

La Bula «In omnibus rebus» confiaba la dirección de la Penitenciaría de San Pedro a la Compañía, como la de Santa María la Mayor a los dominicos y la de San Juan de Letrán a los franciscanos reformados. Este nombramiento era difícil aceptarlo y así lo representó el P. General al Papa, con humildad y resignación, alegando el agravio que se hacía a los que tenían que cesar en sus cargos de la Penitenciaría después de muchos años en el servicio de ellos; el sentimiento que tendrían otras órdenes religiosas más antiguas y con méritos para ellos, y la dificultad que tendría la Compañía en proveer bien la institución.

Mas tuvo que aceptar la carga, aunque honrosa, llena de exigencias. Llamó para ocuparla a teólogos y canonistas de todas las naciones de Europa y provincias jesuíticas.

Impuso también el Papa a la Compañía la obligación del rezo en el coro, corrigiendo en este punto las Constituciones ignacianas, aduciendo el Papa que como en las antiguas órdenes religiosas se hacía y lo prescribía el Concilio para todas, la Compañía no podía ser excepción. El santo Pontífice no acababa de comprender la originalidad de la nueva Orden. También mandó que ninguno se ordenase de sacerdote antes de hacer la profesión solemne. Grandes trastornos ocasionaban estas decisiones, pero el Papa creyendo hacer un favor a la Compañía persistió en lo mandado, a pesar de las legítimas súplicas del P. General. Muy dolorido éste, obedeció con humildad «creyendo que es negro lo que objetivamente es blanco, si la Iglesia hierárchica así lo determina»: durante cuatro años se cantó el oficio divino en el coro y se concedió la profesión de tres votos a los que iban a recibir el presbiterado, admitiéndoles después a la de cuatro si cumplían las condiciones requeridas por las Constituciones. Gregorio

XIII, el sucesor, repuso a la Compañía en su estado primitivo a instancias del P. Jerónimo Nadal, que desempeñaba entonces el cargo de Vicario General.

Para vigilar el cumplimiento de las disposiciones dictadas por el Concilio, envió Pío V a todas partes Visitadores Apostólicos, entre ellos fueron varios jesuitas a algunas diócesis de los Estados Pontificios; otros, de consejeros a la Dieta de Augsburgo; y a San Pedro Canisio le animó en su defensa de la fe en Alemania. Por la bula «Expone nobis» (24-III-1567) facilitó el trabajo de los misioneros, fomentó las misiones extranjeras y ayudó a la Compañía en las de América, Asia y Etiopía.

No satisfecho con realizar la reforma de la curia romana, de las órdenes religiosas y del clero, según la mente del Concilio, planeó en colaboración de San Carlos Borromeo aniquilar el poderío de los turcos, aliándose con Venecia y España. Con estos planes envió, en 1571, dos legaciones a los príncipes cristianos: una, al Emperador Maximiliano y al rey de Polonia, Segismundo; otra, a España, Portugal y Francia. Con la primera fue consejero el P. Francisco de Toledo; con la segunda envió al mismo P. General, anciano y enfermizo, pero dispuesto a servir a la Iglesia, en su «renovación», aun con peligro de su vida. El legado era Miguel Bonelli, Cardenal Alejandrino y sobrino del Papa (llamado Alejandrino, como lo había sido Pío V cuando era Cardenal, porque los dos procedían del campo alejandrino en el Milanésado). El legado llevaba el encargo de ultimar la Liga contra el turco y arreglar con Felipe II los conflictos que existían entre la potestad eclesiástica y la civil. Algo más de un año duró la legación. El 8 de septiembre de 1572 llegaba de nuevo a Roma el P. Francisco. Habló con el P. Nadal, a quien había dejado como Vicario en su ausencia y en la noche del 30 al 1 de octubre entregaba su alma a Dios. Cinco meses antes había fallecido el santo Pontífice Pío V.

Cuando en su agonía, fue el P. Luis de Mendoza a Tívoli, donde se hallaba el Papa Gregorio XIII, para pedirle su bendición apostólica y la indulgencia plenaria, éste mostró tanto sentimiento de la próxima muerte del P. Francisco que manifestó: «perdía con él la Iglesia Católica un *fiel siervo y firme columna*».

Así fue la renovación de San Francisco de Borja en la Iglesia, con fidelidad al Concilio de Trento y heroica obediencia, sin desviaciones, a la voluntad del Vicario de Cristo. A su muerte había extendido la Compañía de Jesús, y con ella la fe católica, por Francia, Alemania, Polonia y en América. En los siete años de su generalato, 14 jesuitas dieron su vida por la fe en tierra de misión y 36 murieron por caridad en servicio de los apestados. Quedaban –según un catálogo de 1773– en la Compañía 3.905 jesuitas, de los cuales 1.127 eran sacerdotes.¹⁹

¹⁹ M. ARAGONÉS VIRGILI, *Historia del Pontificado*, vol. II, Barcelona 1945. R. GARCÍA VILLOSLADA, *Manual de Historia de la Compañía de Jesús*, Madrid 1941.

CONCLUSIÓN

La reflexión hecha sobre la figura de San Francisco de Borja, que por otra parte se impone por sí misma a todo el que medita sobre su vida y su obra, me invita a ofrecer, a modo de conclusión, los siguientes pensamientos.

Hace siete años que terminó el Concilio Vaticano II, y a estas alturas nadie puede dudar de que la Iglesia necesitaba una reforma profunda. Bienvenida sea esta reforma, el reconocimiento de la misma y la generosidad con que ha sido emprendida. Pero la historia nos demuestra que, en estos grandes momentos de crisis y cambios, que suelen producirse cada cierto tiempo, los verdaderos profetas que abren caminos son los héroes de la fidelidad profunda, los que vueltos hacia sí mismos y hacia Dios supieron extraer la fuerza oculta que late en las entrañas de la misma Iglesia para proyectarla hacia el mundo según las exigencias de la época. Esos son los verdaderos artífices de la renovación. Junto a ellos, e incluso estorbándoles la audiencia que merecen, aparecen siempre los enjambres de pseudo-profetas que prefieren el grito a la palabra mansa, el gesto novedoso al esfuerzo serio y constante, la pirueta acrobática en las ideas y en la vida del espíritu al lógico encadenamiento de lo antiguo y lo nuevo (*nova et vetera*).

Borja fue de los primeros, de los que de verdad se vuelven a sí mismos y a Dios, y después actúan. En el campo de la cultura contemporánea; en la función y desarrollo de colegios y universidades; en las sugerencias eficaces para que se fundaran determinadas Congregaciones romanas; en el noble aprovechamiento y destino de las riquezas del mundo, las del dinero y las de la amistad con los reyes y los nobles de la época; en su preocupación social por las clases más necesitadas; en su universalismo misionero hacia América y hacia cualquier otro lugar del mundo entonces conocido; en su estilo de gobierno, mezcla de autoridad firme y de bondadosa paternidad reconocida por unos y por otros; en su espléndida obediencia al Romano Pontífice ofreciéndole servicios siempre eficaces, Borja aseguró los caminos de la renovación sin desviaciones. Los resultados los ha recogido la historia con honor y con respeto.

Necesitamos del ejemplo de estos hombres. Cada uno de ellos vale más que cien batallones de reformadores que hablan y hablan sobre todo lo divino y lo humano.

Dos notas, quisiera añadir para terminar. Una, el españolismo de Borja. Lo mantuvo siempre, sin obstáculo ni merma alguna de su entrega a los horizontes más universales de la Iglesia una y católica. ¡Cuánto y qué delicado respeto para con las personas e instituciones de su patria! Él no incurrió en un vicio en que tampoco suelen incurrir los franceses, los italianos, los austríacos, etc., los cuales hablan con gran gozo de su patria y de los servicios que a la Iglesia ha prestado. Sólo entre nosotros, o al menos con más abundancia que en otras partes, surgen ahora –ahora cuando tan necesario es recordarlo incluso como exigencia de cultura– las reticencias o los desprecios. Esto no es justo. Hay que hablar de la España católica con humildad, y dispuestos a reconocer nuestros defectos, pero sin recurrir a esas frasecitas del «nacional catolicismo», etc., empleadas tantas veces con ironía y aun con crueldad.

Y otra. Su madurez humana. A Borja le venía esta gran cualidad de su condición seglar y de las grandes y ricas experiencias logradas en su vida. ¿No será ésta, aparte su fidelidad a la gracia, una de las más profundas raíces de su equilibrio? Hoy, en nuestros afanes de renovación, hay mucho infantilismo, mucha inmadurez. Damos a veces la impresión de que somos como chiquillos de un colegio a quienes han dado vacaciones y en los patios de recreo nos dedicamos apresuradamente a cambiarlo todo con procedimientos tales que, de seguir así, podríamos quedarnos sin patio, sin recreo y sin colegio.

Afortunadamente, como no podía menos de suceder, las aguas vuelven ya a su cauce y cada vez vamos comprendiendo mejor que necesitamos, sí, mucha renovación, pero que ésta se logra con santidad interior, no con falsas teologías; con estudio serio y profundo, no con frases repetidas; con servicio a los hombres en todas sus dimensiones; con afán pastoral muy vivo y con fidelidad sincera al Magisterio de la Iglesia.

SAN RAMÓN DE PENYAFORT, TEÓLOGO Y MORALISTA PARA SU TIEMPO Y EL NUESTRO

Discurso pronunciado en la sesión de apertura del curso académico 1975-1976, en el Instituto de España, Madrid. La *Summa Poenitentiae* se cita según la edición de Verona, Typ. Seminarii, 1746, in folio, pp. LVIII-576. La forma usada para las citas es según el libro (en caracteres romanos) seguido del título y párrafo (en cifras arábigas) y con página en la edición mencionada.

En la noche del 6 al 7 de enero de 1275, en una humilde celda del convento de Santa Catalina, de Barcelona, entrega su alma a Dios Fray Ramón de Penyafort, de la Orden de Predicadores.

Una ingente muchedumbre de ciudadanos barceloneses tomó parte en sus solemnes exequias. Estaban presentes los obispos de Barcelona, Huesca y Cuenca, acompañados de muchos sacerdotes y religiosos. Asistieron a las mismas Jaime I, el Conquistador, y su yerno, Alfonso X, el Sabio, con su esposa Violante, cuatro príncipes y muchos nobles de las cortes de Cataluña y Castilla¹.

Al conmemorar en el presente año el VII centenario de la muerte del Santo, podemos preguntarnos: ¿Qué relación unía al austero y amable dominico con aquel pueblo creyente, en todos sus niveles y estamentos sociales? ¿Su nacimiento en la noble y laboriosa tierra catalana? ¿Su ciencia? ¿Su santidad? Sin duda. Mas la razón fundamental es que Ramón de Penyafort había sido la síntesis armoniosa y evolutiva del religioso medieval, inserto en la vida e historia de la Iglesia y de la ciudad. Fray Ramón había sido «de una pieza, teólogo y jurista, apóstol y místico, escritor y predicador, y penitenciario, apologista y diplomático, hombre de celda y gran organizador de las fuerzas espirituales de su tiempo»². En pocas palabras, había sido un auténtico fraile de la Orden de Predicadores.

Ello explica

- a. su culto a la verdad en la religiosa dedicación a la ciencia teológico-jurídica,
- b. el ejercicio de su ministerio sacerdotal como moralista y «*medicus animarum*», y
- c. el impulso misionero de su actividad apostólica.

Ramón de Penyafort es personaje señero de la evolución suave y firme de la cristiandad del feudo a la cristiandad del municipio, de la cruzada a las misiones.

¹ Cf. CLEMENTE VIII, Bula «Romana Catholica Ecclesia» (29 de abril de 1601), núm. 34-35, en *Summa*: XXXVIII-IX; F. VALLS TABERNER, *San Ramón de Penyafort*, Barcelona, 1936, 165-166.

² I. GOMÀ I TOMAS, *Sant Ramón de Penyafort, representatiu del seny jurídic cristià*, Barcelona, 1923, 25.

I

CULTO A LA VERDAD

Amar la verdad no es sólo conocerla, es también profundizar en ella, predicarla, hacerla vida en el quehacer cotidiano y defenderla. La Orden dominicana ha sido condecorada por los Papas como la *Orden de la verdad*³. Con este fin la fundó Santo Domingo de Guzmán.

El genial Fundador de la Orden de los frailes predicadores es el apostólico innovador que abre la clausura monástica para infundir la piedad en el pueblo cristiano, la ciencia de la biblioteca conventual para expandirse al aire libre de la controversia desde la cátedra universitaria y en la predicación a gentes sencillas. Su ideal era universalizar los principios fundamentales de la verdad y moral cristianas «preparando las grandes unidades políticas, que no pueden fundamentarse más que en la unidad de pensamiento y de regla de vida»⁴.

En efecto, las órdenes mendicantes, franciscanos o dominicos, no establecen sus casas en lugares de labranza o en riscos solitarios, sino en las ciudades. Abandonan incluso la apariencia feudal y entran en el engranaje del municipio. Abandonan la estabilidad monástica para convertirse en itinerantes, con la alegría de la pobreza, que es confianza en la Providencia. La cercanía del pueblo les capacita para comprender mejor las situaciones reales de la vida.

Los dominicos, más concretamente, se ponen en contacto voluntario con las masas estudiantiles. Son conocedores inmediatos de las corrientes del pensamiento griego, árabe y judío y de los progresos de la ciencia en los diversos campos. Beneficiarios de las donaciones de los mercaderes, no ignoran las preocupaciones morales derivadas de su deambular traficante de ciudad en ciudad.

Al propio tiempo, su forma de régimen electivo, su cambio del «abad» permanente por el simple «prior» temporal no dejarán de influir en las formas de gobierno de las instituciones de carácter gremial y ciudadano⁵.

El arte románico monacal cede su puesto en los conventos dominicanos al arte ojival –gótico–, ciertamente muy simple, mas en consonancia con las nuevas formas del arte ciudadano.

Ramón de Penyafort, que seguramente conoció en Bolonia a Santo Domingo, se sintió identificado con su ideal por vocación y temperamento. Amaba la justicia, que es culto a la verdad plasmada en el quehacer cotidiano de las relaciones humanas.

Después de diez años de permanencia en Bolonia (1211-1220), en cuya universidad había destacado como estudiante y maestro en Derecho Canónico⁶, a instancia de su Obispo, Berenguer de Palou, regresó a Barcelona. Unos años

³ Cf. JOSEP TORRAS I BAGES, *La tradició catalana*, Barcelona, 1925, 196.

⁴ I. GOMÀ, *o.c.*, 24.

⁵ Cf. MARIE-DOMINIQUE CHENU, *St. Thomas d'Aquin et la théologie*, Paris, 1970. Es interesante a este respecto el capítulo primero.

⁶ Cf. VALLS TABERNER, *o.c.*, 13-14.

después, en 1223⁷, con el bagaje de su formación teológico-jurídica, vestía el hábito de la Orden de Predicadores en el convento de Santa Catalina.

Desde su celda desplegó una actividad portentosa: confesor, consejero, escritor, predicador. Su acción, centrada en la ciudad de Barcelona, obtuvo resonancia fuera de los muros de la ciudad.

Acompañando al legado pontificio Juan Hulgrin d'Abbeville, Cardenal Obispo de Sabina, visitó en 1228 Valladolid, Zamora, Palencia, León, Santiago de Compostela, Salamanca, Braga, Lisboa, Sigüenza, además de varias poblaciones de Navarra, Aragón y Cataluña. El 20 de marzo de 1229 se hallaba en Zaragoza, de donde pasó a Lérida para asistir al concilio provincial de la Tarraconense. En este extenso viaje actuó de consejero y penitenciario del Cardenal, predicó y colaboró en las constituciones sinodales de Valladolid y Lérida para aplicar los decretos del IV Concilio de Letrán⁸.

De nuevo en Barcelona, fray Ramón recibió en diciembre de 1229 el encargo papal de una predicación de cruzada en el Mediodía de Francia en pro de la expedición a Mallorca de Jaime I⁹. Su campo de acción apostólica se ampliaba así en el momento de madurez de su vida y cuando aún gozaba de buena salud. Era, como los demás hermanos predicadores, un fraile «itinerante» en el culto de la verdad.

Iniciado el año 1230, el papa Gregorio IX le llamó a Roma para constituirlo capellán y penitenciario papal.

Ya en Roma, el Papa le encargó la recopilación de las Decretales. Labor que el Santo realizó como un servicio de amor a la verdad y como defensa del Papado frente a la prepotencia del Imperio.

No me corresponde a mí y en esta ocasión hacer el elogio de la labor jurídica de Ramón de Penyafort. Sólo deseo destacar el valor teológico de su obra. Pues no fue un simple compilador. «Hizo más que Graciano y los compiladores que le precedieron –escribe el cardenal Gomá–. Fue un verdadero organizador del Derecho eclesiástico y definidor de los límites del civil, en orden a la Iglesia. Hizo obra integral. Impregnó las Decretales de su pensamiento teológico, de su sentido de canonista y de espíritu de justicia»¹⁰.

Las Decretales de Gregorio IX, obra de Penyafort, representaban, en el enfrentamiento del Papado con el Imperio de los Hohenstaufen, la apología de la sobrenaturalidad y supremacía de la Iglesia. El Código canónico era la respuesta de la Iglesia al Código Siciliano de Federico II, que San Ramón nombra como «Constitutio Nova»¹¹. Quizá sean aplicables a este código las frases del canonista: «Qui condunt leges iniquas, vel statuta contra legem Dei,

⁷ *Ibid.*, 16-17.

⁸ Cf. *Ibid.*, 29-30.

⁹ Cf. *Ibid.*, 37.

¹⁰ I. GOMÁ, o.c. 22.

¹¹ AMADEUS TEETAERT, *La doctrine pénitentielle de saint Raymond de Penyafort, o.c.*, en «Analecta Sacra Tarraconensia» 4 (1928) 138-139; cf. *Summa*, II, 5, 9, 167-168.

et contra libertatem ecclesiasticam... ipso iure non valent leges suae, quia nulla lex potest valere contra Deum»¹².

Para que el elemento teológico y moral se sobreponga al meramente legal se requiere el equilibrio interior del culto religioso a la verdad, que es Dios. Los santos son justos y, por lo mismo, es admirable en ellos la armonía de su vivencia sobrenatural en lo humano. Saben coronar la justicia, no sólo en la equidad, sino también con mirada teológica de caridad. San Ramón de Penyafort era el hombre de equilibrio, de facultades naturales y dones sobrenaturales. Poseía aquellas cualidades humanas y religiosas que son necesarias para poder ser en la sociedad un factor de ponderación y justicia. Era santo, que es la expresión sintética de equilibrio armonioso de lo humano y lo divino. «Raro ingenio et mira prudentia donatus»¹³, no podía menos de ponderar el derecho y la ley desde una perspectiva teológica.

A mediados de 1236 regresó a Barcelona con precaria salud. Allí permaneció el resto de su vida, si se exceptúa el período de su cargo de Maestro general de la Orden de Predicadores (1238-1240)¹⁴.

En los treinta y cinco años últimos (1240-1275) de su casi centenaria existencia, prestó un continuado servicio a la verdad desde el retiro de su celda como consejero y mentor espiritual de la ciudad de Barcelona, en el aspecto religioso y en el aspecto social y ciudadano. No en vano los mejores consejeros son los contemplativos.

Ramón de Penyafort, instalado en el corazón de la Ciudad Condal, vivió sus preocupaciones y sus afanes.

No es difícil reconstruir mentalmente la vida laboriosa de la ciudad, la actividad de los gremios, que ganaban en preponderancia a la nobleza, el comercio abierto a través del puerto y de las naves catalanas; el sentido evolutivo, enraizado en la tradición pero asimilador de lo nuevo, del derecho de las instituciones ciudadanas; el pacto entre la monarquía y el pueblo. El sentido práctico y asimilador que Cataluña había heredado de los romanos, quedaba noblemente enriquecido por su amor al trabajo y la práctica del comercio. No estaba ausente de la ciudad la preocupación intelectual y filosófica.

La función que ejerció el amable dominico de Santa Catalina en este complejo de actividades fue lenta y eficaz: sellar con la impronta cristiana la vida y la civilización catalanas, en un momento de florecimiento económico y de expansión a nuevos territorios, en equilibrio perfecto de la razón y la fe, del progreso y la teología, ya que Ramón de Penyafort, al igual que Tomás de Aquino, «era muy racional y muy poco racionalista»¹⁵.

«Magnus populi concursus»¹⁶ acudía al santo en busca de una palabra clarificadora, de orientación o penitencia. Más amigo de formar hombres que de

¹² *Summa*, II, 5, 17: 198.

¹³ *Summa*, praefat.: I.

¹⁴ Cf. VALLS TABERNER, o.c., 68-77.

¹⁵ TORRAS I BAGES, o.c., 181.

¹⁶ *Summa*, praefat: II.

escribir libros, se hallaba presente como consejero en todos los negocios importantes de su tiempo.

Como delegado pontificio intervino en la confirmación de Pedro de Centelles como obispo de Barcelona (1243), en la provisión canónica de la sede episcopal de Lérida (1248), en la deposición de Ponde de Vilamur, obispo de Urgel (1252-1256)¹⁷. La expresión «cum consilio fratris Raimundi de Pennaforti, de ordine praedicatorum»¹⁸ es frecuente en los diplomáticos raimundianos. Son múltiples las sentencias arbitrales que dictó, constatadas por documentación escrita¹⁹.

Su consejo equilibrado alcanzó asimismo los problemas políticos planteados por los proyectos de desmembración del suelo patrio entre los hijos de Jaime I²⁰. La misma obra conquistadora del Conde de Barcelona quedó impregnada de espíritu misionero por la intervención de fray Ramón de Penyafort. Él fue, sin duda, el intelectual de mayor prestigio durante el largo reinado de Jaime I, sin que ello suponga minimizar la altura intelectual de los grandes juristas de la época, como Guillermo Sasala, Assalit de Gúdal y Alberto de Lavània.

Tendría una imagen inexacta del santo Predicador quien creyera que su consejo equilibrado se dirigía únicamente a los grandes problemas colectivos o sociales y políticos. También cuidaba de pacificar espíritus y familias. Precisamente en un documento sobre la anulación de un matrimonio celebrado con impedimento de afinidad, se le llama en vida «medicus animarum»²¹.

San Ramón no fue el hombre justiciero, que goza en la simple estética matemática de lo recto. Sentía el apremio de la salvación de los hombres, incluso en el plano humano de la rehabilitación. Así, la justicia quedaba enaltecida por la misericordia. Su amor a lo justo era pleitesía de amor a la verdad de Dios, que es caridad y misericordia. Rindió culto a la auténtica justicia, porque ésta es la verdad encarnada en las relaciones personales de los hombres, que reconocen su mutua dignidad. Rindió culto a la verdad, vertebrada en la justicia de la convivencia, porque consagró su vida a Dios como fraile predicador. Y la verdad de Dios hacia los hombres es el abrazo de la justicia y la misericordia.

II

TEOLOGÍA Y MORAL

En las obras de San Ramón son frecuentes las consideraciones de teología dogmática, especialmente sacramentaria; sin embargo, su espíritu eminentemente servicial le llevaba con preferencia a concretar las normas prácticas que demandaban las realidades de la vida moral, sobre todo en el aspecto jurídico.

¹⁷ Cf. VALLS TABERNER, o.c., 94 ss.

¹⁸ L. FELIU, *Diplomatari de sant Ramon de Penyafort*, en «Analecta Sacra Tarraconensia» 8 (1932) 103 y 105.

¹⁹ Cf. VALLS TABERNER, *Diplomatari de sant Ramon de Penyafort*, en «Analecta Sacra Tarraconensia» 5 (1929) 5, 6, 19-21, 43, 48, 51-52.

²⁰ Cf. *Ibid.*, 34-36.

²¹ L. FELIU, *art. cit.*, 109.

Mucho cabría decir del contenido –denso y oceánico– de las obras de San Ramón. Consignemos, a título de curiosidad, que se ocupa inclusive de la cuestión de si pueden acceder al sacerdocio las mujeres y de otros temas que fatigan a los teólogos actuales.

San Ramón de Penyafort debe ser considerado también como antecesor de los grandes internacionalistas españoles del siglo XVI; en efecto, suya es la fórmula escolástica más antigua acerca de la licitud de la guerra justa y la determinación de las consideraciones de dicha licitud. Esta fórmula que elaboró y estampó en la *Summa de casibus* obtuvo rápida difusión, fue aceptada poco después por el Cardenal de Ostia en su *Summa Aurea* y unos años más tarde, con notables retoques, fue adoptada por Santo Tomás en la *Suma Teológica* (1265-1269). Esta doctrina influyó en Francisco de Vitoria, fundador del Derecho Internacional, y en Francisco Suárez, el Doctor Eximio.

En el aspecto ascético encontramos ya en nuestro jurista medieval la teoría del rendimiento del propio juicio como voluntaria perfección de la obediencia; grado excelso de sumisión que tres siglos más tarde inculcará San Ignacio de Loyola.

El valor de las obras de San Ramón radica en el ingente acarreo de textos pertinentes a cada materia propuesta, la selección de los mismos, su minuciosa y metódica ordenación con lo que consigue una original construcción sistemática, que es completa por la amplitud y global visión de conjunto, orgánica por su ensamblaje literario y por su coherencia doctrinal, y segura por los razonables criterios que presiden siempre sus acertados dictámenes.

Su extremada humildad y modestia no le impiden razonar y decidir por cuenta propia, pero sin apartarse un ápice de las normas vigentes, ni de las leyes eclesiásticas, ni de la depurada tradición.

San Ramón, como después Santo Tomás, investiga exhaustivamente y expone con orden metódico las diversas opiniones que autores precedentes han dado acerca del tema que trata; luego emite su parecer no fundado en su personal juicio valorativo, sino respaldado por los documentos patrísticos y pontificios que aduce con impresionante erudición. En sus libros brilla un conocimiento total y completo de las enunciaciones del Magisterio eclesiástico y una exposición concisa y diáfana de la doctrina de la Iglesia, tratada con una interpretación leal y orientada a una aplicación oportuna.

En sus obras aborda de frente múltiples y variadas cuestiones con un criterio de elevado sobrenaturalismo que rehúye el rigorismo inhumano y antievangélico, pero que no trata jamás de escamotear los linderos de la obligación moral ni pierde de vista la sublimidad de la vocación cristiana.

Es la suya una sabiduría existencial que no se desdeña de hacer ver el alcance de los principios teológicos y jurídicos a través de ejemplos vividos y de situaciones reales. Llevado no de un prurito de elucubraciones teóricas simplemente especulativas, sino de un afán de aplicaciones prácticas, ejerce de continuo el noble cultivo de la casuística en el que revela el sentido pragmático de su etnia catalana, al par que la casi deformación profesional del imprescindible consejero del siglo XIII saturado de consultas concretas y avezado a resolver problemas determinados. Y esto no sólo a través de correspondencia epistolar, sino muy especialmente en el trato inmediato con

personas de diversas regiones y en el ejercicio de difíciles legaciones frente a personajes encumbrados. Curtido con los soles de tantos climas, andariego por tantas rutas, familiarizado con el carácter de tantos Estados, poseía una experiencia ilimitada. Si no puede ponerse en tela de juicio la realidad de sus expediciones por la Península y por las Baleares y sus correrías apostólicas por el Mediodía francés, son más difíciles de documentar sus itinerarios misioneros por el norte de África. Con todo, viajero con un cuenta-kilómetros impresionante (recorrió toda España), comisionado por el Papa para la ejecución de innumerables disposiciones y para numerosas y difícilísimas encomiendas, trabó conocimiento con la más variada gama de paisajes transitados y de gentes tratadas. a experiencia de las cosas vivas, de los asuntos reales y candentes acrecentó el practicismo que lo adornaba como dote racial. Su prosa hecha a la vez de parquedad y de precisión, de ponderada equidad y de indeclinable justicia, acreditan al perspicaz y certero observador de la realidad social.

Falta de ponderación y sobrada de desconocimiento considero la audacia de quienes sostienen que los antiguos moralistas, enfrascados en la disección de los actos humanos individuales, no avizoraron las cuestiones económicas en su proyección social. El estudio de las obras de San Ramón de Penyafort les da un matizado mentís. Claro está que en la Edad Media no se daba la complejidad mercantil y la técnica financiera de nuestros días y, por lo mismo, mal podrían aquellos teólogos tratar cuestiones morales del todo inexistentes. Sin embargo, no negligían ni mucho menos el ordenamiento jurídico de la sociedad, ni se inhibían de tratar acerca de las estructuras sociales y del estatuto jurídico de las diversas razas convivientes en nuestro solar patrio. Lo veremos más adelante. Lo que sucede es que no se limitan a consideraciones de tipo humanitario terrenal, sino que anteponen a toda otra consideración el bien supremo de la salvación eterna del hombre: este principio, por cierto humanísimo, preside toda su concepción y toda su actuación a fuer de cristianos y de religiosos.

Se atribuyen a San Ramón diversos opúsculos sobre litigios entre instituciones, sobre la guerra y el duelo, sobre derechos hereditarios, sobre la visita a las diócesis y la cura pastoral. En cambio, no es segura su paternidad del libro *Modus iuste negotiandi* (por lo demás extraviado). De todas formas, en sus obras morales y canónicas se hallan concretas directrices para el recto ejercicio de la actividad comercial con muy curiosas consideraciones acerca de las cuestiones de propiedad urbana, sus servidumbres y censos, así como sobre la licitud de la práctica de la venta con pago diferido e incrementado.

Conocedor de todas las parcelas del Derecho, su visión abarcadora atendía concienzudamente todo cuanto de una u otra forma pudiera afectar a los fueros de la justicia y de la caridad, adelantándose incluso a los problemas de conciencia que se suscitarían con las nuevas situaciones que se veían venir.

Una previsión despierta nos dicta también a nosotros que tenemos que prepararnos para nuevas reformas de las instituciones económicas y que, lejos de hacerle ascos, hemos de propiciar un cambio de las estructuras sociales, tendente a una mejor distribución de los bienes de la tierra y de la industria. Parece congruente sostener que el sistema basado en la iniciativa privada sigue siendo el más eficiente para espolear la producción; sin embargo, hay que exigir que todas las actividades y funciones lucrativas cumplan un servicio y rindan un provecho a la sociedad y es urgente redistribuir, con implacable energía, las

cargas y los beneficios mediante una drástica nivelación, suavemente escalonada, de las diversas clases sociales.

Nos hallamos en un período de cambios profundos que afectarán a los supuestos mismos del vigente sistema económico-social. Se precisan moralistas, preferentemente seculares, que dictaminen sobre los derroteros del acrecentamiento de la producción y propicien un ordenamiento de la sociedad con vistas a la promoción integral de la persona humana.

Se escribe mucho sobre la sociedad de consumo, tan denostada, pero tal vez no se señala el carácter más corruptor y preocupante de nuestra sociedad: el ser desafortadamente competitiva. El desarrollo, tan deseable, tiene como contrapartida el desencadenar en los empresarios una carrera desbocada de avances acelerados que frecuentemente no respetan las leyes más elementales del juego limpio o del respeto a los competidores. Los frenéticos obtenedores de provechos colosales y de ampliaciones precipitadas provocan una inflación galopante con la consiguiente carestía de la vida, y lo que es más lamentable, contagian a todos los ciudadanos de su insaciable y febril ansia de rápido encumbramiento.

No puede juzgarse como ideal una sociedad cuyo único móvil del quehacer sea el lucro. En este supuesto, el dinero queda erigido en supremo valor, alcanza categoría divina de ídolo, al que toda actividad laboral y gestora está subordinada. Sea en buena hora el lucro, el acicate necesario, hoy por hoy, para el desarrollo nacional; opérese con lucro, pero supeditado al bien social, o sea, en última instancia, orientado al amor del prójimo. Todo lucro individual debe ser fruto de un serio rendimiento y de una real aportación a la elevación personalizante. No puede, por lo general, considerarse beneficio lícito el que no tenga contraprestación alguna beneficiosa en el orden social.

Aceptada, por desgracia, en amplios sectores la máxima mundana de enriquecerse a toda costa, viene como consecuencia necesaria el desquiciamiento del orden socio-económico y se irrogan graves perjuicios tanto a los intereses materiales como a los morales de los compatriotas.

Desde un punto de vista ético, apenas es dable en la práctica separar los dos aspectos de la persona, el individual y el social. La actuación profesional y la actividad empresarial deben considerarse inmorales desde el momento que claudica la licitud de alguno de estos aspectos y así lo han juzgado siempre los Doctores de la Iglesia.

El moralista combate al pecado en donde quiera lo halle incrustado. Ahora bien, el poder del mal no sólo se instala en el corazón de los individuos, también se manifiesta en las relaciones interpersonales y en el entramado estructural de la vida societaria.

III

LA SUMMA RAYMUNDIANA

Misericordioso como el Padre celestial, fray Ramón, dotado por Dios de una gran discreción de espíritu, fue ministro insigne del sacramento de la Penitencia²².

La disposición del Concilio IV de Letrán (1215), estableciendo la obligatoriedad de la confesión anual, y su experiencia de confesor como penitenciario de Gregorio IX influyeron decisivamente en su celo por el sublime ministerio de la reconciliación. No podemos conocer directamente los frutos de su labor sacramental, envuelta en el secreto. Mas nos queda un monumento literario de su experiencia sacerdotal, que por sí mismo nos demuestra la importancia santificadora que atribuía al sacramento.

Sabiendo que no todos los sacerdotes estaban en posesión de la preparación necesaria para ejercer el ministerio sacramental fructuosamente, se dispuso a prestarles su ayuda. De esta necesidad sentida y del precepto del primer provincial de España, fray Suero Gómez²³, nació la obra maestra de San Ramón, la *Summa poenitentiae*, o *Summa casuum conscientiae*, o simplemente *Summa*.

En el breve prólogo, el autor, «Ego Raymundus inter fratres Ordinis Praedicatorum minimus», indica los destinatarios –los hermanos de su Orden y otros sacerdotes–, las fuentes de su doctrina y la finalidad de la obra: facilitar la solución de casos de conciencia, tanto en el foro sacramental como en el campo del consejo. Y señala el motivo inmediato de su labor, la obediencia²⁴.

Los expertos han fijado la época de su redacción entre 1223 y 1229²⁵, para las tres primeras partes, enunciadas en el prólogo del Maestro²⁶, con algunas modificaciones posteriores. El propio Penyafort añadió una cuarta parte, la *Summa de matrimonio*, que es una adaptación personal de la obra homónima de Tancredo²⁷.

El método empleado es sistemático, escueto y claro, insertando lo útil y eliminando lo superfluo. No pretende hacer una obra erudita sino útil, aunque

²² Cf. *Summa*, praefat.: I.

²³ Cf. *Ibid.*: III.

²⁴ «Ego Raymundus, inter Fratres Ordinis Praedicatorum minimus, immo inutilis servus ad honorem Domini nostri Iesu Christi et gloriosae Virginis, Matris eius, et beatae Catharinae, praesentem Summulam ex diversis auctoritatibus et Maiorum dictis, diligenti studio compila vi; ut si quando Fratres Ordinis nostri, vel alii circa iudicium animarum in foro poenitentiali forsitan dubitaverint, per ipsius exercitium, tarn in consiliis, quam in iudiciis, quaestiones multas et casus varios ac difficiles, et perplexos valeant enodare. Hoc autem non praesumens de viribus propriis attentavi, quia nullae sunt, praesertim quam nec velle, nec nolle habeam, sed spem figens totaliter in bono obedientiae, atque in summa dementia Salvatoris, qui *fecit mirabilia magna*» (*Summa*, I, prof: 1).

²⁵ Cf. AMADEUS TEETAERT, *La «Summa de Poenitentia» de saint Raymond de Penyafort*, en «Ephem. Theol. Lovanienses» 5 (1928) 55-56 y 66-70.

²⁶ «In quarum prima agitur de criminibus quae principaliter et directe committuntur in Deum; in secunda, de his, quae in proximum; in tertia, de ministris irregularibus, et irregularitatibus; et impedimentis ordinandorum, dispensationibus, purgationibus, sententiis, poenitentiis et remissionibus» (*Summa*, I, prol.: 1).

²⁷ Cf. A. TEETAERT, *art. cit.*, (en la nota 25), 60-64.

fundamentada; por ello cita las Decretales de los Papas, y los diez maestros más esclarecidos en la ciencia teológico-jurídica²⁸.

En una simple ojeada a la suma raimundiana, el lector queda sorprendido por la fluidez, multitud y exactitud de las citas, tanto de la Sagrada Escritura, como de las bulas pontificias y de los autores que menciona. La *Summa* aparece con una encomiable modernidad.

La obra de Penyafort no fue la primera en su género. Anteriormente el inglés Roberto de Flamesbury había escrito un «poenitentiale»²⁹. Mas puede afirmarse que fue la más importante. Así lo atestiguan los múltiples manuscritos en todas las bibliotecas importantes, las ocho ediciones impresas hasta 1746³⁰. La *Summa* raimundiana fue, junto al *Liber sententiarum* de Pedro Lombardo, libro de texto de los estudiantes dominicos, ya antes de 1259³¹. De su extraordinaria difusión puede darnos idea la versión métrica de la misma, realizada por Arnulfo de Lovaina, abad cisterciense de Villers, en 1250³².

Al adentrarse en la lectura de la *Summa*, tres aspectos llaman poderosamente la atención del lector: el sentido teológico-pastoral, la amplitud de los temas tratados y la preocupación del moralista por los problemas del momento medieval.

Los antiguos libros penitenciales atendían preferentemente el aspecto práctico; sólo incidentalmente contenían apuntes dogmáticos. A partir del siglo XII los teólogos influyeron en los canonistas en las cuestiones dogmáticas y especulativas. A partir de Graciano, la teología ocupó definitivamente un lugar en los tratados morales, cuyos destinatarios eran los eruditos. El nuevo tipo de obras, las sumas de confesores, destinadas a los sacerdotes sin gran preparación intelectual, contienen ya, junto a los temas prácticos, doctrina teológica sobre los diversos sacramentos y unos casos que pueden servir de pauta para la solución de situaciones concretas. Abunda en ellos lo que hoy llamamos teología pastoral y en la Edad Media recibía el nombre de «iurisprudencia divina»³³. Además, en aquella época la teología moral y el derecho canónico –normativo– constituían una misma ciencia. Así, las sumas de confesores se deben a los teólogos-canonistas.

San Ramón fue uno de ellos, con excepcional preparación doctrinal y prolongada experiencia ministerial. Volcó en la *Summa* sus conocimientos teológicos y jurídicos y sus extraordinarias facultades de penetración del corazón humano³⁴. Escribió, como pastor, porque era en verdad «medicus animarum».

²⁸ «Modus agendi est talis: in singulis particulis praemittuntur rubricae ad ipsas particulas pertinentes. In qualibet rubrica tractatur, primo, de materia rubricae, prout plenius et planius potui, ponendo utilia et necessaria et vitando superflua. Secundo, ponuntur dubiae quaestiones et casus. Tertio, subiunguntur notulae iuris ad rubricae naturam spectantes, non ambiguum, sed veram et certam sententiam continentes» (*Summa*, I, prol.: 1).

²⁹ Cf. A. TEETAERT, *art. cit.*, (en la nota 25), 53.

³⁰ Cf. *Summa*, praefat.: XXIV-XXV.

³¹ Cf. A. TEETAERT, *art. cit.*, (en la nota 25), 58.

³² Cf. A. TEETAERT, *art. cit.*, (en la nota 11), 144.

³³ Cf. *Ibid.*, pp. 135-138.

³⁴ Un ejemplo fuera de la *Summa* lo encontramos en «Dubitabilia cum responsione ad quaedam capita missa ad Pontificem» (1230-1234), publicado por Fr. VON SCHULTE en «Canonische Handschriften der Bibliotheken Prags», Praga, 1868, 98-104.

Como tal tuvo y acrecentó su preocupación apostólica, la «salus animarum». Y, si bien para asegurarla, se inclina hacia lo que le parece «tutior et consulior ad salutem»³⁵, porque «verius videtur»³⁶; supo también atemperar el juicio riguroso de algunos –sobre la gravedad de la mentira jocosa–: «Prima opinio humanior est, et mihi magis placet»³⁷. Tanto le acuciaba el bien de las almas, que escribió: «Maius damnum est in amissione unius animae, quam infinitorum corporum»³⁸. Amaba el bien del hombre, el bien total. Por ello se le puede llamar en justicia «Doctor Humanus».

Nada tiene, pues, de particular que esta preocupación pastoral le llevara a sobrepasar los límites del plan trazado en la revisión teológica de los problemas de conciencia³⁹. Los simples enunciados de los diversos epígrafes son suficientemente expresivos de esta amplitud. No es necesario insistir en lo que es evidente al lector de la *Summa* raimundiana.

El tercer aspecto digno de consideración es la adaptación del autor para enjuiciar con los principios permanentes las situaciones nuevas de su tiempo. Basten algunos ejemplos, sin duda, representativos⁴⁰.

El siglo XIII fue una época caballeresca, belicosa y mercantil. Ramón de Penyafort no podía ignorar los problemas de sus conciudadanos y sobre ellos formuló su juicio teológico-moral.

Los torneos de nobles y caballeros no eran simple ejercicio de destreza. Eran enfrentamientos peligrosos. San Ramón los sanciona como gravemente pecaminosos⁴¹. Igualmente condena el duelo como costumbre bárbara, que no consigue la finalidad de esclarecer la verdad, y considera a los contendientes como asesinos y responsables del pecado de homicidio⁴².

Tema de mayor importancia era la guerra. La reconquista del suelo patrio del dominio de los musulmanes era una empresa secular, con carácter de cruzada. Ramón de Penyafort justifica la reconquista, porque, supuesta la autoridad del príncipe, dos motivos principales justifican el conflicto armado: recuperar lo ilegítimamente usurpado por el enemigo y repeler la agresión injusta⁴³. Considera un deber del obispo o del juez eclesiástico invocar la intervención del brazo secular contra los violentos, no para su destrucción o mutilación, sino en defensa de la fe, de la paz y libertad de la patria y para devolver al culto de la fe cristiana la tierra ocupada por los infieles⁴⁴.

³⁵ *Summa*, I, 8, 12: 71.

³⁶ *Summa*, IV, 1, 4: 466.

³⁷ *Summa*, I, 10, 3: 99.

³⁸ *Summa*, I, 9, 8: 89.

³⁹ F. VALLS TABERNER, o.c.: 21.

⁴⁰ «Sobre la doctrina propiamente sacramental de la Penitencia puede verse el artículo citado, en la nota 11, de A. TEETAERT, principalmente en las págs. 38, 47, 49, 62.

⁴¹ *Summa*, II, 2: 154.

⁴² *Summa*, II, 3: 154-156. San Ramón de Penyafort había escrito un opúsculo, hasta hoy perdido, con el título *De duello et bello*.

⁴³ *Summa*, II, 4, 1: 156 y II, 5, 12: 172-175.

⁴⁴ «Idem dico in Episcopos vel Iudices Ecclesiasticos, qui ob defensionem rerum Ecclesiasticarum, vel fidei, invocant et hortantur contra violentes brachium saeculare, et etiam potest eos sequi hortando, non ut eos occidant, vel mutilent ipsos violentos, haereticos vel paganos; sed ut Ecclesiasticam fidem, et patriam liberent et defendant, et terram ab infidelibus

Más exige para los beligerantes la rectitud de intención, evitar todo deseo de venganza, ser humanitarios y excluir la voluntad de dominio ambicioso⁴⁵. Considera asimismo como un ultraje a la dignidad humana, que con ocasión de una guerra, aunque sea justa, se expolien a los inocentes, se encarcele a los rústicos del bando contrario o se les atormente o mate⁴⁶.

Conexo con el tema de la guerra estaba la cuestión de los impuestos que el príncipe podía percibir de los súbditos. El problema da ocasión al «Doctor Humanus» de establecer la doctrina constitucional del pacto entre el príncipe y el pueblo y la legalidad y justicia con que debe proceder en orden a percibir los diversos subsidios o impuestos⁴⁷.

En el mismo plano de justicia y rectitud, ni al príncipe ni a los privados les es lícito apoderarse de las mercancías de los naufragos, a no ser que se trate de naves piratas o de beligerantes infieles o enemigos⁴⁸. Como tampoco les es lícito infringir los pactos de tregua, ni siquiera en el terreno comercial, abordar naves mercantiles sarracenas en tiempos de tregua es sencillamente un hurto⁴⁹.

En el primer tercio del siglo XIII Barcelona experimentó un sensible progreso económico. Los gremios eran pujantes. La flota mercantil catalana, que gozaba de privilegio prevalente de exportación, navegaba por el Mediterráneo con las mercancías de sus talleres hasta la lejana Alejandría. Se establecieron representantes permanentes del comercio naval catalán en los diversos puertos, dando origen a los famosos *consulados de mar*.

San Ramón de Penyafort no desconocía los problemas éticos que el mercantilismo llevaba consigo. Desgraciadamente se ha perdido su opúsculo *Modus iuste negotiandi in gratiam mercatorum*. El solo título es suficientemente expresivo de su contenido y de la oportunidad temática.

Algo de su contenido podemos barruntar en la *Summa*.

En ella distingue los negocios ilícitos, «*quae sine peccato exerceri non possunt*»⁵⁰, de otros muchos que pueden ejercerse dignamente. Como norma fundamental deontológica del mercader señala la obligación de evitar la mentira

occupatam redigant ad cultum fidei christianae et super hoc facit Ecclesia quotidie remissiones magnas; et licet ibi, hiñe inde aliqui occidantur, non est hoc praelato, vel Ecclesiae imputandum; immo peccaret nisi se opponeret contra tales: posset enim dici: *Mercenarias est*, qui non est pastor, etc. et esset merito deponendus...» (*Summa*, II, 1, 8: 150).

⁴⁵ «Fortitudo, quae in bello tuetur a Barbaris patriam, et domi defendit infirmos, vel a latronibus socios, plena iustitia est; qui autem movent arma contra tales nocendi cupiditate, ulciscendi cupiditate, impaccato atque impaccabili animo, debellandi feritate, dominandi libidine vel alia causa, peccant» (*Summa*, II, 1, 8: 151).

⁴⁶ *Summa*, II, 5, 12: 172-175.

⁴⁷ *Summa*, II, 5, 11: 169-172; cf. TORRAS I BAGES, o.c., 183.

⁴⁸ «De naufragiis nihil est auferendum, immo restituendum est... Hoc autem intelligas, nisi sint talia navigia, quae piraticam tyrannidem exercent, vel sint inimica nomini Christiano, ut in constitutione Nova Friderici: *Ad decus et honorem imperii* paragraph. *Navigia*» (*Summa*, II, 5, 9: 167).

⁴⁹ «Patet etiam eis, qui tempore treguae bona sua per mare et terram Sarracenis auferunt rapinam committere, et teneri per consequens ad restitutionem: posset etiam puniri a principe, cuius treguam frangunt...» (*Summa*, II, 5, 12: 174); cf. *Summa Iuris*, editada por JOSÉ RIUS SERRA, Barcelona, 1945, 139-140.

⁵⁰ *Summa*, II, 8, 1: 217.

y el perjurio, es decir, la propaganda que perjudique al comprador⁵¹. El mercader cristiano debe evitar la venta de armas a los enemigos de la fe y de cuanto sólo sirve al orgullo⁵².

El mercader cristiano está obligado a pagar los derechos de entrada o tránsito – «pedagium»–, incluso a los sarracenos, si éstos de conformidad con los pactos de tregua se comprometen a la salvaguarda de las personas y de las mercancías no prohibidas. Obligación que comporta el deber de la restitución en tiempo de tregua, aunque no en tiempo de guerra. Mas como el santo entiende que en tiempo de guerra el mercader cristiano no puede negociar lícitamente con los infieles beligerantes, pues supone un desprecio a la fe, impone a tales comerciantes la obligación moral de ofrecer lo que deberían haber pagado como impuesto de tránsito para la redención de cautivos cristianos o para ayudar a los que luchan para defender el culto cristiano⁵³.

Otro aspecto del comercio.

Toda época de transición plantea nuevos problemas prácticos con repercusión en la doctrina. Y aunque respetando la tradición, la doctrina moral no puede cerrarse a las enseñanzas de la realidad para resolver las dudas que acucian al moralista⁵⁴.

La incipiente industrialización requería, por una parte, la intervención de los mercaderes y, por otra parte, un inicio de capitalización. No siempre es fácil suprimir entre el productor y el comprador el intermediario, y éste aporta un trabajo y unas expensas a veces arriesgadas, sobre todo en el siglo XIII. Con ello los teólogos medievales se vieron precisados a examinar la justicia y la moralidad de los contratos de compra-venta y los contratos de préstamo.

Para los contratos de compra-venta era necesario buscar «el valor objetivo de uso comúnmente admitido» que fijaba la costumbre de un modo casi estable, en relación con las cualidades de los bienes o con la capacidad media de rédito que podía obtenerse de la cosa que se trataba⁵⁵. Era problema, pues, de relativa facilidad en aquellas circunstancias.

⁵¹ *Ibid.*: 223.

⁵² *Ibid.*: 224.

⁵³ «Sed quid de Christianis, qui accedunt ad civitates paganorum et substrahunt paganis huiusmodi pedagium vel telonium? Ad hoc dico, si vadunt illuc tempore treguae, et non portant merces prohibitas (de quibus require infra de sent, excomm, paragraph. *Utraque excomm. communicatio*) et ipsi Sarraceni tenent eis fidem in defendendo eos in suo territorio vel maritima a latronibus, vel piratis; debent ipsi Christiani fideliter ipsis persolvere secundum statutum vel pactum; alias tenentur eis ad restitutionem, si possunt, vel si non possunt, erogare in usus pauperum ad mandatum Ecclesiae, nam fides etiam hosti servanda est. Si autem iverunt in tempore guerrae, vel etiam in tempore treguae, sed cum mercibus prohibitis, non credo quod teneantur ad restitutionem; sed quia peccaverunt hic quodammodo contra religionem christianam, credo (ut puniantur in eo, in quo peccaverunt) quod sit eis iniungendum in poenitentia, ut illud dent in redemptionem captivorum, vel subsidium eorum, qui pugnant pro fide Christiana, vel ipsimet expendant in eodem subsidio, si ad hoc idonei sunt, corporaliter laborando» (*Summa*, II, 5, 10: 169).

⁵⁴ Véase el interesante trabajo de JOSE SALVIOLI, *Las doctrinas económicas en la escolástica del siglo XIII*, en «Anuario de Historia del Derecho Español» 3 (1926) 31-68.

⁵⁵ *Ibid.*: 41.

En cambio, los contratos de préstamo ofrecían mayor dificultad. Se partía del principio de la improductividad del dinero. Sin embargo, se empieza a distinguir en esta época el préstamo de consumo del préstamo de producción. Exigir interés por el primero se consideraba usura, pues se trataba de bienes fungibles, principalmente alimenticios, o de razón de caridad. San Ramón, siguiendo las doctrinas de Oxford, con Alejandro de Hales, y de la escuela de Bolonia con los doctores civilistas y entre los canonistas el Ostiense, acepta en la *Summa* las exigencias de una economía monetaria y mercantil, justificando el interés moderado⁵⁶. En todo caso, debe examinarse en el fuero interno la recta intención de los prestamistas. Veamos algunos detalles.

El Maestro barcelonés, después de ofrecer la definición y la división de las especies de usura en progresión decreciente del interés exigido y de los objetos particulares sobre los que puede versar –moneda, metales y alimentos–⁵⁷, admite que la oblación espontánea del beneficiario no engendra culpa en el prestamista⁵⁸. En el mismo lugar de referencia, enumera varios casos en los que es lícita la usura, o, por mejor decir, el interés. Entre ellos figura la devolución retrasada al acreedor, impidiéndole cumplir otras obligaciones⁵⁹. Más adelante, justifica el interés si es por pena impuesta judicialmente o si es convencional entre los pactantes, como garantía de la devolución en el tiempo prefijado, aunque siempre exige en el fuero interno rectitud de intención⁶⁰.

Mientras califica de «nefandas beluas detestandas» a los acaparadores que provocan la carestía de un producto⁶¹ y considera sin valor las leyes que permiten la usura propiamente dicha, escribe: «Illae tamen leges quae permittunt usuras exigi ratione interesse, vel ratione morae, bonae sunt et approbandae, si sane intelliguntur»⁶².

En definitiva, Ramón de Penyafort admite en la *Summa* muchos paliativos con respecto a la rigidez de las ideas corrientes. Se dan motivos justificativos del interés, como el «periculum sortis», el «lucrum cessans»⁶³. Si bien el dinero continúa siendo *per se* improductivo, accidentalmente puede ser productivo en razón de las circunstancias.

Pastor y médico de almas se esforzó para iluminar con la luz de los principios perennes de la verdad las nuevas perspectivas del progreso medieval. Procuró aplicar a los problemas de su tiempo el sentido de equilibrio racional y teológico, pues el hombre medieval, si bien cifraba su esperanza en el más allá, sólo podía elevarse a la trascendencia divina desde su afincamiento en el mundo presente.

⁵⁶ *Ibid.*: 51, 52, 55 y 64.

⁵⁷ *Summa*, II, 7, 1 y 2: 205-206.

⁵⁸ «Nulla enim oblatio suscipienti culpae maculam ingerit, quae non ex ambientis petitione processerit» (*Ibid.*: 205).

⁵⁹ *Ibid.*: 206.

⁶⁰ «In iudicio tamen animae stare confessioni suae, sed propter praesumptiones contrarias, diligentius examinarem conscientiam suam» (*Summa*, II, 7, 4: 209).

⁶¹ «Illos e contra credo tanquam nefandas beluas detestandas, qui ea intentione emunt aureos vel alias monetas, vel res venales, et praeipue victualia, ut de talibus caritatem inducant» (*Summa*, II, 7, 5: 211).

⁶² *Ibid.*: 212.

⁶³ *Ibid.*: 210 y 211.

El celo apostólico confirió a San Ramón, el fraile predicador, un elevado sentido común para guiar a sus conciudadanos por el camino del bien.

Es en esta perspectiva como puede comprenderse la admirable obra de la Merced, de redención de cautivos, surgida en la cristiana Ciudad Condal. Era la etnicidad mercantil y laboriosa de Cataluña, elevada por la fe y la caridad bajo el influjo de San Ramón de Penyafort al nivel sobrenatural. Compraban esclavos para darles la libertad. Esta transacción de dinero para devolver la libertad y la esperanza a los hermanos, era el complemento cristiano de las instituciones mercantiles de Cataluña. A fin de cuentas, los mercedarios eran piadosos mercaderes, símbolo de un pueblo mercantil y creyente, de espíritu práctico y misericordioso⁶⁴.

IV MISIONERO

Los Romanos Pontífices urgían con apremio a los Soberanos de los reinos españoles a continuar la conquista de los territorios dominados por los musulmanes. El propio San Ramón fue enviado por el Papa Gregorio IX a las diócesis de Arlés y de Narbona a predicar la cruzada de la conquista de Mallorca.

Pero es digna de examen detenido la paulatina transformación que durante este siglo XIII se opera en los ánimos de los eclesiásticos, quienes, por influencia de las Órdenes mendicantes se inclinan a sustituir las campañas bélicas por las empresas evangelizadoras. La doctrina de San Raimundo a este respecto es clara. «*Debent tam iudei quam sarraceni auctoritatibus, rationibus, blandimentis potius quam asperitatibus ad fidem christianam de novo suscipiendam provocari*». Esta norma, que respalda invocando la autoridad del Concilio de Toledo, la imparte con referencia a los infieles que viven en tierra de cristianos.

En el medioevo la sociedad hispana agrupaba, junto a los ciudadanos católicos, elementos extraños a nuestra fe, los mahometanos y los judíos a cuyos intentos proselitistas había que oponerse y cuyas almas había que considerar destinatarias de evangelización. Estas dos necesidades espolearon el celo ardentísimo de San Raimundo como veremos en seguida. Séame permitido antes de penetrar en estas dos vertientes del problema, brindar una reflexión edificante. Uno de los grandes méritos de los intelectuales cristianos de la Edad Media que acredita y encarece la firmeza de su fe, consistió en resistir el atractivo de la superior civilización hebrea y sarracena. Hombres, tan afanosos de cultura como Ramón de Penyafort, traban contacto con los rabinos y los ulemas no sólo sin sufrir el más leve titubeo en sus creencias católicas, sino, lo que es más, sin padecer la más sutil contaminación en su fe. Intelectuales como Ramón de Penyafort, reyes, mercaderes y menestrales, avecindados junto a los cultísimos seguidores talmúdicos o coránicos, no experimentan complejo alguno de inferioridad, permanecen adheridos al Magisterio de la Iglesia y aun les acucia

⁶⁴ Sobre los inicios de la obra mercedaria puede verse un resumen en mi pastoral *Nuestra Señora de la Merced, ayer y hoy*, en el «Boletín Oficial del Arzobispado de Barcelona», 1 de junio de 1968, pp. 337-351. Véase el volumen III de la presente serie, titulado *En el corazón de la Iglesia*, Toledo 1987, 243-259.

la conciencia del deber misionero, en cumplimiento del mandato de Cristo de expandir el evangelio.

Para valorar esta actitud tan reciamente cristiana, téngase en cuenta que por aquel entonces brillaban en Barcelona judíos tan preclaros como Hasdai (1165-1216) al que se apodaba «la fuente de la sabiduría, el océano profundo del pensamiento» y Salomón ben Adret (1245-1310), que hizo de España el centro intelectual de toda la diáspora mundial judaica. No se olvide el alto nivel de civilización que alcanzaron los árabes hispanos, el refinamiento de su cultura. Nada hace mella en las convicciones religiosas de nuestros compatriotas. ¡Qué lección para los intelectuales católicos del siglo XX, que, faltos a veces de segura confianza, andan a la caza de cualquier novedad humana con una versatilidad parecida a la de los antiguos atenienses!

Las nuevas teorías y las audaces corrientes representan para muchos, otras tantas ocasiones para creer quebrantados e inservibles los fundamentos tradicionales en que se basa la doctrina católica. La lealtad total y ferviente de una adhesión filial a la Iglesia exige saberse guardar de pueriles juegos caviladores. ¡Cuántos hoy en día, queriendo, según dicen, luchar contra la anquilosis y la esclerosis del cristianismo, caen en el extremo de contraer vulgares «enfermedades infantiles» de una pseudo-conciencia presuntuosa, al tiempo que practican una precipitada e injusta crítica de los principios cristianos apoyándose tan sólo en criterios superficialmente modernos o comprobadamente erróneos! Ganados por el fetichismo de doctrinas materialistas, no hacen ya una aceptación incuestionable de la revelación cristiana, como si no constituyera el sistema superior, además del verdadero.

Tengo interés en asentar que no sería lícito confundir la fidelidad a lo eterno con la adhesión mezquina y hasta morbosa al pasado inmediato. Declaro mi convicción de que las ciencias, inclusive las eclesiásticas, son esencialmente progresivas y de que hay que servir incansablemente a esta exigencia. Pero no dudo en proclamar que para nosotros los católicos es inadmisibles dejarse arrastrar por la superficialidad y las modas.

La Orden de Predicadores nació para superar el error de los albigenses con la difusión de la verdad católica. Fray Ramón sentía en su alma el peso del mandato apostólico de predicar a todas las gentes. Fiel a su vocación de fraile predicador, desplegó una portentosa actividad misionera.

En Cataluña los cristianos convivían con núcleos importantes de judíos. Con frecuencia se manifestaban grupos o personas heterodoxas. La servidumbre de cautivos cristianos en tierras musulmanas representaba un serio peligro para la fe de los detenidos. No eran pocos entre ellos los que, por lo menos externamente, abrazaban el islam para vivir sin trabas corporales o espirituales en el norte de África.

El propio Santo intervino en la conversión y bautismo de numerosos judíos y musulmanes. Por experiencia personal sabía que no eran las armas el medio más eficaz de propagación de la fe, sino la amistad persuasiva. Era necesario transformar la cruzada en misiones. «Debent autem Iudaei et Sarraceni auctoritatibus, rationibus et blandimentis potius quam asperitatibus ad fidem

christianam de novo suscipiendam provocan, non tamen compelli, quia coacta servida non placent Deo»⁶⁵.

Este anhelo de atraer a los no cristianos, no le llevó a incidir en confusionismos, como si la fe cristiana fuera un elemento secundario en la convivencia humana. Las advertencias del Santo son significativas: moderado uso de compartir con ellos la mesa, más amplio «in terra eorum... ad praedicandum eis fidem Christi». No darles dignidades seculares, «ne in christianos occasionem habeant saeviendi». No dejarles nada en testamento, ni permitir nuevas sinagogas, sino sólo reparar las existentes. Deben respetar los días santos cuando pidieren el bautismo, deben prepararse durante la cuaresma con penitencias y ayunos, y una vez convertidos no se les debe excluir de sus posesiones⁶⁶. Y porque en Cataluña no se permitía la esclavitud entre cristianos, a los siervos convertidos el dueño debe otorgarles la libertad en expiación de los propios pecados⁶⁷.

Respecto de los judíos su primera providencia fue evitar que pudieran hacer proselitismo entre los cristianos. No se puede seguir sosteniendo, porque es inexacto, que el espíritu de tolerancia religiosa a Jaime I le fuera inspirado e inoculado por nuestro fraile jurista. El gran monarca aragonés sentía hacia los judíos (excelentes colaboradores suyos) marcados sentimientos de benevolencia y de gratitud y tuvo que protegerlos contra la disposición de Gregorio IX que, preocupado por la infección doctrinal que su convivencia podía producir a los fieles cristianos, lanzó contra ellos una Bula que los desposeía de todos sus libros religiosos. Sin embargo, es justo subrayar que San Ramón, como todos los escritores cristianos, enseñó la voluntariedad de la conversión al cristianismo y la absurdidad de la coacción para forzar la fe en Cristo. Es más; en nuestra Península durante el Medioevo nunca se impuso una enseñanza cristiana a los hijos de padres judíos, al estilo, por ejemplo, como hoy día en los Estados comunistas imponen la enseñanza marxista a todos los niños de sus territorios. En aquel entonces, en los países cristianos los padres y maestros podían educar libremente a sus hijos y discípulos en la ley mosaica. Existía, pues, un respeto a la conciencia religiosa más efectivo que ahora en las dos terceras partes de la población mundial. En este punto el Concilio Vaticano II ha corroborado la vieja doctrina católica, declarando: «Se violan los derechos de los padres si se obliga a los hijos a asistir a lecciones que no correspondan a la convicción religiosa de los padres o si se impone un sistema único de educación del cual se excluya totalmente la formación religiosa» (cf. DH 5).

Lo que sí favoreció San Raimundo fue el método misional de las controversias públicas de los dominicos con los rabinos, en presencia del rey Jaime I. Célebre es la disputa entre el judío converso fray Pablo Cristiá y el prestigioso rabino Moisés ben Nahman. No contento con estos debates, el Santo logró del rey licencia para predicar por sí y por sus correligionarios en las sinagogas judías.

Más amplitud cobró la labor misional de fray Ramón para la conversión de los mahometanos, en la línea de aquel movimiento de evangelización del norte de África, que habían iniciado heroicamente los frailes mendicantes y que respaldó Honorio III concediendo a los misioneros amplias facultades para absolver de

⁶⁵ *Summa*, I, 4, 1: 24.

⁶⁶ *Summa*, I, 4, 2: 25-26.

⁶⁷ *Summa*, I, 4, 4: 30.

excomuniones y encargando al Arzobispo de Toledo que enviara al reino de Miramamolín más frailes Predicadores y Menores y que consagrara Obispos a algunos de ellos.

San Ramón propulsó antes, durante y después de su Generalato, estas expediciones materialmente inermes y espiritualmente eficacísimas. Existe amplia documentación sobre el particular. En 1265 el Santo comunica al General de la Orden la conversión de más de 10.000 mahometanos.

La estrategia misional de San Raimundo se acredita de seria y profunda al pertrechar a los misioneros con un espléndido bagaje teológico. A este fin creyó necesario contar con un libro solvente, de bien fundamentado contenido doctrinal y de bien concebido método apologético. Recurrió a la mayor inteligencia de la época y recabó de Santo Tomás de Aquino la redacción de la *Summa contra Gentes* (1259-1261).

El afán evangelizador de San Ramón no se proyecta tan sólo sobre estas misiones exteriores. La predicación en las aljamas de los moros, que seguían habitando en los estados del Conquistador, fue objeto de minuciosa reglamentación por parte del genial jurista en connivencia con el rey.

Pese a estas imposiciones de escuchar a los predicadores del Evangelio, sarracenos y judíos gozaban del libre ejercicio de su culto y de sus leyes.

El celo misionero de Penyafort no se limitó a los infieles de tierras cristianas. Su mirada abarcaba a los musulmanes del norte de África. No es mi intención entrar en pormenores. Me limito a dos hechos suficientemente expresivos.

Fraile predicador, sabía que es más eficaz la fuerza de la verdad que la conmoción del sentimiento pasajero. Tampoco quería evangelizar destruyendo sinagogas o mezquitas, sino levantando junto a ellas escuelas cristianas. Para ello era indispensable organizar un grupo de hombres, apóstoles de la verdad en la caridad. Predicadores que se hicieran todo para todos, para ganarlos a todos.

Este grupo de frailes predicadores requerían dos condiciones: conocer la lengua y poseer la ciencia adecuada.

En cuanto a la lengua, procuró que se cumpliera la disposición del capítulo general de la Orden, «estableciendo que en los conventos lindantes con tierras de misión, se estudiaran las lenguas de los países vecinos; de donde se deducía que en la provincia de España correspondía estudiar el árabe»⁶⁸. A instancias de Penyafort y del general de la Orden, Juan Teutónico, el capítulo provincial de España, celebrado en Toledo el año 1250 bajo la presidencia del provincial, Arnaldo de Segarra, decretó que en virtud de obediencia Arnaldo de Guardia, Pedro Arias, Pedro de Pou, Pedro de Canyellas, Diego Esteban y Ramón Martí se dedicasen al estudio del árabe y otras lenguas orientales⁶⁹.

Consciente de que el apostolado exige, como dice San Pablo, hacerse todo para todos con la finalidad de procurarles la salvación, impulsó la institución de

⁶⁸ Cf. F. VALLS TABERNER, *o.c.*, 124.

⁶⁹ Cf. *Ibíd.*, 125-126.

escuelas en Murcia y en Túnez⁷⁰ (posteriormente se crearon la de Barcelona, la de Valencia y la de Játiva), para que algunos dominicos aprendieran la lengua, la mentalidad y las costumbres arábigas.

Supuesto el conocimiento de la lengua, era preciso cuidar de la preparación intelectual de los hombres escogidos. Para este cometido recurrió San Ramón al Maestro de Teología Tomás de Aquino, suplicándole un libro para los misioneros. Las razones de su petición no eran únicamente su particular iniciativa misionera, sino la delegación apostólica conferida a Penyafort por el Papa Alejandro IV, el 15 de julio de 1260⁷¹.

A la petición de fray Ramón accedió Santo Tomás de Aquino con la incomparable aportación de la *Summa contra Gentes*. Así lo atestigua el cronista Pedro Marsili.

«Conversionem etiam infidelium ardentem desiderans, rogavit eximum Doctorem Sacrae paginae, Magistrum in Theologia, F. Thomam de Aquino, eiusdem Ordinis (qui inter omnes huius mundi clericos, post F. Albertum Philosophum, maximus habebatur), ut opus aliquod faceret contra infidelium errores, per quod et tenebrarum tolleretur caligo, et veritatis doctrina credere nolentibus panderetur. Fecit Magister ille, quod tanti Patris humilis deprecatio requirebat, et Summam, quae contra Gentes intitulatur, composuit, quam pro illa materia non habuisse parem creditur. Studia linguarum pro Fratibus sui Ordinis Tunicii et Murciae statuit, ad quae Fratres Catalanos electos destinari procuravit»⁷².

De la pronta difusión de la obra del Doctor Angélico y del amplio uso que de ella hicieron los predicadores misioneros baste una referencia. Como demostró el Dr. Llovera, fray Ramón Martí, el más célebre de los destinados al estudio del árabe, al redactar su obra *Pugio Fidei* tuvo presente y extractó veintiún capítulos de la *Summa contra Gentes* del Angélico⁷³, adaptándolos al plan de su obra controversista.

La solidaridad propia de la Orden de Predicadores permitió a San Ramón de Penyafort infundir su celo misionero a sus hermanos, que tantos frutos cosecharon para la Iglesia.

El corazón sacerdotal de fray Ramón sentía también la preocupación angustiada por el retorno a la unidad de la fe de la Iglesia Católica, de los que se habían alejado de Ella por la herejía, el cisma o la apostasía⁷⁴. Hijos pródigos que debían ser acogidos con misericordia.

Mas, por cuanto la heterodoxia era en la sociedad cristiana medieval un delito de corrupción mental, procuró atajar el mal con suavidad de santo y energía de pastor espiritual. Pues lo que en la cristiandad medieval era un entramado de

⁷⁰ Véase el texto correspondiente a la nota 73.

⁷¹ Véase F. VALLS TABERNER, *art. cit.* (en la nota 19), 35.

⁷² FRANCISCUS BALME ET CESLAUS PABAN, O. P., *Raymundiana seu documenta quae pertinent ad S. Raymundi de Pennaforti vitam et scripta*, fasc. I, en «Monumenta Ordinis Fratrum Praedicatorum Historica», vol. 6, 12.

⁷³ J. M. LLOVERA, *Raimundo Martí, un teólogo español del siglo XIII*, en la revista *Cristiandad*, diciembre de 1945, 539-543: *Una influencia temprana de Santo Tomás en España*, en *Cristiandad*, enero de 1946, 4-7. Las páginas interesantes al respecto indicado son 1946, 5 y 6.

⁷⁴ Véase *Summa*, tit. 5, 6 y 7: 30-54.

relaciones personales, hoy se ha convertido con frecuencia en mera relación de cosas e ideas.

El cardenal Gomá escribió a este respecto: «Voy a pronunciar una palabra que siempre ha causado estremecimiento en nuestras generaciones, porque en ella se ha mezclado una gran mentira, un repugnante sistema de insinuaciones falsas; palabra que, incluso para personas de cierta cultura, representa una estridencia histórica... Hablo de la Inquisición»⁷⁵.

Ramón de Penyafort trabajó para implantar la Inquisición en Cataluña y fue el primer Inquisidor. Y ello representa una faceta importante de su vida. Como tal, en colaboración con el arzobispo de Tarragona, dictó sabias y prudentes normas para los procedimientos pertinentes⁷⁶, prescribiendo que los inculpados fueran tratados con humanidad y caridad.

Para explicar el sentido de la intervención del Santo en la Inquisición de Cataluña, nada mejor que las palabras del preclaro obispo de Vic, doctor Torras y Bages, que me limito a traducir: «Desde siempre ha habido tribunales para sancionar las acciones humanas, mas el tribunal para inquirir y sancionar las ideas fue una institución nueva y utilísima para el triunfo de la verdad y el progreso de la civilización. La garantía que la forma jurídica concede a ambas partes en toda cuestión, dificulta el apasionamiento, la división en partidos, que comporta en definitiva el resolver el asunto por medio de las armas. En aquellos tiempos de reflexión, en que se creía que la verdad existía y era única, la forma inquisitiva de los frailes predicadores pareció un progreso extraordinario y un medio eficacísimo de civilización cristiana. Civilización cristiana que profesaba que el fundamento de la vida humana, tanto individual como colectiva, es la verdad, la cual debe ser proclamada como reina del linaje humano. Quizá en estos tiempos de frenetismo, en que se proclama la realeza, no de la verdad, sino de la ciega opinión, variable y corruptible, parecerán estas ideas demasiado duras. Mas, entienda el lector que aquellos tribunales de ideas, destinados a obtener la unidad del pensamiento, tenían en cuenta la naturaleza racional del hombre y sus exigencias»^{77*}.

La portentosa actividad desplegada por San Ramón de Penyafort, que, a grandes trazos, he intentado recordar como servidor de la verdad en su vertebración eclesial y social de la justicia, como pastor y médico de almas en su doctrina moral, y como misionero infatigable, fue sencillamente la plenitud de la vivencia de su vocación de fraile predicador.

EPÍLOGO

Los santos no mueren nunca, porque su espíritu permanece vivo en la Iglesia. A cuantos honramos la memoria de San Ramón de Penyafort en el VII Centenario de su gloriosa muerte nos incumbe el deber de perpetuarlo.

⁷⁵ I. GOMÁ, *o.c.*, 28.

⁷⁶ Puede leerse el texto íntegro en el *Diplomatari* de F. VALLS TABERNER, art. cit., 6-13.

⁷⁷ J. TORRAS I BAGES, *o.c.*, 164-165.

Él nos ha legado el ejemplo de humilde, y por humilde, valiente y perseverante servicio a la verdad. Se sirve a la verdad con la profesión de la fe cristiana y el estudio de toda ciencia, pues no hay oposición entre la creencia religiosa y las exigencias de la razón especulativa y práctica. Se sirve a la verdad proclamándola y aplicándola a la convivencia eclesial y ciudadana por la justicia, y defendiéndola con el derecho normativo. Se sirve a la verdad con el equilibrio interior, propio de espíritus convencidos del dinamismo de principios trascendentes, que se apartan por igual de la pasión y del indiferentismo.

Hoy, que el servilismo en la aceptación de filosofías de moda ha producido un vacío en nuestras escuelas filosóficas, privándoles de la libertad de adherirse a la verdad, y está sacudiendo el arte normal y humano de pensarla⁷⁸, necesitamos con urgencia dar culto a la verdad y servirla con el «seny» de fray Ramón de Penyafort, que es sentido común, profundidad y sabiduría al mismo tiempo.

El Maestro de Penyafort nos ha legado sus obras, particularmente la *Summa poenitentiae*. Como toda obra moral, entreverada de derecho positivo y circunstancial, ha perdido parcialmente su actualidad al perder la ley su valor normativo. Mas, además de la letra, contiene un espíritu, y éste es permanente. La moderación, la rectitud y la capacidad de subsumir los temas a un juicio teológico y moral con rigor y prudencia, debe continuar siendo norma de conducta para los moralistas modernos.

No se puede dilapidar la herencia del esfuerzo de los antepasados, únicamente por pertenecer a otro tiempo, ni se puede cerrar el espíritu a la evolución propia del presente y previsible en el futuro. El «Doctor Humanus» debe servirnos de pauta para enlazar con el anillo del amor la verdad, el pasado y el presente en el engarce maestro de la auténtica tradición. Tradición que, como árbol frondoso, deja en el paso del tiempo sus hojas conservando la vitalidad del tronco y la raíz.

Mas para asimilar el espíritu raimundiano es necesario libarlo en contacto con sus obras. Desearía vivamente que la presente conmemoración centenaria no fuera un simple documento de archivo, sino un jalón que espoleara a los estudiosos a profundizar el pensamiento del santo Predicador, dando a conocer las fuentes de su pensamiento y la influencia del mismo en la historia de la Iglesia y de la cultura española.

Para que este conocimiento tuviera horizontes más amplios del campo de los especialistas, ¿no sería útil una edición manual y bilingüe de sus obras, que con oportunos comentarios ofreciera al público culto de España el «seny» incomparable del Maestro Ramón de Penyafort? Públicamente hago votos para que esta necesidad y este deseo sea uno de los frutos concretos de la presente conmemoración centenaria del insigne catalán de corazón universal, el «Doctor Humanus», que fue fray Ramón de Penyafort, de la Orden de Predicadores.

⁷⁸ Cf. PABLO VI, Discurso pronunciado en la inauguración de la II Asamblea general de los Obispos de Latinoamérica, 24 agosto 1968: IP VI, 406.

LA ESPIRITUALIDAD DEL DON MIGUEL MAÑARA, SU VIGENCIA EN LOS TIEMPOS ACTUALES

Conferencia pronunciada en Sevilla el 6 de marzo de 1979, en la sesión de apertura del tercer centenario de la santa muerte del Venerable don Miguel de Mañara. Texto publicado en BOAT, abril 1979, 125-137.

Recientemente, el Santo Padre, Juan Pablo II, ha realizado un viaje pastoral a México que ha conmovido a gran parte del mundo. Las muchedumbres que le han escuchado o seguido no se han interesado gran cosa por tales o cuales conceptos de sus discursos. De eso nos ocupamos nosotros, los que tenemos la obligación de pensar para saber lo que hemos de decir. Hacemos bien. Ojalá no nos quedáramos solamente ahí.

El pueblo ha saltado por encima de los discursos y ha captado de un golpe la realidad suprema de una actitud fundamental: *El Papa estaba allí por amor*. Y todo cuanto hizo, dijo o se movió en aquellos días de incesante actividad es porque amaba. Amaba a un pueblo desconocido hasta entonces, y amaba al mundo, a la Iglesia, a Cristo, a la humanidad.

En México hay pobres. Como los hay en España y en casi todos los lugares de la tierra, en unos más que en otros. Siempre la pobreza, ese misterio de la impotencia y el fracaso humano, a veces también de la maldad de los hombres, que nos acusa a todos implacablemente y que, para mayor paradoja, es lugar preferido para la presencia de Dios. La pobreza es clamor incoercible contra todas las injusticias, campo evangélico, cuyas flores más hermosas son los corazones de los pobres, y solicitud apremiante para hacer que vengan a remediarla los que saben amar.

El Papa, en Méjico, tenía que hablar, como ya lo había hecho Pablo VI y también Juan Pablo I, de una cuestión social que afecta al mundo de hoy, a los pobres y a los ricos, a la Iglesia y a la humanidad, a los evangelizados y a los evangelizadores. De una cuestión que se concreta así: *liberación del hombre que sufre, víctima de las injusticias humanas*. Es una cuestión que de social se ha convertido en teológica, y aun en ascética y mística: teológica, porque se trata de saber qué nos pide sobre ello la Revelación cristiana a los que estamos dispuestos a admitirla; y ascética y mística, porque el modo de plantearla y los intentos para resolverla exigen para muchos un cambio en el concepto de la virtud y del pecado y una dinámica nueva en todo lo relativo a lo que llamamos unión con Dios.

El Papa ha señalado muy bien que el *Evangelio nos pide a todos ser consecuentes*: que hay que amar al hombre no sólo de palabra, sino con obras; que la salvación en Jesucristo, que tratamos de ofrecer, es liberadora de las esclavitudes del pecado para poder alcanzar la vida eterna; y también de las injusticias de este mundo, para que los hombres no sean esclavos de otros hombres en su camino por la tierra. *La Iglesia*, ha venido a decir, *trabaja por la liberación integral del hombre con amor*, con procedimientos que estén de acuerdo con las exigencias evangélicas, y sólo con ellos, no con revoluciones

violentas ni odios de clases. Siempre ha trabajado así, y siempre ha habido seguidores de Jesús que, al calor de su fe y su espíritu cristiano, han amado, servido y liberado al hombre en este mundo y para el otro.

Vosotros celebráis ahora el tercer centenario de la muerte de uno de ellos, el Venerable Don Miguel de Mañara, insigne discípulo del Evangelio y servidor de la humanidad desvalida. Su testimonio no ha perdido actualidad.

Lo que sabemos de su vida es suficiente para comprender la grandeza de su alma. En su entrega a Dios hay como un motivo determinante, que, en lenguaje teológico, llamamos gracia actual o auxilio de Dios a la condición humana en el interior de la conciencia: es el dolor que le producen la muerte de seres muy queridos, y el abandono en que se encuentran tantos y tantos hombres y mujeres de la Sevilla de entonces, en cuyas calles y plazas la miseria ponía su contrapunto más hiriente al fastuoso modo de vivir de unos pocos. Es la época en que las grandezas de la España del Imperio no pueden ocultar la ruina interior que avanzará inexorablemente. Muchos muertos, mucha hambre, mucha picaresca.

Al dolor del espíritu tan fino de Miguel Mañara se une el desengaño, que se hubiera convertido en frustración lacerante de no haber sido por su fe cristiana. Esta fe es la que le lleva a un cambio de vida –la conversión– y a una entrega fervorosa a Cristo en los pobres. A partir de este momento, su vida es de purificación constante, de religiosidad interior y externa, de desprendimiento de sí mismo, y de caridad abnegada que le lleva a ser pobre con los pobres en los cuales ve a Cristo, su Señor.

Su «*Discurso de la Verdad*» nos revela la meditación interior con que alimentaba su alma. Se ve que es un carácter vigoroso y recio que ha hecho una opción entre el servicio a Dios y la esclavitud del pecado. Con un lenguaje ascético muy propio de la época hace apremiante invitación a todos aquellos a quienes pueda llegar su voz, a que piensen en la muerte y en el juicio de Dios que espera a cada uno, en la condenación posible o en los premios eternos. Tiene palabras para todos: para los ricos altaneros, para los alocados, para los gobernantes, los obispos, los sacerdotes. Cuando lo escribe, da la impresión de que él ha puesto la mano en el arado y ya no volverá atrás.

LA MEDITACIÓN SOBRE LAS VERDADES ETERNAS

No está de moda hoy meditar en la muerte y en las postrimerías del hombre. Pero nunca ha sido tan grande como hoy el número de suicidios. La espiritualidad cristiana que hoy se cultiva con preferencia, huye de esta contemplación y busca otros paisajes. Se dice que el cristiano ha de distinguirse por su amor a la vida, por su capacidad creadora, por el aliento vital con que debe acercarse a todo lo que es bello para colaborar con todos los demás, sean quienes sean, a la armonía del mundo. Y es cierto; el cristiano más que nadie debe amar la vida como un don de Dios. Aquí está la diferencia, en amarla como quien se complace en un regalo divino para ir llevándola a las más altas perfecciones, o para saborearla como un fruto pagano que cuelga del árbol del egoísmo. Si quitamos del discurso del Venerable Mañara las adherencias barrocas de su estilo literario, todo lo que dice se reduce a un aviso de la

prudencia cristiana que pide al hombre elegir entre el bien y el mal constantemente. Al fin y al cabo, es el Señor el que nos dice: *Mirad de guardaros de toda avaricia, porque, aunque se tenga mucho, no está la vida en la hacienda. Y les dijo una parábola: Había un hombre rico, cuyas tierras le dieron gran cosecha. Comenzó él a pensar dentro de sí, diciendo: ¿Qué haré, pues no tengo dónde encerrar mi cosecha? Y dijo: Ya sé lo que voy a hacer; demoleré mis graneros y los haré más grandes, y almacenaré en ellos todo mi grano y mis bienes, y diré a mi alma: Alma, tienes muchos bienes almacenados para muchos años; descansa, come, bebe, regálate. Pero Dios le dijo: Insensato, esta misma noche te pedirán el alma, y todo lo que has acumulado ¿para quién será? Así será el que atesora para sí y no es rico ante Dios (Lc 12, 15- 21)-*

Se ha dicho que es un rasgo típicamente español, y por consiguiente sin otro valor que el de lo puramente caracterológico, esta tendencia ascética a cultivar el pensamiento de la muerte, el pecado y la posible condenación, como medio de fomentar una espiritualidad tétrica, extremosa, evadida de los compromisos con el mundo. Los ataques que se han hecho contra este estilo de espiritualidad son innumerables y por lo general tan exagerados como los que tratan de describir. Lo cierto es que no hay ninguna escuela ascética, ningún conjunto de literatura religiosa consistente, ningún estilo generalizado de formación de las conciencias en ningún país católico, ningún santo, incluidos un San Francisco de Asís o un San Francisco de Sales, que no inviten al hombre a considerar la vanidad de la vida, las lecciones de la muerte y el destino eterno que espera a cada hombre según sus obras. Las épocas en que el pensamiento sobre la muerte deja de influir saludablemente son aquellas en que se pierde el sentido del pecado, como vienen advirtiéndolo los Papas de la época contemporánea desde Pío XII, los más comprometidos en un combate evangélico admirable por acompañar al hombre en su afán de progreso y desarrollo en todos los aspectos de la vida individual y social.

El Vaticano II, por otra parte, en el documento más hermoso que la Iglesia reunida en Concilio ha escrito jamás para exaltar la dignidad humana y ensalzar todo cuanto puede conducir a dar satisfacción plena a las más nobles aspiraciones del hombre contemporáneo, nos ha ofrecido también estas consideraciones sistemáticamente olvidadas a la hora de señalar los criterios por los que debe regirse el espíritu del hombre y particularmente el cristiano:

«En realidad de verdad, los desequilibrios que fatigan al mundo moderno están conectados con este otro desequilibrio fundamental que hunde sus raíces en el corazón humano. Son muchos los elementos que se combaten en el propio interior del hombre. A fuer de criatura, el hombre experimenta múltiples limitaciones; se siente, sin embargo, ilimitado en sus deseos y llamado a una vida superior. Atraído por muchas sollicitaciones, tiene que elegir y renunciar. Más aún, como enfermo y pecador, no raramente hace lo que no quiere y deja de hacer lo que querría llevar a cabo (cf. Rm 7, 14ss). Por ello siente en sí mismo la división, que tantas y tan graves discordias provoca en la sociedad. Son muchísimos los que, tarados en su vida por el materialismo práctico, no quieren saber nada de la clara percepción de este dramático estado, o bien, oprimidos por la miseria, no tienen tiempo para ponerse a considerarlo. Muchos piensan hallar su descanso en una interpretación de la realidad propuesta de múltiples maneras. Otros esperan del

solo esfuerzo humano la verdadera y plena liberación de la humanidad y abrigan el convencimiento de que el futuro reino del hombre sobre la tierra saciará plenamente todos sus deseos. Y no faltan, por otra parte, quienes, desesperando de poder dar a la vida un sentido exacto, alaban la insolencia de quienes piensan que la existencia carece de toda significación propia y se esfuerzan por darle un sentido puramente subjetivo. Sin embargo, ante la actual evolución del mundo, son cada día más numerosos los que se plantean o los que acometen con nueva penetración las cuestiones más fundamentales: ¿Qué es el hombre? ¿Cuál es el sentido del dolor, del mal, de la muerte, que, a pesar de tantos progresos hechos, subsisten todavía? ¿Qué valor tienen las victorias logradas a tan caro precio? ¿Qué puede dar el hombre a la sociedad? ¿Qué puede esperar de ella? ¿Qué hay después de esta vida temporal?» (GS 10).

«Creado por Dios en la justicia, el hombre, sin embargo, por instigación del demonio, en el propio exordio de la historia, abusó de su libertad, levantándose contra Dios y pretendiendo alcanzar su propio fin al margen de Dios. Conocieron a Dios, pero no le glorificaron como a Dios. Oscurecieron su estúpido corazón y prefirieron servir a la criatura, no al Creador (cf. Rm 1, 21-25). Lo que la Revelación divina nos dice coincide con la experiencia. El hombre, en efecto, cuando examina su corazón, comprueba su inclinación al mal y se siente anegado por muchos males, que no pueden tener origen en su santo Creador. Al negarse con frecuencia a reconocer a Dios como su principio, rompe el hombre la debida subordinación a su fin último, y también toda su ordenación, tanto por lo que toca a su propia persona, como a las relaciones con los demás y con el resto de la creación.

Es esto lo que explica la división íntima del hombre. Toda la vida humana, la individual y la colectiva, se presenta como lucha, y por cierto dramática, entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas; más todavía, el hombre se nota incapaz de domeñar por sí solo los ataques del mal, hasta el punto de sentirse como aherrojado entre cadenas. Pero el Señor vino en persona para liberar y vigorizar al hombre, renovándole interiormente y expulsando al príncipe de este mundo (cf. Jn 12, 31), que le retenía en la esclavitud del pecado (cf. Jn 8, 34). El pecado rebaja al hombre, impidiéndole lograr su propia plenitud.

A la luz de esta Revelación, la sublime vocación y la miseria profunda que el hombre experimenta hallan simultáneamente su última explicación». (GS 13).

«La Sagrada Escritura, con la que está de acuerdo la experiencia de los siglos, enseña a la familia humana que el progreso altamente beneficioso para el hombre, también encierra, sin embargo, gran tentación, pues los individuos y las colectividades, subvertida la jerarquía de los valores y mezclado el bien con el mal, no miran más que a lo suyo, olvidando lo ajeno. Lo que hace que el mundo no sea ya ámbito de una auténtica fraternidad, mientras el poder acrecido de la humanidad está amenazando con destruir al propio género humano.

A través de toda la historia humana existe una dura batalla contra el poder de las tinieblas, que, iniciada en los orígenes del mundo, durará, como dice el Señor, hasta el final (cf. Mt 24, 13; 13, 24-30 y 36, 43). Enzarzado en esta pelea, el hombre ha de luchar continuamente para acatar el bien, y sólo a costa de grandes

esfuerzos, con la ayuda de la gracia de Dios, es capaz de establecer la unidad en sí mismo.

Por ello, la Iglesia de Cristo, confiando en el designio del Creador, a la vez que reconoce que el progreso puede servir a la verdadera felicidad humana, no puede dejar de hacer oír la voz del Apóstol cuando dice: 'No queráis vivir conforme a este mundo' (Rm 12, 2); es decir, conforme a aquel espíritu de vanidad y malicia que transforma en instrumento de pecado la actividad humana, ordenada al servicio de Dios y de los hombres.

A la hora de saber cómo es posible superar tan deplorable miseria, la norma cristiana es que hay que purificar por la cruz y la resurrección de Cristo y encauzar por caminos de perfección todas las actividades humanas, las cuales, a causa de la soberbia y el egoísmo, corren diario peligro. El hombre, redimido por Cristo y hecho, en el Espíritu Santo, nueva criatura, puede y debe amar las cosas creadas por Dios. Dándole gracias por ellas al Bienhechor y usando y gozando de las criaturas en pobreza y con libertad de espíritu, entra de veras en posesión del mundo como quien nada tiene y es dueño de todo (cf. 2Cor 6, 10): 'Todo es vuestro; vosotros sois de Cristo y Cristo es de Dios' (1Cor 3, 22-23).» (GS 37).

Estas afirmaciones conciliares tienen la misma magnificencia y la misma radical fundamentación que todas las demás contenidas en el espléndido documento, pero omitimos unas y nos quedamos con las que nos agradan, con lo cual la espiritualidad cristiana sufre quiebra profundísima.

Yo no digo que con meditar en la muerte está todo arreglado. No lo dice nadie. Lo único que afirmo es que cuando se pierde el sentido del pecado, la religión cristiana carece de coherencia, se convierte en hábito sociológico, en ideología, en arrastre y pozo cultural que paulatinamente se desvanece; los sacramentos son signos sin contenido, y por eso la eliminación del de la penitencia; la Misa es asamblea más que sacrificio; la conciencia es criterio personal sin más límites que los subjetivos; la oración, un grito colectivo, rumoreado o cantado sin aplicaciones personales; la moral, una psicología de derechos con olvido de los deberes; Cristo mismo, un personaje sin rostro, presente en todo sin comprometer en nada. No hay espiritualidad posible si la vida cristiana se orienta olvidándose del pecado, de la muerte, del fin eterno del hombre, de Cristo muerto y resucitado por nosotros.

De un modo o de otro, el hombre y particularmente el cristiano, tiene que enfrentarse con su propio destino. Cuando no lo hace guiado por el Evangelio, por el ejemplo de los santos, y por la ascética cristiana, termina dejándose conducir por los filósofos de la nada o por los novelistas, como Camus, Gide, Sartre, etc. Creo, en suma, que es un fallo muy notable de la espiritualidad de nuestros días el pesado silencio que se extiende sobre el pecado personal y sus consecuencias, sobre el santo temor de Dios, sobre las verdades eternas, sobre la muerte. Es, como en tantas otras cosas, una postura falsamente conciliar. Se puede y se debe sonreír al mundo como criatura de Dios, y avanzar cantando por los caminos de la vida, pero sin olvidar jamás que el verdadero progreso no existe si el hombre se olvida de Dios.

Un hombre muy de nuestros días, que ha iluminado como nadie el paisaje del mundo desde el corazón mismo de la Iglesia, Pablo VI, escribió en su testamento, escrito trece años antes de su final, estas palabras solemnes y sencillas:

«Fijo la mirada en el misterio de la muerte y de lo que a ésta sigue en la luz de Cristo, el único que la esclarece; y, por tanto, con confianza humilde y serena. Percibo la verdad que para mí se ha proyectado siempre desde este misterio sobre la vida presente, y bendigo al vencedor de la muerte por haber disipado sus tinieblas y descubierto su luz.

Por ello, ante la muerte y la separación total y definitiva de la vida presente, siento el deber de celebrar el don, la fortuna, la belleza, el destino de esta misma existencia fugaz: Señor, Te doy gracias porque me has llamado a la vida, y más aún todavía, porque, haciéndome cristiano, me has regenerado y destinado a la plenitud de la vida.»

«Y respecto a lo que más importa, despidiéndome de la escena de este mundo y yendo al encuentro del juicio y de la misericordia de Dios, debería decir tantas cosas, muchas. Sobre la situación de la Iglesia: que escuche las palabras que le hemos dedicado con tanto afán y amor. Sobre el Concilio: se lleve a término felizmente y trátese de cumplir con fidelidad sus prescripciones. Sobre el ecumenismo: continúese la tarea de acercamiento a los hermanos separados, con mucha comprensión, mucha paciencia y gran amor, pero sin desviarse de la auténtica doctrina católica. Sobre el mundo: no se piense que se le ayuda adoptando sus criterios, su estilo y sus gustos, sino procurando conocerlo, amándolo y sirviéndolo.

Cierro los ojos sobre esta tierra doliente, dramática y magnífica, implorando una vez más sobre ella la Bondad divina. De nuevo bendigo a todos. Especialmente a Roma, Milán y Brescia. Y una bendición y un saludo especial para Tierra Santa, la Tierra de Jesús, adonde fui como peregrino de fe y de paz. Y a la Iglesia, a la queridísima Iglesia católica, a la humanidad entera, mi bendición apostólica.

Finalmente: 'In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum.'

Ego: Paulus P. P. VI.

Roma, junto a San Pedro, 30 de junio de 1965, año III de nuestro Pontificado.»

El estilo es muy distinto, pero el latido del corazón es semejante al de quien escribió el «*Discurso de la Verdad*».

EL ALIVIO DE LOS POBRES, OBRA DE MISERICORDIA CRISTIANA

Pero el espíritu del Venerable Mañara no se detuvo en esas consideraciones. Si alguna vez, como dicen sus biógrafos, pensó en retirarse a la soledad de un convento para entregarse a una vida de oración y penitencia, lo cierto es que el camino que recorrió fue muy distinto. La meditación de la muerte y del pecado

no le hizo desentenderse del trabajo del buen cristiano en el mundo, al que se sintió llamado.

La asombrosa obra de caridad que realizó, de la que en Sevilla quedan testimonios tan elocuentes, no se explica sin una riquísima vida interior, que le hizo avanzar día tras día en el amor a Jesucristo y a los pobres, en los cuales veía a su Señor.

La frivolidad de su vida de antaño, ni más pecaminosa ni más desordenada que la del común de los hombres de su época y su ambiente, había desaparecido por completo.

Su vida de oración se hace cada vez más intensa, con particular observancia de lo que piden los tiempos litúrgicos y las fiestas religiosas. Su mortificación, continua. Sus tiernas y continuas devociones –esa piedad que alienta y a la vez expresa la fe– le acompañan siempre. Lee la Sagrada Escritura, reza los Salmos, medita el Evangelio, se deja guiar por autores ascéticos bien conocidos, adora al Señor en la Eucaristía y capta toda la riqueza del santo Sacrificio de la Misa. Cuando le llega el último período de su vida –los tres últimos años– se le oye con frecuencia manifestar su deseo y su esperanza de ver pronto a Dios en el cielo. El antiguo Caballero de Calatrava, que luchó heroicamente para despojarse de ambiciones, vanidades, vicios y fortunas de este mundo, se ha convertido en un místico que suspira por sumergirse para siempre en la contemplación de Dios. Sus manos no se presentarán vacías.

Él se encaró con un problema social de su época, el de los pobres y desvalidos, y trató de solucionarlo con los medios y criterios que estaban a su alcance. Ingresa primero en la Hermandad, que tenía como fin únicamente el enterrar a los muertos y ajusticiados; en seguida hace evolucionar la institución y surge la Residencia o Asilo nocturno para que puedan recogerse los pobres sin hogar; más tarde los Hospitales o Enfermerías. Es, pues, una caridad misericordiosa y compasiva, que va a más cada vez. No se limita a una limosna para salir del paso. Busca incluso la educación del pobre, educación religiosa y humana que se ofrecía en su Hospital, con lo cual muchos podrían también redimirse de la carencia de estímulos para mejorar su vida. Entonces no se hablaba de derechos humanos ni de promoción social, conquista tan noble de los tiempos modernos, pero Don Miguel Mañara hacía reconocer los derechos divinos que tenían aquellos desamparados. Recuérdese aquel artículo de la Regla que él escribió (Cap. XVI, pág. 44).

Y cuando en Madrid le consultan sobre una institución de caridad que querían erigir con el nombre de *Casa del Ave María*, en que los pobres habían de permanecer recluidos para que no anduviesen por las calles, Don Miguel escribe saliendo en defensa de la libertad de los pobres:

«Estos muy amados hermanos, que tenéis reclusos con título de política, ¿no son los portadores de los bienes de los ricos al cielo? ¿Por su mano no dicen ponemos nuestras riquezas en el cielo? ¿Pues cómo los escondéis de los ojos de los ricos? El pobre llagado, dando voces por esas calles, ¿no mueve muchas veces los corazones de los ricos? ¿Y detrás de las paredes, donde están, queréis que los muevan? ¿La vista de los pobres queréis esconderla, para que se apague en vuestras almas ese poco calor que tenéis de caridad? Si San Martín no hubiera

visto al pobre desnudo, no hubiera vestido a Cristo. ¡Cuántas veces se ha aparecido Jesucristo entre los andrajos de los pobres para santificación de muchos!» «... ¿Y esto se quita de las calles y se encierra en una casa, para que cada uno trabaje con la parte que tuviese sana? Esa es más galera que hospital. De suerte que, por ser tu hermano pobre, si tiene un brazo manco, ¿ha de trabajar con el otro? Y si tiene una pierna coja, ¿no ha de holgar ninguna? ¿Y tú, por rico, has de descansar tu cuerpo, sin trabajar una uña? Esto no es mirar a los pobres como hermanos, sino como a malhechores y delincuentes. Pues ha llegado ya, por nuestros pecados, el mundo a tal extremo, que los echan a presidios por pobres, como malhechores. Esto no se ha hecho entre católicos hasta hoy... En Ámsterdam tienen otra casa, como la que en Madrid se fabrica. ¡Buenos santos y Padres de la Iglesia siguen Vuestras Mercedes, por cierto!»

Pero lo más singular del Venerable Mañara, en su acción caritativa tan ardiente y generosa, fue el total olvido de sí mismo hasta terminar él también siendo pobre. Se despojó de sus bienes, de sus títulos, de sus joyas y recuerdos, de su mansión lujosa, de sus rentas, para terminar en una pequeñita y pobre celda de la casa en que vivían los pobres.

Se despojó de sí mismo, de su propia estimación. Fue humilde y fue humillado. Lo tolera todo con paciencia ejemplar: insultos, desprecios, ingraticudes de aquellos mismos a quienes socorría. Él se hizo pobre, y todo lo esperó de Dios, y acometió obras ingentes confiado en la providencia divina y sólo en ella.

Hoy se habla de la pobreza como testimonio, y como acusación; como compromiso. Incluso en el interior de la Iglesia suenan muchas voces que quieren identificar la pobreza con el simple despojo poniendo como motivación el amor al pobre, y a lo sumo el amor a Cristo. Todavía falta algo para que la pobreza sea evangélica: y es el abandono en las manos de Dios. También esto lo practicó Don Miguel Mañara.

La oportuna celebración de este Centenario nos ayuda a conocer mejor el espíritu y la obra del Venerable Mañara, ejemplo admirable de lo que pueden la fe y la caridad.

Su espiritualidad nace de una riqueza de vida interior centrada en el amor a Jesucristo Redentor, que le llevó a la plena conversión y a dar testimonio de vida cristiana en un servicio heroico a los pobres y desvalidos, enfrentándose así a un problema humano y social de su época al que quiso poner remedio en cuanto a él le fue posible. No fue un hombre frustrado ni un descomprometido. Trabajó y luchó indeciblemente en favor de los desgraciados y miserables de este mundo y muchos de ellos pudieron decir gracias a él: ¡Por fin he encontrado a alguien que me ama de verdad!

La Iglesia ha predicado siempre y ha urgido a todos a poner en práctica este amor sin medida. No puede fomentar el odio ni la revolución. Ahora mismo, cuando Juan Pablo II viaja a México, predica, en nombre de Jesús, la liberación del hombre, que comprende también la satisfacción de toda justicia en la tierra. Pero lo hace con misericordiosa paciencia y con amor siempre.

En su seno no han faltado nunca los discípulos del Evangelio que, al calor de su fe, lo han dejado todo para ayudar a los que sufren. Mañara fue uno de ellos, un

hombre de su época, un seglar, un caballero español, inteligente, afortunado, poderoso. Lo que tuvo de pecador y mundano no fue ni más grave ni más escandaloso que lo que tenían otros de su ambiente y su condición social.

Arrepentido y humilde, se convirtió en un bienhechor de la humanidad. Él no pudo emplear entonces el lenguaje de los derechos humanos, pero vio con perfecta claridad dónde estaba la raíz de la dignidad del hombre, y la proclamó con tanta fuerza y vigor al atender al desvalido que, mucho más valioso que el socorro material, fue el esfuerzo educativo con el que transformó a otros muchos que convivieron con él, y que llegaron a darse cuenta de que no hay servicio a Dios si no hay amor al pobre.

La conciencia de la solidaridad humana y de lo que el hombre merece, simplemente por ser hombre, ha avanzado extraordinariamente y poco a poco estos héroes de la caridad cristiana van quedando relegados al olvido.

La seguridad social, los partidos políticos, las organizaciones sindicales..., etc., son, se dice, las fuerzas más eficaces para solucionar los problemas que se debaten. No seré yo quien lo niegue. Pero hemos de añadir que, si a la antigua caridad le faltaba algo, la eficacia mayor; a la seguridad de hoy le falta algo que también es eficaz, el amor de persona a persona. Es compatible y debe serlo, la justicia social con el amor cristiano. La misma justicia es ya amor; pero puede ser potenciada más y más cuando ese amor se nutre de estímulos cristianos. En el hombre, en el pobre, en el que sufre, es Dios mismo, es Jesús el que sufre y llama.

Con la justicia y con todas las fuerzas sociales capaces de llevarla a la práctica, el amor cristiano. Lograr esta síntesis debería ser el empeño de la nueva civilización. Ese sería también el diálogo de la Iglesia con el mundo contemporáneo. No lo lograremos si se pierde el sentido del pecado y la valoración debida de lo que pide la presencia de Dios en la vida, también en la vida social. El Venerable Mañara no lo perdió: por eso fue tan fecunda su vida de abnegación y servicio a los demás.

ENRIQUE DE OSSÓ, INSIGNE SACERDOTE DE NUESTRO TIEMPO

Estudio publicado en el número monográfico dedicado por la Revista *El Monte Carmelo*, a la figura del Beato Enrique de Ossó, Burgos, 1979,7-82, con el título *Mano de oro. Enrique de Ossó, sacerdote y teresianista*.

Con profunda satisfacción me sumo al homenaje que la Revista «*El Monte Carmelo*», en este número monográfico, rinde a don Enrique de Ossó, con motivo de su próxima Beatificación.

Me animan el cariño y la devoción que surgieron en mí inevitablemente con la obligada lectura de todos sus escritos, al redactar yo su vida, y con la contemplación de su maravillosa y bien documentada historia, rica de virtudes y de heroísmos¹.

Quería, en la medida de mis fuerzas, ayudar a enaltecer esa figura sacerdotal polifacética, hecha de un solo trazo, que, a pesar de ostentarse con un tan alto y bello relieve en la Iglesia española del siglo XIX, no es bastante conocida, y, por lo mismo, no puede ser debidamente estimada, glorificada e imitada.

Ahondando en el conocimiento de esta alma sacerdotal generosa y vibrante, deseo prestar humilde servicio a los sacerdotes de hoy. Don Enrique –su sacerdocio– es paradigma y lección para el ministro de Dios en la tierra. Su celo y diligencia, su fervor ardiente, su paciencia y fortaleza heroicas dieron frutos abundantes en todos los campos en que se movió. Con su inflamada devoción a Santa Teresa de Jesús dio un estilo propio a su vida y un tono singular a su piedad. La clásica robustez de la espiritualidad teresiana –oración, apostolado activo, sacrificio jugoso y ardiente amor a Dios– apareció en él como en un espejo cuyo único fin hubiera sido reflejarla. Ni siquiera le faltó la iluminada clarividencia que tanto distinguió a la Santa de Ávila. Don Enrique de Ossó, campeón en la lucha por la enseñanza y la educación católicas, abrió el camino de una reforma vitalmente necesaria. Y siempre con la conciencia clara y el gozo purísimo de servir a la Iglesia, a la que amaba con pasión.

Por otra parte, esta profundización en el conocimiento de la vida y virtudes de don Enrique aparecía a mis ojos relativamente fácil. Me movía por terrenos explorados y bien conocidos. Sin embargo, no desesperaba de encontrar nuevas riquezas. Las obras y escritos de don Enrique se nos ofrecen como las vides encorvadas con la carga de los racimos, que se tocan unos a otros; el esquilmo es fácil, y la rebusca siempre da algo.

Titulé estas palabras introductorias «las razones» de mi adhesión. Ahora veo que en el fondo son una; pues todas las aducidas no son sino la proyección, la múltiple proyección, de una sola razón, a saber: el sacerdocio de don Enrique, –

¹ Véase M. GONZÁLEZ MARTÍN, *Enrique de Ossó. La fuerza del sacerdocio*, BAC 440, Madrid 1983, XLII, 488 págs.

su participación en el Sacerdocio de Cristo—, vivido con la mayor fidelidad y la más amorosa entrega.

I. EL SACERDOCIO, RESPUESTA SUPREMA DEL HOMBRE A LA LLAMADA DE CRISTO A LA CARIDAD PASTORAL

Toda la Iglesia constituye un pueblo sacerdotal. Cristo Señor, Pontífice tomado de entre los hombres (Hb 5, 1-5), hace partícipe a todo su Cuerpo Místico de la unción del Espíritu con que Él fue ungido². Los bautizados en Él son hechos sacerdocio santo, «para que ofrezcan sacrificios espirituales y anuncien el poder de Aquél que los llamó de las tinieblas a su luz admirable» (1P 2, 4-10)³.

Ahora bien, el mismo Señor, con el fin de que los fieles formaran un solo cuerpo, en el que no todos los miembros desempeñan la misma función (Rm 12, 4), de entre los mismos fieles instituyó a algunos por ministros, con poderes especiales, al servicio de la comunidad, para continuar su obra salvadora. Así pues, Cristo Sacerdote, Buen Pastor, el único «obispo» (1P 2, 25), el Señor de la Iglesia, el centro de su unidad, encargó del ministerio pastoral solamente a algunos.

Estos no son sus sucesores. Cristo no tuvo sucesores, como Sacerdote de la Nueva Alianza. Él mismo está presente en su Iglesia⁴ hasta el fin de los siglos. Pero tiene ministros que actúan en su nombre y con su autoridad.

Él los llama. Celosamente se atribuye la elección (Mc 3,12; Jn 15,16). El hombre responde a esta llamada. La iniciativa es de Cristo Sacerdote, Buen Pastor.

Él sabe para qué llama. El sacerdocio es la respuesta suprema del hombre a la llamada de Cristo a la caridad pastoral.

1. Los datos neo-testamentarios

Cristo elige a los Doce⁵ a modo de colegio, con Pedro a la cabeza⁶; y les encomienda la misma misión que había recibido del Padre⁷. Llamada de Buen Pastor para atender a su rebaño. Quien los escucha, escucha a Cristo⁸.

Tras la ascensión del Señor a los cielos, aparecen, ya en tiempos apostólicos, ministerios en las diversas comunidades. «Obispos- presbíteros»⁹,

² Cf. Mt 3, 16; Lc 4, 18; Hch 4, 27; 10, 38.

³ LG 10a.

⁴ SC 7a; PABLO VI, *Mysterium fidei*: AAS 57 (1965) 762-763.

⁵ Mt 10, 1-42; Mc 3, 13-19; Lc 6, 10-16; Hch 1, 13.

⁶ Los Apóstoles fueron instituidos por Cristo a modo de colegio. Base bíblica de esta afirmación es no este o aquel texto; es todo un conjunto de textos. Unos hablan de los Doce en plural, siempre como grupo estable, a los que se encarga una misión respecto a la Iglesia Mt 10, 1-42; 18,18; 28, 16-20; Mc 3, 13-19; 16,14-18; Lc 6, 12-16; Jn 20, 19-29; otros textos presentan a ese grupo compacto actuando, llevando la dirección de la Iglesia (Hch 1, 26; 2, 14; 6, 2; 8, 14; 9, 27; 15, 2; 1Cor 15, 5-11; Gal 1, 18-2, 10). Con Pedro a la cabeza (Mt 16, 16-19; Lc 22, 31-32; Jn 21, 15-17).

⁷ Jn 17, 18; 20, 21.

⁸ Lc 16, 16.

⁹ Hch 11, 30; 14, 22; 15, 2; 16, 4; 20, 17; 1Tim 5, 17; Fil 1, 1; Tt 1, 7-9.

«diáconos»¹⁰, «presidentes»¹¹, «apóstoles» (=enviados) de los mismos Apóstoles»¹², «guías»¹³, etc., son realidad viviente en los Hechos y en las Cartas de San Pablo. La conciencia de la naciente Iglesia ve en estos ministerios una prolongación, extensión o continuación del Apóstol. La designación podrá provenir de la asamblea; aun entonces, ésta «los presenta a los Apóstoles, quienes, orando, les impusieron las manos»¹⁴. Cristo, el Apóstol en su nombre, llama a la caridad pastoral.

¿Qué ocurre tras la muerte de los Apóstoles? Habla la Tradición, interpretando los datos bíblicos. Dentro de la variedad de personas y funciones, se estructura como forma válida universal del servicio ministerial la de episcopado, presbiterado y diaconado. Todos son partícipes del mismo y único sacerdocio de Cristo, todos llamados por Cristo a la caridad pastoral; pero presbíteros y diáconos sólo pueden ejercer sus funciones en cuanto colaboradores del Obispo. En la Iglesia, pueblo jerárquicamente estructurado por voluntad de Cristo, la respuesta del individuo a la vocación de Dios se realiza jerárquicamente. «Los presbíteros nada hagan sin el parecer del Obispo; es a éste al que se ha confiado el pueblo del Señor; es a él al que se le pedirá cuenta de sus almas»¹⁵.

2. Santo Tomás de Aquino (1225-1274)

Multitud de teólogos han estudiado el tema sacerdotal. Algunas obras alcanzaron extraordinario eco y notable difusión, como *Jesucristo, ideal del sacerdote*¹⁶, escrito póstumo de Dom Columba Marmión; *Naturaleza y espiritualidad del clero diocesano*¹⁷, de G. Thils; *La unión del sacerdote con Cristo, Sacerdote y Víctima*¹⁸ de Garrigou-Lagrangé; tantos y tantos autores, tantas y tantas obras.

Una de las voces de mayor resonancia en la teología y espiritualidad sacerdotales es la de Santo Tomás. Veamos cómo, para él, el sacerdocio es respuesta a la llamada de Cristo a la caridad pastoral.

El carácter es idea central en el pensamiento del Angélico. El carácter es potencia espiritual activa. Impreso en el alma¹⁹ de modo indeleble²⁰ configura con Cristo Sacerdote²¹, y capacita para actuar sobre el Cuerpo Místico y sobre

¹⁰ Hch 6, 1-6; Fil 1, 1; 1Tim 3, 8.

¹¹ 1Ts 5, 12.

¹² 1Ts 2, 7; 1Cor 9, 6.

¹³ Hb 13, 7.17.24.

¹⁴ Hch 6, 6.

¹⁵ *Constituciones Apostólicas* VIII 47, 39.

¹⁶ COLUMBA MARMIÓN, *Le Christ, idéal du Pretre*, Maredsous, 1941 (traducción española, *Jesucristo, ideal del sacerdote*, Barcelona, 1946).

¹⁷ G. THILS, *Nature et spiritualité du clergé diocésaine*, Paris-Brugges, Desclée de Brouwer, 1946 (traducción española, *Naturaleza y espiritualidad del clero diocesano*, 2ª. ed., Salamanca, 1961).

¹⁸ R. GARRIGOU-LAGRANGE, *De unione sacerdotis cum Christo Sacerdote et Victima*, Turin, 1948 (traducción española, *La unión del sacerdote con Cristo, Sacerdote y Víctima*, Madrid, 2ª ed., 1965).

¹⁹ III q.63 a.4.

²⁰ III q.63 a.5.

²¹ III q.33.

el Cuerpo Eucarístico de Cristo²². El sacerdocio es para la caridad pastoral. Cristo llama; Él es «la fuente de todo sacerdocio»²³.

Mientras el carácter confiere al sacerdote poder obrar con eficacia, la gracia le hace idóneo²⁴.

El sacerdote debe ser santo. En la misión de celebrar la Eucaristía hace radicar Santo Tomás la exigencia de santidad, santidad superior a la de los simples fieles, aunque sean religiosos²⁵.

3. El cardenal Mercier (1851-1926)

Abundantes escritos de obispos alegraron e iluminaron las silenciosas y fructuosas horas de incontables vidas sacerdotales. Lograron la mayor fama y fueron libros de cabecera *El sacerdocio eterno*²⁶ del cardenal Manning; *El embajador de Cristo*²⁷, del cardenal Gibbons; *La vida interior*²⁸, del cardenal Mercier; *El sacerdote en la ciudad*²⁹, del cardenal Suhard.

He escogido al cardenal Mercier por ser uno de los principales iniciadores de la promoción del clero diocesano. Hasta propone abandonar la expresión ambigua de «clero secular» y adoptar la fórmula de «clero diocesano», «que no sugiere esos lamentables recuerdos de “secularización” y de “laicización”»³⁰.

Sus escritos sacerdotales por orden cronológico son: *A mes seminaristes*³¹, de 1908; *Retraite pastorale*³², de 1909; *La vie interieure. Appel aux âmes sacerdotales*³³, de 1918; la emocionante carta que dictó el 18 de enero de 1926³⁴, cinco días antes de morir; y *Fraternité sacerdotale diocésaine des amis de Jésus*³⁵, publicada un año después de su muerte.

También para el cardenal Mercier, el sacerdocio es la respuesta del hombre a la llamada de Cristo a la caridad pastoral.

²² *Contra gentes* 1. 4 c. 71-75; *Suppl.* q.36 a.2 ad 1.

²³ III q.22 a.4.

²⁴ *Suppl.* q.35 a.1.

²⁵ “Per sacrum ordinem aliquis deputatur ad dignissima ministeria, quibus ipsi Christo servitur in sacramento altaris, ad quod requiritur maior sanctitas interior quam requirat etiam religiosus status” (II-II q.184 a.8).

²⁶ ENRIQUE EDUARDO, cardenal MANNING, arzobispo de Westminster, *The eternal Priesthood*, Londres, 1883 (traducción española, *El sacerdocio eterno*, Barcelona, 1944).

²⁷ JAIME, cardenal GIBBONS, arzobispo de Baltimore, *The Ambassador of Christ*, Baltimore, 1897 (traducción española, *El embajador de Cristo*, Barcelona, 1934).

²⁸ DESIRE, cardenal MERCIER, *La vie interieure. Appel aux âmes sacerdotales*, Bruxelles, 1918 (traducción española, *La vida interior. Llamamiento a las almas sacerdotales*, Barcelona, 2ª ed., 1940).

²⁹ E., cardenal SUHARD, arzobispo de París, *Le prêtre dans la Cité*, París, 1949 (traducción española, en *Dios, Iglesia, Sacerdocio. Tres pastorales*, Madrid, varias ediciones).

³⁰ *La vie interieure. Appel aux âmes sacerdotales*, Lovaina, 1919, 197-198.

³¹ *A mes seminaristes*, Bruxelles, 1908.

³² *Retraite pastorale*, Lovaina, 1909.

³³ *La vie interieure Appel aux âmes sacerdotales*, Bruxelles, 1918.

³⁴ *Oeuvres pastorales VII*, Lovaina, 1929.

³⁵ *Fraternité sacerdotale diocésaine des amis de Jésus*, Brujas, Desclée de Brouwer, 1927.

a) El sacerdote es «alter Christus» por el carácter, que él describe como «rasgos (fisonomía) de Cristo»:

«El sacerdocio es la prolongación de Cristo sobre la tierra..., vosotros sois la continuación viviente de Dios por medio de su Cristo, al servicio de la humanidad pecadora y doliente. Yo veo a Dios en vosotros, yo leo en vuestro carácter sacerdotal los rasgos de Cristo, yo reconozco en vuestra acción la realización del Misterio divino cuyo cumplimiento es el cristianismo»³⁶.

«Vuestro sacerdocio os une a Cristo: el ejercicio del sacerdocio os identifica con Él... Es Dios, Cristo Dios, quien habla por vuestros labios... La tradición cristiana lo ha comprendido perfectamente y lo ha expresado con esta fórmula, que viene a ser como un adagio teológico: Sacerdos, alter Christus: el sacerdote es otro Cristo»³⁷.

b) Consecuentemente, el sacerdote es el hombre de Dios:

«Sí, por vocación y por el estado que profesamos somos consagrados, es decir, separados, objetos inviolables, dedicados con exclusividad al servicio de Dios»³⁸.

En esta perspectiva de consagración total se sitúa el celibato:

«¿Por qué hemos prometido solemnemente guardar el celibato durante toda la vida sino para asegurarnos el medio de no tener el corazón encadenado por criatura alguna, ni el espíritu absorto o el tiempo ocupado por las solicitudes inevitables de una familia que hay que educar y mantener?»³⁹.

c) La misión del sacerdote se reduce a dos funciones capitales: una, que se refiere al Cuerpo Eucarístico de Cristo (la celebración del sacrificio del altar); otra, que se refiere a su Cuerpo Místico (la *cura animarum*):⁴⁰

«Vivir de vuestro sacerdocio es, ante todo, celebrar santamente la Misa y suministrar santamente los sacramentos, que con ella se relacionan»⁴¹. «Por encima de todo tened siempre presente el formidable misterio que estáis llamados a actualizar cada día. El sacerdote es, ante todo, el poder de celebrar el santo sacrificio de la Misa»⁴². «El pastor es el guía natural de su rebaño. Debe conducirlo por los caminos de la salvación»⁴³.

d) El sacerdote, al servicio de la humanidad pecadora y doliente, es cooperador del obispo:

«Vuestro sacerdocio es una participación del sacerdocio episcopal. El orden que habéis recibido depende del nuestro, de modo intrínseco e

³⁶ *La vie interieure*, Introducción.

³⁷ *La vie interieure*, 138, 140, 143.

³⁸ *Retraite pastorale*, Lovaina, 1926, 230.

³⁹ *Retraite pastorale*, 236.

⁴⁰ *Fraternité sacerdotale*, 24ss.

⁴¹ *Oeuvres pastorales VII*, Lovaina, 642.

⁴² *Fraternité sacerdotale*, 92.

⁴³ *Retraite pastorale*, 301.

indisoluble»⁴⁴. «Mirad a vuestro obispo, cuyos colaboradores sois, *cooperatores ordinis nostri*; compadeceos de su debilidad y de la desproporción entre la carga y sus fuerzas, *qui quanto fragiliores sumus, tanto his pluribus indigemus*. Aplicad el ardor de vuestro celo a ayudarle cada vez más eficazmente. En esto está contenida para vosotros, a la vez, la perfección y la forma específica de vuestra perfección»⁴⁵.

e) El sacerdote es (debe ser) modelo para su grey:

«El sacerdote es, por estado, una manifestación de la santidad de Dios; manifestación que su vida debe hacer cada día más luminosa»⁴⁶. «Nuestro Señor es el camino, la verdad y la vida. Nosotros, que lo representamos entre los hombres, somos infieles a nuestra misión si no tenemos la santa osadía de decir, tanto a los más perfectos como a los principiantes: “Sed imitadores míos como yo lo soy de Cristo”»⁴⁷.

¿Y cuál es la raíz de esta exigencia de santidad?

«La razón más imperiosa de la obligación del sacerdote a una vida santa e inmaculada se basa en sus relaciones con el sublime misterio de la Santísima Eucaristía»⁴⁸.

f) La llamada de Cristo a la caridad pastoral exige al sacerdote ser hombre de oración:

El ideal de la vida apostólica es «contemplata tradere». «Recógete – aconseja al predicador –, medita el tema delante de Dios; considéralo con fe, experimenta tú, antes que nadie, su acción bienhechora; y entonces, cuando el amor de la verdad que te preparas a predicar te llene el corazón, cuando bajo el impulso de tu celo por la gloria de Dios, por la santificación de su santo nombre, por la extensión de su reino, por la realización de su voluntad tres veces santa, te sientas feliz de poder comunicar a otros los sentimientos que vibran en ti, entonces, y sólo entonces, ponte a escribir el sermón»⁴⁹. «La esencia de una vida apostólica es la unión íntima del alma con Dios, una vida interior constante, una vida de oración»⁵⁰.

4. Encíclicas de los últimos Papas

El Magisterio pontificio presenta abundantes escritos sobre el sacerdocio⁵¹. Dedicar capítulos al sacerdocio las encíclicas *Mystici Corporis* (20 de junio de

⁴⁴ *Fraternité sacerdotale*, 85.

⁴⁵ *La vie interieure*, Lovaina, 1909, 182.

⁴⁶ *Retraite pastorale*, 269.

⁴⁷ *Retraite pastorale*, 305.

⁴⁸ *Fraternité sacerdotale*, 99.

⁴⁹ *Retraite pastorale*, 312-313.

⁵⁰ *Fraternité sacerdotale*, 61.

⁵¹ Cfr. ESQUERDA BIFET, JUAN, *Sacerdocio. Documentos Pontificios*, Vitoria, 1962, 284 pp.; DOMINICOS DE SAN ESTEBAN, *Pensamiento sacerdotal de Pío XII*, Salamanca, 1959, 240 pp.; BLANCO PIÑAN, SALVADOR, *Juan XXIII a los sacerdotes*, segunda parte de “Yo te elegí”, Madrid, 1960, 288 pp.; PABLO VI, *Sacerdocio católico. Alocuciones, discursos y cartas al clero*, edición preparada por Cipriano Calderón y Gerardo Rodríguez, Salamanca, 1965, 253 pp.; PABLO VI, *Siervos del Pueblo de Dios. Reflexiones y discursos sobre el sacerdocio ministerial*, Salamanca,

1943), *Mediator Dei* (20 de noviembre de 1947), *Evangelii praecones* (2 de junio de 1951), *Sacra virginitas* (25 de marzo de 1954) y *Fidei donum* (21 de abril de 1957) de Pío XII; *Ecclesiam suam* (6 de agosto de 1964) y *Mysterium fidei* (3 de septiembre de 1965) de Pablo VI.

Junto a las encíclicas que dedican alguna sección al sacerdocio, están los documentos estrictamente sacerdotales: la enc. *Haerent animo*⁵², de San Pío X (4 de agosto de 1908); la enc. *Ad catholici sacerdotii*⁵³, de Pío XI (20 de diciembre de 1935); la exhortación *Menti nostrae*⁵⁴, de Pío XII (23 de septiembre de 1950); la enc. *Sacerdotii nostri primordia*⁵⁵ de Juan XXIII (31 de julio de 1959); la carta apostólica *Summi Dei Verbum*⁵⁶, (4 de noviembre de 1963) y la enc. *Sacerdotalis coelibatus*⁵⁷ (24 de junio de 1967), de Pablo VI.

Estos grandes documentos presentan el sacerdocio como respuesta suprema del hombre a la llamada de Cristo a la caridad pastoral. De este pensamiento papal son mojonos señeros los siguientes puntos:

1º. Cristo es el «único y eterno sacerdote del Nuevo Testamento»⁵⁸.

2º La participación en el sacerdocio de Cristo fue confiada a la Iglesia, quien la ejerce a dos niveles, según los caracteres de los sacramentos⁵⁹. Pío XI comparó explícitamente el sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio ministerial. Pío XII reaccionó con viveza contra las peligrosas desviaciones, que negaban al sacerdocio ministerial la exclusividad de funciones específicas sacerdotales⁶⁰.

3º «El sacramento del orden coloca a los sacerdotes aparte con respecto a los demás fieles de Cristo que no han recibido este don, pues ellos solos, respondiendo a la llamada de una especie de instinto sobrenatural, han accedido al sagrado ministerio que les consagra al servicio de los altares... Sólo ellos están marcados con el carácter indeleble que les configura con Cristo-Sacerdote»⁶¹.

4º «... inexpresable grandeza del sacerdote católico, que tiene potestad sobre el mismo Cuerpo de Jesucristo; ...además ha recibido otros poderes sublimes sobre su Cuerpo Místico, es decir, sobre su Iglesia»⁶².

1971, 451 pp.; *Enchiridion Clericorum. Documenta Ecclesiae sacrorum alumnis instituendis*, 1938, LVII-920 pp.; CONGREGAZIONE DEI SEMINARI E DELLE UNIVERSITÀ, *L'Ordinamento dei Seminari de S. Pio X a Pio XII*, Città del Vaticano, 1959, 200 pp.; SUQUÍA GOICOECHEA, ÁNGEL, *De formatione clericorum documenta quaedam recentiora*, Vitoria, 1958-61, 2 vol. 80; 276 pp.; CACCIATORE, JOSÉ, *Enciclopedia del Sacerdozio*, traducción española. *Enciclopedia del Sacerdocio*, Madrid, 1959, 5 v.

⁵² ASS 41 (1908) 555-577.

⁵³ AAS 28 (1936) 5-53.

⁵⁴ AAS 42 (1950) 657-704.

⁵⁵ AAS 51 (1959) 545-579.

⁵⁶ AAS 55 (1963) 979-995.

⁵⁷ AAS 59 (1967) 657-697.

⁵⁸ *Menti nostrae*: AAS 42 (1950) 661.

⁵⁹ Cfr. Pío XII, aloe. *Magnificate Dominum*, 2 nov. 1954: AAS 46 (1954) 669; enc. *Mediator Dei*, 20 nov. 1947: AAS 39 (1947) 555.

⁶⁰ *Mediator Dei*: AAS 39 (1947) 553-556.

⁶¹ *Ibid.*, 529.

⁶² *Ad catholici sacerdotii*: AAS 28 (1936) 12.

5º «Esos sublimes poderes... no son transitorios ni pasajeros, sino estables y perpetuos, pues están unidos a un carácter indeleble, impreso en el alma, por el cual se ha convertido en sacerdote para siempre»⁶³ «El carácter sacramental del orden sella con un amor de predilección, por parte de Dios, un pacto eterno»⁶⁴.

6º La llamada a la caridad pastoral es vocación a una tarea espiritual; el sacerdote es dispensador de los misterios de Dios. «En el monte Calvario le fue abierto al Redentor el costado, del que fluyó su sagrada sangre, que corre a lo largo de los siglos como un torrente que lo inunda todo, para purificar las conciencias de los hombres, expiar sus pecados y repartirles los tesoros de la salvación. A llevar a cabo un ministerio tan sublime están destinados los sacerdotes»⁶⁵.

7º El sacerdote actúa «no en nombre propio, sino en nombre de Jesucristo»⁶⁶, «gerit personam Christi»⁶⁷, «personam Christi utpote capitis gerit»⁶⁸, «Christi partes gerit»⁶⁹, «personam Christi sustinet»⁷⁰, «lesu Christi partes agit»⁷¹.

8º La caridad pastoral se ejerce en obediencia constante y exacta a la sagrada jerarquía: los presbíteros «procuren mostrarse siempre respetuosos y obedientes para con su obispo, según la advertencia de San Ignacio de Antioquía: “Someteos al obispo como a Jesucristo” ... Es preciso, pues, como ya lo hacéis, que no hagáis nada sin contar con vuestro obispo»⁷².

9º La llamada de Cristo a la caridad pastoral «exige, de la criatura escogida, la santidad»⁷³. Implica entrega total: «La vocación es digna de una generosidad absoluta... Exige que todos correspondan a ella plenamente en una donación total, un desprendimiento absoluto de los bienes, de las principales preocupaciones de carácter terreno, incluso de la familia... para dejarse penetrar de la voluntad y de los sentimientos del Sacerdote eterno»⁷⁴. «El cumplimiento de las funciones sacerdotales requiere mayor santidad interior de la que exige el mismo estado religioso»⁷⁵.

10º Para mantener la fidelidad de esta respuesta a la llamada de Cristo, más aún, para que sea fructuoso el ejercicio de la caridad pastoral proponen los Papas la oración, la lectura espiritual, el examen de conciencia, los retiros anuales y mensuales, las asociaciones de sacerdotes, etc. Propugnan la santificación en el ministerio; proclaman la síntesis de contemplación y acción.

⁶³ *Ibid.*, 15.

⁶⁴ *Sacerdotii nostri primordia*: AAS 51 (1959) 548.

⁶⁵ *Menti nostrae*: AAS 42 (1950) 675.

⁶⁶ *Haerent animo*: AAS 41 (1908) 557.

⁶⁷ *Ad catholici sacerdotii*: AAS 28 (1936) 10.

⁶⁸ *Mediator Dei*: AAS 39 (1947) 553.

⁶⁹ *Ad catholici sacerdotii*: AAS 28 (1936) 20.

⁷⁰ *Menti nostrae*: AAS 42 (1950) 666; *Mediator Dei*: AAS 39 (1947) 538.

⁷¹ *Menti nostrae*: AAS 42 (1950) 659.

⁷² *Sacerdotii nostri primordia*: AAS 51 (1959) 556-557.

⁷³ *Ibid.*, 548.

⁷⁴ JUAN XXIII: *Carta en el Centenario del Seminario de Dublín* (20 sept. 1960): AAS 52 (1980) 891.

⁷⁵ *Sacerdotii nostri primordia*: AAS 51 (1959) 550.

«El sacrificio eucarístico no dejará de ser (para los sacerdotes), a lo largo de su vida, el principio de su acción apostólica y de su santificación personal»⁷⁶. Y en consonancia con los movimientos bíblicos, litúrgico, mariano, etc., los Papas hablan cada vez con más frecuencia de la Sagrada Escritura, de la Liturgia, del Rosario, etc., en el ministerio y vida sacerdotales.

5. El Concilio Vaticano II

Impulsada por el Espíritu Santo, la Iglesia ha sentido la necesidad de verse, a la luz de la fe, tal como Dios la concibe en sus eternos designios de salvación. En el centro mismo de esta reflexión se encuentra el sacerdocio, que el Concilio estudia directamente en las Constituciones Dogmáticas *Lumen Gentium*⁷⁷ y *Sacrosanctum Concilium*⁷⁸ y en los Decretos *Christus Dominus*⁷⁹, *Presbyterorum Ordinis*⁸⁰, *Optatam totius*⁸¹, *Unitatis redintegratio*⁸² y *Ad gentes*⁸³.

También el Concilio Vaticano II presenta el sacerdocio como respuesta suprema del hombre a la llamada de Cristo a la caridad pastoral. Pero su planteamiento ofrece la gozosa posesión de los luminosos horizontes que vislumbrábamos. Veámoslo, dentro de la obligada brevedad:

1º Afirmación-clave de la doctrina conciliar sobre el sacerdocio es la de la Iglesia «Sacramento»⁸⁴. Todo cristiano, por su bautismo, es testigo de Cristo, de cuya «función sacerdotal, profética y real» participa⁸⁵. «No se da, por tanto, miembro alguno que no tenga parte en la misión de Cristo»⁸⁶. Ahora bien, «de entre los mismos fieles instituyó a algunos por ministros, que en la sociedad de los creyentes poseyeran la sagrada potestad del orden para ofrecer el sacrificio y perdonar los pecados, y desempeñaran públicamente el oficio sacerdotal por los hombres en nombre de Cristo»⁸⁷. Obispos y presbíteros, aquéllos por la consagración episcopal, éstos por la ordenación presbiteral, añaden un título nuevo, a saber: ser signo e instrumento de Cristo, actuar «en su nombre y con su poder»⁸⁸, ser testigos de Cristo en cuanto Cabeza y Buen Pastor⁸⁹.

⁷⁶ *Ibid.*, 563.

⁷⁷ AAS 57 (1965) 5-71.

⁷⁸ AAS 56 (1964) 97-138.

⁷⁹ AAS 58(1966) 673-701.

⁸⁰ AAS 58 (1966) 991-1024.

⁸¹ AAS 58 (1966) 713-727.

⁸² AAS 57 (1965) 90-111.

⁸³ AAS 58 (1966) 947-990.

⁸⁴ LG 1 y 48. Cfr. O. SEMMELROTH, *La Iglesia como sacramento original*, San Sebastián, 1963; Parole et sacrement dans l'Eglise, en *Lumière et Vie* 9 (1962) 25-45; E. H. SCHILLEBEECKX, *Cristo sacramento del encuentro con Dios*, San Sebastián, 1966; P. SMULDERS, *La Iglesia como sacramento de Salvación*, en "La Iglesia del Vaticano II", Barcelona, 1966, 377-400; J. L. WITTE, *La Iglesia sacramentum unitatis*, *ibid.*, 505-535; J. COLLANTES, *La Iglesia es en Cristo como un Sacramento*, cap. segundo de "El misterio de la Iglesia", Granada, 1968, 67- 89. C. POZO, *La Iglesia, sacramento primordial. Contenido teológico-real de este concepto*, en *Estudios Eclesiásticos* 41 (1966) 139-159; I. MURILLO, *La Iglesia de Cristo, Sacramento de Comunión*, en *Diálogo Ecuménico* 4 (1969) 197-218.

⁸⁵ LG 31; cfr. LG 10, 12 y 36.

⁸⁶ PO 2.

⁸⁷ PO 2.

⁸⁸ LG 35.

⁸⁹ PO 2.

Obispos y presbíteros ¿cómo participan de la autoridad con que Cristo mismo edifica, santifica y gobierna su Cuerpo? «Enviados los Apóstoles, como Él fuera enviado por su Padre, Cristo, por medio de los mismos Apóstoles, hizo partícipes de su propia consagración y misión a los sucesores de aquéllos, que son los Obispos, cuyo cargo ministerial, en grado subordinado, fue encomendado a los presbíteros»⁹⁰. Unos y otros participan «en el grado propio de su ministerio, del oficio del único Mediador, Cristo»⁹¹, participan «en el ministerio mismo de Cristo» para edificar la Iglesia.

2º Otra idea teológica base de la doctrina conciliar sobre el sacerdocio es la sacramentalidad del episcopado. «La consagración episcopal, junto con el oficio de santificar, confiere también los oficios de enseñar y de regir, los cuales, sin embargo, por su misma naturaleza, no pueden ejercerse sino en comunión jerárquica con la Cabeza y los miembros del Colegio»⁹². «Los presbíteros, aunque no tienen la cumbre del pontificado y dependen de los obispos en el ejercicio de su potestad, están, sin embargo, unidos con ellos en el honor del sacerdocio y, en virtud del sacramento del orden, han sido consagrados como verdaderos sacerdotes del Nuevo Testamento, a imagen de Cristo, uno y eterno Sacerdote (Hb 5,1-10; 7,24; 9,11-28), para predicar el Evangelio y apacentar a los fieles y para celebrar el culto divino»⁹³. La llamada de Cristo a la caridad pastoral comprende las tres funciones: magisterial, santificadora y de gobierno. La misión divina se transmite y confiere por el sacramento del orden. Las tres funciones son potestad de orden. Toda función sacerdotal es sacramental. El ejercicio de la misión divina se regula por la misión canónica.

3º Para la inteligencia del sacerdocio como respuesta del hombre a la llamada de Cristo a la caridad pastoral, es también afirmación-clave del Vaticano II la de la «comunión» de los obispos entre sí y con el Papa (colegialidad), y la de los presbíteros de cada iglesia particular con su obispo (presbiterio). No hay equiparación entre Colegio Episcopal y Presbiterio; la fundamentación teológica es de distinta naturaleza, como todos sabemos. Pero en uno y otro caso queda excluida la concepción individualista del sacerdote (sea obispo, sea presbítero) y de su ejercicio ministerial.

La llamada de Cristo a la caridad pastoral tiene dimensión universal: «Los obispos todos, como miembros del Cuerpo episcopal, sucesor del Colegio de los Apóstoles, han sido consagrados no sólo para una diócesis determinada, sino para la salvación del mundo»⁹⁴. «El don espiritual que los presbíteros recibieron en la ordenación no los prepara a una misión limitada y restringida, sino a la misión universal y amplísima de salvación “hasta lo último de la tierra” (Hch 1, 8), pues cualquier ministerio sacerdotal participa de la misma amplitud universal de la misión confiada por Cristo a los Apóstoles»⁹⁵.

La misión canónica vendrá a delimitar el ejercicio de la triple función sagrada, la cual por su naturaleza está ordenada a la misión de la Iglesia.

⁹⁰ PO 2; cf. LG 28.

⁹¹ PO 2 y 4; cf. LG 28.

⁹² LG 21.

⁹³ LG 28.

⁹⁴ AG 38.

⁹⁵ PO 10.

4º El carácter propio de la llamada de Cristo a la caridad pastoral específicamente episcopal viene señalado en la doble condición del obispo como miembro del Colegio episcopal⁹⁶ y como «vicario y legado de Cristo», «no del Romano Pontífice», en la iglesia particular que le ha sido encomendada⁹⁷.

El carácter propio de la llamada de Cristo a la caridad pastoral específicamente presbiteral viene señalado por la cuádruple relación del presbítero, a saber: con Cristo, con su obispo, con los demás presbíteros y con los fieles⁹⁸.

5º Así aparece la imagen del sacerdote como padre y pastor. El sacerdocio es la respuesta suprema del hombre a la llamada de Cristo a la caridad pastoral. Es la caridad al estilo del Buen Pastor (Jn 10, 11-16). Esta caridad pastoral es el motor de la vida sacerdotal: «al regir y apacentar al Pueblo de Dios, se ven impulsados por la caridad del Buen Pastor a dar su vida por sus ovejas y a estar preparados para el sacrificio supremo»⁹⁹.

6º Estas perspectivas del Vaticano II marcan la espiritualidad sacerdotal plenamente como caridad de buen pastor: «desempeñando la función del Buen Pastor, encontrarán en el ejercicio mismo de la caridad pastoral el vínculo de la perfección sacerdotal que reduce a unidad su vida y acción»¹⁰⁰.

La síntesis entre acción y vida interior se logrará en la imitación, configuración y seguimiento de Cristo, Buen Pastor. «Al proclamar la Palabra se unirán más íntimamente con Cristo Maestro... Al unirse (en el sacrificio eucarístico) al acto de Cristo sacerdote, se ofrecen por entero a Dios... Al administrar los sacramentos se unen a la intención y caridad de Cristo... Al recitar el oficio divino prestan su voz a la Iglesia, que persevera en la oración, juntamente con Cristo... Al regir y apacentar al Pueblo de Dios, practican la ascesis propia del pastor de almas...»¹⁰¹. «Cristo permanece siempre principio y fuente de la unidad de vida de sus ministros»¹⁰².

6. Es respuesta distinta de la que da el religioso

El sacerdocio, respuesta suprema del hombre a la llamada de Cristo a la caridad pastoral, es una respuesta distinta de la que da el religioso con la profesión de los consejos evangélicos, en un instituto reconocido oficialmente por la Iglesia.

Define al religioso esa profesión de los consejos evangélicos, esa entrega, estable y definitiva, a Cristo por medio de los votos o de otros sagrados vínculos. El religioso sigue a Cristo, virgen, pobre y obediente hasta la muerte de cruz. El religioso responde a la llamada de Cristo a la caridad perfecta por los consejos evangélicos.

Al diferenciar la vocación sacerdotal de la religiosa, definiendo aquélla como respuesta a la llamada de Cristo a la caridad pastoral, podría parecer que se

⁹⁶ *Christus Dominus*, 4, 5 y 6.

⁹⁷ LG 27.

⁹⁸ PO 2, 7, 8 y 9.

⁹⁹ PO 13.

¹⁰⁰ PO 14.

¹⁰¹ PO 13.

¹⁰² PO 14.

niega función eclesial al estado religioso. Nada más lejos de la realidad. Los religiosos, «movidos por la caridad, que el Espíritu Santo derrama en sus corazones (Rm 5, 5), viven más y más para Cristo y su Cuerpo, que es la Iglesia (Col 1, 24). Ahora bien, cuanto más fervientemente se unen con Cristo por esa donación de sí mismos, que abarca la vida entera, tanto más feraz se hace la vida de la Iglesia y más vigorosamente se fecunda su apostolado»¹⁰³.

7. Don Enrique de Ossó y la literatura sacerdotal posterior a él

Larga, pero necesaria, ha sido la presentación del sacerdocio. Con ella nos hemos asomado al amplísimo horizonte de la riquísima literatura sacerdotal que aparece desde la época de don Enrique hasta nuestros días¹⁰⁴.

El 21 de septiembre de 1867 don Enrique era ordenado sacerdote. En Montserrat, catedral de las montañas, el día 6, primer domingo de octubre, fiesta de la Virgen del Rosario, celebró su primera Misa. Desde aquella fecha, la reflexión de la Iglesia sobre el sacerdocio ha proliferado en abundantísimos escritos sobre la más profunda intimidad de su ser, de su misión, de sus relaciones, de sus poderes y de sus exigencias. Contemplamos con gozo frutos tan ubérrimos.

Mas al estudiar el fecundo sacerdocio de don Enrique, no buscamos establecer un paralelismo entre su vida sacerdotal (realizada en circunstancias históricas concretas) y la posterior doctrina sobre el sacerdocio; equivaldría a olvidar los progresos de la reflexión teológica. Comprobaremos, sí, la plena identidad de líneas fundamentales que están a la base del sacerdocio; son los valores perennes, que revisten diversas formas en consonancia con las usanzas sociales, con la sensibilidad de los pueblos, con los modos de expresión. Pasan los elementos caducos, las prácticas y tareas apostólicas que, en cada tiempo, parecen apropiadas para expresar la naturaleza y espiritualidad pastoral del sacerdocio, y que, en épocas posteriores, parecen insuficientes o inadecuadas, porque están vinculadas a esquemas socio-culturales del pasado.

No es fácil al hombre llegar al fondo de los océanos. Sin embargo, ha conseguido medir la profundidad de tales abismos. Las ondas sonoras han sido el medio que ha permitido aquellas maravillosas mensuras. Pues bien, océano insondable es el sacerdocio: sólo la mirada infinita de Dios ve sus secretos, manifestados a nosotros en Cristo y por Cristo, «único y eterno Sacerdote»¹⁰⁵.

La vida y escritos de don Enrique de Ossó, a la manera de las ondas sonoras, nos llevan a descubrir, plasmados dentro del marco y circunstancias históricas de sus límites cronológicos, los secretos del sacerdocio, revelados por Cristo y los Apóstoles, y creídos en la Iglesia con creciente comprensión, que le viene del estudio, la reflexión, la contemplación, la vivencia y, sobre todo, la proposición del Magisterio eclesial.¹⁰⁶ Toca a éste garantizar la legitimidad de la investigación teológica y la validez de una existencia sacerdotal. Proclama

¹⁰³ PC 1; cf. LG 44.

¹⁰⁴ Cf. los Boletines Bibliográficos de J. ESQUERDA BIFET, en *Teología del Sacerdocio*, Burgos.

¹⁰⁵ *Menti nostrae*: AAS 42 (1950) 661.

¹⁰⁶ Cf. DV 8.

aquella mediante la aprobación y recomendación de escritos; autoriza ésta mediante la beatificación y canonización.

La beatificación del Venerable don Enrique de Ossó sanciona no el marco socio-cultural de su vida sacerdotal, sino el «espíritu» sacerdotal que animó aquellas formas concretas de su existencia. Los marcos socio-culturales se suceden inexorablemente; el «espíritu» sacerdotal permanece, pues de él Cristo, Buen Pastor, es Divino Maestro y Modelo.

Apliquemos las finas y preciosas ondas sonoras a ese vasto océano, que fue el corazón del insigne sacerdote Ossó. Su sacerdocio, –su participación en el Sacerdocio de Cristo–, vivido con la mayor fidelidad y la más amorosa entrega, es paradigma y lección siempre y en todo lugar.

II. DON ENRIQUE, UNA FIGURA SACERDOTAL DEL SIGLO XIX

A. El siglo XIX español en los años de D. Enrique

1. Síntesis de urgencia

Si alguno desea un retrato del siglo XIX español, piérdase en la enmarañada selva de publicaciones con los juicios más dispares¹⁰⁷. Aquí pretendo sólo abocetar una síntesis de urgencia sobre el marco histórico, cuyo conocimiento es imprescindible para la comprensión de la actividad sacerdotal de don Enrique, catequista y pedagogo; predicador de misiones y Ejercicios; publicista, escritor y propagandista con sentido moderno; fundador de una Compañía de Santa Teresa para educar en la fe; precursor en el aprecio del valor de la mujer; adelantado en técnicas pedagógicas; pionero de la penetración en el mundo de la universidad y de la cultura; entusiasta creador de asociaciones que preceden, en el tiempo, a la Acción Católica y a los modernos apostolados; enamorado del Papa, de la Iglesia y de la tradición católica de España.

Don Enrique nace en 1840 (dos meses después de terminada la primera guerra carlista), y muere en 1896. En el telón de fondo de esos cincuenta y seis años contemplamos a España como una selva de partidos, luchas, conspiraciones, pronunciamientos, guerrillas, tendencias desconcertantes y paralizadoras¹⁰⁸.

Un año después de ser ordenado sacerdote estalla la Revolución, llamada «la Gloriosa». Inmediatamente, libertad de cultos, de imprenta, de enseñanza, de asociación y reunión, sufragio universal... Lo malo fue ese estúpido sectarismo con que siempre se ha manifestado la revolución en España: en seguida se expulsaba a los Jesuitas y demás Ordenes religiosas, se derribaban iglesias, se

¹⁰⁷ CUENCA TORIBIO, M., *Iglesia y Estado (1789-1903)*, en *Diccionario de Historia Eclesiástica de España*, t. II, Madrid, 1972, p. 1.160-1.174; *Estudios sobre la Iglesia Española del siglo XIX*, Madrid, 1973. CARR, R., *España 1808-1936*, Barcelona, 1966. TUÑÓN DE L, M., *La España del siglo XIX*, París 1968; *Estudios sobre el siglo XIX español*, MARTÍN HERNÁNDEZ, F., DE LA CRUZ MOLINER, J. M., PINERO, J. M., *Espiritualidad romántica*, en *Historia de la Espiritualidad*, t. II, Barcelona, 1969, p. 449-523. VICENS VIVES, J., *Cataluña en el siglo XIX*, Madrid, 1961. CASANOVA, I., *Balmes, su vida, sus obras y su tiempo*, I, Barcelona, 1942. GONZÁLEZ, N., *Análisis, concepción y alcance de la Revolución de 1868*, en *Razón y Fe*, 805-51 (1968) 333- 356; 443-462.

¹⁰⁸ JIMÉNEZ DUQUE, B., *La Espiritualidad del siglo XIX español*, Madrid, 1974, p. 9ss.

inventariaban los tesoros artísticos de los templos con miras a una incautación general, corrían de mano en mano publicaciones soeces y pornográficas, se ridiculizaba públicamente la religión, se calumniaba al clero.

Rota la unidad católica; legalmente permitida la actuación, aunque privada, de las sectas y grupos heterodoxos; frondosas y bien cuajadas de frutos algunas ramas del árbol del liberalismo, el campo de la enseñanza aparece minado por catedráticos y maestros que se adherían con entusiasmo a las nuevas doctrinas de la filosofía krausista¹⁰⁹, importada por Sanz del Río, y las propagaban con ardor. A su calor fundó Giner de los Ríos, en 1876, la Institución Libre de Enseñanza¹¹⁰.

Don Enrique durante su vida sacerdotal alcanzó dos Pontificados; el de Pío IX y el de León XIII. Despojados de los Estados Pontificios, prisioneros el uno y el otro, recibían los dardos envenenados de la impiedad y del liberalismo masónico. Los fieles sufrían con el Papa.

En España, desde la Revolución de septiembre de 1868 hasta la Restauración proclamada por Martínez Campos en 1875, no hubo más que discursos, atentados, algunos buenos propósitos, insultos, intrigas y, sobrenadando como náufragos a medio vestir, una regencia por dos veces instalada y sostenida por el Duque de la Torre, un Rey extranjero buscado en las Cortes de Europa como quien busca un diamante en una mina y una República cortejada por cuatro Presidentes, cada uno de los cuales la quería con una cara distinta.

La Restauración de la monarquía borbónica (1875) y la rectoría política de Cánovas del Castillo frenaron, sí, los ímpetus de la Revolución, pero no supieron cegar las fuentes de la misma. En 1876 entró en vigor la Constitución de los Notables, llamada así por la eximia calidad de los que la habían redactado. No se concedía en ella la libertad de cultos, sino únicamente la tolerancia, y ésta con la condición de que todos, excepto el de la religión católica, se celebrasen privadamente. Juntamente con el culto, se toleraba también la enseñanza y podían abrirse escuelas privadas en las cuales se diera toda clase de instrucción en el orden moral y religioso. Sectas protestantes e hijos de la Institución Libre se apresuraron a crear centros de enseñanza. El Arzobispo de Granada, con sus sufragáneos, advertía a las Cortes del peligro de que tales escuelas, «más que para instruir y educar hijos de padres disidentes, servirían quizá para pervertir e inficionar con el veneno del error a muchos hijos inocentes de ciertos padres católicos, o tibios en la fe y descuidados en sus deberes religiosos, o poco advertidos y demasiado sencillos y confiados en vanas apariencias y halagüeñas promesas»¹¹¹.

En febrero de 1881 Sagasta y los centralistas suceden en el poder a Cánovas del Castillo. El nuevo Gobierno deroga la Circular del 26 de febrero de 1875, que

¹⁰⁹ LÓPEZ MORILLAS, J., *El krausismo español. Perfil de una aventura intelectual*, México, 1956. GIL CREMADES, J. J., *Reformismo español, krausismo, escuela histórica, neotomismo*, Barcelona, 1969. HEREDIA SOLANO, A., *El krausismo español (Estudio histórico-bibliográfico)*, en «Cuatro ensayos de historia de España», Madrid, 1975. DIAZ, E., *La filosofía social del krausismo español*, Madrid, 1973.

¹¹⁰ V. CACHO VIU, *La Institución Libre de Enseñanza*, Madrid, 1962. GIL DE ZÁRATE, *De la instrucción pública en España*, Madrid, 1955, 3 vols.

¹¹¹ Exposición a las Cortes, en el año 1878.

prohibía a los catedráticos y maestros de los centros docentes manifestar ideas contrarias a la religión y a la monarquía.

En los primeros meses del año 1883 el campo andaluz, y particularmente la rica campiña de Jerez, se ven perturbados por las violentas agitaciones que produce la asociación de la «Mano Negra», al proclamar de la manera más radical los principios del colectivismo agrario.

De nuevo aparece Cánovas en el poder, en 1884, y da la Cartera de fomento a Pidal, jefe de la Unión Católica.

El fermento del laicismo y la masonería se propagaban con terrible rapidez. Al inaugurarse el curso académico en la Universidad Central, lee el discurso de apertura el célebre Morayta, quien se manifiesta en tonos fuertemente heterodoxos, no obstante estar presente el propio Pidal. Se conmemora con solemnidad, en Madrid, el centenario del fraile apóstata Giordano Bruno. Periódicos y revistas, como «Las dominicales del Libre Pensamiento» (Madrid), «El Motín» (Madrid), «El Manifiesto» (Cádiz), «La Revelación» (Alicante), «El Garrote» (Ávila), «El Fusilis» (Barcelona), etc., hacen estragos irreparables en el pueblo; pululan enfurecidos e insidiosos ataques a la religión.

El 25 de noviembre de 1885, Alfonso XII moría, consumido por la tuberculosis.

Durante la regencia de la Reina Doña María Cristina siguen las luchas de los partidos políticos que se turnan y suceden en el poder haciéndose, unas veces, mutuas concesiones, y declarándose otras, implacable hostilidad. En el seno de cada uno son frecuentes las rebeliones y discordias dando lugar a la acostumbrada proliferación de grupos y grupitos, que contribuyen a la esterilidad y el desconcierto.

Los católicos continúan faltos de unidad y de concordia.

Pablo Iglesias se lanza a una propaganda tenaz e inteligente entre los medios obreros, cuyos frutos se harán sentir muy pronto. Por primera vez, en 1890, se celebra el 1 de mayo la Fiesta del Trabajo.

Estallan huelgas y motines callejeros. En Barcelona, sede del anarquismo español, se producen los primeros atentados, a veces con numerosas víctimas.

Apenas se ha salido de la guerra de Melilla de 1893, cuando empiezan a percibirse los síntomas de la catástrofe que irremediablemente se producirá en Cuba y Filipinas.

Don Enrique muere en 1896.

2. Don Enrique, sacerdote siempre

Aunque sea adelantando una sencilla pincelada de su personalidad, parece obligado que a la visión panorámica de su época acompañe la presentación, también panorámica, de su actitud sacerdotal frente a ella.

No sabemos qué ideas políticas tuviera don Enrique. No sabemos que las tuviera de ninguna clase. Me indico a creer que este no saberlo obedece a que efectivamente no las tuvo. Afirmo esto, bien advertido de que en su época

abundaban –mucho más que ahora– los sacerdotes que tenían ideas políticas, esto es, preferencias por un determinado sistema de gobierno y concretamente por un determinado partido.

Don Enrique no es un político ni un sociólogo. Es sencillamente un sacerdote, un hombre de Dios, que atribuye la máxima importancia a la solución que invariable y perpetuamente ofrece el cristianismo a los hombres y a los pueblos: el sentido sobrenatural de la vida.

Conocedor de la situación real, busca los remedios sin salirse jamás de las coordenadas sacerdotales. Para ayudar a eliminar los males sociales ofrece el camino certero de la profunda vida espiritual. Las agitaciones político-sociales pasan sobre él como el eslabón sobre el pedernal: sacando fuego. Es el fuego de los enamorados hijos de la Iglesia, que, en el ambiente revolucionario de la época que les toca vivir, se acuerdan de que la gran revolución se obró hace veinte siglos y luchan con intrepidez. Entre ellos don Enrique ocupa un puesto brillantísimo.

B. Breve semblanza de don Enrique de Ossó

a) *Su vida*

Nacimiento y bautismo (1840). A orillas del Ebro, entre olivares y viñedos, en Vinebre, pueblecito pintoresco de la provincia de Tarragona y de la diócesis de Tortosa, a las siete de la noche del dieciséis de octubre de 1840 (según la partida bautismal), nació ENRIQUE ANTONIO, tercer y último hijo de los cónyuges Jaime de Ossó Catalá y de Micaela Cervelló Jové. Al día siguiente fue bautizado por el presbítero Lorenzo Beltrán.

Años más tarde, en unos brevísimos apuntes autobiográficos que, por mandato de su confesor, escribió don Enrique, éste consignará con frecuencia: «Fue el día 15, hijo mío, fue el día 15 y no el 16, cuando viste la luz primera». ¡15 de octubre!, buen augurio de protección teresiana.

Niñez en Vinebre (1840-52). En los citados apuntes autobiográfico dice de sí: «Me ha tocado en suerte un alma buena, buenos padres, madre piadosa y santos abuelos... Era muy aficionado a cosas de iglesia, ayudar a Misa, cantar en el coro... En la escuela fui siempre de los primeros, el maestro me quería mucho, no sé que nunca me pegara o me castigara».

Quería ser maestro, maestro de escuela. Su madre –¡santa de verdad!– le inculcaba la vocación sacerdotal. El pequeño contestaba con invariable firmeza: «No, no; yo quiero ser maestro».

Primera Comunión (1852). Llevado por su padre a Quinto de Ebro (Zaragoza) para que, al lado de su tío, comerciante de tejidos, empezara a adiestrarse en el arte del comercio, Enrique enfermó gravemente. Su tío juzgó llegado el momento de que recibiera los Santos Sacramentos. Y recibió al Señor. Su Primera Comunión, por Viático.

Aprendiz de comerciante en Reus (1853-54). En 1853 se traslada a Reus para servir en la casa de comercio de don Pedro de Ortal. Reus, la que, en el siglo

anterior, con más de quinientos telares, había sido la segunda ciudad del Principado catalán, ofrece al adolescente Enrique campos fáciles de libertinaje y desenfreno. Enrique no olvida los consejos de su madre. Se confiesa con frecuencia en la Capilla de los Dolores; compra y lee libros piadosos sobre la Virgen de Montserrat; se entretiene con las obras de Santa Teresa de Jesús, regalo de su tía Mariana.

La muerte de su madre (15 septiembre 1854). Regresa a Vinebre rápidamente. Su madre está en agonía, víctima del cólera. El 15 de septiembre de 1854, doña Micaela entregó su alma al Señor.

La huida a Montserrat (octubre de 1854). Enterrada la madre, Enrique regresa a Reus, pero por muy pocos días. Sin decir nada a nadie, desaparece. «Me marchó —escribe a su padre—, ... la gloria y servicio de mi Eterno Padre han motivado mi ausencia». A pie, sin dinero, después de cambiar sus ropas con las de un pobre niño mendigo, subió a Montserrat a ofrecerse a la Virgen. Allí permaneció cinco o seis días.

La vocación sacerdotal (octubre de 1854). En Montserrat le encontró su hermano Jaime. Los libros y folletos hallados en la maleta de Enrique le pusieron en pista. Jaime trató de convencerle para que desistiera de aquella resolución; pero en vano. La semilla sembrada por doña Micaela ha echado ondas raíces. Conmovido, Jaime promete ayudarle para conseguir el permiso paterno. Y juntos emprendieron el camino de Vinebre. Era octubre de 1854.

En el Seminario (1854-67). **Latín y Humanidades** (1854-57): En el otoño de 1854, vencidas ya las resistencias paternas, se matriculó Enrique, como alumno externo, en el Seminario. Asistía a las clases del Colegio de San Matías¹¹², de Tortosa.

En el aspecto humano, Enrique es animoso, lleno de ideal, alegre, nunca huraño ni hosco; juega maravillosamente a la pelota; no le cansan los largos paseos ni las duras ascensiones a las cumbres de los montes. Muy artista, sentía gran afición a la música y al dibujo.

En el aspecto espiritual brillaba su piedad. Cuando, en los seminarios, por prescripción reglamentaria, se comulgaba una vez al mes, Enrique recibía todos los domingos los sacramentos de Penitencia y Eucaristía. Diariamente se levantaba a las seis de la mañana. Después de una hora de oración mental, oía misa. Antes de comer, visitaba a Jesús Sacramentado en la capilla del Sagrario de la Catedral. Todos los días hacía lectura espiritual y rezaba el Santo Rosario. Su antigua devoción a Santa Teresa crecía con las cálidas exhortaciones del domine Serra, uno de sus Profesores. Tenía confesor fijo: don Gabriel Duch¹¹³, párroco de la Catedral. «Con él me fue muy bien: hacía alguna penitencia, pocas podía, y me confesaba a menudo», escribe en su autobiografía.

¹¹² *El colegio-seminario de San Matías*, en MARTÍN HERNÁNDEZ, F., RUBIO PARRADO, L., *Mosén Sol*, Salamanca, 1978, pp. 36-45.

¹¹³ De don Gabriel Duch hizo don Manuel Domingo y Sol grandes elogios, recordando con respeto y veneración sus ejemplos de celo y de virtud, así como las pláticas doctrinales de las tardes de los domingos: Proceso, declaración de Elías Ferreres, fol. 362 v.

¿Qué podemos decir de su formación intelectual en este tiempo? Fue tal la aplicación y la formalidad con que se entregó al estudio que hizo en tres años los cuatro cursos de Latín y Humanidades.

Filosofía (1857-60): En octubre de 1857 comienza a estudiar Filosofía, como alumno interno, en el Seminario de Tortosa. Estas breves pinceladas le retratan: Obtiene excelentes calificaciones; se hace miembro de las Conferencias de San Vicente de Paúl, manifestando, en sus visitas a los pobres, gran espíritu de caridad, discreción y delicadeza; durante las vacaciones veraniegas, con reuniones en las dependencias bajas de su casa, con excursiones al campo, con visitas a la ermita de San Miguel, con rilas de estampas, libros y confites, con preguntas y respuestas, con cantos... hace crecer en los niños el conocimiento y amor de la fe cristiana; su horario de verano incluye oración y misa diarias, confesión y comunión semanal, visita diaria al Santísimo, rezo del Rosario en la iglesia o en familia, sin que para ello fuera obstáculo el haberlo ya rezado con los niños; sus lecturas preferidas son las obras de Fray Luis de León, el Padre Granada y, particularmente, de Santa Teresa, que no se le caían de las manos.

Física y Química (1860-61): Su padre, aconsejado sin duda por alguno de los profesores, decidió enviarle a Barcelona para que cursara Física y Química con el célebre doctor Arbós. Tan notable fue su aprovechamiento que, más de una vez, llegó a suplir, en las funciones de cátedra, al eminente químico cuando faltaba obligado por sus desplazamientos. Enrique, dadas las cualidades superiores de su inteligencia, pudo con facilidad alcanzar el ejercicio de la enseñanza universitaria. Eran otras sus aspiraciones. La vocación sacerdotal es para él la estrella, la brújula, la fuerza de su vida.

Teología (1861-67): Al estudio de la Teología (Dogma, Moral, Historia y disciplina eclesiástica, etc.) dedicó seis cursos: dos (1861-63) en Tortosa; tres (1863-66) en Barcelona y uno más (1866-67) de nuevo en Tortosa.

De sus dos primeros cursos como seminarista teólogo, recogemos, en esta marcha rápida que es una breve semblanza, sólo dos testimonios: «Nunca en mis largos años de profesorado –decía don Pablo Foguet– he tenido un discípulo tan brillante como Ossó». Idénticos elogios hacía don Bernardo Lázaro que distinguió a Enrique con la calificación de «sobresaliente», única «que se dio aquel curso».

Sus años de seminarista en Barcelona (1863-66) exigen una exposición más amplia, pues dejaron honda huella en el alma de Enrique.

La populosa e inquieta Barcelona distaba mucho de ser aquel viejo y tranquilo rincón de Tortosa. Un mayor contacto con el mundo, ambientes y realidades, se ofrece a Enrique, quien medita despacio en las posibles dimensiones de un sacerdocio al que ha de entregarse con ilusión y sin ligereza.

Clérigo y con las órdenes menores desde 1865, recibe en mayo de 1866 el subdiaconado. Director de los Ejercicios Espirituales para el subdiaconado fue San Antonio María Claret, el gran misionero lleno de fuego, el confesor de Isabel II. Enrique habló largamente con aquel hombre extraordinario. Nunca olvidó esta entrevista; la recordó siempre como quien evoca la fuerza de un torrente que engendra energía.

En el Seminario de Barcelona perteneció a la Academia de San Juan Crisóstomo, de la que formaban parte alumnos bien dotados de facultades oratorias. En ella se preparaban esmeradamente para el ministerio de la predicación sagrada. Se va perfilando su «vocación específica» dentro del sacerdocio. Una vez más, se adivina al futuro predicador, misionero, pedagogo y catequista.

Otro dato muy significativo es que Enrique, en esta época, ya no pasa en Vinebre sus vacaciones veraniegas. Tras unos días de estancia en el pueblo natal para saludar a su familia y amistades, se encaminaba rápidamente al Desierto de las Palmas, junto a Benicasim, en la provincia de Castellón. En el convento de carmelitas descalzos, dentro de la más rigurosa vida de comunidad, preparaba su alma con la oración y el estudio. Después, durante toda su vida, llena de vertiginosa actividad, siguió viniendo a este retiro cada vez que se disponía a alguna de sus múltiples empresas apostólicas. En vida austera y penitente, a solas con Dios, cargaba de energía divina su espíritu sacerdotal. Los ricos tesoros de sus abundantes actividades reclamaban el silencio y la soledad con Dios.

Termina sus estudios en Barcelona con notas brillantes. Pero no opta por los grados académicos. Su padre lo deseaba, sus tíos se lo pedían, sus profesores y condiscípulos le instaban. Él se negó siempre de una manera rotunda y categórica. Solamente consintió –acaso porque su Prelado y el hecho de pertenecer al claustro de profesores del Seminario lo exigieran así– volver dos años más tarde, en junio del 68, a dar el examen para el bachillerato en Sagrada Teología, grado que obtuvo «nemine discrepante». Martorell, condiscípulo y amigo entrañable, confesó, andando el tiempo, haber oído a Enrique: «Para procurar y promover el bien, según Dios me lo inspire..., no necesito grados mayores». Con esta humildad y desprendimiento se preparaba para recibir el sacerdocio.

Su último año de seminarista (1866-67) lo pasa en Tortosa. Nombrado por su Obispo, desempeña el cargo de profesor de Física y Matemáticas al tiempo que asiste, como alumno a las clases de Teología. Y en abril de 1867 recibe el diaconado.

Sacerdote. La Primera Misa (1867). El 21 de septiembre de 1867 era ordenado sacerdote. Aquella santa mujer, su madre Micaela, la que en Vinebre arrulló su cuna y cantó a sus oídos canciones de amor; la que le vio marchar con pena a Quinto de Ebro, como aprendiz de comercio; la que, agonizante, taladró la conciencia de su esposo con la última súplica de sus labios mudos: ¡que sea sacerdote!, contemplaba, gozosa, desde el cielo, la realidad tan anhelada en la tierra.

En Montserrat (¡emotivos recuerdos!), el día 6, primer domingo de octubre, fiesta de la Virgen del Rosario, celebra su Primera Misa. Estaban allí Manuel Domingo y Sol y Juan Bautista Altés que, con Martorell, ya jesuita, habían sido sus íntimos en el Seminario y lo serían toda la vida.

Enrique, su padre, sus hermanos, sus tíos, sus amigos, todos sienten vivamente la ausencia física de la madre. «Sólo un vacío notaba –escribe Enrique–, la presencia visible, corporal de mi buena madre de este mundo. ¿Pero qué

importa? Estaba allí presente su espíritu, alentaba en medio de tan espléndida función. Al entreabrirse los cielos para bajar por primera vez a mis manos el Hijo de María, asomáronse por sus puertas mis buenas madres, María Inmaculada, Madre de Dios, y Micaela, mi buena madre de la tierra. Y se gozaron con este nuevo y divino espectáculo. Razón tenían. A ellas se debía. Les di gracias y siempre he conservado en mi corazón tan dulce recuerdo. ¡Benditas Madres mías María y Micaela! Todo lo debo a vosotras después de Dios».

Ministerio sacerdotal (1867-96). **El primer año sacerdotal** (1867-68): Atado ya para siempre al Señor, con el alma llena de esperanzas, con el temblor de emoción de quien se siente sacerdote del Altísimo, emplea su primer año sacerdotal en el diario y silencioso bregar de las tareas docentes (es profesor de Física y Matemáticas) en el Seminario. También atiende confesonario, predicación, catequesis. Terminado el curso, se retira durante una larga temporada, según su costumbre, al Desierto de las Palmas (provincia de Castellón), abriendo nuevos surcos en las profundidades del alma.

En Vinebre (1868-69), **a disposición del Prelado**: El recién inaugurado curso escolar es interrumpido por el estallido atronador de la Revolución. El Seminario es ocupado; los seminaristas, enviados a sus casas. La vida religiosa de la ciudad queda desorganizada por completo. Don Enrique, por disposición del Prelado, se encaminó a Vinebre y allí pasó el curso 1868-69.

Su sacerdocio a pleno rendimiento (1869-96): Don Enrique regresa a Tortosa. Se abre el curso 1869-70. Filósofos y teólogos viven externos. Las clases se dan en el Palacio Episcopal y en algunas casas particulares, cedidas al efecto y sólo durante algunas horas por ejemplares familias de la ciudad.

Los estragos morales y religiosos, causados por la Revolución en las sencillas gentes del pueblo, eran terribles. La chusma se había apoderado de la calle. Se oían continuamente blasfemias, gritos injuriosos, canciones deshonestas. Los sacerdotes apenas podían ir por la calle si no era exponiéndose al insulto y a la pedrada rencorosa. Empezaron a celebrarse matrimonios civiles. Se prohibió llevar pública y solemnemente el Viático a los enfermos, y asistir el clero a los entierros. Aparecieron publicaciones periodísticas escritas con la tinta corrosiva del desenfreno pasional y el ataque virulento a los principios religiosos. Enemigos implacables del catolicismo combatían sañudamente al Papa, a la Iglesia, a la tradición católica de España. En el mundo de la enseñanza y de la cultura se fomentaba un género de educación completamente laico y despojado de todo carácter sobrenatural. Niñas y niños, chicas y muchachos, mujeres y hombres necesitan al sacerdote. El alma sacerdotal de don Enrique se siente urgida por la llamada de Cristo, Sacerdote. Don Enrique, según la oportunidad requiere, responde con generosidad ilimitada. Poniendo su sacerdocio a pleno rendimiento, don Enrique será catequista, predicador, publicista, fundador de asociaciones piadosas y creador de una «Compañía de Santa Teresa de Jesús». Es el tema de los próximos capítulos.

Muerte de don Enrique (27 enero 1896). Don Enrique muere, de derrame cerebral fulminante, el 27 de enero de 1896, en el Convento de Sancti Spiritus, de los Padres Franciscanos, en Gilet (Valencia), donde el amador del silencio y de la soledad llevaba retirado veintisiete días.

b) Su caridad pastoral

No es fácil resumir en sencillas pinceladas una personalidad tan compleja y variada como la de don Enrique. En mi libro «El Venerable don Enrique de Ossó» dedico doscientas quince páginas a exponer su fisonomía interior, carácter, virtudes... A su lectura remito.

Pero, siendo el sacerdocio la respuesta suprema del hombre a la llamada de Cristo a la caridad pastoral, parece obligado, en este artículo sobre don Enrique sacerdote, añadir algunas notas acerca de su caridad pastoral.

Don Enrique concibió su sacerdocio como una consagración total a Dios y como una lucha constante contra el espíritu del mal en todas sus formas. La voz de Dios y el clamor de aquellos tiempos azarosos le hicieron aplicar todas sus facultades y por completo al ministerio sacerdotal. Se consumía de anhelos. Impetuoso e intrépido, devorado por el fuego de Cristo Sacerdote, invitaba constantemente a ser santos. Para él no había más ambición que extender el conocimiento de Cristo y llevar a los hombres a Dios.

Dotado de un ingenio eminentemente práctico y con capacidad de profunda observación, era un hombre que lanzaba siempre su mirada a lo lejos, siempre hacia adelante, en dirección a toda España y al mundo entero. Hombre de realidades, preveía previsoramente las repercusiones de los acontecimientos y se adelantó a nuestros tiempos con clarísima y sobrenatural visión de los problemas. Su contacto con toda clase de personas le permitía estar bien enterado. Para su Revista llegó a tener un completo servicio de información, y aun de prensa extranjera.

Su caridad pastoral le llevó a atender a todos. Su actividad abarca mucho, abre innumerables caminos a su celo, rotura campos diversos, pero nunca por diletantismo y afán desordenado de golpear acá y allá, sino por exigencia del manantial interior de su vida. Catequesis de niños, congregaciones de jóvenes (chicas y chicos), hombres y mujeres, propaganda hablada y escrita, Seminario, a todos quiere llegar. Proyectaba asociaciones de sacerdotes, como los Misioneros de Santa Teresa.

Su caridad pastoral le llevó a emplear todos los recursos. Organizaba carreras, luchas, competiciones, torneos, diálogos, adivinanzas, folletos, libros, estampas, canciones, semanario revista..., todo al servicio de su caridad pastoral.

Atención individual, preocupación por la persona es otra característica de su caridad pastoral. La minuciosidad con que se dedicó a formar a sus religiosas raya en lo inconcebible. Hablaba con todas, una por una; y cuando la lejanía obligaba, cartas y cartas.

Su espíritu sacerdotal, obsesionado por la gloria de Dios, crea y multiplica obras que pueden continuar, aunque él desaparezca.

Huyó de las banderías y de los partidismos. La España que él vivió estaba deplorablemente rota en mil fracciones hasta el punto de que llegó a ser una de las más vivas y acuciantes preocupaciones de la Jerarquía la profunda división de los católicos. Jamás se detenía don Enrique en temas políticos ni participaba

en tertulias de partidos. La vida sobrenatural que él propugna es ajena a todo partidismo. Don Enrique vivía de cara a la actualidad, pero en la altura.

Su preocupación manifiesta de trabajar por España nunca buscó los cauces de la política. Ninguna de las obras que emprendió para seculares dejó de tener como objetivo primero y principal el de nutrir vigorosamente la vida interior del alma. «España recobrará su dignidad perdida –escribía llevado de su entusiasmo–, y restañará sus heridas y reparará sus fuerzas, florecerá en ella la fe y la piedad». ¿Qué medios proponía? Ejercicios Espirituales, cultos y actos de piedad, instrucciones y conferencias, apostolado... y, como base principal e indispensable, el cuarto de hora de oración diariamente. Oración y vida espiritual, sólida formación religiosa, apostolado. Dios, siempre Dios. Sus denodados esfuerzos en el campo de la enseñanza se deben a que no concebía una cultura sin Dios. Él no concibe la educación cristiana como mera instrucción religiosa. Para él la educación cristiana consiste en vertebrar la vida entera en Dios.

Estos afanes, exclusivamente espirituales, no le impedían pisar tierra. A Antonio Gaudí, el arquitecto genial, encargó la Casa Madre de la Compañía en San Gervasio, de Barcelona, contribuyendo al enriquecimiento artístico de dicha ciudad. Don Enrique, puesta la mirada en Dios, estaba abierto a todo lo humano.

La caridad pastoral dio unidad a su vida. Don Enrique es un claro ejemplo de esa fusión de actividad vertiginosa y de quietud espiritual; de atención a múltiples tareas y de unión con Dios. Para ello, en medio de sus viajes continuos y preocupaciones abrumadoras, jamás dejaba la oración; vivía durante todo el día el misterio eucarístico de su Misa. Embarcado en prodigiosa actividad, atendía su vida espiritual propia. Aún más, la fecundidad y extensión de sus obras están en proporción directa con la hondura de su espíritu. Amante del silencio y de la soledad, se retiraba frecuentemente a Montserrat o al Desierto de las Palmas, para pasar allí días y días exclusivamente entregado al trato con Dios.

En unión con su Obispo. Presentó a éste los planes de las catequesis de Tortosa, expuso sus proyectos sobre la Revista a los Prelados de Tortosa y Barcelona, «¿le parece que lo vea el Prelado?» –pregunta a su director espiritual sobre la idea de fundar la Compañía–, y después de inquirir la voluntad del Prelado de Tarragona hizo salir del grupo a las dos inadaptadas que minaban su labor..., don Enrique consultaba todas sus empresas con el señor Obispo. Es otra característica de su caridad pastoral. Enamorado del Papa y de la Jerarquía eclesiástica. Y siempre obediente. Cuando de Roma viene la norma de que la Compañía había de gobernarse exclusivamente por la Superiora General y su Consejo, don Enrique aceptó la norma con la humildad y la alegría propias de su devoción a la Jerarquía. Él, que había sido el alma de todo, la regla viva, la fuente de energía, la corriente caudalosa que fertilizara el Instituto, tuvo, a partir de entonces, un cuidado exquisito de no traspasar jamás la línea divisoria que ponía límites a su autoridad.

Creatividad, otra nota de su caridad pastoral. Funda asociaciones para niños y niñas, para jóvenes de uno y otro sexo, para hombres y mujeres. Y le quedaron en proyecto los Misioneros Teresianos y los Hermanos Josefinos. Su caridad pastoral le impulsaba a crear. Siempre alimentaba nuevas y grandiosas iniciativas, que ponen de relieve la excelsa magnitud de su alma sacerdotal. Fundador de una serie de asociaciones semejantes a las actuales de Acción

Católica, es un auténtico precursor del apostolado seglar, que en su tiempo era casi completamente desconocido.

Brilla también su creatividad (y se adelanta a otros) en el aprecio del valor de la mujer, técnicas pedagógicas y penetración en el mundo de la universidad y de la cultura. «Tal es el mundo, tanto vale una nación, cuanto valen las madres que dieron el ser a sus hijos y los educaron; y sabido es que tanto valen las madres, cuanto valen las jóvenes que en un día más o menos lejano lo serán». «El mundo ha sido siempre lo que le han hecho las mujeres». Y respecto a técnicas pedagógicas, propone y usa métodos vivos, revolucionarios para su tiempo. Y envía a sus Hijas de la Compañía, provistas de titulación oficial, al apostolado de la educación cristiana, combatiendo así la acción cautelosa y hábil de quienes, ateos y enemigos de Dios, buscaban enquistarse en la enseñanza oficial.

Ansioso de un panorama infinito, su creatividad, con ardiente espíritu, se lanza, a campo abierto, hacia el mundo que le tocó vivir; nada de evasión ni huida; nada de estancamiento inerte y paralizador; decidida innovación, puesto que las circunstancias se lo exigían; firme y valerosa confianza en Dios, sin audacias irreflexivas; y como base y centro vital de tanta actividad, oración y sacrificio junto a Cristo. Su noble espíritu, ante las dificultades, reacciona vigorosamente y no permite dar entrada al desaliento. Vivencia del Evangelio. «Y cuando los días son malos y los tiempos peores, esforcémonos por prestar este gran servicio a nuestro Rey, Cristo Jesús, haciendo que viva y reine en todos los corazones de todos sus fieles hijos por el conocimiento y amor de Teresa de Jesús».

Su creatividad se manifiesta también en la organización. En defensa de los altos ideales por los que su alma estaba poseída, quiere fuerzas organizadas. En su actuación no hay palos de ciego ni pasos al azar. Las pequeñas de los Rebañitos, las más selectas y capaces, pasaban, cuando eran mayorcitas, a la Archicofradía como un fermento renovador de primera calidad. De la Archicofradía pasaron no pocas a la Compañía. De igual modo, los proyectados Misioneros Teresianos atenderían zonas a las que no llegaba la Compañía. La Revista, los folletos, los libros de piedad, eran parte de un vasto plan de operaciones.

Don Enrique era un enamorado de la organización. No sólo la practicaba; también la exigía. Como un bíblico guerrero clamaba; «Uno de los deberes más imperiosos que tenemos en nuestros días los católicos españoles es la organización. Somos los más, es cierto, pero casi siempre somos juguete de unos pocos atrevidos y avisados que acechan y aprovechan toda ocasión, por insignificante que ella sea, para avanzar a lograr sus planes infernales». Bien es verdad –seguía diciendo– que el mal no puede curarse con organizaciones ni asociaciones solas: «El Espíritu es el que vivifica, no la carne o ropaje exterior». Y reconociendo el papel indispensable de los dirigentes, señala las cualidades que les deben adornar: **a)** «sean pocos y estén conformes entre sí», delicada advertencia contra el funesto y maldito individualismo que tantas energías ha pulverizado; **b)** sean hombres de prudencia humana, sí, pero, sobre todo, de «sencillez y confianza cristiana» para obrar; **c)** «sean hombres de oración y estén unidos con Dios». Cuando los dirigentes viven espléndida vida interior, las obrar marchan maravillosamente.

La fe y confianza en Dios es para don Enrique algo axiomático, vital, imprescindible. «Neque qui plantat, neque qui rigat». Es Dios quien da el crecimiento. Don Enrique lo vivía con sencillez sobrecogedora. Apoyado en la Divina Providencia acometió empresas gigantescas «sin una blanca», como decía la Santa de Ávila. Los magníficos solares sobre los que se levanta la Casa Madre de San Gervasio, de Barcelona, costaron 130.000 ptas. El día en que se firmaba la escritura de compra-venta no había en la Procuraduría General del Instituto más que ¡una peseta!

Humilde, nunca asomaba en él la jactancia por sus triunfos personales; pendiente de Dios en todo instante, a Dios atribuía y a Dios agradecía los ubérrimos frutos de sus trabajos.

Su caridad pastoral era generosa, no escatimaba esfuerzos; y misericordiosa y limosnera. Bien lo sabían los necesitados que acudían a él. Y constante. Don Enrique no se apartó de una sola de las obras a que su actividad creadora le iba empujando hasta que tenían sólida consistencia en los cimientos, y airosa gallardía en la fachada. Su fortaleza nunca fue terquedad; su tenacidad nunca fue obstinación.

Su caridad pastoral estaba siempre llena de unción afectuosa y de ternura. Era un hombre de corazón, de un inmenso corazón. Lejos de ser huraño y antipático, tenía un poder de atracción muy grande. Su carácter era esencialmente comunicativo.

Con la dulzura conjugaba la firmeza de ánimo, que vemos, por ejemplo, eliminando, no sin consultar, a las inadaptadas que habían puesto en peligro, por su averiado espíritu, el naciente Instituto.

No abandonó nunca el estudio. Sus escritos manifiestan que conservaba fresca y lozana la teología. Conocía al dedillo las obras de Santa Teresa. Tenía una magnífica biblioteca de comentarios sobre la Santa.

Su teresianismo es característica principal de su caridad pastoral. Fue el eco de la voz de Santa Teresa. La Revista, los libros que publicaba, los sermones, las fundaciones respiran teresianismo. Su devoción a Santa Teresa había llegado a ser consubstancial con su persona y su vida. El teresianismo es su estilo arquitectónico; llenó su vida e inspiró sus obras por la reciedumbre católica y por la significación pastoral tan genuinamente española.

Nota también de su caridad pastoral es la apertura a la universalidad de la Iglesia. Seguía de cerca los problemas de la Iglesia, no como un espectador extraño, sino como quien siente en su propia carne las heridas de la Iglesia universal. Cuando, en la Revista, comentaba los males del laicismo en Francia, trataba, con un sentido de cooperación cristiana noble y elevado, trataba (digo) de que los españoles considerasen el problema como suyo, y les pedía oraciones por Francia. «Oremos por nuestra España y la Europa» –titulaba un artículo en marzo de 1881. Con este afán universal viajó a Orán (África) y visitó Portugal: Braga, Oporto, Lisboa, Ovar, Torres Novas, Coímbra, Bussaco. Cuando muere don Enrique, la Compañía tiene colegios en Europa, África y América.

Su caridad pastoral le hace sentir vivamente el problema de las vocaciones y de la formación de los candidatos al sacerdocio. Ayudó cuanto pudo a don Manuel Domingo y Sol y con él compartió sus nobles inquietudes restauradoras. En la carne viva de su alma sentía la tragedia de aquellos seminarios pulverizados por la revolución. Insistía en la necesidad de familias profundamente cristianas, de cuyo seno podrían brotar las vocaciones. Hablaba de la indispensable urgencia de educar a la mujer, señora y madre futura de ese tipo de familias. Más tarde, fundada la Compañía, dispuso que todo colegio en situación económica tranquila pagase la carrera a un seminarista, adelantándose a las actuales campañas anuales pro Seminario.

Su caridad pastoral le hacía sentirse estrechamente vinculado a sus hermanos los sacerdotes. Las relaciones de don Enrique con los sacerdotes fueron abundantes, intensas y constantes.

La abundancia era exigida por la animosa actividad apostólica de don Enrique, quien, para atender esa multitud de empresas, necesitaba colaboradores entusiastas y cooperadores permanentes. Un botón de muestra: en sólo un mes de vacaciones –leemos en la Revista de julio de 1876– don Enrique estableció la Archicofradía de Corbera, Gandesa, Mora de Ebro, Caseras, Batea y Nules; dio Ejercicios en Fatarella, Vinaroz y la Cenia, y reanimó con sus palabras los corazones de las jóvenes en Calaceite, Alcalá de Chisbert, Cherta, Aldover, Mora la Nueva y Villalba.

La intensidad era exigida por la hondura del alma sacerdotal de don Enrique. El río caudaloso arrastra consigo las aguas que encuentra a su paso. En muchos sacerdotes la colaboración, el trato y la convivencia crearon estrecha amistad sacerdotal. Don Enrique supo ganarse desde sus primeros trabajos catequísticos amistades selectas y capaces. No podemos dar los nombres de todos. Recordemos a Juan Bautista Altés, escritor fácil y de imaginación brillante; Francisco Marsal, que murió siendo Deán de la Catedral de Solsona; Félix Sardá y Salvany, intrépido batallador de la propaganda católica; Manuel Domingo y Sol, esclarecido fundador de los Operarios Diocesanos; el ilustre doctor Collel, Arcediano de Vich; Juan Bautista Grau, obispo de Astorga; Fr. Ramón María Moreno, obispo titular de Eumenia; el doctor Sanz y Forés, entonces obispo de Oviedo y después Cardenal de Sevilla, antiguo Lectoral de Tortosa; el doctor Izquierdo, obispo de Salamanca; el inmortal Mosén Cinto Verdaguer; etc., etc. Continuas e íntimas fueron las relaciones de don Enrique con los monjes de Montserrat y los carmelitas del Desierto de las Palmas (provincia de Castellón).

La constancia es fruto natural de la amistad sacerdotal: del amarse y amar al mundo a través de Cristo. Más reducido (como es natural) pero también más entrañable fue el grupo de amistad fraternal y de por vida.

Las relaciones de don Enrique con los sacerdotes fueron, además, variadísimas: hubo la del cooperador ocasional, que presta la ayuda inmediata; la del colaborador permanente, que asiste siempre con entusiasmo; la del amigo, unido con vínculos profundos y permanentes; la del admirador, que se rinde a su dirección; la del superior, que ve en él un elegido de Dios; la del interesado en proteger causas nobles; la del contagiado desde lejos por la atmósfera de santidad y de prestigio que envuelve a los héroes. Pero sea cual fuere el tipo de relación, a la base de la misma siempre encontramos la caridad pastoral. Es la

amistad sacerdotal en beneficio del apostolado. Los sacerdotes veneraban a don Enrique; veían su celo, su desprendimiento, su grandeza y elevación de miras y se dejaban prender fácilmente en las redes de su virtud y simpatía. A su vez, don Enrique, enamorado del sacerdocio, veía como propios a los sacerdotes, se sentía vinculado a ellos, sus amigos de veras. Como un dato más de esta conciencia de comunidad de aspiraciones y afanes, recordemos que don Enrique se hospedaba siempre en casa de los sacerdotes.

La cruz. No faltó a la caridad pastoral de don Enrique el riego fecundo de la cruz. El Maestro la llevó primero. Cristo, Sacerdote de la Nueva Alianza, es el Cordero Inmaculado, inmolado en la cruz. La cruz es escenario obligado del sacerdote que predica a Cristo crucificado. El mundo no acepta sin contradicción el mensaje de Cristo. Durante treinta años de sacerdocio, de modo perseverante llevó don Enrique enhiesta la bandera de Cristo. No podemos calibrar su permanente sacrificio de atender, con profundísimo sentido de espiritualidad y amor a Dios, su Archicofradía Teresiana extendida por toda España, sus trabajos periodísticos continuos, sus viajes constantes, sus peregrinaciones frecuentemente organizadas con el propósito de movilizar las energías dormidas del pueblo cristiano, su lucha en el campo de la enseñanza, su fundación de un Instituto Religioso de características nuevas. A posteriori podemos calificar las empresas de don Enrique con la fácil palabra de éxitos felices. Sólo un examen superficial puede ocultar esa superación continua de mil pequeñas y grandes dificultades que terminan por pesar sobre el espíritu como una losa de plomo. Nunca ponderaremos suficientemente el valor penitencial de la fidelidad diaria de estas almas heroicas, que, frescas y remozadas constantemente por la oración y vida interior, viven la grandeza majestuosa de un Calvario hasta entregar su espíritu al Padre.

También llegó para don Enrique el momento doloroso de los ataques despiadados, de los comentarios ligeros y despectivos, de las hablillas de tertulia, de las frases reticentes, de los silencios descorteses. Todo ello es mucho más hiriente cuando proviene del mundo de los eclesiásticos. Don Enrique encontró muchas veces el canto y la cal de la incompreensión cerrándole el paso, especialmente en la fundación de la Compañía. Para unos, era una aventura temeraria; para otros, un afán insoportable de personalismo de don Enrique. Es la cruz.

En la vida de don Enrique hay dos hechos de inmensa tortura: el pleito del Noviciado en Jesús, arrabal de Tortosa; pleito en que el reo es don Enrique y el Tribunal la Curia Eclesiástica; y la crisis interna de la Compañía que amenazó destruir por completo la obra levantada a lo largo de tantos años de esfuerzo. Don Enrique sacó fuerzas de ese pozo hondísimo que existe en todo aquel que vive unido a Dios. «En el pleito que tuvo que sostener con las Madres Carmelitas –escribe la Madre Folch–, observé siempre en él una igualdad de ánimo que admiraba; nunca le oí una queja ni mostrar ningún resentimiento». Esta misma conducta tuvo para con su Instituto; supo morir por él. Alejado don Enrique de la Compañía, no dio albergue en su corazón a sentimientos de despecho o enconada amargura. Silencio absoluto. Holocausto generoso.

Estas luminosas ráfagas, descriptivas de la caridad pastoral de don Enrique, lanzan un golpe de luz instantáneo a la fuente de la energía con que vivió su sacerdocio: su profunda piedad, su devoción honda a la Santísima Trinidad, al

Espíritu Santo, a la Eucaristía, al Sagrado Corazón de Jesús, al Dulce Nombre de Jesús, a la Virgen María, al Arcángel San Miguel, a los Santos Ángeles Custodios, a San José, a Santa Teresa de Jesús, a San Francisco de Sales. Don Enrique era un enamorado de Dios y «pasó toda su vida sacerdotal empleando sus talentos y sus esfuerzos en hacer que Dios fuese conocido, amado y glorificado» (del testimonio de la Madre Blanch).

Y termino esta ya larga reflexión sobre la caridad pastoral de don Enrique, recordando un acontecimiento de carácter íntimo y bien expresivo de su ilusión sacerdotal: la celebración del 25 aniversario de su Primera Misa en el mismo lugar, la Basílica de Montserrat, a los pies de la Virgen. Altés, en la crónica que escribió para la Revista, refiere que le acompañaban los monjes del monasterio; el doctor Casañas, obispo de Urgel; las Madres del Consejo; muchos sacerdotes amigos de Tortosa y Barcelona, y cuatro Hermanas que acababan de llegar de América con la primera postulante que desde aquellas tierras venía a ingresar en las filas de la Compañía.

C) Otras figuras sacerdotales del siglo XIX

Junto a las formulaciones de fe sobre el sacerdocio están las figuras sacerdotales. Las grandes exposiciones doctrinales de los temas sacerdotales ascéticos, disciplinares y pastorales reciben, en estas existencias sacerdotales, sentido concreto. La pléyade de sacerdotes santos (canonizados o no) testifican con sus vidas cuál fue su manera de entender el sacerdocio; son su interpretación plástica y viva.

El siglo XIX contempla una larga lista de eximios sacerdotes a quienes deseo tributar el testimonio de mi afectuosa admiración, alto aprecio, profunda veneración y cordial gratitud. Su actividad sacerdotal sigue influyendo en la Iglesia de hoy. A cada uno de ellos se les aplica con propiedad las palabras del Eclesiástico (50, 7.10): «Brilló él en el templo de Dios como sol refulgente, como cáliz macizo de oro, guarnecido por todo género de piedras preciosas».

Se entregaron a los más diversos apostolados, según las necesidades. A muchos de ellos la caridad pastoral les impulsó a ser *fundadores*: el obispo de Nancy, Carlos de Forbín-Janson (1785-1844), de la Santa Infancia; San José Benito Cottolengo (1746-1842), de instituciones de caridad; San Miguel Garicoits (1797-1863), de la Congregación de sacerdotes del Sagrado Corazón de Jesús (Betharram); el patriarca de Venecia Ángel Ramazzotti (1800-1861), del Pontificio Instituto de Misiones Extranjeras (Italia); San Vicente Palotti (1795-1850), de obras sociales y apostolado laical; Antonio Chevrier (1826-1879), de la asociación sacerdotal del Prado; San Juan Bosco (1815-1888), de los Salesianos; Francisco M. Libermann (1803-1852), de los Misioneros del Corazón de María; Beato Eugenio de Mazenod (1812-1861), de los Misioneros oblatos de María Inmaculada; San Antonio María Claret (1807-1870), de los Misioneros Hijos del Corazón de María; Daniel Comboni (1831-1881), de los Misioneros Combonianos; San Leonardo Murialdo (1828-1900), de la Pía Sociedad de San José; Cardenal Lavigérie (1825-1892), de los Padres Blancos; Francisco Palau y Quer (1811-1872), fundador de las dos ramas de Terciarios Carmelitas (hermanos y hermanas). Y aunque su vida alcanza el primer tercio del siglo XX, son hombres del siglo XIX los siguientes fundadores: Manuel Domingo y Sol

(1836-1909), de los Sacerdotes Operarios Diocesanos; Beato Arnoldo Janssen (1837-1909), de los Misioneros del Verbo Divino; Beato Luis Guanella (1842-1915), de los Siervos de la Caridad; Carlos de Foucauld (1858-1916), de los Hermanitos de Jesús; Víctor Manuel Lebeurier (1832-1918), de la federación de grupos de Unión Apostólica del Clero; José Allamano (1851-1926), del Instituto Misionero de la Consolata; León Dehon (1843-1921), de la Congregación de Sacerdotes del Sagrado Corazón; Guido María Conforti (1865-1931), de los Misioneros Javerianos; Andrés Longhin (1863-1936), de los Sacerdotes Oblatos Diocesanos; y Pedro Poveda (1874-1936), de la Institución Teresiana.

Escribieron páginas bellísimas de temas espirituales: Además de los fundadores citados, cuyos escritos se caracterizan por la naturaleza de la obra creada, recordamos a Enrique Domingo Lacordaire (1802-1861); Federico Guillermo Faber (1814-1863); Don Próspero Guéranger (1805-1875), pionero del movimiento litúrgico; M. J. Scheeben (1835-1888); José Tissot (1894); Cardenal Newman (1801-1890), alma del «Movimiento de Oxford»; Cardenal Manning (1808-1892); Cardenal Gibbons (1834-1921); Dom Columba Marmión (1858-1923); Cardenal Mercier (1851-1926); Miguel Costa Llobera (1854-1922), poeta, escritor y predicador catalán, una de las destacadas figuras de la llamada «Escuela Mallorquina»; Juan Bautista Chautard (1858-1925).

Otros, finalmente, presentan una vida *modelo de las virtudes sacerdotales*. A los ya dichos hay que añadir: San Pedro Chanel (1803-1841), misionero mártir y patrono de Oceanía; San Juan María Vianney (1786-1859), santo cura de Ars, patrono de los párrocos; San José Cafasso (1811-1860), que gastó su vida en la dirección espiritual de sacerdotes; Damián de Veuster (1840-1889), apóstol de los leprosos; el obispo de Puebla, Ramón Ibarra y González (1853-1917), modelo de pastor de almas; Cardenal Merry del Val (1865-1930), apóstol en la diplomacia eclesiástica. Los episcopologios y biografías eclesiásticas presentan un variado elenco de retratos episcopales dignos de recuerdo: Sanz y Forés, Vives i Tutó, Morgades, Torra» I Bagés, que añadimos a los ya citados. Cerramos la lista con el obispo del Sagrario abandonado, Manuel González (1877-1940).

Entre los grandes Papas de la época sobresale San Pío X (1835-1914), de gran espíritu sacerdotal, que nos dejó la Exhortación *Haerent animo* sobre la santidad sacerdotal: exigencia, naturaleza, medios.

Para el que desee ampliar datos y personas ofrezco en la nota¹¹⁴ referencias bibliográficas útiles.

¹¹⁴ Valiosas biografías de figuras sacerdotales, con la bibliografía más importante, encontramos en *Enciclopedia Cattolica*, en *Dictionnaire de Spiritualité*, en *Ger* (Gran Enciclopedia Rialp), en *Gran Enciclopedia Larousse*, en *Dictionnaire d'Histoire et Géographique ecclésiastique*, en *Diccionario de Historia Eclesiástica de España*, y en *Esposa* (*Enciclopedia Universal Ilustrada*). Para las biografías de obispos tenemos, además, los episcopologios (son pocas las diócesis que carecen de una guía episcopológica), los Boletines Oficiales de las diócesis y los famosos Anuarios Eclesiásticos de Subirana. Son muy valiosas las listas de figuras sacerdotales y la abundante bibliografía que nos ofrecen B. JIMENEZ DUQUE, *La espiritualidad en el siglo XIX español*, Madrid, 1974; J. ESQUERDA BIFET en *Teología y espiritualidad sacerdotal*, Madrid, 1966, en *Teología de la Espiritualidad sacerdotal*, BAC 382, Madrid, 1976, y en *Teología del Sacerdocio*, Burgos, 1969 y ss. Interesan mucho las historias de las Órdenes religiosas, que aunque con diverso valor historiográfico, ofrecen copiosas noticias de sus miembros, y no pocas

III. CAMPOS APOSTÓLICOS QUE CULTIVA EL SACERDOTE OSSÓ

1. La Catequesis

Los ocho primeros años de su vida sacerdotal los consumió principalmente en este apostolado. Al regresar a Tortosa para reanudar las clases del Seminario, don Enrique pudo apreciar los estragos producidos por la Revolución. «No podía salirse por las calles sin oír canciones las más provocativas e insultantes contra la religión y sus ministros», escribió el mismo don Enrique. Entonces decidió consagrarse a la educación cristiana de los niños. Y se entregó por entero a su noble apostolado: recorría las parroquias; multiplicaba las secciones de niños en las diversas iglesias de la ciudad; preparaba a los catequistas colaboradores entusiastas; a la instrucción unía la vida de piedad: santa misa, comunión, confesión, procesiones, plegarias a la Virgen María, devoción al Sagrado Corazón de Jesús, a San José, a los Santos Ángeles, a la Santísima Trinidad.

Con los niños se ganó a los mayores. La ciudad entera brilló con una fisonomía nueva. Tortosa estaba cambiada.

Al comenzar el curso 1878-79, el señor Obispo le exoneró de su cátedra del Seminario. A partir de entonces, aunque siguió don Enrique dirigiendo la Asociación Catequística, su trabajo personal en ella no pudo ser tan intenso; otro género de actividades consumió sus horas. Pero las catequesis marchaban llenas de eficacia, porque había tenido el cuidado de formar catequistas.

2. La predicación

Don Enrique tenía metida en el alma la idea de que ningún sacerdote, que no esté para ello claramente impedido, debe considerarse dispensado de predicar la Palabra de Dios.

Viajes continuos por los pueblos de Cataluña y Valencia. Los púlpitos y confesonarios de la mayoría de las parroquias de Tarragona, Vich, Lérida, Alicante, Valencia, son mudos testigos de su unción evangélica y su penetrante poder de captación de almas. Era la suya una predicación sencilla, sólida, muy afectiva, fervorosa y comunicativa. La atención a los distintos grupos de las asociaciones por él fundadas le exigía viajar de una parte a otra para predicar fiestas, novenas, triduos, y, sobre todo, tandas de Ejercicios Espirituales. Las visitas a este o aquel lugar, sea para iniciar, sea para mantener y fortalecer la Archicofradía, los Rebañitos y la Asociación Josefina, son generalmente aprovechados también para predicar al pueblo. En Orán –por ejemplo–, donde

veces con exuberante bibliografía. La Unión Apostólica de España tiene una colección titulada «Semblanzas Sacerdotales». Recomiendo los libros siguientes: J. RICART TORRES, *Jornaleros de Cristo*, Barcelona, 1960; F. M. ÁLVAREZ, *Las grandes escuelas de espiritualidad en relación con el sacerdocio*, Barcelona, 1963; Id., *Perfiles sacerdotales*, Barcelona, 1959; G. ZANARINI, *Figures missionnaires modernes*, París, 1963. Para la vida y bibliografía de aquellos sacerdotes que alcanzaron la gloria de la canonización o beatificación la *Enciclopedia de Orientación Bibliográfica* ofrece los principales Diccionarios hagiográficos, Santorales, Martirologios, Vidas de Santos y de Beatos en general, en particular y por Ordenes y Congregaciones religiosas.

permaneció por espacio de un mes, predicó en la Catedral, durante diecisiete días, las verdades eternas.

Los Ejercicios Espirituales eran rigurosamente tales y según el método de San Ignacio. Su agenda cada año era abultadísima: ejercicios de Cuaresma, de fin de año, reglamentarios de las asociaciones, con ocasión de festividades y celebraciones. Pedía insistentemente que incluso los practicasen las inocentes pequeñuelas de los Rebañitos, para prepararse a la Primera Comunión, a la fiesta de la Inmaculada...

La minuciosidad con que se dedicó a formar a sus religiosas raya en lo inconcebible. Sermones, advertencias, consejos, brotan a raudales de su alma. Entre Ejercicios, pláticas, conferencias e instrucciones diversas derramó, hasta la última gota, en el alma de sus religiosas, todo el caudal que llevaba la suya. Veinte años seguidos de pláticas y sermones, son muchos sermones y muchas pláticas. Suman millares y millares.

3. El apostolado de la pluma

En Tortosa apareció una asquerosa publicación periódica, «El Hombre», que ponía en peligro la conciencia moral y la fe de las familias cristianas, manchándolo todo con la baba de sus calumnias y la viscosidad de su inmundicia. Inmediatamente don Enrique publica un semanario «*El Amigo del Pueblo*» (1871-mayo 1872). Él escribía siempre el artículo de fondo, que, con claridad y rigor lógico, deshacía las campañas antirreligiosas de sus oponentes. Dejó de salir por orden de la autoridad con un burdo pretexto.

Tortosa le resultaba pequeña; don Enrique empezaba a pensar en la totalidad de España. Con la calurosa aprobación de los Obispos de Tortosa y de Barcelona sacaba, en octubre, mes de Santa Teresa, el primer número de la revista «*Santa Teresa de Jesús*». Siempre puntual, impregnada de teresianismo, vibrante de amor al Papa, a la Iglesia y a la tradición católica de España, pasará de las dos mil suscripciones, cifra extraordinaria en aquel tiempo en que, en España, había diez millones de analfabetos. Don Enrique, mes por mes, publica ininterrumpidamente artículos que eran saboreados por los lectores con íntima fruición y gran edificación para sus almas.

Don Enrique, escritor fácil y fecundo, atendió con su pluma las asociaciones apostólicas creadas por él.

Para la Archicofradía, dio a la imprenta, en 1874, un libro de oración: *El Cuarto de Hora de Oración*, que, en vida del autor, alcanzó quince ediciones; hoy pasan de cincuenta. Se le llama «el Kempis teresiano» y durante muchos años fue el manual de oración clásico entre la juventud femenina de España.

También editó *El espíritu de Santa Teresa de Jesús*, folletos, colección completa de los pensamientos, sentencias, máximas y afectos más notables de la Santa, sacados a la letra de sus obras.

Para las niñas de las Catequesis, en especial de Primera Comunión, escribió don Enrique, en 1875, el libro de meditaciones *Viva Jesús*, sobre los misterios de la infancia de Cristo.

Para orientación doctrinal y pedagógica de los catequistas publica *Guía práctica del catequista en la enseñanza metódica y constante de la Doctrina Cristiana*, libro de más de trescientas páginas, en que a la obra propiamente tal añade el opúsculo de Gerson *De parvulis trahendis ad Christum*, la Constitución *Etsi minime* de Benedicto XIV sobre la enseñanza del catecismo, el Reglamento de la Asociación Catequística, las devociones principales, los evangelios dominicales y festivos y, finalmente, una colección de cantos, algunos de ellos con música.

Con el afán de aunar sólida instrucción con devota piedad escribió para los jóvenes *Tesoro de la juventud*, mil páginas; para los niños *Tesoro de la niñez*, trescientas setenta y cuatro páginas; y para el cristiano en general *Ramillote del cristiano*, doscientas páginas. Son instrucciones y devociones.

Para fomentar la devoción a San José escribió *El devoto josefino*, quinientas páginas de meditaciones y ejercicios piadosos, y *Novísima Novena a San José*, con tres puntos de meditación cada día y un ejemplo de protección del Santo.

Para cultivar la devoción a Santa Teresa publicó, además de los ya citados folletos «El espíritu de Santa Teresa de Jesús», *El día 15 de cada mes consagrado a Santa Teresa de Jesús* (cada mes una meditación y varias oraciones y ejemplos). *Mes de Santa Teresa de Jesús* (33 meditaciones sobre sus virtudes), *Novena y triduo en honor de Santa Teresa* (meditaciones y oraciones).

Devoto de San Francisco de Sales, contribuye a difundir su culto e imitación con *Tributo amoroso al dulcísimo doctor San Francisco de Sales*, ciento sesenta páginas.

En honor de la Virgen publicó *Tres florecidas a la Virgen María de Montserrat y María al Corazón de sus hijos*, o sea, un mes en la escuela de María Inmaculada, 356 páginas de meditaciones en forma de conversación entre María y los hombres.

Don Enrique tiene también obras de propaganda religioso-social. Cuando León XIII lanza al mundo la «*Rerum Novarum*», don Enrique hace inmediatamente una edición sumamente económica y numerosísima de *Catecismo de los obreros y de los ricos*, sacado a la letra de la encíclica del Papa «*De opificum conditione*». Era un folleto en forma de preguntas y respuestas, que se difundió por toda España. Publica también *Catecismo acerca de la Masonería*, sacado a la letra de la encíclica «*Humanum genus*».

La sabiduría espiritual de don Enrique brilla especialmente en los escritos dedicados a sus religiosas de la Compañía. En 1882 editó *Constituciones de la Compañía de Santa Teresa de Jesús*, un volumen con los siguientes documentos: Sumario de las Constituciones de la Compañía de Santa Teresa de Jesús, Organización y gobierno de la Compañía de Santa Teresa de Jesús, Oficios en la Compañía de Santa Teresa de Jesús, Preces de la Compañía de Santa Teresa de Jesús. Tomando como bases esos documentos, e introducidas las modificaciones que la legislación eclesiástica fue dictando, hízose más tarde la redacción de las Constituciones propiamente tales, las aprobadas por Roma.

Escribió también don Enrique *varios documentos para las Superioras de las Comunidades*. Nunca impresos, corrían peligro de perderse. Con ellos y otro libro, ya completamente agotado, de don Enrique: «Remedios preservativos y curativos de las enfermedades del alma», hizo la Madre Teresa Blanch, en 1928, un volumen que recibió el título de *Directorio para las Superioras*.

Práctica del examen particular y general es otro folleto de don Enrique, muy valioso por sus atinadas observaciones e instrucciones.

Con destino a las alumnas de los colegios de la Compañía salieron de la pluma de don Enrique *Rudimentos de Religión y Moral, Rudimentos de Historia Sagrada, Rudimentos de Historia de España*.

Escribió hasta el final de su vida. En el convento de Sancti Spiritus, donde le sorprendió la muerte, dio la última mano a una novena que había escrito en obsequio de la Concepción Inmaculada de María Santísima; fue publicada, después de su muerte, con el título de *Novena a la Inmaculada Concepción de María* (ochenta páginas de meditaciones). Allí escribió un opusculito para propagar el amor a Jesucristo. Allí escribió una novena del Espíritu Santo; fue editada, como obra póstuma también, con el título de *Novena para honrar al Espíritu Santo* (ochenta páginas de meditaciones). Allí redactó una carta para los confesores de sus religiosas, dándoles sapientísimos consejos para las tareas de dirección y consejo. Allí estaba formando las Constituciones para una nueva Congregación de Sacerdotes, titulada del Oratio de Santa Teresa.

Como obra póstuma, sus Hijas publicaron *Ejercicios Espirituales según el método de San Ignacio de Loyola, para las Hermanas de la Compañía de Santa Teresa de Jesús*, cuatrocientas páginas con las meditaciones clásicas de nueve días de ejercicios, expresamente acomodadas a las Religiosas.

Esta simple enumeración de su abundantísima producción literaria causa asombro si recordamos las otras múltiples actividades sacerdotales que le ocuparon horas y horas.

4. Fundador de asociaciones piadosas

Ut vitam habeant et abundantius habeant (Jn 10, 10), para que tengan vida –la vida de Dios– y la tengan más abundante, creó don Enrique asociaciones piadosas, que se asentaban sobre tres pivotes: piedad, estudio y acción. Son, pues, precursoras de la Acción Católica y de los Movimientos apostólicos modernos.

Para las jóvenes nace, el 15 de octubre de 1873, la *Asociación de Hijas de María Inmaculada*. «El objeto de mi asociación –escribe don Enrique– es el mismo que nos propone la Iglesia al admitirnos en su gremio: renunciar a Satanás, a sus obras y a sus pompas, para hacer lugar al Espíritu Santo: echar de las almas a Lucifer, para que viva y reine en ellas Cristo Jesús. No se trata de que entréis monjas, ni siquiera de cargaros con nuevas obligaciones o de imponeros duros sacrificios: no se trata sino de que seáis cristianas de veras, y de facilitaros los medios de serlo». Don Enrique hará viajes incesantes para extender y consolidar la obra, que llegará a contar con más de 130.000 jóvenes asociadas por toda

España, cifra sorprendente en grado sumo para aquellos tiempos de desorganización y de incertidumbre en todo.

Para los jóvenes muchachos del campo, mozos robustos de recia musculatura y voz vibrante, cultivó don Enrique la *Pía Asociación de la Purísima Concepción*.

Para la niñez don Enrique establece, en 1876, los *Rebañitos del Niño Jesús*.

En marzo de 1876 don Enrique se abre a un nuevo campo de trabajo: los hombres. Para ellos crea la *Hermandad Josefina*. «Tengo para mí –decía don Enrique– que así como a Santa Teresa está reservado en estos últimos tiempos regenerar a España por medio de la juventud femenina, educándola por medio de su espíritu de fe, de oración y de celo por los intereses de Jesucristo, a San José está confiada la salvación de los hombres, inspirándoles amor al trabajo y al cumplimiento de sus deberes cristianos».

5. Creación de la Compañía de Santa Teresa de Jesús

En 1876 emprende don Enrique la fundación de la *Compañía de Santa Teresa de Jesús*, su obra entre las obras. Don Enrique no permanece indiferente ante el problema de la enseñanza tan agudamente planteado en España. En este campo ve él el mayor peligro para España; «el mal es gravísimo –escribe–, el más grave quizá de todos». Técnicamente defectuosas muchas de las instituciones docentes de carácter religioso; faltos los católicos de una solícita atención a las bondades pedagógicas que el enemigo podía tener; el espíritu sacerdotal de don Enrique, vigilante y alerta, perspicaz e inteligente, aguijoneado continuamente por su celo apostólico, advierte la gran tragedia de la enseñanza atea, completamente laica y despojada de todo carácter sobrenatural. Y busca el remedio: mujeres, que, capacitadas con la mejor técnica pedagógica, en posesión del correspondiente título oficial, adquirida también una esmeradísima formación religiosa, se dedicaran a la enseñanza concebida como principal apostolado. Al principio pensó en una Compañía de profesoras católicas; pero en seguida comprendió don Enrique que para mantener la cohesión espiritual de unas personas a quienes se les pedía que entregasen su vida en nombre de Dios y en aras de un ideal no humano, era necesario que Dios lo llenase todo. Y nació la Compañía de Santa Teresa, una de las más hermosas Instituciones religiosas educadoras femeninas. La Compañía se afianza y camina hacia adelante con paso firme y decidido, conducida por su mano. Él era el alma de todo. A su Instituto dio cuanto era y tenía; hasta supo santamente sufrir por él. Bendecida por Dios, la Compañía tenía, a la muerte del fundador, casas en España, Portugal, África y América.

6. Otras fundaciones que no prosperaron

Al final de la peregrinación teresiana a Ávila y Alba de Tormes, de agosto de 1877, se establecieron las bases de la *Hermandad Teresiana Universal*. Fue constituida como asociación que vinculara a los católicos del mundo entero amantes de Santa Teresa. Por su amplitud, casi temeraria, no llegó nunca a cristalizar.

Dos Congregaciones de hombres –Misioneros Teresianos y Hermanos Josefinos– se quedaron en meros proyectos. Don Enrique señalaba como obras preferenciales de los Misioneros de Santa Teresa de Jesús:

- 1º. Ejercicios Espirituales al clero, seminarios, congregaciones religiosas, teresianas, etc.
- 2º. Dirección espiritual de los seminarios eclesiásticos.
- 3º. Misiones, sermones, confesiones, moribundos.
- 4º. Catequística.
- 5º. Difundir los tesoros celestiales escondidos en la vida y escritos de la Santa por todos los medios posibles: Revista, libros, etc.
- 6º. Ser uno de los mejores auxiliares de los prelados, multiplicándose por su celo y laboriosidad; atender a las obras teresianas, extendiéndolas y vivificándolas.

7. Su visión de la educación cristiana

«El campo donde se da la batalla más encarnizada –escribe– es el de la enseñanza... Por ello se van sucediendo tantos desastres en nuestra España y en el mundo, de que apenas acertamos a darnos razón. Y ¡ay de nosotros si dormimos el sueño del descuido!»

Para don Enrique la catequesis ofrece sólida instrucción religiosa y profunda piedad. Sus libros para niños, jóvenes y adultos aúnan enseñanza doctrinal y cultivo de las virtudes. Es lo que hoy llamamos «síntesis entre fe y vida». La enseñanza religiosa se propone como fin no una simple adhesión intelectual a la verdad religiosa, sino el entronque personal de todo el ser con Dios. *Tesoro de la Juventud* y *Tesoro de la Niñez* y demás libros de don Enrique buscan «formar una piedad ilustrada» (del Prólogo de *Tesoro de la Juventud*, 1ª ed.). Don Enrique hermana instrucción y devoción.

«Lo que importa es –escribe también– una educación cristiana, según el espíritu de la gran Teresa de Jesús, y con esto regenerar a España, al mundo todo por la imitación de las virtudes de la Santa de nuestro corazón, tipo acabado de la perfecta mujer católica y española». Siempre vigorosa vida interior del alma, siempre. Es el objetivo de la educación cristiana. Máxima de don Enrique es «formar a Cristo Jesús en las inteligencias por medio de la instrucción, formar a Cristo Jesús en los corazones por medio de la educación».

Don Enrique no concibe la cultura sin Dios. Para él la religión no es ni un postizo ni un añadido, sino vertebración integral del ser. Desenmascaró los planes de la Institución Libre, que proponía una enseñanza religiosamente neutra, cuando no declaradamente contraria a la religión. Funda la Compañía con el propósito de que la niña, la joven realice el encuentro vivo y vital con la cultura y con el mundo, en un clima religioso que favorezca la eclosión de la personalidad infantil y juvenil de una forma tal que pueda luego insertarse en sociedades más amplias sin herida y sin pérdida de la concepción cristiana de la vida. «Todo lo hemos de hacer servir para restablecer el reinado social de Jesucristo, empezando por restaurar en Cristo la educación de la mujer. No se ha de emplear cosa alguna que haya de contribuir poco ni mucho a degenerar de la fe viva e íntegra de nuestros padres y de su carácter noble y caballero».

IV. PUNTOS EN QUE DON ENRIQUE SE ADELANTA A OTROS

1. Aprecio del valor de la mujer

Hoy vivimos el movimiento general por la promoción de la mujer en el mundo. Hoy es reconocido por todos, el papel de la mujer en la sociedad y en la comunidad eclesial. El Sínodo de los Obispos de 1971 expresaba el deseo de «que las mujeres tengan su propia parte de responsabilidad y de participación en la vida comunitaria de la sociedad y también de la Iglesia»¹¹⁵. Y Pablo VI, el 18 de abril de 1975, hablando al Comité para el Año Internacional de la Mujer, urgía «trabajar en todas partes por hacer descubrir, respetar y proteger los derechos y prerrogativas de la mujer en su vida de soltera, conyugal, educativa, profesional, cívica, social, religiosa»¹¹⁶. Y es deseo claramente expresado por el Concilio Vaticano II¹¹⁷ que también en la Iglesia, en su inmenso trabajo de evangelización, tienen que empeñar las mujeres cada día más sus ricas cualidades específicas, tanto humanas como espirituales. Y aunque el panorama de las actividades apostólicas de la mujer es ya impresionante, la Iglesia espera mucho de las mujeres para llevar a cabo su misión evangelizadora. Hoy, pues, son gozosa realidad los esfuerzos para que la mujer encuentre su justo puesto y el papel que le corresponde en la sociedad y en la Iglesia.

Pero retrocedamos cien años. Los textos de don Enrique, seleccionados para constatar su aprecio del valor de la mujer, fueron escritos hace cien años. Entonces eran meritoria novedad. No digo exclusividad, pues en la segunda mitad del siglo XIX se fundaron alrededor de medio centenar de congregaciones femeninas, muchas de ellas a impulsos de sacerdotes santos que, como don Enrique, pensaban en el hecho positivo, indestructible e inmodificable de la influencia de la mujer.

«Tal es el mundo —escribía don Enrique—, tanto vale una nación, cuanto valen las mujeres que dieron el ser a sus hijos y los educaron; y sabido es que tanto valen las madres, cuanto valen las jóvenes que en un día más o menos lejano lo serán».

«¿Se ha visto nunca al mundo resistir la acción simpática, la ardorosa influencia de la mujer? Corazón de la familia, reina del hogar doméstico, dulce encanto de la sociedad y gloria de la religión; la mujer católica posee la virtud de asimilación, pero virtud sin límites e irresistible. El mundo ha sido siempre lo que le han hecho las mujeres. Y un mundo hecho por vosotras, formadas según el modelo de la Virgen María con las enseñanzas de Teresa; un mundo que, rendido a los pies de María, lea a Teresa, no podrá ser sino un mundo de santos. Manos, pues, a la obra, que el tiempo urge y apremian las circunstancias».

«Si educar a un niño es educar sólo a un hombre, y educar a una mujer es educar a toda una familia, ¿no ha de ser ésta (la Compañía) una de las más fecundas obras, la que ha de dar más excelentes y mayores resultados prácticos en bien de la Iglesia y de la sociedad? Otras buscan las ramas. La Compañía va

¹¹⁵ AAS 63 (1971) 933.

¹¹⁶ AAS 67 (1975) 264.

¹¹⁷ AA 9.

derechamente al corazón. El corazón de la familia es la mujer. Mejorado el corazón, el principio, todo estará sin advertirlo mejorado».

«¡Oh! si pudiese educarse a la juventud femenil en el espíritu y enseñanza de la Heroína española (Santa Teresa). En veinte años España quedará regenerada».

«El error y el vicio no echan raíces donde no tienen a la mujer por cómplice. Y la virtud no se arraiga y florece en los pueblos, en las familias, si no es antes virtuosa la mujer. La misma debilidad da al sexo frágil cierto misterioso poder, que unido a su gracia le presta recursos que no tiene el hombre para combatir el mal. De su debilidad saca fuerza; de su fragilidad, estabilidad y constancia. Cuando otra cosa no le quedara a la mujer para hacer el bien, halla recursos en su palabra para abatir el orgullo de la impiedad. Y a veces no necesita de la palabra: una sonrisa de desdén es más eficaz que los más elocuentes discursos. La palabra de la mujer, ya hable con el acento de hija, de madre o esposa, reviste tal eficacia que no pueden resistirla los más duros corazones. Como es palabra de corazón, tiene virtud especial para mover corazones».

2. Pionero en técnicas pedagógicas

Adelantándose muchos años, don Enrique ordenó que sus religiosas, antes de salir a cumplir su misión en los colegios, se capacitasen muy bien en toda clase de labores desde la «calceta y puntos y tapicería y encajes hasta el bordado en sus diversas variedades», así como en dorado y plateado y hechura de toda clase de ropas de iglesia; y que recibieran y diesen lecciones de arte de cocina, lavado, amasar el pan, hacer jabón, coser a máquina; y que supieran los principales elementos de higiene y medicina para poder enseñarlos.

No es posible, ni lo permite la índole del artículo, exponer los valores pedagógicos de este catequista genial y eximio maestro. Sólo unos detalles.

Hoy hablamos de «enseñanza personalizada». Don Enrique recomienda: «Procuren ante todo las maestras estudiar la índole y carácter de sus alumnas, para que aprovechen sus instrucciones y correcciones». Habla de los obstáculos para el estudio:

- 1º. La falta de método;
- 2º. La distracción o falta de atención;
- 3º. El no tener calmadas las pasiones, o sea la falta de paz del alma; o, como enseña San Bernardo, la culpa que remuerde, el sentido que codicia, el cuidado que punza y el tropel de imágenes que se apoderan de la imaginación.

Al hablar del modo de estudiar, escribe:

«Al aprender las lecciones, fíjense más en los conceptos que en las palabras. Nada decoren sin antes estudiarlo: a este fin, observarán en el estudio las reglas siguientes:

- 1ª Leerán atentamente una o más veces lo que deben aprender, procurando entenderlo bien.

- 2ª Después lo grabarán en la memoria por partes, no pasando al punto siguiente sin haber antes aprendido bien y decorado los conceptos del anterior.
- 3ª Aprendida así la lección, decórenla por entero y con pausa, como si la recitaran en clase.
- 4ª Si durante el estudio encuentran alguna cosa que no entiendan, anótenla y pregúntenlo con humildad después a la maestra».

Hoy hablamos de «métodos vivos», de «pedagogía activa». ¿Cómo eran sus catequesis? Torneos de preguntas y respuestas, diálogos, adivinanzas, juegos, carreras, luchas, competiciones, excursiones...

Terminemos este apartado con unas palabras de don Enrique sobre el amor como cualidad del buen maestro: «Si uno se contenta con hacerse temer, no irán sino con repugnancia al Catecismo como a un ejercicio odioso, se ausentarán de él lo más pronto que puedan, escucharán, sin interés, únicamente para no ser castigados; usarán de disimulación, y el corazón no se dejará manejar, mover y mudar. Es, pues, esencial el hacerse amar. No se obtiene el ser amado sino amando con un amor lleno de dulzura». Página hermosa de la *Guía práctica del catequista*. Año 1872, cuando se enseñaba, correazo va y correazo viene.

3. En la avanzadilla de la penetración en el mundo de la cultura

Estaba de moda ser librepensador. Era la época del liberalismo y la masonería, cuando se intentaba suprimir a Dios de la vida. Era la época en que, al socaire de la tolerancia en materia docente, los protestantes costeaban estudios y títulos, obligando antes con juramento a sus adeptos a enseñar el protestantismo. Se abrían brechas profundas en las instituciones docentes españolas. Enemigos de Dios y de la Iglesia, encaramados en puestos de dirección, desde el Ministerio de Instrucción Pública (a la sazón llamado de Fomento) reñían la gran batalla. El campo de la enseñanza y de la educación es el más apto para cambiar la estructura espiritual de los hombres en uno o en otro sentido.

Don Enrique, hombre de fe y con despierta inteligencia, reaccionó contra quienes, queriendo inyectar sangre nueva en la Universidad y la cultura españolas (y buena falta le hacía), proponían una cultura sin Dios. «Quiérese arrojar del mundo a Dios –escribía don Enrique–. Los discípulos del hijo de perdición... han comprendido que sólo apoderándose de la enseñanza y haciéndola atea era como ellos y sus doctrinas de perversión podían entronizarse en el mundo. De aquí su afán por corromper la enseñanza con libros de texto y textos vivos que secundasen sus planes infernales». Don Enrique no se queda en estériles quejas y habló sobre la necesidad apremiante de ir a la conquista de la Escuela y las Normales y los Institutos y hasta la Universidad. Propuso regenerar la enseñanza desde el punto de vista cristiano y pedagógico valiéndose de instituciones y métodos que a muchos parecían demasiado nuevos. Se enfrentó continuamente con el hecho de la descristianización pública. Clamó una y otra vez sobre el peligro de la enseñanza laica. Lamentó con gran pesar la noticia de que cuatro profesores krausistas habían sido nombrados para la Escuela Normal Central de Maestras de Madrid. Nadie puede arrebatarse a don Enrique la gloria indiscutible de haber señalado tan previsoramente lo que se nos venía encima entre brumas y celajes por el horizonte de la enseñanza.

A él rendimos también tributo de admiración por estar en la avanzadilla de la penetración en el mundo de la cultura. Nuevo era que las hijas de la Compañía sacaran títulos oficiales en los centros docentes del Estado para que pudiesen legalmente ejercer su apostolado en el campo de la enseñanza. La Compañía no era una audaz y precipitada aventura, sino una auténtica arma de combate destinada a perpetuar una táctica, un método y un propósito deliberado de influir sobre la vida española.

Novedad laudable también encerraba el propósito de que la Compañía había de dedicarse no sólo a abrir colegios en las ciudades populosas, sino también a dirigir escuelas en pueblos pequeños. Buscaba vías de acercamiento a los distintos sectores de la juventud.

El 1 de mayo de 1893, el ministro de Gracia y Justicia, Montero Ríos, firmaba la aprobación oficial de la Compañía como Instituto Religioso docente por parte del Gobierno Español. Por estar en posesión del correspondiente título oficial venían dirigiendo colegios desde septiembre de 1878; su incorporación al Magisterio Nacional les dejaba a cubierto de posibles interferencias obstaculizadoras. Eran maestras y religiosas.

Don Enrique, pionero de la penetración en el mundo de la cultura, pudo ver el fruto de sus afanes. La Compañía se extendía rápidamente; todos alababan los magníficos resultados de la pedagogía teresiana en los dos aspectos: académico y moral; también eran estimadas en el escalafón oficial: en junio de 1889 una religiosa de la Compañía era nombrada por la Dirección General de Instrucción Pública vocal del Tribunal de oposiciones a las Escuelas de Maestras de párvulos para todo el distrito universitario de Barcelona.

V. TRES GRANDES AMORES

1. Al Papa

Tuvo Don Enrique devoción singularísima a la Santa Sede. Su amor al Papa fue conmovedor y tiernísimo. «Si queréis conocer el grado y la calidad del catolicismo de una persona, de una idea, de una institución, observadla en su relación con el Papa. Si habla bien, buena señal, pero si no, es el mejor síntoma de que no es buen católico».

Tres veces fue a Roma: en 1870, acompañado de su entrañable amigo Manuel Domingo y Sol; en 1888, para obtener el «Decretum Laudis» del Instituto; y en 1894, para que se suspendiera la ejecución de la sentencia del pleito fallado en contra suya. El recuerdo de la primera visita, en los días del Concilio Vaticano I, le acompañó toda su vida. Aprovechó todas las oportunidades para manifestar de manera pública y rotunda sus sentimientos de filial adhesión a la Santa Sede.

Empecemos por las peregrinaciones, fiestas, conmemoraciones y celebraciones. Nos haríamos interminables si pretendiéramos enumerar todas las convocatorias de don Enrique. Él oteaba los horizontes de España y lanzaba a los cuatro puntos cardinales su llamamiento a participar, con el mayor entusiasmo, en este o aquel festejo. Su corazón sacerdotal se hacía eco siempre de las efemérides que exaltaron sus tres grandes amores: el Papa, la Iglesia y

la tradición católica de España, que recibían (era inevitable para él) los tintes de su teresianismo visceral.

Durante largo tiempo, con insistencia y ardor, colaboró don Enrique, desde la Revista, en la propaganda y preparación de la peregrinación teresiana a Roma, organizada por don Ramón Nocedal. Más de 8.000 españoles llegaron a Roma para estar junto al Papa el día 15 de octubre de 1876.

También tomó parte don Enrique en los preparativos de la peregrinación nacional a Roma con ocasión del Centenario (tercer centenario) de Santa Teresa, celebrado en 1882.

Por iniciativa de un grupo de devotos teresianos, el día 15 de octubre de 1882, se ofrecieron por el Papa centenares de miles de Comuniones y se enviaron 10.000 telegramas a Roma, y más de un millón de firmas de adhesión a la Cátedra de Pedro.

Promovió don Enrique comuniones, novenas, etc., Por el Papa y por la Iglesia, para que el Señor no permitiese más tribulaciones a su Iglesia y a su Vicario.

Todos los años, en obsequio al Papa, recogía limosnas, que enviaba a Roma junto con la colección completa de la Revista.

En abril de 1877, cincuenta aniversario de la consagración episcopal de Pío XI, ofreció un magnífico álbum que contenía 11.000 firmas de jóvenes de la Archicofradía, juntamente con una respetable cantidad de dinero (limosnas recogidas), y un cuadro al óleo de Santa Teresa.

En 1888, con ocasión de las fiestas jubilares de León XIII, en su viaje a Roma, don Enrique fue «a prestar a nuestro amantísimo Padre, cautivo y pobre, el óbolo que hemos recogido en la Revista». Y animó a que en todas las ciudades y pueblos donde existían la Compañía, la Archicofradía y el Rebañito se constituyeran juntas y comités para confeccionar ornamentos litúrgicos, que, después de ser ofrecidos al Papa, irían destinados a las iglesias pobres del mundo.

A los niños de la Catequesis, a las jóvenes de la Archicofradía, a los hombres de la Hermandad Josefina, a los jóvenes, a las niñas del Rebañito, a sus religiosas, a todos recomendaba grande amor y devoción al Romano Pontífice. Compuso una oración por el Papa, que él rezaba después de celebrar.

2. A la Iglesia

Su amor al Papa es amor a la Iglesia. Consagró su vida al servicio de la Iglesia, a la que amaba con pasión. En un librito sobre religión y moral que escribió para uso de los colegios de la Compañía, aparecen estas palabras suyas que resumen con fidelidad el sentido de su vida: «¡Oh Iglesia Santa, Católica, Apostólica y Romana!... ¡Péguese mi lengua al paladar y séquese mi mano derecha si no te bendijere, amare, respetare, obedeciere y defendiere como a mi más querida y bondadosa Madre siempre, siempre, siempre!»

Con infatigable constancia don Enrique se inmoló en el servicio a la Iglesia de Cristo.

3. A la tradición católica de España

Don Enrique fue un enamorado de España y de su tradición católica. En la Revista encontramos, entre la gracias que se piden, la prosperidad de España. Pasan de 200 los artículos total o parcialmente dedicados a analizar las causas de los males que afligen a la patria y a proponer los remedios para recobrar el antiguo esplendor. Al movilizar para la celebración del Tercer Centenario de Santa Teresa, escribía llevado por su entusiasmo: «Entonces España recobrará su dignidad perdida, y restañará sus heridas y reparará sus fuerzas, florecerá en ella la fe y la piedad».

En todo su apostolado tuvo continuamente presente dos objetivos: el servicio a la Iglesia y el servicio a España. «Aspira nuestra humilde publicación a hermanar estos dos sentimientos, los más nobles y grandes del corazón humano, el sentimiento religioso y el patrio». Y lo hace ajeno a toda política: «Españoles todos, sin distinción de clases, opiniones y partidos, *hora est iam nos de somno surgere*. Oíd la voz de uno de vuestros hermanos». Y expone sus anhelos de renovación del país mediante el conocimiento y difusión del espíritu de Santa Teresa de Jesús, del espíritu teresiano que, por su reciedumbre católica y por su significación tan genuinamente española, podría realizar el prodigio de restaurar, actualizándolo todo, un sentido cristiano de la vida y pensamiento que había hecho grande a nuestra patria.

Religión y patria, sí, pero sin mezcolanzas impropias de su sacerdocio. Jamás se advierte en don Enrique el más ligero matiz que haga pensar en aficiones políticas. Para él no había más ambición que extender el conocimiento de Cristo y llevar a los hombres a Dios. Se consideraba obligado a defender la vida religiosa del pueblo español, con el cual, no con la política, el catolicismo se había compenetrado de una manera casi única en Europa. Y como instrumento escogió el teresianismo. Su devoción y conocimiento de Santa Teresa le hicieron intuir que ella podía ser, con su extraordinaria significación de símbolo de la raza, el banderín que agrupase las energías espirituales maltratadas y dispersas. Había que ofrecer al pueblo sencillo un camino y una meta. Y la Santa podía muy bien ser las dos cosas. Camino, por el inmenso atractivo que su figura bien presentada podía despertar. Meta, por la reciedumbre y fortaleza espiritual que de ella, conocida e imitada, podía derivarse.

Este amor a España fue siempre compatible en él con un acendrado sentimiento de cariño hacia la región en que nació y se desarrolló su vida. Cataluña estuvo siempre muy metida dentro del alma de don Enrique. Sus sanas y típicas costumbres, su lengua, sus santuarios (en particular Montserrat) fueron siempre estimados por él con noble y sincero entusiasmo. Nunca cayó en la tentación de favorecer, ni con el pensamiento siquiera, cualquier suerte de catalanismo de derechas o de izquierdas tendente a desgarrar la unidad política de España. Amaba a Cataluña dentro de España, y por España entera trabajó como apóstol de Santa Teresa y de la Iglesia.

Dentro de este amor a la región catalana, era natural que sintiese particular predilección por Tortosa.

Enamorado de España y de su tradición católica, jamás identificó la condición de ciudadano con la condición de creyente, ni buscó en grupos políticos la defensa

de la fe. Aún más, ni manifestó jamás sus ideas políticas; tal vez porque no las tuvo. De hecho, no las conocemos. Don Enrique, en todas sus empresas, buscaba sólo nutrir vigorosamente la vida interior de quienes estaban a su alcance. Y al procurar que cada español se adhiriera, libre y personalmente, a Cristo en la Iglesia, recurre exclusivamente a medios genuinamente evangélicos.

VI. DE DÓNDE LE VINO A DON ENRIQUE LA FUERZA CON QUE VIVIÓ SU SACERDOCIO

1. Oración y vida interior

Don Enrique, entregado a una actividad vertiginosa, camina con una seguridad pasmosa y envidiable. Le acompaña la fuerza del Espíritu. El oleaje del mar en que navega, no le hace naufragar nunca. ¿Cuál es la fuente de energía? ¿De dónde le vino a él la fuerza con que vivió su sacerdocio? Ni cargos honoríficos, ni dignidades vanidosas, ni remuneraciones pecuniarias, ni la pasión del mando. Don Enrique rehusó puestos brillantes, se quedó en bachiller voluntariamente, se cerró las puertas a toda alta dirección en la carrera eclesiástica. Por otra parte, multiplica sus tareas apostólicas. A la actividad que ocuparía en otro toda una vida, añade él nuevas actividades, fruto de su inmenso espíritu de sacrificio y abnegación personal. Su inquietud sacerdotal no descansa. Sólo su fuerte espíritu de oración y su robustísima vida interior podían darle ánimos para aquel batallar incesante.

Oración y vida interior. Su vida fue oración continua. Don Enrique oraba ante el Sagrario frecuentemente, prolongadamente. A veces se levantaba a media noche y en la quietud de las altas horas nocturnas, llenas de solemnidad y de silencio, tensaba las cuerdas de su espíritu poniéndole en comunicación con Dios.

Es el apóstol de la oración. La Revista Teresiana está plagada de recomendaciones de la oración; sus libros abundan en meditaciones y prácticas de la oración; los reglamentos de sus fundaciones incluyen siempre el deber de orar. Oración, oración... es su idea continua, perseverantemente repetida, con insistencia incansable y creciente.

Don Enrique cuidaba con tanto esmero su vida de oración que se retiraba frecuentemente a Montserrat o al Desierto de las Palmas, para pasar allí días y días exclusivamente entregado al trato con Dios.

La gran oración suya fue el Santo Sacrificio de la Misa. Preparaba diariamente su Misa con el acto cumbre y único entre todos. Celebraba la Misa con tal fervor que parecía extasiado y consumía largo rato en la acción de gracias.

2. Caridad pastoral

Le consumía el **celo por el servicio de Dios y de su Iglesia**. Abarcó todos los campos de apostolado que a un sacerdote le ofrecía la situación de España entonces. Y en todos se distinguió de una manera sobresaliente.

Hacia el mundo que le tocó vivir. Buen pastor, en una sociedad de civilización cristiana, azotada por los vientos de todas las decadencias, luchaba, lleno de aspiraciones y deseos sobrenaturales, por encima de los acontecimientos políticos, puesta su confianza en Dios. El semanario «El Amigo del Pueblo», la revista «Santa Teresa de Jesús», las fundaciones y libros responden a necesidades imperiosas que le tocó vivir. Vuelto hacia el mundo, reaccionaba rápidamente, aceptando el combate allí donde se le presentaba. Don Enrique no era hombre de gimoteos estériles y vacías declamaciones. Era hombre de acción, sin tregua ni descanso. Era un apóstol sumergido, de los pies a la cabeza, en el ambiente de la época.

Conocía la situación real, las preocupaciones vivas del pueblo. El contacto con el mundo le permitió tener siempre una información de primera mano. Por eso logró dar a sus publicaciones un estilo periodístico de sabor popular sumamente interesante y atrayente.

No había tiempo para detenerse, cuando el mal tanto avanzaba. Su celo descubría horizontes inabarcables; era estímulo para su alma. Se consumía en anhelos.

Atento al mundo que le rodeaba, los movimientos que impulsa son de profunda piedad y rancio españolismo. Preocupado, vigilante y sumamente laborioso, sus obras fueron singularmente oportunas y fecundas, en campos hasta entonces no roturados.

Sacerdote de Cristo en una época terriblemente crítica y agitada, se entregó sin reservas en alas de su caridad pastoral hacia el mundo que le tocó vivir. He examinado con atención escrupulosa todos sus escritos. A través de ellos vemos perfectamente reflejadas sus inquietudes y preocupaciones, y llegamos a darnos cuenta de las dimensiones que alcanza su pensamiento.

No evasión ni huida. En 1862, todavía seminarista, escribió: «En su servicio (de Dios), seré, con su gracia, *attente, devote, confidenter, alacriter et ferventer*». Impetuoso, intrépido, devorado por el fuego de Cristo, las alas de su espíritu estaban hechas para los grandes vuelos. Se crecía ante las dificultades. Cuando no puede publicar el semanario, piensa en la revista. Su afán constante fue crear y multiplicar obras difusoras del bien; sembrar la buena semilla en todos los campos: niños, jóvenes, adultos, hombres y mujeres, catequesis, predicación, publicaciones, fundaciones. Tuvo que luchar con incansable ardor para vencer enormes dificultades. Siguió siempre adelante a pesar de los disgustos, de las molestias, de las noticias amargas. Su fuerte sentido sobrenatural le impulsa y anima. Reacciona vigorosamente y no permite dar entrada al desaliento. Siempre geniales iniciativas, siempre magníficos planes. Nada de evasión ni huida.

Vivencia del Evangelio, en cuya fuerza confiaba. «En la recia tempestad que nos azota —escribía— y que parece va a hundirse en ella la religión y la patria, sólo falta que importunemos a Jesús». Vivió un cristianismo activo y generoso con el objeto de renovar el ambiente de indiferencia religiosa que se había extendido por pueblos y ciudades. Proponía siempre recursos genuinamente evangélicos. Y cuando no se obtenían los frutos deseados, clamaba desde la

Revista, con exhortaciones y consejos, para que no se abandonasen los medios espirituales, indispensables para lograrlos.

La vivencia de la **universalidad de la Iglesia** dio fuerzas a su ideal sacerdotal. Tortosa le resultaba pequeña; por eso quiso llegar con su pluma, ya que no podía hacerlo con su voz, a todas las familias de España y aun del mundo entero. Esta apertura de miras, estos horizontes universales fueron acicate a su caridad pastoral, fueron estímulo para vivir plenamente el ideal sacerdotal. Vivía como propios los problemas de la Iglesia. Siempre en la Revista se hizo eco de los males que afligían a la Iglesia, exponía sus causas y las posibles consecuencias. Era el dolor del sacerdote que ama a la Iglesia. Los avances del laicismo en Italia, en Francia, en Portugal espoleaban su caridad pastoral. La dolorosa impresión que le causó su visita a Portugal, la descristianización de Francia, la desastrada situación religiosa de Orán (África), las acuciantes necesidades espirituales de América, las vejaciones de que era objeto el Papa, todo encendía más y más la llama de su caridad pastoral. Lamentaba la corriente devastadora de un laicismo cuyas consecuencias preveía funestísimas. Y creó la Compañía y procuró su difusión universal y tuvo la legítima alegría de verla establecida en Europa, África y América luchando contra la gran tragedia de la época moderna: la enseñanza laica. El fuerte anhelo de su alma sacerdotal era agujijoneado constantemente por su vivencia de la universalidad de la Iglesia.

3. Teresianismo

Otra poderosa fuerza que le animó a vivir su sacerdocio fue la imitación del espíritu de Santa Teresa y la entrega llena de amor a lo que esta Santa significa. Santa Teresa le sirve siempre de ejemplo y de aliento.

Cuando solicita del señor Obispo de Tortosa permiso para sacar la Revista, escribe: «Recordando a todos los españoles, hermanos nuestros muy queridos, las glorias de nuestra Santa, descubriéndoles su imagen amabilísima, adornada de todas las virtudes y gracias... ven, siglo sin fe, a contemplar la hermosura y las riquezas de esta celestial virtud al resplandor de las luces que despide en Santa Teresa de Jesús». Y durante los veinticinco años que dirigió la Revista no faltaron, mes por mes, artículos divulgadores. Santa Teresa como escritora, doctora, mortificada, perseguida, enferma, mal o bien interpretada... Santa Teresa como mujer humanísima, caritativa, alegre, humilde, valiente, esforzada... Santa Teresa y la humildad, la castidad, la pobreza, el servicio a los demás... Más de cuatrocientos artículos sobre temas teresianos.

«No estaremos satisfechos –escribía– mientras haya un español que no admire y ame a su hermana, la gran Mujer.»

Era el caballero andante de la Santa. Don Enrique fue promotor y organizador de la peregrinación teresiana a Ávila y Alba de Tormes, cuna y sepulcro de la Santa. Se celebró en agosto de 1877 y congregó 4 Obispos, más de 200 sacerdotes (entre ellos don Manuel Domingo y Sol y Jacinto Verdaguer) y más de 4.000 personas. «Despreciando las burlas del mundo –decía en la Revista– habéis cantado vuestra fe y vuestro amor a Teresa, a la faz de toda España, alentando con vuestro valor y noble ejemplo otros corazones tibios o retraídos.»

En octubre de 1880 llamaba a toda España a celebrar el Tercer Centenario de Santa Teresa. Proponía una gran peregrinación a Ávila y Alba de Tormes y llamaba a poetas, artistas y literatos a Certamen Nacional. Con su amigo el Prelado de Salamanca, doctor Izquierdo, escogió temas, que podían desarrollarse en español, latín, francés, italiano, alemán e inglés. Los premios eran espléndidos, algunos de 10.000 reales. Todo se malogró por la insidiosa acción política de ateos y masones, quienes no se opusieron a la celebración, pero sí desvirtuaron su carácter. La llamada Junta Nacional pretende honrar no a la gran hija de Dios y de la Iglesia, sino a la mujer, a la escritora de fina gracia literaria...; todo ello con criterio naturalista y sin la más mínima preocupación por observar su unión con Dios y su santidad maravillosa. Don Enrique, sacerdote afanoso únicamente de lo sobrenatural, protesta; y el mes de junio de 1882 escribe un artículo titulado «Voz de alerta». Su tesis es «¿qué pacto puede haber entre Teresa de Jesús, encargada de celar la honra de Jesús, y los enemigos jurados de esta honra? ¿Cómo honrar a la Santa deshonrando al Santo de los Santos?»

La Santa, en su Centenario, tuvo un homenaje de piedad y de veneración con cultos en pueblos y ciudades. Don Enrique, por su parte, con las hijas de la Archicofradía Teresiana (más de 130.000 asociadas), ofreció a Santa Teresa un hermoso Altar de cedro en Montserrat. El día 21 de octubre, entre cantos y rezos, 4.000 personas subieron a Montserrat.

Valioso homenaje, y de gran labor investigadora, fue presentar, por orden alfabético, en la Revista (número de octubre) un inmenso repertorio de frases y epítetos con que la Santa ha sido honrada por los más diversos autores a través del tiempo. Al pie de cada frase aparecía la referencia bibliográfica del libro y autor a que pertenecía.

Otra vez a Ávila. Un ladrón sacrílego ha arrancado de la imagen de la Santa la mano derecha, ricamente enjoyada por la piedad y generosidad de sus devotos. Don Enrique promueve actos de reparación y de desagravio.

Y regala la nueva mano, obra de un magnífico joyero de Barcelona. Las Carmelitas descalzas de toda España costearán el dedo pulgar; los Carmelitas descalzos, el índice; la Archicofradía, el dedo corazón; la Compañía de Santa Teresa, el anular; las niñas del Rebañito, el meñique. El resto de la mano y los anillos serían sufragados por donantes voluntarios que quisieran asociarse a la reparación.

Estas fiestas, aunque exteriormente tuvieran, a veces, el esplendor apoteósico de gran espectáculo (bandas de música, flores, palomas al aire, cohetes, estandartes), fueron siempre poderosas y fecundas fuentes de espiritualidad, de fervor y de celo apostólico.

De noche y de día pensaba en la Santa con el ardor de un esclavo enamorado. Como llamaradas de amor a Santa Teresa nacen las asociaciones y la Compañía por él fundadas. Como llamaradas de amor a Santa Teresa nacen las vibrantes convocatorias a la conciencia cristiana. Como llamaradas de amor a Santa Teresa nacen meditaciones y oraciones, folletos y libros. Con frase afortunada se llegó a decir de él que vivía «enteresiano». En efecto, su vida se movió

siempre bajo la advocación y espíritu de Santa Teresa. Este teresianismo fue un factor más que le hizo vivir en plenitud su sacerdocio.

VII. CONTEMPLACIÓN RETROSPECTIVA DE DON ENRIQUE A LA LUZ DEL CONCILIO VATICANO II

Los movimientos bíblico, litúrgico y patrístico, la nueva orientación de la eclesiología, las tendencias ecuménicas, los estudios sobre el episcopado, la profundización en el papel del Primado, la teología de la misión, la reflexión sobre el laicado, todos estos fenómenos y otros más se cruzan hasta alcanzar su momento cumbre en las Constituciones, Decretos y Declaraciones del Concilio Vaticano II.

En el capítulo sacerdotal se ponen claramente de manifiesto la inmutable naturaleza del sacerdocio, el lugar que el sacerdote ocupa en la Iglesia y en el mundo, y los aspectos pastorales, ascéticos y disciplinares del ejercicio del ministerio sacerdotal en nuestro tiempo.

Toda contemplación retrospectiva es peligrosa; se corre el riesgo de trasvasar injustificadamente al pasado juicios, valores del presente, aplicando a palabras y obras del pasado el sentido que revisten hoy para nosotros.

Pero es legítimo mirar al pasado desde el presente, ya que estamos examinando la vida de un Siervo de Dios desde la perspectiva sacerdotal, por tanto, desde una perspectiva de fe. Del sacerdocio Cristo es Divino Maestro y Modelo; su doctrina se transmite (Tradición) de generación en generación¹¹⁸. Esta Tradición —«quod ubique, quod semper, quod ab omnibus»—¹¹⁹ crece, con la ayuda del Espíritu Santo¹²⁰, de modo homogéneo. En esa línea de enriquecimiento homogéneo el estudio sobre la vida y la actividad pastoral del sacerdote viene progresando a lo largo de los veinte siglos de historia de la Iglesia.

Aún más, mirar al pasado desde el presente es utilísimo, porque el ministerio sacerdotal, en su aspecto práctico, como quehacer salvífico de la Iglesia, exige la concreción histórica del propio marco socio-cultural. El sacerdocio, bajo este aspecto, tiene un sentido relativo, temporal y local; es historia. La contemplación retrospectiva de una figura sacerdotal a la luz de posteriores adquisiciones, garantizadas por el Magisterio de la Iglesia, permite advertir los valores permanentes del sacerdocio (su origen, su naturaleza, sus poderes, su finalidad, sus acciones fundamentales) y el carácter transitorio de sus expresiones históricas, específicas de cada época. Aquello es inmutable; esto, mudable, como la cambiante situación del hombre y de la sociedad.

Al contemplar a don Enrique (del siglo XIX) a la luz del Concilio Vaticano II (del siglo XX), no buscamos establecer un paralelismo entre la vida sacerdotal de don Enrique (realizada en circunstancias históricas concretas) y la posterior y

¹¹⁸ Cfr. DV 8.

¹¹⁹ VICENTE DE LERINS, *Commonitorium* 2, 5.

¹²⁰ Cfr. CONC. VATICANO I, *Const. Dogm. «Dei Filius»*, c.4: DENZ. 1800 (3020).

mayor profundización de la doctrina sobre el sacerdocio; equivaldría a olvidar los progresos de la reflexión teológica.

En esta mirada retrospectiva de la vida y ministerio sacerdotales de don Enrique a la luz del Vaticano II, comprobaremos la plena identidad de líneas fundamentales que están en la base del sacerdocio. Contemplaremos también gozosamente poseídas (unas veces en forma embrionaria, otras de modo pleno) realidades más tarde declaradas y explícitamente formuladas por el Concilio. Descubriremos (en don Enrique asimiladas, en el Vaticano II enseñadas) las saludables energías sobrenaturales que dan fuerza al sacerdocio.

1. Consagración y misión

Don Enrique, hijo de su tiempo, fue educado en la concepción sacerdotal que venía rigiendo desde Trento. El enfrentamiento de la Reforma y la Contrarreforma llevó consigo un énfasis unilateral en el sacerdocio de los ministros ordenados, en contraposición con la condición sacerdotal de todo el Pueblo de Dios. Así pues, don Enrique, no hablará de la Iglesia «Sacramento»¹²¹ ni de la participación del bautizado en la «función profética, sacerdotal y real»¹²² de Cristo; pero sí levantará las banderas de sus asociaciones y, con los Rebañitos, la Archicofradía, la Hermandad Josefina, etc., convocará a niñas y a niños, a chicas y chicos jóvenes, a mujeres y a hombres, para que tomen parte en la misión única de la Iglesia; y esto, en virtud del bautismo recibido. La adscripción a la asociación no es sino el propósito resuelto de hacer realidad la santidad-consagración o dedicación a Dios, que opera el bautismo. «No es cosa nueva la que nos proponemos –escribía don Enrique al presentar al señor Obispo el proyecto de la Asociación de Hijas de María Inmaculada–. Queremos... con los medios que indicamos, que sea una verdad en las doncellas lo que solemnemente prometieron a Dios y a su Iglesia al recibir el Santo Bautismo... Queremos que siendo ellas miembros vivos de la Iglesia, injertadas en Cristo, como el sarmiento en la vid, continua y eficazmente influya el buen Jesús, su virtud y gracia en los corazones de las doncellas cristianas; que vivan en Cristo, estén unidas a Él íntimamente en caridad, vivan su vida, en una palabra, le conozcan y le amen; le hagan conocer y amar... Quizá esta falange escogida será la que apresure el restablecimiento del reinado de Cristo Jesús». Consagración y misión; son los componentes ontológicos del ser cristiano.

En consecuencia, don Enrique (como más tarde el Concilio Vaticano II)¹²³ urge, a todos los niveles de la vida cristiana, el ideal de santidad y de perfección, que, en modo alguno, considera exclusivo de religiosos y sacerdotes. «El objeto de mi asociación –escribía en una circular que había repartido profusamente– es el mismo que nos propone la Iglesia al admitimos en su gremio; renunciar a Satanás, a sus obras y pompas, para hacer lugar al Espíritu Santo: echar de las almas a Lucifer, para que viva y reine en ellas Cristo Jesús. No se trata de que entréis monjas, ni siquiera de cargaros con nuevas obligaciones o de imponeros

¹²¹ Cfr. nota 84.

¹²² LG 31; cfr. LG 10, 12 y 36.

¹²³ LG cap. V.

duros sacrificios; no se trata sino de que seáis cristianas de veras, y de facilitaros los medios de serlo».

Consagración y misión. Don Enrique se siente consagrado y enviado, pero de un modo peculiar, como sacerdote, por la unción del Espíritu, en el sacramento del Orden, que le ha capacitado para obrar en nombre de Cristo Sacerdote en calidad de cooperador de su obispo.

2. Funciones pastorales

Ajeno totalmente a las disputas, que habrían de venir más tarde¹²⁴, sobre si poner el acento en el ministerio de la palabra o en el del culto y adoración a Dios, don Enrique vivió en perfecta armonía los varios aspectos del ministerio sacerdotal. Y no sólo entendía la evangelización en una perspectiva estrechamente relacionada con el culto, sino que, para él, el término natural del anuncio del Evangelio era la participación de la vida de Dios por los sacramentos, particularmente la Santa Misa. Recuérdense sus catequesis, recuérdense los reglamentos de sus asociaciones, recuérdense sus libros y artículos.

Las tres funciones (profética, sacerdotal y regia) se entremezclan y relacionan recíprocamente: la actividad de la función regia es proclamación de la doctrina de Cristo (profetismo) que la inspira; y tiene valor sobrenatural si es ofrenda espiritual (sacerdocio). Tal es la doctrina conciliar. Pues bien, ninguna de las obras que don Enrique emprendió para seculares dejó de tener como objetivo primero y principal el de nutrir vigorosamente la vida interior del alma de aquellos a quienes quería disponer para la actuación en el mundo. Primero aquello, después la propaganda por medio de la prensa, la actuación en la política, el sentido social, la responsabilidad profesional.

En la actividad sacerdotal de don Enrique descuella el ministerio de la palabra que ejerce de distintos modos: catequesis, predicación, publicaciones, asociaciones piadosas, la «Compañía de Santa Teresa» para educar en la fe. Fue gran preocupación suya la educación cristiana y, desde las páginas de su Revista, ofreció la respuesta de doctrina viva a los problemas de la enseñanza que, en su circunstancia histórica, se planteó con toda crudeza.

Mérito de don Enrique es también haberse distinguido siempre por su amor a la vida litúrgica en su mejor sentido. Tenía particular empeño en que las religiosas asimilaran el espíritu propio de cada época dentro de los diversos ciclos del año. Era muy exigente en la observancia del ceremonial y en el uso de los ornamentos y objetos sagrados. Probablemente los Colegios Teresianos han sido de los primeros en España en que se ha inculcado a las jóvenes el espíritu litúrgico, el uso del misal, participación en la Misa cantada los domingos, cultivo de la música gregoriana, etc. Todo ello es una consecuencia directa del trato íntimo que mantuvo don Enrique toda su vida con el Monasterio de Montserrat.

Como educador de la fe, atendió don Enrique a niños, jóvenes y adultos. Procuró, por sí mismo o por otros (los miembros de sus asociaciones y las Hijas de la Compañía), que cada persona fuera llevada «a cultivar su propia vocación de

¹²⁴ Sobre la armonía entre evangelización y servicio de los sacramentos, ver el Sínodo de Obispos II, 1.

conformidad con el Evangelio, a una caridad sincera y activa y a la libertad con que Cristo nos libertó»¹²⁵.

3. Relaciones con los demás

a) Con el Papa

Don Enrique durante su vida sacerdotal alcanzó dos Pontificados: el de Pío IX y el de León XIII. Conoció personalmente a ambos Papas. El día 20 de junio de 1870, don Enrique y don Manuel Domingo y Sol fueron recibidos por Pío IX en audiencia privada que les llenó de gozo y de espiritual consuelo. A principios del año 1888 don Enrique y las Madres Saturnina Jassá y Teresa Plá fueron recibidos por León XIII, que aceptó complacido los obsequios que le llevaban con ocasión del Jubileo Sacerdotal (50 años de sacerdocio) del Papa. No vamos a repetir el tiernísimo amor y la filial adhesión de don Enrique a la Santa Sede. Pero en esta mirada retrospectiva a la luz del Vaticano II, recordemos que vivió en Roma las jornadas emotivas del Vaticano I, el de la infalibilidad pontificia. Él y don Manuel Domingo y Sol «asistieron a algunas de las sesiones conciliares y a las funciones en que por aquellas fechas tomó parte Pío IX»¹²⁶.

Don Enrique considera al Papa como «nuestro amadísimo Padre», «el Pastor de la Iglesia universal», «el Pontífice infalible», «Vicario de Cristo». Y considera como su misión fundamental ser el principio de unidad: «un solo rebaño y un solo Pastor», «haya un solo redil y un solo Pastor», repite don Enrique en la nota necrológica en que da rienda suelta a sus tristes sentimientos por la muerte de Pío IX.

b) Con el Obispo

En la Constitución Dogmática «Pastor Aeternus»¹²⁷ se hacen alusiones al episcopado, si bien no llegan a ser contrapeso suficiente del innegable relieve del Primado pontificio. Esto provoca malentendidos del mismo Primado: todo el vendaval de malas interpretaciones suscitadas en Alemania,¹²⁸ que critica duramente el centralismo romano. Este ambiente motiva una declaración conjunta del episcopado alemán, que Pío IX aprueba¹²⁹.

Don Enrique vio con gozo la declaración solemne de la infalibilidad pontificia. Aludiendo a este acontecimiento inolvidable, escribía don Enrique en la Revista: «Yo he visto al Papa en sus grandes días; tal como debe aparecer a los ojos de los fieles, con todo su esplendor, rodeado de toda majestad, como conviene al Vicario de Jesucristo». La exaltación pontificia que don Enrique vivió y difundió nunca fue considerada por él como detrimento de la figura episcopal.

¹²⁵ PO 6.

¹²⁶ De todo el viaje escribió don Manuel Domingo y Sol una especie de Diario, que conservamos: *Escritos de don Manuel*: Varios, 10º, 2-6.

¹²⁷ ASS 6 (1870-71) 40-47; *Conciliarum Oecumenicorum Decreta* 787-792.

¹²⁸ *Carta circular* (Circular-Depesche) del Canciller Bismarck, escrita el 14 de mayo de 1872 y publicada el 29 de diciembre de 1874 en «Deutscher Reichsanzeiger und Kgl. Preuss. Staatsanzeiger».

¹²⁹ Pío IX, *Acta* 1/vii, 29ss.

Devoción, obediencia y colaboración definen la actitud y conducta de don Enrique para con su obispo. Nada hizo sin contar con su obispo. Exonerado más tarde de la cátedra del Seminario y del servicio exclusivo a su diócesis de origen, no dio nunca un paso, en sus diversas actividades posteriores, sin contar con los obispos, a cuyo beneplácito sometía gustoso todos sus deseos y propósitos. Con razón dijo de don Enrique el Padre Arbona, S.J.: «En cuanto a la obediencia fue siempre el Siervo de Dios obediente a sus superiores jerárquicos y aun a sus directores espirituales, viendo en ellos la persona de Cristo, a quien obedecía, y cuya divina voluntad siempre y en todo anhelaba cumplir».

A su vez, don Enrique recibió de su obispo amor, consejo y aliento para todas sus empresas. «¡Con calma y sin precipitación, don Enrique! –le decía el Prelado cuando daba los primeros pasos la Compañía–. Esto puede ser una obra que dé mucha gloria a Dios».

c) *Con los sacerdotes*

Don Enrique trató mucho con sacerdotes. La naturaleza de las obras de don Enrique (catequesis de Tortosa, seminario, revista, asociaciones, la Compañía) y su amplia difusión le obligaban a tratar con sacerdotes. Está expuesto en su capítulo correspondiente. Aquí lo miramos a la luz del Vaticano II.

Don Enrique, como es natural, no habla de colegialidad diocesana, pero sí manifiesta los elementos en que la colegialidad consiste, a saber, identidad de potestad, pluralidad de miembros y actuación corporativa bajo el propio obispo. Don Enrique se siente unido a los demás sacerdotes por los vínculos de la fraternidad y del ministerio. Rebosando alegría y fervor, don Enrique escribe sus impresiones sobre la peregrinación teresiana de 1877; al dirigirse a los sacerdotes peregrinos, dice: «¡Bien por vosotros, venerables sacerdotes y religiosos, hermanos míos queridísimos, que habéis ido a beber inspiración, fe viva, sabiduría celestial, magnanimidad, amor y celo por los intereses de Jesús en las fuentes de vida eterna que manan del corazón transverberado del Serafín del Carmelo!»

Desea el Concilio Vaticano II que los sacerdotes más ancianos ayuden a los más jóvenes¹³⁰. Una de las ilusiones más vivas de don Enrique era tratar, siempre que podía, con los sacerdotes jóvenes, para orientarles por el camino del apostolado. He aquí el testimonio del reverendo don Juan Fondevila: «Don Enrique era un santo en la tierra, ¡Oh!, ¡qué cosas tan buenas nos decía a nosotros los sacerdotes jóvenes!»

Tampoco habla don Enrique del Consejo Presbiteral, es decir, de la «junta o senado de sacerdotes representantes del presbiterio, que con sus consejos pueda ayudar eficazmente al obispo en el gobierno de la diócesis»¹³¹. En tiempos de don Enrique seguía en el olvido la colegialidad diocesana, de cuya existencia en los primeros siglos tenemos explícitos testimonios en San Ignacio de Antioquía¹³²; a su debilitamiento y olvido progresivo había contribuido de

¹³⁰ Cfr. PO 8.

¹³¹ PO 7. Son palabras que después utilizarán el Motu Proprio *Ecclesiae Sanctae*, I, 15, 1, y el Documento de la Sagrada Congregación del Clero dirigido a las Conferencias Episcopales: AAS 62 (1970) 461.

¹³² SAN IGNACIO DE ANTIOQUÍA, *Magn.* 6,1; *Trall.* 3, 1.

modo decisivo la obligada dispersión material del presbiterio, después de la paz constantiniana, para proclamar la Palabra y celebrar la Eucaristía y los Sacramentos en las comunidades alejadas de la sede episcopal. Doctrinalmente el presbiterio sigue siendo afirmado¹³³, pero en el orden práctico continúa sólo en el grupo de sacerdotes que queda en la ciudad con el obispo, y adquiere, después de varias vicisitudes, modalidades muy peculiares, como el cabildo catedral¹³⁴. Toca al Vaticano II recuperar el Consejo Presbiteral como órgano consultivo del obispo. Visto el asunto, no desde la existencia jurídica de instituciones presbiterales, sino desde la perspectiva de espíritu de cooperación con el obispo, de sugerencias apostólicas ofrecidas al obispo, de iniciativas presentadas al obispo, y todo ello impulsado por el amor a Cristo y a la Iglesia, podemos afirmar que don Enrique sentía y vivía la colegialidad diocesana. Con sus proposiciones de catequesis, semanario, revista, asociaciones, etc., proyectos favorablemente acogidos por su Obispo, don Enrique ayudó eficazmente a éste en el pastoreo de la diócesis. Sin creatividad, sin amor a Jesucristo y a la Iglesia, las instituciones presbiterales son inoperantes, tienen vida ficticia cuando no son fuente de aristas, divisiones y enfrentamientos paralizantes.

Pide el Concilio Vaticano II que se estimen grandemente y sean diligentemente promovidas «aquellas asociaciones que, con estatutos reconocidos por la competente autoridad eclesiástica, fomenten la santidad de los sacerdotes en el ejercicio del ministerio»¹³⁵. Sin el carácter estricto de lo que llamamos hoy «asociación sacerdotal», don Enrique proyectaba la creación de «los Misioneros de Santa Teresa», que, «en la escasez cada día mayor de clero, deben ser uno de los mejores auxiliares de los preladados, multiplicándose por su celo y laboriosidad».

Don Manuel Domingo y Sol, en su testamento, señala, entre los créditos a su favor: «Enrique de Ossó quedó a deberme ciento cincuenta o doscientos duros. Están perdonados»¹³⁶. Ciertamente es una ayuda a escala de amistad, pero apunta una mentalidad de cooperación fraterna, en el plano económico, entre presbíteros. Estamos seguros de que aquellas monedas habían rodado mucho cantando la gloria de Dios por los caminos de España con su sonido alegre y metálico.

d) Con los fieles

Don Enrique se siente pastor de la Iglesia. No le mueve su propio interés sino el de Jesucristo. Su celo le anima a crear obras y obras para la salvación de las almas.

El Concilio pide a los sacerdotes que promuevan la dignidad de los seglares, reconociendo la parte propia que a ellos corresponde en la misión de la Iglesia¹³⁷. Las asociaciones piadosas fundadas por don Enrique, asentándose sobre la

¹³³ Cf. N. LÓPEZ MARTÍNEZ, *La distinción entre obispos y presbíteros*, XXII Semana Española de Teología, Madrid 1963, 129 ss.

¹³⁴ P. TORQUEBAU, *Chapines de chanoines*, Dictionnaire de Droit Canonique, III, 537ss.

¹³⁵ PO 8.

¹³⁶ Cfr. TORRES, *Vida*, 53, nota 1.

¹³⁷ PO 9.

base sólida de piedad, estudio y acción, son precursoras de la Acción Católica y de los Movimientos apostólicos modernos; proclaman el papel cristiano específico del niño, del joven, del adulto en la Iglesia; procuran la renovación de España mediante la fidelidad a Cristo en la propia vocación seglar. Su aprecio por el valor de la mujer, punto en que se adelanta a otros, busca que sean buenas madres y santas esposas. Las Hijas de la Compañía han de santificarse viviendo en plenitud, por Dios, su propio carisma: el de su entrega a la educación cristiana.

Formación doctrinal y solícita atención espiritual son las notas que definen la paternidad de don Enrique respecto a los fieles que fueron objeto de sus cuidados pastorales. Sólida instrucción y acendrada piedad son las ayudas sacerdotales que presta don Enrique a los niños de las catequesis de Tortosa, a los jóvenes de las asociaciones, a los hombres de la Hermandad, a las religiosas de la Compañía. Y cuando programa las obras de celo a que deben consagrarse con preferencia los Misioneros de Santa Teresa, señala una particular atención a «los tesoros celestiales escondidos en la vida y escritos admirables de Santa Teresa de Jesús por todos los medios posibles, Revista, libros, etc., y no cejar en tan santa empresa hasta que todos los fieles se alimenten con el pábulo de su celestial doctrina, como quiere nuestra Santa Madre la Iglesia». Don Enrique, el enamorado de Teresa de Jesús, procuraba impregnar todo de teresianismo. Al encomendar a sus Misioneros Teresianos (obra que quedó en proyecto) Ejercicios Espirituales, dirección espiritual, misiones, sermones, catequística, etc., tareas que aúnan formación doctrinal y atención espiritual, no podía olvidar la específica educación teresiana.

Los niños de las catequesis recibían instrucción y atención espiritual. A las enseñanzas se añadían celebraciones de fiestas (de San José, de la Inmaculada...), de comuniones, de súplicas por el Papa.

Los jóvenes de la Purísima Concepción se formaban cuidadosamente para catequistas y activos propagadores de ideas buenas. Oían pláticas y conferencias. Su piedad se alimentaba en el templo junto a una imagen de la Purísima.

Las jóvenes de la Archicofradía estaban obligadas a celebrar anualmente Ejercicios Espirituales, a participar una vez al mes en cultos especiales y actos de piedad en honor de Santa Teresa, a asistir a instrucciones y conferencias que oportunamente debían organizarse, y a practicar diariamente el cuarto de hora de oración.

Formación doctrinal y solícita atención espiritual ofrecía don Enrique a los fieles para que éstos pudiesen cumplir responsablemente su propia tarea en la Iglesia y en el mundo.

Mérito de don Enrique es también haber invitado oportunamente a los fieles a emprender obras. Ojo avizor a las necesidades, particularmente de la enseñanza, no dejaba pasar oportunidad de animar a los lectores de su revista hacia esta o aquella iniciativa con respuesta cristiana al problema planteado. Aún más, muchas veces se anticipaba a los acontecimientos y, con espíritu previsor, comentaba las funestas consecuencias que podrían sobrevenir. Es la necesidad de ir avanzando con la vida para iluminarla y conducirla.

Tomando como base unas palabras de Pío IX a los peregrinos españoles, don Enrique publicó una serie de artículos con el título común de «Organicémonos». Hace más de cien años, escribía don Enrique: «El Estado ha querido prescindir del cuidado y vigilancia especial en el ramo de la religión rompiendo la unidad católica, y hemos quedado los españoles casi huérfanos en esta parte, obligados a cuidarnos por nosotros mismos y a atender a mil cosas que hasta ahora desatendíamos, fiados en el buen celo de la nación». En estas palabras, clave para entender la obra y afanes posteriores de don Enrique, en ese «obligados a cuidarnos por nosotros mismos», hay una genial e inspirada anticipación del catolicismo militante que caracteriza a nuestra época; es la conciencia del papel del seglar en la misión salvífica de la Iglesia, es el compromiso temporal, es la participación de la función regia de Cristo: el mensaje de Cristo, por la actuación de los seglares, debe llegar hasta el corazón mismo del trabajo humano para someter al reino de Cristo todas las realidades humanas temporales¹³⁸.

Según don Enrique, en el cumplimiento de esta misión del seglar en la Iglesia debe evitarse cuidadosamente aun la apariencia de mezclar su misión sagrada con los intereses de cualquier ideología o facción meramente humana. A propósito de la Unión Católica, primer intento serio de organización católica de tipo nacional, recién constituida entonces bajo la presidencia del Cardenal Primado, Excmo. Sr. D. Juan Ignacio Moreno, escribía don Enrique: «Si fomentará los intereses de Jesús o no esta Unión, tal como algunos querrían llevarla a cabo, no es de nuestra incumbencia el juzgarlo. Sólo advertiremos a nuestros lectores que el demonio de la confusión anda suelto, que se transfigura en ángel de luz con mucha frecuencia; y que el mejor medio para hacerle dar señal es la oración. Oremos y esperemos». Don Enrique no veía con buenos ojos el carácter que algunos habían querido dar a la Unión, excesivamente inclinado hacia una determinada vertiente política. La unión que don Enrique apetecía había de descansar sobre la base de una concordia espiritual absoluta y ajena a todo partidismo. Comentando la Encíclica «Cum Multa», de León XIII, escribió don Enrique, a todo lo largo de 1883, numerosos artículos, insistiendo en la necesidad de poner como fundamentos serios de la unión la oración y la vida espiritual de los católicos seglares para que siempre estuvieran al servicio auténtico de la Iglesia.

No conoció don Enrique los aires ecuménicos del Vaticano II¹³⁹. Vivió otras coordenadas históricas. Criticó duramente el rabioso proselitismo en España de las sectas protestantes y comentó con fuerte indignación la consagración del primer obispo protestante español, en la persona del apóstata P. Cabrera.

4. Solicitud universal

«El don espiritual que recibieron los presbíteros en la ordenación no los dispone para una cierta misión limitada, sino para una misión amplísima y universal de salvación “hasta los extremos de la tierra”» (Hch 1, 8)¹⁴⁰. La razón es que «todo ministerio sacerdotal participa la amplitud misma universal de la misión conferida por Cristo a los Apóstoles». En consecuencia, el Vaticano II pide a los presbíteros

¹³⁸ Cfr. LG 37.

¹³⁹ Cfr. Decreto sobre el Ecumenismo *Unitatis Redintegratio*.

¹⁴⁰ PO 10.

que tengan solicitud por todas las Iglesias y que se revisen las normas de la incardinación.

Es la culminación de un proceso que sigue la línea de continuidad doctrinal y sin roturas con la genuina Tradición.

Don Enrique vivió la solicitud universal en el plano diocesano, en el plano nacional, en el plano universal.

Quien ha recibido la llamada de Cristo al sacerdocio ministerial no puede limitar o restringir la misión recibida. Así pensaba don Enrique. De ahí su plena disponibilidad para, como sacerdote tortosino, asumir la ejecución de cualquier ministerio concreto que le encomendara su Obispo. La primera comunidad, germen de la futura «Compañía», está instalada en Tarragona, calle de San Pablo 16, entregada con ilusión a la tarea de perfeccionar su vida interior y adquirir una capacitación sólida y completa. Don Enrique iba y venía desde Tortosa a Tarragona todos los sábados; durante la semana la cátedra del Seminario le retenía. Esperaba tranquilamente a que su Obispo le exonerara de la cátedra para atender esas más altas empresas.

Al comenzar el curso 1878-79 su Obispo le liberó de la docencia en el Seminario. «He recibido carta de mi señor Obispo –escribía por aquel entonces don Enrique a Teresa Plá– descargándome de la cátedra y animándome con palabras dignas de un apóstol San Pablo a seguir mi vocación trabajando y consagrándome de lleno a orar, predicar, dirigir la Revista, dar Ejercicios Espirituales a las de la Archicofradía y a las Hermanas de las casas de nuestro Instituto; conque puedo a todas horas consagrarme a promover el bien de mi amada Compañía». No se cerró don Enrique en un particularismo erróneo. Siempre adherido a su Obispo, vivió don Enrique la universalidad de la Iglesia, como hemos indicado en el lugar correspondiente.

5. Atención a las vocaciones sacerdotales

Como signo inequívoco del amor de don Enrique a su misión, encontramos en él el afán de promover vocaciones al sacerdocio. Este cuidado de las vocaciones se sitúa en la perspectiva de «solicitud por las Iglesias»¹⁴¹.

Don Enrique apoyó calurosamente los planes de su amigo don Manuel Domingo y Sol. Dedicó varios artículos en la Revista a examinar el problema de las vocaciones eclesiales. Al apuntar los remedios insistía don Enrique en la necesidad de familias profundamente cristianas, de cuyo seno podrían brotar tales vocaciones.

La formación del clero en los seminarios diocesanos era otra gran preocupación suya. A los Misioneros Teresianos encomendaba la gran obra de la dirección espiritual de los seminarios eclesiales.

¹⁴¹ Cfr. PO 11.

6. Santidad en el ministerio; unidad de vida

«No puede separarse la fidelidad para con Cristo de la fidelidad para con la Iglesia»¹⁴². Unidad de vida. Acción y contemplación.

Gloria a Dios y servicio de los hombres son las dos vertientes de la función sacerdotal. «Al servicio de Cristo Maestro, Sacerdote y Rey, cuyo ministerio participan»¹⁴³, y a la vez «en servicio de los hombres»¹⁴⁴; «ministros de Cristo»¹⁴⁵ y «ministros de la Iglesia»¹⁴⁶ en cuanto representantes de Cristo Cabeza, han de buscar la integración en la unidad por la caridad pastoral¹⁴⁷.

Don Enrique heredó intensa vida espiritual y continua inmolación en tareas apostólicas. Entregado de por vida a una actividad exterior alucinante, salva la nota más acusada de su carácter contemplativo encaminando la acción a lograr en los demás el mismo propósito de vida interior que a él le consumía. En él se dio la fusión de ambos aspectos. Por eso su apostolado tuvo siempre el rango y la alta calidad de lo exquisitamente espiritual.

La acción vino en él como fruto de la contemplación. Don Enrique es un místico empujado a la acción por el Espíritu. Aún más, busca la renovación de la Iglesia no en la reforma de estructuras externas, sino en la santificación de las almas. Don Enrique aspiró siempre a lograr vidas extraordinariamente santas. Y profesó que la eficacia de su misión exigía la lección del buen ejemplo. Máxima suya es: «La más eficaz de las lecciones y la más inteligible por todos es el buen ejemplo». «La santidad misma de los presbíteros contribuye en gran manera al ejercicio fructuoso del propio ministerio; pues si es cierto que la gracia de Dios puede llevar a cabo la obra de salvación aun por medio de ministros indignos, sin embargo, de ley ordinaria, Dios prefiere mostrar sus maravillas por obra de quienes, más dóciles al impulso e inspiración del Espíritu Santo, por su íntima unión con Cristo y la santidad de su vida, pueden decir con el Apóstol: “Pero ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí”» (Gal 2, 20)¹⁴⁸.

Oración y contemplación. O «contemplata aliis tradere», según el clásico principio formulado por Santo Tomás¹⁴⁹, y citado por el Vaticano II¹⁵⁰.

7. Humildad, obediencia, castidad, pobreza

Humildad, obediencia, castidad y pobreza son las virtudes que el Concilio Vaticano II presenta¹⁵¹ como «peculiares exigencias espirituales en la vida del presbítero», es decir, componentes propios de la espiritualidad específicamente presbiteral.

¹⁴² PO 14.

¹⁴³ PO 1.

¹⁴⁴ PO 3.

¹⁴⁵ PO 3.

¹⁴⁶ PO 22.

¹⁴⁷ Cfr. PO 14.

¹⁴⁸ PO 12.

¹⁴⁹ *Summa Theologiae*, II-II q.188 a.7.

¹⁵⁰ PO 13, nota 8.

¹⁵¹ PO 15, 16 y 17.

Estas virtudes, necesarias al sacerdote, no son encuadradas dentro de los llamados «tres consejos evangélicos», para evitar una falsa identificación de la vida sacerdotal con la vida religiosa.

Humildad, obediencia, castidad (celibato), pobreza son «virtudes máximamente requeridas por su ministerio».

«Teniendo presente que es el Señor quien abre los corazones... consciente de su propia debilidad, el verdadero ministro de Cristo trabaja en la **humildad**...»¹⁵².

Obediencia: «el ministerio sacerdotal, por el hecho de ser ministerio de la Iglesia misma, sólo puede cumplirse en comunión jerárquica con todo el Cuerpo. Así, la caridad pastoral apremia a los presbíteros a que, obrando en esta comunión, consagren por la obediencia su propia voluntad al servicio de Dios y de sus hermanos». Obediencia total y delicada, pero también inteligente, operativa, responsable, «buscando nuevos caminos para el bien de la Iglesia, proponiendo con confianza sus iniciativas, y exponiendo insistentemente las necesidades de la grey que se les ha confiado, dispuestos siempre a someterse al juicio de quienes ejercen en el régimen de la Iglesia la autoridad principal»¹⁵³.

«La **perfecta y perpetua continencia** por el Reino de los cielos... es al mismo tiempo signo y estímulo de la caridad pastoral y fuente de fecundidad espiritual en el mundo»¹⁵⁴. La perfecta continencia hace al corazón libre, «corazón indiviso», enteramente disponible para la función confiada.

Pobreza voluntaria «para conformarse más manifiestamente a Cristo y hacerse más ágiles para el ministerio sagrado. Porque Cristo, siendo rico, se hizo pobre por nosotros, para que fuéramos ricos por su pobreza»¹⁵⁵.

En la contemplación retrospectiva de don Enrique a la luz del Vaticano II, nos encontramos con la humildad, la obediencia, la castidad, la pobreza. Don Enrique es humilde, es obediente, es casto, es pobre. ¿Como exigencia de santidad personal propiamente dicha o como exigencia de su caridad pastoral? ¿Es nuevo el planteamiento conciliar de la caridad pastoral? Es nuevo el planteamiento conciliar de la espiritualidad sacerdotal como exigencia del ministerio mismo; pero no es nueva la doctrina sobre la caridad pastoral en imitación y configuración y seguimiento de Cristo, Buen Pastor. El mismo Concilio Vaticano II cita, a este propósito, a Santo Tomás y a Orígenes¹⁵⁶, y a San Agustín¹⁵⁷. Además, en los santos, la vivencia de los misterios precede a la reflexión y formulación de los mismos. Dada la total identificación de don Enrique con su sacerdocio, nos parece que vive conscientemente esas virtudes como exigencia de su caridad pastoral.

¹⁵² PO 13 y 15.

¹⁵³ PO 15.

¹⁵⁴ PO 16.

¹⁵⁵ PO 17.

¹⁵⁶ LG 41, nota 5 cita a Santo Tomás, *Summ. II-II* q.184 a.5 y 6; *De perf. vitae spir.*, c.18; y a Orígenes, *In Is.*, *hom.* 6, 1: PG 13, 239.

¹⁵⁷ PO 14, nota 23 cita a San Agustín, *Tract. in Io.*, 123,5: PL 35, 1967.

En varias ocasiones hemos hablado ya de su humildad y obediencia, Omitimos, en razón de brevedad, los datos que habíamos preparado para este momento. Pasemos, pues, a su castidad y pobreza.

«Fue casto –dice el P. Carceller, S.J.– con una castidad que parecía espontánea y que nacía del corazón... Parecía superior y exento de estas miserias humanas». Jamás una libertad o franqueza menos delicada en el gesto o la expresión; jamás una señal de afecto en que no brillase, cegadora y dominante, la espiritualidad más pura. Habiendo pasado don Enrique toda su vida en un trato continuo con mujeres, niñas, adolescentes, jóvenes, mayores, de tal manera se comportó siempre que nadie se atrevió a decir de él la más mínima palabra ofensiva a su virtud. Tal era su recato, su compostura angelical, su mirada limpia.

Sobre la pobreza escribió en las Constituciones: «La pobreza evangélica, amadas hijas en el Señor, es como la esposa de Jesucristo, tesoro del cielo y muro que defiende a las casas religiosas del espíritu del siglo y de la relajación de las Reglas; es custodia de la virtud de la mortificación, humildad, desprendimiento y en especial el recogimiento interior; las alas que levantan rápidamente las almas al cielo. ¡Feliz pobreza, que nada posees y nada temes; siempre jovial, siempre abundante, haces refluir en provecho propio las molestias mismas que experimentas! Amad, pues la santa pobreza». Y él la vivió. Jamás se le conocieron dos pares de zapatos. Su habitación era pobrísima. Sus ropas, gastadas al máximo; a veces cambió nuevas por viejas. Su desprendimiento y generosidad fueron totales. Con su dinero costó sus publicaciones y ayudó a levantar sus obras.

Rendía cuenta de las retribuciones que percibía, a la Procuradora de la Casa Madre de San Gervasio. Y se quedaba sin un céntimo. Para los viajes, incluso para el tranvía, tenía que pedirlo. De todo y de todos desprendido, vivió únicamente para Dios: «Pido al Señor –había dicho un mes antes de morir– no tener nada a la hora de mi muerte, sólo muerte de amor divino». Y así fue. Murió solo, en aquella noche fría de enero; abandonado, porque cuando llegaron a asistirle, ya era casi cadáver; y tan pobre, tan pobre, que el ataúd se lo pagó de limosna el párroco de Gilet y el sepulcro se lo prestaron los franciscanos.

8. Recursos para la vida de los presbíteros

a) Medios espirituales

El Decreto «Presbyterorum Ordinis», entre los medios espirituales para fomentar la unión con Cristo en todas las circunstancias de la vida, señala, aparte el ejercicio consciente del ministerio, la doble mesa de la Sagrada Escritura y de la Eucaristía; la fructuosa recepción de los sacramentos, especialmente de la Penitencia; el diario examen de conciencia; reverencia, amor, filial devoción y culto a la Virgen María; cotidiano coloquio con Cristo Señor en la visita y culto personal de la Santísima Eucaristía; el retiro espiritual; la dirección espiritual; la alabada oración mental y las varias formas de preces (oración vocal).

Gracias a estas fuentes de energía don Enrique vivió espléndidamente su sacerdocio. Oración continua fue su vida. Escribió centenares de meditaciones y oraciones. Fue su idea continua que se ore en el mundo, que se ore en España,

que se ore en las familias, que hagan oración las niñas, las jóvenes, los hombres. Oración personal y solitaria. El cuarto de hora de oración. Oración común. Oración mental y oración vocal. De éstas, su favorita, la que más le deleitaba era el Padrenuestro. Entre las jaculatorias sus preferidas: «¡Viva Jesús!»; «¡Oh Jesús mío y todas las cosas!»

La gran oración de don Enrique fue el Santo Sacrificio de la Misa, que preparaba con recogimiento. Después de celebrar seguía todavía de rodillas por espacio de media hora, ensimismado y absorto en la acción de gracias.

Amaba la soledad. Firmó muchos artículos con el pseudónimo de «El Solitario». Se retiraba frecuentemente a Montserrat o al Desierto de las Palmas.

Se confesaba con frecuencia. Él mismo refiere que, jovencito aún, aprendiz de comerciante en Reus, lo hacía en la Capilla de los Dolores. Seminarista ya, cuando la prescripción reglamentaria señalaba la comunión una vez al mes y la confesión cada quincena, Enrique recibía todos los domingos los sacramentos de Penitencia y Eucaristía.

Procuró siempre tener director espiritual fijo, a cuyo juicio sometía todo. Con el plan de fundación de la Compañía, don Enrique enviaba a su director espiritual, don Jacinto Peñarroya, esta carta: «Mi estimado don Jacinto: Examine este informe-proyecto. Medítelo y vea si Dios quiere que se pase adelante en ocasión oportuna, o que se tenga en cuenta. ¿Le parece que lo vea el Prelado o desecharlo? Quedará, cualquiera que sea la resolución, tranquilo su afectísimo que espera sus órdenes, Enrique». ¡Soberana sencillez de un alma grande y generosa!

Del diario examen de conciencia nos ha dejado un folleto con instrucciones muy detalladas: *Práctica del examen particular y general*.

Adolescente, no dejaba su visita diaria al Santísimo. Y así siempre. Fundada la Compañía, teniendo el Sagrario en casa, hacía repetidas visitas al Señor Sacramentado, de modo que aparecía don Enrique en una actitud habitual de recogimiento y devoción.

Varias veces hemos hablado ya de su tiernísima devoción a María, que difundió constantemente, desde sus primeros apostolados. ¡Qué emotivas eran aquellas escenas de los pequeñines, que aún no comulgaban, cantando letrillas, haciendo súplicas y desfilando ante la imagen de María estampando un beso y ofreciéndole una flor! Sobre la Virgen escribió don Enrique libros, novenas, meditaciones, artículos innumerables. Sus advocaciones mañanas preferidas fueron «del Carmen», «del Rosario», «de los Dolores». Y el misterio mariano preferido «el de la Inmaculada Concepción».

Como el balón grande es inabarcable para la mano del niño, así Dios para la inteligencia humana. Por ello, cada uno tiene sus predilecciones a la hora de ponerse en contacto personal con Dios. La devoción a la Santísima Trinidad, al Espíritu Santo, a la Eucaristía, al Sagrado Corazón de Jesús, al Dulce Nombre de Jesús alimentaron la piedad de don Enrique.

Fueron poderosos resortes de la espiritualidad de don Enrique su devoción al Arcángel Miguel y Santos Ángeles Custodios, a San Francisco de Sales, a San José y, sobre todo, a Santa Teresa de Jesús.

b) Medios culturales

Como ayudas culturales para la vida de los presbíteros propone el Concilio Vaticano II¹⁵⁸ la lección y meditación de la Sagrada Escritura, el estudio de los Padres y Doctores y de los otros monumentos de la Tradición, el conocimiento de los documentos del Magisterio, señaladamente de los Concilios y Romanos Pontífices, la consulta a los mejores y aprobados escritores de la ciencia teológica. Invita el Concilio a los presbíteros a que se mantengan al día en todo lo referente al progreso de la teología y de la cultura profana. Desea que los obispos procuren a sus sacerdotes bibliotecas, cursos, congresos y otros auxilios; y que, además, tengan cuidado de preparar profesores y especialistas para los centros eclesiales.

Don Enrique no vivió, a nivel diocesano, esta riqueza de medios culturales. Pero sí procuró «estar maduro en la ciencia» y que su doctrina fuera «espiritual medicina para el pueblo de Dios»¹⁵⁹. Así pues, no abandonó nunca el estudio. Sus escritos manifiestan que conservaba fresca y lozana la teología. Y, como todo lo empapó de teresianismo, procuró y logró ser, en su tiempo, el más extraordinario conocedor de los escritos de la Santa y de cuanto con ellos se relacionaba. Este conocimiento de la temática teresiana se pone de relieve particularmente con motivo del gran Certamen Literario, que, con carácter mundial se celebró el año del centenario de la Santa; igualmente en los artículos sobre *Libros raros que tratan de Santa Teresa de Jesús*. En ellos demuestra su extraordinaria y esmeradísima cultura y habla de la biblioteca teresiana que está formando con el empeño de que sea lo más completa posible.

Cultura sagrada y cultura profana son declaradas necesarias en el Vaticano II.

El sacerdote debe conocer el misterio que ha de proclamar. «La ciencia del ministro sagrado debe ser sagrada, porque sagrada es la fuente de donde nace, y sagrado el fin al que tiende».

El sacerdote debe conocer la cultura profana para estar preparado «a entablar diálogo con sus contemporáneos»¹⁶⁰.

Don Enrique cultivó la ciencia sagrada; de ella alimentó sus catequesis, sus predicaciones, sus publicaciones, sus fundaciones para educar en la fe. Y al catequista genial, al insigne pedagogo, al pionero de la penetración en el mundo de la cultura, al que consideró el campo de la cultura tarea fundamental de su caridad pastoral ¿no le vamos a considerar amante de la cultura?

Para nosotros don Enrique es modelo no sólo en el conocimiento del misterio salvador de Dios en Cristo, sino también del conocimiento de los hombres y ambientes a que se destina. Don Enrique, con el ejemplo de su vida, proclama, que la sola experiencia, la práctica pastoral, no es suficiente para afrontar

¹⁵⁸ PO 19.

¹⁵⁹ Pontificale Romanum: «De ordinatione Presbyteri».

¹⁶⁰ PO 19.

sacerdotalmente los complejos problemas que se presentan en la vida de la Iglesia y en el ministerio apostólico.

VIII. ANTE LA BEATIFICACIÓN DE DON ENRIQUE

1. Gozo ante la Beatificación

Don Enrique, «beato». Página a página, desde diversas atalayas, hemos estudiado esta insigne figura sacerdotal, informada de caridad pastoral sin límites, hasta el olvido de sí mismo; hecha de sacrificio silencioso y ofrenda generosa; toda suavidad y bondad; toda firmeza y constancia; de delicada obediencia y de inteligente creatividad; de continencia perfecta y de fecunda paternidad; de paciencia suma, que sufre en silencio hasta la inmolación; y de pobreza humilde, testimonio de esperanza.

Su vida y ministerio sacerdotal han suscitado nuestra admiración; de la admiración hemos pasado insensiblemente al amor. Y, lógicamente, ante su beatificación, estallamos de gozo. Gozo por la Iglesia que, en esta exaltación de uno de sus hijos, manifiesta, una vez más, su perenne vitalidad. Gozo por la patria que es honrada con el merecido homenaje a las virtudes de uno de sus hijos del denostado siglo pasado. Gozo por la gran familia sacerdotal que, con la glorificación de uno de sus preclaros miembros, recibe la promesa cierta de futura fecundidad pastoral mediante el estudio, imitación, culto y poderosa intercesión del nuevo «beato».

Hoy existe y lleva trazas de aumentar cada día más una caudalosa literatura ascético-sacerdotal muy útil, que seguramente pasará a la historia como una de las manifestaciones más típicas del vigoroso resurgimiento de la espiritualidad del clero de nuestra época. Abunda la palabra sobre el sacerdocio. Nos alegramos de ello. La palabra es necesaria. La palabra analiza, la palabra hace inteligible, la palabra enseña. Pero junto a la palabra necesitamos la imagen. Junto al teorizante del sacerdocio, junto al exegeta de sus valores, junto al doctrinalista y escudriñador de lo que una vida sacerdotal encierra dentro de sí misma y por sí misma, necesitamos la imagen del sacerdote santo. Don Enrique, sacerdote, despojado de sus circunstancias históricas concretas y siempre dentro de los límites profundos de la figura sacerdotal de Cristo Sacerdote, nos enseña a los sacerdotes a ser sacerdotes. Este es nuestro gozo ante su beatificación.

2. Sacerdotes españoles canonizados en los tres últimos siglos

«Tierra de Santos», llamó Pablo VI a España¹⁶¹. En el decurso de los tres últimos siglos fueron elevados al honor de los altares 16 sacerdotes españoles. Su alabanza se difunde en la Iglesia de Dios. «Ellos nos estimulan con su ejemplo en el camino de la vida y nos ayudan con su intercesión»¹⁶².

¹⁶¹ PABLO VI, homilía en la solemne canonización de Santa Teresa Jornet, el día 27 de enero de 1974: IP, 74, 68.

¹⁶² Del Prefacio de los Santos (Nuevo Misal Romano).

Tres fueron obispos; pertenecen a la cadena nunca rota de la legítima sucesión apostólica: Santo Toribio Alfonso de Mogrovejo (1538-1606), arzobispo de Lima (Perú), el más ilustre de los obispos de América, canonizado por Benedicto XIII en 1726. San Juan de Ribera (1532-1611), obispo de Badajoz y más tarde patriarca de Antioquía y arzobispo de Valencia, amigo de San Juan de Ávila, y muy querido del Papa San Pío V, que le llamaba «lumbera de toda España»; fue canonizado por Juan XXIII en 1960. Y San Antonio María Claret (1807-1870), arzobispo de Cuba, fundador en 1849, de la Congregación de Misioneros Hijos del Corazón de María, confesor de Isabel II, apóstol de palabra encendida; nuestro don Enrique habló de él con gran entusiasmo; fue canonizado por Pío XII en 1950.

Cuatro sacerdotes pertenecen a la Orden franciscana: San Pedro Regalado (1390-1456), patrono de Valladolid, «restaurador de la disciplina regular de los conventos de España», canonizado en 1740 por Benedicto XIV. También religiosos de San Francisco fueron San Pedro Bautista y San Francisco Blanco, misioneros que vertieron su sangre por la fe en Nagasaki (Japón) en jornada memorable; los 26 mártires fueron canonizados por Pío IX el 8 de junio de 1862. Y San Francisco Solano (1549-1610), del convento franciscano de Montilla; fervorósimo predicador, evangelizó Perú, Panamá, Chile y la zona del río de La Plata; gran figura en la historia de la civilización americana, fue canonizado por Benedicto XIII el 27 de diciembre de 1726.

Dos sacerdotes son hijos de la Compañía de Jesús: San Pedro Claver (1580-1651), amigo entrañable del también jesuita San Alonso Rodríguez, hermano; misionero de los negros, esclavo de los esclavos fue canonizado por León XIII el 15 de enero de 1888. Y San José Pignatelli (1737-1811), uno de los 600 miembros de la Compañía deportados de España por un decreto de Carlos III; el modelo de caridad y humildad, el inexhausto limosnero, fue canonizado por Pío XII en 1954.

Dos sacerdotes pertenecen a la Orden de la Santísima Trinidad: San Juan Bautista de la Concepción (1561-1613), primo y paisano de San Juan de Ávila, es una de las primeras figuras de la Orden, dejó maravillosos escritos místicos, entre los que descuella «La llaga del amor»; fue canonizado por Pablo VI en 1975, junto con Santa Vicenta María. Y San Miguel de los Santos (1591-1625), sacerdote trinitario, «insigne por la inocencia de vida, admirable penitencia y amor de Dios»; fue canonizado por Pío IX en 1862.

Canónigo regular de la Santa Iglesia Catedral de Zaragoza fue San Pedro de Arbués (1442-1485), ejemplo de clérigos, Inquisidor General del Reino de Aragón, murió apuñalado, por la fe, cuando oraba en la Seo de Zaragoza; fue canonizado por Pío IX en 1867.

Carmelita descalzo fue San Juan de la Cruz (1542-1591), Doctor de la Iglesia, el místico extraordinario de la «Subida», de la «Noche», del «Cántico espiritual» y de la «Llama de amor viva»; fue canonizado por Benedicto XIII el año 1726.

El fundador de las Escuelas Pías de la Madre de Dios, San José de Calasanz (1557-1648), el gran bienhechor de los niños pobres, fue canonizado por Clemente XIII el 16 de julio de 1767.

Y, finalmente, dos sacerdotes del clero secular: San José Oriol (1650-1702), hijo de la laboriosa Barcelona, gran catequista y director de almas, muy asiduo al confesonario, fue canonizado por San Pío X en 1909. Y el «apóstol de Andalucía», San Juan de Ávila (1500-1569), Patrono del clero diocesano español, «maestro de vida espiritual benévolo y subió, renovador ejemplar de la vida eclesiástica y de las costumbres cristianas»¹⁶³, fue canonizado el 31 de mayo de 1970 por Pablo VI.

3. Sacerdotes españoles beatificados en los últimos tres siglos

A lo largo de los tres últimos siglos han sido beatificados medio centenar de sacerdotes españoles: todos religiosos, ocho de ellos obispos.

Benedicto XIII, en 1728, declaró beato al franciscano Juan de Prado, misionero mártir en Marruecos

Clemente XII, en 1731, beatificó a los franciscanos Juan de Cetina (1397) y Pedro de Dueñas (1397), mártires en la Granada musulmana.

Clemente XIII, en 1766, declaró beato al trinitario Simón de Rojas (1552-1634), autor del precioso «Tratado de la oración y sus grandezas».

Pío VI, en 1786, beatificó al franciscano Nicolás de Valencia (1520-1583), fervoroso predicador y austero penitente.

Pío VII, en 1818, declaró beato al dominico Francisco de Posadas (1644-1713), excelente escritor ascético y orador de gran elocuencia.

Pío IX, en 1847, beatificó al terciario franciscano Raimundo Lulio (1232-1315), «Doctor Iluminado», mártir en África. El mismo Papa, en 1867, declaró beatos a quince misioneros mártires: los agustinos Francisco de Jesús (1592-1632), Vicente de San Antonio (1632), Bartolomé Gutiérrez, Fernando Ayala de San José (1575-1617) y Pedro de Zúñiga (1622); los dominicos Alfonso Mena (1568-1622), Juan Martínez (1576-1619), Alonso Navarrete (1571-1617), Francisco Morales (1567-1622), Francisco Orfanell (1622), Pedro Vázquez (1581-1624), Tomás de Zumárraga (1577-1622), Luis Beltrán (1593-1627), Domingo Castellet (1592-1628) y José de San Jacinto (1622). Todos ellos, después de incansable labor apostólica, fecundaron con su sangre la tierra de Japón.

León XIII beatificó, en 1882, al agustino Alonso de Orozco (1500-1591), el místico escritor de «Vergel de oración y monte de contemplación»; en 1893, a los dominicos, mártires en China, el obispo Pedro Mártir Sanz (1680-1747), Francisco Serrano (1848), Juan Alcover (1694-1746), Joaquín Royo (1691-1748), Francisco Díaz (1713-1748) y José Fernández (1725-1838); en 1894, al franciscano Diego José de Cádiz (1743-1801), que recorrió toda España con sus misiones populares; y en 1900, a otros dos dominicos, mártires también en China, los obispos Ignacio Delgado (1761-1838) y Domingo Henares (1568-1622).

¹⁶³ PABLO VI, en la homilía de la Misa de la canonización, el día 31 de mayo de 1970: 1P, 70, 563.

San Pío X, en 1906, declaró beatos a cinco misioneros dominicos, mártires en Tonkín, los obispos Valentín Berriochoa (1858) y Jerónimo Hermosilla (1800-1861), y a Pedro Almató (1830-1861), Francisco F. de Capillas (1607-1648) y Mateo A. de Liciniana (1702-1745).

Benedicto XV, en 1915, beatificó al dominico Melchor G. Sampedro (1821-1858), obispo de Tonkín, que, por la fe, padeció horroroso martirio.

Pío XI, en 1926, declaró beatos a cinco sacerdotes franciscanos españoles martirizados en Damasco el 1860. He aquí sus nombres gloriosos: el Guardián Manuel Ruiz, Carmelo Bolta, Nicanor Ascanio, Nicolás Alberca, Pedro N. Soler.

Pío XII, en 1951, beatificó al dominico José María Díaz Sanjurjo (1818-1857), obispo y mártir en el Tonkín central.

Pablo VI, el 1 de noviembre de 1975, declaró beato al agustino Ezequiel Moreno, obispo de Pasto (Colombia), «siempre infatigable en el anuncio de la Palabra de Dios, en el ministerio del sacramento de la Penitencia, en el cuidado de los enfermos durante el día y por la noche, en la firme defensa de su grey contra los errores del tiempo, pero mostrando un gran amor y delicadeza para con las personas equivocadas»¹⁶⁴.

4. Don Enrique, hoy único «beato» del clero secular español

Excepto cinco, los sacerdotes españoles proclamados beatos en los tres últimos siglos son mártires que nos conmueven con su oblación generosa a Dios por los hermanos. No temieron entregar su vida por las ovejas. Pertenecen en su mayoría al mundo misional, y todos son religiosos.

Don Enrique será hoy el único beato español del clero secular. Esta circunstancia redobra nuestro entusiasmo y multiplica nuestras esperanzas.

Nuestro júbilo ante la beatificación de un sacerdote diocesano es alentado por la fundada confianza de que su figura sacerdotal diocesana, coronada con la aureola de la santidad, despertará, mantendrá, hará crecer las energías vitales de los consagrados al ministerio sacerdotal en las diócesis.

5. Qué podemos esperar para nuestras vidas sacerdotales

Los hombres que han recibido de Dios una misión destinada a perpetuarse en la tierra, no mueren nunca. Su paso por el mundo no es más que una jornada en el camino. Don Enrique, al ser declarado beato, vuelve a nosotros, se presenta ante nosotros como modelo que imitar, e intercesor a quien rogar.

Los catequistas, los predicadores, los publicistas, los educadores, los que atienden a religiosas, los que cuidan asociaciones piadosas, en suma, los sacerdotes que cultivan los campos apostólicos que don Enrique cultivó, encuentran en él un ejemplar acabado de perfección. Los atormentados de confusión doctrinal ven la armonía y serenidad del hijo obediente a la Iglesia. Los acomplejados por el cambio acelerado de nuestra época contemplan al

¹⁶⁴ PABLO VI, homilía en la Misa de beatificación, 1 de noviembre de 1975: 1P, 75, 1207.

sacerdote equilibrado que hermana firmeza y apertura. Los desilusionados y rutinarios miran en continua creatividad al entusiasta emprendedor. Los tentados de temporalismo admiran al hombre de Dios, ajeno a todo partidismo. Los entristecidos por falta de vocaciones sacerdotales encuentran en él al caluroso promotor de las mismas. Los preocupados por la deformación teológica conocen al enamorado de Santa Teresa, cuya sana doctrina difunde por doquier. Los viciados de alocado activismo advierten al entregado a la oración y vida interior, consideradas como la única fuerza que alimenta el ministerio sacerdotal. Los espiritualistas ásperamente desencarnados comprueban al confiado en la Divina Providencia que procura la base material y humana, indispensable para la buena marcha de las obras. Los refugiados en el pequeño grupo observan al ardiente organizador de las grandes masas, que busca la reconfortante presencia del pueblo, aspirando a que haya muchas ovejas en el rebaño, esencial aspiración de la acción misionera. Los que se complacen en grandes concentraciones humanas, en multitudinarias peregrinaciones, en nutridas procesiones admiran al solícito cuidador de las almas, una a una.

Don Enrique es también modelo para aquellos sacerdotes que cultivan campos apostólicos diferentes a los que él cultivó. Su ejemplar figura sacerdotal es propuesta por la Iglesia como modelo, no precisamente por el tipo de vida que llevó y, mucho menos, por el ambiente socio-cultural en que se desarrolló, sino porque, en sus circunstancias históricas concretas, estuvo animada por los valores sacerdotales permanentes. La lección que don Enrique nos da sirvió ayer, sirve hoy y podrá servir mañana.

¿Cuál es esa lección sacerdotal válida universalmente? Conciencia clara de que el sacerdocio es la luz del mundo, trabajo infatigable al servicio de los hombres, vida de unión con Dios sin la cual toda fuerza se desvanece y muere, santidad y perspicacia apostólica. Estos fueron los fundamentos de su acción pastoral. Con ellos pueden levantarse espléndidos edificios en todo tiempo y lugar. La consigna sigue siendo la misma: Amor a la Iglesia.

¡Que la beatificación de don Enrique despierte nuevos estímulos de santidad y de trabajo serio en los sacerdotes de nuestro tiempo!

TRES MODELOS DE SANTIDAD: FRANCISCO DE ASÍS, TERESA DE JESÚS Y VICENTE DE PAÚL

Conferencia pronunciada en el acto de clausura de las Jornadas Nacionales de Pastoral Litúrgica, del 21 al 25 de julio de 1982. Texto en BOAT, enero 1983, 35-50.

INTRODUCCIÓN

El culto a los santos, relación real y verdadera con una persona que vive en Dios

Estamos viviendo estas Jornadas Nacionales de Pastoral Litúrgica en unas circunstancias muy concretas: coinciden con el año Santo Compostelano y los centenarios de San Francisco de Asís, Santa Teresa de Jesús, y San Vicente de Paúl.

El culto a los santos es algo específicamente católico dentro del cristianismo de Occidente: «Hemos de entender lo que propiamente significa este culto, y entonces nos percataremos de que no somos hoy en este punto tan católicos como tal vez nos imaginamos. En efecto, el culto o devoción a los santos no es el mero recuerdo histórico de un pasado importante en la historia universal o de la Iglesia, sino una relación, real y verdadera, con una persona viva, que llegó a su perfección o consumación, y por eso permanece presente y poderosa»¹

Los hombres no se disuelven en la historia, en muertos para siempre. El culto a los santos no es una forma pueril de piedad, sino la madurez de la relación cristiana con Dios. El cristiano sabe que las personas no desaparecen al caer en el abismo de Dios, sino que entonces adquieren realmente validez y vida. Significan para nosotros una meta de nuestro propio desenvolvimiento religioso. Muestran objetivos y caminos, liberan energía que continúa su influjo a través de los siglos. Viven, están más cerca de nosotros que nunca. No son difuminados en Dios, sino confirmados por Él. Dios es un Dios de vivos: cuando se llega a Él a través de la muerte, entonces se llega a la propia plenitud.

La devoción a los santos significa el hallazgo pleno de la criatura en Dios, en lo definitivo de su comunicación con Él. Lo que se encuentra de la criatura en Dios, lo que en ella se venera y se reconoce como definitivo es la irrevocable validez de la vida vivida por la criatura en la tierra. Decidimos nuestra existencia eterna durante los breves días de nuestra existencia temporal. Nuestro «encuentro» con los santos a través de la veneración, de la devoción, del conocimiento de su testimonio de vida, es un acto genuinamente religioso que pertenece a una madura y profunda relación con Dios, a un conocimiento de sus designios sobre nuestra redención.

¹ KARL RAHNER, *Fieles a la tierra*, Barcelona 1971, 208..

«Al mirar la vida de aquellos que siguieron fielmente a Cristo, nuevos motivos nos impulsan a buscar la Ciudad futura y, al mismo tiempo, aprendemos el camino segurísimo por el que, en medio de las vicisitudes humanas, podremos llegar a la perfecta unión con Cristo, es decir, a la santidad conforme al estado y condición propios de cada uno. Dios manifiesta a los hombres en forma viva su presencia y su rostro en la vida de aquellos hombres que, partícipes de nuestra humanidad, sin embargo se transformaron perfectamente según la imagen de Cristo. En ellos, Él mismo nos habla y nos ofrece un signo de su Reino, hacia el cual somos atraídos poderosamente, con una nube tan numerosa de testigos que nos cubre y con tan gran testimonio de la verdad del Evangelio» (LG 50).

Las vidas de los santos son siempre un servicio al Pueblo de Dios

La vida de los santos tiene el más diverso contenido. Proceden de todos los estratos de la sociedad, pero todos son testigos de la grandeza eternamente nueva de lo que se ha hecho posible por Cristo en los hombres que quieren. Este año la Iglesia venera la irrevocable validez de la vida vivida por tres de sus hijos: *Francisco de Asís, Teresa de Jesús y Vicente de Paúl*. Los tres son manifestaciones de lo que puede la fe y el amor, imágenes del heroísmo cristiano, de los hombres nuevos según el espíritu del Evangelio. Nuestra vida diaria, rutinaria o difícil, necesita de estas figuras, en que se hace patente el poder de la gracia de Dios que supera todo lo terrenal.

Tres formas de vida muy claras y definidas. Ninguno de ellos fue una frágil caña que se moviera al son de cualquier viento del mundo. Desde luego creyeron en Cristo a pesar de todo. Sus vidas fueron, como las de todos los santos, un servicio al Pueblo de Dios; porque en la Iglesia de Cristo el mandamiento esencial es el del amor; la caridad para con el prójimo, que es la caridad para con Jesucristo. San Pablo dice: *Porque toda la Ley se resume en este solo precepto: Amarás a tu prójimo como a ti mismo* (Gal 5, 14). Y San Juan en su primera Epístola: *Amaos los unos a los otros. He aquí la Ley* (1Jn 3, 11).

La concepción cristiana del Juicio se distingue de todas las demás concepciones puramente morales y mitológicas. Cristo dirá: *Venid, benditos de mi Padre: porque tuve hambre y me disteis de comer... Apartaos de mí, malditos, porque tuve sed y no me disteis de beber* (Mt 25, 34. 41) Se trata de la caridad orientada a Jesucristo. Él es la norma y la medida, la que da a los hombres y sus obras la verdadera valoración ante Dios y para toda la eternidad. Estas palabras referentes al Juicio son tan decisivas como cuando dice: *Yo soy el camino, la verdad y la vida* (Jn 14, 6) Jesús nos afirma taxativamente que detrás de las personas está Él mismo. No es un simple altruismo, o un humanismo naturalista. Jesús se ha convertido de Señor en hermano nuestro, en un sentido que rebasa todo cuanto hubiéramos podido pensar e imaginar. Ha cargado con nuestros pecados, errores, dolores, y se ha convertido en abogado de cada uno de los hombres, considerando sus cosas como las suyas propias. Jesucristo ha venido a nuestra tierra y ha hecho suyo el destino de cada uno de nosotros, y todo lo que nos sucede pasa por nosotros y llega a Jesucristo. Lo que hacemos a otro hombre se lo hacemos a Él y la obra tiene un «valor» eterno.

No es posible ser santo sin vivir lo que constituye netamente al cristiano. Hay que desprenderse realmente de sí mismo y amar al prójimo en Cristo y por Cristo,

para entrar realmente en el inefable misterio de Dios, en esa comunicación divina que llamamos «*gracia*» y en esa comunidad de vida que llamamos «*comunidad de los santos*». *Cuanto hicisteis con el más pequeño de mis hermanos, conmigo lo hicisteis* (Mt 25, 45). Los santos son hombres y mujeres que por sentirse amados por Dios han sido capaces de amar y de dar su vida por los demás. *En esto está el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos ha amado, y ha enviado a su Hijo como propiciación por nuestros pecados* (1Jn 4,10). Ser redimidos significa dejarse penetrar y penetrar en esa corriente de amor.

I. FRANCISCO DE ASÍS

En el caso concreto de San Francisco, su vida refleja la sencillez y la simplicidad del amor de Dios de una manera tan nítida que es entendida por todos los que quieran acercarse a él. La exigencia del amor de Dios le sacó de lo cotidiano y le impulsó a hacer lo que, a nuestros ojos, carentes de luz, nos parece extraordinario. Sabemos muchas cosas, pero no poseemos la verdadera sabiduría. Él, anclado en el verdadero amor, nada temía. La llamada de la comunión con Dios se le hizo tan apremiante, tan poderosa, que por ella se hizo pobre. Descubrió que *Dios es*, y fue testigo del Todopoderoso. Llevó su paz a los hombres. Lleno de Cristo, no hablaba en su propio nombre. El Señor fue el contenido de su vida. Aceptó vivir sin nada, y que Cristo lo fuera todo. Hombre sin avaricia, se hizo realmente amigo de todos. En la escuela de San Francisco se aprende a encontrar la verdad, a sentir y vivir de una manera más sencilla y mucho más real la ayuda a todos los hombres.

Su experiencia de Dios

Nuestro mundo es un inmenso campo de batalla por la riqueza, el poder y el bienestar. Demasiados sufrimientos, atrocidades, injusticias, hechos sin sentido, ocultan el rostro de Dios. Son necesarias personas que, como Francisco de Asís, no aparezcan como una nueva especie de competidores, sino sencillamente como testigos de su experiencia de Dios, sin avaricias, sin egoísmos, capaces de amar porque se sienten redimidos por Dios. Hombres con sentido trascendente de la vida, porque sólo en Dios se hace patente la distinción entre el bien y el mal, lo justo y lo injusto, la libertad y la opresión. Sólo en Dios se separan los valores y los caminos. *El que no está conmigo está contra mí* (Mt 12, 30).

La lógica de la evolución de poder en todos los órdenes arrastra al hombre, sin un sentido de Dios, a la zona de peligros de los que ya sabemos y sabe tan repetidamente la historia: violencias, opresiones, destrucción de los lazos sagrados, violaciones de los derechos humanos, campos de concentración, torturas, manipulaciones de la vida y de las riquezas que están para bien de todos los hombres. Sin auténtico sentido de Dios no se puede tener la responsabilidad que implica la existencia humana. Sin este sentido los hombres se constituyen en legisladores supremos y tiranos de la existencia.

La experiencia del amor de Dios exigió una actuación concreta en *el Poverello*. Su fuerza radicó en que el Dios vivo se hizo evidente en la realidad de su vida

diaria. No pensó en lo que tenían que hacer los otros, sino en lo que a él le exigía el precepto del Señor. Hoy como ayer, solamente en la medida en que el hombre se abre a la acción divina surge el hombre nuevo que se convierte en estímulo y ayuda para toda clase de bien y en correctivo del mal. Su vida habla y está exigiendo la obligación de realizar una justa ordenación de todo: propiedad, poder, sexo, placer.

Su pasión por el Evangelio de Cristo

El Evangelio no tiene necesidad de adaptación, ni de ser justificado. Hay que tomarlo o dejarlo. Esta fue la postura clara de Francisco de Asís al querer conformar su vida con el Evangelio. *Esta es la vida* –vida, en su terminología denota el compromiso de la fraternidad– *del Evangelio de Jesucristo que el hermano Francisco pidió al Señor Papa le fuese concedida y confirmada y que éste le concedió y confirmó para él y para sus hermanos presentes y venideros.*² En eso consiste, dice en la Regla bulada, la vida de los Hermanos Menores: en cumplir el santo Evangelio de nuestro Señor Jesucristo.

Vivir según la forma del santo Evangelio es su mensaje. Oísteis que se dijo, pero Yo os digo (Cf. Mt 5, 21. 27. 33): «Y después que el Señor me dio hermanos, nadie me mostraba lo que debían hacer, sino que el mismo Altísimo me reveló que debían vivir según la forma del Santo Evangelio.»³

Hay un gran misterio en Dios que descubrió Francisco de Asís: *Su paciencia*. Cristo le descorrió el velo de la actitud que Dios tiene con nosotros. Cada uno de nuestros días acabará con la comprobación de que hemos caído y fracasado. ¿Cómo hemos de ser capaces de vivir según el Evangelio? No llegaremos con solas nuestras fuerzas. En las duras noches de Francisco de Asís le quedaba la paciencia y la inmensa piedad de Dios. No basta pensar, reconocer, comprender que es verdad lo que Jesucristo dice. Esto sería medir con nuestras medidas. Así no encontraremos nada más que a nosotros mismos. San Francisco sabía lo que había en él. Sabía, como San Pablo, que era un campo de lucha que se disputan dos enemigos: el hombre viejo y el hombre nuevo. Hay que orar como San Francisco: “Señor, ven a buscarme. Renuncio a mí mismo, a la eficiencia de mi propio trabajo personal. Tú solo nos das el poder de llegar a ser hijos de Dios”. El gran servicio apostólico de Francisco de Asís fue vivir el Evangelio en su situación concreta. Este fue su servicio a la Iglesia.

Para dar una paz verdadera se necesita una fuerza profunda, fruto del desprendimiento y de la libertad de espíritu. En los que arraiga el silencio, la humildad y la bondad está la paz, porque están en paz ante Dios. Su actitud no es debilidad, sino fuerza de bondad. Francisco de Asís sabía que nadie puede promover la paz, si la paz está ausente de su alma. El modo de ir por el mundo los Hermanos Menores es como Cristo enseñó: con la paz y en la paz. Se sintió llamado por Dios para anunciarla por todas partes. Esa era su manera de saludar y de comenzar la predicación. Su libertad interior, como consecuencia de su desprendimiento y pobreza, le produjo la paz.

² *Primera Regla*, Prólogo, 2; en *Escritos de San Francisco de Asís*, Valencia 1979, 20.

³ *Testamento*, 14-15: ibíd. 77.

El hermano de todos y cada uno

El amor que vivió y practicó, es un amor que sólo es posible por Cristo. «De este modo me concedió el Señor a mí, el hermano Francisco, dar comienzo a mi vida de penitencia. En efecto, mientras me hallaba en los pecados, se me hacía muy amargo ver leprosos. Y el Señor me condujo en medio de ellos, y yo practiqué la misericordia con ellos. Pero, cuando me aparté de los pecados, lo que antes se me hacía amargo se me cambió en dulcedumbre del espíritu y del cuerpo.»⁴

Es un texto lleno de espontaneidad, de realismo y profundamente significativo. Es el comienzo de su testamento dictado por él antes de su muerte. El espíritu del *Poverello* aflora entero, transparente y leal. El comienzo de su vida evangélica está en empezar a sentir el fuego del amor de Dios que transforma las entrañas en entrañas de misericordia. Siente la llamada, a pesar de que se le rebela en un primer momento su sensibilidad, de acercarse a lo que más repugnancia le causaba: los leprosos, los pordioseros, lo deforme y contrahecho. Ciertamente, como señala Ignacio Larrañaga en *El Hermano de Asís*, Francisco llegó a los hombres a través de Dios. Y por eso llegó a sentir así la «fraternidad». «Primero encontró al Señor, y fue el Señor quien lo llevó de la mano entre los leprosos, y no a la inversa... El hombre es conducido en todo por el código del placer, placer de un género o de otro. Nadie va por gusto a los pordioseros y leprosos, ni por ideas, ni por ideales, y menos el hijo de Doña Pica, que sentía una repugnancia particular por ellos. Para frecuentar y asumir cosas desagradables, el hombre no sólo necesita motivaciones elevadas, sino también necesita estar enamorado de Alguien, lo cual, y sólo lo cual, trueca lo desagradable en agradable. Por inclinación y por gusto, el hombre sólo se ama a sí mismo y busca siempre cosas placenteras. Eso es lo normal.»⁵

Francisco de Asís se abrió al hombre sin condiciones, compartió la realidad de cada uno y se acercó a él con el amor que Cristo nos manifestó. «*Amor misericordioso que por su esencia es creador*». Después de ocho siglos, ésta es la riqueza y la fuerza siempre joven de la Iglesia de Cristo. Se le pueden aplicar las palabras con las que el Papa Juan Pablo II en 1980, define la práctica de la misericordia en la Iglesia: «El hombre alcanza el amor misericordioso de Dios, su misericordia, en cuanto él mismo interiormente se transforma en el espíritu de tal amor hacia el prójimo... Se trata de un “amor misericordioso” que por su esencia es amor creador. El amor misericordioso, en las relaciones recíprocas entre los hombres, no es nunca un acto o un proceso unilateral.»⁶

La alegría franciscana

La alegría no es prerrogativa de ninguna posición social. No se compra con nada. No está ligada a nada que se pueda «tener», a nada absolutamente. Depende de cómo se «es». Es una conquista personal. Es el sello de Dios que garantiza la acción bien realizada, la práctica de una virtud, la ayuda prestada, la entrega generosa, el deber cumplido con sacrificio lleno de amor, la enfermedad

⁴ *Testamento*, 1-3: ibíd. 76. En este pasaje el término *penitencia* tiene el significado de cambio de vida.

⁵ I. LARRAÑAGA, *El Hermano de Asís*, Madrid, 47.

⁶ JUAN PABLO II, encíclica *Dives in misericordia*, VII, 14.

aceptada, la envidia superada. El fruto del espíritu bueno es la alegría. Caridad, alegría y paz se encuentran reunidas y expresan una idéntica actitud. No hay caridad sin alegría, pero la alegría es también caridad. Y no hay paz sin alegría, pero la alegría es expresión de la paz. Esta es la alegría de San Francisco de Asís.

La experiencia de Dios y de la fraternidad y su espíritu abierto a todo lo creado le inundan de alegría y le llevan a esa forma de oración tan suya y tan jubilosa que es la alabanza.

La alegría no es, desde luego, un privilegio de los que tienen poder, dinero, placeres. A más «tener» no hay más alegría. De ninguna manera se corresponden. Francisco de Asís vivió en profundidad la verdadera alegría como fruto del cambio personal interior que le lleva a la reconciliación consigo mismo y con el universo. Él nos enseña a vivir la ternura de Dios revelada en Jesucristo, y esto libera de la angustia, del ensimismamiento y de la tristeza. Descubrió que lo que le unía realmente a todos los hombres, a la naturaleza entera, era el amor del Señor por ellos. Su alegría y sus alegrías cotidianas se explican en este misterio de comunión.

La alabanza nace en San Francisco de un corazón agradecido y gozoso, de un corazón que ama, se entrega y ayuda a todos. Alabar significa que se reconoce como tal lo que es prudente, paciente, bueno, hermoso, justo. Él lo experimentó así, y sintió la necesidad de *escribir las palabras y alabanzas del Señor como las había meditado en su corazón*⁷. En la alabanza siente la intimidad con Dios. Sólo el hombre, porque ha sido creado a imagen y semejanza de Dios, puede comprender su grandeza, sentirla y expresarla. El Hermano Francisco sabe que ha llegado a la vida por la omnipotencia de Dios; que ha llegado a pensar, a entender, a gozar, a hablar, por su misericordioso amor. Asume la creación en su corazón, y presta su voz a todo lo que sin él es mudo. Sintió que su función de hombre era convertir en palabra de alabanza la alabanza muda que reside en todas las cosas. Todos hemos orado al Señor con sus *Alabanzas al Dios Altísimo*, o hemos cantado el *Cántico de las criaturas*.

II. TERESA DE JESÚS

Acabo de escribir una Carta Pastoral con motivo del IV Centenario de la muerte de Santa Teresa de Jesús. Se titula: *Intimidad con Cristo y plenitud cristiana*. Toda la vida de Teresa está empapada en el amor redentor y misericordioso de Cristo. Ha experimentado de manera privilegiada la participación en la vida de Cristo. «Teresa de Jesús. Jesús de Teresa». «Mirarás mi honra como verdadera esposa mía». «Mi honra es tu honra y la tuya mía». Este dinamismo espiritual ha supuesto para ella, como tiene que suponer para todo cristiano, la eliminación del hombre viejo. Pero esto no aparece en ella como fruto de preceptos fríos y prohibiciones sofocantes. La muerte del gusano, el dejar la cerca del castillo, los esfuerzos para arrancar las malas hierbas del huerto y regarlo, se imponen como una liberación del pecado y de las malas tendencias, para dejar que se expanda en ella la vida de Cristo y por Cristo.

⁷ Cfr. J. A. GUERRA, *San Francisco de Asís*, BAC 399³, Madrid 1985, 260.

Teresa nos ofrece con su vida y sus escritos un espléndido mensaje que debería ser más aprovechado. Lo que escribió no vale únicamente para las monjas. Lo característico en ella es que toma ocasión de lo inmediato que trae entre manos –una fundación, un conflicto inesperado, una gestión con los superiores de la orden, los obispos o los gobernantes de España, una visita que hace o recibe– y enseguida se eleva, con naturalidad y sin violentar nada, a actitudes superiores de fe y confianza en Dios, y de celo por su gloria, y por el mejor servicio a la Iglesia y a los hombres.

Doctrina cristiana y católica

Los escritos de Santa Teresa son una catequesis continua y plena. Ninguna de las verdades del credo católico, ninguna de las claves fundamentales de la fe y la piedad dejan de ser recordadas con amor y con gracia. Como si todas hubieran sido intensamente vividas por aquella alma de grandeza sin igual. Y así sucede que el lector asiduo de sus obras llega a sentirse empapado o inundado, casi sin darse cuenta, de lo que una formación auténticamente católica puede reclamar. Se comprueba que ocupa un lugar principalísimo entre las figuras preclaras de la Contrarreforma en nuestra España del Siglo de Oro. Y se comprende también que, desaparecidas con el paso del tiempo las adjetivaciones polémicas que nacen de las disputas de los hombres, hoy, en la época del ecumenismo, no se rechaza a la que con tanto vigor escribió «en clave católica», sino por el contrario buscada, alabada y admirada. A Santa Teresa la aman católicos y protestantes, y encuentra discípulos aun entre los maestros de las religiones orientales. ¿Por qué? Por su sinceridad, por su amor a aquello en que creía, por su deseo de que la verdad resplandeciese. Los católicos la aman, porque encuentran en ella el prototipo de lo que afirman, y gozan con su fe; los protestantes, porque se conmueven al ver con cuánto amor la vivió, y con qué soberana maestría descubrió el secreto de su alma enamorada; los orientales, por su riquísima contemplación del Absoluto.

Escribió por obediencia, ella misma dice que la fuerza de la obediencia suele allanar cosas que parecen imposibles. Narra lo que ha vivido o siente; desarrolla pensamientos sobre la oración o la unión con Dios; y, a través de todas sus páginas, desgrana, con asombrosa fluidez, enseñanzas vivísimas sobre el arrepentimiento, la mortificación, el dominio de las propias pasiones, la pureza en la intención, la rectitud y la veracidad, la asimilación del legado de Cristo, la Eucaristía, el misterio de la Iglesia, la piedad y las devociones, la aceptación de la voluntad divina, la esperanza de la vida eterna, la riqueza de las misericordias de Dios. Un canto ininterrumpido a lo que la fe católica nos propone y nos infunde como estilo y norma de nuestra existencia, desde el bautismo hasta la muerte

Exigencias de su vivir en Cristo

Exigencia de su vivir en Cristo es «*su determinada determinación*» de entregarse con toda su condición y capacidad femenina a ser «*sierva del amor*».

Y una vez «determinada con toda determinación» a ser toda de Dios y, habiendo comprendido que la quería para la reforma del Carmelo, comienza con un afán incansable a echar los cimientos de la misma, tomando como puntos básicos

ciertos principios inmovibles que arrancan de las exigencias que comporta la intimidad con Cristo. Uno de ellos es la austeridad de vida, que aflora continuamente en sus escritos. Si las religiosas se mantienen fieles a la observancia, y las que siguen hacen otro tanto, el edificio de la Orden se mantiene firme. Muy práctica y real en la vida ordinaria, llega a la conclusión de que «nada aprovecha que los santos pasados hayan sido tales, si ella es tan ruin después que deja estragado con la mala costumbre el edificio».⁸ Los que nos siguen no se fijan tanto en los antepasados, cuanto en las personas que tienen delante. Por eso exhorta a sus hijas a que se den cuenta que son cimientos de las que están por venir y «que procuren ser piedras tales con que se torne a levantar el edificio, que el Señor ayudará a ello».⁹

La Iglesia, en el Vaticano II y en toda la documentación que se ha seguido después, insiste de muy diversas formas en la necesidad de volver a las fuentes, al espíritu del Evangelio y de los fundadores. Teresa de Jesús se adelanta muchos siglos al poner como base de su reforma la espiritualidad, sencillez y sobriedad de los primeros Padres.

Cuando trata de fundar el Convento de San José, su primera idea fue que las religiosas no se sometieran a mucha aspereza en lo exterior, ni que careciesen de renta suficiente para poder vivir desahogadamente. Pero llega a tener conocimiento de los continuos estragos que en Francia y otras naciones de Europa estaban haciendo los protestantes, y se aflige mucho, llora sin cesar en la presencia del Señor, y le ruega insistentemente remedie tanto mal. No se contenta con lágrimas. No basta decir, Señor, Señor; hay que hacer su voluntad, se determina a hacer «lo poquito que puede y que hay en ella», seguir los consejos evangélicos con toda perfección y procurar que lo hiciesen las que con ella estaban. Y esto, confiada en la gran bondad de Dios «que nunca falta de ayudar a quien por Él se determina a dejarlo todo».¹⁰

Así quiere contribuir a la «defensa» de la Iglesia y ayudar al Señor que tan herido le traen a los que ha hecho tanto bien y parece le quisieren tornar a la Cruz. Le llegaba al alma que fueran los propios cristianos los que más ofenden a Cristo, los que han recibido de Él mayores gracias. Y por eso ansía una entrega total. Su obsesión era servir a la Iglesia, poner un dique a la herejía, ayudar con su oración a predicadores y teólogos. Reconoce que tanto ella como sus hijas no están llamadas a desplegar actividades apostólicas en defensa de la ciudad fortificada o castillo que es la Iglesia, pero no oculta la gran labor que les está reservada para ayudar a los siervos de Dios que tanto trabajan. Y esto no es simplemente un consejo o deseo, sino exigencia de la vida contemplativa. La gracia de haber sido segregadas del mundo impone como exigencia una entrega generosa al apostolado oculto: o sea, el llamamiento a la soledad implica una exigencia de cooperación, de manera generosa y ardiente, a la extensión del Reino de Dios.

⁸ *Libro de las Fundaciones*, 4, 6: en *Obras completas de Santa Teresa de Jesús*, BAC 212⁸, Madrid 1986, 687.

⁹ *Ibíd.* 4, 7: 687.

¹⁰ *Camino de perfección*, 1, 2: en *Obras completas*, BAC 212⁸, Madrid, 1986, 239.

En el misterio de la Iglesia

Todo católico, a menos que sea un hijo ingrato e infiel, da incesantemente gracias a Dios por esta gran Madre, la Iglesia, que nos introduce en el misterio de Cristo y nos lo comunica. En el misterio de la Iglesia de Cristo vive y muere Teresa de Jesús. Enamorada de Cristo, no podía menos de amar la obra del Redentor, procurando por todos los medios serle útil de alguna manera, no sólo con la santidad de su vida y el afán constante de que sus hijas lo fueran también, sino por un vivir a diario todos los más acuciantes problemas de ella. Ante las grandes necesidades de la Iglesia le parecía cosa de burla tener pena por otra cosa.

Tan profunda experiencia de las tribulaciones y sufrimientos de la Iglesia militante, no sólo sacudió lo más profundo de su ánimo, sino que la llevó a orar ardientemente por ella, y a establecer una familia religiosa que sirviera a la Iglesia con todas sus fuerzas. Su obra *Camino de Perfección* tuvo como meta fomentar la vida espiritual con toda su hondura y exigencia de actuaciones concretas, la fidelidad a la oración y una entrega generosa a luchar, de la manera que sea, por el bien de los demás. En esto cifraba la razón de existir de sus discípulos y seguidores, en olvidarse de sí y consagrarse de por vida al servicio de la Iglesia, entregándose a ella totalmente en el campo que les hubiera sido confiado. Realmente Teresa de Jesús ha dejado una nueva espiritualidad en la Iglesia, en la que vivió fielmente, a la que sirvió y a la que amó con todas las fuerzas de su condición humana de mujer.

Esta espiritualidad hondamente eclesial aflora en toda su vida, obras y escritos. Aparece también, en las llamadas *Cuentas de Conciencia*, su biografía interna, escrita, por esa exigencia de verdad que hay en toda la vida de Teresa de Ávila, para manifestar su conciencia a sus confesores, el P. Pedro Ibáñez, y el P. García de Toledo. Rebotan sentimientos, gratitud y fidelidad a la Iglesia.

Teresa vivió sintiendo a la Iglesia como Madre y sabiéndose ella misma Iglesia. En las *Quintas Moradas*, mediante el símil del gusano que muere y del que nace la «mariposica blanca que no se conoce a sí», nos describe la transformación del hombre viejo en criatura nueva, y nos dice cómo esta transformación se realiza en la Iglesia y por los medios que Cristo puso en ella. La Iglesia arrebató su corazón. Nada de cuanto a ella afecta, la deja indiferente o desinteresada. Se duele con su dolor, se alegra con sus gozos, y se siente rica con su riqueza. Sabe que Cristo estará siempre con ella, hoy como ayer, y hasta la consumación de los siglos.

En el misterio de la Iglesia vivió y murió Teresa de Jesús. Su vivir fue Cristo, y lo será para siempre, porque supo apropiarse las riquezas de la Iglesia, y a ella entregó su vida. Supo cuál era el sentido de la vida humana y lo que ella podía aportar a la sociedad en la que le tocó vivir. Y como la verdad es siempre joven y nueva, la espiritualidad y estilo de Teresa de Jesús es ya torrente de luz en la Iglesia de la que fue hija fidelísima. «*Bendito sea Dios, hijas mías, que soy hija de la Iglesia.*»

El estilo teresiano

La gran Doctora universal, profunda conocedora de la naturaleza humana, inculca a los religiosos y a todos los que tratan de andar en espíritu de verdad, de sencillez y de pobreza, desprendimiento de todo, regocijo ante la necesidad, y muestra, porque lo ha probado, que en ello está la fuente perenne de alegría. De la alegría interna que embargaba su alma, fruto de su fidelidad exquisita a la gracia y de su vivir sumergida en la voluntad de Dios, brotaban rasgos de jovialidad que le han hecho el prototipo de la simpatía arrolladora, de la grandeza de alma y del gracejo en el hablar y tratar con todos, cualquiera que fuera su condición y categoría social. La alegría caracteriza toda su vida, ya desde su niñez y juventud. «En esto me ha dado gracia el Señor, en dar contento en dondequiera que estuviese.»¹¹

La alegría está ligada a la vocación cristiana. Saberse amado y redimido por Dios es la verdadera fuente de la alegría. El creyente ha de vivir en la paz y en el gozo, aun en las tribulaciones, porque el amor redentor de Jesucristo sobrepasa a todo entendimiento. *El Reino de Dios es justicia, paz y gozo en el Espíritu*, dice San Pablo en la carta a los Romanos (Rm 14, 17). Por eso los santos tienen que ser necesariamente alegres y es frecuente que lleguen a un grado de jovialidad admirable. Dios comunica consolaciones que superan con mucho las alegrías terrenas y fortalecen al cristiano que camina, arrastrando a muchos consigo, a la salvación. Nunca un hombre se salva solo.

III. VICENTE DE PAÚL

San Francisco de Asís, en la Italia del siglo XIII; *Santa Teresa de Jesús*, en la España del XVI y *San Vicente de Paúl*, en la Francia del XVII. Tres épocas, tres situaciones históricas, tres personalidades completamente diferentes, pero tres vidas entregadas al servicio del amor y de la paz de Cristo. Los santos, como ha dicho Juan Pablo II, dan testimonio de la presencia amorosa y de la acción salvífica de Dios en el mundo, en vida y después de su muerte. Son palabras del Papa al Superior General de la Congregación de la Misión, a la Compañía de las Hijas de la Caridad, a las Conferencias de San Vicente de Paúl y a todas las obras de inspiración vicenciana.

San Vicente de Paúl ofrece el testimonio de una existencia totalmente vivida en el don de sí mismo. Se entregó con diligencia a los más pobres y a los más débiles, «el pobre pueblo del campo». Sacerdote tomado de entre los hombres e instituido en favor de los hombres vivió atento a las necesidades de su época. Se dejó conducir por la Providencia divina «sin adelantarse a ella» como repetía constantemente. Se hizo a todos para salvarlos a todos y por eso quiso sacerdotes, servidores de Cristo para poder servir a los hombres.

Sus sacerdotes han de ser «misioneros» semejantes a Jesucristo. «Su estado es un estado conforme a las máximas evangélicas, y consiste en abandonarlo todo, como los Apóstoles, para seguir a Jesucristo e imitar lo que Él hacía... El objeto principal de nuestra vocación es trabajar por la salvación de los aldeanos;

¹¹ *Libro de la vida*, 2, 8: en *Obras completas*, BAC 212⁸, Madrid 1986, 38.

todo lo demás es secundario, pues nunca nos hubiésemos ocupado de los ordenandos ni de los seminarios de eclesiásticos, si no hubiésemos juzgado todo esto necesario para sostener al pueblo y conservar el fruto conseguido por las misiones, lo cual se logra con sacerdotes celosos. Imitamos a los grandes conquistadores, que establecen guarniciones en las plazas que toman, por miedo a perder lo que tanto les costó ganar.»¹²

Educador social

Revelar el amor de Dios al mundo, éste era el motor de su acción. Y éste no se puede revelar sin amor. Amor entre los mismos misioneros, unidos en una verdadera fraternidad sacerdotal y en una dependencia filial a los obispos, y amor a los hombres. Se sintió llamado para instruir al pueblo: «Nuestro Señor nos pide que evangelicemos a los pobres: eso es lo que Él hizo y quiere seguir haciendo por medio de nosotros». Por eso, el fin de la Congregación de la Misión es: «Primero, trabajar en la propia perfección haciendo lo posible para practicar las virtudes que este soberano Maestro se dignó enseñarnos con su palabra y ejemplo; segundo, predicar el Evangelio a los pobres, particularmente a los campesinos; tercero, ayudar a los eclesiásticos a adquirir las ciencias y virtudes necesarias para su estado.»¹³

A este mundo de los que tienen todo y de los que no tienen nada, a estas dos situaciones yuxtapuestas que se ignoran o que se odian dirigió su amor y su acción, entregó su vida. Los hombres: pobres y ricos, poderosos y débiles. A los poderosos los acerca a los pobres para que se den cuenta de la «eminente dignidad del pobre», y de su «obligación de justicia y deber de honrarle, respetarle y ayudarle», persuadidos de que honraban, respetaban y ayudaban a Jesucristo. Puso a los ricos al servicio de la clase humilde y trabajadora. A los pobres muestra que pueden ganarse la vida con su trabajo. Les ofrece funciones en las que ellos mismos sean capaces de ver sus posibilidades y superar sus dificultades, incluso en empresas largas y difíciles. Apela a su resistencia y energía, superiores a las de los que se dejan llevar por la comodidad y el placer. Su propio ejemplo de lucha y esfuerzo era un estímulo. Una «revolución social» llevada a cabo con amor, serenidad y paz en el espíritu. Una revolución social firme y enérgica, positiva y de trascendencia universal. Revolución social que tuvo como líder un educador que nunca separó, en sus obras, lo espiritual de lo material, clave del equilibrio humano.

A la luz del Evangelio enseñó a los ricos que los pobres no eran enemigos acérrimos, sino hermanos; desarmó sus privilegios y les descubrió la realidad del hombre en su verdadero valor y cualidad. Vivió los problemas de la vida social de su época, puso todo su esfuerzo en su solución a la luz de la concepción cristiana del ser humano. Colocó los derechos de la vida sobre los de los egoísmos e intereses personales. Aproximó, sobre una base de amor, reconocimiento mutuo y justicia, unas clases a otras, en lugar de ponerlas en

¹² J. HERRERA Y V. PARDO, C. M., *San Vicente de Paúl. Biografía y escritos*, BAC 63², Madrid 1955, 796-797.

¹³ *Ibid.* 800.

guerra frente a frente. Recordó, constantemente a todos, que antes de gobernar a los demás, hay que gobernarse bien a sí mismo.

Las conquistas en el orden social fueron asombrosas. Además de la rehabilitación de los campesinos, de capital importancia es el *papel que asigna a la mujer dentro de lo más peculiar de ella misma*: su vocación a la entrega, a la ternura, a la compasión. En una palabra, su condición de «madre». *Amor de madre* que es, como decía el «señor Vicente», «afectivo» y «efectivo». El alma y el cuerpo de los pobres es el objetivo de las Hijas de la Caridad. *Las Hijas de la Caridad*, «tendrán por monasterio las casas de los enfermos y la residencia de la superiora; por celda, un aposento de alquiler; por capilla, la iglesia parroquial; por claustro, las calles de la ciudad; por clausura, la obediencia, no debiendo ir más que a las casas de los enfermos o a los lugares necesarios para su servicio; por rejas, el temor de Dios; por velo, la santa modestia; por profesión que dé firmeza a su vocación, la confianza permanente en la divina Providencia; y, por votos, la ofrenda que hacen a Dios de todo lo que son y del servicio que le hacen en la persona de los pobres.»¹⁴

Las obras de San Vicente como las Hijas de la Caridad, las Damas de la Caridad, las Conferencias, surgen en este contexto social y con este aire renovador y educativo. La mujer inactiva y entregada a sus fiestas de salón fue convertida por él en guardiana de la salud pública, en madre de los pobres y desamparados, en protectora de hogares y encargada de alejar de ellos las enfermedades y las miserias.

«En la sociología vicenciana, el hombre viene de Dios y a Dios tenía que llevarle, y los desheredados de la tierra, hijos también de Dios, constituían un “misterio”, porque bajo sus necesidades y miserias se ocultaba el Redentor. A la luz de estos principios, las clases humildes adquirirían ‘una dignidad eminente’, que atraía y orientaba las actividades de los aristócratas de la sangre, de las letras y del dinero, y en torno de ellos el Santo tejió sus experiencias tan prudentes tan llenas de paciencia, que diríase el Claudio Bernard, el Pasteur de la sociología moderna. Ciertamente que en esta tarea fue ayudado por una vida excepcionalmente larga, maravillosamente administrada y fértil en pruebas de todas clases, y por una memoria dócil, que las hacía no solamente sucesivas, sino presentes y comparables, gracias a la curiosidad de su espíritu, que le incitaba a estudiar el mundo bajo sus diversos aspectos y a explorar hasta en sus abismos.»¹⁵

Su sentido de la Providencia

Toda la obra de San Vicente de Paúl, toda la mística de su acción está insertada en el plan de la Providencia. Fue ésta su estrella polar. «Lo que nos engaña de ordinario es la apariencia de bien según la razón humana, que nunca o rara vez coincide con la divina. Ya le he dicho –escribe al P. Bernardo Codoing, superior de Roma– otras veces que las cosas de Dios se hacen por sí mismas, y que la verdadera prudencia consiste en seguir a la Providencia paso a paso; y esté usted seguro de una máxima que parece una paradoja, a saber, que, en las

¹⁴ *Ibid.* 269.

¹⁵ *Ibid.* 641.

cosas de Dios, el que se precipita retrocede.»¹⁶ Las obras de Dios se hacen poco a poco, imperceptiblemente. De ahí arrancaba su serenidad. Él buscaba sólo la gloria de Dios, *buscad antes que nada el Reino y su justicia, y todo se os dará por añadidura* (Mt 6, 33). A Dios toca empujar las obras hacia el éxito.

El hijo de Dios se presenta sin pretensiones ante el Padre. La Providencia tiene lugar en la medida en que el hombre busca el Reino de Dios, y precisamente antes que nada. La orientación del espíritu y del ánimo del hombre tiene que identificarse con la voluntad de Dios. El hombre quiere lo que Dios quiere, y surge un nuevo modo de proceder, una nueva actitud configura al hombre y a su obra. En torno a San Vicente de Paúl, porque creía y vivía de la Providencia de Dios, el mundo iba de otro modo como va para el que no cree, o que cree a medias, sin fuerza, ni decisión. En el mundo de los intereses egoístas y personales rigen la necesidad, la violencia, la ganancia calculadora. En el mundo vicenciano, el amor, la caridad hacia el Reino de Dios. Cuando alguien vive un gran amor parece que las cosas marchan de otra manera. No han cambiado las cosas, sino él. La acción del que vive queriendo colaborar en el plan de la Providencia de Dios, se convierte en una especie de acuerdo entre el que actúa y Dios que le da la mano. El saber que se cumple la voluntad de Dios, hace imperturbable al desaliento. En el camino de San Vicente surgieron, como en el de todos los santos, dificultades, obstáculos. Pero tuvo la fe necesaria para convertirlo todo, y aun la misma flaqueza humana, en instrumentos de las cosas de Dios.

La renovación de los sacerdotes

Es conocido el cuadro de la Iglesia en Francia en los siglos XVI y XVII. La tremenda ignorancia del clero, que llegó a límites insospechados, corría pareja con la corrupción de costumbres. La gran reforma de Trento no había llegado. A ambas, ignorancia y corrupción, sale al paso San Vicente de Paúl inspirado en la Reforma tridentina española: formación seria académica, formación espiritual, ejercicios ignacianos, conferencias, organización de los seminarios. Y el «sencillo método» vicenciano, que transforma los sermones grandilocuentes de estilo y ausentes de sencillez evangélica. Los campesinos no sabían la doctrina de Cristo, porque no tenían sacerdotes que se la predicaran, y en las ciudades sólo se oían metáforas deslumbradoras y hasta aberrantes que ahogaban las pocas ideas que podían sacarse de la perorata. San Vicente restituye al púlpito la sencillez y claridad evangélica, cualidades que Bossuet no abandonó en el apogeo de su oratoria.

La evangelización no da fruto, si no existe en cada lugar un clero instruido y celoso: esta idea es nítida en San Vicente. La sociedad necesita siempre de sacerdotes que comuniquen su espíritu evangélico y su aliento misionero. El sacerdote está en favor del pueblo, de la comunidad. Su sacerdocio es esencialmente la prolongación del sumo sacerdocio de Dios encarnado. Como *«hogueras de amor y devoción por la propagación de la Iglesia»* quería San Vicente a los sacerdotes y misioneros. No se trata de buscar que se les ame y estime por sí mismos, sino de que se ame a Jesucristo. Su testimonio de vida tiene que anunciar que la gracia venida en Cristo es una realidad. Integrar la vida en el sacerdocio, y que el sacerdocio impregne la vida personal. «Esa obra es el

¹⁶ *Ibid.* 723-724.

ejercicio de la más alta caridad que puede haber en la tierra, aunque la menos buscada. ¡Oh Dios mío, que no tengamos un poco más aprecio de la excelencia del ministerio apostólico, que no tengamos una estima infinita de nuestra dicha, para corresponder a los deberes que nos impone nuestra condición! Bastarían diez o doce misioneros que tuvieran ese conocimiento para obtener frutos increíbles en la Iglesia.»¹⁷ Las llamadas apremiantes dirigidas por el Concilio de Trento, encontraron respuesta eficaz en la obra de renovación del clero de San Vicente de Paúl.

El dinamismo vicenciano

En eso conocerán que sois mis discípulos, si os amáis los unos a los otros (Jn 13, 35). Sólo la caridad hace prosperar las obras de Dios, ésta es una convicción vicenciana que el Santo vive personalmente y en las obras que promovió. «Caridades», Hijas de la Caridad, Damas de la Caridad... no son solamente nombres, son nombres nacidos del dinamismo vicenciano. Dios es el amor. Y este amor que llega de Dios a nosotros ha de echar raíces en nosotros y en nuestras obras. La caridad es el alma del servicio a los hombres. El amor es el verdadero camino, el amar como cristianos supone llegar a Dios. Vivimos bajo la universal voluntad salvadora de Dios, es decir, en un mundo que está orientado por la gracia de Dios siempre y donde quiera que el hombre no se cierre expresamente a esa dinámica de su amor.

Las virtudes más propias para vivir en caridad con espíritu misionero «siempre he creído y pensado que eran la sencillez, la humildad, la mansedumbre, la mortificación y el celo... Sencillez que consiste en hacerlo todo por amor de Dios, sin tener más fin en las acciones que su gloria.» Humildad que consiste en anonadarse ante Dios para colocar a Dios en el corazón. Mansedumbre para con nosotros y para servir al prójimo. Mortificación que ayuda a adquirir esas virtudes y aleja los obstáculos para conseguirlas. Celo que consiste en un deseo de ser grato a Dios y útil al prójimo; celo para extender el imperio de Dios; celo para procurar la salvación del prójimo. «Es preciso que estas cinco virtudes sean como las facultades del alma de la Congregación.»¹⁸ Dios nos amó, para que nosotros amáramos al prójimo. Para el cristiano sólo hay un Dios, el Dios que se hizo carne en el Verbo eterno, habitó entre nosotros y sigue habitando por toda la eternidad. Y este Dios nos ha revelado el mensaje de la «caridad cristiana».

CONCLUSIÓN

Ante el testimonio de estos tres grandes santos, su amor y servicio a Dios y a los hombres, quiero acabar con el llamamiento a nuestra propia postura evangelizadora, hecho por el Papa a todos los sacerdotes de la Iglesia el Jueves Santo de 1979, para que contribuyamos sin cesar a fortificar la identidad sacerdotal y su auténtico dinamismo evangélico en el Pueblo de Dios.

¹⁷ *Ibid.* 736.

¹⁸ *Ibid.* 840-844.